



PATRICIA MARÍN

BAILLA  
PARA MÍ

*Phoebe*

PATRICIA MARÍN

# BAILA PARA MÍ



*Phoebe*

Primera edición: abril de 2016

Copyright © 2016 Patricia Cerdá Marín

© de esta edición: 2016, Ediciones Pàmies, S.L.  
C/ Mesena, 18  
28033 Madrid  
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16331-81-9  
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: Calderón Studio  
Fotografía: Bezikus/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

# Índice de contenido

[Glosario](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para mi madre y mi hermana. Sin vosotras, no podría estar aquí.

# Glosario

*Adagio*: sucesión de movimientos lentos y elegantes, realizados con fluidez y armonía, donde el bailarín desarrolla un gran sentido del equilibrio y ejecuta una danza majestuosa.

*Allegro*: sucesión de movimientos rápidos y vigorosos.

*Arabesque*: posición básica de ballet clásico. Para formar esta figura, el bailarín se equilibra sobre una sola pierna mientras mantiene la otra levantada hacia atrás y estirada.

*Battement/Grand battement*: movimiento básico donde una pierna se mantiene en el suelo y la otra se abre. En el *grand battement*, la bailarina levanta la pierna hasta la altura de la cabeza.

*Croisé*: posición del cuerpo en el que una pierna se cruza sobre la ejecutante.

*Deboulé*: giros que se ejecutan por medias vueltas en serie, encadenados.

*El lago de los cisnes*: obra clásica de ballet. Odette es una princesa hechizada por el brujo Rothbard. Durante el día es un bello cisne y por la noche recupera su forma humana. Durante una cacería, el príncipe Sigfried la encuentra y se enamora de ella. Cuando Rothbard lo descubre, envía a Odile, su hija, con el rostro de Odette, pero vestida de negro, para engañarlo. El desenlace de la obra varía según la versión.

*En l'air*: en el aire.

*Fouetté/Fouetté en tournant*: giro muy rápido en el que la cabeza del bailarín permanece en un punto fijo y una pierna impulsa el movimiento dando un latigazo en el aire, pasando por delante o por detrás de la pierna de apoyo.

*Grand jeté*: salto de gran altura, donde las piernas del bailarín se abren hasta formar un ángulo de 180 ° mientras está en el aire.

*La sílfide*: obra clásica de ballet. El día antes de su boda, James, un joven escocés, se encuentra con una sílfide y se enamora de ella. Decide fugarse con el hada y en el bosque se reúne con una bruja, que le entrega un velo mágico con el que logrará que la sílfide pierda sus alas y se convierta en mortal. En realidad, el velo estaba envenenado y la sílfide muere.

*Partenaire*: compañero de baile.

*Pas de bourrée*: movimiento continuo que se realiza sobre la punta de los pies.

*Paso a dos/Gran paso a dos/pas de deux*: danza en la que dos bailarines ejecutan una coreografía conjunta.

*Piqué*: paso realizado sobre la punta del pie.

*Pirouette/Pirouette en dehors*: giro, vuelta completa, donde gira todo el cuerpo incluida la cabeza. *En dehors* hace referencia a la dirección del giro.

*Plié/demiplié/grand-plié*: se trata de una flexión de las rodillas y es la base de muchos movimientos de danza. Un *demiplié* es muy suave mientras que en el *grand-plié* las rodillas tienen que estar dobladas hasta que la posición de los muslos es horizontal.

*Port de bras*: serie de movimientos suaves y fluidos en la que los brazos pasan por varias posiciones.

*Porté*: figura en la que el bailarín masculino «porta» a la bailarina, desplazándola de un lugar a otro.

*Primera posición/segunda/tercera/cuarta/quinta*: se trata de la forma en la que están colocados los pies; se emplea la misma nomenclatura para la posición de los brazos.

*Punta*: zapatilla de ballet. Estas zapatillas tienen en la punta un relleno duro que permite a las bailarinas elevarse sobre ellas. Los hombres no utilizan puntas. *Punta de tres cuartos* hace mención al tipo de suela, que puede ser completa o «partida».

*Relevé*: elevación. Alzar los talones y sostenerse sobre la parte delantera del pie o la punta.

*Vaganova*: escuela rusa de ballet.

*Willis*: espíritus. En la obra *Giselle*, estos fantasmas son jóvenes muchachas vestidas de blanco que aparecen después de la medianoche.

# Prólogo

A Evangeline Holmes le hubiese gustado ser huérfana. Incluso adoptada. Cualquiera de aquellas dos circunstancias le habrían parecido mejores que las actuales; ser la hija menor de los Holmes no le reportaba ni una pizca de felicidad.

Angustiada, observó a su apuesto acompañante. Gregory Spencer, el joven y prometedor capitán de la selección deportiva de polo, era el candidato a esposo más reciente que su madre le había presentado. Se preguntó por quinta vez por qué estaba aguantando su soporífero discurso sobre las virtudes de un deporte que no le interesaba en absoluto.

El calor que hacía dentro del salón era demasiado sofocante, y tuvo que esforzarse por aparentar interés en lo que él le estaba contando. La familia Holmes celebraba la última fiesta de la temporada en Holmes West Manor, donde habían reunido a gran parte de la alta sociedad de Crownfield. La velada, aunque pretendía ser una reunión de amigos, siempre acababa igual: hombres trajeados hablando de sus negocios, ancianos orgullosos palmeando los hombros de sus hijos, refinadas esposas alzando barbillas y arqueando las cejas, mujeres mayores juzgando en silencio el color de los manteles y jóvenes debutantes llenando la casa de pestaños y risas cristalinas.

Eva detestaba las fiestas, los bailes de sociedad, las cenas, a toda esa gente en general; y sobre todo, detestaba fingir ser la hija perfecta de una familia ejemplar. Era una tarea asfixiante.

Dejó la copa de zumo de manzana sobre una bandeja y aprovechó que Gregory estaba distraído hablando con otra mujer para abandonar el salón. Tras ella quedó una estela de conversaciones y música envuelta en destellos dorados. Cruzó los pasillos con la mirada clavada en las alfombras y, cuando llegó a la cocina, se mezcló entre las personas del servicio para salir al jardín.

Un par de chicos con el uniforme del *catering* contratado para la velada tomaba un descanso para fumar. Sus risas se ahogaron cuando la reconocieron, e intentaron disimular, buscando un lugar en el que apagar los cigarrillos. Eva los ignoró, bajó las escaleras, cruzó el patio y se adentró en el jardín para respirar un poco de aire fresco.

Inspiró hondo y soltó todo el aire muy despacio, hasta que se calmó. Dio un paseo bajo las ramas de los árboles adornados con farolillos, todavía apagados, y se guió por la luz que provenía de la casa. Quitándose las sandalias, caminó descalza por el sendero de adoquines hasta un claro empedrado y se dejó caer en uno de los bancos frente a la laguna del estanque.

Se sentía cansada, como si hubiese pasado horas ensayando. Observó la pulida superficie de la laguna, salpicada de estrellas junto al reflejo de la luna llena, y lanzó un hondo suspiro.

Eva había desarrollado un rechazo absoluto hacia el fracaso gracias a la labor educativa de sus padres. En lugar de obligarla a actuar con mayor determinación, aquello le provocaba entumecimiento y pavor. Cada uno de sus hermanos había alcanzado el éxito en sus respectivas profesiones y ella no podía dejar de preguntarse qué sucedería si, por cualquier razón, fracasaba. En los últimos meses, Flaviana se había vuelto más despiadada, y sus comentarios acerca de que Eva solo podía aspirar a convertirse en la esposa de alguien importante se habían vuelto más hirientes. Ese tipo de argumentos la mantenían despierta por las noches, cuando debería estar descansando.

Para Eva, la felicidad era bailar. Le encantaba ser uno de esos cisnes que permanecían inmóviles durante mucho tiempo con el brazo extendido y la muñeca doblada, observando cómo los focos formaban la figura de un ave con su sombra, mientras Odette y Sigfried bailaban un deslumbrante paso a dos. También disfrutaba siendo una etérea *willi* en *Giselle*, con sus trajes blancos de gasa y las coronas de flores, sobre un escenario repleto de misticismo. Y adoraba ser un exótico espíritu del templo que envolvía las almas de Nikiya y Solor en *La bayadera*.

Pero quería ser algo más que eso. Estaba muy orgullosa de participar en todos los proyectos de la compañía, pero también deseaba protagonizar los papeles principales. Había enviado una solicitud para las pruebas antes de las vacaciones, y se le formaba un remolino en el estómago al recordar ese formulario que había entregado en la secretaría de administración de la compañía.

Cerró los ojos, complacida con el silencio que la rodeaba. No tenía nada que ver con el bullicio del salón que acababa de dejar atrás; adoraba la tranquilidad, el equilibrio, conectar con su cuerpo y su mente. El problema era que tenía que volver cuanto antes o escucharía los reproches de su madre durante una semana.

Emprendió el camino de regreso despacio, para tener un poco más de tiempo consigo misma antes de agobiarse otra vez dentro de casa. Se colocó las sandalias, subió las escaleras y alargó la mano para abrir la puerta. En ese momento alguien abrió desde dentro.

Levantó la cabeza y, bajo el marco de la puerta, descubrió al hombre más atractivo que hubiera visto en su vida. Y como miembro del cuerpo de baile en una de las compañías de danza más importante de Europa, Eva conocía de sobra lo que era la belleza masculina porque la contemplaba ocho horas al día, seis días a la semana, cincuenta semanas al año.

Él pareció tan sorprendido como ella, y, cuando sus labios se curvaron hasta formar una sonrisa, el cuerpo de Eva reaccionó de un modo extraño.

Se le desbocó el pulso y se sonrojó, sintiendo cómo el calor le inundaba toda la cara. Cerró la boca cuando se dio cuenta de que la tenía abierta y parpadeó, creyendo que se encontraba en un sueño muy real.

El impresionante escocés que ocupaba toda la puerta parecía salido del retrato de un auténtico príncipe de las Highlands.

Vestía una chaqueta negra, ajustada a la cintura con botones plateados, bajo la cual se adivinaban un chaleco y una camisa blanca. En las caderas, llevaba un *kilt* de cuadros azules y negros.

Acostumbrada a buscar similitudes familiares, pensó que se encontraba ante James y que ella, con su vestido blanco de verano, estaba sumergida en plena representación de *La sílfide*.

No dijo nada, y él tampoco, solo la recorrió con la mirada sin esforzarse en disimular que la estaba desnudando. Sofocada por su descarada actitud, dio un paso atrás y su pie encontró el vacío del primer escalón. Sintió su cuerpo flotar durante un instante antes de precipitarse, y fue vagamente consciente de que se iba a caer escaleras abajo.

Pero el escocés alargó la mano libre —con la otra seguía sujetando la puerta— y agarró la que Eva tenía suspendida en el aire con rapidez, para tirar de ella hacia él, ayudándola a recuperar el equilibrio.

—Cuidado, preciosa —dijo cuando la enderezó.

«Oh, Señor». Sus palabras le recorrieron la piel. Su voz, áspera y grave, iba completamente a juego con el físico de hombre torturado y demasiado atractivo para ser real.

—Deberías venir conmigo —murmuró él, antes de que Eva hubiera asimilado la situación—. Te devolveré cuando pueda pensar.

Tiró de ella hacia el interior de la casa y ella lo siguió, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, estremeciéndose al sentir sus dedos sobre la fina piel de la muñeca cuando la sujetó con más firmeza.

—Espera... —logró decir. Él se detuvo, centrando toda su atención en ella.

El contacto de su mano envió un chisporroteo por toda la piel de su brazo, continuó hasta llegar al hombro y de ahí se derramó como agua caliente hacia su pecho, donde se erizaron zonas de su cuerpo que jamás lo habían hecho.

Miró al desconocido como si lo viera por primera vez y descubrió que sus ojos eran del color del chocolate. Se olvidó de lo que iba a decir y murmuró lo primero que se le pasó por la cabeza.

—No te he visto entre los invitados.

Él sonrió de medio lado.

—¿Insinúas que me he colado?

Su tono burlón le provocó un temblor en los labios. Había dicho una estupidez, nadie se colaba en una fiesta de la familia Holmes, y mucho menos vestido de esa manera. Llamaría demasiado la atención y levantaría sospechas. Debía de tratarse de algún señorito de más al norte que había despertado el interés de la familia por motivos que Eva no conocía.

—No quería decir tal cosa —se disculpó ella, lamentando haberlo ofendido—. Perdóneme..., yo... Tengo que irme...

Pasó por su lado tratando de alejarse lo más rápido posible del caliente influjo de su persona. Un increíble magnetismo emanaba de ese enorme y ancho cuerpo, y a Eva se le tensó el vientre, porque había sentido una inexplicable necesidad de dejarse arrastrar por él hacia donde prometía, y eso no estaba bien.

Porque Eva nunca actuaba sin lógica.

—Espera —pidió él en voz baja. Ya se había alejado dos pasos cuando se percató de que el hombre no le había soltado la mano, y se vio obligada a detenerse—. ¿Cuál es tu nombre?

Ella se giró para mirarlo con los ojos muy abiertos, como un ciervo sorprendido por los faros de un coche.

—Eva —respondió, porque le parecía inadecuado ser descortés.

—Un placer conocerte, Eva.

Su frase se le metió bajo el vestido. Cuando el desconocido se inclinó sobre ella, pensó que iba a besarla y se preparó para escuchar los fuegos artificiales que estaba segura que sonarían. Y aunque la besó, en el último momento desvió la trayectoria para hacerlo en su mejilla, tan cerca de la comisura de los labios que pudo saborear su aliento y sentir el cosquilleo de su barba.

Su cercanía le permitió percibir el magnífico aroma a hombre mezclado con cuero y jabón. Durante un momento estuvo a punto de girar la cabeza para acariciarle los labios y deleitarse con el calor que prometía, pero su sentido del decoro la mantuvo rígida mientras él se apartaba y enderezaba la espalda.

Él la miró entonces con unos ojos muy oscuros y Eva se sintió igual que cuando bebía una taza humeante y espesa de chocolate caliente, con el calor deslizándose por su garganta hasta que le abrasaba el estómago.

—Yo soy Tom.

Eva separó los labios para poder respirar mejor y él se los miró. Sintió la caricia del encaje del sujetador cuando sus senos se tensaron, y pensó que llevaba el vestido demasiado apretado.

—Un placer conocerte, Tom.

—El placer es todo mío.

Sus cuerpos estaban muy cerca y ni siquiera se tocaban. Eva no pudo soportar más la dolorosa distancia y dio un paso hacia él sin darse cuenta, dispuesta a dejarse llevar.

Para su sorpresa, el desconocido se apartó de ella, dando un paso atrás. Dolida, cogió aire y, a través de los furiosos latidos que retumbaban en su cabeza, empezó a escuchar que al fondo, muy al fondo, alguien la llamaba por su nombre.

La vergüenza acudió en oleadas a su rostro y retrocedió. El poderoso escocés se recostó contra la puerta de servicio mientras hacía algo con la bolsa de cuero que le colgaba de las caderas. Evangeline se quedó mirando fijamente aquella mano y aquella bolsa, sin ser consciente, quizá por inexperiencia, que lo que él estaba haciendo era disimular lo que el acercamiento había provocado debajo del *kilt*. Pero ella solo pudo pensar que no recordaba el nombre de la bolsa, mientras se pasaba la lengua por los labios resecos, observando fascinada la forma en que él tensaba la mano.

—Dime que volveré a verte, preciosa —susurró Tom en voz muy baja.

Era *ella* la que no concebía la idea de no volver a verlo a *él*.

—Ah, estabas ahí, Evangeline.

La muchacha salió del trance y se giró en redondo hacia la voz que la llamaba. Gregory la cogió suavemente por el brazo, acunando su codo con la palma de una mano resbaladiza. El tacto se le antojó a Eva como el de la piel del pescado: fría, húmeda, sin rastro de vida. Se estremeció y no pudo evitar preguntarse si una hora y media atrás, cuando le estrechó la mano en el momento en que su madre se lo presentaba, aquella mano había estado igual de muerta.

Los colores comenzaron a aparecer, el sonido de la música del cuarteto de violines llegó hasta sus oídos y un calor sofocante le puso la piel pegajosa. Pero también sintió frío ante la cercanía de Gregory y desvió la mirada hacia la puerta de servicio de forma instintiva, buscando la calidez del desconocido.

Allí no había nadie.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Gregory.

—Estoy perfectamente... —saltó irritada. Se sintió muy decepcionada, y darse cuenta de esto la enfureció todavía más. Se tambaleó cuando sus emociones se templaron y lanzó un disimulado bufido—. Gracias, Gregory. Estoy bien.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó él, observando el pasillo de servicio con cierto desagrado.

—He salido al jardín a pedir que encendieran las luces, mi madre quiere terminar la velada fuera —respondió forzando una sonrisa.

—Flaviana es una dama encantadora, Evangeline, y tú eres su digna sucesora.

Gregory sonrió con expresión aceitosa y a ella se le revolieron las tripas imaginándolo del mismo modo que había imaginado al desconocido. No fue capaz de concebir en aquel chico la misma pasión que rezumaban los ojos del misterioso escocés. Gregory Spencer era atractivo del modo en que lo eran las personas que se adoraban a sí mismas: rostro bien afeitado, piel suave como las mejillas de un bebé y cejas perfectamente delineadas. El cabello rubio le caía sobre la frente como una cortina de seda y sus ojos eran dos perlas azules engarzadas en un rostro agraciado.

La sangre que le caldeaba las entrañas perdió fuerza y Evangeline se estremeció, helada.

—Volvamos, aquí ya he terminado —dijo irritada. Sentía una incómoda humedad entre los muslos que no acababa de entender.

Mientras regresaba al salón con Gregory, no pudo evitar girarse en el último momento para comprobar que, en verdad, Tom había desaparecido. Decepcionada, observó la puerta sobre la que hacía escasos segundos había un hombre mirándola con unos abrasadores ojos entornados.



Cuando Eva cruzó el vestíbulo del teatro a principios de septiembre, llevaba días demasiado inquieta.

No había dejado de pensar en el desconocido con falda escocesa. Aquella noche había permanecido despierta mirando el techo de su habitación, afectada por la forma en que él había tensado la mano contra su regazo. Se había dormido con el tono áspero de su voz acariciándola por debajo del pijama, una voz tan poderosa que había pensado que apretarse las manos contra el vientre para paliar sus devastadores efectos. Jamás había reaccionado así por un hombre y menos por uno al que no volvería a ver de nuevo.

Tenía que centrarse en cosas más importantes. Cosas reales.

Era lunes, las ocho de la mañana. Eva estaba impaciente por comenzar con el horario habitual de las clases, aprender nuevas coreografías y reencontrarse con sus compañeros del cuerpo de baile. Llegó a la compañía de muy buen humor.

—Buenos días, señorita Fisher.

—Buenos días, querida. —La recepcionista le dedicó una cálida sonrisa de bienvenida—. Vienes con muchas ganas de empezar, ¿verdad?

¿Tanto se le notaba? Eva asintió con las mejillas sonrojadas y la mujer le tendió una carpeta de color blanco con el escudo de la compañía en la portada, una «C» y una «B» entrelazadas sobre un intrincado emblema hecho de ramas y hojas. Dentro estaba el programa de la temporada que había diseñado el director artístico. Acarició las letras, con la mirada perdida en una de sus ensoñaciones.

Cuando llegó a la sala de reuniones, algunos bailarines ya estaban esperando, hablando y leyendo lo que había en las carpetas. La Sala Blanca era el salón de baile más grande de la compañía, y lo utilizaban para reuniones, ensayos generales y también para las audiciones, pruebas y exámenes de los jóvenes aspirantes. Disponía de unas gradas en un extremo y un gran piano de cola, y las paredes estaban cubiertas por espejos. La iluminación era muy brillante, onírica.

Se acercó a las gradas para saludar a sus amigos, sintiendo un cálido cosquilleo de emoción. Los había echado mucho de menos durante las vacaciones.

—Buenos días —saludó con timidez.

—¡Eva! ¿Cómo estás?

Dominic Demidov fue el primero en estrecharla contra su pecho con un fuerte abrazo.

—Bien, muchas gracias —respondió en voz baja. Dominic le dio unas palmaditas en la espalda antes de soltarla—. ¿Qué tal os va? —preguntó al resto.

—Yo he pasado las vacaciones en Sidney —dijo una chica llamada Teresa.

—¿Te has enterado de que Olivia ha fichado por el Metropolitan? —le contó Anna.

—¿De verdad creéis que es necesario preparar otro *Lago* para marzo? —protestó Catarina Scorzza desde una butaca, leyendo todo la documentación de su carpeta.

—¡Eva, por fin!

La voz de Natalia sonó por encima de las demás voces de la conversación y de pronto unos brazos se le echaron al cuello, apretándola con mucha fuerza.

—¡Natalia! —protestó Eva—. Me estás ahogando.

—Ay, ya lo sé, pero es que tenía tantas ganas de verte... —La soltó y le dio un beso en cada mejilla. Poniéndole las manos sobre los hombros, la miró de arriba abajo con una sonrisa y los ojos brillantes de emoción—. Sigues igual de pálida desde la última vez que nos vimos, perra.

Natalia Núñez era su mejor amiga, una solista de rostro dulce y angelical, grandes ojos negros y una oscura cabellera que era la envidia de todas las chicas. Despertaba mucho interés entre los hombres por su vehemencia y su pasión; era la Carmen de la compañía, puro fuego y carácter.

—He ido a la playa —justificó Eva.

—¿Te refieres a ese montón de tierra mojada que hay a los pies del acantilado?

—¡Oye! La playa es preciosa. No te metas con nuestra playa —protestó Alfred dándole un pellizco en el trasero a Natalia.

Ella lanzó un chillido de sorpresa y se volvió para atizarle una colleja mientras el grupo entero se reía a carcajadas.

—¡Ah! ¿Os habéis enterado? —intervino Elizabeth, una altísima solista—. Steve se ha declarado a Caroline.

—Oh, ¿cuándo?

—Como sabéis, estaban juntos haciendo una actuación especial en el Royal Ballet, y al finalizar su paso a dos del *Lago*, mientras el público aplaudía, Steve se puso de rodillas, sacó un anillo y se lo pidió allí mismo, ¡en mitad de todo el teatro!

A todas las bailarinas se les puso la misma cara de arrobamiento ante aquella declaración tan romántica, y un prolongado «Oh» se escuchó por todo el salón. Los chicos refunfuñaron.

Cuando Steve, el solista del que estaban hablando, entró de la mano de Caroline, alguien gritó «¡Vivan los novios!» y todos estallaron en aplausos. La pareja se sonrojó como unos adolescentes en su primera cita, sin dejar de sonreír con los ojos echando chispas. A Eva se le aceleró el corazón sintiendo una punzada de envidia. Las grandes historias de amor no solo sucedían en escena, también entre bastidores, y eso era muy bonito.

—Bueno, ¿y has aprovechado que yo no estaba para tirarte a alguien? —preguntó Natalia cuando se sentaron en las gradas.

Eva se sonrojó de un modo escandaloso y sintió un calor abrasador inundándole todo el cuerpo. Miró a su amiga moviendo la boca para intentar contestar. Natalia siempre le preguntaba lo mismo cuando se encontraban después de las vacaciones de verano, o de Navidad, o cualquier otro momento que hubiesen estado separadas. Eva siempre respondía «Por supuesto que no», pero en esta ocasión la protesta se atascó en la garganta cuando cierto recuerdo apareció entre sus pensamientos.

—No me digas que... —empezó a decir, ilusionada.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Eva al fin, luchando por recomponerse.

Natalia estalló en carcajadas y Eva quiso esconderse debajo del piano para que su amiga no volviera a preguntar.

—Entonces, ¿por qué te sonrojas? ¿Alguno de los pretendientes de tu madre es un pelirrojo adorable como un zorrillo con las manos muy largas? —ronroneó.

Eva negó, pero la imagen del desconocido con la cabellera castaña regresó a su mente, y ninguno de los candados que había puesto para protegerse ayudó a contener el sofocante bochorno.

Sintió un tirón entre las piernas.

—No, ¡no! Basta, Natalia —negó con energía. Jamás hablaría de aquello, ni siquiera con ella—. Además, aunque lo hiciera, no te lo contaría.

—¿Cómo no me lo vas a contar, si soy tu mejor amiga?

—Puedo contarte que mi madre me ha presentado a Gregory Spencer, flamante capitán de la selección de polo —dijo para cambiar de tema.

—¿Y está bueno?

—Es mono.

—¿Cuál es el problema?

Su problema tenía ojos castaños y falda escocesa.

«No, fuera. Deja de pensar en eso», se reprendió.

—Tú nunca le ves problema a ninguno.

—Dame su número y haré que se olvide de ti —propuso relamiéndose los labios como una gata.

—¿Y qué hay de Johnny? —preguntó Eva.

Natalia miró hacia donde estaba el solista, un pelirrojo de proporciones fibrosas, y suspiró.

—Nos estamos dando tiempo.

Eva puso los ojos en blanco, Natalia estaba cometiendo un terrible error otra vez. Pero en opinión de su amiga, ella no tenía nada que decir, ya que no había pasado nunca por ningún noviazgo ni había tenido una relación, así que no tenía derecho a opinar.

—Buenos días.

Aleksandr Zakharov cruzó el salón con grandes y enérgicas zancadas y se detuvo junto al resto de los maestros de la compañía. Las voces de las conversaciones se apagaron de forma gradual hasta originar un silencio reverencial en el aula.

—Veo que ya estamos todos. Bienvenidos a la reunión de la temporada. Antes de empezar con el programa, me gustaría presentaros a Olimpia Sandman, la nueva maestra repetidora que sustituirá a la señorita Marianne mientras ella está de baja.

Extendió la mano hacia una mujer menuda de cabello corto. Eva aplaudió junto con los demás compañeros mientras Zakharov apretaba la mano de aquella mujer y la coreógrafa hacía una elegante reverencia.

—Este año vamos a abrir la temporada con *Metamorfosis* —empezó a decir. La compañía abrió las carpetas con rapidez: al director no le gustaba hablar sin tener nada que decir—. Ya hemos trabajado suficiente en ella y ha llegado la hora de presentarla ante el gran público. Los ensayos comenzarán inmediatamente y los papeles están asignados de la siguiente manera...

Empezó a enumerar personajes y bailarines sin perder el tiempo en ceremonias. Eva sintió que se acababa el mundo: había un enorme repertorio de ballets, ¿por qué *Metamorfosis*? Era la peor noticia que podía recibir el primer día, y se removió en el asiento, intentando apaciguar el disgusto que la inundó.

—Natalia interpretará a Afrodita.

—Enhorabuena —le dijo Eva después de morderse los labios. Aquel era uno de los papeles más importantes de la obra.

—Gracias —respondió su amiga, ajena a la mortificación de Eva.

Zakharov tenía las ideas muy claras. Era un director duro y muy exigente, pero como compositor era un genio. Creaba sensuales y desgarradoras obras coreográficas cuya combinación exigía una técnica sobresaliente y disciplina a la hora de llevar a cabo las variaciones. A Eva le encantaban sus trabajos, disfrutaba mucho, todas sus creaciones constituían un universo de pasiones humanas y conflictos emocionales llevados al límite, representados en unas danzas llenas de movimiento y equilibrio. Cada obra resultaba única: era capaz de unificar técnica y drama y todas sus coreografías dependían de la destreza de los bailarines.

Eso era lo que lo hacía tan exclusivo: cada representación se convertía en algo personal para cada bailarín. Pero *Metamorfosis*...

—Ah, justo a tiempo, Gabriel. Gracias por unirme a nosotros —comentó el director con sequedad cuando un bailarín entró por la puerta.

—Siento mucho el retraso, Zakharov. El metro..., en fin, ha sufrido una avería. ¿Qué me he perdido?

Eva giró la cabeza cuando el recién llegado se dejó caer en la butaca que ella tenía al lado. Gabriel Montanari le rozó el brazo con el codo cuando abrió la carpeta y Eva se estremeció, repentinamente invadida por un calor sofocante, producto de la cercanía de su compañero.

—Estaba anunciando los papeles —dijo Zakharov. Se cruzó de brazos y fulminó a Gabriel con la mirada—. Si no hubieras trabajado todo el verano en el personaje, le daría el papel a otro. No vuelvas a llegar a tarde, Gabriel. Tú serás Pígalión. Oleg, tú serás el segundo. Steve interpretará a Lysandros. Víctor será el segundo.

—¿Pero quién será mi pareja? —preguntó el bailarín intentando acomodar su enorme cuerpazo de metro ochenta en la butaca.

—Ahora iba a llegar a eso. Haré dos pruebas para seleccionar a la bailarina que interpretará a Galatea, una técnica y otra de carácter. El sábado tendrá lugar la primera prueba, que será técnica. Os daré los detalles durante el ensayo.

Eva tragó saliva, sintiéndose muy desgraciada. Los protagonistas estaban reservados siempre para los principales y primeros bailarines, y Eva todavía no era una solista, tenía que pasar primero las pruebas.

Pero estaba demasiado enamorada del personaje principal como para dejarlo pasar. ¿Por qué el director no esperaba al menos un mes más?

—El cuerpo de baile ensayará con Olimpia y los solistas quedarán bajo la supervisión de Mark. Me encargaré de los principales, seleccionaré a las candidatas y las prepararé para las pruebas. No necesito decirlo importante que es este primer estreno para la compañía y que se espera lo mejor de cada uno de vosotros.

Zakharov dio por zanjado aquel asunto y continuó con el programa recitando nuevas listas de bailarines y personajes. La temporada incluía piezas de ballet clásico y obras nuevas. Tras el primer estreno empezarían a trabajar en *Don Quijote*, seguido de la obra de Navidad, *El cascanueces*. Darían la bienvenida al año con *La bella durmiente* y *El Corsario*. En primavera *La bayadera*, *Giselle* y *Carmen*, y terminarían la temporada con *El lago de los cisnes*.

—¿Lago otra vez? —protestó Natalia.

Ser un cisne era el papel más difícil de todos. Exigía mucha resistencia y mucha paciencia. Natalia la detestaba porque no podía darle el sol durante semanas si quería ser un cisne pálido; además, se impacientaba si pasaba mucho tiempo haciendo la misma figura. Eva adoraba buscar el equilibrio en el centro de su cuerpo, disfrutaba quedándose inmóvil y tener un perfil hermoso. Por supuesto, también le apasionaba la historia, ¿a quién no le gustaba ser un cisne puro y elegante?

—O una estatua que se convierte en mujer... —suspiró resignada.

—Perdona, ¿has dicho algo? —preguntó Gabriel.

—¿Qué? No, no, estaba...

Se quedó callada sin saber muy bien qué responder. El bailarín la miró. Era un atractivo italiano de cabello negro con un cuerpo que parecía esculpido por el mismísimo Bernini. Apenas lo conocía más allá de las clases, porque no habían bailado juntos ni una vez. Natalia, en cambio, sí lo había hecho, y no perdía oportunidad de decirle a Eva lo impresionante que era tocarlo. Su amiga le había contado todos los detalles de su primera vez juntos en el escenario, aunque desde aquel día la española había hecho todo lo posible por tener una primera vez en la cama con el bailarín.

—¿Vas a presentarte a las pruebas? —preguntó él, curioso ante su silencio.

—Uh..., no puedo. No soy solista —explicó retorciéndose las manos.

—Zakharov no ha dicho que el papel esté exclusivamente reservado a solistas.

—¿Ah, no? Pero...

Gabriel se inclinó para hablarle al oído. Una cálida corriente recorrió el cuerpo de Eva y se le entumeció un lado de la cara.

—Habla con él. Seguro que puede hacer una excepción contigo, *bambina*.

Tragó saliva, sorprendida por la repentina familiaridad de Gabriel y por el calor que le inundó las entrañas. Él le guiñó un ojo con gesto seductor y se volvió para mirar al director.

El bailarín tenía razón. Nada le impedía presentarse a esas pruebas, superarlas y bailar un apasionado ballet con él.

—Bien, eso es todo, de momento —sentenció el director—. Nos volveremos a reunir después de Navidad. Id a cambiaros para la clase.

—... y *plié*, primera a segunda, *plié* y *temps lié* detrás. Dos veces, primero un lado, luego otro. Vamos allá. Y...

La alegre melodía de un piano acompañaba las instrucciones del maestro de baile mientras cantaba los primeros ejercicios de la jornada.

Llevaban media hora haciendo estiramientos y rotaciones en la barra y Eva ya notaba los músculos tirantes, un vigorizante cosquilleo en la cara interna de los muslos. Cuanto más fatigada estaba, Eva disfrutaba mejor los movimientos. El agotamiento físico era una de las cosas que buscaba del baile, llevaba su cuerpo al límite para conectar con una parte de sí misma.

—Vuelta, pirueta, vuelta..., uno, dos, tres, *soutenu*, delante, atrás, siete, *soutenu*...

Entre jadeos y resoplos, sentía el peso del esfuerzo físico. El entrenamiento diario la mantenía en forma, bañaba su cuerpo de sudor y la ropa se le pegaba a los músculos igual que el flequillo se le pegaba a la frente. Era increíble la sensación de ardiente euforia que recorría todo su cuerpo en esos momentos.

A medida que pasaba el tiempo, las inspiraciones y exhalaciones del grupo eran cada vez más trabajosas. La piel del cuello y los brazos de los bailarines brillaban por el esfuerzo a medida que se deshacían de las prendas que les daban calor.

La clase de la mañana servía para poner a punto sus cuerpos, preparándolos para los ensayos. Era su parte favorita, porque solistas, principales y bailarines estaban al mismo nivel, no había categorías ni rangos y todos hacían los mismos movimientos.

—Talones abajo. Levantad los brazos mientras bajáis. Rodillas estiradas. Usad toda la música. Bien, encantador. —Victor Maloney se deslizó entre sus alumnos para corregir una mano. Tocó una barbilla y arregló la apertura de una cadenera para que todos los músculos estuvieran bien trabajados—. Estáis muy flojos, contraed. Más.

El maestro de baile era un elegante británico que siempre caminaba erguido y utilizaba camisas de cuello de cisne. Ni siquiera se despeinaba cuando realizaba un *arabesque* y, lo que era todavía más asombroso, tampoco sudaba.

—Muy bien, al centro, en dos grupos. Como es el primer día, he pensado en un pequeño reto. A ver qué os parece... —Animado, Maloney se colocó en el centro y comenzó a mostrar los pasos—. Derecha, *croisé*, al frente. Paso a la derecha en uno, brazos en dos, *plié tendu* tres y cuatro. *Developpé croisé*...

Eva realizó los ejercicios desde su posición, moviendo los brazos mientras seguía las instrucciones para memorizar el diseño del maestro, un complejo *adagio* de bienvenida. Maloney planteaba las clases para que fuesen entretenidas, y cuando la música comenzó a sonar, Eva se dejó abrazar por las notas.

El grupo bailó los ejercicios mientras el maestro los acompañaba. Sin perder la elegancia innata de un bailarín profesional, los agotó hasta que terminaron sudorosos y tremendamente satisfechos, mientras que él no parecía ni siquiera ligeramente cansado.

—Con esto damos por finalizada la clase. Muchas gracias a todos.

Cansados, con agujetas y con los cuerpos listos para afrontar los ensayos, los bailarines vibraron repletos de energía y aplaudieron. La temporada acababa de empezar y todos estaban muy alegres. Bolsas, zapatillas, toallas, botellas de agua, camisetas y pantalones formaron un barullo cuando se apresuraron a salir del aula.

—¡Qué bien sienta el primer día de clase! —exclamó su amiga bajando las escaleras con gráciles saltitos—. ¿No sientes que se te doblan las rodillas? —exclamó entusiasmada.

Eva la siguió con una toalla sobre los hombros, bajando los escalones de uno en uno. Se recreó en los calambres que recorrían su cuerpo, en el chisporroteo de los músculos. La efervescencia inundaba también su sangre, pero acostumbraba a controlar el entusiasmo, no como Natalia, que revoloteaba llena de energía.

En el fondo, Eva se sentía como una niña con ganas de seguir jugando hasta caer vencida por el agotamiento. Pero ya no era una niña, era una Holmes, así que observó a su amiga elevar los brazos para danzar como si la música de la clase siguiera sonando.

—¿Qué te ha dicho Gabriel? Antes, en la reunión —le preguntó cuando se sentaron a una mesa para almorzar.

Eva se tensó; no había vuelto a pensar en ello mientras estaba en clase.

—Me ha dicho que me presente a las pruebas para Galatea.

—Hazlo —dijo Natalia de inmediato.

Eva miró a su amiga, sorprendida.

—No puedo. No soy solista.

—Pero has presentado la solicitud. ¿Qué más da lo que eres ahora? Lo importante es lo que sientes.

—¿Y si luego no paso ninguna prueba? —dijo Eva mientras se comía el sándwich—. ¿Y si no doy la talla para ser una solista?

—Mira —exclamó Natalia con la boca llena—, si tú no das la talla para solista, yo soy lesbiana.

Aquello zanjó la conversación.

—Tengo el primer examen de solista dentro de un mes. Para entonces, ya habremos estrenado.

—Bah, tonterías. Creo que deberías hacerlo, habla con Zakharov, seguro que... bueno, que te tiene en cuenta si se lo dices.

Eva nunca había querido que los lazos familiares le abrieran puertas, prefería hacer las cosas por méritos propios. Zakharov era lo bastante profesional para no ascenderla solo por ser la nieta de quien era. Pero ¿y si le negaba también la posibilidad de presentarse a las pruebas precisamente por lo mismo?

—Supongo que lo haré. ¿Qué tal tus vacaciones?

En cuanto cambió de tema, Natalia empezó a contarle un montón de batallitas. Le gustaba mucho hablar, así que Eva agradeció que perdiera el interés en ella y escuchó sus esperpénticas historias.

Tras el almuerzo, se despidieron y quedaron en verse a la salida, porque cada una tenía un ensayo distinto. La jornada del cuerpo de baile fue relajada, el grupo tuvo que acostumbrarse a la forma de trabajar de la nueva coreógrafa. La señora Sandman tenía mucha energía y la contagiaba a todos los bailarines, por eso las horas pasaron volando, y antes de que Eva se diera cuenta, el día había llegado a su fin.

—Recordad el final, en quinta —decía la coreógrafa mientras los bailarines recogían sus cosas—. Y mejora ese *relevé*. El *arabesque* más alto...

Los pasillos se llenaron de bailarines saliendo de las aulas y formando grupos para comentar los aspectos del baile o cotillear sobre alguna noticia jugosa. Muchos devoraban barritas energéticas, otros se hidrataban con litros y litros de agua y el resto caminaba a toda prisa para salir del teatro.

Eva se dirigió a su vestuario para darse una ducha y cambiarse de ropa. En una bolsa de papel guardó la falda de gasa del ensayo, recogió el neceser y del armario sacó un par de zapatillas de repuesto. Lo guardó todo en su mochila de ballet y se dirigió a la salida despidiéndose de sus compañeros.

Al doblar por una esquina, vio a Zakharov hablando con el señor Maloney.

Se pasó la lengua por los labios secos, se revolvió el flequillo y decidió que ese era el momento de lanzarse. Tenía que pedirle al director que la tuviera en cuenta para las pruebas, ella conocía muy bien el papel de Galatea. Mejor que nadie. Y solo ella sería capaz de bailar al nivel que el papel exigía. Ninguna otra se preocuparía tanto de hacer bien el trabajo como ella.

Mientras lo pensaba, Zakharov desapareció por el pasillo y el señor Maloney saludó a Eva al pasar junto a ella. Cabeceó en dirección al maestro y salió disparada hacia el director, experimentando una sensación parecida a la que sentía justo antes de lanzarse a escena.

Cuando se detuvo delante de la puerta de su despacho, se lo pensó mejor.

¿Y si Zakharov le decía que no? Si el director hubiera considerado que Eva era una buena bailarina..., no, una bailarina excepcional, la habría ascendido de inmediato.

Si Zakharov no había hecho nada de eso, es que Eva no tenía nada más especial que el resto de sus compañeras.

—¡Estoy harto de todas estas restricciones!

El grito furioso salió de dentro del despacho y Eva se estremeció. Zakharov empezó entonces a gritar en ruso, intercalando algunas frases en inglés, y ella escuchó toda la conversación sin enterarse de absolutamente de nada de lo que sucedía.

—Bueno..., ¡pues a mí no! ¿De verdad crees que vamos a convencer a nuevos patrocinadores para que nos den miles de libras si no le presentamos una obra decente...? No quiero seguir discutiendo sobre esto, ¡tengo mucho que hacer!

La conversación finalizó de golpe.

Eva no se había movido de la puerta. No quería entrar, pero tampoco quería marcharse por miedo a que Zakharov pudiera escuchar sus pasos. Si pensaba que había oído su conversación a escondidas... Lo mejor que podía hacer era dar cortos pasos hacia atrás y fingir que no había estado allí. Sabía caminar con la suficiente destreza como para no hacer ningún ruido.

En esas estaba cuando Zakharov abrió la puerta para salir y frenó cuando se dio de bruces con Eva.

«¡Maldición!».

La furia que irradiaba el cuerpo del director impactó en la muchacha. Pensó en una excusa mientras veía pasar toda su carrera por delante. Zakharov la miró a la cara, directamente a los ojos. La cólera que reflejaba en su mirada obligó a Eva a tragar saliva. Comenzó a hacerse a la idea de que estaba despedida y que ya no bailarían más, ni en la compañía de Crownfield ni en ningún otro lugar.

—¿Qué quieres?

—¿Podría hablar con usted un momento?

El director se hizo a un lado, dejando espacio para que ella pudiera entrar. No muy segura de lo que hacía, Eva estrujó la bolsa de papel donde guardaba la falda y traspasó el umbral con pasitos cortos.

Había estado en su despacho varias veces, aunque hacía mucho tiempo de la última vez. Las estanterías estaban repletas de libros de danza y enseñanza; en las paredes había dibujos y láminas de ballet, en su mayoría carteles de obras que el director había bailado o dirigido. Uno de los pósters era de su abuela, caracterizada como Odette, la protagonista de *El lago de los cisnes*, con la línea de los ojos pintada de negro y el rostro blanco, con una hermosa corona de plumas de cisne sobre la cabeza. En aquella fotografía su abuela tenía cuarenta años y estaba muy hermosa.

Eva desvió la mirada de la fotografía y se frotó el pecho.

Zakharov cerró la puerta, rodeó el escritorio para ponerse frente a ella y se cruzó de brazos.

—Siéntate. ¿Qué querías?

Eva ocupó el borde de una silla y dejó la bolsa de papel en el suelo junto a sus pies. Se restregó las palmas de las manos en las mallas buscando las palabras correctas.

—Es sobre *Metamorfosis* —empezó a decir. Inspiró hondo y decidió que tenía que ser directa. Zakharov odiaba la debilidad, pero Eva no era débil, estaba aterrorizada—. Me gustaría presentarme a las pruebas.

El silencio fue tan denso que Eva podría habérselo untado por encima. En la mirada de Zakharov se avivó una llama de cólera, indignación y sorpresa. Cuando él la miró, se sintió como un insecto clavado en un corcho, atravesado por un alfiler. Notó que el corazón le retumbaba en las sienes cuando él se removió.

—Me encanta —dijo para llenar aquel incómodo silencio con cualquier frase—. Me fascina el personaje de Galatea. Me gustaría hacer las pruebas que has mencionado esta mañana.

Eva supo que si bajaba la mirada, Zakharov la echaría de allí de una patada. Se sintió muy torpe, no había expresado la petición como quería. En su cabeza todo sonaba mucho mejor, se le había olvidado añadir que quería hacerlo por su abuela.

El director exhaló un suspiro que Eva imaginó que estaba hecho de fuego.

—Si le diera el papel a cada bailarina que me dice que adora *El lago de los cisnes*, me faltaría calendario para tanta Odette. ¿Por qué quieres hacer las pruebas?

—Creo que podría aprender mucho con ese papel. He estado todo el verano trabajando la coreografía.

El aire alrededor de Zakharov volvió a cargarse.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Memoricé el baile. —Dudó antes de hablar—. Y algunas de las variaciones del «*Adagio de la Piedra*» me las enseñó mi abuela. Las... practicó conmigo mientras diseñaba la coreografía —añadió con la boca pequeña.

Recordarlo resultó doloroso. No solo para ella, también para el director. *Metamorfosis* era una revisión; Zakharov había trabajado en ella junto a Florence, la que fue su maestra y descubridora cuando dirigía el Royal Ballet. Su abuela nunca vería estrenada la obra y el director no podría compartir el éxito con ella.

—Memorizaste el baile... —susurró Zakharov apretando la mandíbula. Se le marcó un músculo de la mejilla y su boca se transformó en una fina línea—. No eres una solista.

Eva dejó de respirar.

—Envié la solicitud en primavera. Los exámenes son en octubre—respondió ella muy despacio, tratando de sonar serena—. No soy solista *todavía*. Pero lo seré. Puedo ser una buena Galatea.

Era la mejor frase que había hilado desde que comenzara aquella difícil conversación. Se sintió satisfecha con su argumento y esperó una nueva réplica de Zakharov, dispuesta a seguir luchando.

Tras una pausa que le pareció eterna, el director descruzó los brazos.

—Preséntate mañana a las doce con el grupo de solistas. Trabajaremos las cuestiones técnicas y decidiré si estás preparada para las pruebas. —Eva parpadeó. «¿Está de acuerdo? ¿Así, sin más?»—. Ahora, si me disculpas...

Zakharov se levantó de la mesa, abrió la puerta del despacho y la invitó a marcharse.

—Eh..., sí, perdón —dijo ella cogiendo en brazos la bolsa de papel.

Cuando Eva salió, el director cerró detrás de ella de un portazo. No le dio tiempo a darle las gracias ni a preguntarle cuál era el aula en la que tendría que presentarse. Consideró preguntar los detalles, pero el estado en el que estaba no era el más adecuado.

—¿Y bien? —le preguntó Natalia en la calle, en las escaleras del teatro.

—Me ha dicho que sí —respondió, aunque no terminaba de creérselo.

—¡Tía, eso es genial! —exclamó, dándole un abrazo.

Eva empezó a alterarse.

—Tengo que trabajar. Tengo mucho que ensayar. Tengo que...

—Ya, ya, tranquila.

—Tengo que ir a casa de mi abuela...

Natalia la cogió de los brazos y la miró.

—Eva, cariño, no te agobies tan pronto. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—No me ha dado los detalles.

—Mañana preguntamos, ¿vale?

Eva inspiró hondo.

—Vale.

—Voy a pasar por *La dulce Coppélia*, Teresa me ha dicho que acaban de traer unas puntas nuevas de tres cuartos. ¿Quieres venir?

—No, gracias. Quiero ensayar.

Natalia se despidió dándole un beso en la mejilla. Eva se dirigió hacia un coche negro aparcado junto a la acera al final de la calle.

Necesitaba bailar. No quería pasar la tarde de compras, quería practicar hasta hacer un *adagio* perfecto. A cualquier bailarina le gustaba probarse zapatillas de punta nuevas, cada cual más bonita y preciosa que la anterior, que le hacía el pie hermoso y un peine divino. Pero ahora mismo estaba demasiado ansiosa por las pruebas.

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, Clancy. A casa de Florence, por favor.

El chófer de los Holmes puso en marcha el coche y Eva se acomodó en el asiento.

Toda la tensión acumulada salió en forma de suspiro y de pronto, se sintió más agotada que nunca. Las horas de clase, el ensayo y después la conversación con el director la habían puesto tan tensa que tenía los músculos agarratados. Apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos, relajándose durante los cuarenta minutos de trayecto.

Cuando llegó a Winter Garden, sacó el móvil de la mochila y vio un mensaje de Natalia, una fotografía en la que aparecía posando junto a una zapatilla de color rosa brillante, dándole un beso:

«No sabes lo que te pierdes :)».

Eva sonrió mientras bajaba del coche. Se despidió de Clancy, sujetó la bolsa de papel con el otro brazo y caminó por la calle mientras tecleaba una respuesta sobre la pantalla.

—Eh, preciosa...

Eva sintió que un escalofrío le erizaba la piel de todo el cuerpo.

Dejó de escribir.

Una sensación de tórrida familiaridad la envolvió hasta cubrirle las mejillas de un rojo intenso. Alzó la vista, estremecida de pies a cabeza, y se encontró con una mirada que llevaba días deseando volver a ver.

El levantó la mano sonriendo de oreja a oreja.

—¡Hola! —saludó. Eva contuvo la respiración y el teléfono estuvo a punto de caérsele de las manos.

De pie, detrás de la valla blanca que rodeaba la casa, bajo la sombra de un enorme roble, con las manos enfundadas en unos sucios guantes de jardinero, estaba...

—Soy Tom —prosiguió. Clavó la pala en la tierra y se apoyó en ella, mientras cogía el cigarro que le colgaba de los labios de un modo muy masculino, entre el índice y pulgar. Dejó salir el humo con naturalidad, un gesto que resultó descaradamente seductor—. Nos conocimos el otro día. En tu casa, creo.

La camiseta blanca y sin mangas que le cubría el torso estaba sucia, llena de manchas de tierra y sudor, y por el borde del cuello sobresalía una mata de vello tan frondosa que para Eva fue demasiado vergonzoso detener la mirada en ella. Buscó una parte de su anatomía que fuera segura, pero era alto como una montaña, con un cuerpo robusto y unos hombros anchos. El color de su pelo era de intenso castaño oscuro bajo la sombra del atardecer.

Se olvidó por completo de que tenía que respirar.

—Hola —contestó, escuchando un pitido en los oídos.

—Perdona si me fui demasiado pronto, tenía un asunto sin resolver. ¿Qué haces por aquí? —preguntó acercándose. Soltó la pala, se puso el cigarro en la boca y colocó las manos sobre un poste de la valla.

Eva sintió un suave cosquilleo bajándole por el vientre, hacia los muslos. La cerca era la única barrera que los separaba y sintió que no era suficiente.

—He venido a ensayar.

No pudo pensar en una excusa u otra dedicación que resultara más interesante, su mente era incapaz de funcionar correctamente ante su presencia.

—¿Ves algo que te guste?—preguntó Tom con una sonrisa, levantando un brazo para señalar la mansión que se levantaba a su espalda. Era la casa de la señora Lansbury, la vecina, pero Eva solo tuvo ojos para la manera en que se le marcaron los músculos del biceps—. Si quieres, puedo hacerte... un *tour* por el jardín.

Se ahogó.

—Yo... tengo que ensayar —susurró, ruborizándose.

—Vale. Pues... ve a ensayar.

Eva se giró y caminó a toda prisa hacia la casa de su abuela. Justo antes de entrar se detuvo en la puerta, confusa. Acababa de hacer algo estúpido, aunque no sabía muy bien qué había pasado.

Se dio la vuelta. Tom seguía en el mismo sitio, con las manos sobre la valla, el cigarro en los labios, aspecto de duro trabajador y expresión traviesa. Levantó una mano para saludarla.

Ella dio un respingo y entró en la casa, preguntándose por qué le resultaba imposible reaccionar de un modo normal ante él. ¿Por qué siempre hacía cosas estúpidas?

Tom observó un buen rato el lugar por el que había desaparecido la muchacha. Dio una profunda calada al cigarrillo y dejó salir el humo de golpe mientras enderezaba la espalda.

Antes de que ella abriera su exuberante boca para responderle, él ya estaba calculando el tiempo que le llevaría desnudarla y tenerla bajo su cuerpo. Tendría suerte si podía resistirse cinco minutos después de recorrer con los labios la suave y pálida piel de su cuello, mordisquear sus pechos y sumergirse entre sus recatados muslos.

La noche que la había conocido, Eva llevaba un holgado vestido blanco de tirantes de una tela tan fina que lograba darle el entrañable efecto de estar envuelta en una nube de gasas. El corpiño que incorporaba realzaba unos pechos preciosos que se murió de ganas de probar en el mismo momento en que los vio.

Rememoró la sensación que le había causado con una sola mirada, intensa y fulminante como la de ahora, con sus expresivos ojos verdes y los suaves labios abiertos. No pudo pensar en otra cosa que provocar aquellos mismos gestos llevándola al orgasmo, pero cuando se acercó para besarla, enseguida detectó su temblor y, aunque deseaba hundirse dentro de su boca, rectificó en el último momento para besarle la mejilla. Olía a flores frescas, a dulce inocencia, a aterciopelada docilidad.

Se hubiera pasado el día deleitándose con el caliente rubor de su piel sin dejar de escuchar su respiración entrecortada. La piel de su muñeca era muy suave y sensible, no le había costado nada encontrar su pulso para deleitarse con la acelerada frecuencia.

Pero sin duda, el momento exacto en el que Tom se había quedado prendado de ella fue cuando la vio pasarse la lengua por los labios mientras desviaba la mirada hacia su *kilt*. Tuvo que refrenar el deseo de besarla hasta dejarla sin aliento.

Apretó los puños contra los postes de la valla, tratando de mitigar el dolor que le pulsaba bajo los pantalones. Sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo y se fumó un segundo pitillo mientras observaba la casa en la que había entrado la chica. Era la construcción más grande del vecindario de Winter Garden, una mansión de tres pisos, alta y alargada, de fachadas oscuras, rodeada por un jardín descuidado con la hierba muy alta. Para Tom era otra casa de ricos como todas las que había en aquel vecindario, solo que ahora le interesaba mucho la persona que vivía allí.

Apuró el tabaco. La nicotina le calmó los nervios lo suficiente para volver al trabajo. Echó una última mirada hacia la mansión, cogió la pala y continuó cavando. Clavó la herramienta en la tierra ayudándose con el pie y lanzó el puñado de tierra por encima del hombro.

Tenía que preguntarle a Mónica por ella, seguro que la conocía, vivía en la casa de al lado. Cuando se dio cuenta de que había cavado más de la cuenta, ya era tarde: estaba metido en un agujero hasta las rodillas. Se pasó la mano por la barba. Qué apropiada situación para su estado de ánimo...

Salió del agujero y volvió a llenarlo con la tierra que había quitado de más, amoldándolo hasta que la zanja tuvo las dimensiones adecuadas. Cuando acabó, ya

había oscurecido demasiado. Recogió las herramientas y las guardó en la caseta del jardín.

Se lavó el sudor y la tierra con el agua de una manguera —helada, como de costumbre—, se puso ropa limpia y se fumó otro cigarro mirando hacia la mansión, esperando ver aparecer a la muchacha.

—Vamos, bonita, sal para que pueda verte.

No lo hizo y Tom se sintió estúpido después de media hora.

—Esa chica está fuera de tu alcance.

Fue lo primero que Mónica Lansbury le dijo cuando se reunió con ella en la terraza del jardín. La dama sacó un cigarrillo de su elegante pitillera plateada y Tom le ofreció fuego antes de sentarse. Después de un par de caladas, ella lo miró con censura. Él levantó las cejas y Mónica lo estudió de arriba abajo. Tom ni siquiera se sonrojó cuando ella se fijó en su erección.

—No le convienes.

Tom hizo una mueca.

—Es ella la que no me conviene a mí. ¿Quién es? —preguntó sin mirar a Mónica. Ella tardó un poco en responder, quizá para provocarle.

—Evangeline Sophie Holmes, la hija más pequeña de los Holmes. Te presenté a su padre cuando estuvimos allí, al coronel y su esposa. Archibald Holmes, su hermano mayor, es ministro de Defensa.

—No estoy muy puesto en política actual —contestó encogiéndose de hombros. Hacía mucho tiempo que había dejado de moverse entre peces de la alta sociedad como Mónica. De hecho, se la traía al fresco.

—Su abuela era Florence Fontain.

—¿La bailarina?

Todo el mundo en aquella ciudad sabía quién era Florence Fontain; había un parque con su nombre en el centro. Tom no sabía nada sobre ballet, pero había oído hablar de aquella mujer, la había visto en fotos y por televisión; siempre le había parecido una dama arrogante y soberbia como todas las de su clase.

—Florence y yo fuimos amigas durante muchos años. Cuando se fue a dirigir a Londres la vi muy poco, pero después regresó con su nieta Eva. Llegamos a ser íntimas.

—¿Cómo de íntimas? —preguntó, atrevido.

—No de ese modo —aclaró, fingiendo estar escandalizada.

Tom empezó a reírse por lo bajo. Mónica era una mujer que a su edad seguía despertando interés entre los hombres gracias a su belleza de estilo clásico. Parecía una actriz del Hollywood dorado: tenía el cabello rubio claro y ojos de un intenso gris acero. De joven sobrevivió a un primer matrimonio horroroso; se recuperó con el segundo, que le aportó todo lo que una mujer como ella podía desear: dinero y una buena posición social. Ahora, ya viuda, hacía lo que más le gustaba, ser el centro de atención en el club Victoria. Pasaba allí cuatro noches a la semana, permitiendo que los hombres la vieran y la desearan, pero sin llegar nunca a nada más.

—Me gusta Eva—confesó Tom sin rodeos.

—No es como las chicas que conoces —advirtió ella.

Las chicas que conocía no se quedaban con la boca abierta delante de él sin saber qué hacer. Muy al contrario, sabían exactamente cómo tenían que usarla si querían recibir una recompensa justa. Las chicas que conocía se arrodillaban ante él y hablaban solo cuando lo demandaba, se masturbaban si así lo exigía y solo alcanzaban el orgasmo cuando Tom lo permitía.

En el momento en que Evangeline Holmes agachó la cabeza y parpadeó con un aleteo de pestañas, Tom supo lo que era. Era una joven preciosa... y sumisa. Una sumisa de verdad, una que representaba exactamente todo lo que él deseaba de una mujer, todo lo que hasta ahora no sabía que estaba buscando.

El instinto de protección se había removido dentro de él al ver cómo uno de los invitados, un estirado joven de sonrisa petulante, se acercaba a ella para reclamar su atención. El estremecimiento que recorrió el cuerpo de Eva estuvo a punto de conseguir que Tom le rompiera la nariz a aquel tipo.

—Imagino que no lo es —acabó diciendo en voz baja, intentando que no se le notara la voz ronca.

—No, no lo imaginas —reprobó—. Eva es una chica muy vulnerable y sensible, vive las cosas de una manera muy intensa. No maneja sus emociones como tú o como yo. No sabe. Además —prosiguió la mujer—, es hija de una familia importante. Son una dinastía de políticos y aristócratas fieles a los viejos valores. Su abuela se encargó de ella, pero desde que falleció, ha vuelto con sus padres. No pasará mucho tiempo antes de que se case con alguien importante, igual que han hecho sus demás hijos.

—Puedo llegar a ser alguien importante para ella —dijo Tom con toda tranquilidad.

—Es de las que buscan un romance para toda la vida.

—Entonces ya es hora de que comience a sentar la cabeza, ¿no te parece?

—No vas a desistir, ¿verdad?

—No —aseguró—. Podrías invitarla a tomar el té mañana. Quiero que me la presentes.

No fue una petición.

Estaba dispuesto a conquistarla. Ahora que sabía dónde podía encontrar a la muchacha —un lugar accesible durante, al menos, un par de meses más—, no iba a dejar pasar la oportunidad. Mónica decía que no era como las demás chicas, y saltaba a la vista que no lo era. Reaccionaba igual que reacciona cualquier hembra ante alguien como él, y Tom sabía exactamente lo que provocaba en las mujeres.

Eva era una chica preciosa. Lo que veía, olía y sentía cuando estaba cerca lo afectaba a un nivel primitivo, haciendo que tuviera que controlar aspectos de sí mismo que hasta ahora no se había avergonzado de mostrar. Tom se había tomado la molestia, por primera vez en su vida, de ocultar su erección con la bolsa del *kilt* para evitar que ella saliera huyendo despavorida. Lo último que quería era asustarla, deseaba que ella centrara su atención en él y lo mirara con esos ojos verdes que eran como un valle nublado por la tormenta.

Y parecía infeliz. Su expresión fue de absoluta angustia cuando aquel tipo que iba con ella la obligó a volver a la fiesta.

Aquella misteriosa contradicción necesitaba una respuesta.

—¿Por qué habría de hacer algo así? —preguntó Mónica, molesta.

—Porque, como has dicho, es el tipo de chica que busca un romance para toda la vida, y eso no puede encontrarlo entre especímenes de alta alcurnia. Yo puedo darle lo que necesita, soy un hombre de mundo, interesante y atractivo —comentó con una sonrisa de suficiencia—. Y porque me la quiero tirar.

—Estoy acostumbrada a tu exceso de arrogancia, pero no creo que ella sea capaz de combatir contra tu ego.

—Estoy seguro de que habrá probado todos los sabores del ego, y se quedará con el mío.

—No sé yo, Tom...

—Bueno, ¿qué me dices de Christopher?

Observó complacido cómo la cara de Mónica pasaba de la sorpresa al rubor. Cuando la mujer intentó reprimir una sonrisa como si fuese una vergonzosa adolescente, sin conseguirlo, Tom se inclinó hacia delante para causar un mayor impacto.

—Invita a Eva. —Tom endureció la voz hasta convertirla en un cálido susurro. La mujer se estremeció—. Me lo debes.

—No es lo mismo —defendió ella—. Tom, en serio, quiero ahorrarte muchos problemas.

—Me estás negando la posibilidad de jugar antes de empezar la partida —ronroneó jugueteón. Deslizó los dedos por el dorso de la mano femenina. Ella reaccionó abriendo más los ojos, exactamente como hacían todas las mujeres cuando él les transmitía ese toque eléctrico y efervescente. Mónica era una mujer con mucha experiencia, pero le temblaban las rodillas cuando un hombre más joven la tocaba—. Quiero conocerla.

—Quieres acostarte con ella.

—Como cualquiera que tenga ojos en la cara.

—No es tu tipo de chica.

—Ah, ¿y cuál es mi tipo de chica, Mónica? —preguntó burlón.

Acarició con suavidad la muñeca de la mujer, hasta presionar las yemas contra el pulso que palpitaba en la fina piel de sus venas. Acelerado.

—Alguien con experiencia, Tom —respondió ella apretando los labios.

—Como tú, por ejemplo. —No fue una pregunta.

—Eva jamás se prestaría a hacer lo que tú haces —susurró Mónica hablando con un tono más lánguido.

—Tú sí, claro.

—Sabes que sí. Además —murmuró la mujer. Tom se envaró cuando el tono de su voz sonó más grave—, pertenece a los de tu clase. Y me dejaste muy claro que no querías tener nada que ver con ellos.

Lo correcto en aquella situación habría sido soltarle la mano a Mónica y fingir sentirse ofendido. En lugar de eso, cerró los dedos en torno a su muñeca y le inmovilizó el brazo sobre la mesita de té. Ella se tensó. Tom contempló con regocijo sus pupilas dilatadas, aunque por fuera se mostró firme.

—Invita a Eva, Mónica —dijo con voz suave y calmada—. Mañana. A esta misma hora.

Su jefa era una mujer dura, pero se derretía en cuanto escuchaba una voz como la que usaba Tom cuando quería que alguien cumpliera sus demandas.

—¿Por qué? —preguntó, dispuesta a no ceder.

—Porque no quieres hacer enfadar a Christopher —ronroneó esbozando una peligrosa sonrisa—. ¿Verdad? ¿Verdad que no quieres que le diga que te has portado mal?

Mónica se estremeció cuando se llevó el cigarro a los labios para dar la última calada. Cuando lo aplastó en el interior del cenicero, levantó la mirada hacia él.

—Cariño, ¿no te han dicho nunca que tienes que respetar a tus mayores?

Tom se inclinó hacia delante.

—¿Desde cuándo te ha importado la diferencia de edad para follar, Mónica?

—¿Y a ti?

—No me llevo tantos años con Eva...

—Los suficientes.

—Mónica, querida, es un hecho que mañana por la tarde Eva se sentará en la mesa de tu cocina para hablar conmigo. No hagas esto más difícil. Solo quiero hablar.

—Está bien —accedió de mala gana.

—Buena chica —alabó Tom, liberándole la muñeca. Mónica tardó un buen rato en recomponerse, y la vio frotarse la mano como si le quemara.

—Insisto, no es una buena idea.

—No te preocupes —dijo acabándose el cigarro—. Si algo sale mal, te dejaré que me digas «Te lo dije». Sé cuánto te gusta tener razón.

Mónica refunfuñó algo, pero Tom había dejado de prestar atención a sus advertencias. Observó un rato la silenciosa mansión del final de la calle, preguntándose por qué una chica tan mona pasaba las tardes en aquella lúgubre casona con aspecto de llevar mucho tiempo abandonada.

Se despidió de Mónica y se dirigió hacia la casa de la joven, poniendo especial cuidado en que su jefa no lo viera merodear por allí. Quería saber si la casa estaba tan hecha polvo como parecía de lejos y si era un lugar seguro para que Eva se encerrara allí tantas horas. ¿Qué estaría haciendo?

Abrió la puertecita de la valla; la madera no parecía estar en mal estado a pesar de que la pintura estaba un poco desconchada. La hierba estaba muy crecida y las flores salvajes asomaban entre las juntas de las piedras que daban forma al camino que llevaba al porche. Se acercó hasta la puerta principal, pero antes de llegar, se detuvo. La muchacha era hija de una importante y poderosa familia, ¿dónde estaba la seguridad? ¿Dónde estaban los perros o las alarmas? ¿Y las cámaras de seguridad? Miró por encima del hombro, hacia la calle, esperando ver algún coche aparcado junto a la acera que tuviera los ojos puestos en la casa. Pero no había nadie por allí.

Cambió el peso de una pierna a otra, nervioso. Si Tom hubiese sido un ladrón, nada lo habría detenido para entrar en la casa y hacerle daño. Sabía por propia experiencia lo que los hombres eran capaces de hacer con las personas, y en especial, las atrocidades que algunos cometían contra las mujeres. Se enfureció al pensar en Eva como una víctima más de aquellos locos peligrosos con los que había compartido media vida, y le costó varios minutos tranquilizarse.

Winter Garden era un barrio seguro, de gente de bien, con buena posición social y mucho dinero. Estaba situado en una colina y tenía unas vistas maravillosas. Una mansión en un lugar como este no se la podía permitir cualquiera. Además, los vecinos tenían contratado un servicio de vigilancia que hacía varias rondas para evitar robos o asaltos.

Si había un lugar seguro en todo Crownfield, este era uno de ellos.

En medio del silencio, escuchó música. Al principio no supo lo que era; las notas eran muy débiles, amortiguadas por las paredes de la casa. Después se dio cuenta de que era una melodía de música clásica. Esbozó una sonrisa nostálgica cuando reconoció los acordes y los compases. El viejo Tchaikovsky tenía un carácter único.

Se guió por el sonido, esperando encontrar una ventana para mirar lo que sucedía en el interior, pero todas estaban cerradas y las cortinas, echadas. Rodeó la mansión por un lateral hasta un jardín trasero muy descuidado. Los arbustos habían crecido demasiado y las ramas despuntaban en todas direcciones, los rosales eran marañas de espinos alrededor de una pequeña construcción en piedra y los árboles que se perdían a lo lejos eran gigantescas figuras de ramas retorcidas. La imagen era a un tiempo desoladora y romántica, el jardín era como el viejo recuerdo de lo que un día fue un paisaje precioso, pero que el paso del tiempo no había perdonado.

Él podría devolver a la vida aquel bosque salvaje. Igual que había cuidado del jardín de Mónica, podría domesticar aquel reino para Eva. Para que ella pudiera caminar bajo la sombra de las ramas, descalza. Desnuda.

Siguió caminando hasta dar con una serie de diminutas ventanas por las que salía luz. La música emergía por una de ellas, que estaba abierta. Se inclinó a mirar y descubrió un luminoso salón de baile.

El suelo era de madera y las paredes estaban forradas de espejos. Había un enorme chéster a un lado, un armario y también un pequeño frigorífico. Junto al sofá había un equipo de música del que salía la melodía.

El estómago de Tom se contrajo.

Eva caminaba por el salón, con una toalla alrededor del cuello. Se movía al compás de la melodía moviendo solo los brazos, concentrada en algo que solo ella podía saber. Tom se quedó embelesado con los hipnóticos movimientos de sus manos, los giros de muñecas y las caprichosas ondulaciones de sus dedos. Abrió los brazos trazando un exquisito círculo en el aire, un gesto elegante y hermoso que lo dejó fascinado.

Tuvo la excitante sensación de hallarse espiando un momento de absoluta intimidad.

Eva llevaba zapatillas de ballet, una rodillera en la pierna derecha y unos calentadores de colorines en las pantorrillas. Se acercó al reproductor para cambiar de canción, dejando la toalla sobre un brazo del chéster. Se estiró como si se estuviera desperezando y se colocó algunos mechones detrás de las orejas. Situándose en el centro del salón, movió las manos mientras se preparaba y cuando la música comenzó a sonar, se elevó sobre las puntas de los pies.

La música —violines, contrabajos, la orquesta entera— envolvió la figura femenina cuando comenzó a bailar. Su danza fue hermosa y, a la vez, triste. Tom forzó a su cerebro a recordar los movimientos para no olvidarlos, Eva era como agua resbalando entre las piedras, como el viento silbando entre las hojas de los árboles, como las dunas que ondulaban en un desierto transformando la línea del horizonte.

Y ella no parecía pensar en nada, se la veía centrada, imbuida en un estado de trance mientras la música sonaba. El repiqueteo de sus zapatillas contra la madera era el único vestigio de que la muchacha era un ser de carne y hueso que tocaba el suelo y no una etérea criatura que flotaba sobre él.

Cuando la música finalizó, ella guardó el equilibrio sobre un pie. Tenía la otra pierna alzada, los brazos levantados, la postura de una bailarina clásica de una caja de música.

Con un resoplido de frustración, la joven relajó el cuerpo y sacudió las manos para quitarse de encima los calambres. Tom dejó escapar el aire que había retenido y notó la piel húmeda bajo la camiseta. Cuando ella apagó la música, fue como despertar de un sueño, y se dio cuenta de que, bajo los pantalones, su erección palpitaba al compás de la melodía que todavía le vibraba en los oídos.

Se había excitado viendo ensayar ballet a una chica.



Tras una agotadora clase de saltos, piruetas y giros imposibles, Eva se derrumbó sobre la cama plegable que había en el vestuario. Le temblaban las piernas y sentía un revoltijo en el estómago por la ansiedad: en menos de media hora se presentaría al ensayo con el director, y aunque debería sentirse plétórica y animada, estaba hecha un manojo de nervios.

Se dio una ducha, y, cambiada con ropa limpia, se dirigió al aula sin dejar de retorcerse las manos. Se revolvió el flequillo, se alisó una arruga de la media, se tocó el labio inferior y, tras darse ánimos a sí misma, entró en el salón.

Era una hermosa sala blanca y luminosa, con una pared completamente de cristal que mostraba una fabulosa vista de los tejados de Crownfield. En un extremo, en contraste con la blancura casi celestial, se alzaba un maravilloso piano de cola. Se dio cuenta de que era la primera bailarina en llegar, pero dentro se encontraba Gabriel Montanari y el señor Quinn, el maestro pianista.

—Buenos días, *bambina* —la saludó el italiano con buen ánimo.

—Buenos días, Gabriel.

—Si estás aquí, significa que has hablado con Zakharov.

—Sí, lo hice. Me dijo que me presentara, aunque no sé lo que tengo que hacer... —murmuró retorciéndose las manos.

—Ya sabes cómo funcionan los ensayos —dijo él pasándole un brazo por los hombros para acompañarla junto al piano—. Quédate tranquila, hazlo como de costumbre y deslúmbrales a todos. Cuando venga el director, escucha lo que tenga que decirte. Estamos haciendo pruebas, pero ya verás lo fácil que es. Solo tienes que dejarte llevar, como en todos los ensayos. ¿Has calentado ya?

—Uh..., no. He salido de clase y me he dado una ducha.

La condujo hacia las barras.

—Vamos, *bambina*, relájate —animó con entusiasmo. La soltó y apoyó una mano en el listón de madera, colocándose frente a Eva—. Quinn, ¿nos ofreces un poco de acompañamiento?

El pianista inició un *adagio* y, mientras calentaban, las demás chicas fueron llegando. Eva se puso tensa cuando descubrió que una de las aspirantes era Anastasia Nikolayova, una excelente bailarina muy celosa de su trabajo, competitiva y territorial. La rusa captó de inmediato su presencia y la observó durante un rato con sus ojos de color azul transparente. No solía dejar traslucir nunca ninguna emoción, pero Eva tuvo claro que no la quería allí.

—Hola.

El gélido saludo hizo que Eva se estremeciera.

—Buenos días, Anastasia —contestó, amable.

Sin decir nada, la pálida bailarina empezó con su calentamiento formando un muro de hielo a su alrededor.

Gabriel subió una pierna a la barra para estirar y Eva lo observó. Admiraba al primer bailarín por su actitud amable y por su increíble presencia escénica. Siempre interpretaba los papeles más fuertes porque tenía un cuerpo muy masculino, era como un príncipe italiano, con temperamento y vehemencia mediterránea.

—¿Todos listos?

Zakharov llegó al aula como una inesperada ráfaga de viento helado. Eva apoyó los talones en el suelo, sintiendo la extraña sensación de encontrarse fuera de lugar. Aunque estaba ansiosa por aprender cosas nuevas y demostrar que tenía una técnica sobresaliente, el director trabajaba de forma diferente con los principales que cuando estaba con el cuerpo de baile, por lo que la juzgaría de un modo diferente al que ella conocía.

Ese perfeccionismo que tanto alababa la crítica agotaba la paciencia de los miembros más jóvenes del grupo. Era tan exigente en los ensayos que hacía sangrar a sus bailarines —metafóricamente hablando—, y no les daba tregua hasta que les había exprimido hasta la última gota. Sus broncas con los bailarines más veteranos eran tremendas, y cuando maldecía en ruso, hacía temblar las paredes.

Pero no importaba que sus palabras parecieran injustas o hirientes, Aleksandr Zakharov nunca se equivocaba y siempre tenía razón. Hacía las cosas que hacía porque funcionaban, y la compañía había obtenido mucho prestigio gracias a él.

Eva deseó salir corriendo del aula antes de que el director se diera cuenta de su presencia. No pertenecía a ese selecto círculo de grandes bailarinas, y Zakharov podía ser muy cruel. Miró hacia Gabriel para buscar un poco de apoyo y el bailarín le dedicó una sonrisa amable. Ella le devolvió la sonrisa, más animada.

—Al centro. Todos —ordenó el director.

Eva tuvo que poner a funcionar toda su concentración para no quedarse atrás. Zakharov comenzó a hablar de técnica, pasos, giros y compases; Eva se puso nerviosa porque, a medida que hablaba, se le olvidaba lo que decía, y tras unas instrucciones demasiado rápidas para ella, el grupo de bailarinas empezó a practicar.

No hubo ni un momento de respiro. Una hora después habían ejecutado complejas y agotadoras variaciones y apenas podían respirar con normalidad. Una de ellas no fue capaz de continuar y se sentó junto a las barras para recuperarse.

—Vamos a ver qué habéis aprendido —dijo Zakharov.

El director tenía el rostro encendido y le brillaban los ojos de entusiasmo. Había bailado con ellas para mostrarles los pasos y se había arremangado la camisa hasta los codos, dejando al descubierto unos antebrazos firmes y poderosos.

—Primer acto, la escena del sueño de Pígnalión —indicó—. Quiero ver la figura de Galatea cuando es una mujer de piedra. Anastasia.

El pianista empezó a tocar cuando Zakharov le marcó el ritmo chasqueando los dedos y la melodía adquirió el tempo que deseaba el director. Anastasia comenzó a danzar y se deslizó por el salón, etérea.

Como todos los bailarines del este, la bailarina era una hermosa y elegante máquina bien engrasada que no cometía ni un solo error. No había ningún ángulo en su cuerpo, todo en ella era curvo a pesar de su extrema delgadez. Eva sintió una punzada de envidia, ella no era tan bonita ni tan esbelta como Anastasia y no podía bailar como ella, porque su cuerpo no era igual. Y por muy fría que fuese la rusa en el trato personal, bailaba como los ángeles.

Se preguntó, no por primera vez, si alguien, en alguna ocasión, habría pensado lo mismo de ella. Si en lugar de ver pasos y ejecuciones, veía su danza como algo hermoso y espiritual. Era una romántica: no podía evitar imaginar que alguien la admiraba mientras bailaba. No había tenido oportunidad de experimentar nunca esa sensación, jamás había bailado en solitario.

Sus compañeras ejecutaron las variaciones por turnos bajo la crítica del director. Eva absorbió aquel conocimiento para llevarlo a la práctica cuando llegara su turno, grabó en su memoria las figuras y los movimientos para hacerlo todo lo más correcto posible.

—Evangeline, el *adagio*.

Zakharov la miró fijamente y Eva volvió a sentirse como un insecto clavado en un corcho, preparado para ser minuciosamente diseccionado.

¿Le acababa de pedir que bailara una variación distinta a la de las demás?

Tendría que haberlo imaginado: la petición de presentarse como candidata al papel había sido demasiado ambiciosa y ahora tenía que demostrar, en un único ensayo, por qué valía la pena elegirla para interpretar a Galatea.

«Voy a hacer el ridículo».

El «*Adagio de la Piedra*» era el solo más difícil de la obra.

«Solo es un ensayo. ¡Céntrate!».

Restregó las palmas de las manos en la falda, las tenía demasiado sudorosas. Se situó en posición y esperó a que empezara la música. Diez largos segundos

después, Zakharov no había dado comienzo al ensayo, y Eva tragó saliva. Una gota de sudor nervioso le bajó por la frente.

Silencio.

Solo escuchaba las respiraciones de los demás bailarines. Continuó inmóvil. Como una estatua.

«¿Por qué no suena el piano?».

Surgió la primera nota. Eva dejó atrás la cuarta posición y deslizó un pie sobre el suelo de madera dibujando un arco perfecto en la superficie. Una corriente de energía creció desde sus tobillos hasta su cabeza. Empezó a bailar empapándose con las notas.

—¡Para! —No había bailado ni cuatro pasos cuando el director la detuvo y el pianista dejó de tocar—. No llevas bien el ritmo. Maestro, más despacio.

Eva arrugó la frente. ¿No llevaba bien el ritmo? ¡Lo llevaba bien! Regresó a la cuarta posición y el pianista empezó a tocar más despacio. Eva tuvo que esforzarse para seguir el tempo, demasiado lento para su gusto.

—No —dijo Zakharov otra vez. La música cesó. Eva empezó a notar que se le enfriaba el cuerpo—. Empieza otra vez.

No quiso mirar a nadie en particular para evitar sentirse más avergonzada, pero percibió la incomodidad general. Apretó los dientes y volvió a la cuarta posición. Zakharov la obligó a repetir el inicio ocho veces.

Eva se tragó las protestas luchando contra la frustración y los nervios. No sabía qué era lo que estaba haciendo mal, el director había hecho correcciones a todas las demás bailarinas y a ninguna la había hecho repetir los mismos pasos sin dejarle bailar más de dos compases seguidos. A la novena pareció satisfecho con el inicio. Para entonces Eva estaba tan angustiada que su *adagio* fue un atentado contra la danza clásica.

—Es suficiente.

Se sintió tan espantada con el resultado que quiso correr a esconderse dentro del armario. Tenía calambres en las piernas, la adrenalina bajaba y subía por todo su cuerpo haciendo peligrar el equilibrio de sus emociones. Había bailado tan tensa que ahora tenía una contractura en hombro y le dolía la rodilla.

¿Así pensaba impresionar al director? Levantó los ojos hacia él y en su rostro vio reflejada una indiferencia absoluta. Bajó la cabeza dispuesta a recibir su bronca, aunque no se sentía preparada para afrontarla. Florence también había sido muy exigente con Eva durante sus primeros pasos. Una bailarina no llegaba a rendir al nivel de las estrellas sin esfuerzos ni sacrificios, la disciplina de una *prima ballerina* era muy estricta, y Eva entendía que sus maestros tenían que ser duros.

—Hemos acabado por hoy, id a los ensayos. Mañana os espero a la misma hora.

Eva suspiró aliviada... y luego se sintió molesta. Las demás chicas se agruparon y salieron, hablando y riendo. Sus risitas le pusieron los nervios de punta y sintió una punzada de dolor en el corazón. En completo silencio, recogió sus cosas y se acercó a las aulas donde el cuerpo de baile estaba a punto de comenzar con los ensayos.

El resto de la jornada lo pasó muy mal. No fue capaz de concentrarse en el trabajo, todo lo que hacía le parecía que estaba mal y no logró integrarse con los demás. Dominic, su pareja en el paso a dos, le dio un toque de atención y ella tuvo que disculparse dos veces.

Salió del vestuario muy frustrada. Los pasillos estaban vacíos, sus compañeros estaban en la cafetería o dando los últimos repases de algún baile. Se puso el abrigo, se colgó la mochila y evitó el contacto visual con los demás. No tenía ganas de hablar con nadie sobre el ensayo.

Estaba llegando al vestíbulo cuando encontró a Gabriel delante de la máquina de refrescos. Pensó en pasar desapercibida por detrás de él, pero el bailarín levantó la cabeza y la vio.

—Hola, *bambina*. ¡Toma!

Le lanzó la botella de zumo que acababa de sacar de la máquina. Eva intentó cogerla, pero tampoco era su día para agarrar botellas. El envase pasó por entre sus manos, le golpeó el estómago y cayó al suelo. Se sonrojó; su límite de torpezas diarias había llegado al tope, no quería aguantar ni una más. La botella rodó de nuevo hacia Gabriel y el bailarín la recogió riendo por lo bajo. Sacó otro zumo de la máquina y se acercó a Eva.

—Lo siento —murmuró ella.

—Ha sido culpa mía. La he tirado mal. Aquí tienes. Salud.

Se la dio en la mano y brindó con su botella antes de darle un buen trago. Tenía el pelo húmedo y olía a jabón. Los rizos que le caían sobre la frente formaban sedosos arabescos, y Eva sintió la tentación de alargar la mano para tocarlos. Parecían suaves y mullidos.

—Gracias.

—De nada. Por cierto, has estado fabulosa en el ensayo de hoy.

—Gracias otra vez, pero lo he hecho muy mal...

—Lo has hecho estupendamente —aseguró él, dándole una palmada en el hombro—. Es un ensayo, no seas tan dura contigo, para eso ya está Zakharov. Además eres la única, aparte del director, que conocía ese *adagio*. Me ha sorprendido saber que lo habías bailado antes, ¿te lo enseñó tu abuela?

—Sí. —La revisión del «*Adagio de la Piedra*» había corrido a cargo de Florence, Zakharov había cambiado algunas pequeñas cosas, pero la esencia se mantenía—. Lo practiqué un poco cuando lo estaba corrigiendo.

—¡Qué maravilla! Una Fontain bailando bajo la tutela de otra Fontain. ¿Hay algo más bonito que eso?

A Eva se le calentó el corazón.

—Dos Fontain bailando a la vez —suspiró.

Gabriel le sonrió con ternura.

—Tienes razón, eso habría sido digno de contemplar.

Era algo que jamás se produciría. Eva intentó que aquel pensamiento no la afectara, pero las emociones se le habían enervado durante el ensayo y no podía controlarlas.

—Bueno, ¿y a dónde vas ahora? ¿Qué planes tienes para esta tarde? —preguntó Gabriel en cuanto percibió el rostro apenado de Eva. Empezaron a caminar por el pasillo hacia la salida del teatro—. En el Firenze mi hermano Piero ha organizado una deliciosa «Semana gastronómica». Hoy hay degustación de *focaccia*. Es un pan horneado con aceite de oliva, anchoas y aceitunas —explicó animado—. Todo muy mediterráneo. ¿Te gusta la comida mediterránea?

—Sí, claro que me gusta.

—¿Te apetecería cenar allí esta noche?

—Muchas gracias, Gabriel. Quiero ensayar en casa de mi abuela y siempre acabo muy tarde.

—¿Ensayas en casa de Florence?

—Sí. En Winter Garden. Reformó las habitaciones del servicio doméstico de la casa para hacer un salón de baile, siempre he practicado allí.

—El salón de baile de Fontain... —dijo Gabriel rebotando admiración—. Daría lo que fuese por tener un lugar así para ensayar.

—Podrías venir algún día.

Se arrepintió de inmediato en cuanto lo propuso. No le gustaba llevar a nadie al salón de baile —su salón de baile—, lo consideraba un santuario, un lugar privado al que solo ella podía acceder.

—Podrías invitarme algún día —contestó él, con un guiño simpático.

—Cuando quieras —respondió educada, pero visiblemente incómoda.

Él la miró con compasión sin dejar de sonreír.

—Cuando tú seas mi Galatea y yo tu Pígalión, podríamos quedar para ensayar juntos el «*Gran paso a dos*», ¿qué te parece?

—Sería estupendo.

—Pues practica mucho —le dijo el bailarín cuando llegaron al vestíbulo. La recepcionista los saludó al pasar.

—Lo haré. Disfruta de la *focaccia*.

—De tu parte.

Natalia la esperaba sentada sobre la base de una de las columnas que formaban el lateral del teatro, escribiendo sin parar mensajes en el móvil y mascando chicle.

En cuanto la vio, bajó de un salto y se acercó a ella.

—¿Hola? ¿Me he perdido algo? —ronroneó arrastrando las palabras. Para hacerla reaccionar, Natalia le dio un pellizco en el brazo.

—Ay, ¿pero qué haces? Me has hecho daño.

—¿Ya se te ha pasado el mosqueo? ¿Te estabas frotando con el cuerpazo de Gabriel? —le preguntó la otra al oído.

—Hasta luego, chicas —dijo Gabriel pasando junto a ambas.

Eva se estremeció horrorizada ante la posibilidad de que hubiese escuchado a Natalia decir algo, pero el bailarín bajó las escaleras y se dirigió al aparcamiento sin prestarles más atención.

—Pero qué culo tiene, joder —murmuró Natalia—. ¿Se lo has tocado ya?

—¡Claro que no! —respondió Eva, enfurruñándose. La frivolidad de su amiga la sacaba de quicio.

—No entiendo cómo teniendo a ese maromo al lado puedes seguir tan cabreada.

—Porque he tenido un ensayo horrible y él estaba delante. Ha sido vergonzoso.

—No será para tanto.

—He bailado como si no supiera hacerlo. Y luego, en el ensayo con los demás..., dios, prefiero olvidarlo.

Las palabras de Gabriel habían servido para levantarle un poco el ánimo, pero no lo suficiente. Recordar el desastre le provocó mucha frustración, Anastasia había bailado una variación perfecta del primer acto y Eva también podría haber bailado ese solo en lugar del *adagio*, pero Zakharov quería ponérselo difícil.

No solo se había desconcentrado, sino que no había sido nada profesional y había dejado que sus emociones tomaran el control. Eso estaba muy mal, no podía permitir que las pasiones la cegaran a la hora de bailar, tenía que mantener la cabeza fría si quería conseguir ese papel.

Clancy la llevó hasta Winter Garden y aparcó el Jaguar a la entrada del vecindario, un arco con las letras en hierro forjado cubierto de flores y ramas.

—Gracias, Clancy. Hoy terminaré muy tarde, ¿podrías recogerme a las diez?

—Claro, señorita. A las diez.

Eva se despidió de él y, mientras caminaba hacia la casa, repasó la coreografía en su cabeza una y otra vez. Estaba tan concentrada que no veía nada más allá de las puntas de sus zapatillas. Empezaría a trabajar en el tempo del *adagio*.

—Hola, bonita.

Dio un traspie cuando bajó de la acera y por poco se torció un tobillo. Al levantar la mirada, se encontró con la de Tom, el jardinero de la señora Lansbury, y sus pensamientos sobre la coreografía se desvanecieron.

—Hola —contestó cuando el silencio se hizo demasiado prolongado.

Tom fumaba otra vez. Soltó el humo por la nariz y le sonrió.

—¿De dónde vienes?

—De ensayar.

—¿Y a dónde vas?

—A seguir ensayando.

—¿Vas a ensayar ahora otra vez? —preguntó levantando una ceja, castaña, como el resto de su pelo.

—Sí.

—Muy bien. No pierdas el tiempo, ve.

Tom cogió la pala y volvió al trabajo. Eva se sintió molesta por su desplante y acto seguido, irritada. Todo el mundo actuaba hoy de forma rara. Caminó hasta la casa Florence distraída y en el último momento, se dio la vuelta para ver qué estaba haciendo Tom que era más importante que detenerse a mantener una conversación educada con ella.

Había dejado de cavar y la estaba observando. Alzó la mano para saludarla, descarado, y Eva enrojeció hasta la raíz del pelo. Entró en la casa con el corazón desbocado y la sangre golpeándole en las sienes, bajó corriendo al salón de baile, se descolgó la bolsa, se quitó el abrigo y se acercó al reproductor de música.

Cuando encendió el aparato no fue consciente de hacerlo. Estaba descentrada y sus pensamientos volvían una y otra vez al jardín de la vecina. Tenía que dejar de pensar en Tom, en esa mancha de sudor que tenía la camiseta blanca, en esa ceja tan vehemente que le había puesto el vello de punta, en sus ojos del color del chocolate. En su voz grave y masculina. En sus manos grandes y fuertes.

Se puso las zapatillas y comenzó a estirar. Le temblaban tanto las rodillas que era incapaz de mantener el equilibrio. Le costó varios minutos desembarazarse de la ardiente sensación que siempre le dejaba aquel chico.

Pensó en el desastroso ensayo de la mañana. Eso era en lo que tenía que trabajar, no otras distracciones mundanas sobre el maravilloso color que lucía su barba bajo el sol del crepúsculo. En cuanto recordó la mirada decepcionada de Zakharov, su propio cuerpo se impulsó para bailar.

Aflojó los brazos entumecidos al terminar por décima vez el ejercicio, sintiendo unos calambres recorrer los músculos de sus piernas. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el chéster y empezó a quitárselas, las envolvió con las cintas y las depositó junto al sofá. Se secó el sudor, bebió agua en tragos cortos y sacudió los brazos para relajar la tensión.

Tenía que mejorar el *croisé* de...

El teléfono de la casa empezó a sonar y Eva dio un respingo por el susto. No solía recibir llamadas en casa de Florence, a menos que fuesen sus padres o algo demasiado urgente. Se puso las botas térmicas, subió a la cocina y descolgó.

—¿Hola? —preguntó.

—Hola, Evangeline, querida. ¿Cómo estás? Soy Mónica.

—Ah... Hola, señora Lansbury —contestó con muchísima cautela. Se sentó en la silla que había junto al teléfono. Era la vecina, una amiga de su abuela. La dueña de la casa en la que Tom trabajaba. ¿Por qué la llamaba por teléfono?—. Me encuentro bien, Gracias. ¿Cómo está usted?

—No me llames de usted, cariño. Hace que me sienta demasiado vieja —comentó la mujer riendo.

—Lo siento.

—¿Estás con tus ensayos?

—Sí, estoy ensayando.

—Así me gusta. Te llamaba porque estoy haciendo unas reformas en casa, seguro que has visto cómo tengo el jardín... —Pues no, eso era algo que no había visto. Con Tom delante, era imposible fijarse en otra cosa que no fuera él—. Mientras ordenaba el desván, he encontrado algunas cosas de Florence, y he pensado que querías tenerlas, no me gusta la idea de tirarlas a la basura.

A Eva se le encogió el estómago de pena.

—Sí, me gustaría tenerlas. Gracias por llamar. ¿Cuándo puedo pasar a recogerlas?

—Cuando tú quieras, cariño. Si te apetece pasar ahora, prepararé té o café, y unos cupcakes de frambuesa, sé lo mucho que te gustan. Ay, hace tanto que no te veo..., ¿te va todo bien?

—Sí, todo me va bien.

—¿Y cómo vas de amores?

—Oh, pues... bien.

—Cariño, eres joven, necesitas un hombre que te haga sentir viva.

Aquella reflexión tan apasionada pilló a Eva desprevenida. La señora Lansbury se parecía un poco a Natalia: amaban con mucho ímpetu y pretendían que los demás amaran de la misma manera. Eva no era así, no podía amar a alguien de esa forma. Eso implicaba una entrega absoluta, y ella estaba entregada al ballet.

—Aún no he encontrado a un hombre por el que me sienta atraída tanto como por el baile, señora Lansbury —contestó tras pensar mucho la respuesta.

—Hablas como tu abuela —dijo la mujer con una risa.

—Ahora mismo estoy ensayando y no voy a poder pasar —dijo Eva buscando una manera de acabar con aquella conversación tan personal—. Pero podría pasar luego, cuando acabe.

—¿Y a qué hora acabarías?

—Uhm, sobre las nueve. Pero sería muy tarde, no quisiera molestar. Puedo pasar mañana, cuando salga del teatro, a las seis.

—Que vengas a las nueve está bien, puedes quedarte a cenar. ¿Te sigue gustando la lasaña con queso?

Adoraba la lasaña con queso de la señora Lansbury. En general, cualquier cosa que hiciera era deliciosa, porque cocinaba muy bien. Cuando era más joven, Eva pasaba las tardes practicando con su abuela, y la señora Lansbury siempre venía a tomar el té en el jardín junto a otras vecinas y amigas de Eva. Llevaba pastelitos y cosas dulces y divertidas.

De eso hacía mucho tiempo.

—Sí, me sigue gustando.

—Estupendo. Pues voy a preparar una para cenar.

—No es necesario...

—Tonterías. Estoy segura de que no te alimentas como debes. ¿No te habrás hecho vegana?

—Pues... no.

—Menos mal. Ya sabes que una dieta equilibrada es muy importante.

—Lo sé, señora Lansbury —comentó sonriendo—. Tengo que seguir un poco más, la veré después.

Eva se quedó mirando el teléfono un instante y la sangre se le calentó en las venas. Acababa de aceptar una invitación de la vecina.

«¿En serio?».

Dejó salir un resoplido, se levantó y luego volvió a sentarse al notar el corazón acelerado. Intentó tranquilizarse; el jardinero ya habría terminado de trabajar y no tendría que cruzarse con él.

Volvió al ensayo para corregir alguno de los fallos, y cuando consideró que había practicado suficiente, decidió emplear algo de tiempo para ordenar la bolsa de ballet. Era una persona muy organizada, pero no era inmune al caos. Encontró todo tipo de cosas en el fondo de la bolsa, incluso esas horquillas que siempre desaparecían en extrañas circunstancias. También halló calcetines desaparejados en un bolsillo, tres libras en monedas de veinte y cincuenta, pañuelos, y un blíster vacío de Ibuprofeno.

Se dio una ducha, se tomó un calmante y se aplicó un poco de pomada en el hombro. Antes de salir miró por la ventana y comprobó que Tom se hubiera marchado ya. La calle estaba en silencio, un par de vecinos paseaban al perro y otro estaba corriendo. Se colgó la mochila recién ordenada —parecía que ahora pesaba menos— y se acercó a la casa notando que, con cada paso, el revoltijo que sentía en el estómago se volvía más intenso.

La señora Lansbury abrió la puerta ataviada con una glamurosa chaqueta blanca de chef. Cogió a Eva de las manos y la observó de arriba abajo.

—¡Querida niña, cuánto tiempo sin verte! Qué guapa estás, eres una preciosidad. Te pareces mucho a Florence, tienes esa presencia tan brillante... ¿Cómo estás? Te veo mucho más delgada —comentó disgustada.

—Estoy bien, señora Lansbury —aseguró ella.

El hogar de Mónica era moderno y cálido, la decoración le parecía a Eva como si estuviera hecha de algodón dulce, y los muebles estaban tan recargados de adornos como los *cupcakes* que Mónica horneaba.

La cocina era una sala equipada con todo tipo de electrodomésticos y pequeños aparatos que Eva no sabía para qué servían. Una encimera de mármol naranja dividía la sala en dos mitades: a un lado estaban los fogones y al otro, una mesa con sillas tapizadas junto a la ventana que daba al jardín.

—Huele muy bien.

La lasaña ya estaba en el horno. Inhaló con deleite la mezcla de queso y besamel con especias, un aroma que le trajo recuerdos muy agradables.

—Espero que te guste. Aún falta un poco para que esté lista, pero si tienes hambre, puedo servir la ensalada.

Había olvidado que en casa de la señora Lansbury siempre se comía mucho y estupendamente.

—No se preocupe, puedo esperar. ¿Qué es lo que ha encontrado de mi abuela?

—Todo a su tiempo, querida. Bebe un poco, seguro que el ensayo te ha dejado sedienta.

Le sirvió un vaso de zumo que Eva no pudo rechazar.

—Está delicioso, ¿qué lleva?

—Naranja, pomelo, leche y un ingrediente secreto de mi jardín —respondió sirviéndole un segundo vaso—. Ven, te lo enseñaré, está quedando estupendo.

«Tom».

La evocación de su nombre le puso la piel sensible, y aferró el vaso de zumo con fuerza, siguiendo a la señora Lansbury al patio trasero. No podía negarse a verlo sin parecer descortés.

La primera línea del jardín estaba compuesta por una gran cantidad de macetas y arbustos que olían de maravilla. La mujer le explicó que eran hierbas y especias que utilizaba todos los días para cocinar: romero, albahaca, cilantro y otras plantas que Eva no sabía que existían o que se pudieran comer. A continuación se alzaban hileras de cultivos con todo tipo de hortalizas, y Mónica extrajo de la tierra una preciosa zanahoria pequeña, de un naranja muy brillante, que tenía un sabor muy dulce. Más adelante había flores, todas ellas comestibles. Le dio a probar los pétalos de una flor. Sabía a verde —era como darle un mordisco a una hoja de lechuga—, y dejaba una sensación fresca y picante en la lengua.

—He estado arreglando esta parte desde antes del verano, el chico que lo ha hecho tiene una mano estupenda. Mira qué preciosidad acabó la semana pasada.

Tras unos árboles preciosos, estaba la casa de la piscina. La señora Lansbury encendió las luces, unos faroles de hierro colgados de las ramas, y Eva descubrió un hermoso paraíso de lavandas, petunias, rosas y narcisos.

El perfume de las flores flotaba en el aire; mirase donde mirase, todo era esplendoroso, y el incipiente color del otoño asomaba en aquel paisaje. Las tonalidades rojas y amarillas contrastaban sobre las demás, formando un deslumbrante gradiente de colores.

—Es... maravilloso —exclamó sobrecogida de emoción.

«¿Todo esto lo ha hecho Tom?».

—Estoy muy contenta con el resultado, ha merecido la pena.

Eva se sintió muy deprimida al recordar el penoso estado del jardín de la casa de su abuela. La mansión era ahora de su propiedad, pero Eva no podía pagar, con su sueldo de bailarina, a nadie que pudiera mantener en buen estado toda la casa. Como sus padres querían venderla, ella había tenido que suplicarles que la dejaran tal cual estaba, porque ella se encargaría. Había sido una decisión muy tonta, tomada en un momento de mucho dolor.

—Debería presentarte a la persona que ha hecho todo esto —dijo entonces la señora Lansbury—. Podría arreglarte el jardín.

Eva empezó a toser cuando un trago de zumo se fue por donde no debía. No sabía qué idea la ponía más nerviosa, que la vecina le presentase al jardinero o que ese jardinero se metiera en casa de Florence. No podría ni levantar un pie sin echarse a temblar sabiendo que él había estado allí.

—Gracias, sería maravilloso, pero hay cosas más urgentes que necesito arreglar primero —respondió cuando se le pasó el ataque.

Regresaron a la cocina y se sentaron a hablar. Eva empezó a contarle todas las cosas que estaban preparando en la compañía, los ensayos, las clases y las obras que llevarían a cabo. Cuando la lasaña estuvo lista, Mónica sirvió los platos de forma generosa e incluso los presentó con una ramita de romero. Puso una ensalada con un aliño estupendo y unos entrantes que saciaron a Eva enseguida. Cuando la mujer volvió a indagar sobre su vida amorosa, Eva le habló de Gregory Spencer, el joven capitán de la selección de polo, con el que había quedado a comer en un par de ocasiones.

—¿Es un buen chico?

—Supongo que lo es, pero no es para mí —contestó Eva, un poco desanimada—. No sé nada sobre polo, y él siempre habla de ese deporte. A veces creo que soy igual de aburrida, porque solo sé hablar de ballet.

—Cariño, tú sabes hablar de muchas cosas, y lo que más te gusta es hablar de danza, es normal. ¿Quieres más ensalada?

—Mónica, ¿has visto mi...?

La puerta de la cocina se abrió con estrépito y el hombre que entró se detuvo en seco como si hubiese chocado contra una pared. Eva se agarró a la mesa con ambas manos cuando experimentó la sensación de que el suelo se abría debajo de ella. Él se quedó inmóvil unos segundos, luego deslizó una calculadora mirada por la mesa procesando lo que veía y después su boca empezó a curvarse con lentitud hasta formar una sonrisa peligrosamente juguetona que revolucionó todas las adormecidas hormonas de Eva.

—Hola —saludó.

—Hola —contestó Eva enderezándose en la silla.

La cocina era una sala enorme y empezó a parecer muy pequeña. La presencia del imponente jardinero lo ocupó todo, cada rincón, cada brizna de aire. Las células del cuerpo de Eva se agitaron y comenzaron a estremecerse a la vez.

El muchacho se quitó el cigarro sin encender que llevaba entre los labios y lo guardó en el interior de un manoseado paquete. Vestía unos vaqueros rotos, botas militares y una camisa de cuadros muy arrugada.

—A mí nunca me has preparado la cena, Mónica —comentó Tom, entre ofendido y divertido, después de un significativo silencio.

—Creía que ya te habías ido, Tom —contestó ella con frialdad.

Eva apartó la mirada del cuerpo masculino y trató de mirar hacia un lugar seguro que no hiciera temblar sus pensamientos.

—Pues no —estaba diciendo el jardinero—, llevo un rato ahí detrás, ordenando la leña del cobertizo.

Nadie dijo nada durante un buen rato.

—¿Tienes hambre? —preguntó Mónica para salir del paso.

—Pues sí, tengo hambre, gracias.

Sin más, ocupó la silla que Eva tenía justo al lado. Ella se estremeció con tanta violencia que tuvo que apretar la servilleta entre las manos para que el temblor no

la delatará. Él la miró con una sonrisa que le puso los pensamientos del revés. Estaba tan cerca de él que percibió el calor que desprendía. Olfía a jabón, tenía la barba limpia, brillante y peinada, y el pelo todavía mojado. Quiso alargar la mano para hacer desaparecer los dedos en el interior de aquellas oscuras ondulaciones.

—Eva, este es Tom —dijo la señora Lansbury después de servir un tercer plato de lasaña—. Es quien me está ayudando con el jardín. Tom, ella es Evangeline Holmes, la nieta de una buena amiga.

—Un placer, Evangeline Holmes.

El nombre completo sonó decadente y lujurioso en su boca. Empleó un tono sedoso, logrando que a Eva se le erizara el vello de los brazos.

Cuando Tom le ofreció una mano enorme para formalizar la presentación, ella la observó, embelesada, apreciando lo grande y fuerte que era. Temió la reacción que podía sufrir si rozaba su piel, apenas se había recuperado del primer contacto que tuvieron hacía un mes, pero, como era una chica amable, podía más su educación que su pudor, y le devolvió el saludo.

En cuanto sus pieles entraron en contacto, un acuciante hormigueo le subió por el codo, despertando todo su cuerpo. Experimentó la misma electrificante sensación de la primera vez, el roce de la ropa le provocó un estremecimiento involuntario y se le aceleró el corazón.

—Encantada. —Intentó que su voz sonara normal, pero de sus labios brotó una lánguida entonación. Tom clavó los ojos en su cara y su sonrisa se tornó pecaminosa.

—¿Quieres más, Eva?

—¿Qué?

—Que si quieres más ensalada.

«La señora Lansbury te está hablando. ¡Reacciona!».

—Gracias, no quiero más.

—Entonces serviré el postre.

La mujer le puso delante una generosa copa de nata con pequeños trozos de fresa, espolvoreada con pepitas de chocolate y rociada con miel. Eva lo observó con lástima, había intentado no comer mucho: no le gustaba cenar fuerte porque después no dormía bien si se sentía muy llena. Para no ser descortés, cogió una cucharilla y probó un poco.

—Está delicioso.

—Gracias, querida.

—¿Tocas algún instrumento? —preguntó Tom.

Eva suspiró. La voz había salido directamente de su boca para acariciarle el cuerpo. Lo miró a la cara esforzándose por mantener la cabeza fría.

—¿Perdón?

—Todas las veces que nos hemos visto, has dicho que tenías que ensayar —explicó él, mirándola con interés—. ¿Tocas algún instrumento?

—Ah... No. Soy, uhm, bailarina.

—¿Y qué bailas?

—Clásico. Es decir, danza clásica. Ballet.

Se arrepiñó de haber corregido el término tres veces, en especial cuando él empezó a reírse con un timbre grave. Para Eva existían dos tipos de personas en el mundo. En primer lugar, estaban aquellas que cuando averiguaban que era bailarina la contemplaban con admiración; en segundo lugar, esas personas que la miraban como si le faltase un tornillo, porque no concebían que alguien pudiera vivir de la danza.

Se dio cuenta de que estaba cruzando los dedos para que Tom no fuese del segundo grupo.

—Entonces eres como la protagonista de *Cisne negro*.

—Pues... sí.

—¿Y también estás loca?

—¿Cómo? —farfulló, totalmente desprevenida ante aquella pregunta—. Yo no estoy loca.

—Te estaba tomando el pelo, preciosa —se disculpó él, aunque no parecía arrepentido en absoluto.

Dirigió la mirada hacia los fogones en busca de apoyo y se dio cuenta de que Mónica había desaparecido de la cocina. Miró a un lado y a otro esperando encontrarla encaramada en algún armario, pero no fue así. Estaba sola. Con él.

«¡Ay, dios!».

—¿Y la señora Lansbury?

—Ha ido al baño. ¿Cómo es que ensayas tanto?

Eva se esforzó por mirarlo sin pestañear.

—Es mi trabajo.

—¿Y te llevas el trabajo a casa?

—¿Y tú? —preguntó Eva, aunque se dio cuenta de que la pregunta había sonado fatal—. ¿Eres jardinero? —se apresuró a añadir mientras se llevaba una cucharada a la boca.

—No. Pero aprendí algunas cosas sobre plantas y flores. Soy joven, fuerte y resistente, y no me importa ensuciarme las manos cuando estoy trabajando —comentó. Colocó los codos sobre la mesa, juntó las manos y apoyó la barbilla encima de ellas—. ¿Estás en la compañía de Crownfield?

—Sí.

—¿Sí, qué?

El cuerpo de Eva se encendió con aquella pregunta y se pasó la lengua por los labios mientras comía más nata con fresa.

—Estoy en la Compañía de Ballet de Crownfield —respondió con la boca pequeña.

—¿Y qué estás bailando ahora que tienes tanto que ensayar?

—Una obra que se llama *Metamorfosis*. Es una historia en la que un rey que se enamora de... una mujer.

—¿Sabes? Siempre he pensado que *El lago de los cisnes* era el único ballet que existía.

Sí, como el noventa por ciento de la población mundial que no sabía nada sobre ballet. Fue un poco decepcionante, aunque no esperaba que alguien de su condición supiera nada sobre danza. Era un mundo bastante desconocido para los que no lo practicaban.

—Existen muchas historias además de esa —dijo al final.

—¿Lo has bailado?

—Haremos una representación en mayo para cerrar la temporada. Conozco ese ballet desde que tengo ocho años.

—Si ya lo conoces, ¿para qué lo ensayas?

Fue una pregunta absurda que, para su sorpresa, hizo que pensara en la respuesta. Optó por ser sincera, no esperaba que Tom entendiera lo que quería decir, pero era lo que ella sentía.

—Porque es lo que me gusta hacer. No todos los *Lagos* son iguales, ni la historia termina de la misma manera. Depende del director, de cada compañía..., del montaje..., de si es de la escuela Vaganova o de... a veces, también del presupuesto, y... eso.

Tom no dejaba de mirarla como si ella fuera un cuadro expuesto en la pared de un museo. Mirar fijamente a alguien era de mala educación, por lo que Eva se vio obligada a apartar los ojos, sintiéndose demasiado torpe con sus explicaciones.

—¿Cuántas horas ensayas, en total?

—Ocho horas en la compañía. Después, ensayo entre una y tres más.

«¿Por qué puñetas le estoy contado todo esto?».

—¿Y no te duelen los pies? —preguntó sorprendido.

Ella suspiró hondo.

—Pues... en realidad, al final del día, lo que más duele son las rodillas.

—¿Y eso por qué?

—Tiene que ver con la rotación...

Eva estaba tan agobiada con aquel interrogatorio que cuando sintió el chocolate en la lengua, de manera instintiva levantó los ojos hacia Tom encontró en sus ojos un sabor igual de intenso que el sabor que tenía en la boca. Tragó con fuerza para que el chocolate no siguiera haciendo estragos en sus papilas.

—Tienes una mancha de chocolate en el labio —dijo él.

Antes de que Eva pudiera asimilar su frase, Tom alzó la mano y le cubrió la mejilla con la palma.

Un fuego abrasador brotó en todas direcciones, encendiéndola. Cada terminación nerviosa entró en combustión y una respuesta entre sus piernas le confirmó lo que ya empezaba a temer, que por alguna razón reaccionaba frente a Tom como no había reaccionado frente a ninguna otra persona. El calor de la mano masculina la obligó a entrecerrar los ojos, y, sin poder controlarlo, se inclinó hacia la palma dispuesta a ser acunada.

—Me gusta cuando te sonrojas —susurró él, muy despacio.

Eva lo vio todo borroso y no acertó a comprender lo que sucedía. Su mano era grande, firme y protectora, y le hubiera gustado sentirla aquella misma mañana tras el patético ensayo.

Apenas podía creer que estuviera jadeando de esa manera por un hombre. Recurrió a los años de experiencia y disciplina para reconducir la conversación y evitar a toda costa dejarse llevar por un alocado impulso. Los Holmes nunca perdían la compostura.

—¿Te colaste en mi fiesta la otra noche? —preguntó. Se felicitó por sonar tan firme, aunque su victoria no duró demasiado; la sonrisa de Tom se volvió oscura, peligrosa y muy sexy.

—Pensaba que no te acordabas de mí...

¿Olvidar a alguien como él? Imposible. Él era una fantasía hecha realidad, y no estaba muy segura de cómo actuar en consecuencia.

Sintió sus dedos rozando la sensible zona bajo la oreja. Llevaba el moño apretado y alto, tenía todo el cuello despejado y el dedo meñique de él llegaba a rozarle la nuca. El tacto le levantó su piel, y recordó la manera en que la miró en Holmes West Manor, recostado contra la pared con los ojos brillantes y una ardiente expresión de lujuria. Ahora no se mostraba así; era mucho más cálido, mucho más abrasador. Más vehemente.

Más personal.

Se asustó. Quería seguir recostada contra su mano, acercarse a él para acurrucarse contra su sólido pecho, hundir la cara en su cuello para embriagarse con su aroma a jabón, a tierra y a madera. Fantaseaba con la idea de apretarse contra su piel caliente. Sueños demasiado escandalosos que no había tenido jamás.

Sus padres no la habían educado para que se dejara embriagar por los anhelos del cuerpo con esa facilidad. Una mujer no debía caer bajo la tentación de un hombre atractivo.

Abrió la boca para decirle que dejara de tocarla y Tom la acalló poniéndole el pulgar sobre los labios.

Se quedó ciega, sorda y muda a la vez. Aún le funcionaron otros sentidos, como el olfato, pero estaba impregnado por el aroma de él. Y el sentido del gusto..., podía saborear el chocolate del postre. Él le acarició el labio inferior muy despacio; tenía la yema áspera, y con un atrevido movimiento le tocó el interior del labio y Eva acabó humedeciéndose. Más rápido de lo que ella hubiera deseado, Tom apartó la mano y se llevó el dedo pulgar a la boca para saborear el chocolate derretido que le había limpiado a Eva, y también un poco de su saliva.

Ella volvió a respirar, pero con más dificultad que antes.

—¿No comes más? —preguntó señalando la copa de fresas sin dejar de mirarla a la cara.

—Estoy llena —respondió de manera automática.

—Me encantaría provocarte esa sensación.

—No quiero más —intentó explicarse.

—Nunca digas que no quieres más.

Así era imposible mantener una conversación, con él tan cerca, diciendo aquellas cosas que atacaban sus nervios.

¿La besaría? ¿Sabría como el chocolate que ella estaba degustando?

—¿Vives con tus padres? —prosiguió Tom, hablando con la suavidad del terciopelo.

—Sí. En la casa a la que entraste sin permiso.

—¿Aún sigues con eso? —se rio—. No tienes pruebas de que lo hiciera.

Tenía que mantenerse racional, así que recurrió a la lógica.

—Tu nombre no estaba en la lista de invitados. Lo comprobé.

—Así que lo comprobaste —susurró, sin duda complacido de que ella hubiera estado pensando en él. Maldición, lo de la lógica no funcionaba—. ¿Y por qué me buscabas?

—Por si tenía que poner una denuncia —mintió.

Hubo un cambio en su expresión, su boca se tensó un momento y en sus ojos vibró una chispa que Eva no fue capaz de identificar. Sin embargo, Tom se recuperó tan deprisa que pensó que lo había imaginado.

—Y, dime, preciosa, ¿qué le habrías dicho a la policía? ¿Que se coló en tu fiesta Jamie Fraser?

Ella sacudió la cabeza, buscando mantenerse firme. Estaba hablando demasiado sobre ella, él seguía siendo un completo desconocido.

—No era mi fiesta —corrigió—. Era la fiesta de los Holmes.

—Pues la fiesta de los Holmes. ¿Es verdad que a las bailarinas os sangran los pies?

Eva se atragantó con una fresa y empezó a toser, escuchando un pitido en los oídos.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! —exclamó con la boca abierta, indignada—. ¿De dónde has sacado tal cosa?

—Ya sabes, la tele, la prensa... Dicen muchas cosas horribles sobre el ballet. ¿Os alimentáis a base de agua y yogur para estar delgadas?

Su cabeza empezó a dar vueltas.

—Claro que no nos alimentamos de agua y yogur para estar delgadas —exclamó alterada—. No sé dónde has oído esas barbaridades, pero los bailarines somos deportistas de élite. Necesitamos estar bien alimentados para aguantar todas las horas de ensayo, si comiese un yogur al día no podría levantar ni una pierna —aseguró, quizá con demasiada vehemencia.

Dios, estaba haciendo el ridículo. Dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—¿Dónde vas?

Eva cogió su bolsa de ballet con las manos temblándole, sintiendo un dolor punzante en el pecho que no sabía a qué se debía.

—Es tarde... Me están esperando.

—Venga ya, ¿en serio? —exclamó Tom levantándose también.

Eva estiró la mano para coger el abrigo que estaba colgado en la silla y él la cogió por la muñeca para detenerla. El contacto fue abrasador, una maraña de sensaciones inundó su cuerpo, su piel reaccionó sonrojándose de un modo violento y ahogó un jadeo de sorpresa.

—Lo pillo, nada de agua y yogur, preciosa —dijo él, con calma. Ella volvió la cabeza para dirigirle una mirada cautelosa y Tom sonrió condescendiente—. ¿Ramitas de apio para acompañar?

Se soltó de un tirón y corrió hacia el vestíbulo ignorando las carcajadas que sonaban a su espalda. Avergonzada y enfurecida, cruzó la calle con el corazón retumbándole en el pecho. A medida que alcanzaba la puerta de la casa de su abuela, se fue dando cuenta de que había reaccionado de un modo muy infantil.

Escuchó un claxon y dio un salto, tropezándose con el primer escalón del porche de la casa de Florence. Clancy detuvo el coche en la acera y salió, corriendo hacia ella para ayudarla a ponerse en pie.

—¿Ocurre algo, señorita? La he visto correr hacia la casa...

Eva quiso buscar un armario en el que esconderse. Se recompuso como pudo, se sacudió las rodillas y respiró hondo un par de veces.

—No ha sido nada, Clancy. Estaba cenando en casa de la señora Lansbury y... no quería que mis padres lo supieran. Me has descubierto... —comentó sonriendo, para disimular un poco—. Llévame a casa, por favor.

Subió al coche de manera apresurada.

El chófer vaciló antes de regresar al asiento del conductor, recorriendo el vecindario con una mirada cautelosa, buscando algo fuera de lo normal. Estudió la casa de la vecina y cuando consideró que todo estaba seguro, ocupó su lugar frente al volante. Encendió el reproductor y seleccionó una melodía de Chopin que sabía que gustaba a Eva.

Después, la llevó a casa.



Tom se tendió en la hierba, encendió un cigarro y dedicó diez minutos a la contemplación del cielo. El ambiente estaba cargado, la temperatura comenzaba a descender con la misma lentitud que la puesta de sol y podía ver, a lo lejos, cómo los tonos oscuros se degradaban en violeta, anunciando una tormenta nocturna.

Sonrió. Le gustaba la lluvia, el sonido constante del agua cayendo sobre la tierra lo relajaba como una canción de cuna. Al inicio de la tormenta se sentía repleto de melancolía y cuando la lluvia cesaba, su espíritu quedaba igual de limpio que el paisaje.

A Tom no le gustaba pensar demasiado las cosas. Su terapeuta le había aconsejado muchas veces que aprendiera técnicas de meditación y chorradas por el estilo, pero jamás había considerado beneficioso para su salud mental pasar largos periodos reflexionando sobre todas las malas decisiones que había tomado a lo largo de su vida. Era demasiado deprimente hacer una cosa así.

Por eso prefería pensar en el modo de seducir a Evangeline Holmes.

—¿Así que ese es tu plan? Primero la interrogas y luego te burlas de ella —le había soltado Mónica después de que Eva saliera corriendo.

Estaba cansado y excitado, y reconocía que se había comportado como un capullo, pero jamás lo diría en voz alta.

Se había dejado llevar por la dulce ingenuidad de Eva, la conversación había sido tan tensa que necesitaba relajarse, y no se le había ocurrido otra cosa que pincharla un poco, pero solo porque no hacía más que pensar en desnudarla y cubrirla con la nata que se estaba comiendo.

—Le estaba dando un poco de caña —se excusó.

—Has sido grosero y maleducado.

—Lo superará. Le he dado lo que ella necesitaba. ¿Crees que si me hubiera comportado como un caballero la habría impresionado más?

Cuando inició la charla, Tom no estuvo seguro de que Eva fuera en realidad así de incauta, y pensó que lo estaba fingiendo. Pero después se dio cuenta de que, tal y como había dicho Mónica, no era como las chicas a las que estaba acostumbrado.

—La has ofendido.

Tom sabía que su actitud no siempre gustaba, y, en este caso, no había sido correcta, pero no se había burlado de ella ni de su profesión, solo le había apretado las tuercas para hacerla saltar. Y lo había conseguido con mucha facilidad. Eva se tomaba las cosas de un modo muy personal.

La cena con ella fue un pensamiento recurrente durante la noche y buena parte de la mañana. Nada más levantarse, se sentó frente al ordenador y en el buscador tecleó el nombre de Evangeline Holmes. Se sorprendió al encontrar tantas entradas con su nombre y leyó la breve biografía escrita en su ficha pública de la compañía de Crownfield. Muy joven, con una beca de estudios para el Royal Ballet en Londres, trabajaba para la compañía desde hacía tres años y en su lista de méritos dancísticos constaban premios y reconocimientos europeos y mundiales.

Eva tenía muy claros sus objetivos en la vida, y eso hizo que Tom se sintiera un poco arrepentido de su comportamiento. Pero solo un poco. Siguió mirando información sobre ella, artículos y críticas de ballet, pero también numerosas noticias de la prensa sensacionalista, un irritante extra que venía aparejado con su pertenencia a la selecta élite de la alta sociedad de Inglaterra. No deseaba conocer información personal de ella, así que se quedó con lo que habían hablado en la cena y los encantadores detalles sobre su forma de ser.

Para empezar, Eva era extremadamente sensible al contacto físico y se estremecía con cualquier roce. A Tom le ardía la palma de la mano con la que había acunado su mejilla desde el día anterior. También era asustadiza, aunque no sabía si era una actitud hacia los hombres o se extendía a todas las personas. Era reservada y tan moderada que su contención lo había hecho enfermar de ternura. Tenía un lado suave y sumiso que había despertado su curiosidad y su instinto de protección; algo que, por cierto, no había sentido con ninguna de las mujeres del club.

Las chicas con las que mantenía alguna relación eran conscientes de su naturaleza y se dejaban arropar por él. Pero algo le decía que Eva no conocía su propia forma de ser. Había respondido a sus preguntas con claridad y precisión, quizá esperando llamar su atención sin ser consciente de ello y tratando de hacerle comprender lo equivocado que estaba con respecto al ballet.

La joven era disciplinada y estaba muy comprometida con su profesión. Esa actitud tan dura podía convertir la experiencia de estar con ella en todo un reto, pues no habría nadie más exigente que Eva que ella misma. Si estaba tan centrada en el ballet como él suponía, sería muy difícil que pensara en otra cosa que en perfeccionarse.

Sería una terrible pérdida si Eva se dejaba absorber por la búsqueda de la perfección. Porque había estado preciosa sentada frente a él, tensa y expectante, con el deseo crepitando entre ellos. Ella había luchado por ser cortés, por complacerle, y mientras él le acariciaba el labio con el dedo, no dejó de preguntarse si sería igual de abrasadora por dentro; si cuando se hundiera entre sus muslos, el calor que allí encontraría le desollaría la piel.

Se levantó y se acercó al cobertizo para sacar unas lonas con las que cubrir las zanjas; si esa noche llovía demasiado no quería perder el trabajo de una semana entera. Llenó un cubo de agua fría y se lo echó por la cabeza para refrescarse y limpiarse el sudor. Mientras el agua se le metía por debajo de la camiseta, se juró que antes de que acabara la semana habría besado a Eva.

—Voy a llevarla al club —decidió.

Necesitaba ponerla a prueba. Asegurarse de que era lo que buscaba. Experimentar en sus propias carnes su tierna sumisión.

Sonrió animado; no faltaba mucho para que ella pasara por delante del jardín para ir a su ensayo, y la impaciencia comenzó a devorarlo. Volvió a tirarse un cubo de agua por la cabeza para bajar el nivel de excitación y empezó a transportar la tierra a un lado del jardín con la carreta.

Cubrió las plantaciones con unos toldos y, mientras colocaba los arneses, escuchó el timbre de la casa de Mónica. Dejó lo que estaba haciendo y se acercó a la entrada.

«¡Eva!».

Llevaba un abrigo rojo acorde con la estación otoñal y solo se le veían las delgadas rodillas envueltas en unas medias de color negro. En los pies llevaba unas botas forradas muy gruesas y en un brazo cargaba, como de costumbre, con una bolsa de papel de la que sobresalían trozos de tela blanca. Llevaba el pelo recogido en un moño alto.

La curva de su nuca se le antojó apetitosa. Apretó los dientes y aguantó como pudo el anhelo de correr hacia ella y tocarla para comprobar cómo se estremecía cuando él estaba cerca. Detuvo la mirada en un punto fijo que no resultara tentador, pero incluso sus orejas resultaban adorables, con los lóbulos desprovistos de pendientes.

Se ajustó el mono de trabajo para que la costura dejara de clavarse contra su pene y carraspeó bien fuerte para llamar su atención.

—Hola, preciosa —saludó, jovial.

Ella se dio la vuelta muy rápido y ahogó un grito de sorpresa, con la boca formando un «oh» silencioso. Tom se encontró calculando el tiempo que tardaría en abrir la puerta de la casa de Mónica, meter dentro a Eva, depositarla sobre la otomana del vestíbulo, bajarle las medias y penetrarla despacio. Todo eso antes de que ella pudiera sobreponerse de la primera impresión.

—Hola —respondió.

¿Por qué cualquier palabra que pronunciaba era una provocación a sus instintos? Porque ya que sabía lo que era, tenía más ganas de conocerla en profundidad.

—¿Qué haces aquí?

Tom la vio estremecerse como una reacción al tono de su pregunta, luego observó cómo recuperaba la compostura con mucho esfuerzo y levantaba la mirada hacia él.

—He venido a ver a la señora Lansbury.

—Está en la pastelería. Ha salido hace una hora, me ha dicho que tenía que servir un *catering* esta tarde.

—¿Y a qué hora volverá?

—No lo sé —contestó él, animado.

—Entonces volveré después —decidió.

Bajó los escalones con la elegancia de una reina y Tom sintió deseos de tumbarse en el suelo para que ella le caminara por encima.

—¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—No, volveré después.

Pasó por su lado sin mirarlo, y Tom no lo pudo resistir.

—Si me dices que vas a volver, pasaré la tarde esperándote.

Eva se detuvo. Tom vio que pensaba en algo y luego se giraba hacia él. Cuando sus miradas se enfrentaron, en sus mejillas calientes aparecieron unas nubes de algodón rosado.

¿Se sonrojaría igual durante un orgasmo? ¿Se le nublarían los ojos? ¿Se le quebraría la voz? ¿Gemiría o gritaría? ¿Se le sonrosaría todo el cuerpo con el mismo tono?

—¿Por qué querías esperarme?

«Para correrme al mismo tiempo que tú».

Sacudió la cabeza; jamás había deseado estar con una mujer con las mismas ganas que deseaba estar con Eva. Y ni siquiera la había besado. Por regla general, Tom jamás tenía que salir a buscar sexo, el sexo venía a él siempre. Pero ya no podía resistirse a ella, sabiendo que reaccionaba por él con esos temblores.

Se dio cuenta de que el tono de Eva contenía una mezcla de furia y un toque de inocencia. Lanzó un bufido; cuanto más seria se ponía ella, más ganas tenía él de tomarle el pelo. No, de tomarle el pelo no. De lo que realmente se moría de ganas era de descubrir lo que sucedería si perdía la cabeza durante el sexo. Estaba convencido de que Eva no había conocido nunca a un hombre de verdad; vivía rodeada de lujos, pijos y disciplinados bailarines —todos gays, seguro— que no eran lo bastante hombres para hacerla tocar el cielo con los dedos.

¿No sería increíble contemplar su entrega, su rendición, sumirla en el caos mientras él decidía a cada momento el límite al que quería llevarla, observar cómo sus fluidos se derramaban sobre las sábanas y saber que él era el causante de eso?

Tomó las riendas de sus emociones antes de que se desbarraran.

—Creo que he dejado bastante claro, varias veces, lo mucho que me gustaría estar un rato a solas contigo —declaró con brusquedad.

—¿Para comportarte como lo hiciste ayer? —contestó ella sin disimular su indignación.

Una corriente de placer recorrió el vientre de Tom. Eva estaba enfadada. Mucho. Era la respuesta más pasional que había visto en ella, y le encantó.

—¿Cómo me comporté? —provocó sonriendo.

Eva apretó los labios con disgusto.

—Como todos los que piensan que el ballet no es un trabajo serio —respondió.

Tom empezó a reírse. Estaba furiosa y se sentía dolida porque él había sido un capullo como todos los que pensaban que el ballet era para nenazas. Pero ¿y lo adorable que era ver cómo le brillaban los ojos mientras luchaba por defender su punto de vista? Ese fulgor sería igual de intenso cuando tratara de resistirse al orgasmo mientras Tom la presionaba hacia los límites. Poner a prueba la exquisita disciplina de Eva tenía que lo ser más excitante que hubiera hecho nunca.

Dio un paso hacia la muchacha. Ella hizo ademán de retroceder, pero clavó los pies en el suelo, dispuesta a pelear con él.

—Sentía curiosidad, nunca había conocido a una bailarina de ballet, y estabas tan seria hablando del tema que solo quería que te relajaras y sonrieras. Lo siento, me pasé de la raya. Te pido disculpas.

Ella, en lugar de ablandarse, se puso aún más seria.

—No me pidas perdón como si fuera idiota. Lo volverás a hacer en cuanto me dé la vuelta.

—Es que eres preciosa cuando hablas de ballet.

Eva lanzó un suspiro frustrado y empezó a caminar hacia la calle.

—Pero, Eva, ¿ahora que te hago un cumplido me dejas así? —Ella ni siquiera contestó—. ¿Volverás luego? —preguntó siguiéndola.

—Cuando te hayas ido. Solo quiero hablar con la señora Lansbury para disculparme por haberme marchado sin despedirme.

—No seas así...

—Tú tampoco. Adiós.

—Te vi bailar el otro día. Tienes un salón de baile precioso.

Eva se giró con los ojos como platos.

—¿Qué dices?

Tom se aproximó un poco para sentir la electricidad que manaba de ella.

—El otro día me acerqué a la casa y te vi ensayar. Dabas saltitos, vueltas y sudabas un montón.

Eva abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir. Tom solo pensó en besarla y en introducir su miembro entre sus labios. En cualquier orden.

—¿Me has estado espiando? —farfulló.

—No, solo estuve viendo uno de tus ensayos. Por fuera encontré una ventana en la parte de abajo que daba a tu salón. Estaba abierta y...

—¡No vuelvas a hacerlo! —gritó ella de repente, echando fuego por los ojos.

Tom amplió su sonrisa.

—¿Por qué no? Me gustó mucho verte bailar.

—No quiero que me espíes, Tom.

—Me encanta cómo suena mi nombre en tu boca... Hace que me entren ganas de besarte.

Eva dio un paso atrás. Tom absorbió las tensas vibraciones que brotaron de ella y le tendió la mano.

—¿No sientes ganas tú de besarme, Eva?

Eva se sonrojó y luego le miró los labios. Tom dejó de respirar. Vio un músculo de su cuello palpar y deseó sentir sus pulsaciones en las manos y en los labios. Deseó sumergirse en ella hasta el fondo, atravesar la suave y ardiente carne de su interior muy despacio y asfixiarse en un océano de calor compartido. No sabía cómo era capaz de seguir pensando de manera racional cuando lo único que quería era sudar y jadear abrazado a ella, comprobando que se estremecía cada segundo que pasaba clavado dentro de ella.

Estaba perdiendo el control, y necesitaba recuperarlo.

—Dime, ¿no quieres besarme? —insistió.

—Antes besaría a un sapo —sentenció.

Se dio la vuelta y echó a correr.

Tom soltó el aire y se tambaleó por el exceso de oxígeno que lo envolvió de repente, sorprendido por semejante desplante. Luego soltó una carcajada, sintiéndose el hombre más feliz del mundo.

La tenía en el bote.

—Puñetero Tom...

Eva apoyó las manos en el respaldo del chéster y bufó exasperada. ¿Es que ese hombre no tenía nada mejor que hacer que tomarle el pelo? Se preguntó dónde estaba el maravilloso escocés que había conocido en la fiesta del mes pasado, aquel hombre increíble con el que había fantaseado durante semanas, ese personaje de sus fantasías con el que vivía un apasionado romance. Pues ahí estaba, en su imaginación, porque la realidad era una espantosa pesadilla.

Tom era un hombre rudo, sin una pizca de sensibilidad artística, exactamente el tipo de persona que ella no podía aguantar. No esperaba que fuese un gran amante del ballet, ese tipo de gente escaseaba, pero tampoco esperaba que se burlara de su profesión llamándola tarada muerta de hambre. Si había algo que Eva no soportaba era que le dijeran que por ser bailarina tenía que morir de hambre.

Resopló por la nariz; ya tenía bastante con aguantar las neuras de Zakhirov como para soportar al empleado de la vecina. Se lo sacó de la cabeza con decisión y se centró en el trabajo.

¡Bum!

Eva se cayó de culo al suelo cuando ejecutaba el *grand battement* más increíble de su vida. Pasó un buen rato mirando a un lado y a otro, con el cuerpo temblando y el corazón latiendo desbocado, buscando el origen del estruendo que todavía vibraba con el eco del salón.

Descubrió que una ventana se había abierto y había chocado contra la pared.

—Jolín —protestó.

Se puso en pie y apagó la música. Se pasó las manos por la cara; la ventana le había dado un susto de muerte, y tardó un poco en tranquilizarse. Se apretó las mejillas con las palmas de las manos, respiró hondo y se puso el abrigo encima de la ropa de ballet para salir a la calle. Había comenzado a chispear y la hierba estaba húmeda. Rodeó la casa cubriéndose con la capucha para no mojarse.

El agua formaba una aureola anaranjada en torno a los faroles de la fachada, derramando haces de luz sobre la hierba alta de lo que antaño fuera un magnífico jardín. Se arrodilló con extremo cuidado delante de la ventana para cerrarla. Esta volvió a abrirse golpeando otra vez la pared. Repitió la operación dos veces antes de asumir que el cerrojo estaba roto.

—¿Te ayudo con eso?

Eva lanzó un grito, y se habría caído por el hueco si este hubiese sido más grande. Envuelto en una cortina de agua y bruma, con las luces del jardín dibujando su silueta, estaba Tom.

Lo miró de abajo arriba. Los grandes pies separados enfundados en botas enormes, las largas y robustas piernas cubiertas por gruesos vaqueros y el impresionante torso sobre el que llevaba una increíble cazadora de cuero. Intimidada por su altura, la anchura de sus hombros y su amplio pecho, Eva se olvidó de que estaba enfadada con él.

—¿Quieres que la arregle? —propuso Tom, con un suave susurro, agachándose junto a ella hasta que sus ojos quedaron a la misma altura.

Tenía el cabello mojado y las gotas le corrían por las sienes, siguiendo el arco de sus magníficas cejas. ¿Siempre había sido así de guapo? Algunas gotas de lluvia salpicaron a Tom y, por la cercanía, salpicaron también las mejillas de Eva. Ella se levantó de un salto y se alejó cuando empezó a notar que el cuerpo se le calentaba.

—¿Cómo has entrado? Esto es una propiedad privada.

Él se irguió en toda su altura, gigante como una montaña, con una pose tan masculina que Eva sintió zozobrar su decisión de detestarle.

—Podría echarte una mano —sugirió señalando la ventana—. La puedo arreglar, si quieres.

—No quiero que la arregles. Quiero que te vayas.

No estaba siendo racional. Lo peor de todo es que lo sabía, y no podía controlarse. Era contradictoria la manera en que quería apartarse de Tom y, a la vez, aproximarse a él para que la pasión la ahogara. Era una fantasía que codiciaba y también, su peor pesadilla.

—Está bien, preciosa. Me voy. ¿Seguro que no quieres que te ayude?

—No.

—¿No quieres que te ayude o no estás segura de querer que te ayude?

Eva se encontró pensándolo. ¡Idiota! Tom sonrió de medio lado como solo él sabía hacerlo y a Eva le temblaron las rodillas. ¡No! Por muy fabulosa que fuese su sonrisa, no merecía ni que le dirigiera la palabra.

—No quiero que me ayudes. ¡Vete! —exclamó. Envalentonada, añadió—: O llamo a la policía.

Tom levantó las manos e inclinó la cabeza hacia delante. La oscuridad ocultó su expresión, pero sus siguientes palabras estaban cargadas de cautela.

—Solo venía a decirte que Mónica ya está en casa, cuando me iba te he visto salir y he pensado que querrías saberlo, para que puedas ir sin tener que cruzarte conmigo. Nada más.

Se sintió un poco culpable por haberse mostrado tan brusca, pero no estaba dispuesta a ceder. Quería que se fuera porque no podía pensar bien con él cerca y porque aún se sentía dolida con su actitud burlona.

—Muy bien, gracias. —respondió mostrándose lo más fría posible—. Ahora, por favor, sal de mi jardín.

Tom retrocedió unos pasos sin bajar las manos.

—¿Cuándo podré ir a verte bailar al teatro? —le preguntó.

—Cuando te puedas pagar una entrada.

Se escandalizó de sí misma: nunca había contestado con esa arrogancia a nadie en toda su vida.

—Crees que me conoces, pero no tienes ni idea. ¿No sabes que es de mala educación juzgar a las personas antes de tiempo?

Eva cogió aire y lo soltó de golpe, notando una opresión en el pecho.

—También es de mala educación entrar en casa de las personas sin ser invitado —exclamó poniendo los brazos en jarras.

—Eres una insolente y estirada niña rica, ¿lo sabías?

La indignación se apoderó de ella y la rabia subió como la espuma.

—¡Pues tú eres un grosero y un maleducado... jardinero! —exclamó.

—Perfecto. Ahora que ya lo hemos dejado todo claro, podemos pasar al siguiente nivel de nuestra relación. Voy a besarte, Eva.

—Ja, ¿perdona? —gruñó irritada—. Antes...

—... besarías a un sapo, lo sé —interrumpió él.

Un rayo iluminó el jardín, y a Tom, cuando este dio un paso hacia ella. Eva se cubrió el cuerpo con los brazos, la tormenta arreció y el agua empezó a meterse debajo de su capucha. Una fuerza invisible golpeó el estómago de Eva cuando él avanzó otro paso como una monstruosa apisonadora, la cogió por la muñeca y la atrajo hacia él de un tirón. Eva se estampó contra su pecho, sintió su calor y se embriagó con el aroma que brotaba de él. Olía a cuero mezclado con tierra mojada y madera. A lluvia fresca y jabón. Cerró los ojos cuando Tom le quitó la capucha, le cubrió el rostro con las manos y la besó.

Cuando sus bocas se unieron, un delicioso calorillo descendió por su vientre, la sensibilidad de su piel aumentó y cada terminación nerviosa se erizó. Había esperado de él un beso tosco para aprovecharse de su inexperiencia y vulnerabilidad, pero no lo fue en absoluto.

Fue extraordinario.

Cuando Eva abrió la boca para protestar, él la acarició por dentro con un sugerente movimiento de la lengua que la hizo arder de los pies a la cabeza, para después besarla con una pasión desmedida. Cogiéndola por detrás de la cabeza se apoderó de su boca.

Sus labios eran suaves y firmes, contundentes y dolorosamente sensuales. Tenía una lengua dura y rugosa como una cáscara de nuez, y el roce provocó unas incipientes cosquillas en cada rincón de su cuerpo.

Nadie la había besado así. Nunca.

Tom le alzó la cabeza para acoplarse aún mejor a su boca, buscando el ángulo perfecto para que no hubiera ningún resquicio por el que escaparan los suspiros. Eva se ahogó en un mar de sensaciones. Tom acunó su labio inferior y comenzó a succionar hasta dejarlo completamente insensibilizado, llevando después la lengua

hacia el interior de su boca de un modo impaciente y provocativo.

Apretó las palmas de las manos sobre la sólida pared de músculos que era el pecho de Tom, para sujetarse a él cuando la impresión la dejó sin fuerzas. Curvó los dedos y clavó las uñas sobre el duro cuero sin ser consciente de ello. Su moño empezó a deshacerse por la lluvia, algunos mechones se le pegaron a las mejillas y el agua se le coló por debajo del abrigo. El contraste la hizo suspirar dentro de la boca de Tom.

Cuando él se apartó se sintió exhausta como si hubiese estado ensayando durante horas.

—Eva —murmuró Tom sobre su boca abierta, suspirando su nombre como un devoto ante su diosa.

Su cuerpo se aceleró ante la vibración de su voz. Apretó los puños para aliviar el dolor que recorría su cuerpo y las llamaradas que estallaban en su vientre.

—¿Qué? —preguntó sin apenas fuerzas.

Tom desabrochó su abrigo botón a botón y luego abrió su cazadora. Eva sufrió una convulsión cuando él presionó el torso contra el de ella; la ropa de ballet era muy fina, y sintió el calor de su camiseta en la piel.

—Abre los ojos y mírame, Eva.

Obedeció sin saber muy bien lo que encontraría.

La mirada de Tom era puro fuego, y se abrasó viva. Su mente dejó de funcionar. Empujándola contra el muro de la casa, Tom se apretó a ella y la cogió por la cintura. Pegó el abdomen al vientre de Eva, empapándose la ropa, que hasta ese momento había estado seca debajo de los abrigos. El frío y el calor erizaron toda su piel, sus pechos se pusieron duros y su estómago se tensó. Tom se pegó más y Eva notó su excitación.

Fue demasiado consciente de que Tom era un hombre y ella, una mujer. Y no eran dos bailarines en un ensayo. Su cuerpo, aunque estuviese formado por las mismas partes que el de todas las personas, era algo completamente nuevo para Eva. Cuando Tom movió las caderas para rozarse contra ella, la mente de Eva se dispersó.

¿Cómo sería estar desnuda debajo de él sintiendo el sudor resbaladizo de su piel? ¿Cómo sería rodearle las caderas con los muslos y sentir su calor mientras se hundía en ella? ¿Se ahogaría? ¿Sufriría? ¿Se enamoraría sin remedio como le pasaba a Natalia?

Mientras se lo preguntaba, Tom la cogió por detrás de la rodilla derecha y le alzó la pierna para rodearse la cintura con ella. Con un movimiento muy sugerente, encajó con suavidad las caderas entre sus piernas abiertas, presionando la bragueta directamente contra su sexo.

El cuerpo de Eva entró en combustión.

Con un beso, Tom había puesto su mundo del revés y había tomado el control absoluto de la situación. Eva había sido reducida a un estado tembloroso y jadeante, no podía hacer nada para luchar contra sus propios deseos. Tom estaba acariciando su cuello cuando un destello de sentido común atravesó la neblina de sus pensamientos. Los dedos masculinos dejaron un rastro de áspera necesidad en la piel desnuda de la garganta de Eva, húmeda de lluvia y, sí, sudor sofocante. Acarició un poco más abajo y descendió para cubrir un pecho con la palma de una mano.

Eva lo agarró de los brazos y le clavó los dedos, retorciéndose de placer cuando se rozó contra su erección. Podía sentirla debajo de la ropa, dura y gruesa. Era una locura, tenía la sensación de estar desnuda a pesar de estar vestida. Todo era demasiado real.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué, de entre todos los hombres que ella había conocido, tenía que haber perdido la cabeza por él? ¡Por él! ¡Por Tom! Por un simple jardinero sin modales.

—Eva, me encanta cómo se mueven tus tetas cuando bailas...

*¡Plaf!*

Antes de que él terminara la frase, Eva había levantado la mano para asestarle una sonora bofetada que había resonado en mitad del silencio con la contundencia de un martillo. Él se apartó y Eva sacudió la mano; tenía la cara tan dura que empezó a picarle la palma.

—No me lo puedo creer, ¡me has pegado! —exclamó sorprendido, sonriendo de oreja a oreja mientras se frotaba la mejilla—. Y parecía que no tenías fuerza en esos brazos tan delgados. Joder..., vaya hostia...

Eva cerró los ojos sintiéndose la peor persona del mundo, pero Tom se lo merecía. Antes de que él hiciera alguna alusión a lo que acababa de suceder, se escabulló por un lado y corrió hacia el interior de la casa con el corazón a punto de salirse del pecho.

Él no la siguió.

Había una tostada en su plato y no recordaba cómo había llegado allí. Eva la cogió con las manos y observó los tonos marrones del pan, absorbida por los colores. La depositó de nuevo sobre el plato y descubrió que había mantequilla en un pequeño cuenco de vidrio, junto a otro cuenco con mermelada de fresa.

Ni siquiera recordaba haberse sentado a la mesa del desayuno. Escuchó un murmullo a su lado. Desde la noche anterior, el único sonido en su cabeza era el de la lluvia, y cuando se concentró, logró captar el final de una frase:

—... para el viernes.

Levantó la mirada hacia su madre, sobresaltada.

—¿Qué pasa mañana?

—La velada en casa de los Applewhite, cielo.

En sus oídos seguía sonando el repiqueteo de las gotas de agua sobre el vidrio de su habitación. Y en sus labios perduraba el sabor de Tom. No entendió lo que le decía.

—¿Qué velada? —aventuró.

La señora Holmes dejó la revista sobre la mesa con mucho cuidado y miró a su hija por encima de sus exquisitas gafas de lectura. Tenía unos grandes y expresivos ojos grises como los de su madre Florence, aunque estaban desprovistos de su calidez. Flaviana Holmes no era una mujer apasionada ni romántica, por encima de cualquier sentimentalismo estaban la elegancia y el buen gusto, los modales en la mesa y elegir con cuidado la mantelería de los domingos.

—La presentación en sociedad de Victoria Applewhite. Se va a celebrar un baile al estilo tradicional —explicó su madre con suavidad al ver que Eva no reaccionaba—. Las muchachas llevarán vestidos blancos, toda la familia estará presente, incluso los duques de Viena. He ayudado a Lillian con los preparativos y va a ser algo maravilloso. Han escogido el castillo de Middlearth, en Queenshire. Tu padre dará un discurso para los jóvenes —siguió su madre—. Y Valeria vendrá con Conrad.

Había olvidado por completo que se reencontraría con su hermana. Antes de dejarse vencer por el pánico, Eva cogió la tostada, la cubrió con mantequilla y mermelada de fresa y le dio un mordisco.

—El sábado por la mañana tengo una prueba —anunció—. Y otra prueba más la semana que viene. Voy a estar muy ocupada hasta el mes que viene.

—Solo estoy pidiendo unas horas de tu tiempo, cariño —comentó Flaviana sonriendo con cortesía, como si se dirigiera a la asistente en vez de a su hija—. Adele lo ha planeado todo, te dejará el vestido en el coche y, cuando termines tu jornada, Clancy te lo llevará para que puedas cambiarte en el teatro. A las seis estarás lista y en Queenshire.

—Habrá una recepción hasta las ocho, hora prevista para el discurso del señor Holmes. El baile dará comienzo tras las palabras del coronel.

La voz cristalina de Adele, la asistente personal de su madre, llegó desde un lado de la habitación. Eva miró a la joven con rencor, luego a su madre y por último a su padre, escondido tras el periódico.

—Gregory Spencer estará allí. —Su madre retomó la lectura de la revista y dio un sorbo a su té—. Tiene muchas ganas de verte. Me parece muy mal que no puedas quedar con él, aunque solo sea para comer.

—No tengo tiempo —insistió Eva.

—Adele, querida, busca un día para que Evangeline pueda comer con Gregory.

—No hace falta, Adele.

—El señor Spencer tiene un hueco el martes a las doce.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Eva, sobresaltada.

—Tengo sincronizada su agenda con la tuya.

Eva cogió aire durante diez segundos y luego lo liberó con una larga exhalación.

«Vivan las nuevas tecnologías».

—Estupendo. Verás, cariño, es importante que vengas —explicó su madre, esta vez quitándose las gafas de lectura. Eva observó sus dedos largos rematados en unas uñas pintadas de color ciruela. Flaviana tenía unas muñecas delgadas y elegantes como las de una bailarina, aunque jamás se había dedicado a la danza: lo suyo había sido la ópera. Eva siempre pensaba en esa faceta de su madre y no lograba imaginarla interpretando una desgarradora y emotiva aria—. Gregory y tú abriréis el baile con un vals. Así verán lo bien que bailas.

Eva miró por la ventana y se dio cuenta de que todavía estaba lloviendo. No había parado de llover durante toda la noche, y ella se había dejado envolver por el sonido, mientras soñaba que las manos que acariciaban sus pechos y sus muslos eran las manos de Tom y no las suyas.

Sacudió la cabeza. El inicio de la temporada estaba siendo especialmente frustrante, primero con los ensayos y después con Tom rondando por Winter Garden metiéndose con ella. Había juzgado su cuerpo todas las veces que se habían visto, no la tomaba en serio y, para liarlo todo aún más, la había besado.

Y ella había respondido con una bofetada. Se sentía demasiado culpable y no podía apartarle de sus pensamientos...

—¿Me estás escuchando? —protestó su madre—. Esta tarde tienes que salir a las cuatro de la compañía para estar a las cinco en Orange, ¿de acuerdo?

La muchacha parpadeó para salir de su fantasía.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Para qué voy a estar en el Orange a las cinco?

—Tenemos que comprarte un vestido, Mary ha dado con uno perfecto, pero quiero ver cómo te queda.

Mary era la *personal shopper* de los Holmes. ¿Para qué rayos la contrataban, si luego tenía que ir a la tienda a probarse un vestido?

Empezó a dolerle la cabeza por culpa de toda la información que había tenido que asimilar en menos de diez minutos. Estaba demasiado ocupada como para satisfacer las necesidades sociales de su madre, pero no quería detenerse a discutir. No valía la pena perder más tiempo. Además, quería hablar con Valeria; llevaba mucho tiempo sin verla y la echaba de menos.

Cogió el café que tenía delante y se lo bebió de un trago; estaba tibio, y le sentó muy bien. De dos bocados se comió la tostada y se levantó de un salto, cogiendo una magdalena por el camino.

—Lo siento, madre, tengo clase de yoga y ensayo por la tarde. No puedo ir.

Le dio un beso a su padre antes de salir.

—Tienes que venir. Ya lo hemos organizado.

—Ya que has decidido que baile un vals para lucirme con un jugador de polo, también podrás decidir el vestido que llevaré —espetó con brusquedad—. Para algo contrataste a Mary.

Se produjo un silencio incómodo, roto únicamente por el tictac del reloj de la pared.

—Tienes razón, será mejor que yo elija el vestido —convino la señora Holmes con rapidez, volviendo a ponerse las gafas, como si hubiera sido idea suya y no de Eva—. Así me aseguro de que no eliges un calzado con el que se te vean los pies. Nos veremos mañana.

Y la despachó sin más. Eva apretó los dientes y salió del salón demasiado enfadada con la situación para seguir discutiendo.

La puerta de la sala de baile estaba abierta, una melodía de piano surgía del interior y Eva se acercó a mirar. Gabriel estaba en pleno ensayo. Era una variación de *Metamorfosis*, aunque no podía precisar a qué acto pertenecía. No importaba, el bailarín atrajo toda su atención cuando sobrevoló el salón con una asombrosa combinación de *grand jeté* que culminó con un doble giro en el aire, para después rematar la danza con una rodilla en tierra, los brazos abiertos, la barbilla alzada y el gesto altivo.

Eva sintió ganas de aplaudir y se contuvo cuando ya tenía las manos a punto de dar la primera palmada. No quería interrumpirlo.

— *Allegro*, más vivo —pidió el bailarín al pianista con mucho entusiasmo.

Verlo bailar era fascinante. Gabriel hacía lo que quería con la danza, y aunque solo se trataba de un ensayo, no había ni un solo fallo en sus movimientos. Cada gesto estaba cargado de portento y elegancia, transmitiendo toda la esencia y naturaleza del personaje.

Era todo un profesional digno de admiración.

—No te quedes en la puerta. No puedo pasar.

Eva se giró para encontrarse con la mirada azul hielo de Anastasia, que llevaba el rubio cabello recogido en un moño tan apretado que la tirantez afilaba sus rasgos y a de por sí estilizados. Eva tragó saliva y se hizo a un lado.

—Lo siento.

La rusa pasó por su lado como un viento frío y entró en el salón, interrumpiendo el ensayo de Gabriel. El pianista dejó de tocar y el bailarín aterrizó sobre los pies como si llevara muelles en las rodillas.

—Buenos días —saludó él con una sonrisa. Al mirar hacia la puerta vio a Eva y le lanzó una sonrisa, dedicándole una elegante reverencia—. Buenos días, *bambina*.

—Buenos días, Gabriel. Un bonito ensayo —le respondió.

—Gracias.

Eva le miró los brazos y el pecho, brillantes de sudor, y su mente comenzó a fantasear con Tom. Se estaba preguntando qué sucedería si la besaba de nuevo cuando Zakharov llegó al aula. Eva dejó su mochila en el suelo, se quitó el suéter, comprobó que tenía las zapatillas bien atadas y calentó.

—Eres una estatua —le dijo a Eva cuando ella acabó de interpretar la variación del primer acto—. Otra vez.

Suspiró resignada. Desde que comenzara a bailar no había podido controlar los nervios, sentía una extraña energía en el interior de su cuerpo que no lograba contener y amenazaba con desbordarse.

Regresó a la posición inicial. Había algo que estaba haciendo mal, y no sabía si era una mano con un ángulo incorrecto en el *arabesque*, un *demiplié* demasiado profundo o el maldito *pas de bourrée* que comenzaba a desquiciarla porque tenía la zapatilla derecha mal colocada. Comprobó por cuarta vez que tenía las puntas bien puestas antes de empezar.

—Mal, Evangeline. No mantienes el ritmo. ¡Escucha la música! ¿He dicho que pares? —rugió Zakharov cuando Eva detuvo el ensayo—. No pares a menos que te lo diga. ¡Continúa!

Cuando acabó la variación le dolían los pies y quería llorar.

—Otra vez. No te vas a ir de aquí hasta que lo hagas bien. Eres una estatua, pero eres la estatua más hermosa de todas. Eres la creación suprema de un hombre enamorado, la más bella entre todas las mujeres, tanto que incluso desafías la hermosura de Afrodita. Y eso, Eva, tienes que demostrarlo. ¡Levanta la cabeza! Saca pecho, que incluso desde la última fila puedan verte los pezones.

Hinchó el pecho luchando contra el pudor.

—Esa mirada, Evangeline. Orgullosa, tienes que ser más altiva. Eres la puta más guapa del reino y lo sabes, demuéstalo. ¡Baila!

No había nada de romanticismo en las palabras del director. ¿Acaso importaba? Esa era en esencia la danza que estaban intentando bailar. Despojada de todo el maquillaje de sensualidad, la historia de *Metamorfosis* hablaba de pasiones inconfesables y deseos perturbadores. Eva no era idiota, pero prefería engañarse añadiéndole una pizca de magia, mientras que Zakharov hacía todo lo posible por devolverle los pies a la tierra.

Bailó pensando que era la prostituta más guapa de la fiesta. Como nunca se había sentido así, no fue capaz de resultar suficientemente soberbia, y enseguida notó la irritación del director. Eva no quería que le montara una escena delante de todos; ser el objetivo de las iras del director era para personas con mucho estómago, y ella no lo tenía.

—¡Deja de pensar! Escucha la música, baila con ella. No vayas a tu propio ritmo, ¡concéntrate!

Dado que durante todo el ensayo se había esforzado por contener la energía que la estaba sacando de quicio, se vio obligada a dejarla salir.

Galatea era un sueño hecho realidad, y el beso de Tom había sido una fantasía muy real para Eva. Ardiente, apasionado, erótico. Tan excitante que había sacado lo mejor y lo peor de ella. Recordó la rabia con la que lo había abofeteado y utilizó esa energía para bailar, para canalizar toda su pasión hacia un objetivo, ser la más altanera y soberbia de las estatuas de Pígnalión.

Le temblaron las rodillas, tensó las piernas y alzó los brazos intentando con todas sus fuerzas parecer una mujer y no una bailarina asustada.

—Bien, es suficiente —dijo el director cuando la música del piano se apagó—. Podría haber sido peor. Se acabó por hoy.

Aquel «podría haber sido peor» significaba «bien» en el idioma de Zakharov. El director no hizo ni una sola corrección más, y su indiferencia fue como un jarro de agua fría. Eva había bailado con la pasión y la arrogancia que él solicitaba, y se sintió ignorada. Disimuló su frustración lo mejor que pudo intentando no llorar y miró a las demás, que recogían sus cosas y charlaban entre ellas.

Dolida, se colgó la bolsa y se dirigió al ensayo del cuerpo de baile de muy mal humor. Para lo único que había servido recordar el beso de Tom era para añorar otro nuevo, no para bailar mejor.

Una hora más tarde, la música envolvió a los bailarines y los espejos de las paredes reflejaron decenas de movimientos sincronizados mientras las parejas ejecutaban la variación en grupo. Todos saltaron al mismo tiempo y se escucharon las pisadas sobre la madera del suelo, sin que ninguno lo hiciera a destiempo.

Dominic la sujetó por detrás de las rodillas para levantarla por encima de su cabeza; ella alzó los brazos, majestuosa, sintiendo cómo flotaba y cómo los acordes le acariciaban la piel. La mano de Dominic se metió entre las piernas de Eva mientras la mantenía en el aire y ella apretó los músculos para mantenerse en equilibrio.

Ese contacto era habitual todos los días, pero la mano de su compañero estaba caliente y el tacto le abrasó la piel. Sintió un escalofrío en la espalda y todo su cuerpo se puso sensible, como si interpretara que esa mano, en lugar de ser la de un bailarín, perteneciera a Tom.

Contuvo la respiración y estuvo a punto de bajar los brazos para cubrirse los senos. Perdió la concentración al instante, la columna que formaban se escoró a un lado y Eva se precipitó desde la altura del bailarín, a más de un metro ochenta. Dominic intentó detener la caída y la sujetó por los muslos, clavándole los dedos en la parte interna de las piernas. Pero no pudo evitar que se golpeará en la cadera cuando se estrelló contra el suelo.

—Santo dios, Eva, ¿estás bien? —preguntó su compañero, aflojando el agarre. Había tanta tensión en su forma de cogerla que Eva se estremeció.

—Sí... Lo siento —dijo, avergonzada.

—Pero, ¿te has hecho daño?

—No —«Sí».

Dolía más la vergüenza de haber cometido un fallo que el golpe en sí.

—Evangeline, ¿estás bien?

La maestra se acercó, igual que el resto del grupo. A Eva le dolía la cadera; apretó los dientes y se puso en pie rechazando la ayuda de Dominic.

—Sí, todo bien.

—Cinco minutos de descanso.

Dominic le ofreció el brazo para ayudarla, mientras los demás bailarines se dejaban caer al suelo para charlar, beber agua y remolonear.

—Lo siento, Eva. ¿Seguro que estás bien?

—Ha sido culpa mía, no estaba bien equilibrada —le dijo ella—. Gracias por no dejarme caer.

—Me has dado un susto de muerte.

Cojeó hacia su bolsa de baile y se pasó una toalla por la cara, luchando por desembarazarse del recuerdo de Tom y el vértigo de la caída. Podía haber sido un accidente horrible, y ella no dejaba de pensar en la sonrisa burlona de Tom y la palabra «patosa» escrita en su expresión. ¿Por qué seguía pensando en él, cuando debería estar concentrada en el ensayo?

Pasado el tirón inicial, el dolor comenzó a desaparecer, no así la sensación de que si permitía a Tom acercarse de nuevo, descubriría todos los secretos que Eva guardaba bajo llave.

—¿Puedes seguir? —preguntó la coreógrafa.

—Sí, quiero seguir.

Necesitaba continuar. No quería permanecer inactiva, no podía. Si hoy no ensayaba ni hacía algo bien, terminaría pensando que era una inútil que no servía para nada. O peor, acabaría acariciándose los labios y pensando en ofrecerle a Tom una disculpa por la bofetada.

Continuaron tras la pausa con más energía. Cada vez que Dominic la cogía por las piernas, lo hacía con extremo cuidado, y Eva insistió en que la sujetara con más fuerza, porque no quería caerse otra vez. Pero Dominic no escuchaba, sus *portés* eran demasiado flojos, y con tanta frustración encima, tuvo que tragarse la rabia para no pagarlo con su compañero, que solo quería hacer que se sintiera cómoda.

En el vestuario se apoyó sobre los azulejos mientras dejaba que el agua de la ducha corriera por sus agarrotados músculos. Comprobó lo que se temía: tenía una feísima contusión en la cadera y Dominic le había dejado un recuerdo de ocho puntos de color violeta, grandes como ciruelas, entre los muslos.

Gajes del oficio.

Se acercó a la enfermería a por calmantes y la doctora le hizo una revisión. Siguiendo su consejo de no hacer más ejercicio en lo que quedaba de jornada, Eva pasó la tarde en casa de Natalia disfrutando de la charla con su amiga. Lo último que quería era pasar un jueves de compras con su madre para un evento al que no le apetecía ir.

Bajó del coche cuando Clancy abrió la puerta, y observó embelesada la maravillosa fortaleza de Middleearth. Estaba agotada. Los viernes siempre terminaba cansada de toda la semana de trabajo, y, además, se sentía muy inquieta, porque no había vuelto a ver a Tom desde el beso.

Solo habían pasado dos días, y hasta el lunes no regresaría a Winter Garden. Pero alterarse por eso sería admitir que Tom le importaba, y no era así. En absoluto.

Suspiró mientras avanzaba. Prefería mil veces aguantar el vapuleo de Zakharov que bailar un vals que nadie apreciaría, pero era lo único que tenía que hacer esa noche; luego podría marcharse a descansar todo el fin de semana.

Gregory Spencer salió a recibirla cuando se acercó a la escalera, la cogió de las manos, le dio un beso en cada mejilla y después la giró para posar con ella. Sintió el calor de los flashes sobre la piel cuando los reporteros encargados de cubrir el evento los acibillaron a fotografías. Gregory mantuvo la misma sonrisa en todo momento, pero Eva solo fue capaz de esbozar una mueca.

—Vamos dentro, por favor —le pidió a su acompañante.

—Claro, querida.

La mansión era mitad palacio, mitad fortaleza. Todo el mobiliario estaba compuesto de lujosas antigüedades y las paredes, cubiertas de tapices, sedas y terciopelo, eran de colores brillantes. Si Eva echaba mano de su imaginación, podía pensar que estaba en un decorado de *Romeo y Julieta*, y así la velada no sería tan espantosa.

El salón principal era inmenso. Las lámparas de cristal resplandecían con el fulgor de los diamantes, la plata de los candelabros lanzaba destellos en todas direcciones y una pequeña orquesta interpretaba una pieza de música clásica. Las invitadas, espléndidas con sus vestidos, se deslizaban del brazo de sus acompañantes. Las muchachas más jóvenes iban vestidas de blanco, como los cisnes del *Lago*, y los hombres, de riguroso negro.

—Eva, ¡cómo me alegro de verte! —exclamó su hermana.

Sintió una oleada de nostalgia y se apretó fuerte a ella, hundiendo la cara en su cuello. La había echado mucho de menos.

—Yo también me alegro de verte.

Valeria le dio dos besos y le acarició las mejillas, mirándola con un brillo de orgullo y admiración en la mirada.

—Estás guapísima.

—Bueno, tú estás deslumbrante —reconoció Eva.

Estaba hermosa y radiante. Su hermana tenía un tono de piel brillante y sus ojos refulgían de dicha. Sintió una punzada de envidia; su marido la hacía muy feliz.

—Tonterías, Eva. Estás increíble con este vestido, te favorece muchísimo. Y con ese tono pastel en tus labios, cualquier hombre querría besarte.

No pudo evitar pensar en Tom y en sus besos. Lo apartó de sus pensamientos con rapidez.

—Es solo maquillaje.

—No es el maquillaje, es que eres muy guapa, y tienes una boca preciosa. Pareces un poco cansada, estabas ensayando, ¿verdad? Seguro que no has comido nada por el camino. Ven.

Valeria la cogió por el brazo y, sin dirigirse ni una sola vez a Gregory, se llevó a Eva. Se acercaron a unas mesas cubiertas de blanquísimos manteles, repletas de exóticas delicias. Valeria le puso un platillo en la mano y lo llenó con aperitivos.

—Este caviar está de muerte, pruébalo —la alentó. Eva gimió cuando el primer bocado estalló en su paladar—. Te lo dije.

La dos se echaron a reír.

—¿Dónde has estado?

—Entre Londres y Nueva York —comentó ella emocionada—. Conrad, bendito sea, me ha acompañado a todos los museos que le pedí. Y, ¿sabes qué? Voy a tener mi propia exposición dentro de seis meses, ¡en París! ¿Lo puedes creer? —dijo a punto de ponerse a dar saltitos.

—Eso es fantástico —exclamó Eva entusiasmada.

Su hermana había nacido con la misma maldición que Eva: el amor por el arte. Valeria amaba la pintura con el mismo anhelo que Eva amaba el baile, y había estado a punto de abandonar su pasión cuando Flaviana exigió que se casara. Contrajo matrimonio con Conrad Kirbridge, heredero de una gran fortuna, que en lugar de conducirla por el camino del decoro y la decencia que la señora Holmes soñaba, le dio a Valeria toda la libertad que siempre había deseado.

—¿Y cuál será el tema de la exposición?

—Oh, Conrad y yo hemos pensado que el centro debe ser *Carne y Sangre*.

Eva recordó las provocadoras sensaciones que le causaba aquel cuadro. Su hermana era especialista en despertar emociones muy profundas e intensas con los colores. El rojo era su favorito y el tono que siempre predominaba en cualquiera de sus pinturas.

—¿Y tú, cariño? —le preguntó, acariciándole el brazo—. La temporada empieza dentro de un mes, ¿qué habéis preparado?

—*Metamorfosis*. La última producción de Florence.

Valeria abrió mucho los ojos.

—¿Y vas a ser la protagonista?

—No exactamente —respondió ella mirando hacia otro lado—. Zakharov nos ha convocado para unas pruebas selectivas. Mañana por la mañana es la primera.

—¿Y qué haces aquí? Deberías estar descansando —alegó su hermana, escandalizada—. ¿Mamá?

Ella se encogió de hombros.

—He venido para que no me lo eche en cara el resto de la semana.

—Cielo, la oferta de vivir con nosotros sigue en pie, lo recuerdas, ¿verdad?

—Sí, Val. Pero... no quiero molestar.

—No seas tonta, no molestas para nada. Podrás campar a tus anchas y hacer lo que quieras.

—Lo sé, y te lo agradezco. Es solo que necesito el salón de Florence para los ensayos.

—Ah, estabas aquí. Por un momento he pensado que me habías abandonado por otro hombre.

Las dos muchachas reaccionaron ante aquella voz grave y profunda. Valeria miró a su marido con el rubor y la adoración de una jovencita mientras Conrad le rodeaba la cintura y le daba un beso en el pómulo.

Fue un gesto inocente, pero que para Eva resultó tan íntimo que se tragó de golpe lo que tenía en la boca. Su hermana se curvó contra el cuerpo de su marido y Eva percibió la ardiente sensualidad que había entre los dos. Parecían dos amantes apasionados que no podían dejar de tocarse.

—Ya sabes que no haría tal cosa sin tu aprobación —susurró Valeria, coqueta.

—Buenas noches, Eva —saludó su cuñado después de haber mirado a su esposa durante un buen rato.

—Buenas noches, Conrad.

—¿Preparando la nueva obra de la temporada? —preguntó él, cogiendo suavemente una mano de Eva para depositar un beso cortés en sus nudillos.

—Así es.

—¿Y cuándo empezará? Hace un mes que reservé el palco, y empiezo a preocuparme por la inversión.



Conrad era tan poderoso como los Holmes, así que eso no era ningún problema. Eva empezó a contarles el calendario programado y su hermana la escuchó muy interesada. En ninguna de aquellas obras sería la protagonista, por el momento, pero a ellos no les importaba eso. De hecho, estaban encantados de ir al teatro para verla y animarla.

—Me encanta *Giselle* —declaró su cuñado—. Es exquisita. Valeria, en cambio, prefiere *El Corsario* porque tiene pensamientos impuros con vuestro primer bailarín.

—¡Conrad! —exclamó su hermana riéndose.

—Te lo puedo presentar cuando quieras —bromeó Eva—. Esta semana he estado ensayando con él.

—No me digas... —ronroneó Valeria con una sonrisa.

—Por favor, Eva, no la alientes más... —gimió Conrad—. No puedo competir contra un semidiós italiano.

Los tres se echaron a reír.

—Has llegado tarde.

Su madre se acercó a ellos.

—Pero he venido.

Flaviana puso cara de «para llegar tarde, mejor no vengas» y señaló hacia Gregory, que hablaba con el señor Holmes.

—Cielo, vamos a comenzar con el baile, ¿por qué no te vas preparando? Eva va a abrir el baile con Spencer —explicó a la pareja.

—Espero que sea con un vals —sugirió Conrad.

—Un vals vienés —señaló Eva, viendo a su madre poner cara de póquer.

No dudaba de su propia destreza para bailar, pero cuestionaba la capacidad de meter la pata de Gregory. Se acercó a él frotándose los brazos, un poco incómoda.

—Eres una diosa, Evangeline, querida —le dijo Gregory en cuanto llegó a su altura. Le pasó una mano por la cintura y la acercó hacia él, entrando en contacto con su cuerpo—. ¿Te has hecho daño? El cielo del que te has caído parece demasiado alto.

Aquel halago le enfrió las entrañas, y Eva miró a su padre.

—Evangeline, cielo, estás muy guapa —dijo el señor Holmes, dándole un beso en la frente.

—Gracias.

—Vamos, preciosa, tenemos un baile que inaugurar.

Cogiéndola de la mano, la llevó al centro del salón. Ese «preciosa» no se parecía en nada al de Tom.

La brillante luminosidad de la estancia la cegó unos instantes. Eva miró a su alrededor y solo vio caras borrosas mientras se colocaban en el centro. Escuchó pequeños carraspeos y tosecillas ahogadas mientras la orquesta removía las partituras, y buscó frenética entre las personas a alguien familiar, algo a lo que agarrarse. Se encontró con los ojos de Valeria, que la miraban con una mezcla de amor y admiración, y logró aplacar sus nervios.

—¿Alguna vez has bailado el vals? —preguntó a Gregory con voz aguda.

—En absoluto —contestó despreocupado—. Tu madre me prometió que llegarías un poco antes para darme unas nociones básicas, pero me temo que ya no hay tiempo. Vas a tener que improvisar.

Eva suspiró, acalorada.

—Cógeme la mano así y pon la otra aquí —explicó, colocando la mano de Gregory en su cadera. Él apretó los dedos, subiendo la mano por su cintura, y Eva ahogó un gemido cuando un latigazo de dolor le recorrió el costado. Él no se dio cuenta y con la izquierda agarró la mano de Eva—. Pon la espalda recta, como cuando vas a caballo.

—Qué complicado —comentó él.

—Gregory, golpeas una bola con un palo mientras vas a galope —murmuró ella—. Un vals no es complicado.

—Tenemos que montar juntos algún día.

Si la frase tenía o no un intencionado carácter sexual, Eva prefirió ignorarlo.

—Eres tú quién marca el ritmo, ¿de acuerdo? Gira hacia la izquierda.

La música comenzó a sonar y Gregory se lanzó hacia el baile arrastrando a Eva con él. Ella estuvo a punto de tropezar, estiró la espalda y, con todos los músculos rígidos, empezó a dar vueltas. Mientras giraba, su falda ondeó en el aire, igual que su pelo, flotando alrededor de ambos como una estela blanca de magia.

Ella adoraba el vals, era hermoso, mágico y muy romántico. Después de seis giros y de pisarle varias veces como una torpe principiante, deseó apartarse de Gregory, había algo en él que la hacía sentirse incómoda. Era demasiado... brusco.

Gregory debió de cansarse de llevar el ritmo, porque comenzó a ir a destiempo. Eva quiso gritar, pero no iba a permitir que él la dejara en ridículo, por lo que tomó el mando y rezó para que todo terminara cuanto antes.

Al finalizar la música, los aplausos inundaron el salón. Gregory la cogió por la cintura, la apretó a su cuerpo y se inclinó para besarla. Ella lo vio venir, se tensó y luchó por no echarse para atrás. Los labios de Gregory se posaron sobre su mejilla, muy cerca de la boca, porque en el último momento Eva no lo pudo soportar y ladeó la cara. Él permaneció más tiempo del necesario así, hasta que por fin se apartó.

Al levantar la vista, Eva vio a su hermana aplaudiendo con mucho entusiasmo, igual que lo hacía Conrad. Se acercaron a felicitarles, pero poco duraron los saludos, ya que enseguida dio comienzo el baile.

A pesar del cansancio, bailó con varios muchachos, algunos más elegantes que otros, la gran mayoría torpes, y buena parte de ellos, con más entusiasmo que soltura. Se sentó a descansar un rato rechazando muchos bailes y bebió varios vasos de zumo de manzana, porque no podía tomar alcohol. Cuando Gregory se sentó junto a ella, Eva se levantó con la excusa de ir al servicio.

—No tardo nada, guárdame el sitio, ¿vale? —le dijo.

Salió del baño y, en lugar de volver al salón, decidió tomar un poco de aire fresco y se acercó a la terraza para asomarse a la balastrada. Abajo, en el jardín, decenas de farolillos colgaban de las ramas de los árboles creando una imagen de ensueño, como si miles de luciérnagas se hubieran detenido fuera del tiempo.

—Has bailado con todos los invitados menos conmigo, pequeña —le dijo Conrad apareciendo junto a ella.

Acabó el cigarrillo que se estaba fumando y lo apagó usando de colillero una maceta cercana. Cuando liberó el humo, Eva percibió que el olor de ese tabaco era el mismo que el que fumaba Tom y se asombró cuando el recuerdo del jardinero le prendió las mejillas.

—Lo siento —respondió—. Volvamos al salón y bailaré contigo.

—Tranquila, no hace falta que entremos, se puede oír la música desde aquí. ¿Sería tan amable, Evangeline Holmes, de aceptar un baile?

Hizo una elegante reverencia y le tendió la mano de forma caballerosa. Ella colocó los dedos sobre su palma caliente y notó enseguida la electricidad que brotaba de él, una energía cálida y protectora.

Miró hacia el salón.

Con Tom la experiencia del vals habría sido inolvidable. Él habría sido como un escandaloso *laird* que perturbaría a todos los asistentes sosteniendo a Eva con manos firmes, mientras daban vueltas sin dejar de mirarse a los ojos. Ella se rendiría a sus ardientes demandas sin arrepentimiento cuando, al final del vals, Tom la tomara entre sus brazos para cubrirle los labios con otro beso apasionado, causando un gran revuelo. Gregory se sentiría ofendido, su madre irradísima, y mientras la gente murmuraba sobre su desvergonzado baile, Tom la conduciría hasta el jardín, donde la besaría bajo la luz de la luna hasta que se le durmieran los labios.

—¿Esperas a alguien? —preguntó su acompañante.

Eva sacudió la cabeza.

—No, no espero a nadie.

—¿Y quién llama tu atención con esa fuerza?

Eva abrió los ojos y él le sonrió. ¿Tanto se le notaba?

—Lo cierto es que sí esperaba ver a alguien aquí —confesó.

—¿Y no ha venido?

Ella negó con la cabeza, decepcionada. Conrad le sostuvo la mano e inició un vals. Él sí que sabía bailar. No solo eso, fue la primera persona de toda la velada con la que se sintió cómoda. En brazos de aquel hombre que había traído la felicidad a su hermana, se sintió tranquila y en paz. Él transmitía seguridad y confianza y empezó a comprender las razones por las que su hermana estaba tan enamorada. Sonrió, disfrutando de la música, de la danza y de la compañía.

—Bailas muy bien —le dijo, incapaz de contener la sorpresa.

—Gracias, pequeña, pero el mérito es tuyo. Me inspiras —declaró, galante.

—Eres muy amable.

—Estoy siendo sincero. Hoy estás preciosa, tienes una cola de pretendientes que querrían estar en mi lugar, y el joven Spencer no te quita los ojos de encima.

—¿Y qué puedo hacer para que me los quite? —protestó ella en voz baja. Conrad lanzó una carcajada—. No debería haber dicho eso...

—Dile que tienes otros objetivos —comentó él—. Que la danza es tu único compañero en la vida. Podrías decir que tus prioridades están puestas en tu carrera profesional, que prefieres separarte de él ahora, antes de que tus constantes ensayos y giras lo hagan lentamente.

—Estoy esperando que mis constantes ensayos y giras lo cansen y me olvide.

—Harían falta unos cuantos años para eso, y no acabaría bien. Hombres como el joven Spencer son celosos de sus posesiones y sus títulos. Si centras tus esfuerzos en el ballet y no en él, acabará odiándote y culpándote de tu falta de atención hacia él.

—No tengo ningún interés en él —reconoció Eva sin darse cuenta—. Ni ahora ni nunca.

—¿Hay otro que te interese? —preguntó con suavidad. Ella se ruborizó—. Puede que no nos hayamos visto a menudo, Eva, pero no se me ha escapado el brillo que tiene tu mirada. ¿Quién es el joven que te tiene prendada?

Eva no respondió, pero su pensamiento fue directo hacia Tom.

—Ahora mismo querría estar en cualquier lugar menos en este.

—Pero, Eva, ¿no has dicho que bailaba bien? —bromeó.

Ella se rio.

—Y bailas muy bien.

—¿Qué te perturba, entonces?

—Mañana tengo una prueba y necesito descansar.

—¿Y qué te impide marcharte? —Eva dejó de bailar y miró hacia el salón. Su cuñado le puso un dedo bajo la barbilla y le alzó la cabeza con firmeza. Eva se puso tensa al encontrarse de frente con los calculadores ojos de Conrad—. No dejes que nadie te impida hacer lo que deseas. Ni tus padres, ni ningún hombre ni siquiera tú misma. Es tu vida, no la de ellos. Mereces ser feliz. Lo sabes, ¿verdad? —Había tanta intensidad en sus palabras que Eva se estremeció. Conrad suavizó su expresión y le acarició la mejilla. Exactamente como había hecho Tom para calmarla, y ella se relajó de inmediato, sintiéndose más segura y decidida que al principio—. Vete a casa y descansa.

Conrad tenía razón, al día siguiente tenía una prueba muy importante y no iba a sacrificarla solo por darle el gusto a su madre.

—Gracias.

Le dio un beso en la mejilla antes de marcharse.

—¿Y? ¿Cómo fue la prueba?

Natalia dio un trago a su martini y la miró esperando su respuesta.

—Bueno... —murmuró Eva acariciando el borde de la copa mientras recordaba lo que había hecho por la mañana—. Supongo que bien.

—¿Supones? —preguntó Natalia alzando las cejas.

—Sí, no sé... Zakharov me ha convocado el lunes a la misma hora.

—Eso es que ha salido bien —exclamó dando unas palmadas—. Pues ya está, ahora vamos a pasarlo bien, vamos a bailar y vamos a frotarnos contra esos cuerpazos que nos esperan allí.

Miró hacia la pista de baile con gula. Estaba en pleno apogeo; un apretado grupo de jóvenes bailaba una mezcla de música clásica y electrónica, imbuidos en el influjo del ritmo y el desenfreno.

—¡Me encanta esta canción! —chilló su amiga, arrastrándola hacia el centro.

Se sumergieron en un mar de cuerpos danzantes. Natalia levantó los brazos y comenzó a mover las caderas dejándose llevar por la música. Eva la imitó, animada en parte por la bebida. Le gustaba bailar, aunque no en las discotecas. Para ella era algo espiritual y muy personal, pero mientras se movía empezó a sentir la energía brotando del suelo y cerró los ojos para mecerse con el ritmo de las canciones.

Sorprendida por el calor que subió hasta su cabeza, continuó bailando, repleta de euforia. Estaba pasándose bien con su amiga, no estaba en un ensayo, así que no hacía falta hacerlo bien, solo moverse y absorber las vibraciones de la música. Abrió los ojos y descubrió que a Natalia no le había costado nada desplegar su encanto femenino, estaba rodeada de chicos que se turnaban para bailar junto a ella. Contagiándose del ambiente festivo y animado, Eva volvió a cerrar los ojos y levantó también los brazos, dejando fluir la energía por todo su cuerpo.

Era por el efecto de tantas bebidas. Ella no era así, tan atrevida ni tan desenvuelta. Pero se sentía bien, animada, capaz de cualquier cosa, porque la primera prueba le había salido bien.

El aire crepitó a su alrededor, era caliente, y, cuando respiraba, le ardían los pulmones. Pronto empezó a sentir el galopar del corazón y el retumbar de la música en el vientre, detrás del ombligo. Su piel se volvió hipersensible y se le erizó el vello de los brazos. Sus terminaciones nerviosas despertaron y sus pies, aunque doloridos por la agotadora semana, se movieron solos por toda la pista.

Un hormigueo en la nuca fue la advertencia previa antes de que una mano se posara descarada en su trasero. No le sentó nada bien que la tocaran, y la manera desinhibida de bailar de Natalia comenzó a incomodarla. Sin mirar hacia quién le había metido mano, Eva salió de la pista atravesando una marea de cuerpos apretados y el tirante se le bajó por el hombro.

Cuando consiguió llegar al otro lado, se recompuso el vestido, y, fingiendo que no había pasado nada, se sentó en su banqueta de la barra, bebió el cóctel de un trago y pidió otra copa y unos aperitivos para llenar el estómago.

Cargada con una bandeja, su bolso, su chaqueta y el bolso de Natalia, llevó todo a una mesa libre y se acomodó en el sofá, degustando los canapés con avaricia. Se chupó los dedos, algo que nunca hacía en su casa porque era de mala educación. El incidente de la pista se desvaneció en su memoria y volvió a sentirse muy animada, dio un trago a su bebida y observó la brillante decoración del local, embobada con los colores de las luces de neón.

—¡Creía que te había perdido! —exclamó Natalia dejándose caer en el sofá junto a Eva, resoplando—. ¡Has pedido la cena! Jo, tía, qué bien, tenía hambre...

Su amiga devoró los aperitivos con ansiedad. Tenía la frente brillante de sudor, los ojos le relucían de euforia y su rostro había adquirido un tono rosado.

—¿No bailas? —preguntó con la boca llena de pan con queso.

—Me duelen los pies, tus malditos tacones me están haciendo roces.

Se rieron a carcajadas mientras se quitaban los zapatos y subían los pies al sofá.

—¿Por qué no te pintas las uñas? Mira, mi esmalte es rojo Candy, te quedaría superbien...

Natalia estiró una pierna para mostrarle el coqueto color de sus uñas.

—No tengo tiempo para pintarme.

—¡Anda ya! Si hubieras venido pronto, te habría hecho la manicura.

—He llegado pronto.

—No lo suficiente para la manicura. Mira, de mañana no pasa que te pinte las uñas. Sobre tiñerte el pubis hablaremos otro día.

Se miraron y se echaron a reír. Eva no se había reído tanto desde hacía días, le dolía la barriga del esfuerzo. Cenaron y siguieron charlando muy animadas. A la española le entró hambre y fue a por más aperitivos, y cuando regresó, señaló hacia la barra.

—Mira ese pelirrojo de ahí —susurró con la voz ronca, mordiéndose los labios de gusto.

Eva se fijó en el chico. Vestía una camisa blanca y pantalón vaquero, era delgado y muy, muy alto. Desde donde estaban la iluminación era un poco oscura; no podía ver bien si era pelirrojo, pero si a Natalia la hacía feliz pensar que lo era, Eva no iba a sacarla de su error.

—Yo digo que es universitario —murmuró Natalia con un gemido—. Universitario, virgen; sin estrenar.

Se fijó en que hablaba con otro hombre que estaba a su lado.

—Tiene un amigo. Digo que son deportistas —comentó Eva siguiéndole el juego, solo para no decirle que le parecían homosexuales—. Son muy altos, seguro que juegan al baloncesto.

—Mmm... Puede que tengas razón. Voy a preguntárselo.

—¿Qué? ¡No! ¡Espera!

Pero Natalia, descalza, correteó hacia los dos hombres con su descaró habitual.

Después de un breve saludo, estrechó las manos de ambos y luego dio dos besos a cada uno. Eva se quiso morir de vergüenza cuando Natalia señaló hacia la mesa y los tres se acercaron.

—Ella es mi amiga, Eva —les dijo a los chicos—. Cariño, estos son Mark y Paul.

Los dos la saludaron desde sus respectivas alturas. No tuvo ninguna duda de que medirían dos metros como mínimo. Natalia se sentó y los invitó a hacerlo junto a ella, y al verlos más de cerca, Eva descubrió que eran idénticos y pelirrojos.

—¿Qué tal? Yo soy Mark —dijo el chico que se había sentado entre Natalia y ella.

—Yo, Eva.

—¿Y a qué os dedicáis? —preguntó su amiga.

—Estamos en el equipo universitario de baloncesto —contestó el otro chico, Paul, sentado junto a Natalia en la esquina del sofá.

—¡Qué gracioso! Hemos apostado a que erais universitarios, y Eva decía que erais deportistas. ¡Hemos ganado las dos!

Se rio a carcajadas y los chicos se rieron con ella. Eva esbozó una sonrisa un poco tensa. Mark bebió de su copa, la dejó sobre la mesa y se acomodó para mirar a

Eva.

—¿Y a qué os dedicáis vosotras? —le preguntó.

—Somos bailarinas —respondió Eva.

—Bailarinas de ballet —añadió Natalia, con tono pícaro.

—¡Qué interesante! —exclamó Paul—. Nunca he conocido a una bailarina.

—Ni yo a un jugador de baloncesto. Vaya cosas, ¿eh? —ronroneó Natalia, coqueteando.

—¿Y estás de gira por algún sitio? —preguntó el que estaba con Eva, Mark.

—No, todavía no hemos empezado —respondió Eva.

—Nosotros llevamos un mes y vamos primeros en la liga universitaria —comentó Mark.

—Eso es fantástico —dijo Eva. Pero se quedó sin palabras: Natalia y Paul habían empezado a besarse justo por detrás de Mark. Miró a su acompañante, incapaz de encontrar un tema de conversación. El muchacho miró por encima del hombro lo que estaba haciendo su hermano y sonrió.

—¿Y cuánto tiempo hace que bailas? Eres profesional, ¿verdad?

Como si percibiera su incomodidad, Mark inició la conversación portándose como un caballero. Eva se relajó a pesar de las circunstancias —una pareja besándose acaloradamente a un metro de distancia—, y habló con él durante un buen rato. Hablaron de ella, de él, de baloncesto, de ballet, de lugares especiales en los que podían sentirse cómodos...

—A mí me pasa también —comentó Eva—. Tengo un sitio que me hace sentir mejor.

—¿Y cuál es?

—Mi salón de baile.

—Yo me siento bien aquí, ahora, contigo. ¿Y tú?

Sintió una caricia en la mejilla. Los dedos de Mark se deslizaron con suavidad sobre su piel, tocándola, pero, al mismo tiempo, sin que sus pieles entraran en contacto. Eva se estremeció. No le gustaba que la tocaran así, y menos alguien a quien no conocía. Vio de reojo que Natalia se había sentado sobre las rodillas de Paul; estaban cogidos de la mano y se besaban con suavidad.

—¿Quieres ir a un sitio más privado? —preguntó Mark, inclinándose hacia ella.

Un nombre se coló entre las nebulosas de su pensamiento.

«Tom».

Suspiró de forma entrecortada y empezó a experimentar un calor sofocante. Se recostó contra el respaldo del sofá, buscando tranquilizarse.

—No estoy segura, Mark.

—Perdona, ¿he ido demasiado deprisa? —tanteó.

—No, no..., es que... —Se pasó la mano por la frente y se tocó el cuello, notando la piel pegajosa y acalorada. Se rozó un pecho con el brazo; tenía los pezones sensibles y erizados, el vestido era tan fino que cualquiera podría verlos.

Mark volvió a inclinarse hacia ella y Eva percibió el calor que emanaba de su piel. Lo rechazó de lleno.

—Me gustaría conocerte un poco mejor —susurró él, casi en su oreja—. Pareces una chica interesante.

Mark era guapo y amable, ¿qué problema había en coquetear con él? Pues que no quería. Notó que sus piernas se rozaban, que él se inclinaba aún más. Sus labios se encontrarían.

«Tom».

¿Por qué no era él quien estaba intentando besarla en ese momento? ¿Por qué no había aparecido en la fiesta de Middleearth para bailar con ella? ¿Por qué puñetas lo echaba de menos?

Mortificada, sintió el aliento del pelirrojo en los labios. Eva volvió a preguntarse, por enésima vez, por qué le había dado una bofetada a Tom cuándo él solo la había besado. Mark la rozó con su boca; el calor y el alcohol provocaron un estallido en el cuerpo de Eva y, cuando él iniciaba un acercamiento aún más profundo, se levantó como si tuviera un resorte en el trasero.

—Necesito ir al baño.

—Oye, lo siento, no era mi intención incomodarte... —Mark la retuvo cogiéndola de la mano cuando ella inició la huida—. No te vayas por la puerta de atrás —pidió acariciándole los nudillos—. No importa lo rápido que vaya mi hermano, no soy cómo él. Respetaré tu decisión.

Él la soltó y Eva correteó hasta el baño.

Había bebido demasiados combinados, y no estaba acostumbrada. Los últimos días habían sido muy intensos, sus emociones habían sufrido demasiados altibajos y las cosas habían ido muy deprisa. Sacó el teléfono del diminuto bolso y empezó a llamar a Natalia, rezando para que se despegara de la boca de su nuevo amante. Su amiga le había jurado que no la dejaría tirada para irse con un chico, que aquella noche sería solo para ellas.

Después de varios tonos, se preguntó si estaba siendo injusta con Natalia. Eva no era quién para cortarle el rollo si se lo estaba pasando bien. ¿Y si resultaba que ese pelirrojo era el amor de su vida? Eva no quiso parecer la amiga idiota y volvió a guardar el teléfono.

Cuando salió del lavabo y regresó a la mesa, Natalia y su pelirrojo ya no estaban.

—¿Eh...? —preguntó como una estúpida—. ¿Dónde están?

—Creo que han ido a bailar. Intenté detenerlos, pero...

¿Acaso Natalia pensaba que le estaba haciendo un favor dejándola en este sitio con un pelirrojo de dos metros?

—¿Te encuentras bien? —preguntó Mark cogiéndola de nuevo de la mano, con mucha suavidad, como si sus dedos fuesen cristal.

—Lo siento, pero... me temo que tengo que rechazar tu oferta de conocernos mejor, gracias de todos modos. Ha sido un placer estar contigo —dijo de forma apresurada.

—Para mí también ha sido un placer.

Eva apenas oyó lo que decía mientras corría buscando la salida. El local se había llenado hasta los topes y una apretada manada de hombres y mujeres se interponía en su camino hacia la libertad. Había mucho humo, olía a sudor mezclado con alcohol y exageradas fragancias femeninas.

El ruido de los gritos y la música la dejó aturdida y empezó a agobiarse. Se puso la chaqueta y se colgó el bolso para tener las manos libres. Esforzándose en mantener la calma, miró por encima de la gente para buscar la salida.

Un cuerpo chocó contra ella, lanzándola contra otro cuerpo. Oyó que la increpaban, trató de disculparse y, al darse la vuelta, se dio de frente contra un hombre y su bebida. El líquido se derramó sobre su pecho y su vestido, mojándola. Estaba frío y apretó los dientes.

—¡Eh! Ten más cuidado —gritó alguien.

—Lo siento —se disculpó Eva, sacudiéndose las manos de bebida.

—Está borracha —oyó que decían.

—Mira qué tetas.

Escuchó unas carcajadas. Muerta de vergüenza, se cubrió con la chaqueta y clavó la mirada en el suelo. No encontraba la salida, y empezó a dar vueltas evitando chocar otra vez con los clientes. La bebida había traspasado la tela y tenía la piel de los pechos pegajosa y húmeda. El líquido comenzaba a deslizarse por su vientre y quiso llorar.

—La salida está por allí —le dijo alguien, señalando en la dirección contraria a la que iba ella.

—Gracias.

Dio dos pasos. Se detuvo y se giró con la boca abierta. Una chica, que se dirigía a la barra contoneándose de forma exagerada, la empujó con la cadera para quitarla de en medio. Eva cayó hacia delante y aterrizó sobre los brazos de la persona que le había hablado. Oyó que él se reía.

—Será mejor que te acompañe, preciosa.

Su voz le provocó un cosquilleo que descendió por su espinazo y su piel se puso tensa.

—¿Qué haces aquí? —susurró ella buscando los ojos de Tom.

Él respondió con una sonrisa, le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra él. Un calor abrasador inundó todo su cuerpo.

Tom deslizó la vista por el delicioso escote femenino. Con la poca luz que arrojaban las luces de neón de la decoración, apreció la piel sonrosada y erizada de sus pechos, y el rizado encaje del sujetador que le realzaba el busto. Se inclinó sobre su rostro, dispuesto a besarla, y ella respondió emitiendo un suspiro y abriendo los labios. Estaba a punto de saborear su dulce lengua cuando percibió un fuerte olor a alcohol.

El vestido de Eva estaba empapado de bebida. La tela se le pegaba al torso y sus pezones erizados se marcaban contra la ropa, reclamando toda la atención de Tom y la de los hombres que había cerca de ellos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, otra vez, con un gemido que mezclaba asombro, alivio e irritación a partes iguales.

El timbre de su voz le golpeó entre las piernas. Apretando los dientes, se abrió camino apartando los cuerpos que se interponían entre ellos. Cuando alcanzaron la salida, hizo un gesto al vigilante y este abrió la puerta.

—Cinco minutos —le dijo a su compañero—. La chica necesita respirar.

En el exterior, el aire frío les golpeó en el rostro, y Eva pareció recobrar la serenidad. Tom la recostó contra el muro y le apartó el flequillo de la cara para observarla. Tenía las mejillas sonrojadas, la piel brillante y empapada de sudor y los ojos enturbiados por el alcohol. Estaba preciosa y deseó besarla. Pero también estaba bebida y, por el momento, indefensa. No se aprovecharía de ella en una situación así.

—En realidad, la pregunta correcta es: ¿qué está haciendo Evangeline Holmes en un lugar como este? —Ella se llevó las manos al vientre y Tom le puso las manos sobre los hombros—. ¿Te encuentras mal? ¿Quieres vomitar?

Eva negó con energía y le pidió que se apartara agitando las manos.

Era la última persona a la que esperaba ver en el club Victoria, pero allí estaba, más guapa que nunca, con varias copas de más, llamando demasiado la atención. La había visto deambular por el club, vulnerable como un barco de papel en un océano, inconsciente del efecto que provocaba en los hombres. Se notaba a kilómetros que no estaba acostumbrada a ese tipo de ambientes.

La muchacha se tocó el cuello, acalorada, y cerró los ojos emitiendo un suspiro que fue directo a su miembro. Apoyó una mano en el muro y se inclinó sobre ella para inundar su espacio vital con su energía. Ella levantó la vista, tragando saliva, y Tom notó que se endurecía aún más.

—No sueles salir mucho, ¿no?

—Me han tirado una copa encima —protestó ella.

—Ya lo veo —dijo recorriendo su cuerpo con la mirada. Eva se estremeció. Aunque se moría de ganas por tocarla, para evitar más tentaciones la cubrió con la chaqueta, cerrando los botones cuidadosamente hasta que estuvo bien tapada—. ¿Por qué has venido al Victoria?

Había deseado llevarla allí desde que la conoció, cruzar con ella el exquisito vestíbulo del club y mostrarle los íntimos secretos que guardaban sus puertas.

—Mi amiga quería venir —explicó.

—¿La misma amiga que te ha dejado colgada?

—No me ha dejado colgada —refunfuñó—. Puedo divertirme yo sola.

—Sí, tienes todo el aspecto de estar pasándolo genial.

La vio gemir de frustración ante el sarcasmo que destiló su voz.

—Tom, te agradezco que me hayas sacado de este lío. Estoy cansada y quiero irme a casa. Buenas noches.

Se enderezó sobre unos tacones de vértigo y Tom se quedó absorto observando el perfecto equilibrio de su cuerpo.

Eva tenía unas piernas largas y voluptuosas, las piernas más femeninas que había visto nunca. La forma en que los zapatos envolvían sus pies, dando redondez a la curva de su empeine, le provocó un escalofrío por todo el cuerpo. Subió por las delgadas rodillas y apreció la ondulación de sus caderas.

La muchacha dirigió la mirada hacia la salida del callejón y empezó a caminar. Tom percibió una mueca en su rostro y, al ver la forma en que andaba, no tan elegante como debería, la cogió por el brazo para detenerla.

—¿A dónde vas con esa prisa?

—A casa de mi abuela.

—¿Piensas ir caminando? Con esos tacones no lo vas a conseguir.

—¿Y a ti qué te importa? —dijo ella sacudiendo la mano.

—¿Cómo vas a bailar si te rompes un tobillo?

—Como si te importara —murmuró.

—Hay una línea de autobús que está a dos calles de aquí. Tiene una parada en Winter Garden. Te acompañaré.

—No es necesario.

—Sí que lo es.

—¡Puedo ir yo sola! —rezongó—. Déjame en paz. No necesito escolta.

—Cuando te deje sentada y a salvo en el autobús, me quedaré tranquilo —dijo en un tono que no admitía discusión.

Ella hizo una mueca, demasiado cansada para protestar, y empezó a caminar. Tom la siguió de cerca, escuchando sus pasos resonar contra los adoquines de la calle.

A esas horas, Harrington Place estaba repleto de jóvenes con ganas de fiesta que se arrastraban de club en club en busca de diversión. El centro nocturno de Crownfield estaba formado por calles estrechas y laberínticas donde se mezclaban restaurantes de comida clásica con locales de vanguardia. Tom conocía aquella zona a la perfección, cada calle, cada rincón, cada secreto, pero Eva no, y corría el riesgo de perderse.

A medida que pasaban las horas, el alcohol y otras sustancias estaban más presentes entre los clientes habituales, cada vez más borrachos y colocados. Se cruzaron con un joven que lanzaba gritos hacia un cuarto piso, acusando a una muchacha de ser una mentirosa, mientras ella pedía a gritos que se callara y que no iba a dejarlo entrar nunca más.

Tom cogió a Eva por el brazo para llevarla por una calle menos concurrida, cada vez más tenso y nervioso por la necesidad de protegerla de aquella cara oscura que, estaba seguro, ella no conocía.

Percibió que se estremecía.

—¿Tienes frío?

A pesar del abrigo, debía de tenerlo, pero ella no respondió. Tom le pasó un brazo por los hombros para ofrecerle algo de calor y Eva se apretó contra él con un ronroneo de satisfacción. Tuvo que contenerse para no hundirse en su boca con toda la pasión que deseaba.

Alejarse de Eva le había parecido una decisión sensata. El escozor que le perduraba en la mejilla era una advertencia sobre lo que realmente necesitaban los dos: más tiempo y más espacio.

Pero había sido una decisión estúpida: seguía deseándola con la misma necesidad, y Eva también le necesitaba a él.

Cuando llegaron a la parada, un par de muchachos de buen aspecto y vestimenta cara esperaban al autobús. Tom se apoyó en la marquesina y atrajo a Eva hacia él, dejando claro que la muchacha era suya. Ella se apretó a su cuerpo buscando el calor y él se permitió disfrutar de su compañía en completo silencio.

—Ponte cómoda, preciosa, a esta invito yo —le dijo cuando subieron al autobús.

Eva no discutió, se metió hasta el fondo encogida dentro de su pequeño abrigo, caminando con dificultad. Tom aprovechó para enviar un mensaje informando que estaría fuera aproximadamente una hora. Pagó un billete para Eva, otro para él y se dirigió a donde estaba ella. La encontró acurrucada junto a la ventana con los ojos

cerrados.

Se sentó a su lado y estiró las piernas.

—¿Qué haces?

—Acompañarte —respondió con calma.

—¡No hace falta! Gracias, de verdad, no es necesario. Te devolveré el dinero del billete.

Empezó a rebuscar dentro de su bolso. Tom le cubrió las manos con una de las suyas y el contacto provocó un estremecimiento en el cuerpo femenino.

—Deja que yo me ocupe de todo, preciosa.

Eva le miró con los ojos completamente abiertos, absorbiendo las implicaciones de su frase. Sus pupilas se oscurecieron y sus mejillas adquirieron un matiz más intenso. La muchacha apartó las manos y desvió la mirada hacia la ventana del autobús, apartándose emocionalmente de él.

Contuvo un suspiro. Estar sentado junto a ella, tan cerca y a la vez tan lejos, era una tortura. Apenas podía controlar el deseo de volver a probar sus cálidos labios. Ya sabía que no se sentiría satisfecho con un polvo rápido sosteniéndola contra la pared, pero no podía evitar desearlo, aunque ella pidiera otro trato. Sospechaba que si daba rienda suelta a todo el deseo que ardía por dentro, si le separaba las piernas para perderse entre ellas con el ansia que lo dominaba, Eva se asustaría.

Seducirla era un proyecto a largo plazo. Tenía que trabajar las horas, los días y las semanas. Dedicar tiempo a escuchar con atención sus necesidades más profundas y satisfacer todos sus deseos carnales. Aumentarlos y guiarla despacio hacia un punto en el cual la atracción se transformara en algo parecido a la adicción.

La vio acariciarse la garganta, perdida en algún recuerdo.

Tom se había acostado con mujeres hermosas, con chicas entregadas y generosas, con muchachas impacientes e insaciables, y también con tiernas y poco diestras. A estas últimas les había enseñado algunas cosas y estaba muy orgulloso de haberlas instruido.

Pero Eva era como un regalo sin abrir. En su interior vislumbraba a una chica romántica y tierna; notaba su impaciencia, su necesidad. Lo que más le afectaba de ella era su expresividad, cada pensamiento que atravesaba su mente se veía reflejado en su cara. Ansiedad. Curiosidad. Tímido deseo.

Escuchó cómo lanzaba un sollozo. La muchacha gimió, tapándose la cara con las manos. Por el temblor de sus hombros, supo que se había puesto a llorar.

Todo su cuerpo se tensó de inmediato, listo para administrar venganza.

—¿Te ha pasado algo en el club? ¿Alguien se ha propasado contigo? —preguntó despacio.

El club Victoria era el lugar más seguro de Crownfield, la vigilancia era muy estricta y la entrada solo estaba reservada para socios seleccionados de manera cuidadosa por el propietario. Si alguien le había hecho daño a Eva, él se encargaría personalmente de romper unas cuantas piernas.

Pero ella negó con la cabeza. Tom la observó preocupado y le puso una mano en el hombro. Dejó fluir su propia energía para transmitirle seguridad y comodidad.

—Lo siento, Tom —exclamó ella, angustiada—. Lo siento, de verdad. No debí pegarte, estuvo muy mal. Por favor, no quiero que te enfades conmigo. No soporto que la gente esté enfadada conmigo. Yo no soy así.

Eva lanzó un hondo suspiro, sin duda molesta por estar perdiendo la compostura. Tom tragó saliva. El llanto de una mujer reflejaba su indefensión, su fragilidad... Sus lágrimas lo removieron por dentro y todos sus instintos de protección despertaron de golpe. Se aclaró la voz y le puso un dedo bajo la barbilla para que lo mirara. Estaba preciosa, con los ojos brillantes y el maquillaje corriéndole por las mejillas.

—Agua pasada —dijo intentando no sonar demasiado brusco. Buscaba calmarla, no asustarla con una voz cargada de excitación—. No querías que te besara, no te sientas culpable por eso. Lo merecía. No estoy enfadado contigo.

Eva lanzó un suspiro que le tensó aún más los pantalones y sus pestañas revolotearon sobre sus pómulos al parpadear. Era guapa. Quizá no tenía la cara bonita, su nariz era un poco delgada para un rostro tan ovalado, tenía los ojos muy grandes y sus dientes siempre asomaban por debajo de su exquisito labio superior. Para Tom tenía su encanto, y el esbelto cuello resultaba siempre muy apetitoso.

Le soltó el mentón antes de que el deseo por besarla se volviera más fuerte.

—Pareces cansada, ¿por qué no te echas un rato? Te despertaré cuando lleguemos.

Ella negó mientras sacaba un pañuelo del bolso para secarse los ojos.

—No estoy cansada... Jolín —farfulló al darse cuenta de que se le había emborronado el maquillaje.

—¿Qué tal ha ido tu prueba esta mañana?

Eva se envaró y lo miró con los ojos abiertos, sorprendida. Tom sintió un punzante dolor entre las piernas al observar el brillo acuoso de sus ojos y se colocó las manos encima del regazo, para que ella no viera lo excitado que estaba. Si no se daba cuenta es que estaba ciega. Tom apenas podía controlar las reacciones de su cuerpo.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó humedeciéndose los labios.

—Tú misma me lo dijiste la otra noche en casa de Mónica. Dijiste que hoy tenías una prueba importante para una obra que te gustaba mucho.

Por su expresión adivinó que ella no esperaba que recordara toda la conversación.

—Ah, pues... me fue bien...

—Hagamos una cosa: tardaremos en llegar a Winter Garden media hora; cuéntame qué has hecho en la prueba. Te ayudará a relajarte.

—No te interesa el ballet.

—Pero me interesa saber que te ha ido bien y que tú también estás bien.

«Porque, cielo, o hablamos de algo o te arranco las bragas, tú verás».

Ella alzó los ojos, conmovida por sus palabras. Tom apretó una mano contra su erección para que el dolor calmase la excitación. Eva tenía las pestañas cubiertas de rímel, todo el borde de sus ojos estaba manchado de negro y dos líneas descendían por sus pómulos. El color sonrojado de sus mejillas y su nariz se acentuaba con el maquillaje, sus labios estaban hinchados y todavía se percibían los restos de un carmín rojo intenso, como una manzana cubierta de caramelo.

—Está bien —accedió ella, limpiándose la pintura de las mejillas.

Dos minutos más tarde, Tom estaba perdido en sus propias fantasías. Había esperado que Eva le hablara de tecnicismos y así distraerse con algo, pero cada cosa que decía estaba cargada de añoranza. Sus palabras, arrastradas por el alcohol, provocaban que sus frases fuesen lánguidas y sensuales, en especial cuando explicaba algunos ejercicios con amoroso entusiasmo.

En ese momento no deseó otra cosa que arroparla con su cuerpo desnudo, ofrecerle la calidez de su piel, el consuelo de un abrazo y un beso. Deseaba separar sus muslos y alcanzar lugares que, estaba seguro, ningún hombre habría alcanzado; tocar partes que todavía nadie había tocado, estimular cada terminación nerviosa hasta arrancarle lamentos de placer. Quería ayudarla a comprender sus anhelos más ardientes y los deseos que no se atrevía ni siquiera a imaginar.

Quería comprobar que realmente poseía una naturaleza sumisa y adoptar su papel con ella: hacer realidad fantasías que Eva ni siquiera sabía que tenía, mostrarle un mundo lleno de posibilidades y empujarla hacia los límites de su propia sensualidad.

Estaba seguro de que ella no sabía lo que era, y ese pensamiento era lo que más lo trastornaba. Despertar su sexualidad, conducirla de la mano hacia el caos y enseñarle que él estaría allí, siempre, para evitar que se perdiera.

Se esforzó por escucharla. Eva habló de unos ejercicios, de la prueba y de lo cruel que estaba siendo con ella su director.

—Era amigo de mi abuela, ¿sabes? —comentó después de sonarse la nariz—. Pero desde que falleció es como si ya no me conociera de nada. Creo que me tiene manía. No me dijo nada después de finalizar la prueba. No dijo «lo has hecho bien», pero tampoco dijo «ha sido un desastre» —murmuró muy frustrada—. Me mandó a casa y dijo que volviera el lunes para seguir trabajando. Tengo que suponer que sigo dentro, ¿no? Porque Gabriel no me ha dicho nada tampoco y él siempre me da ánimos después de los ensayos...

Tom se puso alerta ante la mención de ese compañero. No tenía por qué sentirse amenazado, pero algo en la manera de hablar de Eva lo puso nervioso.

—¿Gabriel?

—Eres el primer bailarín —explicó ella, sumida en su propio discurso—. No habíamos hablado nunca porque no trabajaba en mi grupo, pero desde que empecé con las pruebas ha estado animándome todo el tiempo. Hemos trabajado juntos en la prueba y... ha sido un desastre. Me ha cogido de la mano y me ha puesto nerviosa, me temblaban las rodillas, el último *arabesque* me ha salido torcido. Dios, no sirvo para es...

Las palabras de Eva se cortaron cuando Tom plantó un beso sobre su boca, incapaz de soportar la distancia que los separaba.

Quería darle tiempo, seducirla despacio para dejar que se consumiera en el deseo que crepitaba entre ellos; pero no daría cuartel a una tercera persona. En realidad, no tenía que sentirse amenazado; Eva era libre de elegir al amante que quisiera, y Tom estaba seguro de haber dejado una importante huella en ella. Pero no podía tener el control de lo sucedía dentro de la compañía: permitir que otro hombre le arrebatara la oportunidad de estar con ella no entraba dentro de sus planes.

Así que la besó con la intención de dejarle claro que él era el único que la trataría como ella merecía, con pasión y respeto.

Eva jadeó sorprendida, separó los labios para decir algo y Tom se introdujo en su boca sin miramientos. Notó que contenía el aliento, forcejeó un momento y, después, se rindió.

Sabía a alcohol y a fruta. Un erótico latido comenzó a pulsar en su miembro. Los labios de Eva eran de rojo caramelo; su boca tibia y dulce, un lugar intenso y ardiente. Recordó las sensaciones carnales de una mujer, los placeres a los que se entregaba no hacía mucho, antes de que conocerla a ella se hubiera convertido en una extraña obsesión para él. Caricias tiernas y abrasadoras, su miembro brillando con urgencia mientras él enredaba los dedos en los cabellos femeninos para rendirse a los placeres de una boca cálida y húmeda...

Deseaba eso de ella. Necesitaba que fuese la boca de Eva la que cubriese su erección igual que en ese momento le cubría los labios, que su lengua acariciara con la misma ternura tensas zonas de su cuerpo que parecían a punto de romperse. La cogió por detrás de la cabeza para acercársela, para que no pudiera retroceder, y profundizó el beso hasta que ella se relajó, emitió un suspiro y permitió que su lengua la acariciara por dentro.

Deseó comprobar cómo de rojos serían los labios de su sexo, cómo de dulce la saliva que manaría de allí cuando acunase su clítoris con la boca, como si estuviese degustando una fruta demasiado madura.

Sintió una oleada de deseo brotando de la piel de Eva y se volvió loco. Deslizó una mano por su cuello, introdujo los dedos entre sus mechones y la sujetó por el pelo, alzándole la cabeza. Ella le clavó las uñas en los hombros y Tom fue consciente de que no estaban solos. No estaban en una cama bajo las sábanas, sino sentados al fondo de un autobús, junto a la ventanilla.

Se separó de sus labios para mirarla a la cara.

—¿Tom? —suspiró la muchacha. En sus pupilas brillaba la llama del deseo y la confusión—. ¿Qué haces?

Estaba muy asustada.

—Besarte, preciosa.

Acarició su cuello sin dejar de sostenerla por los cabellos, percibiendo los marcados músculos. Impulsado por la curiosidad desplazó las yemas por el tendón y rozó el lugar que palpitaba con más intensidad. Reprimió un gemido al sentir su pulso agitado bajo la piel fina.

Se aproximó a ella, esta vez más despacio. En sus ojos había un brillo de excitación: Eva reaccionaba a él a pesar de las circunstancias.

Oh, Eva poseía algo nuevo, fresco. Diferente.

Dejó crecer la expectación antes de besarla con lentitud, estimulando cada centímetro de piel caliente. Ella se tensó un momento y abrió los labios poco a poco, como las alas de una mariposa, hasta que lo dejó entrar. Tom se internó en su boca más despacio y se inclinó sobre ella para recostarla sobre el asiento. Utilizó su cuerpo para ocultar a Eva a los ojos de cualquier pasajero y saboreó sus labios a placer, notando cómo ella vibraba y temblaba.

—Tranquila. Puedes pegarme si quieres, lo merecería ahora mismo —susurró sobre su boca húmeda.

—No quiero pegarte —dijo ella con la voz entrecortada.

—¿Y quieres besarme?

No respondió. Tom lanzó un hondo suspiro, atormentado por su mutismo. Inclinó la cabeza hasta que sus frentes se tocaron y la miró a los ojos, de un verde oscuro como un bosque en una noche cerrada. Había incertidumbre en ellos, pero también anhelo.

—¿Quieres besarme o no, Eva? —preguntó con un tono más autoritario—. Sí o no. Es fácil. Di lo que deseas y yo me ocuparé de todo.

—Me miras demasiado...

—Porque eres preciosa —susurró—. ¿Estás asustada?

—Un poco...

—Tranquila. —Sobrevoló sus labios, dándole tiempo para rechazarlo. Ella no se apartó—. Todo irá bien. Pero necesito una respuesta. ¿Quieres que te bese o no?

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Quiero que me beses...

Acarició los labios femeninos con el pulgar, que palpitaban igual de frenéticos que su corazón. Manteniendo en todo momento el contacto visual, deslizó los dedos por su cuello y le desabrochó los tres primeros botones del abrigo. Abrió la prenda y siguió la dirección de sus clavículas hasta un hombro. Retiró un tirante del vestido y después, el del sujetador. Ella se puso tensa. Tom le tocó la piel caliente y siguió con un dedo la marca rosada que los tirantes le habían dejado sobre la piel.

Continuó bajando hasta el nacimiento de un pecho.

Ella tragó saliva con fuerza, pero no se apartó.

Tom metió un dedo entre su piel y la tela del sujetador. Lo desplazó de un lado a otro, giró la muñeca e introdujo el índice con mucha lentitud, buscando el centro de su pecho. La mirada de Eva se enturbió cuando alcanzó a rozar su pezón.

Suave y a la vez pegajoso por la bebida. Tom acunó su cabeza al tiempo que prodigaba una suave caricia a su pecho, transmitiéndole una corriente de electricidad caliente provocada por el roce. El pecho de Eva vibró con su respiración temblorosa, sus ojos se nublaron y comenzó a entrecerrarlos a medida que el placer contagiaba cada una de sus terminaciones nerviosas.

La atrajo hacia él, inclinó la boca sobre la de ella y se recreó. La excitante dulzura que había en su lengua estalló en todos sus sentidos. Eva se ablandó y Tom sintió la energía que se desbordaba del cuerpo femenino; subía por su garganta desde el pezón que él rozaba hasta derramarse en cada suspiro cuando movía los labios, al compás de sus besos.

Tiró de la tela hacia abajo, descubriéndolo al completo. Ella se aferró a sus hombros, gimiendo, y Tom profundizó el beso para que ella no pudiera pensar en lo que estaba sucediendo. Le acarició el pecho con los nudillos y luego rozó su pezón con el pulgar, permitiendo que ella apreciara la aspereza de su piel. Eva sufrió una sacudida por la impresión y se apartó de sus labios, buscando las palabras para detenerlo, para protestar. Tom aumentó la intensidad de las caricias, moviendo el pulgar hacia arriba y hacia abajo, hasta que Eva cerró los ojos y se mordió los labios.

«Picante», decía su expresión.

Atrajo el cuerpo de Eva hacia su asiento y la inclinó para ocultarla por debajo de los respaldos. Tirando con suavidad de su cabello, le alzó la cabeza y hundió el rostro en su cuello, sin dejar de estimular su pecho.

Abrió la boca sobre su cuello y la besó. Eva se estremeció de pies a cabeza y se arqueó hacia arriba, como una doncella rendida al beso de un vampiro. Tom degustó su piel; era salada, pero también dulce, y se lamió los labios notando el sabor del sudor mezclado con esa bebida que le habían derramado por encima. Qué fascinante combinación.

Alzó la mirada hacia su rostro; tenía los ojos entornados y los labios hinchados, más rojos que antes. Su sexo tenía que ser igual de hermoso que su boca. Ella contuvo la respiración. Tom miró hacia abajo y se encontró con un precioso seno suave y redondo, una obra de arte de la naturaleza. La piel estimulada estaba rosada y su pezón, puntiagudo. Eva se convulsionó bajo el peso de su mirada. Tom apenas podía esperar a atrapar aquel pico con los labios, succionarlo hasta que estuviera hinchado y rojo, hasta que Eva se ahogara con su propia respiración a causa de la excitación.

—¿Alguna vez te han besado los pechos? —preguntó con la voz demasiado ronca.

—No.

No esperaba que respondiera, pero que lo hiciera lo llenó de deseo. Eso quería decir que ella aún seguía pendiente del placer, de todo lo que él estaba haciendo.

—¿No, qué?

—Nunca... me han besado los pechos —murmuró.

—Pues me alegraría mucho ser el primero —aseguró—. ¿Quieres que lo haga?

Ella movió la cabeza para afirmar.

Entusiasmado, se inclinó sobre su pezón, observando cómo se endurecía un poco más ante el contacto de su aliento cálido. Lo rozó con el labio superior, deslizó la lengua hacia arriba y lo apretó contra sus dientes. Eva ahogó un jadeo y se dobló de placer.

Estaban muy estrechos en aquellos asientos; el movimiento de su cuerpo provocó que Eva se acercara aún más a la boca de Tom. Él succionó con fuerza hasta que notó su piel tibia en el interior de las mejillas. Los muslos de Eva se apretaron contra los suyos cuando se retorció. Tom pasó los brazos por detrás de su cintura y la estrechó contra él.

Su pezón era el manjar más sabroso que había probado nunca. Con la lengua limpió los restos de la bebida y comenzó a chupar con deleite, recreándose en el placer que Eva derramaba sobre su lengua. El pico estaba cada vez más rojo, y Tom no pudo pensar en nada más que en estimularlo hasta que ella se corriera. Metió una mano bajo su falda y se abrasó la mano al comprobar lo caliente que tenía el muslo. Y se maravilló al descubrir lo duro y fuerte que era.

Puro músculo. Poderoso y firme.

Subió la mano hasta su cintura y le tocó la piel de la cadera, allí donde estaba la cinturilla de la ropa interior. Metió un dedo bajo la goma rizada y acarició la piel que había bajo la tela, palpando el elegante hueso de su cadera, rozándolo con el pulgar.

Se hubiera pasado horas así, descubriendo cosas nuevas de su cuerpo, músculos que no pensaba que tuviera una mujer, si el autobús no hubiese comenzado a frenar. Levantó la mirada hacia la calle: las oscuras mansiones de Winter Garden asomaban por detrás de los árboles y maldijo el final del trayecto.

Cuando el vehículo se detuvo, cubrió el pecho de Eva, cerró su abrigo y la cogió de la mano. Tiró de ella para levantarla del asiento. Ella se dejó arrastrar, medio aturdida por el placer, y salieron del autobús para meterse bajo un aguacero.

La muchacha gritó por la impresión «¡Está lloviendo!»), como si él no se hubiese dado cuenta de aquello, y se tropezó en cuanto pisó los adoquines de la calle. Tom la cogió en brazos antes de que se golpeará y sus miradas se encontraron.

La luz de las farolas le permitió ver su sonrojo y su expresión atormentada. Besó sus labios con fuerza y empezó a caminar por las calles del barrio con la muchacha en brazos, en completo silencio.

Eva todavía no lo había abofeteado ni le había pedido que se detuviera, y Tom estaba seguro de que no lo haría. Aunque le había parecido lúcida mientras hablaban, estaba claro que había bebido demasiado. De otro modo, no le habría permitido llegar tan lejos.

Cuando llegó a casa de la abuela de la muchacha, subió los escalones del porche y la depositó en el suelo. Eva lo miró por encima del hombro mientras buscaba las llaves. Tom pensó en meterse dentro con ella, pensó en bajar hasta el salón de baile, sentarla sobre el chéster, bajarle las bragas y degustar las mieles de su sexo, esperando que tuviera algún sabor afrodisíaco como lo había tenido cada tramo de piel que él había besado. Aráندانos en la boca, limón en los pechos, ¿piña entre las piernas? Ojalá la piña fuese la fruta favorita de Eva; su sabor sería tan dulce que ya imaginaba lo empalagoso que resultaría.

—Dame tus zapatos —le dijo bruscamente cuando ella abrió la puerta.

—¿Por qué? —preguntó, sofocada.

—Por favor, dámelos, Eva —pidió con un poco más de suavidad.

Ella vaciló, pero al final Eva se bajó de los tacones con una mueca de dolor y se los tendió. Tom los cogió, la besó en los labios y desapareció de nuevo bajo la lluvia.



No estaba acostumbrada a tener resaca, y el domingo por la mañana tuvo que rechazar un viaje a la montaña con Conrad y Valeria, que querían acercarse al lago a pescar y comer al aire libre. El lunes todavía se sentía como si estuviera enterrada bajo un montón de arena: le palpaban las sienes, y estaba segura de que todo era por culpa de la vergüenza.

Hasta que no sintió todos los músculos retorcidos y llenos de calambres durante la primera clase de la mañana, no se sintió totalmente recuperada.

La voz del profesor Maloney cubrió su piel de serenidad y el equilibrio fluyó por todo su cuerpo. Ahogó un gemido de placer al notar la familiar tirantez en las rodillas y las caderas, el dolor en los pies y en el empeine. Se lamió los labios disfrutando de la sensación que le dejaba el sudor en el cuerpo, la camiseta de algodón adherida al vientre y el flequillo pegado a la frente.

Tras el descanso para el almuerzo, se dirigió al aula de ensayos, ansiosa por comenzar. A pesar de que el dolor y los calambres habían ayudado a que se centrara, se había encontrado a sí misma estremeciéndose con el recuerdo de la boca de Tom sobre su pecho; un recuerdo que le levantaba la piel y le provocaba temblores en los muslos, haciendo que perdiera el equilibrio durante algunas de las figuras. Además, su sensibilidad había aumentado hasta tal punto que toda la ropa causaba roces muy molestos, obligándola a pensar en esa lengua áspera y caliente que había acariciado su pezón.

Encontró a Anastasia en la puerta del aula y caminó más despacio, haciendo tiempo para que la bailarina entrara. Pero no lo hizo y bloqueaba la entrada.

—Buenos días. ¿Me dejas pasar, por favor?

—Zakharov odia la publicidad de la gente como tú —respondió la otra.

Un escalofrío le tensó toda la espalda y se enderezó para enfrentar la expresión de su compañera. ¿Qué rayos pasaba en ese momento por la cabeza de la rusa?

—¿La gente como yo? —aventuró.

—Somos compañeras —susurró la muchacha con la misma dulzura que una navaja—. El director no funciona como tú crees, así que no cometas la estupidez de hacer las cosas a la manera en que lo hacéis vosotros.

—No entiendo nada...

Anastasia deslizo sus largos dedos por la pantalla de un teléfono móvil de última generación y, cuando encontró lo que buscaba, se lo mostró a Eva.

Había seleccionado un artículo de la versión digital de la revista sensacionalista que su madre había contratado para cubrir el baile de los Applewhite. Eva recordó entonces a los reporteros haciéndole fotos con Gregory y se le erizó el vello de la nuca. Pero lo que Anastasia quería enseñarle resultó ser algo peor.

Había una foto de Eva vestida de cisne, en la representación del *Lago* de la temporada pasada, bajo un titular que citaba unas palabras que, en teoría, ella había declarado:

«Voy a ser la estrella de la temporada».

—Puede que la prensa te tenga cariño, Holmes —continuó Anastasia con suavidad antes de que Eva pudiera reaccionar—. Pero no esperes que el resto de la compañía te adore cuando vas diciendo cosas como estas.

—Pero... eso es mentira —murmuró ella, leyendo en diagonal las pequeñas letras en la pantalla del teléfono. Era un reportaje sobre su carrera que intercalaba declaraciones que ella no recordaba haber dicho, porque jamás hablaba con periodistas sobre su trabajo.

Anastasia retiró el aparato, buscó otro artículo y le enseñó a Eva una fotografía en la que Gregory y ella bailaban juntos. A pesar de la mala sensación que tuvo mientras bailaba con él, en la instantánea parecían un príncipe y una princesa. Los dos estaban deslumbrantes.

—¿Esto también es mentira? —preguntó la bailarina—. ¿Crees que codeándote con la élite vas a promocionarte? Los europeos sois siempre tan sociales..., siempre haciendo amigos... Nosotros nunca hacemos esas cosas, nosotros trabajamos duro. Está en nuestros genes. Zakharov no te promocionará por muchos amigos que hagas. Voy a darte un consejo, y gratis, porque te aprecio —ronroneó Anastasia, aunque su tono decía lo contrario—. Si no lo haces bien, el director no te dará el papel.

A Eva empezó a temblarle el labio inferior. No sabía muy bien qué hacer. Anastasia se giró y entró en el aula, dejando tras ella pura desolación. A Eva le costó comprender lo que su compañera acababa de mostrarle, y a medida que su cabeza formaba una explicación, empezó a alterarse.

Sacó su propio teléfono de la bolsa y buscó el artículo. Después de leerlo se le vino el mundo encima, porque estaba lleno de mentiras y cosas que ella no había dicho.

Aquello solo podía ser cosa de Flaviana. Eva todavía estaba preparando las pruebas, pero el texto aseguraba que ella iba a ser la protagonista. ¿Qué sentido tenía decir algo así? Anastasia tenía razón: quedaba como una prepotente y una vanidosa. Si su madre pensaba que le estaba haciendo un favor, se equivocaba.

Pero, conociéndola, esa jugada debía de tener como fin comprometerla. Tenía la sospecha de que aquello no era más que su venganza por haberse marchado de la velada antes de lo previsto.

Empezó a marcar el número de su madre dispuesta a exigir una explicación, pero le temblaban demasiado las manos.

—Buenos días... *Bambina*, te has puesto pálida, ¿te encuentras bien?

Eva lo miró, sin verlo realmente. Gabriel le envolvió el rostro con las manos, le puso una de las palmas en la frente para comprobar su temperatura e incluso le tocó el cuello para comprobar que su corazón seguía latiendo. La calidez de su piel la devolvió al mundo real.

—Estoy bien —dijo.

—Qué susto me has dado... Parecías a punto de desmayarte.

—Necesito ir al baño...

Se ahogaba. No es que le faltara el aliento, es que en el pasillo se había terminado el oxígeno. No podía respirar. Gabriel la sostuvo por los brazos, sin entender lo que le pasaba, y Eva, sin ser consciente de ello, se agarró a los bíceps del bailarín con tanta fuerza que le clavó los dedos.

—Eh, tranquila —le dijo él, mirándola fijamente, sujetándola por los hombros—. Respira hondo, sea lo que sea, respira hondo y no pienses en nada.

Los ojos de Gabriel, del color de los prados, eran firmes y tranquilos. Pero Eva no lograba hallar en ellos el aire que le faltaba. Gabriel la abrazó muy fuerte, inspiró hondo varias veces y Eva lo imitó, logrando recuperar el resuello. Entonces comenzó a sentir otras cosas, cosas intensas: sus duros pectorales en el pecho, sus perfectos abdominales en el vientre y la curva de su miembro en la pelvis. Se sofocó al recordar a Tom besándole los pechos, apretado a ella en el estrecho asiento del autobús.

—Gabriel —murmuró—. Ya me puedes soltar...

El bailarín la separó de su cuerpo y la miró a la cara.

—Al menos ya respiras, ¿qué te ha pasado? ¿Te has mareado? Toma, bebe. Pareces deshidratada.

Le ofreció una bebida energética que llevaba en la bolsa y ella se sintió un poco mejor.

—¿Qué hacéis aquí fuera?

Zakharov apareció de la nada y Eva dio un respingo, escondiéndose detrás del cuerpo del bailarín. Gabriel la sostuvo por la cintura y la obligó a seguir bebiendo.

—Parece que Eva se encuentra mal —comentó.

—¿Puedes ensayar? —preguntó el director, con su habitual tono autoritario.

Eva no lo dudó ni un segundo antes de asentir. No lo pensó, sencillamente dijo que sí con un frenético movimiento de cabeza, como si le fuera la vida en ello. Ni loca iba a faltar a un ensayo tan importante.

—Claro que puedo ensayar, nunca dejaré de ensayar. Quiero este papel. No importa lo que pase, pelearé por él con uñas y dientes.

—En ese caso, entra y demuéstalo. Vamos, estamos perdiendo el tiempo.

Eva se guardó el teléfono; no se sentía fuerte para llamar a su madre, tendría que posponerlo para cuando fuera capaz de hablar sin que le temblara la voz.

Una hora más tarde, la bailarina resollaba en el suelo llena de calambres, plenamente consciente de que le ardían todos los músculos del cuerpo. Gabriel le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

—Otra vez —exigió Zakharov—. Repite el solo.

Con un suspiro, sacudió las piernas y los brazos y se colocó en posición. El director se situó en mitad del salón mientras bailaba, siguiéndola de cerca cuando ella giraba.

—¡Eleva la mano! —exclamó el director—. La cabeza, arriba. Más deprisa. Ahora, salta, ¡arriba! ¡Más arriba! ¿Es que no tienes un mínimo sentido de la sensibilidad? ¡Ábrete! Estás cerrada... ¡Quiero ver a una mujer apasionada! No eres una adolescente a la que le han crecido las tetas, ¡eres la puta de Pigmalión!

Eva lanzó un profundo suspiro de angustia cuando acabó la música y apoyó las manos en las rodillas para recuperar aire. Estaba esforzándose mucho, pero para Zakharov no era suficiente.

—Oleg, al centro con Anastasia. El paso a dos. Eva, apártate de mi vista.

Eva se retiró a un rincón del aula, con la cabeza agachada. No estaba de humor para observar la perfección de los bailarines rusos ejecutando una coreografía sin errores. Se limpió la cara con una toalla escuchando los pasos de sus compañeros golpeando el suelo de madera, ahogó un repentino sollozo y disimuló su angustia bebiendo mucha agua. Se sentó bajo las barras y se puso la toalla por encima de la cabeza.

Después de Anastasia, fue el turno de Catarina. Luego, Elizabeth. Zakharov preparaba a cuatro bailarinas para la siguiente prueba de carácter y Eva debería sentirse orgullosa de continuar con los ensayos, de seguir dentro. Pero no se sentía cómoda, tenía la sensación de estar haciendo el ridículo, como si el director estuviera siendo duro a propósito con el único fin de desequilibrarla y demostrarle que no tenía la madera necesaria para ser una solista.

—Eva, al centro con Gabriel. Quiero ver el paso a dos.

La música inundó la sala cuando las cuerdas del piano vibraron bajo las manos del maestro pianista. Eva deslizó los pies e inició un *adagio* envolviéndose con la melodía. Había algo distinto en las notas: sonaban más tristes de lo habitual, más dolorosas. Perturbadoras.

Cerró los ojos para intentar comprender el sentido de la música y al instante siguiente, el imponente Gabriel se abalanzó sobre ella con las manos extendidas y le rodeó el cuello con las manos.

Se estremeció.

—Más pasión, más pasión —exclamó Zakharov acercándose a ellos—. Languidece, Evangeline. Cae, reclínate, deja que él te lleve. Muéstranos con tu cuerpo que la vida se te escapa...

Ella cerró los ojos, sensible a la dureza de los ensayos. Resultaba difícil interpretar a una mujer siendo asfixiada y agonizando. Se dejó caer hacia atrás, equilibrando las piernas y sujetándose a los tensos músculos de Gabriel, que la recostó con delicadeza en el suelo. Sus manos grandes, calientes y fuertes, no apretaban su garganta, pero Eva sintió que se ahogaba, en especial cuando él se tumbó encima de ella, como un amante que cubre el cuerpo de una mujer para hacer el amor.

Contuvo la respiración, espantada por la energía que brotó de su cuerpo ante el contacto de Gabriel. Otra vez, pensó en Tom y se puso a temblar.

—Muy bien, he visto suficiente.

El bailarín relajó el agarre y se arrodilló junto a ella, acariciándole las mejillas con dulzura. Eva se estremeció.

¿Eran esas las sensaciones que tanto agradaban a Natalia? Esas emociones, esa energía... ¿era lo que su amiga buscaba experimentar con los hombres y con el sexo? ¿Era este torrente implacable y devastador lo que impulsaba a los bailarines a ser tan brillantes? ¿Dejaban salir sus emociones para que ellas controlaran sus movimientos?

—Abre los ojos, *bambina*.

Parpadeó, confundida. Tenía los puños cerrados con tanta fuerza que se había clavado las uñas en las palmas de las manos. Gabriel le sonrió y la ayudó a ponerse en pie.

—Hemos terminado. Cada uno que vuelva a sus ensayos. Evangeline, ven aquí. Ella se acercó a Zakharov mientras los demás formaban un revuelo con sus bolsas y toallas—. Si no te pones las pilas, no llegarás lejos. ¿Sabes por qué te lo digo?

Ella negó, como una niña a punto de recibir una dura reprimenda por algo que ha hecho mal.

—Sabes que en tu baile hay defectos. Eso quiere decir que eres mucho mejor de lo que me estás enseñando. —Zakharov le puso las manos en los hombros, bajando la voz—. Eres perfecta, tienes una técnica admirable, pero te falta alma. Necesito cosas que me sorprendan, y tú no me ofreces lo que estoy buscando. O mejoras, o te irás a la calle. Tengo a muchas como tú.

Se ajustó las zapatillas y bailó absorbiendo las vibraciones de la música. No podía permanecer ociosa con la mirada perdida en la inmensidad del salón de baile recordando las palabras del director. Se lo tomó con calma y realizó movimientos improvisados, una danza libre para relajarse, para disfrutar.

Pronto descubrió que todos sus pasos convergían hacia variaciones conocidas. Cada movimiento estaba pensado al milímetro, y ella misma corregía la actitud hacia la técnica.

Zakharov quería sorpresas, no ejecuciones perfectas. Durante toda su vida le habían inculcado la disciplina del baile, había grabado los movimientos en su memoria física, y su cuerpo respondía por instinto a aquellas ejecuciones, mil veces ensayadas.

Y ese era un grave defecto que estaba entorpeciendo su carrera. No tenía alma.

¿Qué podía hacer para conseguir esa pasión y esa sensibilidad que buscaba el director? ¿Tener sexo desenfrenado como Natalia?

«¿Con Tom?».

Aquella idea se deslizó de forma subrepticia en su mente. Notó que su piel se erizaba, aceptando con agrado el obsceno pensamiento. Lo apartó. El sexo desenfrenado la aterrorizaba, y cada vez que pensaba cómo se había rendido a Tom, se sentía más enferma. Había permitido que la viera desnuda en cuerpo y alma, y aunque sus besos y sus caricias habían sido agradables mientras se encontraba bajo el trance del placer, en ese momento le causaba rechazo.

Ella era una mujer con sentimientos; permitir que una persona como Tom viera todos sus defectos al descubierto no era una perspectiva agradable, como tampoco lo era dejar que su cuerpo reaccionara sin que ella pudiera controlar nada. Porque cuando no tenía el control de algo, las cosas nunca salían bien.

Agotada, se sentó en el chéster para descansar y se tomó un Ibuprofeno.

Llamaron al timbre de la casa. Eva miró hacia arriba y se pasó la lengua por los labios, inquieta. Sabía perfectamente que se trataba de Tom, y eso no hacía que la situación fuera más fácil. Cerró los ojos notando que su corazón se aceleraba, reprimió un suspiro y apretó los puños para evitar que las sensaciones que crepitan bajo su piel se desbordaran.

Tenía que dominar sus emociones.

—Buenas tardes, Eva.

Nunca había estado menos preparada para enfrentarse a alguien. Tom dibujó en su rostro una lenta y peligrosa sonrisa, mientras su voz provocaba un chisporroteo en el vientre de Eva.

Había evitado pensar en lo sucedido entre ellos, se había esforzado por mantener bajo llave ese recuerdo repleto de lujuria y provocación. No solo la imagen de él, vestido de cuero negro y muy ceñido, la había dejado trastornada; había sido todo: su boca, sus palabras, las sensaciones que despertaba en ella, la sensualidad que guardaba en cada gesto...

—Buenas tardes, Tom —contestó.

Maldijo que su voz sonara como un lánguido suspiro y no con la determinación de un saludo indiferente.

—¿Estabas ensayando? Espero no haber interrumpido nada importante —comentó él, apoyándose en el marco de la puerta, con desgana. Aquel gesto no tenía nada de casual; su cercanía le arrebató el poco aire fresco que podía respirar—. Buscaba el momento adecuado para acercarme a saludar.

—Tomaba un descanso. Casi he terminado por hoy.

—En ese caso, ¿puedo pasar?

Las alarmas sonaron en su cabeza.

—Yo..., uhm, ¿qué?

—Quiero ver cómo ensayas. Puedo mirar cómo bailas desde la ventana, pero estoy intentando ser una persona civilizada —bromeó—. ¿Es una molestia para ti que te vea ensayar?

—Un ensayo es muy aburrido para alguien que no está acostumbrado —excusó ella.

—Ofrécame la oportunidad de acostumbrarme —pidió, empleando ese tono amable y seductor que a veces usaba y al que ella no se podía negar—. Por favor —añadió, provocando un aceleramiento en sus pulsaciones.

Le debía un agradecimiento. Él la había ayudado a salir del maldito club y la había acompañado —lo que había sucedido por el camino era un tema aparte—, así que no podía mostrarse descortés con él.

Dio un paso atrás para cederle el paso, y justo cuando iniciaba el movimiento, Eva comprendió lo que estaba haciendo: estaba dejándole entrar en casa de Florence.

La muchacha levantó la cabeza, abrió la boca para decirle que se lo había pensado mejor y él se inclinó sobre sus labios para besarla. El contacto hizo desaparecer los pensamientos de su cabeza, sus recuerdos e, incluso, los calambres de sus agotados músculos. La boca de Tom, ardiente y húmeda como la recordaba, se deslizó sobre sus labios y su lengua esbozó una caricia entre ellos, un sugestivo movimiento que borró también la frustración y los sinsabores de aquella jornada.

Tom la rodeó por la cintura y la estrechó contra su cuerpo, besándola como los hombres besan a las mujeres en las historias de romances. Con vehemencia, locura y fogosidad. Exaltada, Eva alzó las manos para sujetarse a algo y acabó colgada de su cuello sin darse cuenta. Cuando él se apartó un minuto después, añoró de inmediato la calidez de su boca, cuyo sabor perduró unos instantes antes de fundirse en su lengua.

Su labio inferior se había inflamado y palpataba como lo hacían sus pechos, de forma intensa y dolorosa. Parpadeó y miró a Tom a través de una maraña de pestañas. Sus narices se rozaban, y desde aquella distancia pudo verse reflejada en sus ojos de chocolate, hermosos, oscuros, dulces y, a la vez, amargos.

—¿Por qué me besas? —murmuró.

—¿Por qué no hacerlo? —respondió él—. Me gusta besarte.

Tom le acarició la boca con los dedos, empapándose las yemas con su saliva. Eva pensó en decir algo, luchó contra la niebla que se había levantado en su cerebro. Cuando estuvo segura de que no le fallaría la voz al hablar, abrió la boca. Tom la cogió por la cara y la besó en profundidad, tirando por tierra todos sus esfuerzos.

Puso las manos sobre el torso masculino, dispuesta a apartarlo. Al notar en las palmas lo caliente que estaba la tela de la camiseta, su única reacción fue clavarle las uñas en el pecho. Notó que él se tensaba y respondía con un beso aún más profundo.

No, eso no era un beso. Era demasiado sexual, demasiado fuerte para definirlo con aquella palabra tan inocente. A ese beso le seguiría otro sobre su cuello, y, si no reaccionaba a tiempo, acabaría con la cabeza de Tom debajo de su camiseta, con su boca sobre los pezones, los que gritaban de dolor y anhelaban ser mordisqueados, succionados, besados, lamidos y retorcidos.

«¡No, no, no!».

Lo empujó con fuerza. Él no se resistió, parecía esperar aquel rechazo.

—Dijiste que no volverías a besarme —gimió Eva.

—Ese punto quedó zanjado la última vez que nos vimos, preciosa. ¿No lo recuerdas?

En su pecho hormigueó una sensación picante y aguda: casi pudo sentir la marca de sus dientes jugueteando en su pezón y el calor de su boca. Contuvo un gemido.

—No sé de qué hablas.

Tom lanzó un gruñido.

—¿No lo recuerdas?

—Bebí demasiado. Solo recuerdo que me ayudaste a salir de aquel estúpido bar. —Estaba mintiendo, pero no quería enfrentarse a sus bromas—. Gracias, por cierto.

—De nada.

Le dio la espalda, apretándose las manos sobre el vientre. Un intenso rubor cubrió todo su cuerpo. Sus hombros, su pecho, toda su piel se pusieron de repente muy calientes. Unas rítmicas pulsaciones latieron entre sus muslos y frotó una pierna contra la otra para aliviar el dolor y la vergüenza.

No hizo ningún efecto.

Él le colocó una mano en la parte baja de la espalda, un gesto que llenó su sangre de espeso placer.

—Tranquila, Eva. No quiero ser una molestia si tienes que ensayar. Si quieres que me vaya, dímelo y me marcharé. Si prefieres que me quede, no digas nada y dirígete al salón.

Eva prefería que él se pusiera a bromear en lugar de pedirle las cosas de esa manera. Se veía obligada a responderle y a obedecer, y no le costaba nada hacerlo.

No quería echarlo, porque no deseaba que se sintiera molesto, pero tampoco lo quería en el salón de baile, porque entonces su presencia quedaría grabada en cada rincón.

Al final decidió no responder y bajar las escaleras hasta el salón. Una vez allí, atravesó la sala hasta el fondo para sujetarse a una de las barras incorporadas en los espejos, porque no podía mantenerse erguida. Tenía los pies adormecidos y temblorosos.

Estaban solos, y aquella expectativa la llenaba de dudas... y de deseo.

El *adagio* comenzó a sonar en el reproductor, y Eva dio un respingo, girándose para ver cómo Tom observaba la estancia, desde los espejos hasta la madera del suelo. Luego se sentó en el chéster, subió el pie hasta colocarlo sobre la rodilla contraria y entrelazó las manos sobre el regazo.

—¿Qué estás ensayando?

—La prueba del sábado —comentó ella distraída, haciendo unos ejercicios con los pies para no tener que hablar.

«Primera. Segunda. Tercera...».

—¿Otra? ¿Y de qué es?

—De carácter. La que hice la semana pasada era técnica.

—Todavía no me has contado de qué va la historia.

La música llegó al final y, como estaba en reproducción continua, empezó a sonar otra vez. Eva comenzó a mover la mano libre siguiendo el ritmo, haciendo ondular sus dedos.

—Narra la transformación de una estatua en una mujer —empezó a decir—. Un rey llamado Pigmalión esculpe la figura de una mujer y luego se enamora de ella. Los dioses, conmovidos, dan vida a la estatua para que puedan estar juntos.

Era un resumen muy pobre para todo el trasfondo que tenía la historia, pero sabía que a Tom no le interesaba conocer más detalles. Y ella tampoco podía hablar sin que le temblara la voz.

—¿A qué parte de la historia pertenece esta canción? —preguntó él con suavidad.

—Se llama «*Adagio de la piedra*». Es el inicio del desenlace, Galatea toma conciencia de que es humana después de que el rey la abandone...

—Baila para mí —dijo entonces Tom.

Ella lo miró, notando que se le aceleraban las pulsaciones un poco más.

—No voy a hacerlo.

—¿Por qué no?

El tono desafiante de su pregunta removió algo dentro de ella.

—Porque no puedo.

—¿No puedes o no quieres? Son dos conceptos diferentes.

—No te gusta el ballet —puntualizó Eva.

—Pero tú me gustas —declaró él, apartando una pelusa imaginaria de sus vaqueros—. Por extensión, me gusta cualquier cosa que hagas, incluida tu forma de bailar de ballet.

No debería sentirse emocionada de escuchar algo como eso y mucho menos cuando venía de Tom. Pero estaba siendo muy razonable; de hecho, se mostraba más educado que las primeras veces.

Inspiró hondo y abandonó su lugar de confort en la barra para acercarse al centro del salón, frente a Tom. Sacudió los brazos y las piernas, colocándose en posición. Lo vio sonreír encantado y Eva se dio cuenta de que deseaba complacerlo y hacerlo disfrutar con su danza.

La canción de Galatea comenzó tras una pausa. Con un giro perfecto se sincronizó con las notas dando inicio al *adagio*. Apenas fue capaz de controlar el anhelo que la inflamó por dentro. Su interpretación fue la misma de siempre. Eva no cambió ni un solo paso en su variación porque, a fin de cuentas, Tom no diferenciaría la técnica del carácter. Sin embargo, sus movimientos fueron ligeramente distintos en el momento que sabía que él la estaba mirando.

Le temblaron demasiado las rodillas durante el *pas de bourrée*. Sus piernas ya no estaban duras, parecían estar hechas de gelatina, y, aunque lo intentó, no consiguió acompañar su errática respiración. Sin saber muy bien por qué su cuerpo sufría este descontrol, se concentró en la música.

Al final de una *pirouette*, miró de frente a Tom y él la miró a los ojos. Eva realizó otra *pirouette* y descubrió que los ojos de chocolate de él se habían vuelto más oscuros. Realizó dos giros seguidos y la expresión de su rostro impactó en su vientre. La observaba como si no existiera nada más.

Nadie la había mirado así, con esa lujuria y ese deseo implacables.

Dejó de bailar, solo para no torcerse un tobillo de la impresión.

—¿Qué pasa? —preguntó él, extrañado.

Eva lanzó un suspiro y puso los brazos en jarras.

—Me estás... mirando.

—¿Y qué quieres que haga? Soy un hombre mirando a una mujer bailar. Lo que debería preocuparte es que no te mire.

—Creo que será mejor que te vayas —decidió de inmediato.

El deseo que la consumía era demasiado intenso para poder controlarlo. Eva se jactaba de ser una disciplinada bailarina, pero cuando se trataba de Tom, perdía todo rastro de compostura. Bailar frente a él dolía demasiado, jamás había sentido la necesidad de tentar a un hombre y, sin embargo, deseaba seducirlo él.

Era ridículo. Absurdo.

—Pues yo creo que debería quedarme —comentó él con mucha calma.

—No quiero que estés aquí. Me... perturbas.

Tom se levantó del sofá y Eva retrocedió de forma instintiva.

—Ya veo —dijo tras ver su reacción—. ¿Me tienes miedo?

—No es eso...

—¿Y qué es?

Todas sus preguntas eran directas, y Eva sentía la necesidad de responderlas, sabiendo que no tenía por qué ser así.

—No lo sé... —contestó al final.

En apenas dos zancadas estuvo frente a ella, la cogió por la muñeca y con un suave tirón la atrajo hacia su cuerpo. La escena se repitió otra vez cuando la boca masculina cubrió sus labios con insistencia hasta que Eva se rindió a sus demandas. Intentó separarse de él, pero su cuerpo tenía otros planes para ella y se apretó al de

Tom.

Sus labios se abrieron para recibir las caricias de su lengua y las intensas emociones de siempre regresaron para detener el tiempo. Volvió a experimentar el dulce hormigueo en los labios, la asfixiante sensación de calor en todo su cuerpo, la excitación y las tensas pulsaciones entre las piernas. Regresó el calor de Tom, el olor del cuero de su chaqueta, el sabor a libertad y decadencia de sus besos y la sensación suave de su barba cuando le puso las manos sobre las mejillas.

El envite de su lengua la hizo retroceder hasta chocar contra uno de los espejos.

—¿Sabes dónde está el problema? —susurró él sobre su boca. Eva tenía el labio tan húmedo que su aliento enfrió la piel.

—¿Qué problema?

—El de tu prueba.

—No sé de qué me hablas.

Tom le tocó la frente con el dedo índice.

—Tienes un problema justo aquí.

—Mi problema eres tú —contestó con la voz estrangulada.

—Tu problema es que lo piensas todo. Pero el sábado no podías pensar, ¿verdad? Ni siquiera vacilaste, lo deseabas y te entregaste a mí. ¿Dónde está esa Eva

ahora?

Antes de permitirle responder, Tom devoró sus labios con apasionada impaciencia y deslizó una mano por su cintura, dejando un rastro ardiente. Eva se encogió cuando le tocó la contusión de la cadera, y la magia del momento se rompió. Le puso las manos en el pecho para apartarlo.

Tom cogió el borde de su camiseta, una prenda holgada y cómoda que ella solo usaba en el salón de Florence, y la levantó. Eva lanzó un chillido tirando de la prenda hacia abajo.

—¿Qué haces? —exclamó.

—¿Qué es eso? —preguntó él señalando su cadera. Le apartó la camiseta para verla mejor: la contusión había adquirido un color oscuro y amarillento.

—Me caí la semana pasada en un ensayo...

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Fue un accidente. Esas cosas pasan. Apártate —pidió revolviéndose.

Tenía el espejo detrás y el cuerpo de Tom delante, se sentía acorralada. Él levantó las manos para cubrirle el rostro y le inclinó la cabeza para besarla. Eva se resistió, pero era imposible. Estaba a punto de ponerse a gritar cuando Tom apartó una de sus palmas de la mejilla para colocarla sobre su vientre por encima de la camiseta.

Ella se tensó al sentir el calor derramándose bajo su piel.

—Quita la mano de ahí —farfulló.

Él la miró a los ojos.

—Siempre he sentido curiosidad por saber cómo tienes la piel de caliente cuando has pasado horas ensayando.

Deslizó la mano por su cintura. No estaba empleando ninguna clase de fuerza sobre ella; sin embargo, Eva se sintió clavada contra el espejo.

—No me toques más, Tom —gimoteó.

Estaba asustada. Aterrada de sentir.

—Te gusta que te toque, igual que te gusta que te bese —le dijo él—. Te gusta que te mire mientras bailas.

—Claro que no...

Desear a Tom no era lo correcto. Eva nunca permitiría que su cuerpo tomara el control, jamás se dejaría llevar por un impulso carnal por mucho que lo anhelara, por mucho dolor que le provocara resistirse a Tom. Le gustaba cómo la miraba él, cómo la tocaba y cómo la besaba. Pero tenía que mantener sus principios.

Tom se inclinó sobre ella y le mordió el labio, succionándolo después. El ruido húmedo se escuchó por encima de la música que seguía sonando.

—¿Te gusto, Eva? —preguntó él, haciendo temblar todo su mundo.

—No, no me gustas.

—Pues tú a mí sí que me gustas —susurró con aspereza—. Y me gustas mucho. Cuando bailas, cuando besas y cuando te resistes.

Rabia y excitación burbujearon en sus venas. Él se inclinó una vez más sobre su boca y Eva se rindió, con el corazón desbocado y la respiración pesada. Una sensación de asfixia oprimió su pecho cuando Tom acarició su estómago con los nudillos, una caricia que dejaba un agradable calor en su vientre. Con sus últimas fuerzas, intentó ignorar el deseo que nacía desde dentro y comenzaba a crecer y a expandirse.

Pero no pudo.

Tom supo el momento exacto en el que ella se rendía: el resoplido de derrota de Eva se dirigió directo hacia su miembro. Con un gemido, él se internó más profundamente en su boca. Ella se arqueó hacia arriba, separando más los labios para aceptar cada empuje de su lengua. El beso se tornó más voraz, más profundo, y Tom se perdió en el interior de aquella cálida humedad. ¡Joder! Podría ahogarse en ella, olvidar en su boca todos los problemas.

Rodeó el cuerpo femenino con los brazos para apretarla contra él y sentir cada vibración de sus músculos. Colocó las manos en la parte baja de la espalda y la apretó contra su estómago. Ella le rodeó el cuello con los brazos, moldeándose a sus caprichos, besándolo con absoluta rendición.

Pensó en desnudarla y poseerla contra el espejo. El calor de Eva empañaría el frío reflejo de ambos y dejaría marcas de sudor y manos; el sonido escurridizo de su piel mientras se movían a la par resonaría por todo el salón, mezclándose con sus gemidos y gruñidos.

Sería fantástico, pero no era lo que ella necesitaba.

Tenía que ir despacio. No desataría su lado oscuro con ella, todavía. Eva necesitaba otra clase de cuidados, más profundos, más intensos, más emocionales. Podía encargarse de su cuerpo, follarla con salvaje dulzura para que ella no tuviera dudas de lo atractiva, sexy y tentadora que resultaba. Bajo esa fachada de absoluta contención había una mujer anhelando sentir, y Tom estaba deseando explorar cada matiz.

Desplazó las manos por la firme curva de su trasero y colocó las palmas en la parte baja de sus nalgas. Eva lanzó un jadeo de asombro, aunque él también tuvo que ahogar un gemido de sorpresa al tocar sus glúteos duros como rocas.

Cada parte de su anatomía había sido forjada con hierro. Era blanda y suave, como cualquier mujer; pero tenía unas extremidades duras y fornidas, fruto de largas horas de esfuerzo y sacrificio. Estaba deseando sentir esos muslos prietos y flexibles en torno a su cintura.

Metió las manos bajo su camiseta para acariciar la piel de la cintura. Con las yemas de los dedos rozó su espalda, enviando pequeñas chispas al cuerpo femenino, que se estremeció con la sensación. Eva gimió hondo y presionó su boca contra la de él, introduciéndole la lengua con atrevimiento.

Animado por su respuesta, subió por la hendidura de su espinazo buscando los corchetes del sujetador. Ella se estremeció, visiblemente afectada, y Tom la distrajo con un beso.

Cuando soltó el último corchete, Eva echó la cabeza hacia atrás para coger aire, sonrojada hasta las orejas, una estampa tan erótica que Tom quiso caer rendido de rodillas ante ella. Intentó controlar sus propias emociones, demasiado embriagado por el calor que desprendía la muchacha, cuyos gestos inocentes y sugerentes lo excitaban hasta la locura.

—No... —gimió ella.

Se inclinó sobre su boca para respirar entre sus labios, absorbiendo el sabor y la calidez de su aliento.

—¿Te duelen los pechos? —preguntó en un susurro, colocando las manos en su espalda. Notaba las marcas en su piel, dulces hendiduras producto de la presión

de la prenda, y deseo recorrerlas con los labios muy despacio—. ¿Sientes el aire fresco sobre tus pezones? Tienes las mejillas sonrosadas, los labios brillantes, las pupilas dilatadas y la piel de tu cuello está tan enrojecida como el resto de tu cuerpo.

Ella cerró los ojos emitiendo un profundo lamento. Luego se sujetó a sus brazos y se lanzó hacia delante para besarlos, apretando con insistencia los labios sobre su boca. Él no se hizo rogar. Acarició su boca, pero sin perder el tiempo con tonterías. Mientras la seducía con la lengua, deslizó los dedos por sus costillas, notando como se estremecía, y rozó sus pechos con los nudillos.

El ronco sonido que brotó de sus labios fue tan intenso que Tom pensó que perdería el control. No había tocado sus pezones y ella estaba resoplando como si llevara horas siendo estimulada. Era tan receptiva, tan sensible, que la perspectiva de hacer el amor con ella se volvía cada vez más y más necesaria. Apenas era capaz de aguantar las ganas de bajarle los pantalones y deslizarla sobre su dolorosa erección.

Pero tenía que hacerlo, por el bien de ambos. Ella demandaba control y él estaba más que dispuesto a ser su guía.

—Mírame —le pidió. Ella parpadeó antes de enfocarlos, aturdida, y Tom bajó la voz hasta adoptar el tono correcto para que sus palabras tuvieran un efecto devastador sobre Eva—. Todo va a ir bien, preciosa. Sé que lo que sientes te asusta, pero no tiene nada de malo. Quiero que te sientas mejor, aliviaré tu dolor. Solo tienes que mirarme, ¿lo has entendido? Di, ¿lo has entendido? —insistió hasta que ella movió la cabeza para afirmar.

Acunó un pecho apreciando el volumen y el peso sobre la palma de una mano. Ella lo agarró por la muñeca y Tom endureció la mirada, alzando una ceja que provocó un nuevo sonrojo en el rostro de Eva. Cuando ella le soltó el brazo, Tom envolvió su otro pecho con la mano y la besó para distraerla mientras deslizaba los dedos por el contorno de los senos para darle un masaje. Su piel se cargó de electricidad y, cuando rozó el pezón con la yema del pulgar, Eva se arqueó hacia su mano emitiendo un ronco gemido.

Ahí estaba su rendición. Le quitó la camiseta por la cabeza.

Premio. Sus pechos. Anheló besarlos, recordar el sabor, succionarla hasta dejarle los pezones rojos como cerezas y sustituir el ardor del placer por dulces caricias.

Eva se cubrió con las manos, prisionera de sus emociones, con la piel crepitando enrojecida.

—Voy a besarte los pechos, Eva —dijo, anunciándolo como si dijera que hoy iba a salir a cenar pizza.

La cogió por las muñecas para apartarle los brazos del cuerpo y se arrodilló frente a ella, con la devoción rugiendo en sus entrañas. Hundió la cara en su vientre: tenía el estómago tembloroso y los músculos de su abdomen eran duros, pero temblaban ablandados por la excitación. La sujetó por las manos y comenzó a besarle el ombligo, saboreando el sudor que la cubría, dulce y salado a la vez.

Quería meter la cabeza entre sus piernas y escuchar el estruendo de sus muslos chocando contra sus orejas mientras introducía la lengua entre los pliegues mojados. En cambio, subió hacia sus pechos y los cubrió de besos, adorándolos por turnos, lamiendo sus pezones y deleitándose con el sonido de sus gemidos. Cuando le liberó las muñecas, ella lo agarró por el pelo.

—No sigas..., no puedo...

—Sí que puedes —aseguró—. Déjame cuidarte, sé lo que necesitas. Yo me ocupo.

Eva le puso las manos sobre los hombros y lo empujó con determinación. Tom se apartó y ella se escurrió de entre sus manos como el agua entre los dedos, alejándose hasta el otro lado de la habitación, cogiendo la camiseta por el camino para ponérsela por encima.

—No puedo, Tom —dijo ella sin mirarlo. Él ni siquiera podía verle la cara en los espejos: ella tenía la cabeza agachada y los brazos cruzados sobre el pecho. Eva temblaba, y él se sintió como si hubiera hecho algo malo, sabiendo perfectamente que no era así—. De verdad que no puedo. El sábado estaba bebida, cansada, y acababa de hacer una audición espantosa —explicó a duras penas, aunque en su voz había más determinación que la de los últimos días. Tom sintió que la pasión se evaporaba en el aire—. Por favor, antes de que nos enfademos o algo peor, prefiero que te vayas.

Decidió, por una vez en su vida, guardar silencio. Eva no estaba lista todavía para ceder el control, había descubierto un secreto que ella había mantenido oculto por alguna razón. Eran demasiadas emociones para un día.

—¿Por qué te contienes, Eva?

Pensó que no contestaría, pero parecía que se había calmado un poco, y, al final, respondió en voz baja.

—No me siento... preparada.

—¿Preparada para mostrarme tu cuerpo?

Ella se giró hacia él, con los labios apretados, enfurecida.

—No quería, Tom. Punto.

Notó como el dolor que palpitaba dentro de su bragueta se calmaba un poco.

—No entiendo por qué quieres ocultar tu feminidad.

—No tienes nada que entender. —Ella se había puesto a la defensiva.

—¿Alguna vez te has dejado llevar?

Vaciló antes de responder.

—Jamás.

—Pues lo harás —sentenció recogiendo la cazadora del suelo—. Me voy, porque quiero respetar tu decisión. Pero la próxima vez que nos veamos, hablaremos sobre las emociones que te guardas y no quieres dejar salir.

Sacudió la prenda, alisó las posibles arrugas y se la puso muy despacio, siendo consciente de que ella no dejaba de mirarlo. Se acercó a ella y la vio retroceder. Ese rechazo inconsciente dolía igual que un navajazo en las costillas. Avanzó hasta ponerse frente a Eva, la cogió por detrás de la cabeza y la besó de forma apasionada.

Cuando se apartó, ella pestañeó tan deprisa como el batir de las alas de un colibrí.

—Las *strippers* bailan mejor que tú, Eva, porque no parece que tengan un palo metido por el culo. Hasta mañana.

Sin mirar atrás, salió de la casa. Ella no lo detuvo, Tom no albergaba ninguna duda al respecto, aunque eso no evitó que se sintiera un poco decepcionado. Si Eva le hubiera pedido que se quedara, él no habría dudado ni un segundo en regresar junto a ella, ponerla sobre sus muslos y castigarla por contenerse.

Demasiado inquieto para estar sin hacer nada, encendió un cigarro y caminó por el barrio, dejando que la nicotina le relajase un poco los nervios. Poco a poco su cabeza empezó a pensar con más claridad. Dejó salir el humo por la nariz, tiró la colilla al suelo y la aplastó con las botas.

La había jodido, no debería haber cuestionado su manera de bailar. Eso le había hecho daño, y no le gustaba causar dolor.

Se dirigió a casa de Mónica y llamó a la puerta.

—Tom, creía que ya te habías ido.

—Mi turno no empieza hasta dentro de una hora, ¿quieres acompañarme?

Mónica lo estudió de arriba abajo. Nunca le había importado lo que la gente pensara de él, se la traía al fresco que otros lo juzgaran. Pero la mujer supo al instante lo que había pasado.

—Está bien —accedió—. Iremos en el Ford, ¿serías tan amable de esperarme allí mientras me arreglo?

—Pero, Mónica, si estás estupenda así —bromeó más relajado.

—Pero quiero estar deslumbrante, Tom. Dame quince minutos.

Con una sonrisa propia de una diva de los años 30, Mónica desapareció en el interior de la casa contoneando las caderas. Tom sacudió la cabeza, divertido por la actitud seductora de su jefa, y se dirigió al garaje. Mientras esperaba, se encendió otro cigarro y se apoyó en la verja.

Vio pasar a Eva por delante de la casa de Mónica. El cigarro se le cayó de la boca cuando la abrió para saludarla como un tonto. Por un momento pensó que se dirigía hacia él, pero en realidad caminaba hacia el Jaguar aparcado al final de la calle. Un hombre con traje y el tamaño de un gorila bajó del lado del conductor para abrirle la puerta trasera. Ella desapareció dentro del coche y el vehículo abandonó el barrio.

—¡Ponle algo de vida! —exclamó el director mientras Eva realizaba una doble pirueta—. ¡Más pasión!

Lo intentó.

Retorcerse, saltar, girar y bailar hasta el agotamiento se le daba muy bien. Tenía una resistencia al cansancio superior a la de los demás, incluso en eso superaba a Anastasia, por mucho que ella fingiera no estar agotada. La rusa era elegancia y expresaba las emociones con un giro de muñeca o una caída de pestañas. Eva no tenía su porte ni su majestuosidad: tenía físico y aguante.

¿Cómo expresar pasión si nunca la había experimentado? ¿Cómo expresar esas emociones si jamás las había sentido?

Zakharov se quedó callado cuando ella acabó su solo. Las demás chicas hablaron entre ellas, mirándola y riéndose por lo bajo. Excepto Anastasia, porque ella nunca reía ni compartía chismes.

—¿Sientes algún respeto por esta profesión? —le preguntó el director.

A Eva se le vino el mundo encima cuando escuchó aquella pregunta.

—Por supuesto que sí.

—¡Pues demuéstramelo! —gritó Zakharov poniéndose frente a ella—. Ponle pasión, joder. Tengo a treinta chicas en el piso de abajo capaces de levantar la pierna igual que tú, ¡dime por qué eres diferente a ellas! No me transmites nada, Evangeline. ¡Nada! Y llevas casi dos semanas trabajando, no veo ningún avance.

—Es que... —empezó a murmurar.

—No quiero escuchar excusas, quiero que hagas lo que tienes que hacer. Bailar. Es tu trabajo. Baila. Ahora. —El director señaló el centro del salón y Eva se dirigió hacia allí, luchando por reprimir las lágrimas—. Esto es una pérdida de tiempo —masculló pasándose la mano por el pelo, después de que ella terminara de bailar—. No escuchas.

—Lo siento, yo...

—¡He dicho que no quiero excusas! Vete de aquí. Ensayá en otra parte. ¡Largo!

En mitad de un silencio atronador, Eva recogió sus cosas de forma apresurada y salió del aula temblando. La primera semana había sido dura, se había tenido que habituar al ritmo de trabajo y rendir a un nivel superior al que estaba acostumbrada. La esperanza puesta en las pruebas la había animado a seguir adelante y, en ese momento, la idea de abandonarlo todo había pasado por su cabeza demasiadas veces en menos de cuarenta y ocho horas.

Se dio una ducha de agua caliente muy larga. Apoyó las manos y la frente en los azulejos para que el agua le corriera por la cabeza, el cuello y la espalda. No lloró. Estaba deseando hacerlo, llorar a lágrima viva hasta despellejarse las mejillas, encogerse y abrazarse las rodillas para acallar la angustia, balanceándose en el fondo de la bañera.

Pero no lo hizo.

Quince minutos más tarde, se puso ropa de calle y salió del teatro para su cita con Gregory. Con toda la presión de los ensayos y todo lo relacionado con Tom —pensamientos que se negaba a dejar entrar en su cabeza y que mantenía bajo llave, rodeados de candados y cadenas—, apenas había podido pensar en una forma de decirle que no quería tener nada que ver con él.

—Gracias por tu paciencia, Gregory. ¿Has pedido ya?

—No —dijo él sonriendo. Se levantó para apartarle la silla y la ayudó a ponerse cómoda—. Te estaba esperando.

Un camarero se les acercó para tomar el pedido.

—¿Qué van a tomar?

—Ensalada de fruta y zumo, por favor —pidió Eva.

—Pescado blanco y café.

—¿Habías venido alguna vez por aquí? —preguntó ella colocando la bolsa a sus pies. Se quitó el abrigo y lo puso sobre el respaldo.

—Nunca almuerzo en sitios como este.

Eva detectó cierta acritud en sus palabras.

—A mí me gustan. Están cerca del teatro, y saben, por años de experiencia, que tenemos poco tiempo para comer. Nos servirán rápido, ya lo verás —explicó sonriendo.

—Ah, pero no quiero que nos sirvan rápido, ¿cómo disfrutar entonces de tu compañía? —comentó Gregory con melosidad, mirándola de arriba abajo con atención.

Ella se estremeció.

—Solo tengo veinte minutos.

—Pero eso es muy poco tiempo —protestó él haciendo un mohín.

—Tendrás que aprovecharlos.

Él interpretó sus palabras de otro modo y sonrió de medio lado. Una sonrisa así funcionaba en alguien como Tom. En él, daba escalofríos. Trajeron la comida y Eva dio un buen trago de zumo mientras Gregory cortaba el pescado con exquisitos modales.

—La señora Waldorf celebra una fiesta en la galería Asmodeus, me consta que hay una exposición de fotografía de danza clásica. He pensado que podrías venir conmigo.

—¿Cuándo?

—El viernes por la noche.

—No creo que pueda... —se disculpó—. El sábado tengo una audición.

—Siempre tienes audiciones.

—Porque estamos a inicio de temporada. Y es muy importante para mí pasar esas pruebas.

Gregory dejó los cubiertos sobre el plato.

—Evangeline, querida. La galería está en Londres. Estaré allí todo el fin de semana, y la verdad es que me gustaría que me acompañaras.

Eva dejó de masticar y miró a Gregory parpadeando.

—Sabes que no puedo. Te lo acabo de decir.

—Solo perderías un par de días de ensayo, puedes volver el sábado a primera hora para tu prueba.

—Es que no se trata de perder días de ensayo, Gregory. Es mi trabajo. No puedo faltar al trabajo. No puedo tomarme un par de días libres cuando acabamos de empezar.

—Yo no te defraudé la noche de Queenshire —dijo con suavidad.

Eva empezó a agobiarse.

—Gregory, no puedo fugarme contigo dos días solo porque te apetezca. ¡Ni siquiera lo has consultado conmigo!

—Eso es lo emocionante, Eva —exclamó poniendo una mano sobre la de ella. Eva luchó por no apartarla—. Será una aventura, no se lo diremos a nadie, nos iremos a Londres y pasaremos un fin de semana para nosotros. Estoy deseando conocerte en profundidad.

Se dio cuenta de que si Tom le hubiera propuesto una cosa así, no habría dudado en seguirlo hasta el fin del mundo. Bueno, quizá hubiera puesto alguna que otra pega, pero el jardinero le inspiraba mucha más confianza que Spencer, a pesar de los modales cavernícolas de los que aquel había hecho gala todo este tiempo.

—Gregory —empezó a decir, después de aclararse la garganta—. La idea es muy bonita, me encanta. Pero no puedo. Te doy lo que puedo darte, sabes cuáles son mis prioridades. Lo sabes desde que mi madre nos presentó. Tú mejor que nadie debes entender lo importante que es un ensayo o un entrenamiento con tu equipo.

Gregory suspiró con teatralidad.

—Lo que sé es que estás completamente absorbida por tu trabajo. Parece que en tu vida no haya lugar para nada más que el ballet, y te niegas a incluirme en ella. A mí y a cualquier otro hombre, por lo visto. Tu madre es una mujer encantadora, que se preocupa por ti, y tú eres muy egoísta, Eva. Siempre con tus clases, ensayos y actuaciones.

Aturdida, se agachó para coger la bolsa de ballet. Gregory la sujetó por el hombro.

—¿Dónde vas?

—Tengo que volver al ensayo, se ha acabado el descanso —respondió de forma automática.

—¿Ves? A eso me refiero —gruñó él—. He venido a verte y no me puedes dedicar ni unos minutos.

Dentro de Eva se removió una brasa que le quemó en el estómago.

—Te he dedicado mis minutos de descanso y no has sabido aprovecharlos. Adiós, Gregory.

Salió corriendo de la cafetería.

«La gente corriente lo llama obsesión. Nosotros, disciplina». Eso había dicho Florence una vez y a eso se había aferrado ella, a que no era como el resto de la gente. Era bailarina, era diferente a los demás, y por eso podía permitirse el lujo de obsesionarse con lo que le diera la gana.

¿Y si estaba cruzando la línea entre disciplina y obsesión? ¿Y si estaba perdiendo objetividad? Entró en el edificio del teatro y corrió hacia el vestuario. Estaba vacío. Dejó la bolsa en el suelo y se sentó delante del espejo.

La mesa del tocador estaba desordenada, como siempre. Pero debajo de aquel caos había orden. Amontonados en una esquina, los frascos de maquillaje, cremas y aceites; los estuches de pintura, junto al bote de pinceles; aplicadores, esponjas, algodón, ovillos de hilo, un neceser de costura, cintas de seda, pegamento...

Eva cogió una pequeña cajita de metal redonda, en cuyo interior guardaba una lana de oveja natural que usaba para rellenar la punta de sus zapatillas, y acarició la madeja. Luego sacó unas zapatillas *Freed* del envase de plástico, sin estrenar, y el bolsito con las herramientas de costura para preparar las zapatillas. Cuando acabó, se sintió un poco más calmada y se dirigió a los ensayos del cuerpo de baile.

—¿Qué hace aquí el director? —le preguntó a Dominic al ver a Zakharov hablando con la profesora.

—Ha venido a sacar el látigo. ¿No ves el cabreo que tiene? Estábamos demasiado tranquilos. Prepárate, vamos a salir de aquí a las tantas.

Eva dejó caer la bolsa con un golpe seco, poniéndose delante del espejo para estirar y calentar.

—Buenos días, chicos. Zakharov va a dirigir el ensayo de hoy —anunció la maestra Olimpia—. Espero que le demostréis que he hecho un buen trabajo con vosotros. Los que no hayáis calentado del todo, seguid estirando. El resto, formad en el centro, por favor.

Dominic la miró a ella. Eva ignoró la sugerencia de la coreógrafa de calentar y se colocó en su posición, seguida de cerca por su compañero. El director revisó a todos los bailarines y se detuvo en ella unos instantes.

—Veo que sigues aquí. —Ella tensó los hombros y levantó la barbilla, desafiante. Un brillo cruzó por la mirada del director, pero no le dijo nada más y se dirigió hacia el pianista—. Maestro, el primer acto, desde el inicio de la segunda escena. Steve, con Elizabeth. Oleg, en aquel extremo de allí...

Después de dar varias indicaciones, todo el grupo acabó ordenado y repartido por el salón. Tras la primera demostración, Zakharov empezó a corregirlo todo: una pierna fuera de la formación, un brazo demasiado alto, una pareja mal situada, un *porté* con poca energía, el *relevé* demasiado flojo, un *arabesque* con la rodilla doblada, una cabeza agachada...

—No dudo de la profesionalidad de la señorita Olimpia, dudo de la vuestra. ¿Esto es lo que habéis trabajado toda la semana? ¡Despertad! Por amor de dios, estáis dormidos. ¿Dónde os habéis dejado la sangre? Porque en este suelo no la veo. ¡Otra vez!

Varias repeticiones más tarde, Dominic tenía menos fuerza en los brazos, y, como él, todos los demás. Las columnas de bailarines temblaban sobre la base y las chicas estaban más tensas, preocupadas por caerse desde los hombros de los chicos, como le había pasado a Eva. Una de las figuras se vino abajo finalmente. El bailarín sujetó a su compañera para que no se hiciera daño y ambos chocaron contra los que estaban a su lado. Los cuatro acabaron en el suelo en una maraña de piernas y brazos, y todo el grupo estalló en carcajadas ante la ridícula postura en la que habían acabado.

Las risas habrían continuado si, de repente, no hubiera comenzado a sonar un teléfono. Todos se callaron de golpe, mirando a un lado y a otro para comprobar que no fuera el suyo. Cuando Zakharov dirigía un ensayo cualquier interrupción se pagaba muy cara. La melodía cesó. El director parecía dispuesto a dejarlo pasar; sin embargo, volvieron a llamar y la melodía hizo eco por todo el salón.

—¿De quién es el teléfono? —preguntó con una voz amenazadoramente suave.

—Es mío —reconoció Eva corriendo a apagarlo, rebuscando entre sus cosas.

—Ya que parece algo importante, coge esa llamada fuera del aula.

—No es importante —le aseguró ella.

—He dicho que te vayas, Evangeline. No te quiero en mi ensayo.

En esta ocasión no había furia, sino fría calma. Los arrebatos del director eran eso, arrebatos, y solían ser pasajeros. Lo de esa mañana había sido un arrebato, pero lo de ese momento no, y a Eva le temblaron los labios cuando salió del aula.

Era la segunda vez en el mismo día que la echaban de un ensayo. En el pasillo, recibió una nueva llamada.

—¿Qué? —chilló, presa de un ataque de nervios.

—¿Por qué has dejado a Gregory?

Eva se tragó un nudo muy prieto y abrazó su bolsa de baile con fuerza.

—Porque me ha insultado —explicó a punto de sufrir un colapso nervioso.

—A lo mejor no lo ha hecho. A lo mejor tenía razón.

Resopló por la nariz, contando hasta diez. Luego hasta quince.

—Ha insultado mi trabajo.

—Estás paranoica, Evangeline. Siempre piensas que nos metemos con tu trabajo. ¿No crees que estás un poquito obsesionada con el tema?

—¿Obsesionada? —chilló con la voz demasiado aguda—. Mamá, vete a la mierda.

—Eva. Un respeto, soy tu madre, no he hecho nada para que me hables así.

—Es verdad, no has hecho nada para que te hable y punto. ¡Adiós!

Reprimió las ganas de estrellar el teléfono contra la pared. Sentía el cuerpo entumecido y sin fuerzas. Volvía a tener ese torbellino de emociones luchando dentro de ella, peleando por salir.

Clancy detuvo el coche en la entrada de Winter Garden y apagó el motor.

—¿A qué hora quiere que la recoja?

—Esta noche me quedará en casa de Florence.

Su chófer —en realidad era su escolta, pero ella prefería pensar que era un simple conductor— nunca le pedía explicaciones como su madre. Quizá porque solo era un empleado de los Holmes y no le correspondía meterse en su vida privada. Clancy era demasiado profesional para preguntarle por sus problemas. Sin embargo, antes de que saliera del coche, se giró sobre el asiento.

—Si hay algo que pueda hacer por usted, señorita, solo tiene que decírmelo.

—No le digas a mi madre que estoy aquí —suplicó con ansiedad.



Clancy asintió y abrió las puertas.

—Mañana la recogeré a las ocho y media.

—Gracias. Buenas noches.

Se colgó la bolsa de baile y caminó arrastrando los pies hacia la mansión. Era más pronto de lo habitual, no podía seguir en la compañía cuando el ambiente no era el más adecuado, podía entorpecer el trabajo de sus compañeros.

Cuando traspasó la verja de la casa de Florence, encontró a Tom sentado en las escaleras del porche, fumando, y se detuvo en seco.

Él levantó la mirada, oscura y poderosa, y algo se quebró dentro de ella.

La presión de sus emociones cedió, haciendo saltar los tornillos de la cápsula en la que lo mantenía guardados, y se sintió como un barco hundiéndose en el fondo del océano, con el agua entrando por unas grietas cada vez grandes, cada vez más deprisa.

Y, entonces, lo entendió.

Comprendió el problema que Zakharov tenía con ella, entendió por qué estaba siendo tan duro, descubrió lo que todos sabían y lo que ella se negaba a admitir: no estaba lista para ser una solista.

Era una estatua perfecta, pura técnica, con movimientos sin fallos, con concentración absoluta. Conocía cada paso de la coreografía movimiento a movimiento, pero no seguía el ritmo porque no era capaz de dejarse llevar. Bailaba de una manera mecánica, con una técnica excelente que no contenía ni rastro de vitalidad.

Natalia era puro fuego sobre el escenario, caprichosa y cambiante; Gabriel era tórrida elegancia. Anastasia, puro romanticismo. Eva era clasicismo sin pasión.

Apretó los labios y se miró las manos. Empezó a verlo todo borroso; una gruesa gota cayó sobre sus palmas abiertas mientras se estremecía de pies a cabeza. Intentó contener un sonoro sollozo, sin éxito.

Zakharov se lo había dicho una y otra vez, todos los días, a todas horas, y ella no había querido escucharlo. Y Tom. Él también lo había dicho, y no había hecho caso de sus palabras, pensando que solo le había hablado así porque estaba furioso y frustrado.

En realidad todos tenían razón: era una sosa y no conseguiría promocionarse jamás.

—¿Eva?

Una Holmes no mostraba sus emociones ante nadie, así se lo habían inculcado. Eva empezó a hipar cuando cogió aire, estremeciéndose con violencia. No le quedaban fuerzas para contenerse ni siquiera un poco, aunque fuera por vergüenza.

—¿Te encuentras bien?

No le salió la voz. No pudo contestarle que todo iba perfectamente y que solo le estaba dando una crisis nerviosa, que lo tenía todo controlado.

Él se levantó. No pudo verlo, tenía la mirada borrosa, pero sintió sus manos acariciarle los brazos y las sintió calientes a pesar del abrigo. Intentó retroceder, pero Tom la retuvo deslizándose las manos por su espalda hasta abrazarla por completo.

—Llora —susurró sobre su pelo.

La estrechó contra su torso, acunándola con dulzura. Sin poder aguantarlo más, hundió la cara en su pecho para llorar, mojándole la camiseta de lágrimas, llenándola de pestañas.

—Estoy cansada de todo —sollozó aferrándose a su espalda, ahogándose—. Es horrible..., los ensayos son horribles, no hago más que fallar, lo hago todo mal... Y en la compañía lo saben, saben que soy la peor bailarina y me miran con pena porque soy la nieta de Fontain y no doy la talla. Y me odian... Soy un desastre...

Eva siguió balbuceando durante un rato. Tom se limitó a abrazarla y a mecerla con suavidad, acariciándole la espalda y la cabeza, cerrando los brazos en torno a su cuerpo para que entendiera que él estaba allí.

Poco a poco ella recuperó el control y se dejó consolar, porque se sintió cómoda en la burbuja protectora que él acababa de crear a su alrededor. Aunque era muy triste que fuese precisamente Tom quien presenciara su derrota, no le importó, porque su silencioso apoyo fue un bálsamo para sus emociones.

Levantó la vista y parpadó para apartar las lágrimas que le enturbiaban los ojos. De forma instintiva le miró los labios y se humedeció la boca. Podía respirar el olor a tabaco y cuero que desprendía su ropa, y también el aroma a jabón, con un toque afrodisíaco que le puso los pensamientos del revés. Debajo de toda esa mezcla, estaba el potente olor característico de Tom.

Él la miró a los ojos, secándole las lágrimas con los pulgares. La cogió de la mano y tiró de ella, dirigiéndose hacia la calle.

—¿Qué haces? Tengo que ensayar...

—Lo que necesitas es que te dé un poco el aire, ahí abajo no te llega bien el oxígeno, no haces más que respirar aire viciado.

—Pero...

Tom frenó en seco y se volvió a mirarla, con el gesto endurecido.

—Eva, por una vez, confía en mí. Vamos a dar un paseo. Llevaré esto.

Cogió su bolsa de baile y se la colgó al hombro, arrastrándola hacia la casa de la señora Lansbury. Una vez allí, Tom se acercó hasta una gigantesca moto encadenada a una farola. Era de contornos ovalados y silueta elegante. El chasis, como una caja torácica, era de color tabaco y los tubos, cilindros y entrañas del motor que se podían ver eran de un brillante color plateado. El manillar era muy alto y el sillín muy bajo. En un lado, como si fuera el corazón, había dibujada una corona en el interior de un círculo y las letras «CVC».

Tom abrió una de las bolsas que colgaban del lateral para guardar las cosas de Eva. Del bolsillo de su cazadora sacó las llaves.

—¿Te dan miedo las motos? —preguntó él.

—Nunca he subido a una.

—¿Te apetecería hacerlo? Podemos dar una vuelta, no estás en condiciones de ensayar ahora mismo.

Abrió la boca para negar. ¿Acaso tenía algo mejor que hacer que dar un paseo en moto? ¿Cuándo se le iba a presentar una ocasión como esa?

—La verdad es que sí, me apetecería mucho dar una vuelta.

Él se acercó para darle un beso... en la mejilla. Cuando le dio la espalda, ella se frotó la zona con los dedos, estremeciéndose con una sonrisa tonta. La ayudó a ponerse un casco y subieron a la moto. Eva se apretó contra la espalda de Tom, rodeándole la cintura con los brazos, sintiendo una corriente de placer acumularse entre sus muslos.

—Sujétate fuerte, preciosa. Y no cierres los ojos.

Tom hizo rugir el motor y el sillín vibró entre sus piernas, provocando un cosquilleo de placer que impactó directamente sobre su sexo.

Recorrieron las calles de Winter Garden con un ritmo suave. Eva se acostumbró muy rápido a la sensación de moverse con libertad encima de la moto y al delicioso hormigueo que se concentraba entre sus piernas.

La carretera que llevaba a la ciudad atravesaba campos y cultivos, verde oscuro a esas horas. A lo lejos se divisaron las primeras casas de Crownfield. El sol desaparecía por el horizonte, con la gama de colores crepuscular que tanta añoranza le provocaba a Eva a veces. El asfalto corría bajo las ruedas, los metros desaparecían y la luz era cada vez más escasa, hasta que comenzaron a encenderse las primeras farolas. Con un rugido del motor, Tom aceleró para coger una de las curvas inclinándose ligeramente hacia un lado de la carretera. Eva se quedó sin aliento por el vértigo, apretó los muslos a la silla y el pecho a la espalda de Tom, con la respiración jadeante. Él enderezó la moto y siguió conduciendo, como si nada. Ella se maravilló ante el control que mostraba él sobre la moto.

Tan calmado, tan seguro, tan masculino...

Tan excitante.

Entraron en la ciudad y se metieron entre los coches, avanzando hasta un semáforo en rojo. Tom apoyó un pie en el suelo y se giró para mirarla.

—¿Todo bien?

Con el casco casi no podía escucharlo, pero entendió lo que dijo. Vio una sonrisa en sus ojos, a través del visor, y Eva sonrió también. Tom giró el acelerador haciendo rugir el motor, un runrún que le levantó la piel de la impresión, y cuando el semáforo se puso en verde, salió disparado a toda velocidad. Eva lanzó un chillido

y luego empezó a reírse, emocionada.

Tom condujo hacia un aparcamiento en lo alto de una colina y apagó la moto.

—Eso es... ¿la feria? —preguntó Eva mirando al horizonte.

Tom se bajó de un salto, se quitó el casco y sacudió la cabeza, agitando los rizos de su cabello corto. Eva se quedó mirándolo como si lo viera por primera vez, apreciando el castaño salvaje de su cabello iluminado por la luz de las farolas.

—Vamos, no te quedes ahí pasmada. Tienes que animarte, y sé exactamente lo que necesitas.

La arrastró por el camino de grava como si fuese un compañero de baile llevándola al centro del escenario.

Una marea de gente, luces de colores y música animada la envolvió cuando pasaron por el arco de la entrada, formado por dos enormes postes de madera con un cartel en lo alto. La diversión estaba en pleno apogeo.

Había familias con niños pequeños por todas partes, parejas de jóvenes y mayores disfrutando del algodón de azúcar, de las manzanas cubiertas de caramelo y de helados de distintos sabores. Había carpas de vistosos colores donde se anunciaban exóticas funciones: magos, adivinos, pitonisas; casetas en las que poner a prueba la puntería acertando a colar pelotas en un agujero pequeño, enganchar anillas en un palo o acertar con un rifle a inocentes patitos que no dejaban de moverse.

A Eva todavía le temblaban las rodillas por el viaje, y sintió crecer el vértigo en su estómago; aquello era tan nuevo y espectacular que no sabía dónde detenerse a mirar. Se sentía como una niña pequeña deseosa de corretear hacia todas las luces de colores, atraída por su brillo. La música le acariciaba los pies y apenas podía aguantar las ganas de ponerse a bailar, a pesar de que no hacía mucho odiaba con toda su alma tener que hacerlo. Un carrusel y un enorme castillo hinchable llamaron su atención, pero Tom parecía tener otros planes, y se alejaron del palpitante centro de la fiesta hacia unos puestos de comida que había sobre una elevación.

Vendían empanadas, tartas dulces y saladas, y había una caseta con una fascinante variedad de tés. Las mesas y los bancos estaban orientados hacia la ciudad y ofrecían una maravillosa vista de la playa. Las tonalidades moradas, rosas y rojizas del atardecer se reflejaban en el hermoso océano.

Tom le indicó que se sentara en uno de los bancos y se marchó. Eva juntó las manos con los dedos entrelazados y estudió el paisaje con mucha añoranza. ¿Cuándo fue la última vez que se detuvo a contemplar un crepúsculo de esa manera? Las tardes se transformaban en noches mientras ella bailaba para sacar adelante su carrera. ¿Cuántas cosas se había perdido por estar ensayando?

Sacudió la cabeza con una sonrisa. Cuando sus amigos la buscaban para ir al cine, ella siempre decía que tenía ensayo; si la llamaban para salir de fiesta, la mayoría de las veces contestaba que al día siguiente tenía que madrugar para asistir a una crucial audición. Para Eva, rechazar esas cosas no suponían ningún sacrificio ni ningún tipo de esfuerzo, estaba haciendo lo que le gustaba, cosas maravillosas: bailar, sentir la música en su interior y exteriorizarla.

Las personas de su entorno no entendían que también se divirtiera sobre las puntas de sus zapatillas para practicar unos *fouetté* o para conseguir enlazar una *pirouette* con un *arabesque*. Le gustaba estar con su abuela escuchando historias sobre bailarines, le gustaba viajar con ella a los teatros, espiar a las estrellas tras los bastidores en los cambios de escena, observarlos de lejos y soñar despierta imaginando que era ella quien volaba por encima de esas mismas tablas.

Ese era su mundo, y nadie había logrado convencerla de que eso no era divertido, ni siquiera sus padres.

¿Por qué, entonces, pensaba que en ese momento le faltaba algo?

Cuando Tom regresó, le ofreció un envase de cartón de gran tamaño repleto de helado de chocolate con trozos de galleta y piña, cubierto de sirope y nata. Eva lo cogió notando que salivaba sin parar y se estremeció de expectación. Él se sentó a su lado y la miró.

—Esto, Evangeline Holmes, es justo lo que necesitas: helado de chocolate —susurró provocativo. Ella se ruborizó—. ¿Cuándo fue la última vez que te comiste un helado?

—No es algo que coma mucho.

—¿Porque eres bailarina? —preguntó con inaudita suavidad.

Ella asintió.

—No paso hambre, Tom. De verdad. Y aunque haya cosas que no están en nuestra dieta... —murmuró con una sonrisa asomando en sus labios—, a veces puedo hacer excepciones. Es mejor de esa manera.

—No se lo diré a nadie, preciosa.

Con una risita tonta, Eva probó una cucharada. Soltó un gemido cuando el sabor estalló en su lengua y el frescor inundó su paladar, ayudado por la piña. Casi se le saltaron las lágrimas de lo delicioso que estaba, y decidió que no se iba a sentir culpable por comer helado.

—Eva —la llamó Tom.

Ella levantó la cabeza con la cuchara todavía en la boca y él se inclinó hacia sus labios. La cuchara se le escurrió entre los labios, y el helado frío contrastó con el calor de la boca masculina cuando la apretó contra la de ella. A Eva se le escapó un jadeo y el aliento de Tom se deslizó al interior de su boca entreabierta. El sabor del chocolate y la mermelada que provenía de él se derramó sobre su lengua, burbujeante y áspero. Después de besarla —apenas había sido un roce—, se apartó.

—¿Mejor? —preguntó él, lamiéndose los labios.

—Sí, mucho. Gracias —respondió sofocada.

—No hay de qué.

Eva recuperó la cuchara y empezó a devorar el helado, saboreando la mezcla con placer. Tom estaba muy cerca de ella, sus rodillas casi se tocaban, y no pudo evitar lanzar disimuladas miradas hacia él.

Era muy agradable cuando no se comportaba como un imbécil.

En el banco de al lado, más allá de Tom, había una pareja compartiendo un algodón de azúcar. Después de cada mordisco, se besaban durante mucho tiempo. A Eva se le calentó el corazón y suspiró. La jovencita era delgada y mona, con ese tipo de cabello liso y largo que estaba tan de moda, con un gorro de lana de color morado a juego con su bufanda y las uñas de sus manos. Una envidia insana atenazó las entrañas de Eva; aquella chica tan guapa y tan dichosa con su novio no se preocupaba de comer demasiado algodón o tener un ensayo crucial para su carrera.

Años de disciplina pesaron sobre ella y la cucharada de helado se volvió amarga en su boca. Agachó la cabeza para tragar saliva con pesadez. A veces, solo a veces, deseaba ser una persona normal y no una loca del ballet.

Desvió la mirada hacia Tom, que rebañaba los restos de su helado con el dedo, chupándose los restos. A ella se le contrajo el vientre y apartó la mirada cuando él la pilló mirándolo.

—Eva...

Su voz le acarició los pechos por debajo del abrigo. Cogiéndola por la barbilla, levantó el rostro de Eva para mirarla con intensidad y ella pensó que no sería capaz de rechazar una nueva y ardiente proposición.

—¿Mmm? —preguntó.

—¿Me dejas probar tu helado?

Se asombró al experimentar una horrible sensación de decepción. Había esperado alguna frase subida de tono o alguna tomadura de pelo, pero no una propuesta tan absurda como esa.

—Claro, coge lo que quieras.

Tom metió la cuchara en su helado y se la llevó a la boca. Entonces se volvió hacia ella y la besó otra vez, con los labios fríos y llenos de chocolate, de un modo mucho más profundo que antes. Eva espachurró la tarrina entre las manos y el helado se desbordó hasta mancharle los nudillos.

Con un movimiento de los labios, Tom abrió su boca y Eva sintió que saboreaba su propio helado en la lengua de él con mucha más precisión que si lo hubiera probado con la cuchara. Jadeó. Tom profundizó el beso, explorando su boca como hacía siempre, con ardor y urgencia. No la presionó como de costumbre, no le exigió, pero no por ello fue menos apasionado y ardiente.

Dejó de pensar, cerró los ojos y se dejó llevar por sus besos cálidos y acogedores, como el fuego de una chimenea. Cuando pensó que ya había acabado y se apartaría, Tom succión su labio inferior y deslizó la lengua por la zona que acababa de inflamar, para empezar a besarla de nuevo como al principio. La fricción

constante despertó una punzante necesidad en Eva. El movimiento de sus labios despertó sensaciones en su cuerpo y acabó inclinándose hacia él para buscar un contacto mayor. Quería más besos, más labios y más lengua.

La intensidad era demasiado fuerte para soportarla y se echó para atrás, pero Tom le cubrió la mejilla y profundizó el beso hasta que ya no hubo escapatoria para ella. Se hundió en el asiento, Tom se inclinó invadiendo su espacio con un ímpetu arrollador y la besó sin descanso, con precisión, durante tanto tiempo que se le durmieron los labios.

Cuando se apartó, Eva no podía hablar. La nariz de Tom rozaba la suya; abrió los ojos y se encontró con una mirada oscura como el chocolate fundido y el anhelo invadió cada fibra de su ser. Pensó que empezaría a arder cuando él la cogió por la muñeca y se acercó los dedos de Eva a la boca para lamer las manchas de chocolate de sus nudillos. Deslizó los labios por cada uno de los dedos y luego besó la palma de su mano. Un doloroso cosquilleo entumeció el brazo de Eva hasta el codo, se derramó sobre su pecho y se enroscó al pezón, que pulsó nervioso contra la copa del sujetador.

Abrió la boca para pedirle, amablemente, que dejara de hacer eso. Él la miró con atención deslizando los labios por la sensible piel de la muñeca y aspiró, cerrando los ojos con deleite y emitiendo un ronco gemido de satisfacción.

—Deberías ver a la chica del banco de al lado —dijo, su aliento golpeando la piel húmeda—. Siente envidia de ti.

—¿Cómo...?

—La chica a la que estabas mirando hace un momento como si te hubiese robado la bolsa de golosinas. Ahora es ella quien siente envidia de ti.

—¿Cómo has podido...?

—¿... dame cuenta de eso? Porque puedo escuchar tus pensamientos como si me los estuvieras gritando a la cara.

Se echó para atrás y Eva soltó todo el aire de golpe. ¿Tan transparente era para él?

—¿Quieres hacer pompitas? —preguntó de repente. Eva sacudió la cabeza sin comprender—. He mangado un frasquito de esos que hacen burbujas —explicó sacando un bote del bolsillo de la cazadora—. ¿Te apetece jugar un rato?

Ella se lamió los labios. Abrió y cerró los puños. Luego asintió.

Tom la ayudó a levantarse. Se sentía como un imbécil, no podía dejar de tocarla, y tampoco podía aguantar las ganas de besarla. Nada de lo que hacía calmaba esa necesidad y sabía que, si no se acostaba con ella al menos una única vez, moriría dejando algo pendiente.

La miró de reojo: parecía estar más calmada después de su crisis. Rememoró el chocolate que había comido de su boca y fantaseó con la idea de derretir helado sobre su vientre o sobre su sexo, para que ella pudiera sentir el frío y el calor mientras la estimulaba sin descanso.

—Vamos a sentarnos por allí.

Bajaron hacia la playa. Eva vaciló antes de sentarse sobre la arena y Tom puso los ojos en blanco antes de dejarse caer a su lado para observar el ascenso de la marea. Escucharon el sonido de las gaviotas mezclado con la música que provenía de la feria. Tom sacó el chisme de hacer pompas y sopló para formar jabonosas esferas, fingiendo ser un niño despreocupado que no tiene nada mejor que hacer.

«Excepto follarte a conciencia, preciosas».

Las burbujitas se mecieron con la brisa y desaparecieron en el cielo. Ella se dedicó a explotarlas, riéndose, y él se quedó mirándola como un imbécil.

Eva era brillante y luminosa y Tom tenía la tentación de salvarla de la oscuridad a la que se podía ver abocada si continuaba exigiéndose más de lo que podía. Era una luchadora, su disciplina era digna de admiración y él la respetaba por eso. Debajo de toda esa fachada de rectitud había un alma tierna deseosa de compartir experiencias.

Angustiado por el descontrol de sus emociones, empezó a contarle historias sobre los barcos y los pescadores y los tesoros que traía la marea a tierra firme tras un día de tormenta. También habló de las focas y tortugas que vivían entre las rocas de la costa, señalando todo el horizonte.

—¿Cómo te hiciste eso?

Tom se dio cuenta de que se refería a la cicatriz que él tenía en la muñeca. Bajó la mano y se la mostró a Eva, que lo observó con atención.

—Fue con un trozo de cristal —explicó—. Es más de lo que parece.

—¿No te cortó ningún tendón? —preguntó preocupada.

—Algún día te lo contaré.

Ella parecía muy concentrada observando la cicatriz, así que él aprovechó la distracción para colocarle un mechón detrás de la oreja. Eva contuvo el aliento y bajó la cabeza, ruborizándose.

—A ver, preciosa, ¿cómo se llama la tía esa que quieres interpretar? De qué va la historia y eso. Cuéntamelo. Háblame de algo, no quiero seguir haciendo monólogos.

—Ya te lo dije, se llama Galatea. Es una escultura.

—¿Eso significa que tienes que estar quieta durante toda la representación?

—Por supuesto que no tengo que estar quieta —contestó—. Pigmalión es un rey que busca una esposa, pero como no le gusta ninguna, decide crear a la mujer perfecta. Por eso da forma a Galatea. Es un poema de Ovidio —Su tono resabido hizo que se le tensaran los pantalones. Se puso a hacer pompas y trató de escuchar lo que le estaba diciendo—. En el primer acto, el rey cae agotado después de dar el último golpe con el martillo y se duerme sobre el pedestal. Y tiene un sueño. La coreografía de esta parte es complicadísima, exige mucha resistencia y mucha técnica y por eso me encanta. Galatea es una estatua que representa un ideal de perfección, sus movimientos tienen mucha potencia... hay que hacer muchísimas variaciones, estás en constante equilibrio haciendo algo precioso con ejercicios muy difíciles. Me encanta el agotamiento, me dan ataques de euforia aunque me tiren todos los músculos mientras siento calambres.

Tom inspiró hondo y se colocó la erección de modo que dejara de hacerle daño. Eva no era consciente de las cosas que decía, o la forma en que las decía. Hablaba con toda inocencia de agotamiento y calambres y él solo pensaba en la fatiga de un buen polvo. Ella siguió hablando.

—Ese dolor muchas veces me hace apretar los dientes y me ofrece un impulso, me obliga a seguir con más determinación. Pero el segundo acto...

—¿Qué pasa en el segundo acto?

—El «*Adagio de la Piedra*» —dijo, como si eso respondiera la pregunta—. El primer acto es pura técnica, pero luego se vuelve apasionado y carnal. Le declaran la guerra a Pigmalión y él realiza una ofrenda a los dioses para que lo favorezcan en la victoria. Esa parte es alucinante, he visto algunos de los decorados y es increíble. Bueno, lo que hacen los dioses es convertir a Galatea en una mujer. Cuando el rey vuelve, no la reconoce e intenta matarla.

—Qué romántico —ironizó él.

—Pero luego se da cuenta —lo amonestó ella, molesta por su interrupción—, porque los dioses la convierten otra vez en escultura. Y el rey huye dispuesto a morir en la batalla. Entonces, por arte de magia, Galatea se transforma en mujer y empieza el *adagio* —musitó. Tom se fijó en que mientras hablaba, movía las manos marcando el ritmo—. Es un personaje muy exuberante, no basta solo con la técnica, hay que ser sensual y voluptuoso, desafiar al público para que comprenda por qué Pigmalión prefiere a esa mujer y no a otra. No me gusta ese desorden, no me gusta que se rompa la línea... —Hizo una pausa y desvió la mirada, dejando caer las manos sobre sus muslos—. Discúlpame, te estoy aburriendo.

Lo que había logrado era ponerlo a cien. La vio morderse los labios con los ojos clavados en sus propios dedos, pero no dijo nada, porque ese momento era de ella y estaba abriéndose a él.

Después de un silencio prolongado, Eva habló otra vez, ansiosa por explicarle más cosas y ser agradable. Tom sabía que eso formaba parte de su buena educación, se esforzaba por parecer interesante. O tal vez solo quería llenar los silencios con algo.

—Galatea vive y experimenta unas emociones muy fuertes, y eso es lo que tengo que transmitir, tengo que hacer que salten chispas en el escenario. Pero no sé hacer una cosa así, nunca he sabido. Nunca me he sentido atractiva de modo sensual —confesó la joven a continuación—. No tengo el cuerpo de una chica normal. Así que no sé poner pasión a la hora de bailar, porque... nunca la he sentido.

Eva se abrazó las piernas y apoyó la mejilla en sus rodillas. Tom cerró el bote, se lo guardó y se movió para ponerse de frente a Eva. Era hora de actuar, de ser el hombre que ella necesitaba. Se acabaron los juegos, esa noche sería suya tal y como había planeado.

Ella alzó la cabeza para mirarlo y Tom aprovechó su atención para rodearle la cara con las palmas de las manos y estampar un ardiente beso sobre sus labios.

—Siempre he fantaseado con acostarme con una chica sensible y tierna como tú —murmuró sobre su boca húmeda. Notó que se tensaba y que la aspereza de su tono le ponía la piel caliente y rosada—. Tienes los labios suaves y mullidos y te palpita la vena del cuello cuando te excitas —prosiguió, ignorando su estupor—. Cuando hablas de técnicas de ballet, de músculos tensos, incluso de dolor, te brillan tanto los ojos que me entran ganas de besarte. Por todas partes.

—¿Ah, sí? —tartamudeó Eva.

—Sí —confirmó.

Se inclinó para amoldarse a sus labios y llevó la lengua hacia el interior de su boca con un suave movimiento, acariciando su paladar. Ella se resistió un momento, siempre lo hacía, como si tuviera miedo, como si se esforzara por confiar en él. Se inclinó para profundizar el beso, dándole tiempo para que protestara o se lo pensara mejor. Pero no lo hizo y Tom la acercó a su cuerpo, sosteniendo su cabeza para que no se apartara de su boca.

Una cosa estaba clara: los hombres con los que había salido en el pasado eran torpes imbéciles que no merecían ni uno solo de los pensamientos de Eva. Ella experimentaría por fin esa pasión que anhelaba y Tom sería el cabrón afortunado que la hiciera tocar el cielo.

Se apartó de sus labios para observar sus reacciones. Ella lo miraba con los ojos entornados, sin duda embriagada por el erotismo del momento. Una riada de excitación hizo temblar los músculos de Tom, pero se mantuvo firme mientras bajaba las manos para separarle los muslos. La oyó jadear más fuerte mientras le colocaba

los pies al lado de sus propias rodillas. Vio cómo sus pupilas se volvían oscuras y su rostro adquiría un tono aún más intenso. Le dedicó una sonrisa tranquilizadora y la cogió de las manos.

Le acarició las muñecas y comprobó que temblaba. Su rostro mostraba la lucha que mantenía por dentro, las dudas, la inseguridad, pero también la expectación.

Tom la miró a los ojos, dispuesto a dejar las cosas claras.

—Si no quieres que siga, Eva, este es el momento de parar. ¿Continúo?

—Sí. Por favor.

Aquella tierna solicitud provocó una nueva oleada de lujuria. Acercó las delicadas y elegantes manos femeninas a su estómago, por debajo de la camiseta, y apretó las palmas de Eva contra su abdomen. El calor de su piel irradió en todas direcciones, haciendo que saltaran chispas y que el deseo apretara con más fuerza sus pantalones.

Ella contuvo el aliento y Tom, sabiendo que podía arrepentirse de ir otra vez demasiado lejos, guio sus caricias hacia arriba para que pudiera sentir los desbocados latidos de su corazón en las manos.

—¿Alguna vez te has dejado llevar?

Ella alzó la mirada, con los ojos muy abiertos, mostrando unas pupilas grandes y oscuras rodeadas por un iris verde como un bosque prohibido.

—No.

—Te quema por dentro —explicó él—, pero la sensación de libertad no se puede describir con palabras. Solo tienes que sentir, no pensar.

Tom se inclinó hacia delante. Eva cayó tumbada sobre la arena y él se amoldó a su cuerpo para apretarse a ella, aprisionándola contra el suelo. La besó con desesperación, luchando por no perder la cabeza y manteniendo un cabo suelto al que agarrarse en caso de que ella volviera a decirle que no. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Permitiría que su miedo la paralizara otra vez?

Apoyó las manos en el suelo a los lados de su cuerpo y presionó las caderas entre sus muslos, sintiendo el calor que surgía de ellos. Ella se arqueó contra él, desprendiendo sensualidad en cada latido, y Tom atrapó sus labios en un beso interminable. Notó que ella movía las manos bajo su camiseta para acariciarle el pecho y se volvió loco de deseo.

Pero se contuvo. Estaban en un lugar público. De haber estado en una cama, no estaba seguro de haber podido parar.

—Te has puesto roja —murmuró besándole la mejilla.

—Tom...

Ese tono lastimero lo ponía de muy mal humor, siempre iba seguido de una protesta y una negativa. Tragó saliva y se mantuvo firme. Acojonarse en ese momento tampoco iba a ayudarlos. Se apoyó en un codo para mirarla con más atención y deslizó el dedo índice por el perfil de su rostro, resiguiendo el contorno de la nariz, de sus labios hinchados y de su barbilla. Bajó por la garganta, acarició el hueco entre sus clavículas y empezó a desabrochar los botones del abrigo. Cuando terminó, volvió al hueco de su garganta y pasó el dedo por el sendero que había entre sus pechos, bajando hasta llegar al ombligo, donde finalmente se detuvo.

—Desearía tenerte desnuda ahora mismo, aquí mismo, con la luna iluminándote el cuerpo y la espuma del mar besándote los pies. Recorrería tu silueta de bailarina con los dedos y después con la lengua, besando cada centímetro de tu cuerpo. Dime que no quieres seguir, Eva, y me detendré aquí.

—Estamos... en un lugar público —respondió ella, casi sin voz.

Tom soltó una carcajada.

—Sí. Por eso, si estás de acuerdo, te llevaré a un sitio más cómodo. Te invitaré a una copa, a cenar, y luego...

—No puedo beber alcohol, mañana tengo que ir trabajar —protestó.

Tom se inclinó sobre ella para sobrevolar sus labios, sin llegar a tocarlos, a pesar de lo mucho que lo deseaba.

—No me interrumpas cuando estoy hablando, Eva —la riñó, comprobando cómo su tono la ponía tensa—. Te invitaré a cenar y después te enseñaré lo que es la pasión. Te mostraré lo que es la sensualidad y haré que te sientas femenina y sexy.

Ella lo pensó un momento, se lamió los labios y lanzó un suspiro.

—¿Podrías hacer eso? —preguntó.

—Claro que puedo —respondió Tom rozándola con los labios—. Estoy deseando demostrártelo.

Cómodamente encajado entre las piernas de Eva, apretó su miembro palpitante contra el cálido y suave sexo. La agarró por una cadera, del lado que estaba sano, y se arqueó contra ella con un largo gemido. Fundió su boca con la de ella, complacido de escuchar cómo su respiración se volvía pesada. Cuando se apartó de sus labios, un fino hilo de saliva mantuvo sus bocas unidas durante un instante. Con un trémulo jadeo, ella levantó los ojos hacia él con las pupilas oscurecidas por el deseo y una sombra de incertidumbre prendida al fondo.

—Conozco mis límites y mis capacidades y sé que voy a conseguir que tu cabeza se desconecte de tu cuerpo —susurró sobre su boca—. Y tú también lo sabes, lo sientes. Por eso vacilas, porque te da miedo lo que podemos llegar a sentir.

Se apretó contra ella para que apreciara la dureza de su excitación entre las piernas y ella echó la cabeza hacia atrás.

—Todavía no he dicho que sí... —exclamó con la voz aguda.

—Pero tampoco has dicho que no.

Estaba tan cerca de ella que pudo ver todos los pensamientos que se arremolinaron en su cabeza. Tom abrió la boca para presionarla cuando ella contestó:

—Sí.

Incluso él se sorprendió, y le costó unos segundos comprender que Eva acababa de acceder a tener sexo con él. Su corazón empezó a latir tan deprisa que le retumbó en los oídos. Antes de perder el control, se inclinó hacia sus labios.

—¿Sí, qué?

—Sí, quiero.

—¿Qué quieres? —insistió.

—Quiero... tener relaciones sexuales contigo —respondió de corrido.

Vaya, habría preferido que dijera algo más entrañable, como que quería hacer el amor con él. Tendría que conformarse con eso.

Se sumergió entre sus labios y la besó con pasión.

La había besado tantas veces que se había convertido en todo un experto. Conocía cada recoveco de la boca de la muchacha y sabía qué caricias aceleraban su pulso y cuáles le cortaban la respiración. Jamás se cansaría de explorarla.

Más nervioso de lo que le gustaría estar en un momento que él consideraba muy importante, se levantó de encima de Eva. Cogiéndola de la mano, le besó los nudillos y regresaron al aparcamiento.

Para avivar el fuego que rugía entre sus flexibles muslos, necesitaba un entorno en el que ella se sintiera segura, y era el momento de llevarla al club, para demostrarle todo lo que podían conseguir juntos. Entre ellos habría mucho más que simples «relaciones sexuales», como ella había dicho. Habría fuegos artificiales.

El viaje en moto fue emocionante. Mientras sentía la vibración entre las piernas, se preguntó qué cosas sentiría cuando Tom tocara su cuerpo y acariciara partes muy íntimas y sensibles. ¿Qué sensación tendría cuando él se hundiera en su interior? ¿Qué clase de placer experimentaría?

Porque si se parecía a uno de los besos que él siempre le daba, empezaba a estar un poco asustada. Cada vez que él acercaba sus labios, iniciaban juntos un tórrido paso a dos en la que entraba en juego su lengua y su destreza, y Eva se ahogaba siempre en un mar de sensaciones abrasadoras.

«Deja de pensar esas cosas».

—¿A dónde vamos? —preguntó, un poco acalorada.

—Confía en mí, te gustará.

Estaban en Harrington Place. La actividad no era tan efervescente como la de la noche del sábado, todo estaba en calma. Cuando llegó a la puerta del pub, leyó el nombre grabado en los ventanales: el club Victoria. Se paró en seco y Tom se volvió hacia ella.

—El club Victoria es un club privado —dijo ella señalando la puerta.

—Así es. No tengas miedo, preciosa. El lugar al que quiero llevarte no se parece en nada al sitio en el que nos encontramos la otra vez. Te lo prometo.

La seguridad en el tono de su voz calmó un poco sus nervios. Se estaba esforzando por confiar en él, no podía vacilar ahora que había aceptado entregarse. Tenía la sensación de no haber sido del todo sincera, pero no importaba, porque Tom solo quería sexo. Y ella también.

Determinada a cumplir con su objetivo, asintió.

Entraron en el bar de estilo moderno decorado con luces de neón. Tom atravesó el local con familiaridad hasta una zona más discreta, donde la música sonaba a poco volumen. La barra situada en un extremo estaba iluminada con tubos de colores verdes, azules y morados, el ambiente era más oscuro y había sillones alrededor de las mesas.

Tom se quitó la cazadora antes de sentarse en uno y dio unos golpecitos en el asiento para que ella ocupara el lugar. Eva se quitó el abrigo para dejarlo bien doblado a un lado, colocó su bolsa a los pies y observó la decoración tratando de ignorar el remolino que tenía en el estómago.

—¿Podemos estar aquí? —preguntó al final.

—Por supuesto.

Tom levantó una mano y al instante se aproximó una camarera, ataviada con un ceñido y elegante vestido oscuro. Se equilibraba sobre unos exquisitos tacones negros que Eva contempló con cierta inquietud.

—Buenas noches, ¿qué quieren tomar?

—Agua, por favor —pidió Eva.

—Sirvele un Feral Flame —dijo Tom—. Para mí un Wild doble. ¿Serías tan amable de traer algo para cenar? Estamos hambrientos.

La chica terminó de anotar el pedido y se marchó.

—No puedo beber alcohol —dijo ella cuando se quedaron a solas.

—¿Sabes acaso lo que lleva un Feral Flame? —preguntó él.

—No.

—Entonces confía en mí.

Aquel tono autoritario la irritaba.

—Eres muy contestón.

Tom esbozó una sonrisa que hizo que le temblaran las rodillas.

—No es la primera vez que me lo dicen, ni será la última. ¿Qué te parece este sitio?

La cogió de la mano para acariciarle la muñeca con los dedos y ella se estremeció. Cuanto más tiempo pasaba con Tom, más expectante se sentía. Agradecía que él le diera conversación, si se detenía a pensar fríamente lo que iba a hacer, saldría corriendo.

—No está mal —respondió. Esforzándose por aparentar determinación, le acarició la áspera palma de su mano con la punta de los dedos y reprimió un gemido. Era tan fuerte, tan firme... El deslizó la yema del dedo índice sobre la base de su palma y sus pezones se erizaron ante la sensación de aquel tacto—. ¿Vienes mucho por aquí?

Su tono fue demasiado agudo; se aclaró la garganta.

—Todos los días. Relájate, preciosa. Estás más tiesa que un palo.

—Estoy relajada —aseguró. Aunque apenas podía sentir el brazo, se le había dormido hasta el hombro.

—No lo estás —dijo con la voz ronca.

El dolor que se concentraba en la muñeca que él tocaba era cada vez más insoportable. Por puro instinto de supervivencia, no se atrevió a mirar a Tom a la cara, las caricias sobre la sensible piel de sus venas removían toda la sangre de su cuerpo. Casi podía sentir ese tórrido trazo sobre su clitoris. Si le dedicara una caricia así, no podría aguantarlo.

«Pues la vas a sentir dentro de muy poco».

La camarera regresó con las bebidas y depositó una bandeja con aperitivos sobre la mesa.

—Señorita, un caballero me ha pedido que le entregue esto.

La muchacha le dio una tarjeta y señaló con discreción a un hombre que se encontraba de pie junto a la barra del bar. Eva miró hacia allí notando un sudor frío bajándole por la frente, pero respiró de alivio. No era Mark ni su hermano gemelo. Menos mal.

—¿Desean algo más?

—No, gracias, eso es todo —contestó Tom.

Eva miró la tarjeta. En el frente ponía «Victoria», y, detrás, había escrito un número de teléfono. Se sonrojó hasta la raíz del pelo y Tom comenzó a reírse.

—Hay que tenerlos bien puestos para darle el número a una chica que viene acompañada.

—¿Cómo sabes que es un número y no otra cosa? —preguntó ella tratando de hacerse la indignada.

—¿Otra cosa como qué?

Como no consiguió dar con una respuesta lo bastante ingeniosa, cogió su bebida y le dio un trago muy largo. Miró extrañada el zumo de arándanos, lamiéndose los labios. El sabor picante le despejó la cabeza y el calor abrasador que se extendió sobre su pecho le agitó todas las ideas.

—No sabe a alcohol... —dijo.

—Porque no lleva. Confía en mí, Eva. No quiero que una bebida nuble tu juicio cuando estemos desnudos en la cama.

Tom quería acostarse con ella y poner su mundo patas arriba. Y podía conseguirlo; cada vez que la besaba, la tocaba, cada vez que la miraba con aquellos intensos ojos del color del chocolate, ella ardía por dentro.

Solo sería sexo. Sexo salvaje y físico.

Estaba segura de que eso era lo que necesitaba para salir de ese estado gélido en el que llevaba sumida toda su vida.

—¿Tienes novio? —preguntó él.

Ella se atragantó y empezó a toser. ¿Por qué le preguntaba eso si estaban allí para tener sexo? Si hubiera tenido pareja, no estaría con Tom tratando de llevar a cabo su plan.

—El baile es mi única pasión —decidió contestar—. Aunque a veces me veas sufrir o llorar por ello, es lo que más me gusta. No hay nada que me llene tanto como...

La besó. Se acercó deprisa; ella lo vio venir y, aun así, no tuvo tiempo de apartarse. Su lengua se introdujo con descaro entre sus labios para acariciarla, dejándola atontada. Sabía a alcohol regado con una pizca de miel. Cerró los puños, conteniendo el aliento, y cuando él se apartó, Eva bebió de forma compulsiva más zumo de arándanos.

—Te contienes cada vez que te beso. ¿Te da vergüenza que lo haga?

—En absoluto. —No era del todo mentira. No se avergonzaba, solo sentía cosas para las que no estaba preparada.

—Entonces, ¿qué es lo que te molesta?

Tom llevó la mano hacia el muslo de Eva, cubierto por un fino pantalón oscuro. Una descarga le subió por toda la pierna y entre sus muslos sintió una pulsación. Ahogó un jadeo, Tom se acercó a sus labios y ella ni siquiera fue consciente de estar separándolos para dejarlo entrar.

—Relájate —susurró él, meloso, acariciándole la mejilla. Deslizó los dedos hacia su oreja y le pellizcó el lóbulo—. No lo pienses. Déjate llevar.

Comenzó a besarla perezosamente y acarició su pierna deslizando los dedos por la cara interna del muslo. Ella le puso una mano en el hombro, tensa, y le clavó las uñas mientras trazaba tímidas caricias con su lengua. El anhelo la consumió. ¡Jolín! Estaba deseando empezar solo para poder terminar cuanto antes con aquella tortura.

—Sabes a fruta. Me encanta —murmuró Tom lamiéndole la boca—. Bebe otra vez, Eva.

Ella obedeció con el deseo palpitándole en las sienes. Antes de que hubiera terminado de tragar, Tom se hundió en su boca para saborear la bebida que todavía quedaba en su lengua y sorber el líquido. Eva pensó que empezaba a desmayarse, pero no, era el bar, que daba vueltas a su alrededor.

—Buenas noches.

Una grave voz de acento exquisito sonó frente a ellos. Eva levantó la cabeza muy sonrojada, notando el sabor de Tom en la boca, y vio al atractivo desconocido de la barra, el que le había dado su número. Era más alto de lo que parecía de lejos y tenía el cabello tan oscuro que sus reflejos eran azulados. Se fijó en que era una persona elegante y exquisita. Vestía con un traje de corte italiano, con los puños impolutos sobresaliendo bajo la manga de la chaqueta los centímetros exactos. Los gemelos que portaba lanzaban discretos reflejos.

Se sentó junto a Eva, en el lado contrario al de Tom, y ella se echó para atrás pegándose más a su acompañante, mientras buscaba la forma de decirle amablemente que no podía hacer eso.

—Oiga... —empezó.

—Eva, te presento a Constantine —se adelantó Tom. Antes de que pudiera sobreponerse, rodeó su cintura y apretó la mano sobre su vientre, acercándola hasta que sus caderas quedaron pegadas.

—Hola, Eva. Un placer conocerte.

Su tono era culto y suave, con un timbre áspero que le agitó el estómago. Él le ofreció la mano para formalizar el saludo y Eva se la estrechó sintiendo que una descarga eléctrica subía por el brazo y le cortocircuitaba el cerebro para después salir por el otro brazo, hacia Tom, cuyo cuerpo se tensó junto al de ella y la estrechó aún más contra él. Se sintió atrapada y se aceleró, notando cómo una gota de sudor le resbalaba entre los pechos.

—¿Os conocéis? —logró decir.

—Es el dueño de este sitio —le susurró al oído, como si estuviera contándole un secreto. Ella se agitó, agobiada—. Herbert Constantine es el propietario del club Victoria.

Constantine mantuvo la mano de Eva aprisionada durante más tiempo del necesario.

—¿Por qué me has dado tu número? —aventuró turbada.

—Por si Tom te molestaba demasiado y necesitabas que te lo quitara de encima. Tienes unas manos muy elegantes —comentó asombrado, observando fascinado su mano derecha como si estuviera hecha de oro.

—Eva es bailarina de ballet. Por eso tiene esas manos tan preciosas —explicó Tom—. Y tan calientes —añadió.

«No necesitaba saber esas cosas...».

El hombre, demasiado joven para ser el dueño de un club como aquel, sonrió de medio lado. Exactamente como lo hacía Tom. Solo que en él no existía la pasión arrolladora que había en Tom. En ambos hombres había control y decadencia, solo que la decadencia de Tom era más fresca, más mundana, mientras que la de Constantine parecía peligrosa y seria.

—Me encanta el ballet —declaró el dueño del club, aumentando aún más su interés en ella—. La semana pasada estuve en un ensayo público de *Giselle* en Covent Garden.

—Oh, me encanta esa obra —reconoció ella.

—Es una de mis favoritas, soy un gran admirador de los clásicos. ¿En qué compañía estás, Eva? —preguntó, acariciándole la muñeca.

—En la de Crownfield.

—Con Aleksandr Zakharov, ¿verdad? —preguntó con suavidad—. Lo vi bailar hace unos años en el Royal Ballet. Era muy..., cómo decirlo..., tempestuoso. Me fascinan sus montajes, es apasionado y muy físico. ¿Qué maravilla tiene pensada para abrir la temporada?

Eva se dio cuenta de que no era ningún neófito en el tema, sabía exactamente cómo era el estilo de Zakharov.

—Está preparando *Metamorfosis*.

—¿El montaje clásico o una revisión?

Tom le apretó la mano sobre el vientre y ella ahogó un jadeo. Era imposible centrarse en la conversación con Constantine.

—Una revisión, diseñada por Zakharov y corregida por... Fontain —murmuró casi sin respiración. Estuvo a punto de señalar que era su abuela, pero se corrigió en el último momento. No era ningún secreto, solo no le apetecía que él lo supiera y cambiara su manera de verla.

—¿Y qué papel tienes?

—Soy cuerpo de baile.

—No es posible que una bailarina tan preciosa como tú no sea una principal —pareció indignarse—. ¿En qué está pensando el director?

—Estoy preparando la audición para promocionar a solista y...

El teléfono de Constantine comenzó a sonar. Disculpándose, miró quién lo llamaba y lo guardó de nuevo en el bolsillo de su chaqueta.

—Evangeline, lo siento muchísimo, pero tengo que regresar al trabajo. Ha sido un placer hablar contigo. Espero que podamos coincidir otra vez, vuelve al Victoria cuando quieras. Estaré encantado de hablar contigo.

Le dio un cálido beso en la mejilla. El olor de su colonia la narcotizó, Eva cerró los ojos para asimilar aquella fragancia con la sangre alterada.

—Guarda mi número —le susurró al oído. Ella estuvo a punto de gemir—. Si te apetece ir algún día a Londres, llámame y estaremos allí en menos de una hora para ver la función.

Cuando se marchó, la tensión que la rodeaba se relajó un poco, pero solo por el lado que en ese momento estaba vacío. Al otro estaba Tom, que le cubrió la mejilla con una mano para reclamar su atención y la besó con posesividad. Eva se deleitó con la sensación que él le transmitía y con el sabor a alcohol que tenía su lengua. Lo acarició con un tímido lametón, notando el cosquilleo de la emoción en la punta de los dedos. Tom movió su lengua de tal modo que acabó enroscada a la de Eva; el contacto fue ardiente y su beso, feroz. Luego se apartó, dejando un rastro de sabor tan adictivo que Eva lo agarró del cuello de la camiseta para que no se alejara.

Cogiéndola por la cintura, la alzó para sentarla sobre sus rodillas, acunándola con un brazo. Deslizó la mano entre sus muslos, enviando un agudo calambre hacia su sexo.

—Hay gente —farfulló ella.

—Lo sé, soy consciente del lugar en el que estamos. ¿Lo eres tú?

Demasiado consciente.

Tom hundió el rostro en su cuello y besó con ardor la curvatura que lo unía con el hombro; la calidez le calentó la sangre, y a través de la neblina de emociones que no dejaban de subir y bajar, Eva acabó medio hipnotizada con el brillo de las luces de neón de las paredes. Se mareó cuando Tom le mordió el lóbulo de la oreja y empezó a succionarlo. Ella se vio arrastrada hacia una laguna de miel, densa, pegajosa, de la que era difícil escapar.

Abandonando la lenta tortura de su oreja, Tom se hundió en la boca de Eva con impaciencia. Ella separó los labios para dejarlo entrar, intentando que esta vez fuese la definitiva. Tenía que romper las barreras, tenía que confiar en Tom, permitirle llegar a donde ningún otro había llegado. No se podía echar atrás, se había prometido a sí misma que experimentaría.

Apretó los puños contra su pecho e intentó seguir su ritmo. Su ansiedad se fue suavizando y cuando finalmente lo acompañó en el beso, su intensidad no fue tan difícil de soportar. Animado, Tom inclinó la cabeza a un lado para acoplarse mejor a su boca.

Cuando finalizó el beso, se sintió muy dolorida. Apenas habían pasado cinco segundos y ya lo añoraba. Ansiaba volver a besarlo, embriagarse con su sabor, con

su calor, con la suavidad de sus húmedos labios. Tom le acarició las mejillas, le dio un beso en la nariz y se puso en pie. La cogió de la mano y se internó en el club.

—¿A dónde vamos?

—Al lugar perfecto para hacer que te sientas la chica más especial del mundo —dijo volviéndose a mirarla—. ¿Te gustaría venir conmigo?

Había llegado el momento. Iba a descubrir lo que significaba tener sexo con un hombre, iba a experimentar abrasadoras y tórridas pasiones, iba a sucumbir al placer. Iba a sentir cosas que iban más allá de las fantasías y de la... masturbación.

Y todo ello para poder seguir adelante con su carrera.

—Sí, Tom. Quiero ir contigo.



Tom la condujo al interior del club atravesando el patio ajardinado. Aunque estaba impaciente por tocarla, también quería impresionarla mostrándole la elegancia del club Victoria.

Llegaron a un vestíbulo en cuyo centro se alzaba una asombrosa escalinata de mármol. Durante el día brillaba con el resplandor del sol que entraba por las ventanas de cristal de colores, aunque en ese momento estaba iluminado con lámparas de luz naranja. Escuchó que Eva ahogaba un jadeo de sorpresa y se sintió complacido. Aquella escalera hacía las delicias de los socios, muchos fantaseaban con lo que representaba y con lo que podían llevar a cabo sobre ella.

La llevó hacia unos ascensores de estilo antiguo y ella tiró de su mano. Se giró nervioso, temiendo alguna negativa por su parte.

—¿Qué pasa, preciosa? ¿No te estarás arrepintiendo? —murmuró divertido. Para que no tuviera dudas, rodeó su cintura y le besó los labios con una húmeda caricia.

—No es eso... —suspiró ella con languidez, mirándolo con los ojos abiertos llenos de curiosidad y preocupación—. Es que hay algo que no me encaja, Tom. El club Victoria es privado, ¿cómo hemos podido entrar? ¿Y de qué conoces al dueño? ¿Eres socio? —preguntó en voz baja.

Eva quería saberlo para sentirse segura. No tenía ningún sentido precipitarse, Tom le daría todas las explicaciones que necesitara. Luego, la follaría a conciencia, alargando su placer cinco minutos por cada uno de los que ella perdía preocupándose.

—Trabajo aquí, Eva.

—¿Eres camarero?

Él alzó una ceja, molesto por su poca imaginación.

—No, preciosa. Soy vigilante de seguridad.

—¿Seguridad? —preguntó, bastante confusa—. ¿Y también eres jardinero? ¿Tienes dos trabajos?

—¿Tan raro te parece? —preguntó sonriendo, sintiéndose orgulloso de que ella lo viera con otros ojos—. Lo de Mónica es temporal, le debía un favor —explicó, aunque no quiso entrar en detalles sobre el favor que tenía que devolverle a una buena amiga—. En realidad, trabajo en el Victoria, soy del cuerpo de seguridad. Me encargo de dar patadas en el culo a los que van de listillos, controlo que no haya problemas y cuido de que las chicas lleguen a casa, sanas y salvas.

La vio lanzar un suspiro de alivio cuando encajó todas las piezas en su mente, incluida la que faltaba, la razón por la que se encontraron el sábado en el bar. En sus manos, notó cómo su cuerpo se relajaba y se dejaba envolver por la seguridad que le proporcionaba saber más cosas sobre él.

—Entonces debes de conocer bien este lugar —convino.

—A fondo, preciosa. Este es el lugar más seguro de Crownfield. Constantine se toma muy en serio su trabajo, igual que yo.

Sacó la tarjeta dorada del bolsillo de los vaqueros y se la mostró. Era su credencial como miembro del club y su identificación como personal de seguridad. Ella observó el rectángulo, acarició las letras grabadas que formaban su nombre, y él sintió esa caricia sobre la piel. Se estremeció de placer, imaginando sus elegantes dedos recorriéndole partes del cuerpo.

—Te llamas Thomas MacBay... —comentó con una sonrisa evocadora.

—Encantado de conocerte, Evangeline Holmes. Aunque voy a estar más que encantado de conocerte dentro de un rato —bromeó.

Ella rio la gracia y lo miró con los ojos llenos de chispas. Tom llamó al ascensor metiendo la tarjeta en la ranura y tecleando el código en el pequeño panel. La cabina era muy lujosa, el suelo estaba decorado con cenefas y las paredes eran de metal, tan brillante que podían verse reflejados en la superficie. Llegaron al segundo piso y Tom la cogió de la mano.

Las paredes eran de suave seda de colores oscuros, la moqueta roja y dorada. Los muros estaban adornados con cuadros, esculturas y jarrones donde cada día ponían flores frescas. Olía a jazmín, a limón, y los largos e interminables pasillos estaban salpicados de elegantes y refinadas puertas de madera tallada. En cada una había incrustado un dibujo diferente, Tom se había asegurado de comprobarlo.

—El club Victoria era un hotel de lujo —le dijo, avanzando sin detenerse—. Ahora es un club privado para damas y caballeros, dispone de habitaciones para uso exclusivo de los socios, salas de reunión, de lectura... También hay una biblioteca. Incluso tenemos un teatro y una sala de baile. Un día de estos te lo enseñaré todo. Estoy seguro de que te gustará.

Ella pareció animada con la idea. Eva estaba acostumbrada a una vida de glamour y esplendor y, aunque en ese mismo momento Tom solo quería estar dentro de su dulce y apretado sexo, no le importaba hacer un poco de tiempo embelesándola con la decoración.

Se detuvo frente a la puerta de su habitación, notando el corazón acelerado. El dibujo tallado en la madera era un árbol con miles de ramas y hojas enroscadas hasta formar un tapiz. Eva alargó la mano para tocar la superficie y él pasó la tarjeta por la ranura.

—¿Has traído a una chica a tu habitación antes?

La miró. Decirle que había estado en otras habitaciones del club, con otras chicas, no era una buena idea. Optó por no dar más información de la que ella necesitaba saber en ese momento.

—Eres la primera.

—No me mientas, por favor.

«Para una vez que digo una verdad, no me cree».

—No te miento, preciosa —aseguró, besándole los dedos—. Serás la primera chica que entre en mi habitación.

Fue consciente de la mirada que Eva lanzó hacia sus labios, ruborizada. A Tom se le aceleró el pulso; ella estaba deseando dejarse llevar, pero aún mantenía las riendas de sus emociones, negándose a satisfacer su curiosidad. La atrajo hacia él para besarla, apretando sus tiernas curvas contra su cuerpo. Comprobó que se sofocaba y la lujuria comenzaba a flotar por encima de su piel.

En ese momento, un hombre salió de la habitación que había al lado, a unos metros de distancia, ajustándose la corbata con una sonrisa satisfecha en la cara. Tom lo reconoció, era un socio habitual, y lo saludó como si nada. El hombre le devolvió el saludo, observó a Eva, y la saludó de forma educada, dirigiéndose después hacia el final del pasillo, donde estaba la *suite* de la planta.

La vergüenza de Eva hizo arder toda su piel y Tom sintió su calor a través de la ropa. La imagen de la bailarina danzando desnuda en la *suite* ante la mirada de los socios cruzó su mente y lo dejó aturcido durante unos segundos.

Incapaz de seguir alargando más el puñetero momento de empezar, abrió la puerta y se lanzó al interior arrastrando a Eva con él. Encendió la luz para revelar la habitación, para que Eva pudiera observar todas las superficies sobre las que le haría el amor. Ella atravesó la estancia con pasos cortos sin dejar de retorcerse las manos, estudiando cada detalle. Tom la dejó hacer sintiéndose nervioso.

En el extremo opuesto había una cama doble con cuatro postes. Eva deslizó sus elegantes dedos por el tallado de la madera, contemplándolo con asombro. Tom se cruzó de brazos para no correr hacia ella y amarrarla a ese mismo poste que estaba acariciando con inocente provocación.

—Es horrenda, ¿a que sí? —bromeó para relajar la tensión.

—Me parece bonita.

Eva se acercó a la ventana desde la que podían verse los tejados de Harrington Place, tocando las cortinas. Tom le permitió explorar a placer toda la habitación y acariciar cada mueble, luchando contra la inquietud de revelar tanto de sí mismo ante Eva. Pero del mismo modo que él quería conocer sus secretos, ella merecía el mismo trato, así que no la presionó ni dijo nada, esperando su veredicto.

—¿Pasas mucho tiempo aquí? —preguntó, distraída, dirigiéndose a la estantería atestada de libros.

—Sí. Trabajo hasta muy tarde —comentó.

—¿Has leído todo esto? —preguntó, asombrada, inclinando la cabeza para ver los títulos.

—Sí... En realidad, vivo aquí.

Ella se volvió para mirarlo con los ojos muy abiertos.

—¿Aquí? Pero... ¿no tienes, uhm, casa?

—Me pareció una tontería tener una casa para mí solo. Aquí hago lo que quiero, no necesito más.

—¿Y qué sucedería si te despiden? ¿Dónde ibas a vivir entonces? —preguntó muy preocupada.

—Créeme, eso jamás sucederá.

Eva volvió a mirar los libros y acarició el lomo de una novela de Dickens.

—¿Dónde están tus padres?

Tom estaba dispuesto a contestar cualquier cosa, no le importaba contarle cosas sobre quién era, o lo que había sido, pero había un límite que, de momento, prefería no traspasar.

—En Edimburgo. Y te repito que eres la primera mujer a la que dejo entrar en mi habitación. En mi casa. No se lo permito a cualquiera, esta habitación es muy personal para mí. ¿Te gusta?

Ella se quedó callada, pensando en la importancia de sus palabras. Cogió un libro que había fuera de su sitio y pasó las hojas.

—Yo no he leído mucho. No tenía tiempo para hacerlo, con tanto ensayo, siempre estaba demasiado cansada. Y tampoco he hecho una cosa así —dijo levantando la mirada hacia él. En su rostro apareció un brillo de absoluta sinceridad—. Me siento... rara.

Tom pensó en las maneras más sofisticadas que conocía de borrar esa expresión de inseguridad de su cara, para sustituirla por el rubor de un orgasmo.

—¿Nunca has hecho el amor? —ronroneó él.

Ella evitó la cuestión dejando la novela sobre la repisa y cogiendo otra. Él parpadeó, esperando a que respondiera a la pregunta. Como no lo hizo, al menos no con la rapidez suficiente, el corazón de Tom se desbocó ante la remota posibilidad de que ella, de verdad, no hubiera tenido nunca sexo.

—Responde a mi pregunta, Eva —exigió.

—Nunca he quedado con otra persona para mantener relaciones.

Tom notó que se le secaba la boca. ¿Sería posible que nadie, absolutamente nadie, hubiera iniciado en el arte del amor y la pasión a la dulce y suave Evangeline Holmes?

Le retumbó el corazón en la cabeza. Se acercó a ella y le quitó el libro de las manos. Cogió su bolsa de baile para dejarla en el suelo y la despojó del abrigo, que depositó sobre una silla. Ella no dijo nada; el silencio se hizo tan espeso que empezó a doler.

Estaba tan sensible y tan nerviosa que se estremeció de pies a cabeza cuando Tom introdujo los dedos bajo la manga del suéter para tocar la piel fina de su muñeca. Había descubierto que aquella zona hacía palpar su cuello, y estaba convencido de que también provocaría la misma sensación en su clítoris. Siguió la línea de sus venas calientes, provocándola, hasta encontrarle el pulso.

—¿Eres virgen? —preguntó, intentando no sonar demasiado brusco.

—Sí...

—¿Sí, qué? —insistió, solo para estar seguro.

—Soy virgen —reconoció Eva con un jadeo.

«No puede ser verdad».

Tom inspiró hondo. Eso cambiaba mucho las cosas. Eva no había estado con ningún hombre antes, él iba a ser su primer amante y la idea lo emocionaba demasiado.

Le puso un dedo bajo la barbilla para alzarle la mirada; tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas. Estaba impaciente, ansiosa y asustada.

—Entonces, te explicaré lo que va a suceder —dijo inclinándose sobre su boca.

Tenía que comportarse como ella esperaba que lo hiciera. Tenía que adorarla, hacer que se sintiera cómoda, demostrarle que él no era cualquier hombre. Tom se preocuparía de su placer, de su seguridad y de sus necesidades.

—Te haré el amor despacio y sin prisa. Necesito que sea así, y tú necesitas saber lo mucho que te deseo. Al final, estarás tan agotada como si hubieses pasado horas ensayando ballet. Te dolerá todo el cuerpo, pero eso no lo puedo evitar. Lo que sí te aseguro es que habrá también placer. Mucho. —Comprobó que su pulso se aceleraba y su piel se volvía húmeda, así que continuó hablando—: Cuando esté convencido de que has quedado satisfecha en todos los aspectos, dormiremos juntos, desnudos, piel contra piel. Es posible que, durante algún momento de la noche, te despierte para hacerte el amor. Y esa segunda vez será mucho mejor.

Contempló con regocijo cómo Eva luchaba por no desmayarse.

—¿Tom? —dijo en voz muy baja. Él se acercó para oírla—. ¿Podemos empezar ya?

Se habría arrancado la ropa y la de ella si hubiera tenido menos control. Se descubrió a sí mismo iniciando el movimiento para lanzarla al suelo y follarla sobre la alfombra de piel. Una vez más, sacando fuerzas de algún recóndito lugar de su voluntad, logró contenerse para no matar la pasión con un desfogue rápido.

Necesitaba la boca de Eva, sus labios y su piel. Necesitaba perderse entre sus pechos, refugiarse entre sus muslos, escuchar sus gritos y sus jadeos. Necesitaba muchas cosas y tenía mucho tiempo por delante. Sería paciente. De hecho, sería de todo menos rápido, porque quería desenvolver el regalo que suponía Eva.

Inclinó la cabeza y capturó sus labios inflamados. Eva no podía ni imaginar todas las formas en las que él quería poseerla, ni las veces que quería hacerlo. La cabeza la daba vueltas mientras recordaba los retazos de conversación en la playa, y términos como «agotamiento extremo» y «resistencia física» no dejaban de flotar entre sus pensamientos.

Pero aquellas cuestiones pronto se desvanecieron bajo la sensualidad de la muchacha. Un poco más confiada que antes, Eva levantó los brazos para rodearle el cuello y enroscó la lengua tímidamente con la de él. Se puso tan duro que acabó jadeando en la boca femenina, mientras ella apretaba su exquisito cuerpo contra él, como si su erotismo despertara de un prolongado letargo. Y así era, en realidad nadie había tocado a Eva ni había disfrutado de su sensualidad.

Le acarició el cuello pálido y desnudo, la suave curva de su pescuezo, y dirigió los dedos hacia su pelo. Empezó a quitarle las horquillas con extremo cuidado, soltó la goma y el cabello oscuro de Eva cayó sobre sus hombros, envolviéndole el rostro.

Con un gruñido, la tumbó de espaldas sobre la cama. Ella se hundió en el mullido edredón y su pelo se desparramó por la superficie. Eva parpadeó, ruborizándose con más intensidad. Tom se acomodó sobre ella hasta tener su rostro bajo el de él. Sus ojos mostraban un brillo de excitación nuevo y emocionante, pero también había cautela. Eva tenía miedo, y Tom no podía permitir una cosa así.

—¿Estás bien?

—Sí. E-estoy bien —respondió, antes de que él exigiera una respuesta más completa. Eso lo hizo sonreír: Eva no era consciente de que estaba comportándose como una sumisa dispuesta a complacerlo. Pero pronto lo descubriría.

Acarició sus mejillas para tranquilizarla y le apartó algunos mechones de la frente, hasta despejarle todo el rostro. Quería verla bien cuando sus ojos se abrieran por la sorpresa en el momento en que se deslizara dentro de ella.

Se inclinó sobre su boca, pero se quedó suspendido a un suspiro de besarla y metió una mano bajo el suéter para colocar la palma sobre su vientre desnudo. Notó como su cuerpo latía al ritmo de su pulso acelerado y, en sus ojos, la niebla del deseo creció hasta volverse más espesa. Trazó una tórrida caricia por su abdomen, presionando para palpar los músculos duros y mullidos. Eva jadeó cuando le acarició el ombligo con el pulgar y Tom respiró sobre su boca.

Comenzó a subir los dedos y Eva se fue arqueando cada vez más.

—¿Vas a besarme? —preguntó ella, jadeando.

Tom sonrió cuando notó que tenía la piel del torso húmeda y muy caliente.

—Voy a hacer mucho más que eso. Abre la boca.

Ella separó los labios. Oh, el día que pudiera deslizar su dolorosa erección dentro de esa boca podría morir en paz. Se encargaría de enseñarle cómo usar esa lengua tan mona que tenía para dar placer.

Se inclinó para cubrirle la boca y en la mano notó como se le contraía el vientre. Movi6 la lengua hacia dentro y le acarici6 el paladar, cortándole la respiraci6n al instante.

Un aluvi6n de calientes emociones inund6 el pecho de Tom. Cada reacci6n de Eva era pura inocencia. Mientras la besaba, sentía c6mo su cuerpo despertaba y empezaba a vibrar. Su piel emiti6 una c6lida energía que le recorri6 el brazo hasta el hombro y luego estall6 en su cabeza. Oy6 un gemido y se dio cuenta de que era suyo. Tenía el coraz6n desbocado; para centrarse, comenz6 a chuparle el labio inferior, dando pequeñ6s mordiscos. Ella lo sujet6 por la camiseta y se qued6 inm6vil.

—¿Qu6 sientes? —le pregunt6.

Incluso 6l not6 la aspereza de su propia voz.

—Calor —respondi6.

Y m6s que iba a sentir. Acerc6 los labios a su oreja para comenzar a succionarle el l6bulo. Eva se removió con una sacudida, empezando a jadear m6s fuerte.

—Todo va a ir bien, preciosa —le dijo al oído—. Voy a hacer que disfrutes.

Levant6 su ropa hasta descubrirle los pechos. Dej6 que fluyera una sensaci6n de calma en el aire para que ella se tranquilizara. Eva respir6 hondo y le apret6 las caderas con el muslo. Tom se movió y presion6 su erecci6n entre las piernas de la muchacha, frotándose contra un punto sensible de su sexo.

—Oh, vaya... —jade6 ella.

—No me provoques, cielo. Soy yo y quien est6 al mando.

Hundi6 la cara en su cuello y aspir6 su aroma. Era intenso, acaramelado, una fragancia er6tica, dulce y suave. Metió la mano entre el colch6n y su cuerpo y comenz6 a soltar los corchetes. Ella empez6 a respirar m6s deprisa.

—Quítate el jersey, quiero ver c6mo lo haces. —Ella vacil6 y Tom endureci6 la mirada—. Voy a ver cada parte de tu cuerpo, Eva. Quieras o no, vas a quitarte cada pieza de ropa que cubre tu piel hasta quedarte completamente desnuda. Si es necesario, te las arrancaré.

—¿Por qu6? —pregunt6 estremeciéndose.

—Vamos a tener sexo. Para tener sexo, has de estar desnuda.

—No es... justo que t6 puedas verme y yo a ti no —argument6. Su l6gica en ese momento le pareci6 muy sexy.

—Voy a excitarte sin piedad, a empujarte contra el l6mite una y otra vez, y cuando no lo resistas m6s, me tumaré sobre tu cuerpo y te follaré.

Ella tembl6 de forma visible.

—¿Podrías..., eh..., apagar antes la luz? —balbuce6.

—No. —Son6 muy cortante, y ella se estremeci6. Parecía atormentada. Por dios, iban a follar, ¿a qu6 venía esa cara de sufrimiento?—. No quiero estropear una de las mejores im6genes de mi vida por tener la luz apagada —explic6 muy despacio—. No quiero perderme ning6n detalle cuando te corras. Y me voy a asegurar de que lo haces varias veces.

Eva estaba empezando a sudar y a jadear.

—Me sentiría m6s c6moda con la luz apagada —insisti6.

—Con la luz apagada te esconderías de mí, y eso no va a pasar. No quiero que te encierres en tu zona de seguridad, quiero que te rindas a mí. Eva, quítate el jersey.

Para Tom pas6 una eternidad hasta que ella decidi6 obedecer y se sac6 la prenda por la cabeza. Sin dejar de temblar, suspir6 como si estuviera dándose ánimos a sÍ misma. Tom deslizi6 los tirantes por sus brazos y le quit6 la prenda.

Se le hizo la boca agua al contemplar, por fin, aquellos gloriosos pechos. Eva cerr6 los ojos, llevándose las manos a las mejillas, luchando por no cubrirse.

—Abre los ojos, Eva. Relaja los brazos y ponlos encima de la cama. —Al ver que ella no reaccionaba, añadi6 con suavidad—. Por favor.

Ella obedeci6 y pos6 las palmas de las manos sobre el edred6n. Luchaba contra sus inhibiciones con valentía. Tom la recompens6 con una sonrisa.

—Lo siento, sé que parezco un poco tensa, yo...

—Deja de pensar en eso —la interrumpi6 con brusquedad—. Deja de pensar en tu tensi6n. Piensa en la mía, en la que tengo justo entre tus piernas y que pronto estar6 dentro de ti. —Ella se agarr6 al edred6n con los puños—. Me encargaré de que quedes satisfecha, haré que te sientas fant6stica. Te lo prometo.

Deslizi6 la mirada por su cuerpo. Observ6 sus pechos enrojecidos por el rubor y clav6 los ojos en sus pezones, duros y erizados. Baj6 la vista hacia la cinturilla de los ajustados pantalones deportivos; su vientre era plano y los m6sculos del abdomen estaban muy marcados. Contempl6 fascinado la curva de sus caderas y la rotundidad de sus m6sculos, que se hinchaban a medida que daba forma a su muslo.

—No me mires asÍ —rumi6 Eva.

—No puedo no hacerlo cuando t6 me est6s mirando igual.

—No te estoy mirando igual —se defendi6 sin apenas voz.

—SÍ que lo haces —contest6 riéndose.

Se quit6 la camiseta y se tumb6 sobre ella, apretando el torso desnudo contra sus pechos. Ella levant6 las manos del edred6n, sin saber muy bien d6nde ponerlas, respirando de forma entrecortada. Tom captur6 sus labios y la cogió por las muñecas, colocando una sobre la otra por encima de la cabeza. La mantuvo retenida con una mano mientras deslizaba la boca por su cuello.

—Seguro que quieres morderme los pezones como yo te los quiero morder a ti. ¿Recuerdas la sensaci6n de mis dientes?

Le cubri6 un seno con la mano libre, apreciando su textura y su calidez.

—SÍ...

—¿SÍ, qu6? —Pas6 el pulgar por la dura cresta y ella se estremeci6 jadeando con m6s intensidad.

—Me acuerdo —gimi6. La estimul6 sin compasi6n, haciendo rozar el duro bot6n entre los dedos hasta que lo sintió palpar, sin perder detalle de las expresiones que cruzaron el rostro femenino, cada vez m6s ruborizado.

—Eres preciosa —le dijo sin dejar de acariciarla—. Apenas puedo esperar a contemplar c6mo pierdes la cabeza.

Le aprision6 las muñecas con m6s fuerza y se inclin6 para devorar ese pez6n que lo había vuelto loco la primera vez. Curv6 la lengua sobre el generoso brote erizado para humedecerlo, lo chup6 y lo succion6 hasta que escuch6 c6mo ella gemía profundamente.

—¿Te gusta esto, Eva? —pregunt6, derramando su aliento sobre la piel humedecida. Not6 c6mo el pez6n se endurecía un poco m6s.

Ella no respondi6, no podía. 6l sabía que no podía. Tom captur6 de nuevo el pez6n, incrementando la fuerza con la que succionaba, mientras acariciaba la redondez del otro con dulzura. Eran sabrosos. Vibrantes. Y muy sensibles.

—¿La succi6n va directa a tu sexo? ¿Sientes un hormigueo?

Por toda respuesta, Eva jade6 m6s fuerte. Sopl6 sobre el pico h6medo y not6 que se le ponía la piel de gallina. Lo mordisque6 con suavidad para comprobar que un poco de dolor tambi6n le provocaba placer, y Eva lanz6 un lamento que reson6 por toda la habitaci6n. Tom se estremeci6 de deseo y repiti6 el proceso con el otro pez6n. Ella se arque6 hacia arriba, sin ser consciente de que de esa forma se los ofrecía en bandeja.

—Tom..., asÍ me duele...

—Pero te gusta —afirm6 6l, acariciándola con la punta con la nariz. Ella gimote6 y Tom chup6 a conciencia antes de apartarse—. Di, Eva, ¿te gusta que te los muerda? ¿Te hago daño?

—N-no... no me haces daño —contest6 resoplando.

Con movimientos r6pidos y precisos, le quit6 las zapatillas deportivas y los pantalones. Ella baj6 los brazos para cubrirse y Tom se lo impidi6, volviendo a ponerle las manos por encima de la cabeza.

—Agárrate al edredón, Eva, y no te sueltes. No quiero que te sueltes. ¿Serás una buena chica y harás lo que te digo? —Afiló la voz para que ella captara el matiz dominante.

Eva no sabía lo que él era en realidad. Es más, Tom dudaba que ella conociera ese tipo de cosas, pensaría que eran perversiones escandalosas. Así que antes de ensuciar esa relación que estaba comenzando a brotar con términos que ella jamás entendería, prefería dejar que su instinto sumiso la acercara a la naturaleza dominante de él. Tenía que guiarla para que lo descubriera por sí misma.

Le acarició la mejilla con suavidad.

—No tienes nada que temer, preciosa. Sujétate al edredón, por favor.

La vio elevar los brazos como cuando iniciaba uno de aquellos fabulosos giros en el salón, sujetándose a la colcha como si le fuera la vida en ello. Tom inspiró hondo, contemplando con deleite a la diosa que había debajo de él.

Observó su ropa interior, rosada y adorable como toda ella, y le acarició el vientre con los dedos. Dios, estaba agonizando por ella. Se ahogaba en un mar de deseo, desesperado por hundirse entre sus muslos. Los acarició para tranquilizarse, separándolos suavemente para ver, por fin, lo que había entre ellos.

«Magnífica».

Clavó los ojos en su sexo y no pudo apartar la mirada.

—No me mires así... —susurró ella.

—¿Cómo te estoy mirando? —cuestionó él, maravillado, sin poder aguantar las ganas de ver lo que había debajo de sus bragas.

—Con esa... atención. Es de mala educación mirar fijamente...

—Le haré a tu clitoris lo mismo que he hecho con tus pechos —sentenció, situándose entre sus piernas, cortando las palabras de Eva. Apoyó la cara en su vientre y aspiró su aroma. Besó la confusión de su cadera, recorrió el borde de su ropa interior y le besó el otro lado. Luego depositó un beso bajo el ombligo y descendió por su monte de Venus—. Haré que tengas un orgasmo y saborearé tu placer. Voy a hacer que grites cuando te corras en mi boca. Ponte cómoda, preciosa. Esto no ha hecho más que empezar.

Repasó con la lengua la prenda empapada, saboreando la humedad con un gruñido. Eva se estremeció con más violencia, tensándose después de contener el aliento. Cogiendo sus bragas con los dientes, empezó a tirar de ellas para bajarlas por sus muslos. Sus calcetines eran de rayas de colores, morbosamente provocativos. Sin dedicar ni un solo pensamiento más al límite que ella había establecido, arrojó las bragas a un lado y miró entre sus piernas, suspirando al ver su sexo rosado. Con los pulgares, separó los pliegues y empezó a salivar. Era precioso.

Hinchado, húmedo. Femenino. Y rezumaba necesidad. Se relamió.

—Estás mojada, Eva —le dijo justo antes de acariciarle los pliegues con la punta de la lengua. Se recreó en los jugos que se produjeron para él y escuchó el tembloroso gemido de la muchacha—. Muy, muy mojada —suspiró extasiado.

—De tu saliva —gimió sin aliento.

Sonrió divertido.

—Sí, seguro que es por mi saliva —se burló—. Quiero escuchar tus gemidos de placer mientras te follo con la boca, no te contengas, cielo.

Estirándose en la cama, se acomodó entre sus muslos y comenzó a lamerle el sexo.

La joven se puso muy tensa. El placer que brotó de Eva resultó adictivo y dulce. Más que dulce, empalagoso. Tom bebió de su sexo como si nunca pudiera tener suficiente, y se preguntó si en algún momento llegaría a saciarse. Todo lo que ella hacía lo excitaba hasta la locura, desde los jadeos que no podía contener hasta la velocidad a la que su clitoris se endurecía. Lo rozó con el pulgar y ella jadeó sin poder contenerse.

—Eso es, así, suspira por mí, Eva —alabó sin dejar de acariciarla—. Eres ardiente. Estás mojada y resbaladiza. Voy a saborearte a placer, sin prisa, sin parar. Mmm..., voy a grabarte en mi piel y en mi lengua. Y cada vez que camines, te acordarás de mí y de este momento.

Hundió la nariz entre sus pliegues y dejó que su olor le invadiera los sentidos hasta hacerlo explotar. Notó que el sexo femenino se hinchaba y que brotaba más humedad. La recogió con los labios y la exploró para comprobar qué movimientos y caricias eran las que más le gustaban. Con avidez, la besó con la misma profundidad con la que había besado su boca todo este tiempo.

Sus gemidos fueron cada vez más entrecortados.

—¡Tom! —chilló ella cerrando las piernas.

La agarró por los muslos y notó la fuerza que tenía. ¡Dios! Podría haberlo estrangulado si se hubiera descuidado un poco. Tenía la fuerza de un titán.

Notó su piel cada vez más resbaladiza, separó sus muslos con los hombros y la sujetó con un brazo para mantenerla abierta, tal y como él quería. Besó su clitoris, lo succionó y volvió a besarlo, jugando con ella hasta volverla loca. Estaba a punto de correrse y él solo podía pensar en que no quería apartar la boca.

Usó la lengua para lamer su néctar dulce como caramelo. ¡Joder! No podía pensar con claridad, luchaba contra el éxtasis, contra la fuerza que tenía ella en las piernas y contra la espantosa idea de no volver a follar con ella.

Tenía que hacerlo, no iba a conformarse con esta noche. La convencería de repetir la experiencia, la desnudaría de todas las formas posibles, en cuerpo y alma.

—¡Tom! —gritó ella, jadeando aterrorizada.

Su erección se engrosó aún más, ni siquiera había imaginado que eso podía pasarle. Con gran esfuerzo, apartó los labios.

—¿Qué te ocurre, preciosa? —preguntó, acariciándole el clitoris con el pulgar para que la intensidad de su excitación no bajara ni un solo grado.

—Es... demasiado. Duele... —jadeó Eva.

—Entonces es cuando es perfecto —aseguró.

—No... —resopló—. No sé si voy a poder...

—Claro que podrás. El calor te inundará y el orgasmo te envolverá como un manto de fuego. Déjate llevar, Eva. No te escondas, estoy aquí para ti, para proporcionarte todos los orgasmos que necesitas, para sostenerte.

Se inclinó para besar sus sabrosos pliegues y deslizó un dedo dentro de ella. El cuerpo de Eva sufrió una sacudida, sus gritos le provocaron un escalofrío de placer, y cuando llevó el dedo más dentro, notó lo estrecha que era.

Con la impaciencia devorándole las entrañas, curvó el dedo dentro de ella para estimular la zona, y notó que la joven pegaba la espalda al colchón.

—¿Cómo te sientes? ¿Te gusta? ¿Te duele?

Se dio cuenta de que él tampoco podía hablar de lo nervioso que estaba.

—Me quemas... Tom...

Ella movió las caderas y él la retuvo con una mano. Retiró el dedo acariciándola por dentro, y cuando estaba casi fuera, lo introdujo de nuevo. Eva ahogó un largo lamento de pura agonía, estremeciéndose adorablemente. Intentó introducir un segundo dedo, pero no había espacio, así que reunió todo su autocontrol para ablandarla.

—Te voy a preparar para mi polla —le soltó, incapaz ya de pensar en sinónimos cursis para no herir su sensibilidad—. Para que tu experiencia sea lo menos dolorosa posible. Tu sexo es igual de elástico que el resto de tu cuerpo, te abrirás para mí igual que te abres de piernas cuando ensayas. Confía en mí, iré tan despacio como lo necesites...

Introdujo el dedo más dentro y lo retiró frotando sus paredes. Volvió a entrar y Eva jadeó con más fuerza. Repitió el movimiento, dentro y fuera. Dentro. Fuera.

Su sexo se fue ablandando y, por fin, pudo llevar dos dedos a su interior. Ella lanzó un gemido y sacudió las caderas, temblando. Había alcanzado su punto más sensible y movió el brazo para frotar los dedos contra aquella zona.

—Eso, querida Eva, es tu punto G.

Eva murmuró una respuesta incoherente mientras sus pliegues se anegaban. Tom recogió aquella savia con los labios para esparcirla por su clitoris y comenzó a penetrarla con apasionada energía, notando cómo su excitación crecía cada vez más alto. La lamió y la miró a la cara, recreándose en el tono ruborizado de sus mejillas. Joder, era preciosa. Tom quería alargar su orgasmo un poco más, ordenarle que se corriera solo cuando él se lo pidiera. Volvió a acercar los labios a su clitoris y le dio unos besos.

—¿Quieres saber cuánto te voy a penetrar? —preguntó, cada palabra acompañada de un beso, provocando que le ciñera los dedos con más fuerza. La presión un poco más. Lo necesitaba, necesitaba tener el control, saber que ella no se correría a menos que él lo permitiera.

—No... —dijo.

No pudo evitar una sonrisa. Dado su nivel de excitación, Tom dudaba que pudiera haber entendido la pregunta. Ni siquiera se acordaba de lo que le había preguntado.

—¿No, qué? —se burló respirando sobre su sexo hinchado y sabroso.

—No hagas eso...

—¿El qué?

—Hablar..., por favor...

—¿No quieres saber cuántos orgasmos te voy a provocar? ¿O cuánto tiempo voy a permanecer dentro de ti?

—No...

—¿No, qué?

Notó que la tensión de ella alcanzaba el punto máximo y la ternura avivó su excitación. Apartó los dedos y se movió para besar sus pezones, mordisquearlos y succionarlos hasta que ella empezó a suplicar. Fue demasiado para él, y regresó a su sexo, penetrándola y besando su clitoris, hasta que el orgasmo volvió a aproximarse. Entonces se retiró otra vez para prestar atención a sus pechos y repitió el ciclo hasta que perdió la cuenta.

Eva se retorció, suplicó y sollozó. Tenía la piel sonrojada y los ojos nublados, y se moría por perderse en el placer que Tom mantenía alejado de ella. Incapaz de seguir torturándola, le dio la orden en voz baja.

—Córrete, preciosa.

Eva dejó caer la cabeza hacia atrás, se le endurecieron los músculos de las piernas y su sexo comenzó a palpar de forma descontrolada. Tom colocó la boca sobre su endurecido clitoris y succionó con dulzura, escuchando cómo gritaba, sintiendo cómo se retorció. Durante lo que para ella debió de ser una eternidad, Tom se recreó en su sabor, en sus gemidos y en la sumisión que le ofrecía.

La sostuvo con firmeza, acompañándola durante el clímax para que fuera consciente de que él seguía con ella, que no la abandonaría al éxtasis de la tormenta. Cada curva de su cuerpo onduló con violencia; las sensaciones que él había estimulado con cariño explotaban en un torrente por todo su cuerpo.

Eva se derrumbó sobre el colchón con un lamento final y empezó a jadear de forma entrecortada. Tom alzó la cabeza para mirarla y ella exhaló un suspiro tembloroso.

Tom sintió que algo comenzaba a arder dentro de su pecho. Eva estaba jodidamente preciosa. Sonrojada, despeinada y sudorosa. La viva estampa de la satisfacción. Nunca se había sentido tan emocionado como en ese momento de proporcionar un orgasmo a una chica. En cierto modo, ese clímax había sido especial, porque era el primero de los muchos que pensaba regalarle.

Se murió de ganas por penetrarla, iba a romper los pantalones si no aflojaba la cremallera. No, ni siquiera eso iba a ser suficiente. Necesitaba correrse. Dentro de ella. Desesperadamente. Reptó sobre su cuerpo, besándola mientras subía hacia su boca.

Ella lo miró con los ojos brillantes y agradecidos. Estaba temblando.

—Ya puedes soltarte, cielo. Vamos, suelta la colcha, eso es...

Tenía los dedos agarrotados. Tom se lo acarició con los labios y frotó sus manos para reavivar su circulación.

—¿Cómo te sientes? —volvió a preguntarle.

—No lo sé... —reconoció ella, con la voz ronca.

—¿Bien? ¿Mal? Si te sientes mal, es que no lo he hecho bien —bromeó.

Eva se estremeció con una sonrisa aleteando en sus labios y las mejillas arrojadas. Las pulsaciones de Tom se dispararon y perdió el control sobre sus emociones. Quiso descifrarlo, pero se sintió demasiado abrumado y se convenció de que solo era porque para Eva todo era nuevo. Y a él le encantaba ser el primero en todo.

—Quiero que hagas algo por mí.

Incluso ella se dio cuenta del cambio de su voz. Abrió los ojos para mirarlo con cautela y él se inclinó hasta apoyar la frente sobre la de ella.

—¿Qué... qué quieres...?

Su tono sumiso y dispuesto fue como un mazazo para él. Le acarició la cara sin dejar de mirarla a los ojos, sabiendo que lo que iba a pedirle era demasiado arriesgado. Pero no podía ser de otra manera, necesitaba mostrarle quién era, porque la deseaba demasiado como para engañarla con algo tan importante.

—Para mí, tener el control de tus orgasmos es una necesidad. Necesito ser el que te los provoca, el que te ordena que te corras... o te contengas. Soy un Amo, Eva —reconoció con el corazón retumbándole en los oídos—. Si no sabes lo que eso significa, estaré encantando de enseñártelo.

La vio parpadear muy deprisa.

—¿Eres un... qué?

—Un Amo —le acarició la mejilla—. El dueño de tu placer. Quiero que te corras solo cuando yo te lo pida y que te contengas si así lo deseo. Mi único propósito es complacerte —declaró con solemnidad, acariciándole un pecho. Trazó una caricia sobre uno de sus tiernos pezones, incapaz de resistir la tentación de tocarla—. Todo lo que te haré te proporcionará placer. Desearás correrte una y otra vez, pero solo lo harás cuando yo lo considere, en cualquier momento, en cualquier sitio. Quiero que no tengas ocasión de escuchar ninguna voz dentro de tu cabeza que te impida disfrutar, quiero que solo escuches la mía. Quiero que tengas bien claro que yo siempre estaré aquí para que no te pierdas.

Los ojos de Eva se oscurecieron y movió la boca para decir algo, aunque no fue capaz de hablar. Joder, ¿había sonado demasiado brusco? No, no podía mostrarse inseguro, de ese modo solo la confundiría. Tenía que mantenerse firme aunque le costara un mundo.

—Quiero que pienses en una palabra, una que te traiga recuerdos amables y que no dirías nunca en una situación como en la que te encuentras ahora. Hazlo.

—¿Por qué?

En ese momento se arrepentía de no haberle dado todas las explicaciones al principio. Esto podía acabar en un completo desastre si no manejaba la situación con cuidado. Eva estaba tan hermosa, con la piel brillante, las mejillas arrojadas y los músculos tensos, que no estaba listo para renunciar a ella ni a su sumisión.

Recurrió a toda la paciencia que podía permitirse en un momento como ese.

—Quiero que te entregues a mí. Haremos cosas muy intensas, porque así es como me gusta que sea. Si en algún momento sientes que no puedes más, que necesitas parar, yo confiaré en que dirás esa palabra. Entonces me detendré y hablaremos sobre lo que sientes, sobre lo que necesitas.

La vio pensar, y no le gustó.

—¿Es importante para ti que yo... me entregue?

«¿Importante? Lo necesito tanto como respirar».

—Absolutamente —dijo muy serio—. Quiero que comprendas lo ardiente que puede llegar a ser estar bajo mi control. Cumpliré todas tus fantasías, te daré todo lo que necesites, te correrás todas las veces que sean necesarias... Y seré yo el que te lo dé, nadie más, Eva. Porque así es como lo quiero. Quiero que me supliques, quiero que disfrutes de mis caricias, quiero que estés dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de complacerme. ¿Lo entiendes?

—Pero... yo..., ¿qué tendré yo...?

—A mí. Toda mi atención, todo mi esfuerzo para hacer de ti una mujer satisfecha. Obtendrás todo el placer que pueda darte de mí y de nadie más. Piensa en esa palabra.

Notaba el sudor bajándole por la espalda, y su erección palpitaba desesperada. El dolor que sentía en las ingles era más del que podía soportar, pero ese sacrificio no era nada comparado con lo que Eva estaba sintiendo. Joder, si hasta él estaba acojonado.

Después de una eternidad sin que ella dijera nada, pensó en la posibilidad de que no quisiera aceptar su propuesta. Sería muy duro para él, pero si Eva

necesitaba más tiempo, se lo concedería, porque su bienestar era lo primero. Ella no era como las demás mujeres, así que no la trataría como a las anteriores. Con ella sería paciente, sería el Amo perfecto de sus fantasías.

—*Adagio*.

Durante un momento pensó que se le había parado el corazón. Respiró hondo y le acarició las rodillas con las manos. No podía seguir sin tocarla.

—¿*Adagio* es tu palabra?

—Sí.

—¿Quieres decirla ahora?

—No. No lo sé...

Su sinceridad le provocó un revuelo dentro del pecho.

—Bien, voy a hacer algo que puede asustarte, pero te prometo ir despacio y darte todo el tiempo que necesites. Agárrate al cabecero, por favor.

—¿Para qué?

—Quiero atarte.

—¿Cómo...? ¿Qué?

—Confía en mí, Eva. Vamos a hacer una prueba. Si no te gusta, dime tu palabra y lo hablaremos. Sujétate al cabecero.

Ella lo hizo, aunque después de una vacilación, y Tom inspiró hondo. Impaciente, se acercó al armario y sacó unas correas de cuero con muñequeras acolchadas.

Regresó rápidamente junto a ella para dejar que brotara una cálida energía que la tranquilizara.

—Todo va a ir bien —prometió, acariciando sus brazos.

Sin dejar de mirarla a los ojos, le rodeó una de las muñecas y cerró la hebilla, atando el otro extremo al cabecero. Una sensación de vértigo le subió desde el estómago. Eva tiró de la argolla y sus ojos se agrandaron.

—Suéltame —murmuró con la voz temblorosa.

Tom le puso una mano en una cadera para transmitirle su firmeza y la miró a los ojos, dejando salir su lado dominante, para que ella pudiera sentir su poder envolviéndola. Estaba asustada, y era completamente normal.

—Mírame, preciosa. No dejes de mirarme.

Tom se arrodilló frente a ella y, con lentitud, comenzó a bajarse la cremallera de los vaqueros, gimiendo ante el alivio que suponía rebajar la presión. Separó la prenda para mostrar el doloroso deseo que sentía por ella y Eva lanzó un suspiro, clavando los ojos en la erección dibujada sobre la tela de los calzoncillos.

Con otra mujer no se tomaría tantas molestias. A otra mujer no le habría consentido la mitad de las cosas que a Eva. Por eso, porque ella no era como las demás, tenía que ofrecerle una explicación.

—Eres tan preciosa que verte me vuelve loco. Ardo por dentro y por fuera ahora mismo, tengo la polla a punto de reventar por ti —reconoció—. Me muero por sentirte, por follar contigo. Te deseo y quiero que pierdas la cabeza por mí, igual que yo la estoy perdiendo por ti. Dame el control, Eva. —Se regañó mentalmente por haber sonado tan suplicante y endureció la mirada—. Lo necesito.

Se recostó sobre ella y se acomodó entre sus muslos, apretando su erección entre los ardientes muslos femeninos. Notó su humedad atravesando la tela y gimió. Eva se tensó y le puso la mano libre sobre el hombro, respirando de forma entrecortada.

—No estoy segura...

—Voy a sujetarte la otra mano y quedarás bajo mi control. Si no lo deseas, pronuncia la palabra y te liberaré. ¿Lo has entendido?

—Sí —respondió temblando tragando saliva.

—¿Sí, qué?

—Lo he entendido. Si digo *Adagio*, me soltarás.

—Así es. ¿Quieres seguir adelante? Dímelo.

—Sí. Quiero seguir adelante...

El alivio hizo que se sintiera mareado. En menos de cinco segundos la tuvo inmovilizada y a su merced. Se pasó la mano por la frente para apartar el sudor que le bajaba por las sienes y se colocó la máscara de Amo antes de dirigirse a ella con la voz cargada de solemne respeto.

—Separa las piernas. Deja que vea lo que antes solo he podido probar con la lengua.

Ella lo miró a la cara. Con un elegante movimiento de sus divinas piernas, se abrió para él. Tom cerró los puños y exhaló una ardiente bocanada de aire.

Sobrevivir al orgasmo había sido una proeza. Si aquello era dejarse llevar, dolía. Mucho. Se sentía drogada, aturdida por el fervor del éxtasis. El corazón retumbaba en sus sienes con un redoble *allegro* mientras su clitoris palpitaba al ritmo de un lento *adagio*. Y cada pulsación le subía por el estómago para explotar en forma de racimo en la punta de sus pechos.

Comprobó, una vez más, que estaba esposada a la cama y que Tom estaba frente a ella, alzado como una bestia cubierta de soberbia, sensualidad y pecado.

—Me encanta lo que veo —susurró él mirándola de la cabeza a los pies. Luego clavó los ojos en su sexo, pasándose la lengua por los labios al recordar su sabor.

Notó que su vientre se estremecía y que su sexo se empapaba. Podía bailar dando órdenes a cada músculo, pero no podía hacer el amor controlando las reacciones y fluidos de su cuerpo. Aquel no era un pensamiento fácil de tragar, pero se esforzó por no sentirse avergonzada.

—Eva, ¿te gusta lo que ves? —Ella intentó resistir el ardor de su voz—. Te he hecho una pregunta.

El tono amenazador hizo que encogiera los dedos de los pies. Subió la mirada hacia sus ojos, con esa expresión dura y hambrienta a la vez. Su ceja impaciente, levantada, la forzaba a obedecer. Sentía la necesidad de responder, de actuar, y ni siquiera la estaba obligando a ello. No, ni siquiera la tocaba. Solo hablaba y ella, ¡Dios!, no podía decirle que no.

—¿Qué...?

Por alguna razón, no recordaba cuál era la pregunta.

—¿Te gusta lo que ves?

Eva contempló con más atención el cuerpo de Tom. Estaba acostumbrada a la deslumbrante belleza de los bailarines, pero, oh, él no era nada que hubiera visto antes. Su pecho era un entramado de músculos gruesos, tenía los hombros rígidos y le latía un músculo en el cuello hinchado por la tensión. Y su sonrisa, siempre peligrosa, prometía placeres y deseos inconfesables.

Siguió las líneas oblicuas de sus caderas, que convergían hacia un enorme bulto cubierto por la tela de los bóxer negros. Tom siguió su mirada y acarició el grosor con la palma de una mano. A ella le hirvió la sangre.

—Sí... Me gusta...

¡No! ¿Quién controlaba su boca? Porque ella no había dicho aquello.

—¿Qué es lo que te gusta, Eva?

—Tú —reconoció.

Tom deslizó un poco de tela hacia abajo, mostrando piel y vello, hasta que apareció la base del grueso tronco de su miembro. Eva empezó a jadear.

—Esto también te gusta —se regocijó Tom—. No haces más que mojarte y temblar. ¡No! No he dicho que puedas cerrar las piernas. Deja que te vea bien y mírame tú a mí.

Separó los muslos, mostrándose ante él, y palpó de pies a cabeza. Se recordó una vez más que estaba allí para experimentar, para absorber las sensaciones que él le había prometido.

Lo vio ponerse en pie sobre la cama, enorme como una montaña, ocultando la luz. Se quitó los pantalones y después terminó de desnudarse por completo, lanzando los calzoncillos por encima del hombro sin perder la sonrisa descarada.

Eva pegó la espalda al colchón al contemplarlo desnudo. Era demasiado. Transmitía vigor, fuerza y virilidad, auténtica pasión. Términos que a ella se le quedaban cortísimos en comparación. Debería existir una entrada en el diccionario en la que solo existiera el adjetivo «Tom» para describirlo.

Abrumada, se clavó las uñas en las palmas de las manos y tiró de las esposas.

—Eres preciosa, Eva. ¿Recuerdas tu palabra?

—*Adagio*...

—¿Quieres decirla?

—No. No quiero decirla.

Tom se cubrió la erección con la mano y ella se pasó la lengua por los labios. Eva vio cómo se acariciaba el glande con el pulgar, y cómo el contacto estremeció todo el cuerpo de Tom. Eva se estremeció también, como respuesta. Cuando él la miró de arriba abajo, como un manjar que no pudiera esperar a devorar, la sangre empezó a hervir en sus venas, y toda su atención se centró en lo que él tenía sujeto con el puño.

Tom enarcó una ceja con gesto travieso y comenzó a acariciarse la rígida erección. Ella empezó a jadear al descubrir lo emocionante que resultaba verlo hacer algo así. Estaba sofocada, sí; notaba la piel ardiendo, también. Sudaba, temblaba y le ardía el clitoris. Tiró de las esposas y fue consciente de la descarada necesidad de poner las manos sobre el cuerpo de Tom.

Él echó la cabeza hacia atrás emitiendo un ronco gemido. La lujuria brotó de él con cada movimiento que hacía con la mano, para rociarla a ella como una invisible lluvia que le calentó la piel y las entrañas.

Un chisporroteo subió desde su sexo hacia su cerebro y se removió. Llevaba mucho tiempo deseando sentir su piel; los había imaginado a los dos fundidos en un acalorado abrazo, y en ese momento se veía privada del contacto mientras él desplegaba su ardiente erotismo frente a ella, como un macho realizando una danza de apareamiento. Y algo de baile tenía su forma de tocarse: ritmo y sensualidad a partes iguales, emoción y temperamento.

Se sintió desolada.

—Tom...

Él bajó la mirada hacia ella. Tenía los ojos encendidos y el rostro deliciosamente ruborizado. Su cuerpo estaba tenso.

—¿Sí? —preguntó como ni nada.

Eva tragó saliva.

—¿Qué haces?

—Dímelo tú.

—Tom, no sé... lo que haces..., pero deja de hacerlo, por favor.

Él se movió hacia abajo, agachándose hasta quedar acuclillado entre sus piernas, con un equilibrio digno del mejor bailarín.

—¿Y qué quieres que haga, Eva? Te he dicho que te deseo..., pero tú no me has dicho que me deseas. ¿Cómo puedo saber lo que quieres, si no dices nada?

Se le contrajo el vientre.

—Te deseo.

—Las cosas no funcionan así —murmuró él, con la mirada oscurecida y la voz áspera—. Aquí jugamos los dos, no solo yo. Tú disfrutas porque yo te proporciono placer, pero yo quiero disfrutar del placer que tú me puedes dar. Y no me lo das. Te lo guardas para ti. Te contiene. No confías en mí.

—No sé a qué te refieres...

—Sí que lo sabes, preciosa.

Acercó la mano al sexo de Eva y le acarició los pliegues empapados. Ella perdió el hilo de la conversación y cuando Tom deslizó un dedo dentro de ella, se arqueó temblando. La acarició por dentro con suavidad, con calculada calma, mientras rozaba su clitoris con el pulgar, hasta que un agudo placer hizo que encogiera las piernas por la impresión.

Tom retiró la mano, dejándola a mitad de camino, y Eva contuvo un sollozo. Apretó los muslos para contener el doloroso deseo que escapaba de sus pliegues.

—Si cierras los muslos, te ato los pies.

—Lo siento, Tom..., yo...

—No te disculpes. Estoy aquí para hacerte gozar. Relájate y permite que me encargue de todo. Me muero por ti, Eva. Y tú te mueres por mí. ¿A que sí?

—Sí...

—Separa las piernas, cielo.

Ella lo hizo y Tom volvió a centrar las caricias sobre su clítoris. Un torrente de calor le cubrió la piel hasta dejarla sudorosa y sollozó de alivio.

—¡No! —exclamó tirando de las esposas cuando Tom dejó de tocarla, moviendo las caderas con desesperación—. No hagas eso, por favor...

—¿No quieres que te toque?

—No quiero que dejes de hacerlo —murmuró.

—Pues yo no quiero que te controles —exigió—. Quiero que te liberes, que dejes de pensar, que te entregues a mí por completo. ¿Lo harás?

—Sí... —admitió.

—¿Sí, qué?

—Sí, Tom. Me entregaré a ti.

—¿Tengo tu palabra de que, pase lo que pase, mientras el éxtasis te posea, intentarás no reprimir ni una sola emoción?

Era la petición más difícil que le habían hecho en la vida.

—Lo intentaré.

—No te controles ni te niegues a ti misma el placer. Ah, las piernas. Las quiero abiertas. No querrás hacerme enfadar, ¿verdad?

El tono de su pregunta atravesó su sexo como una ardiente llamada, y tuvo que refrenar el impulso de cerrar las piernas cuando sus pliegues se anegaron de forma escandalosa.

—N-no... no lo haré.

—Te voy a follar a conciencia, Eva. Y no habrá lugar en esta habitación en el que puedas esconderte de mí.

Se tumbó encima de ella y su cuerpo gritó de alivio cuando Tom apretó el estómago contra el sexo de Eva. Su abdomen ardía, y ella se removió intentando aliviar la sensación del contacto. Tom la sujetó por la cintura para restregarse contra sus pliegues, frotando la piel dura de su vientre contra el clítoris con una fricción que le erizó todo el cuerpo. Gimió al descubrir que le empapaba la piel.

—Dios mío... —exclamó.

Tom se inclinó sobre su boca y capturó sus labios con un beso lento y profundo, en el que la lengua exploró cada recoveco de su boca como si fuera la primera vez que la besaba. Esa lengua había estado en su sexo y le había acariciado el clítoris. El recuerdo le provocó una dolorosa punzada que se unió a la devastadora estimulación contra su sexo.

Tom aumentó la pasión de aquella caricia; la zona comenzó a arder, y Eva llegó a pensar que prendería, pues la fricción provocaba chispas. Sin poder aguantarlo más, rodeó su cintura con las piernas para apretarlo a ella.

—¡Tom! —suspiró sobre su boca tirando de las esposas. Quería agarrarse a su espalda para sostenerse.

—Estoy aquí, Eva.

¡Ya sabía que estaba allí! Ese era el problema. Estaba allí, en todas partes, y Eva ardía por él. Lo necesitaba demasiado, y se dio cuenta de que una vez no sería suficiente. La idea de que después de esto no hubiera una segunda ocasión resultó insoportable.

—Por favor... —pidió apretando los muslos contra sus caderas.

Él alzó la cabeza para mirarla con los ojos oscuros, hambrientos, repletos de deseo. Después, se levantó, arrodillándose ante ella, y agarró sus muslos para separarlos. La ausencia de contacto fue demasiado dolorosa y se convulsionó con un gruñido.

—Eso es, preciosa. Deja que el deseo te inunde —pronunció él con una voz profunda—. Yo sé lo que necesitas. Deja que te lo ofrezca tal y como lo quieres.

Tom separó sus rodillas con las manos y la abrió hasta que sus muslos se pegaron al colchón. Estaba tan abierta que empezó a notar los tirones en los músculos de la cara interna. Cuando él clavó una ardiente mirada en su sexo, ella notó que se empapaba aún más. Sin que pudiera estar preparada para una cosa así, Tom se balanceó hacia delante para deslizar su miembro entre los pliegues de su sexo, separando los labios para hacerlo descansar entre ellos, hasta que el duro glande entró en contacto con el clítoris.

Se puso tan tensa que las correas crujieron. Sintió la sedosa y abrasadora superficie de su corona palpitando justo encima de la parte más sensible de su sexo. Cogiéndola por los pies, los aprisionó debajo de sus piernas y con las rodillas le separó aún más sus muslos. Eva comprobó que no podía moverse ni hacer otra cosa que no fuera sentir.

Los dedos le abrasaron la piel tirante del interior de los muslos cuando la acarició, dirigiéndose hacia su sexo. Con los pulgares, separó sus labios y envolvió su erección con ellos, empapándose con la riada que manó sin control. Eva se ahogó, se retorció y chilló cuando descubrió que nada podía hacer salvo confiar en él y entregarle todo lo que pedía.

Cuando Tom comenzó a mecerse hacia delante y hacia atrás, se puso a gritar. Cuando su glande no la tocaba, la ausencia de roce era insoportable, y luego, en cuanto entraban en contacto, ardía.

—Tom, por favor... ¡Dios! No puedo...

—¿Te gusta? —preguntó con la voz convertida en un afilado susurro—. ¿Quieres más? Dime lo que quieres y te lo daré.

—A ti..., te quiero a ti —dijo con la voz preñada de necesidad.

Él se movió con más intensidad, acariciando toda su hendidura, resbalando con facilidad. Eva se retorció, enloquecida.

—¿Y qué quieres de mí? —graznó—. Dímelo, palabra por palabra.

—A ti..., te quiero a ti. Quiero que tú... me... me...

No podía hablar. Tom le puso la palma de una mano sobre el monte de Venus y presionó. Con el pulgar tiró hacia arriba y expuso la carne de su clítoris, haciendo que el roce doliera de verdad. Algo se rompió dentro de ella.

—¡Por favor! ¡Te lo ruego..., haz lo que sea!

—¿Quieres que te folle, Eva?

—¡Sí!

—¿Sí, qué?

—Fóllame —murmuró ella; ni siquiera recordaría después haber dicho algo así—. Por favor... Fóllame, Tom. Por favor...

—¿Me quieres dentro de ti?

—S-sí..., sí..., por favor, por favor...

—Adoro cuando me lo pides por favor...

Eva escuchó que algo se rasgaba, y observó con los ojos nublados cómo Tom abría el envoltorio de un preservativo. Durante unos instantes sus sexos dejaron de estar en contacto y Eva gruñó, furiosa, hasta que sintió su erección en la abertura de su sexo.

Se echó a temblar cuando sus músculos comenzaron a dilatarse. Gimió al sentir el ardor de la tirantez, ese dolor picante que tan bien conocía y tanto placer le causaba al bailar. Tom se impulsó con un gruñido y Eva gritó cuando ese dolor se transformó en una cuchillada caliente cuando la atravesó.

—Me duele... —sollozó.

Con la respiración entrecortada, Tom se tumbó sobre ella hasta cubrirla por completo y se quedó quieto, arrullándola con dulzura. Eva cerró los ojos, temblando, sintiendo cómo su carne ardía y envolvía la de Tom, mientras él le acariciaba las mejillas con los labios y susurraba disculpas. El dolor fue un mero trámite



durante el cual él permaneció cuidándola.

Se le saltaron las lágrimas cuando el ardor se transformó en una encendida palpitación. Tiró de las correas y en aquel instante percibió la cruda intensidad que se desprendía de toda la explicación que Tom le había dado antes.

Estaba a su completa merced, y él se encargaba de cuidarla, de protegerla, de que estuviera cómoda. Dios, era tan perfecto... Solo tenía que entregarse a su experiencia para que todo fuera increíble.

Tom le apartó el pelo mojado de la cara y le acarició las mejillas, y Eva se sintió rodeada por una apabullante sensación de pertenencia hacia él.

—Lamento que te doliera, preciosa... —murmuró, con la voz igual de temblorosa que su cuerpo—. Relájate y siénteme. Soy todo tuyo.

El ronco sonido hizo que se estremeciera y su cuerpo se encendió. Tom se deslizó más hacia dentro, recorriendo su vagina con una lenta caricia que la enloqueció.

Se impulsó hacia él y los dos quedaron sin aire a la vez.

—Quieta —demandó—. Sé lo que deseas... Te lo daré, Eva. Pero será cuando yo lo diga.

Una necesidad desconocida rugió dentro de Eva y se convulsionó por la sorpresa cuando él alcanzó una parte que había dentro de ella. Todas sus terminaciones nerviosas se despertaron con un tórrido foganazo y anheló ese roce con desesperación.

Tom la asió por las caderas para detenerla. Frenética, se pegó a su cuerpo, luchando para no perder el contacto. Necesitaba ese alivio. Escuchó gruñir a Tom, y él comenzó a deslizarse, recorriéndola centímetro a centímetro hasta casi salir.

—No sé cuánto aguantaré —reconoció él—. Eres muy cerrada.

Cuando embistió, su glande golpeó en un punto de su interior que le paró el corazón, un segundo antes de volver a latir con violencia.

—Ah, así es como lo quieres...

Tom empezó a moverse y prendió fuego a su sexo, recorriendo su interior con pasadas firmes y prietas, golpeándola con las caderas al final del recorrido, impactando contra su interior, contra su clitoris y sacudiendo todo su cuerpo.

Eva se abandonó por completo ignorando todo lo que no tuviera relación con Tom y la cama sobre la que se encontraban. Él se apoyó en las rodillas y las manos y clavó los ojos en los de ella mientras la embestia, revistiendo de pasión cada movimiento. Cada vez que su cuerpo chocaba, ella se sacudía y se arqueaba, y su mundo se resquebrajaba un poco más. Empezó a jadear de placer, asfixiada por las sensaciones. Tom se inclinó un poco más hasta reducir todo su campo de visión, de modo que todo quedó a oscuras, excepto el fuego que ardía en las pupilas de su amante.

—Eres tan preciosa que me correría viéndote así, tan entregada, tan dulce...

Eva resopló, con el cuerpo rugiendo de pasión por Tom. Él embistió con más fuerza, levantándola de la cama, haciéndola volar. Se movió tan deprisa que ella no pudo respirar. Tenía los músculos duros, el cuerpo tenso, sus caderas la golpeaban con fuerza y su miembro la llenaba por todas partes. El roce fue devastador, no lo podía soportar, se impacientaba cuando se retiraba y gritaba cuando la llenaba. Ansiosa, comenzó a moverse con él, buscándolo.

Él sonrió, extasiado.

—Eso es... Oh, sí, muy bien, nena. Baila conmigo. Eres tan buena...

Eva apretó los puños; ni siquiera sabía lo que estaba pasando, pero no podía seguir aguantándolo, no podía seguir conteniéndose. Tom se alzó entonces, apoyándose únicamente en las rodillas. Sujetándola por las caderas, comenzó a moverse más deprisa, y Eva sintió que su voluntad se quebraba.

—Vas a correrte, Eva... No te contengas.

Aceleró de un modo inhumano, apasionadamente salvaje. Clavándole los dedos en los muslos, se hundió en un lugar tan profundo que la sangre inundó el cuerpo de Eva, su piel se cubrió de sudor hasta que no pudo seguir respirando y su sexo empezó a ceñirse al de Tom con violencia.

—Tom... No puedo...

—¡Sí puedes! Estoy aquí. Dentro de ti. En todas partes —exclamó.

La aplastó contra la cama, empujándola hacia un desconocido y oscuro placer. Una lacerante sensación se instaló justo bajo su clitoris, sumando niveles al placer.

—Te contienes, Eva —rugió él—. Incluso así..., incluso ahora. No voy a parar hasta que me lo entregues todo. Déjate llevar. No te controles... Dámelo, Eva. Lo quiero.

La forma en que la poseía era demencial, frenética. El placer creció y se desbordó y Eva descubrió que le gustaba. Aquello le gustaba. Aquel caos, el frenesí, era liberador. El cuerpo de Tom estaba en todas partes, en el aire, en su sangre, en su piel.

—¡Tom!

Las emociones explotaron con la impetuosidad del oleaje contra las rocas. Empezó a temblar y a sollozar, su sexo palpitó y se apretó contra el de Tom. El placer que se desbordó de su vientre parecía que no tenía fin y tuvo la sensación de que se rompía en dos mientras el orgasmo se apoderaba de su mente y de su cuerpo.

Mareada, intentó retenerlo, pero tenía las manos atadas y solo pudo asistir, impotente, a su propia rendición. Gritó con todas sus fuerzas mientras el temblor del éxtasis la recorría.

—Oh, sí, Eva... ¡Joder!

Tom aulló con ella cuando, instantes después, el orgasmo lo apresó. Su miembro, grueso y caliente, se hinchó. Embistió contra ella, temblando de éxtasis, y una cálida corriente de satisfacción invadió a Eva al ser partícipe de la lujuria de él.

Tan rápido como llegó, el éxtasis se desvaneció. Tom se tambaleó antes de caer rendido sobre ella, y su cuerpo, caliente, húmedo de sudor, vibrante, la acarició de un modo tierno y dulce.

Aún sin terminar de creer lo que había pasado, parpadeó para evitar el escozor en los ojos.

—Déjalo salir, preciosa —oyó que decía Tom, en algún lugar por encima de ella—. Sea lo que sea eso que te está haciendo daño, déjalo salir. No reprimas ninguna emoción.

La estrechó con un abrazo que nada tenía de lujurioso, y algo parecido a la felicidad, al alivio, se derramó en su interior, brotando del corazón hacia las entrañas. Su único deseo en ese momento fue llorar.

Hundió la cara en el cuello de él, empapándole la piel de lágrimas. Tom se fundió con su piel desnuda. Cubriéndole la mejilla con una mano, la besó con pasión. Ella se ahogó en su boca. Apenas podía respirar por el hipo y los sollozos, pero por alguna razón no quería apartarse de sus labios.

—Tu entrega ha sido muy dulce, preciosa. Ha sido alucinante, ¿a que sí? —preguntó él con suavidad.

Eva asintió, respirando de los labios de Tom un aliento que necesitaba hasta que, después de una eternidad, la adrenalina comenzó a disolverse en su sangre y la realidad comenzó a dibujarse en torno a ella.

Pero estaba tan cansada... El alivio que sentía era tan inmenso que cerró los ojos y se quedó dormida.

Despertó sumergida en una plácida calidez. Sentía sobre la piel pegajosa el suave roce de las sábanas. Era una sensación agradable, gustosa. Estaba desnuda. Se removió somnolienta, forzándose a apartar el sueño de su cabeza. Se giró sobre la cama y notó un calambre entre las piernas, un dolor lacerante que le despejó la cabeza de inmediato.

—Hola, preciosa.

Aquel susurro fue como una caricia directa a su sexo. La voz de Tom era caliente, surgía desde el fondo de su pecho y la hacía pensar en mullidos edredones de plumas. Se apartó el pelo de la cara mientras trataba de incorporarse; tenía la piel tan sensible que el roce contra sus pezones le provocó un gemido.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media de la noche. Has estado dormida veinte minutos.

Cuando lo vio desnudo, sentado en una silla junto a su lado de la cama, reprimió un suspiro. Había encendido una lámpara más pequeña al fondo, cerca de los sillones, que iluminaba la habitación con tonos cálidos. El tono dorado trazaba juguetonas sombras sobre el magnífico cuerpo de Tom, cubriéndolo con un color ambarino que le daba un aspecto aún mucho más apetecible. Desplazó la mirada por su abdomen y trató de distinguir su sexo entre las sombras cuando miró más abajo.

La certeza de que había tenido sexo con él fue más real y se estremeció. Sexo agotador. Intenso. Brutal. Se sentía como cuando bailaba sin descanso y liberaba ingentes cantidades de adrenalina, para después quedarse dormida de puro agotamiento. Conocía muy bien la sensación, acostumbraba a buscarla en el baile y la había hallado también de un modo que jamás había pensado encontrar.

Los músculos todavía vibraban por el esfuerzo, el hormigueo que precedía a unas dolorosas agujetas comenzaba a crepitar en sus brazos y sus muslos. Se llevó una mano al vientre: notaba un hormigueo dulce y, a la vez, picante; un fuego que ardía y rugía cada vez que respiraba.

Había sido la experiencia más física de su vida, y su piel todavía chisporroteaba. Su clítoris todavía palpitaba.

Miró al hombre que había puesto su mundo del revés, y él le devolvió una sonrisa satisfecha y canalla. Tom había usado sus manos y su boca para despertar sensaciones desconocidas en su cuerpo, para calentarlo hasta el punto de ebullición. Sus dedos eran diestros y ásperos, su lengua caliente y experta. Tom sabía cómo complacer a una mujer igual que Eva sabía realizar un *fouetté en tournant*.

Con el sexo, igual que con el ballet, se necesitaba práctica, y Eva no tenía ninguna. En cambio, Tom era un auténtico artista. ¿Qué había hecho ella todo el tiempo que Tom la succionaba y absorbía su placer con los labios? Nada. Aferrarse a la cordura como a un clavo ardiendo. ¿Había logrado dejarse llevar? No lo sabía, solo tenía la certeza de que su cuerpo había ardido con un fuego tan abrasador que todavía le dolía toda la piel.

Había disfrutado con él, estaba tan satisfecha que se mojaba solo con recordar el tacto de sus manos, pero tenía la sensación de que él no había disfrutado con ella.

—Tus pensamientos me están dejando sordo —canturreó él, acercándose a la cama.

Eva recordó una de los mantras de Natalia en cuanto a sus relaciones con los hombres: no les gustaba hablar después del sexo.

Notó un intenso dolor en el pecho y no quiso pensar en ello. Sus emociones eran demasiado vulnerables en este momento como para detenerse a analizarlas. Lo haría más tarde, cuando estuviera sola. Ahora que él había satisfecho sus ansias de tener sexo y Eva había saciado su curiosidad, podían seguir cada uno a lo suyo.

Se arrastró hacia el otro lado de la enorme cama y tiró de la sábana para cubrirse con ella.

—¿Eva? —No necesité darme la vuelta para ver cómo Tom había enarcado las pobladas y sexys cejas. Ella se concentró en buscar su ropa—. ¿Qué haces?

—Vestirme —respondió poniéndose las bragas.

—Eso ya lo veo. Lo que quiero saber es por qué lo haces. ¿A dónde piensas ir?

Su presencia invadió la habitación hasta que no quedó ni una sola molécula de oxígeno que no oliera a él. Estaba empleando otra vez ese tono de mando que la dejaba atontada.

—Es tarde —explicó, luchando por mantener la calma—. Tengo que volver con mis padres. Ha sido genial, gracias por todo—añadió.

No encontraba el sujetador, y lo buscó debajo de la cama.

—No es lo que estás pensando —le dijo Tom—. Lo que has sentido mientras follábamos no es nada malo. Te has dejado llevar, tus sentimientos y emociones han sido sinceros.

¿Seguro? ¿Tenía Eva emociones o la disciplina se las había arrebatado? ¿Y si no tenía nada, como el director le había dicho todas las veces? Nunca se había dejado llevar, y no podía saber si se había entregado del todo a Tom. Se puso el suéter de forma apresurada.

—Eva, para.

Ella le dio la espalda mientras sacudía los pantalones.

—Agradezco lo que has hecho por mí, Tom —comentó, intentando sonar amable—. Me has hecho sentir genial, ahora sé lo que es dejarse llevar y...

—¿Y por qué yo me siento como si te hubiera ultrajado?

A Eva le temblaron las manos, no quería que se sintiera mal de ninguna manera.

—Lo siento.

—Deja de pedirme disculpas, joder. No lo soporto —masculló él—. ¿Se puede saber qué te pasa? Estábamos bien y ahora quieres salir corriendo.

Tom le puso una mano en el hombro y ella dio un salto, alejándose de él para buscar su bolsa de baile.

—Te-tengo que volver a mi casa... antes de que se enteren de que he pasado la tarde contigo —tartamudeó.

—Mírame —exigió. Ella no lo hizo—. ¡Mírame, Eva!

Levantó la cabeza. Seguía desnudo y desde aquel ángulo, la luz impactaba en su cuerpo realizándolo como a un bailarín saliendo a escena. No podía mirarlo sin sentir un intenso hormigueo en las manos, en la punta de los dedos, causado por el deseo de tocarlo. No había podido hacerlo, en cambio él había acariciado cada centímetro de su desnudez.

Pero no era eso lo que más molestaba; lo que de verdad dolía era no haber estado a la altura.

—No, no es por eso por lo que quieres irte —adivinó él, lanzándole una mirada de sospecha—. No ha sido por darme el control. Te has acojonado.

—En absoluto —respondió con la voz estrangulada—. Te he dicho que me has enseñado a dejarme llevar y te doy las gracias por ello...

—No te estaba haciendo ningún puto favor, Eva.

Era la primera vez que lo veía molesto, y eso solo aumentaba su confusión. Él solo quería sexo y ella no había sido capaz de cumplir. Necesitaba pensar en lo sucedido, pero no podía hacerlo con él delante, porque su cuerpo y su voz la afectaban de manera física y emocional.

—¿Tan malo te parece lo que hemos hecho?

—Ha sido agradable... —trató de decir.

—«Agradable» es pasear bajo el sol en invierno. Los orgasmos que hacen llorar son algo más que «agradables».

—¡Basta, Tom! —estalló ella. Su entereza se desmoronó y un enorme sollozo le inundó el pecho. Había sido su primera vez, Tom había removido todo su mundo, y se sentía molesta por algo que no sabía lo que era—. ¡Ahora no quiero hablar, no quiero tener esta conversación! Solo quiero... marcharme...

—Chorradas —murmuró cogiéndola por los brazos.

La apretó contra su cuerpo y la besó. Eva se rindió.

Escuchó un intenso zumbido en los oídos, y en cuanto tocó la piel desnuda del pecho de Tom, se sintió mucho mejor. Él la estrechó con más fuerza; no había lujuria en sus gestos, solo pasión y febril anhelo. Cuando él finalizó el beso, a Eva le quedó en los labios un regusto a desesperación.

Se dijo que solo había sido sexo. Doloroso, ardiente y carnal; pero Tom se lo había tomado muy en serio, y ella no sabía qué tenía que hacer ahora. Así que permitió que él le quitara la ropa; parecía dominar la situación mejor que ella.

—Lo siento... —Odiaba sentirse tan inútil.

—No digas nada —solicitó, poniéndole el pulgar sobre la boca.

La llevó hasta el cuarto de baño. Había una enorme bañera de porcelana apoyada sobre patas en forma de garra, y Tom abrió el grifo de la ducha. Mientras se formaba una neblina de vapor con el agua caliente, entró con ella en la bañera y corrió la cortina.

La empujó hacia el chorro de agua con suavidad. Estaba muy caliente. El agua cubrió cada uno de sus músculos transmitiendo un placentero hormigueo por todo su cuerpo.

—¿Está bien de temperatura? —le preguntó pasándole las manos por las mejillas húmedas—. ¿La quieres más fría?

—Así está bien —respondió.

Él la abrazó y permanecieron en silencio bajo el agua, juntos. No la presionó, no dijo nada, solo se quedó allí respirando de forma pausada. Reconfortada, cerró

los ojos, apoyando la mejilla sobre su pecho resbaladizo y caliente. Fue una sensación deliciosa.

—¿Tienes hambre? —le preguntó al cabo de un rato.

Sintió una cálida corriente bajar por el pecho hacia su vientre.

—La verdad es que sí.

—Iré a buscar la cena, espero que te guste la pizza.

—¿Vas a hacerlo desnudo? —se atrevió a bromear. Cuanto antes se relajara, mejor para ambos.

—No —respondió riendo—. Aunque si la idea te pone cachonda...

Ella también sonrió, divertida. Con él no tenía que fingir, solo tenía que ser fuerte y manejar la situación como la adulta que era. Apretó las manos contra su fornida espalda y se recreó en la agradable temperatura de la piel masculina. No se estaba tan mal así, después de todo.

Tom comenzó a acariciarle la parte baja de la espalda, dibujando arabescos sobre su piel.

Sin previo aviso, la hizo girar y la puso de cara a la pared.

—Apoya las manos en los azulejos —demandó.

Obedeció, notando un calambre entre las piernas cuando Tom se curvó sobre su espalda. Cogió el bote de gel, lo derramó sobre una esponja y comenzó a enjabonarle los pechos.

El roce sobre los pezones le arrancó un lamento. Tom deslizó la esponja por su vientre y bajó hasta sus muslos, donde comenzó a frotarle la piel de las piernas, descendió hasta las rodillas y volvió a subir para enjabonar su espalda, dándole un masaje con la palma de la mano.

—No he dejado de mirarte mientras dormías con una enorme sonrisa de satisfacción en la cara —comentó besándole los hombros—. No podía dejar de mirarte, Eva, y tampoco quería hacerlo.

—¿Y qué ganabas mirándome? —preguntó.

—Me gustaría que algún día bailaras desnuda para mí, quiero apreciar cada uno de tus músculos mientras te mueves. —Deslizó las manos por sus caderas y le acarició las redondas nalgas.

—El ballet son luces y vestuario —señaló ella con un suspiro.

—A la mierda el ballet, Eva. No bailarás una coreografía, sino algo que te nazca de dentro.

Cuando le puso la mano en el vientre, Eva empezó a jadear, notando que su piel se ponía sensible y sus pezones, tirantes. Tom debió de percibir su estado, porque subió las manos por delante y le rozó un pezón de forma tan tierna que ella emitió un chillido de asombro cuando una cuchillada de placer le atravesó el pecho.

—Voy a quedarme con tu sujetador, Eva.

—No puedes hacer eso... Lo necesito.

—No, no lo necesitas. ¿No querrás discutir conmigo?

Su amenaza hizo que sus pliegues se mojaran. Escandalizada por la reacción, se apretó los senos con las manos para aliviar la tirantez que sentía en los pechos.

—No te preocupes por esto —le dijo él, tocándole la piel de las muñecas—. Lo tienes un poco irritado, pero con un poco de crema se te pasará. Tienes la piel muy sensible.

—¿Habías hecho esto antes? Lo de atar a una chica, quiero decir...

—Sí, Eva. Es mi forma de entender el sexo —explicó sin andarse por las ramas—. No puedo hacerlo de otra manera. Me gusta atar, me gusta dominar, me gusta poner a prueba tus límites físicos... y emocionales.

A Eva le dolió saber que no era la primera vez. Aquel pensamiento la irritó e hizo que tuviera ganas de echarse a llorar por estúpida.

—Yo nunca había tenido un orgasmo —confesó mirándolo por encima del hombro. En realidad, sí los había tenido, pero nunca habían sido tan intensos.

Tom la besó mientras le cubría los pechos con las palmas de las manos.

—¿Nunca te habías masturbado? —preguntó. Ella contuvo la respiración, y Tom se rio por lo bajo—. Sí, seguro que lo has hecho. Pero supongo que tienes razón, tus dedos son finos y elegantes, los míos, en cambio... —Para dar fe a sus palabras, aprisionó sus pezones con fuerza.

El dolor la cegó durante unos instantes.

—No hagas eso...

—¿No te gusta? Dime sí o no, Eva. ¿Te gusta este pequeño dolor? —exigió mientras hacía rodar los dos brotes de un lado a otro. Ella lo agarró de las muñecas, poniéndose de puntillas para intentar apartarse.

—Sí —murmuró.

—¿Sí, qué?

Puñeteras preguntas, la sacaba de quicio.

—Me gusta ese dolor.

—¿Serías capaz de soportarlo mientras follamos?

—¡No! No estoy segura.

—Tienes unos pechos preciosos, Eva —aseguró, liberándola. Ella dejó salir el aire. Tom deslizó las manos por su cintura y se aferró a sus muslos—. Tus piernas me vuelven loco. Tienes mucha fuerza en ellas. Casi me estrangulas mientras te lamía el clítoris. ¿También era la primera vez?

—Sí..., era la primera vez —respondió antes de que Tom le preguntara con un «¿Sí, qué?».

—Adoro ser el primero en todo contigo, Eva. —Los labios de Tom rozaron el lóbulo de su oreja mientras acariciaba sus piernas—. ¿Qué más cosas no has hecho? Quiero estar preparado.

—No sabría decirte...

La hizo girar y capturó sus labios. Su lengua invadió sin resistencia la boca y los sentidos de Eva, que se rindió ante el placentero calor que siempre parecía brotar de él. Levantó los brazos para enroscarlos en torno a su cuello y se estrechó contra su pecho.

—Lo descubriremos juntos, Eva —prometió él—. Confía en mí.

El día había amanecido frío y el ambiente estaba cargado de humedad. El jardín de Mónica estaba cubierto por una capa plateada de rocío y el sol apenas calentaba. Era demasiado temprano para estar allí, pero trabajar lo ayudaría a sobrellevar la larga espera hasta que Eva terminara su jornada en la compañía.

Se colocó el mono, se cambió las botas y se puso los guantes. Sacó las herramientas del cobertizo y cargó con un par de sacos de tierra y compost para plantar unos bulbos.

Las plantas trepadoras ya habían comenzado a arraigar, y en cuestión de un par de años habrían subido por lo menos hasta la ventana del primer piso. En primera fila plantaría los narcisos, para que fuera lo primero que viera Mónica al salir de casa por las mañanas. Después, unos lirios, cuyas hojas carnosas formarían un elegante manto verde, y quedarían resguardados bajo la sombra de los árboles. Las azucenas y los tulipanes los plantaría cerca de la valla. Había construido un camino de baldosas de piedra desde la puerta de la valla hasta el porche, y por los bordes plantaría unas fresias. Era la mejor disposición posible para que el jardín quedase espléndido.

Empezó a trabajar de muy buen ánimo. Estaba tan entusiasmado que empezó a canturrear mientras abría unos surcos con el rastrillo y regaba los lirios recién plantados, rememorando los instantes vividos con Eva.

Había sido una experiencia jodidamente intensa. El primer orgasmo había sido explosivo; su rostro había mostrado una cruda expresión de gozo aderezada con una pizca de vergüenza. El segundo había sido tan devastador que al recordarlo sintió que la sangre comenzaba a bombear hacia su pene.

Los gritos de Eva, sus gemidos, su sabor..., todo en ella le había encantado. Había estado tan caliente y había sido tan estrecha que durante un momento temió por la integridad de su polla. Joder, lo había apretado como un puño mientras se corría y se retorció. Estrecha, ardiente y sumisa.

Dos horas antes estaba enterrado en ella hasta el fondo, empapándose los muslos con los jugos que manaban de su tierno sexo, mientras ella luchaba por despertarse y respirar. Había sido el mejor polvo mañanero de su vida, y estaba deseando hacerlo otra vez.

Comprobó que solo hacía media hora que había empezado a trabajar; ¿cómo iba a aguantar las ocho horas que le quedaban de jornada si cada vez que pensaba en Eva se ponía como una piedra?

Había pensado que follarse le quitaría las ganas, pero no. En ese momento, más que nunca, deseaba sumergirse en ella muy despacio, lentamente, en profundidad. Soñaba con amarrar sus delicados tobillos para mantenerla abierta y deslizarse por su estrecho canal hasta que ella suplicara un orgasmo. La asfixiaría en lujuria y pecado, hasta borrar de su mente y de su cuerpo las barreras que le impedían disfrutar plenamente del sexo y de la vida. Había confesado sentir placer por un poco de dolor en los pezones; ¿soportaría la misma intensidad durante el sexo? Tenía que comprobarlo.

Ahora que ya había superado lo de ocultar sus senos...

—Te has acostado con ella, ¿verdad, Tom?

Mónica estaba de pie en el porche. Acababa de levantarse; lo sabía porque aunque estaba vestida no se había maquillado. Tenía la mirada resplandeciente y serena. No pudo reprimir una sonrisa; al parecer, él no era el único que había disfrutado de buen sexo.

—Buenos días a ti también, Mónica —respondió con sorna—. ¿Una noche interesante?

En ese momento, Christopher salió de la casa y se acercó hasta la mujer para darle un beso en la mejilla, pasándole el brazo por la cintura.

—Buenos días, Tom —lo saludó.

Sonrió en dirección a Mónica dejando por un momento lo que estaba haciendo, y vio que la mujer se ruborizaba. Ella y su amante jamás se habían visto fuera del club, lo que quería decir que iban en serio, porque Christopher tenía todo el aspecto de haberse quedado a dormir. Aquel hombre se llevaba treinta años de diferencia con la mujer, y estaba encantado con la relación que mantenía con ella, se le notaba en la cara.

—Vaya, vaya, sí que ha sido una noche interesante... —comentó Tom—. Enhorabuena.

—Chris, cielo, quiero hablar de un asunto con Tom —dijo Mónica acariciándole la mejilla a su amante—. ¿Puedes preparar un café?

—Claro. ¿Te quedarás a desayunar, Tom? —le preguntó, animado como un colegial tras su primera cita.

Lo cierto es que aquellos dos mantenían una relación que no tenía nada de adolescente, pero verlos de aquella manera le pareció muy gracioso.

—Quiero café, zumo de naranja y unas tostadas francesas, por favor. Y gofres. ¿Te queda sirope de arce? Ah, y me lo sacas fuera, así no pierdo tiempo.

—¿Y qué más? ¿Un masaje en la espalda?

—No me vendría mal, ya que te pones... ¿Puede ser con final feliz?

Christopher entró en la casa riéndose y Tom volvió al trabajo sin perder el humor. No tenía ganas de recibir una lección de moralidad materna, pero Mónica se disponía a ello, así que atacó primero.

—¿No tendrías que estar en la pastelería?

—Mira, Tom —empezó a decir ella con un tono acusatorio demasiado irritante—. Sé que no soy quién para decirte lo que puedes o no puedes hacer...

—En eso tienes razón.

—... pero esa chica no te conviene.

—Sí, ya me lo dejaste claro.

—Has pasado la noche con ella.

—Y tú la has pasado con Chris —señaló él—. Y me parece de puta madre, así que deja que yo me ocupe de mis asuntos.

—No me estás escuchando.

—¿Qué quieres que te diga, Mónica? —preguntó sin mirarla—. Sí, me he acostado con ella, y sí, quiero seguir acostándome con ella. La cuidé, disfruté y la dejé satisfecha. Esta mañana la he llevado a casa como un buen chico. No tengo intención de partirla el corazón, si eso es lo que te preocupa.

—No es ella quien me preocupa —respondió Mónica.

Tom enarcó una ceja en su dirección.

—Pues por mí tampoco tienes que preocuparte. Por el momento, lo nuestro es solo sexo. Si ella quiere más, lo iremos viendo.

—¿Ves? A eso me refiero. No puedes saber si ella va a querer más.

No pudo evitar reírse a carcajadas.

—Por los gritos que daba, estoy seguro de que va a querer más.

—Tom... —La mujer sacudió la cabeza—. Su abuela era un desastre para las relaciones personales. Era muy ambiciosa y llevaba una forma de vida muy distinta a la de las demás personas. Aunque Eva te pueda parecer inocente, sigue perteneciendo a una familia de la élite.

—Mónica, de nuevo, no sé qué quieres que te diga —protestó él dejando de rastrillar para mirarla fijamente—. Estuvimos hablando por la tarde y aclaramos las cosas. Me dijo que sí y pasamos una noche fantástica.

—Los bailarines son así. Fantásticos, hermosos. Parecen mágicos. Te seducen con su encanto, pero, créeme, para ellos solo existe su carrera.

Tom apretó los dientes, irritado por la aplastante lógica de Mónica.

—Eres única para tirar por tierra las esperanzas de cualquiera.

—Eva es una fantasía, Tom.

—Sí, hecha realidad. No me lo estropees —rezongó.

—¿Sabe quién eres?

Un escalofrío le recorrió la espalda ante la pregunta de su jefa. Había demasiada importancia en esa cuestión; por mucho que él quisiera negar la verdad, ese detalle lo perseguiría de por vida.

—Sabe que me llamo Thomas MacBay —respondió.

—No me refiero a eso.

Claro que no se refería a eso. Su nombre solo eran letras en una tarjeta. Si Eva supiera quién era de verdad Thomas MacBay, todo lo que había hecho, saldría corriendo y jamás confiaría en él.

—Cuando ella esté preparada, se lo diré, pero por el momento solo tiene que saber que soy Tom, tu jardinero, que trabaja como vigilante para el club Victoria. ¿Está claro? —Había sonado demasiado agresivo, y lo sabía. Pero no quería, por culpa de un estúpido detalle, joder algo que acababa de empezar tan bien. Aunque Mónica tratara de ocultarlo, en su expresión había una nota de compasión que le revolvió las entrañas—. Le presenté a Constantine —dijo.

—Vas en serio.

—Por supuesto que voy en serio, ¿cuándo no he ido yo en serio?

Mónica lo miró con la piedad brillando en los ojos y él se sintió como una mierda.

—Tom, te aprecio. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé —masculló, molesto.

—Entonces sabes por qué estoy preocupada por ti.

Lanzó un suspiro. Apreciaba el interés de Mónica, pero la mujer no podía hacer por él más de lo que ya había hecho. Le debía mucho, a ella y a Constantine. Cogió el rastrillo de nuevo y continuó con el trabajo.

—Te preocupas demasiado, Mónica. Vuelve dentro antes de que se incendie la cocina: dudo que Christopher sepa diferenciar una sartén de una cafetera.

La mujer permaneció en el porche durante un momento pensando en algo más que decirle. Al final no dijo nada y regresó a la casa. El buen humor de Tom se esfumó por completo cuando empezó a pensar en Eva y en todo lo que debería contarle si alguna vez quería ir más en serio.

Pero como por el momento solo tenían sexo, ya se preocuparía más tarde de solucionar ese punto.

Todavía faltaban treinta minutos para el inicio de la clase. Eva se dirigió al vestuario con la impresión de llevar grabado en la cara la noche de sexo sucio y escandaloso que había tenido.

Tenía los labios hinchados, el pelo revuelto, las mejillas sonrosadas y marcas de besos en el cuello. Observó sus manos y encontró las finas señales, como pulseras, en sus muñecas. No podía ser más evidente.

Buscó una esponja en uno de los cajones, abrió la paleta de maquillaje y se aplicó un poco sobre las mejillas, el cuello y las muñecas para transformarse de nuevo en la pálida e insulsa Eva.

Tener a un hombre dentro de ella había sido una experiencia abrumadora. Tom se movía como si hubiera nacido para ello, como si su cuerpo hubiese sido creado expresamente para darle placer, friccionando zonas extremadamente sensibles con cada roce. Cada vez que entraba o salía, Eva sentía cada centímetro de recorrido; y cuando se estrellaba al final del camino, el placer se extendía hacia todas direcciones. Eran sensaciones muy buenas, pero asfixiantes.

Le palpó el clítoris al recordarlo. Podía notar a Tom entre sus piernas en ese mismo momento; el escozor apenas le permitía caminar, y se preguntó si sería capaz de bailar sin ponerse a temblar.

Ella siempre había evitado mostrar cualquier clase de emoción, la habían educado para eso. Marcada por la disciplina, había llegado a una situación en la que, según el director y todos los demás, era incapaz de expresar nada con su baile. ¿Habría servido de algo entregarle su cuerpo a un hombre con el que probablemente no iniciaría ninguna relación romántica? La idea era perversa, y se sintió mal por Tom. Pero él no era un hombre de relaciones estables, solo buscaba sexo, así que los dos salían ganando.

Ojalá nunca tuvieran una relación más personal, o se vería en la obligación de decirle la verdad. Terminó de maquillarse y se dirigió a la clase.

—Buenos días, *bambina*.

Aquella voz, que había sido tan familiar y cariñosa en los últimos días, se escurrió bajo su ropa, le acarició el vientre y continuó hacia su sexo, donde se desvaneció con un chisporroteo.

—Buenos días —devolvió el saludo, demasiado atribulada para entender qué había hecho su cuerpo.

Gabriel dejó su bolsa en el suelo y se quitó la sudadera, depositándola doblada junto a sus cosas. Se quitó las botas acolchadas y comenzó con los estiramientos, ajeno al calor que su sola presencia acababa de provocar en Eva.

Ella se concentró en sus propios estiramientos, evitando analizar aquella estúpida reacción. Debía de encontrarse demasiado sensible por el sexo. A medida que estiraba, sus músculos, adormecidos por la satisfacción del placer, comenzaron a desperezarse. No le llevó mucho poner a punto su cuerpo.

—Espero que no estés pensando en tirar la toalla después de lo de ayer —comentó el bailarín—. Aleksandr se está tomando el estreno de un modo demasiado personal, no tolera ningún error.

—No me voy a rendir todavía —aseguró ella.

—Así se habla. Por cierto, anoche te vi en la feria.

Le dio un tirón en el gemelo y levantó la mirada hacia Gabriel. En ese momento el bailarín se sacó la camiseta por la cabeza. Debajo llevaba otra más ajustada, sin mangas, que se le subió un poco con el movimiento. Eva apartó la mirada, notando que se le calentaban las mejillas, cuando recordó el hermoso torso de Tom cuando se alzó sobre ella para tentarla.

—Estaba con Piero y mis sobrinas —continuó el italiano—. Te vi en muy buena compañía.

—¿Que viste qué? —exclamó alarmada.

—Tranquila —contestó riéndose—. Te vi de la mano con un chico, en la feria de Crownfield. ¿Es tu pareja?

—No, él... es un amigo... Ayer estaba... Salí a dar una vuelta...

—No tienes que darme explicaciones, *bambina*.

—Va en serio, no es mi pareja —dijo atropelladamente, mirando hacia Natalia, que en ese momento se acercaba a ellos—. No estoy saliendo con nadie —añadió en voz baja. Gabriel se encogió de hombros.

—No es asunto mío, no te preocupes por eso. Por cierto, ese cochazo en el que vienes todos los días ¿tiene los asientos climatizados? Siempre he querido probar unos asientos así —añadió riéndose.

Natalia los miró a ambos y vio que no tenía sitio.

—Hola —saludó a Eva—. Me pongo por allí, luego hablamos, ¿vale?

—Vale.

Su amiga se alejó unos pasos y se colocó unas cuantas posiciones más allá.

—Cuando sea rico me compraré un coche con los asientos calientes —continuó Gabriel—. Seguro que así no se me enfrían los glúteos en invierno, no te haces una idea de los tirones que me dan cuando hago los *pliés*.

Eva sonrió ante su ocurrencia y se colocó la mano sobre el glúteo mientras estiraba la pierna. A su mente acudió un fogoso recuerdo.

Tom estaba sobre ella, moviendo las caderas con un ritmo apasionado, mientras Eva solo podía pensar en seguir respirando para no ahogarse. Había metido la

mano entre su cuerpo y la cama y a pesar del poco espacio que tenía, descargó una ardiente palmada en una de sus nalgas, azuzando el deseo que Eva había estado conteniendo sin saberlo. No había podido controlarse, y había sucumbido al orgasmo mientras Tom susurraba ardientes palabras de aliento.

Apenas habían pasado dos horas de aquello. Exhaló un tembloroso suspiro, notando cómo se le enrojecían las mejillas.

—*Bambina*, ¿te encuentras bien? —preguntó Gabriel colocando la mano sobre el codo de Eva.

Una corriente subió por su brazo y acarició con dulzura su seno. Una ardiente sensación se enroscó en su pezón, endureciéndolo. Volvió a exhalar un suspiro, estremeciéndose, y miró a Gabriel a los ojos. Dos verdes colinas que invitaban a tenderse desnuda sobre la hierba para recibir los cálidos rayos de un sol mediterráneo, mientras unas manos fuertes y experimentadas le acariciaban los muslos.

Tragó saliva, tensa como la cuerda de un violín, y levantó el otro brazo para tocarse el moño, fingiendo dolor de cabeza.

Gabriel no le soltó el codo. Su mirada, hasta entonces amistosa, se oscureció como si unas nubes hubiesen cubierto la brillante luz solar que refulgía en sus pupilas.

Eva había visto esa clase de mirada antes. Control en el exterior, caos en el interior.

Contempló la oscura tempestad en el bailarín y observó que tensaba los músculos del robusto cuello. Notó que el aire que había entre ellos se cargaba y escuchó un zumbido en los oídos. Ella seguía con el brazo alzado y Gabriel deslizó los ojos por su cuerpo, hasta sus pechos. Sus pezones se marcaron sobre todas las capas de tela.

Se ruborizó, pero, en el fondo, se sintió halagada de que Gabriel la mirase, por una vez, como un hombre mira a una mujer.

—Buenos días, clase —saludó con voz poderosa el profesor Maloney, dando unas palmadas para llamar la atención.

Las conversaciones del aula se fueron apagando mientras el grupo se colocaba para empezar. Gabriel parpadeó despacio y abandonó el escrutinio de sus pechos para mirarla a los ojos con abrasadora intimidación, como nunca antes la había mirado nadie excepto una persona: Tom.

Eva bajó el brazo para sujetarse a la barra, conmocionada. Su corazón se desbocó cuando el bailarín recorrió su rostro y le miró los labios. Ella se los lamió de forma inconsciente. Gabriel inspiró hondo y volvió a mirarla a los ojos, apretando la mandíbula. A lo lejos, escuchaba las instrucciones del profesor.

—Deja de mirarme —murmuró ella con un hilo de voz.

Gabriel reaccionó respirando de forma entrecortada.

—Lo siento.

El bailarín se dio la vuelta y el ambiente se hizo más respirable.

¿Qué puñetas acababa de suceder?

Fue la clase más larga de su vida. Realizó los ejercicios en las barras evitando mirar a su compañero; no había un punto en el cuerpo de Gabriel que no despertara en ella recuerdos de otro hombre. Se concentró en el trabajo durante los ejercicios de centro, agotándose hasta que sintió calambres por todo el cuerpo.

Insensibilizada hasta el extremo, abandonó el aula con prisa por llegar al vestuario y darse una ducha. Quería relajarse para enfrentarse al ensayo con el director, quería demostrar que había cambiado, que estaba lista para mostrarse tan apasionada como exigía el personaje.

Y también quería olvidar la mirada que le había lanzado Gabriel y el recuerdo que todavía tenía de Tom.

Mientras se arreglaba el moño, Natalia entró en el vestuario, se sentó junto a ella y le dio un abrazo. Eva notó que le temblaban los hombros.

—¿Estás llorando? —pregunto extrañada.

—No sé cómo me aguantas, eres la única amiga que tengo, y no quiero perderte.

Natalia hundió la cara en su cuello y sollozó. Eva le pasó la mano por el pelo y suspiró. Ahora que había experimentado el sexo físico y le había dejado una sensación grabada bajo la piel, comprendió lo que Natalia buscaba en los hombres con más desesperación que acierto.

Su amiga dejó de sollozar y se miró en el espejo. Tenía los ojos hinchados y la nariz enrojecida. Se pasó una toallita húmeda por las mejillas y se arregló el pelo, quedándose como nueva.

—Te aprecio un montón, Eva, ¿lo sabes? —le dijo, cogiéndola de las manos—. Si hay algo que pueda hacer por ti, no dudes en pedírmelo.

—No sé a qué te refieres...

—He oído lo que hizo el director. Tuviste un día de mierda y no estuve contigo.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. He visto ese artículo de la revista.

¡El artículo! Eva se había olvidado por completo de eso. Tenía que llamar a Flaviana para ponerle remedio.

—Supongo que ya lo habrá leído toda la compañía.

Natalia le puso las manos en los hombros.

—Todos sabemos que no eres como te pintan en ese artículo, sé que eres muy susceptible a lo que los demás opinen de ti, pero no deberías agobiarte.

—Al director no le gusta esta clase de publicidad.

—No es la gente la que te tiene que juzgar, es Zakharov. Y él no es imbécil, no se pone a buscar en revistas lo que decimos los demás. Sabes perfectamente que nunca concedemos entrevistas sin consultarlo con la jefa de prensa.

Se sintió un poco mejor al escucharla. Por muy insufrible que fuera a veces, por muy inmadura que fuera para las relaciones, era más lista de lo que aparentaba.

—Tienes razón. Gracias.

Natalia volvió a darle un achuchón.

—Eva, lo siento. Lo digo en serio. Me gustan los hombres, no puedo evitarlo. ¿Puedes perdonarme que te dejara sola con Mark?

No estaba enfadada por eso, pero no podía hacérselo entender a menos que le hablase de Tom. Y eso no entraba en sus planes a corto plazo, no quería contarle a nadie que estaba teniendo una tórrida aventura con un jardinero.

—Claro que te perdono, Natalia.

—Eres la mejor —respondió ella dándole besos por toda la cara—. Creo que él es el definitivo.

—¿Ah, sí?

—Ayer hablé por teléfono con Paul, quiere que volvamos a quedar el fin de semana. Me he enamorado. —Natalia se enamoraba y desamoraba con mucha facilidad, y eso provocaba aquellos altibajos emocionales donde unas veces estaba plétórica y al momento siguiente se ponía a llorar de amargura—. No me mires así, cariño. Para ti el amor tiene un significado diferente, no eres insegura como yo. Sabes lo que quieres y lo que necesitas, y no estás dispuesta a conformarte con menos.

—¿Insegura? —preguntó con ironía—. Nunca hubiera imaginado que tú fueras insegura.

—Tú no necesitas que alguien te diga que eres guapa y encantadora. Yo sí. Continuamente. —Se lamió los labios y suspiró—. Tú siempre tienes claro lo que quieres conseguir. A veces te desanimas, como es normal. Admiro tu fortaleza.

Cuando llegó al aula de ensayos, todavía le estaba dando vueltas a la conversación con Natalia. Tenía claro que quería ser solista igual que tenía claro que no quería casarse con ninguno de los pretendientes de su madre. También estaba segura de querer encontrar la felicidad, de ascender para conseguir una estabilidad económica que le permitiera vivir en la mansión de Florence. Y también sabía que no quería tener un romance con Tom, porque eso le rompería el corazón.

Más allá de eso, no estaba segura de nada.

«Tienes tan claro que quieres ese papel que has follado con Tom para saber lo que se siente».

Se pasó las manos por la cara.

—Recordad el fondo, los sentimientos de una nueva Galatea, el temor al rechazo cuando Pigmalión la confunde, el amor desesperado que siente por él —explicó Zakharov—. El *adagio* tiene que representar su soledad, su fragilidad, pero también su valentía y su determinación. —Con un gesto mandó a Catarina y a Oleg al centro—. El final del segundo acto. Continúa con el *adagio* y termina con el inicio del tercer acto.

Cuando el pianista inició la música, Eva se centró en la ejecución de sus compañeros. Ambos se movían con clase y elegancia, y Eva notó un cosquilleo en el

vientre al comprobar que expresaban con mucho acierto las emociones de los personajes. Cuando fue el turno de ensayo de Gabriel, tuvo que sentarse en el suelo.

Nunca había visto al bailarín hacer una representación tan apasionada. No parecía bailar una coreografía, realizaba cada paso impulsado por el ímpetu. Sus firmes brazos sostuvieron a Anastasia, su *partenaire*, que se deshizo como agua entre sus dedos. Bailó con un vigor difícil de ignorar y tocó a Anastasia como un hombre tocaría a su amante; acarició los muslos femeninos dejando un rastro visible de calor, y Eva notó un tirón en el vientre al ver a la rusa estremecerse y formar una figura demasiado tensa.

El director hizo unas correcciones y prosiguieron. Gabriel aferró el cuerpo de Anastasia con demasiada vehemencia y la bailarina volvió a fallar en la ejecución, provocando que el director cuestionara su actitud. Aunque lo normal hubiese sido que Eva se regocijara en la torpeza de la rusa, no pudo, porque estaba demasiado nerviosa para cuando llegara su turno.

Cuando Zakharov dio por terminado el ensayo, Anastasia estaba despeinada y el hielo de sus ojos había dado paso a una abrasadora furia. Casi parecía a punto de ponerse a gritar mientras fulminaba al italiano con la mirada.

—Tu turno.

—Me gustaría bailar con Eva.

Ella se detuvo como si hubiera recibido una descarga y se volvió hacia Gabriel, que se secaba el sudor del cuello con una toalla.

—Acabas de ensayar, tomate un descanso —dijo Zakharov agitando una mano. Parecía tan disgustado con los resultados del día que no podía disimular su apatía.

—Quiero hacerlo.

Zakharov se encogió de hombros y cedió a los caprichos de su primer bailarín.

Eva se puso a temblar. Acababa de ver cómo Gabriel fundía la barrera de hielo de Anastasia, y recordó su mirada durante la clase, ese cambio en su forma de contemplarla, con la tempestad rugiendo en sus pupilas. Bailar con Gabriel significaba estar en constante roce con su cuerpo, una cercanía demasiado íntima para la que no estaba preparada.

Todavía recordaba el abrasador contacto de Tom cuando él se apretaba a ella, empujándola hacia un placer denso y asfixiante, con el sudor resbalando entre ambos.

Si Gabriel la tocaba, se abrasaría con los recuerdos.

—Al centro —exigió el director.

Tenía que ser profesional, Gabriel era su compañero, no su amante. Esperó a que el bailarín se hidratara y apretó los puños al sentir una inoportuna pulsación entre las piernas.

Aquello era una prueba en sí misma; la paciencia de Zakharov se agotaba, y ella tenía que demostrar que había empezado a cambiar, no podía permitir que su libido se interpusiera en su camino. Se había librado de su virginidad como si esta hubiera sido un lastre en los últimos años. De algo tenía que servir haberse acostado con el hombre menos indicado...

Se deslizó por el aula con las primeras notas, un poco nerviosa al principio, pero con más confianza después. Le temblaron las manos, pero en cuanto el poder de la danza invadió su sistema, acarició el aire con los dedos y ejecutó la delicada escena en la que Galatea recibía el aliento de la vida de mano de los dioses.

Gabriel inició su coreografía al otro lado del aula y ella sintió cada ondulación que provocaba en el aire. Realizó un doble *piqué turn* muy despacio, Gabriel se acercó a ella y, tras el *arabesque*, Eva dio un paso atrás equilibrada sobre las puntas, luego otro y otro más, y él la agarró de los brazos.

Su cuerpo sufrió una sacudida y echó la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo una tórrida corriente brotaba de su vientre y recorría su cuerpo, hasta la garganta. Exhaló un suspiro. Gabriel rodeó su cuello con las manos y el tacto abrasó la piel de Eva, despertando su cuerpo. El bailarín la empujó con suavidad y la tendió en el suelo, cubriéndola después con su cuerpo. Ella se arqueó, estirando los brazos por encima de su cabeza, exponiéndose a la música y al hombre, como se había expuesto en la cama a Tom.

Eva percibió la tensión del bailarín. Y también sintió cómo él se apretaba contra su estómago y su erección era demasiado evidente para no percibirla.

Abrió los ojos —no se había dado cuenta de que los había cerrado—, y se abrasó con la mirada de Gabriel. Él, con los dientes apretados, deslizó las manos por su cuello, bajando por su cuerpo. Las caricias formaban parte de la coreografía. Eva debía quedarse quieta, pues Galatea había sido de nuevo transformada en piedra. Se mantuvo rígida, inmóvil, mientras Gabriel la tocaba.

Notó sus dedos sobre los pezones cuando bajó por sus costados, luego por el vientre, las caderas y las piernas, justo antes de levantarse con ímpetu y desplazarse por la sala como un hombre desorientado.

Cuando salió de escena, el triste «*Adagio de la Piedra*» le provocó un doloroso escalofrío por todo el cuerpo. Estaba demasiado ocupada como para centrarse en lo que había sucedido, en lo que había experimentado. La melodía, lenta al principio, expresaba sufrimiento: la pérdida por el ser amado. Galatea —y la misma Eva— era una mujer que descubría cosas de sí misma que no conocía.

Tenía miedo. El personaje lo tenía, y ella también.

La brisa nocturna le acarició la piel. A lo lejos, escuchó el ulular de las lechuzas. En el cuello hormigueaba la sensación de los dedos del rey —de Gabriel—. Se puso en pie siguiendo el compás, sumergida en la canción. El personaje tenía el corazón roto dentro del pecho; al principio todo había sido curiosidad, pero ahora había vida, y con la vida llegaba el dolor. Se mareó al experimentar todo aquello. De golpe, tan intenso y tan incómodo. Un tormento con el que se desangraba. Galatea no tenía a nadie, salvo al rey, y él acababa de abandonarla.

Eva ejecutó toda la coreografía sumida en el tormento de la desesperación. Era demasiado triste para ella. Demasiado íntimo. Demasiado personal. Entró en cuarta posición con el pie derecho atrás, ejecutó un *relevé* sobre la punta izquierda, abriendo la pierna derecha a la segunda posición en *l'air*, y se impulsó hacia una serie de *pirouette en dehors*.

Encadenó un giro tras otro sin pensar y perdió la cuenta en la vuelta dieciocho, sintiendo que su fuerza y estabilidad flaqueaban por el cansancio. Sabía que no se iba a caer: la fortaleza de sus piernas le permitía mantener el equilibrio durante los giros..., y solo la fuerza de Tom podía contrarrestar la potencia de sus músculos.

Había luchado contra él. Mientras la devoraba, mientras su lengua trazaba calientes caricias sobre sus mojados pliegues, Eva combatía contra su boca y sus besos. Tom le había clavado los dedos en los muslos, ávido de ella, como si la dureza de sus piernas fuese un exquisito pasatiempo. La había asediado sin piedad y Eva se había rendido. La caricia de su barba, sus dedos ásperos sobre su clítoris, su lengua entre los labios anegados de su sexo, el roce de sus caderas en la piel interior de los muslos mientras se balanceaba sobre ella...

En la última vuelta, su tobillo tembló, y creyó que caería. Apoyó el pie completamente en el suelo y aterrizó con suavidad entre los brazos de Gabriel, acogedores, musculosos, calientes y vibrantes.

El contacto la transportó directa a los brazos de Tom.

Pensó en su miembro. Duro. Ardiente. Tenso. El ardor en los músculos de su sexo había sido tan placentero como los tirones que sentía durante el baile. Igual de dulces, igual de lacerantes.

Durante cinco segundos, mientras el pianista pasaba las páginas, Eva recuperó el aliento. La tensión se respiraba en el aula. Nadie dijo una palabra en aquel lapso de tiempo eterno.

Eva levantó los brazos como si fuera a rozar el techo con los dedos y realizó un espléndido *grand battement*. Gabriel se aproximó mientras ella bajaba la pierna, y colocó una mano sobre la suya, palma contra palma, quedando el uno frente al otro. Empezaron a girar y las manos de ambos bailarines se movieron para buscar y tocar el cuerpo del otro. Saltaron y se enredaron en complicados pasos. Eva se deslizó entre sus brazos como una nube de aire; sujetándola por las caderas, Gabriel la lanzó hacia arriba, y quedó suspendida un instante en el aire.

Se empapó con aquella sensación de libertad. Se sintió feliz. Como una niña. Jugando. La gravedad la devolvió a los brazos del primer bailarín, que rodeó su estrecha cintura con un brazo y Eva se dobló hacia atrás. Su flexibilidad le permitió rozarse los pies con los dedos y su cabeza casi tocaba el suelo. Gabriel la sostenía con su poderoso muslo mientras hinchaba el pecho y extendía el brazo libre para componer la figura final.

La música acabó.

Eva jadeó, ahogada en un mar de sensaciones crepitantes. Gabriel estaba tan descompuesto como ella, pero reaccionó primero y la ayudó a enderezarse. Sus rostros quedaron el uno frente al otro, tan cerca sus labios de los de ella que Eva sintió deseos de besarlos.

Estaban pegados y se contagiaron con la electricidad que desprendía la piel del bailarín a causa del esfuerzo. Notó el vigoroso muslo del italiano en la cadera, sus brazos alrededor de la cintura y sus manos, calientes, aferradas a su espalda desnuda. Tenía los dedos curvados, ligeramente hundidos en su carne.

Apenas había dos centímetros de separación entre su boca y la de Gabriel. Los ojos masculinos se habían oscurecido de pasión, Eva notó que sus mejillas se coloreaban y abrió la boca. Él se acercó hasta que sus labios se rozaron.

La zapatilla de Eva se escurrió sobre la madera del suelo, la figura que mantenían se desmoronó y perdieron el equilibrio. Eva aterrizó con el culo y Gabriel, que intentó ayudarla, cayó sobre ella con buena parte de su peso.

La magia se rompió y Eva sintió que le ardía la cara de vergüenza. El bailarín recuperó la compostura y se levantó de encima de ella con un ágil salto.

—Lo siento, *bambina*, ¿estás bien? —preguntó cogiéndola de las manos para ayudarla.

—Sí... Creo que me he resbalado.

—Ha sido culpa mía —reconoció él—. Te he soltado demasiado pronto. Perdóname.

Le dio un abrazo. Aunque era de disculpa, a Eva le supo a intimidad y anhelo. Cuando se apartó de ella, el calor de su cuerpo perduró unos segundos. Se vio en la obligación de mirar hacia Zakharov para no caer en la tentación de frotarse contra el cuerpo de su compañero.

—¿Se supone que eso es lo mejor que sabes hacer? —preguntó con una mueca. Eva palideció. Otra reprimenda no. No podría soportarla—. Tenías la cabeza a kilómetros de aquí, ¿hay algo que te interese más que el ballet? Porque si es el caso, más vale que lo dejes aquí.



La jornada no resultó ser tan terrible como esperaba, se sintió muy reconfortada tras el ensayo con sus compañeros. Tendría que conformarse por el momento con eso, con el mundo que ella conocía, el de su grupo, el de sus amigos.

Porque, por más que se esforzara, Zakharov nunca estaba complacido.

Guardó la falda dentro de la bolsa de papel y se dirigió a la salida. Sin embargo, se detuvo en mitad del pasillo, pensando en la perspectiva de ensayar en casa de Florence con Tom revoloteando cerca. Gabriel le había dejado grabada una desconocida emoción en la piel y no le apetecía sucumbir a la lujuria de Tom.

Quería bailar a solas. Nada de *Metamorfosis*, solo ella y la música. Sin ensayos. Sin presiones. Sin distracciones. Y eso no lo encontraría en Winter Garden.

Buscó un aula vacía, necesitaba exorcizar la energía acumulada cuanto antes, sacar de dentro la preocupación. No había bailado tan mal como el director decía, había sido apasionada, un poco atolondrada quizá, pero apasionada, al fin y al cabo. Porque de eso se trataba, de ser imperfecta, de bailar con pasión.

Se quitó el suéter, se colocó las zapatillas y se ajustó el moño. Eligió una canción al azar que había en el reproductor de CD y comenzó a dar vueltas. Siempre que iniciaba una danza lo hacía con un propósito, con una intención. Dentro de ella había una pequeña Zakharova, una directora exigente y malhumorada que le gritaba que hacía este o aquel paso de forma incorrecta. Cuando era más joven, se movía con la música, dejando que la magia de las notas fluyera por su cuerpo. Ahora ya no podía bailar así.

Paró cuando notó calambres en las pantorrillas. La música había sido preciosa, una composición de violín y piano. Sacó el CD, pero era una grabación con el nombre «*Piano 2*» escrito con rotulador negro, así que no podía saber a qué músico pertenecía.

—Hola, Eva.

Dio un respingo y el disco se le cayó de las manos.

—Gabriel, ¿me has asustado! —protestó mientras se agachaba a recogerlo.

—Lo siento.

El bailarín se acercó a ella. Llevaba el abrigo en un brazo y su bolsa deportiva en el hombro. Eva se dio cuenta de que su cabello estaba húmedo; olía a jabón y su piel estaba limpia. Se estremeció.

—¿Por qué sigues aquí?

—Estaba con esgrima. Tengo que mejorar el juego de pies —comentó sonriendo—. ¿Y tú? Creía que ensayabas en casa de tu abuela.

—Sí —respondió ella, acariciando el borde del CD. Sintió que tenía que explicarse un poco más y añadió—: Pero hoy me apetecía bailar.

—Serías la Galatea perfecta. Tienes una técnica sobresaliente, se nota que tu abuela te enseñó. Haces cosas que las otras chicas no hacen.

—Solo es técnica, cualquiera puede ejecutarlo —dijo encogiéndose de hombros.

—No te quites méritos, eres tan pasional que resulta difícil controlarte. Como Galatea —dijo guiñándole un ojo. Eva notó que se ruborizaba.

—Yo no soy apasionada —murmuró—. Ya has oído al director, no soy lo bastante buena.

—No he escuchado que dijera algo así. Pero Aleksandr tiene razón en algo: eres mejor de lo que te muestras. —Dio un paso hacia ella y Eva reprimió el impulso de retroceder. Una nube de aire caliente envolvía a Gabriel, y el aroma de su jabón le provocó un hormigueo en la piel de los brazos—. Hoy has estado perfecta, trabajas muy bien en equipo. Deberías probar a ensayar con pareja: una buena referencia te ayudará a obtener mejores resultados. ¿Tu amigo sabe bailar?

—¿Qué amigo? —preguntó confusa.

—El chico con el que estabas en la feria.

Eva se dio cuenta de que no lo sabía. Era obvio que Tom no sabía nada sobre ballet, pero bailar era un idioma universal, igual que hacer el amor.

—No, no sabe —contestó sofocada.

—¿Y tienes algún maestro? ¿Algún profesor que ensaye contigo?

—La verdad es que no.

—Yo podría ayudarte —ofreció a continuación. Eva debía haber imaginado que la conversación iría por aquel camino—. No está en mi mano decidir quién será la solista que interprete al personaje, pero he trabajado con muchas bailarinas. Sé a cuáles quiero y a cuáles no.

—¿Se lo has propuesto a las demás? —preguntó.

—No. Solo a ti.

—¿Por qué?

El bailarín pareció extrañado por su pregunta.

—Porque me gustas como profesional —declaró sin rodeos—. Y quiero que tú seas mi Galatea. Eres preciosa, tienes la piel pálida y tu técnica es extremadamente física. Además, tienes el cuerpo ideal para la coreografía, ese baile está hecho a tu medida.

—¿No crees que eso debe juzgarlo el director? —preguntó, incómoda con tanto halago.

—Claro que debe juzgarlo... ¿Es que no te fías mi criterio, *bambina*? —comentó con una risa—. No tienes que contestar ahora. Piénsalo. Ensayar con una pareja de baile será beneficioso para ti, igual que lo será para mí.

Desde luego que sería beneficioso para ella, ensayar el «*Gran paso a dos*» con el primer bailarín la ayudaría a ejecutar una coreografía mucho más rica y completa. Pero si ese ensayo se hacía en un íntimo salón de baile y Gabriel se comportaba como se había comportado en el ejercicio de hoy, Eva estaba segura de que acabaría retozando desnuda entre sus brazos.

«¿Y qué tiene de malo? Él es muy atractivo».

Tenía que dejar de pensar en sexo. Solo había sido un ensayo, uno muy ardiente y electrizante, pero nada más. Ella no quería tener muchos amantes como Natalia, era suficiente con Tom.

—Está bien, lo pensaré. Gracias, Gabriel. Ya me iba, de todos modos.

Él esperó a que Eva recogiera sus cosas y la acompañó hasta la calle. Fuera hacía un poco de frío, la tarde había caído junto con la temperatura, y el cielo había adquirido la tonalidad de una tormenta. Nubes oscuras formaban en el oeste; llovería en las próximas horas. Eva se ajustó el abrigo, lista para despedirse de su compañero, cuando vio aparecer a Gregory Spencer.

—Buenas tardes, Eva.

—Ah..., hola, Gregory —respondió, pillada por sorpresa.

¿Qué estaba haciendo allí? Vestía un pantalón de pinzas y un jersey con cuello de pico, elegante a la par que sofisticado. Spencer miró a Gabriel de arriba abajo con excesiva petulancia, de un modo que rayó la mala educación. El bailarín tendió una mano a Gregory sin amedrentarse.

—Gabriel Montanari, primer bailarín de la compañía. Compañero de Eva.

—Gregory Spencer, capitán de la selección de Polo. Prometido de Eva —añadió.

Ella lo miró con los ojos abiertos, incapaz de creer lo que había dicho. Gabriel no cambió su expresión, pero Eva notó que se ponía tenso, y eso la disgustó muchísimo.

—Vaya, felicidades —respondió Gabriel, mirándola con una sonrisa—. Encantado de conocerte, Gregory. Nos vemos mañana, Eva.

Se despidió tan rápido que no tuvo tiempo de explicarle nada.

—¡Gregory! —exclamó Eva—. ¿Prometida? Disculpa, pero ya no estamos saliendo. Cortamos ayer, ¿recuerdas?

—Sobre eso, querida, creo que nos precipitamos —dijo él poniéndose las manos sobre el pecho con gesto de dolor—. Te llamé varias veces para pedirte disculpas, pero no cogías el teléfono, y tampoco has contestado a mis mensajes. No podemos cortar de esa forma tan poco educada —dijo cogiéndola de la mano—. Apenas tuvimos tiempo de hablarlo antes de que te fueras corriendo.

Eva pensó que estaba dentro de una pesadilla o algún tipo de sueño recurrente que la perseguía incluso cuando estaba despierta. Creía que se había librado de Spencer y no, ahí estaba otra vez.

—Gregory, ¿de qué quieres hablar? Dejaste bastante claro que te molestaba mi obsesión por el ballet —señaló ella, molesta.

—Hace un poco de frío aquí fuera. Acompáñame al coche, he reservado una mesa en el *Duchesse* para las nueve. Pasaremos por tu casa para que puedas cambiarte y ponerte guapa. No creo que te dejen entrar así.

«Así» era con sus medias, sus leotardos y sus camisetas ajustadas.

Gregory se dirigió hacia un coche aparcado en la acera, tirando de ella. Eva notó un nudo en la garganta y buscó el Jaguar de Clancy con la vista. No lo encontró y se soltó de su mano de un tirón.

—Lo siento, pero tengo trabajo que hacer, Gregory.

—Tu jornada ya ha terminado.

—No, no ha terminado. Te dejé claro que el sábado tenía una prueba muy importante para mí, lo que significa que tengo que aprovechar cualquier ocasión para ensayar.

—Pero en algún momento tendrás que comer, ¿no? Puedo esperar a que acabes de hacer ejercicio y entonces, cenaremos.

—No quiero cenar contigo.

Gregory suspiró y se cruzó de brazos.

—Ay, Eva... Estoy intentando compensarte por lo de ayer. Me comporté muy mal, déjame pedirte disculpas como es debido.

—Ya me las has pedido, y bien, vale, estamos en paz. No quiero cenar contigo, Gregory. De hecho, no quiero saber nada de ti nunca más.

—Estás muy enfadada. Lo entiendo. Hablemos de ello, Eva. Pero no en medio de la calle, vamos a algún sitio más privado. En mi coche, por ejemplo.

—¡No me voy a ir contigo a ningún sitio! —chilló, perdiendo la paciencia.

—¿Es por ese bailarín, verdad?

—¿Cómo?

—Tienes una aventura con él.

—¿Qué dices?

—Debí haberlo imaginado. Estás saliendo con ese...

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? —preguntó de forma atropellada. Estaba tan aturdida que no sabía qué responder a aquellas acusaciones. Tampoco era capaz de entender a dónde quería ir Gregory.

—Evangeline, por favor, estamos prometidos. No puedes dejarme, y menos por un bailarín —dijo como si fuese una ofensa.

—¡Ya basta, Gregory! —Con Tom le pasaba lo mismo. Y con Natalia. Y con su madre. Por más que dijera que no, todos le llevaban la contraria y no tenían en cuenta ni sus opiniones ni sus sentimientos. Fulminó a Gregory con la mirada, rabiosa—. Quiero que me dejes tranquila. No quiero nada contigo.

—A tu madre no le va a gustar esa actitud tuya, Eva.

—Pues cástate con ella si tanto te gusta. A mí me dejas tranquila. Olvídate.

Se dio la vuelta para entrar en el teatro. Gregory la cogió por el brazo para detenerla.

—¿Qué quieres que haga, Eva? Dime lo que quieres de mí y te lo daré.

Con un resoplido, dio un tirón para liberarse de su agarre, pero solo consiguió que él la cogiera más fuerte.

—Quiero que me dejes en paz —dijo muy despacio, pronunciando cada palabra para que a Gregory no le quedaran dudas—. No respetas mi trabajo y tampoco me respetas a mí. No sé qué problema tienes con que no quiera volver a verte, hay un montón de chicas que estarían encantadas de casarse contigo. Yo no.

Gregory apretó el agarre y Eva empezó a sentir que perdía valor.

—Todo esto podemos hablarlo, mientras cenamos, como dos personas civilizadas.

—Te he dicho una docena de veces que no quiero ir contigo a ninguna parte —insistió en voz baja.

—Te estás comportando como una niña, Eva. Ten un poco de sentido común, una puñetera cena es lo que te estoy pidiendo.

—No.

Gregory la agarró por el otro brazo.

—¿Quieres que te diga que te quiero? ¿Es eso? ¿Necesitas que te diga lo importante que eres para mí? ¿Lo mucho que te deseo?

—Uoh, ¿qué? —exclamó con los ojos como platos.

—Te deseo, Eva —exclamó con más convicción, inclinándose sobre ella para darle un beso en la boca. Eva se apartó.

¿Cómo la misma frase podía sonar tan distinta? ¿Cómo podía sentir rechazo ante las palabras de Gregory y, en cambio, Tom le provocaba revoltijos en el estómago?

—Voy a empezar a gritar como no me sueltes.

—No lo harás. Eres demasiado educada para montar una escena.

Gritó. Estaba harta de que no la tomaran en serio. Gregory no pensó que chillaría, la soltó como si quemara, miró a un lado y a otro y luego la arrastró hacia una calle lateral, tapándole la boca.

—¡Estás loca! ¡Cállate! ¿Quieres que esta gente nos saque una foto discutiendo? La prensa se nos echará encima. Vas a avergonzar a tus padres.

—¡Déjame en paz!

Gregory la aplastó contra la pared con el cuerpo y la cogió por las caderas, apretando las manos. Eva siseó cuando el dolor en la contusión le provocó una quemazón en el costado.

—Te gusta resistirte. Bien, juguemos a eso...

Él aprovechó la cercanía para intentar besarla, y cuando Eva apartó la cara, la cogió por la barbilla para retenerla.

—Mírame —exigió. En sus ojos había lujuria y avaricia bajo una capa de demencia—. Tú y yo somos la pareja perfecta, la prensa nos adora, todos esperan que nos casemos. No vas a estropear mis planes.

Se le revolvió el estómago cuando Gregory pegó las caderas a su vientre para insinuar su erección y se frotó contra ella. Eva lo empujó para apartarlo, pero no tenía fuerza suficiente, él era más grande y más robusto. Gregory se inclinó sobre ella y Eva notó su respiración caliente en la oreja.

—Suéltame...

—Te deseo, Eva. Desde el primer momento en que te vi, te he deseado —Gregory le acarició el cuello y descendió hasta sus pechos—. He sido paciente, he respetado tus horarios infernales, pero he esperado demasiado tiempo para besarte.

Cuando presionó su boca contra la de ella, Eva le dio un mordisco. Estaba aterrorizada, no quería que la besara, le daba asco. Gregory se apartó lanzando un gruñido y le dio una bofetada. Aturdida, Eva notó cómo subía la temperatura de su mejilla mientras su entereza se hacía añicos.

Nadie le había pegado nunca. Odiaba las discusiones, la violencia la aterrorizaba, siempre se había comportado de forma correcta, nunca había hecho algo por lo que mereciera un castigo. Se sintió demasiado avergonzada y humillada, no supo qué decir ni qué hacer.

Gregory aprovechó su confusión para cogerla por el pelo y cubrirle la boca con los labios, mientras con la otra mano le tocaba los pechos.

Ella se revolvió, intentando encontrar dentro de ella el valor suficiente para afrontar una situación tan espantosa como esa. Estaba aterrorizada, y en lo único que

podía pensar era en Tom, en que necesitaba que él la rescatara. Le dio puñetazos en los hombros, patadas, pero cuanto más se resistía, más empeño ponía él en manosearla.

Una sombra se cernió sobre Gregory. En un abrir y cerrar de ojos acabó en el suelo con la cara aplastada contra la acera.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Clancy...

El tranquilo y amable chófer de Eva se había colocado la máscara de profesional y la observaba con atención, evaluando todo el escenario y haciendo cálculos. Era, después de todo, un militar entrenado que trabajaba como guardaespaldas de la familia Holmes.

—Estoy bien —confirmó, cubriéndose la mejilla con la mano.

Clancy amarró las manos de Gregory a su espalda con una brida.

—¿Qué estás haciendo?

—Mi trabajo, señor Spencer —respondió el guardaespaldas.

Lo levantó del suelo y lo dejó caer contra la pared a propósito. Gregory perdió el equilibrio y se escurrió por el muro hasta quedar tirado en el suelo.

—¡Pienso demandarte! —exclamó intentando ponerse derecho.

Estaba pálido, sudoroso y con los ojos desencajados por la rabia. Eva sintió ganas de vomitar.

—Ha atacado y golpeado a la señorita Holmes. Usted será el único denunciado aquí.

Gregory intentó recuperar el orgullo herido enderezando los hombros. Lanzó una mirada furibunda hacia Eva, pero Clancy se interpuso entre los dos para bloquear el contacto.

—Señorita, por favor, espéreme en el coche. No tardaré, ¿de acuerdo? Yo me encargo de todo.

Le hablaba con voz muy calmada, comportándose durante unos instantes como el hombre que ponía la calefacción cuando hacía frío y elegía hermosas canciones de Chopin para complacer a Eva.

Sin decir nada, la muchacha se dio la vuelta y dejó a los dos hombres allí, cerrando los ojos a la realidad. Sabía que Clancy se ocuparía de la situación, era su trabajo, y Eva confiaba en él.

Una vez en el interior del Jaguar se sintió un poco más tranquila. Los cristales estaban tintados y nadie podría verla desde fuera. El vehículo estaba blindado y los asientos calientes. Se rodeó el cuerpo con los brazos intentando aplacar los temblores.

Clancy regresó un buen rato después y se puso al volante. Encendió el reproductor de música y reguló la temperatura.

—Tiene el labio un poco inflamado, señorita. Póngase esto. —Le ofreció una banda de gel frío y ella se lo colocó en la mejilla—. ¿A dónde quiere que la lleve?

—A casa de Florence, por favor.

Sin cuestionar nada, puso el coche en marcha y enseguida estuvieron en camino. Eva agradeció el silencio, lo último que quería era hablar de lo que había pasado. Durante unos minutos ninguno dijo nada, hasta que comenzó a sonar el teléfono instalado en el coche.

—Es su madre, señorita.

—No quiero hablar con ella.

—Hágalo. Le explicaré la situación en cuanto se encuentre usted en Winter Garden. Solo tiene que dejarle claro lo que necesita.

Tenía que hacerlo, de lo contrario, la llamaría a casa de Florence hasta que respondiera y hasta podría presentarse allí. Clancy subió el cristal blindado que separaba las dos partes del coche para darle privacidad. Eva tragó saliva antes de descolgar y decidió dejar que ella hablara primero.

—Buenas tardes, Evangeline. Por fin puedo hablar contigo, ¿se puede saber para qué quieres un teléfono si no coges las llamadas?

—Estaba ocupada, mamá. Trabajando.

Flaviana lanzó un suspiro.

—Eva, querida, hemos hablado muchas veces sobre eso —empezó a decir—. La casa de Florence no es tu casa. No puedes vivir allí.

—Todavía no es mi casa, pero lo será muy pronto. Quiero ser independiente y trabajar, no me quiero casar con Gregory, ni con nadie. Quiero bailar.

—Podrás bailar después de haberte casado. Y formarás tu propio hogar. Pero no en Winter Garden, esa casa no es para ti.

—Esa casa me pertenece por derecho. Si quiero vivir en ella, lo haré.

—Hablas como tu abuela.

—Porque quiero ser como ella.

—¿Y también quieres acabar sola? ¿Morir sola?

Su madre tenía siempre las palabras adecuadas para los momentos adecuados, sabía dónde pinchar para hacer que sangrara.

—Esta semana está siendo especialmente dura para mí, así que haznos un favor a las dos, déjame tranquila —murmuró con un nudo en la garganta, atajando cualquier posibilidad de comenzar una discusión—. Volveré a casa el sábado, cuando haya acabado la prueba. Hasta entonces, no volveré a hablar contigo. Ahora mismo necesito estar sola.

Flaviana se quedó en silencio durante tanto rato que Eva pensó que había colgado. Pero, igual que Eva, su madre era demasiado educada para hacer una cosa así.

—El sábado hay una recepción benéfica en Holmes West Manor—comentó, como si la conversación anterior no hubiera existido—. Tu hermana va a subastar sus pinturas y las ganancias irán destinadas a un hospital para niños enfermos de cáncer. Espero que, si el trabajo te lo permite, puedas asistir. A ella le gustará verte allí.

Publicidad para la familia, otra vez. Se apretó el gel frío a la mejilla.

—Lo haré.

—Bien.

—Una cosa —dijo antes de que su madre colgara—. No quiero que me hagan otro reportaje. Nunca más.

—Es importante que sepan de ti, Eva. ¿No quieres ser famosa? —Su tono fue demasiado condescendiente.

—Una cosa es ser famosa por derecho propio y otra que vayas comprometiendo mi trabajo con mentiras.

—El artículo era...

—¡No! No vuelvas a solicitar otro reportaje sobre mí. Cuando esté preparada, cuando esté a punto de estrenar la obra, cuando ya tenga un pie encima del escenario, entonces daré todas las exclusivas que quieras. Pero, hasta entonces, no existo para la prensa. ¿Está claro?

—Muy claro. Es obvio que estás estresada, respetaré tu decisión por el momento. Adiós, Evangeline.

Esta vez sí que colgó.

Reprimió las ganas de lanzar el teléfono por la ventanilla. Ahora que comenzaba a enderezar su carrera profesional, su vida personal iba cuesta abajo.

—¿Pasará la noche aquí? —le preguntó el chófer cuando detuvo el coche a las afueras de Winter Garden.

—Te llamaré, Clancy. Gracias por todo.

Caminó hacia la casa de su abuela y se volvió para ver cómo el Jaguar daba la vuelta y desaparecía por la carretera. Luego se acercó al jardín de la señora Lansbury y se asomó por encima de la valla con el corazón acelerado.

Pero Tom no estaba a la vista, y parecía que ya había terminado de trabajar: todas las herramientas estaban guardadas. Pensó en llamar a la casa para preguntar por él, pero no quería que Mónica sospechara nada, así que, con cierta pesadumbre, se dirigió a la casa de su abuela. Quizá estaba esperándola en las escaleras del porche.

Cuando llegó, tampoco lo encontró allí. Se le formó un nudo de desesperación en la garganta. ¿Se había marchado ya, cansado de esperarla? No sería tan extraño, todos los amigos de Eva se habían cansado de esperarla; no tenían paciencia para aguantar que siempre se retrasara por estar en sus ensayos.

Intentó no desanimarse, quería ver a Tom para continuar donde lo habían dejado, para experimentar nuevas emociones. Nunca había necesitado a nadie tanto

como a él.

—Buenas tardes.

Se giró al escuchar su voz por detrás de ella. Se le formó un remolino en el vientre y su corazón se aceleró. Notó calor en las mejillas y supo que se había ruborizado. Su cuerpo respondió muy rápido a la presencia de Tom, de un modo vergonzosamente físico.

—Hola —respondió con un jadeo. Le temblaban tanto las manos que tuvo que sujetarse a la correa de la bolsa para disimularlo—. Acabo de llegar, ¿cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó.

—Yo también acabo de llegar, he salido a hacer unas compras para Mónica y te he visto entrar. ¿Cómo estás?

—No ha sido un buen día —reconoció.

—¿No vas a venir a darme un beso?

Caminó hacia Tom flotando en una nube de impaciencia. Él abrió los brazos en cuanto se acercó; cuando Eva ya soñaba con sumergirse en su boca, él acunó su rostro con las manos y le inclinó la cabeza para observar el labio inflamado.

—¿Quién te ha hecho eso?

Su voz se transformó en una peligrosa amenaza y Eva sintió un escalofrío.

—Nadie —mintió—. Ha sido un accidente.

—¿Desde cuándo el ballet es un trabajo de riesgo? —increpó frunciendo el ceño.

—Desde siempre —respondió restándole importancia, no quería meter a Gregory entre ellos dos. Tom era una distracción; lo demás, la vida real—. Todos los días me hago algo, si no es por una caída es por chocar con alguien... o con algo.

—¿Te has dado contra una puerta? —preguntó alzando una ceja. Parecía enfadado. Eva le puso las manos en los hombros y lo miró con atención.

—Tom, no tienes que preocuparte por mí. Son gajes del oficio —explicó con una sonrisa tranquilizadora.

En sus ojos descubrió que se moría de preocupación por ella. Si le decía que había recibido una bofetada, podía reaccionar de forma violenta, era muy pasional, y no quería que se metiera en problemas por algo que ya estaba solucionado.

—Ven aquí —dijo él por fin, acercándola hacia su boca.

Su áspero susurro restalló en el estómago de Eva. Se olvidó de todo cuando capturó sus labios, le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó contra él. Lo había añorado con una intensidad que no llegaba a comprender, no se había dado cuenta de cuánto echaba en falta el contacto de Tom hasta el instante en que sus labios comenzaron a danzar con ardiente determinación.

La besó más despacio, con más cuidado, lamiendo su contorno magullado con leves roces. Las emociones de Eva se desbordaron, rodeó su cuello con los brazos y se apretó con desesperación a su cuerpo, acariciándole la cabeza para aferrarse a sus gruesos mechones.

Quería borrar el recuerdo del mal ensayo. El recuerdo de Gregory. Solo quería la sensación de Tom en su piel y en su boca, la de nadie más. Él era la única persona del mundo que en ese momento podía calmar su estado de confusión. No esperaría nada de ella salvo sexo, y eso podía hacerlo. Quería hacerlo. Quería sexo, quería aprender, quería sentir; solo así podría bailar y comprender lo que había sentido hoy.

Tom se separó un momento para mirarla, observando con desaprobación el labio inflamado de Eva.

—¿Tienes que ensayar? Puedo esperar, si quieres.

—La verdad es que he ensayado antes de venir.

—Ah, mujer previsora —comentó sonriendo con travesura. Eva inspiró hondo—. ¿Y qué te apetece hacer? ¿Quieres que te tumbe en el pasillo y te posea aquí mismo?

Tom la empujó con su cuerpo hasta aprisionarla contra la puerta de la entrada. Ella se derritió con sus palabras.

—Aquí no... —suspiró ella.

—Entonces, ¿quieres venir conmigo al Victoria?

Estaba desnuda, frente al espejo del baño. Junto a la encimera del lavabo había dejado un vestido rosa con flores blancas, muy sencillo, que Tom acababa de regalarle. ¿Qué significado podía tener un obsequio como ese? No estaba segura, pero no estaba segura de nada desde que llegara a la habitación y Tom le hiciera todas esas cosas que todavía no había podido asimilar.

Tumbada sobre las sábanas, con las manos atadas a la espalda, la había mirado a los ojos mientras recorría sus inflamados pliegues con una erección tan gruesa y caliente que no pudo evitar un sollozo al sentir cómo la penetraba. Sus paredes se habían apretado a él, mientras ella se quedaba sin respiración, Tom capturaba su mirada provocando una intensa sensación de asfixia.

Estaba tan resbaladiza que Tom se había deslizado suavemente dentro de ella y Eva lo había envuelto de sedosa carnalidad. El aire se había sobrecargado, su piel había entrado en combustión y todas sus terminaciones se electrificaron. Tom permaneció hundido en su interior durante una eternidad, sin moverse, sus ojos refulgiendo con una rugiente llamarada de deseo hacia ella.

Un deseo primitivo, brutal y urgente. La luz de las lámparas se reflejaba en su mirada formando un punto claro junto a la negrura de sus pupilas. Había sido tan excitante que no podía soportar mirarlo sin sentirse abrasada. La mezcla de placer intenso y dolor tirante había provocado que una oleada de calor líquido brotara de entre los muslos, empapando la piel de Tom. Él había sonreído, con el rostro tenso, y Eva fue consciente de que notaba la copiosa humedad que escapaba de su sexo sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Solo cuando ella jadeó una súplica, se movió para jugar a placer con ella. Comenzó a embestirla con apasionada firmeza, aumentando la intensidad del recorrido. La provocó, la tentó y la excitó hasta que su deseo por él fue tan inmenso que no anheló otra cosa que su miembro dentro de ella. La obligó a someterse a su ritmo y ella ni siquiera pudo respirar, se había ahogado.

Se quedó ciega y sorda, mientras el corazón le golpeaba en las sienes y el sudor resbalaba por su vientre y su pecho.

—Tierra llamando a Eva... —Tom le colocó las manos sobre los hombros. Eva levantó la mirada y lo vio detrás de ella a través del reflejo en el espejo. Una sonrisa empezó a formarse en su rostro—. ¿En qué estás pensando?

La sensación de unión había sido una placentera agonía. Había sentido un montón de cosas, el peso y la presión que sentía en el corazón se había aligerado cuanto más excitaba estaba. Lo olvidó todo, mientras Tom la torturaba con una fricción constante e implacable, todo se había reducido al tiempo que transcurría entre una embestida y la siguiente.

—En... nada —contestó bajando la mirada, sofocada al recordar la forma en que él había sucumbido al orgasmo sin dejar de estremecerse y rugir.

Había ido con él para olvidar los sinsabores de la jornada, concentrándose en las sensaciones que él despertaba en su cuerpo. Era el escape perfecto, nada de ballet, nada sobre errores de ejecución, nada sobre hombres estúpidos que no sabían aceptar un no por respuesta.

Con metódica precisión, Tom había borrado cualquier preocupación de su mente y el sexo había sido aterradoramente íntimo. Para Eva, exponerse de esa forma ante él había sido perturbador, pero también había sido liberador. Dios, era tan abrumador que le cortaba la respiración, Tom le había proporcionado unos orgasmos febriles y ella se había rendido a él, deseando todo lo que le hacía sentir.

Se miró los brazos y se lamió los labios; en la piel tenía dibujado el patrón de la cuerda. Acarició una de aquellas marcas y sintió un cosquilleo bajarle por el vientre, estremeciéndose con el recuerdo. Se llevó las manos al estómago y volvió a mirarse en el espejo, buscando en la expresión de su rostro ese resplandor apasionado que necesitaba.

Tenía los labios inflamados, las mejillas ruborizadas y los ojos brillantes por las lágrimas. Se frotó la cara, nerviosa. No podía contener el llanto cuando llegaba al clímax, era imposible cuando Tom estaba pendiente de cada una de sus reacciones y se aseguraba de empujarla hacia un escarpado precipicio de placer insoportable.

—Para no estar pensando en nada, te estás poniendo muy, muy roja —susurró él sobre su oreja. Eva apretó los muslos cuando notó un tirón.

—Me acabo de lavar la cara... —justificó.

—¿Qué te apetece cenar? —preguntó poniéndole las manos sobre las caderas. Acababa de salir de la ducha y su aroma flotaba en el ambiente, enturbiando sus pensamientos—. ¿Has probado la comida japonesa?

—No me va mucho... —Se desembarazó de sus manos y se puso el vestido. La falda le llegaba por encima de las rodillas y el corpiño realzaba sus pechos, haciendo que parecieran más grandes de lo que eran—. Necesito un sujetador.

Tom le cubrió los pechos por encima del corpiño con las manos. Eva contuvo el aliento cuando sintió sus pezones palpar contra las palmas masculinas, temblando ante la extremada sensibilidad que sentía. Él los había besado, mordido y succionado hasta que no fue capaz de distinguir el dolor del placer.

—No lo necesitas.

—Se me van a notar los...

Tom le pasó los pulgares por encima de la tela y al instante sintió que se endurecían, volviéndose visibles.

—Esa es la idea, preciosa. Quiero vértelos cuando te mire, igual que los veía cuando estabas encima de mí.

Eva inspiró y Tom le dio un beso en la oreja mientras le bajaba los tirantes. Puso el pulgar sobre uno de los picos para trazar una caricia deliciosamente suave. El toque atravesó la erizada cresta haciendo que se pusiera más dura y más tensa. Eva cerró los ojos, jadeando.

Su clitoris palpitó y notó que se le humedecían los muslos. Mucho.

«¿Cómo pude sentir tanto deseo y tanto terror a la vez?».

No le había dado miedo una cuerda, pero sí se había sentido intimidada por todo lo que había sentido con ella alrededor de sus brazos.

Suspiró hondo. Tom no era como ella pensaba. Era divertido, apasionado, le había enseñado las cosas que ella quería conocer y lo había hecho con mucha dulzura. La respetaba. Ella había estado atada y él le había proporcionado los orgasmos más explosivos de su vida, encargándose de todo.

—¿Sabes que solo han pasado veinte minutos desde que estuve dentro de ti? Me parece una eternidad.

Cerró los ojos. Todavía sentía las embestidas de su erección, su grosor estirando los músculos internos para alojarse muy dentro de ella.

Lo miró por encima del hombro.

—Echo de menos sentirte dentro de mí.

Había momentos en los que le costaba decir lo que sentía, pero a veces, el deseo de complacerlo era superior a su sentido del pudor. Y perdía el control de sus palabras.

—Repetiremos ese «nada» en cuanto volvamos de cenar, Eva —le dijo, saliendo del baño, con los ojos brillantes.

Ella se estremeció y se frotó los brazos. Las arrugas de la cuerda sobre su piel empezaban a borrarse y sintió cierto anhelo por ellas. Tom había trenzado unas sofisticadas ataduras que no molestaban, no hacían daño, pero la dejaban totalmente a su merced.

Podía recordar el momento exacto en el que se perdía en un mar de furiosa necesidad, en el dominante fuego de las pupilas de Tom. Necesitaba agarrarse a algo y, sin embargo, no podía porque estaba maniatada. No pudo pensar, ni respirar ni hacer cualquier otra cosa, salvo dejarse llevar.

Aquello había sido éxtasis puro, implacable y primitivo.

—¿Dónde vamos a cenar?

—No lo sé. Vamos a ver qué hay por aquí.

Salieron del club y empezaron a caminar por Harrington Place. Al principio, Eva no sabía qué hacer con las manos, se cruzó de brazos varias veces, y caminó

distraída junto a Tom. Cuando él la cogió de la mano para cruzar una calle, no se soltaron.

Tras descartar varios lugares, Tom encontró un bonito restaurante. Ella lo prefirió así, su iniciativa suponía un alivio. Estaba acostumbrada a salir con chicos desde los dieciséis, en todas las fiestas conocía a alguien que para su madre era el hombre ideal. Había aprendido a ser cortés y educada, pero Tom no era un posible pretendiente, sino un amante temporal, y le costaba manejar la situación.

Se sentaron en una discreta mesa en la parte de atrás, en una preciosa terraza rodeada de árboles. La atmósfera resultaba acogedora. El sonido de las conversaciones, el estrépito de los cubiertos chocando contra los platos y las copas tintineando con alegres brindis, ayudaron a que se soltara un poco. Un camarero les sirvió las bebidas y les entregó las cartas.

—Necesitas proteínas después de tanto ejercicio —comentó él. Eva enrojeció tanto que empezó a sudar—. No te cortes, pide lo que más te guste. Y no, yo no estoy en el menú.

Escondió una sonrisa detrás de la carta. Cuando el camarero les tomó el pedido, Tom se inclinó hacia delante y miró a Eva fijamente. Ella intentó desviar la mirada; cuando conectaba con él se sumergía en esos ojos oscuros como un trozo de bizcocho en una taza de chocolate caliente de la que luego no podía salir.

—Quisiera hablar contigo más en serio, Eva. Sobre lo que ha pasado estos días.

Ella cerró los puños sobre la falda, poniéndose recta en la silla.

—¿A qué te refieres?

—A que me vuelves loco, Eva —declaró—. Te miro, veo la forma en que te contienes, y solo quiero hacer que te corras. Nada deseo más que escuchar cómo me ruegas que me detenga... o que no lo haga.

La crudeza de su declaración le provocó un hormigueo entre los muslos.

—Deberías haberme avisado de que harías una cosa así —suspiró.

—Accediste a que te atara —señaló él, acariciándole la mano—. Has de saber que cuando te pones en mis manos, me das el control de todo.

—No me gusta perder el control —dijo con un susurro.

—No lo pierdes —explicó él—. Soy yo quien lo tiene, porque tú me lo entregas. Conservo tu control y te pongo límites. Tú solo tienes que pensar en disfrutar, teniendo la seguridad de que estaré ahí para traerte de vuelta si te pierdes. Sé que te pido mucho, quiero que confíes en mí, en que cuando logres entregarme tu cuerpo sin dudar, te sentirás satisfecha.

Sintió un revoltijo en el estómago. Cederle el mando resultaba muy cómodo para ella. ¿Bailaría ahora como tenía que hacerlo, con apasionada entrega, gracias a eso? Su plano original había sido experimentar y, después, bailar. No había esperado vérselas con situaciones intensas o difíciles de superar. Pero era su inseguridad lo que la paralizaba para bailar; con alguien tan intenso como él conseguiría dominarlo. No importaba que Tom la viera tal cual era porque, a fin de cuentas, una vez que ella obtuviera lo que deseaba —el papel de su vida—, ya no tendría la necesidad de acostarse con él.

Tom solo buscaba sexo y ella estaba dispuesta. Era un trato justo.

—Podrías haberme pedido que me detuviera —dijo él—. Tenías tu palabra. *Adagio*. Tú querías experiencias, es lo que te estoy dando, estoy conectando con tu parte más íntima y profunda. Sé que es algo abrumador y que, cuanto más llego a ti, más miedo sientes. Es lógico que estés asustada. Pero yo quiero que confíes en mí, porque tu confianza y tu entrega es lo que me motiva.

El camarero llegó con el pedido y sirvió los platos mientras Eva reflexionaba sobre las palabras de Tom. De todos los hombres que había, había elegido al más complejo de todos. Pero era mejor de ese modo, pues estaba convencida de que con otra persona no habría experimentado tanto.

—No puedo permitir que permanezcas en tu zona segura —prosiguió Tom—. Quiero que empieces a sentirte como deseas hacerlo de verdad. Lamento estar yendo tan deprisa, Eva. Deberíamos haber hablado...

Ella no deseaba pensar ni hablar. Si lo hacía se paralizaría. Tenía que liberarse, si eso significaba ponerse a las órdenes de Tom y soportar intensas sesiones de sexo, que así fuera.

—No quiero que vayas despacio. —El corazón le retumbó en los oídos—. Quiero que vayas rápido, que no me dejes pensar, porque cuanto más lo hago, más dudas tengo. Y no quiero pensar, no quiero pensar en nada.

Tom la miró como si fuera a arrancarle la ropa y a ponerla sobre la mesa.

—Tu honestidad y tu sinceridad es lo más importante para mí, cielo. Gracias por tus palabras. Come.

Ella obedeció. El menú consistía en una docena de aperitivos para degustar las especialidades del chef, y enseguida se sintió llena. Tuvo que hacer descansos entre bocado y bocado, y, con cada pausa, Tom aprovechaba para acariciarle la mano o la muñeca, provocándole escalofríos en el brazo.

El ambiente del local era agradable. A medida que pasaban las horas la gente se iba marchando y ellos se fueron quedando solos. La luz tenue, el calor de la noche y el aroma de las flores hicieron que aquel pequeño rincón se transformara en un lugar muy íntimo y romántico.

En lugar de retomar la conversación sobre los límites del sexo entre ambos, Tom llenó los silencios con historias divertidas sobre los inventos culinarios de la señora Lansbury. Le contó cómo había diseñado el jardín y el huerto, explicándole al detalle los colores de las flores que plantaría la segunda quincena de octubre.

Eva pensó que hablaba como un director de arte cuando diseñaba un escenario, solo que en lugar de un teatro, era un jardín; y cada flor, una bailarina.

—¿Por qué decidiste hacer ballet? —preguntó él.

—La alternativa era el piano —comentó sonriendo.

—No parece una mala alternativa. Al menos no acabas llena de moratones al final del día.

—No es tan malo como parece. Tú también te cortas las manos con las espinas de las rosas, ¿eso hace que detestes la jardinería?

—Tienes razón —aprobó él, sonriendo por encima del borde de la copa—. Pero... ¿ballet? Hay muchas otras disciplinas.

—¿A caso le preguntarías a un músico por qué elegiría un violín antes que un bajo?

—El violín requiere más precisión que un bajo, un milímetro de diferencia frotando una cuerda puede estropear una partitura completa. ¿Te sorprende que sepa algo así? —preguntó, pretencioso.

Eva parpadeó, sin poder disimular el asombro.

—Pues... sí.

—Estás deseando volver a la habitación para que te ponga sobre mis rodillas y te zurre por tener prejuicios contra mí, ¿verdad?

—¿Zurr...? ¡No! —exclamó. ¿Había dicho que quería zurrarle?

—¿No, qué?

—No tengo prejuicios contra ti... —decidió contestar.

Él sonrió, pasándole otro pedazo de pan con mantequilla.

—Háblame de *Metamorfosis*.

—Esa obra es muy importante para mí... —respondió con un suspiro, sintiéndose más relajada. Hablar de ballet era mejor que hablar de sexo—. Fue la última composición de mi abuela —dijo con orgullo—. El director trajo el libreto desde San Petersburgo y Florence y él trabajaron juntos en la nueva coreografía. Zakharov se encargó de todo, pero ella hizo el arreglo del último acto y me lo enseñó mientras lo diseñaba.

—¿Bailas por ella?

No dudó a la hora de responder.

—Lo hago por mí. Porque no sé hacer otra cosa y porque tampoco quiero hacer otra cosa. Me gustan las historias que contamos. Cuando bailo, me siento más... yo misma. El resto del tiempo es esperar hasta que la música empieza a sonar.

Se hizo un silencio muy largo.

—¿Qué es lo que piensas, cuando bailas?

Le habían hecho muchas veces esas preguntas, y, cuando respondía, la miraban como si no entendieran nada. Pero decidió ser sincera con él.

—Cuando bailo para mis maestros, pienso que no quiero cometer ningún error. Cuando estoy en casa de mi abuela, cuando no estoy preparando un ensayo, bailo para mí sola —dijo evocando esos inocentes momentos en los que la música la seducía y la arropaba—. No pienso en nada absoluto. Y cuando he terminado, es como despertar de un sueño.

La sonrisa de Tom se volvió tierna y a Eva le revolotearon mariposas por todo el cuerpo. Él se levantó de su silla y se sentó en la que ella tenía al lado. Justo cuando iba a besarla de un modo dulce y amable, apareció el camarero con los postres.

—Bailar es como el sexo —dijo él con suavidad. Cogió un poco de tarta de chocolate con una cuchara y se la ofreció para que comiera—. Te expones frente a otra persona y permites que vea una parte de tu alma. ¿Crees que yo no me expongo cuando hacemos el amor?

Lo miró, extrañada.

—¿Lo haces? —preguntó en voz baja.

—Dejo que veas una parte de mí que podría asustarte o causarte rechazo. Pero la recompensa de tu orgasmo y tu entrega es un riesgo que estoy dispuesto a asumir.

Tom podía ser maleducado y poco caballeroso —a veces—, pero era sincero. Pensaba en su placer, era ardiente, apasionado, y la escuchaba cuando hablaban. Eva lo miró y le dio un beso en los labios, porque le apetecía. Él la retuvo un momento, acariciándola de forma provocativa con la lengua, y cuando se apartó, le ofreció una nueva cucharada de postre. Ella lo aceptó, sintiendo cierto placer en dejarse alimentar por él.

Mientras saboreaba el chocolate, notó la mano de Tom subir por su rodilla desnuda. Se puso recta en la silla y lo miró con los ojos abiertos. Él se limitó a ofrecerle un nuevo bocado de chocolate mientras metía la mano por debajo de la falda.

—No te tenses. Acepta mis caricias. No lo pienses, solo siéntelas, preciosa.

Colocó la palma de una mano sobre su muslo. Un calor sofocante se derramó por toda la piel de su pierna, entumeciéndola desde la cintura hasta el pie. Eva levantó los ojos hacia Tom y él le ofreció un nuevo trozo de bizcocho que ella se comió, obediente.

Se lamió los labios para saborear los restos de chocolate. Tom deslizó la mano hacia arriba, acariciando con la punta de los dedos una zona muy sensible, a centímetros de su sexo.

Le hirvió la sangre en las venas y apretó los puños.

—Me dices que quieres ir más despacio y me metes mano por debajo de la mesa —señaló ella.

—No puedo evitarlo, ahora mismo me encantaría lamerte el coño. Despacio y en silencio.

—Tienes..., uhm..., una fijación obsesiva con mi clítoris.

—Porque es muy sabroso. ¿Te parece que te lo como demasiado?

Estuvo a punto de caerse de la silla con aquella pregunta.

—No.

—¿No, qué?

—... No me hagas responder —gimió.

—Entonces no permitiré que te corras. Te obligaré a aguantarte hasta que a mí me apetezca.

—No puedes hacer eso...

—¿Quieres ponerme a prueba? —preguntó alzando una ceja.

Ella se volvió loca de anhelo.

—Me refiero... a que no puedes tocarme, estamos en un sitio público... Se darán cuenta.

Su mirada se oscureció, amenazadora.

—¿Crees que alguien sabe lo que está pasando debajo de la mesa?

Ella miró a un lado y a otro. Lo cierto es que las demás mesas estaban ocupadas en sus asuntos y ellos estaban en un cómodo rincón, tranquilo y oscuro.

—Si viene un camarero...

—No vendrá nadie. ¿Confías en mí, Eva? —presionó él—. Quiero acariciarte mientras te doy de comer. Quiero empaparme los dedos, tener la mano en tu sexo y darte placer.

Pasión. Emoción. Eso era lo que necesitaba para bailar.

Acercó la mano de Tom hacia el interior de sus muslos. Él se puso tenso, sorprendido por el movimiento de Eva, y la punta de sus dedos entró en contacto con la ropa interior femenina. La muchacha sintió su ardiente caricia atravesando la tela, suspiró de forma entrecortada y separó las piernas para dejarle espacio, escurriéndose hacia el borde de la silla.

—Pon las manos encima de la mesa, Eva. Y no dejes de mirarme.

Ella obedeció. El ardor que desprendía la mirada masculina sobrecalentó todas sus terminaciones nerviosas. Tom hundió la cuchara en el bizcocho, cogió un pedazo y lo acercó a su boca. Eva lamió el chocolate con un gemido.

—Ah, no me provoques —advirtió él, acariciándole el clítoris a través de la tela. Ella jadeó—. No querrás que te castigue por no obedecer, ¿verdad?

—No, no quiero que me castigues... por no obedecer.

Tom se inclinó sobre su boca y capturó sus labios con un roce dulce y erótico, al tiempo que apartaba la tela y colocaba dos dedos justo encima de su clítoris. Eva se puso tan tensa que estuvo a punto de saltar de la silla.

Con movimientos perezosos, comenzó a acariciarla. Ella se sintió nublada por el placer y también por el alcohol. Se vio invadida por una placentera languidez de la que no podía escapar, sumergida en una densa laguna de chocolate caliente.

Le gustaba la manera en que él la hacía sentir, como si fuera una reina, ocupándose de ella en todo momento, ayudándola a aliviar la presión a la que se sentía sometida en su día a día. Tom inspiraba seguridad, era como un líder poderoso al que no podía evitar escuchar y obedecer.

Dejó caer la cabeza sobre su hombro, a punto de implorar por un orgasmo. Él no dijo nada, le besó la sien y siguió estimulándola, hasta que ella cerró los puños sobre el mantel y gimió.

—¿Quieres correrte? —le susurró al oído.

—Sí.

—¿Sí, qué?

Estaba demasiado sofocada para responder, Tom desprendía tanto calor que pensó que ardería de un momento a otro si antes no se ahogaba.

—Estoy esperando una respuesta —dijo él, con la voz afilada. Eva se mordió los labios.

—Quiero correrme...

Con la mano con la que no la estaba acariciando, cogió una de las de Eva y entrelazó los dedos, apretándole la palma.

—Entonces, hazlo.

No tuvo tiempo de pensárselo dos veces, lo anhelaba demasiado, con desesperación, y las caricias de Tom eran tan exigentes que se sintió indefensa. Ahogó un jadeo y empezaron a temblarle las rodillas. Tom le apretó la mano sin dejar de frotarle el clítoris, y le besó la mejilla, mientras Eva veía luces detrás de los ojos y encogía los dedos de los pies, sintiendo que el fuego consumía sus entrañas.

El alivio fue tan inmenso que se le saltaron las lágrimas.

—Dios... —gimió ella cuando dejó de temblar, sintiéndose aturdida y avergonzada—. ¿Qué...?

Tom le acarició la oreja con la nariz.

—Acabas de correrte, preciosa. Y estoy encantado. Gracias por compartirlo conmigo.

Ella intentó protestar, pero Tom la besó para acallar sus palabras mientras frotaba los dedos húmedos por sus muslos.

¿Acababa de tener un orgasmo en público?

—Ven. —Tom se levantó de la mesa retirando la mano de entre sus piernas, pagó la cuenta sin esperar el cambio y la sacó del restaurante rodeándole la cintura con el brazo—. Es hora de que conozcas un poco más a fondo el Victoria.

Regresaron al club en completo silencio. Eva no dejaba de pensar en el roce de la ropa interior sobre sus labios temblorosos, caminar excitada y empapada era un suplicio. No podía dejar de temblar, sentía todos los nervios crispados, la piel sensible y sudorosa.

¿Qué había pasado?

Llegaron al vestíbulo y subieron por la gran escalinata de mármol. En el primer rellano, Tom atravesó una puerta roja y accedieron a un estrecho pasillo.

El suelo estaba cubierto de suaves alfombras de colores dorados y las paredes eran de seda. De los apliques brotaban haces de luz anaranjada. A medida que avanzaba, la curiosidad provocó que se le erizara la piel y se estremeció. Cuando llegaron a la mitad, Tom la empujó contra una pared, cubrió su rostro con las manos y la besó.

—Quiero que te quites las bragas, Eva. Y me las des.

Notó que su sexo aceptaba la sugerencia con una violenta pulsación. Su cabeza intentó rechazarla, pero chocó contra un muro, y se perdió entre la niebla de lujuria que se había levantado en su cerebro.

—¿Por qué?

—Porque quiero tocarte sin que nada me lo impida.

Ni siquiera sabía a dónde se dirigían ahora, y llevaba un vestido con falda. Ya era bastante difícil no sentir el sujetador protegiéndole los pechos, ¿qué sentiría sin las bragas?

—¿Quieres que hablemos sobre confianza otra vez? —dijo él colocando una mano sobre uno de sus glúteos. Un chisporroteo recorrió sus muslos—. ¿Quieres que cuando volvamos, te ponga sobre mis rodillas y te dé una zurra?

—No...

—¿No, qué?

—No quiero que me zurres...

—Quiero que seas consciente de tu sexo cuando estés conmigo —explicó Tom, logrando que Eva se calentara—. Quiero que estés lista para mí en todo momento, por eso nunca volverás a llevar bragas en el Victoria. Quiero poder follarte cuando se me antoje, en cualquier momento, en cualquier parte...

—¿Lo dices en serio?

—Yo siempre hablo en serio, Eva. Quiero acariciarte como en el restaurante, cómodamente sentado, sin que la tela de tu ropa interior me moleste.

Eva se bajó las bragas sin dejar de temblar. Dios, se estaba volviendo loca, pero no podía reprimirse ni un poco.

—Me gusta cuando obedeces —le dijo mirándola con una intensidad que la puso enferma de necesidad.

Ella asintió, ansiosa, y Tom le dio un suave beso en los labios. Después se acercó la prenda a la nariz para aspirar profundamente y, cuando quedó satisfecho, se la guardó en el bolsillo de la cazadora.

La cogió de la mano y continuaron avanzando por el pasillo. Eva sintió el frescor del aire entre sus piernas, el roce de sus muslos, la humedad resbaladiza que impregnaba su piel. Giraron hacia un pasillo oscuro, cubierto por gruesas cortinas rojas, hasta una puerta de acero custodiada por dos hombres, letales a la vez que elegantes.

Eva apretó los muslos, escondiéndose detrás de Tom, abochornada.

—Buenas noches. Ella es Eva, le estoy enseñando el lugar. —La colocó delante de él, con las manos en su cintura. Los dos hombres la saludaron, mirándola a la cara, y ella se sintió completamente desnuda.

—Bienvenida al club Victoria, señorita —dijo uno de ellos mientras recorría el cerrojo para abrir la puerta.

Tras pasaron el misterioso umbral para acceder a un angosto vestíbulo. Cuando cerraron la puerta de nuevo, todo quedó a oscuras durante un instante. Eva escuchó un murmullo, amortiguado por las cortinas. Aquella decoración le recordó a las bambalinas de un teatro, donde los principales esperaban para salir a escena.

—Una cosa más —le dijo Tom metiendo la mano bajo su falda. Eva ahogó un gemido cuando deslizó los dedos por sus pliegues y le acarició el clítoris con suavidad. Ella empezó a escuchar los latidos de su corazón retumbándole en la cabeza. Estaba tan oscuro que no veía nada, y cuando empezó a distinguir a Tom, él apartó la mano—. Quiero que empieces a tomar la píldora. No quiero seguir usando preservativos contigo, necesito sentirte contra mi piel. ¿Entendido?

—Sí...

Tom apartó una cortina y entraron en un salón de juego, mientras Eva escuchaba pitidos en los oídos.

Por toda la sala había repartidas mesas donde grupos de hombres y mujeres bebían, charlaban y jugaban a las cartas. Los naipes volaban sobre los tapetes, los crupieres repartían las cartas con soltura y las fichas de apuestas corrían de una mano a otra, igual que las bebidas que los empleados, vestidos con ceñidas ropas de cuero y apretados corsés, servían a los clientes.

La música, graves notas de *jazz* y *soul* de un cuarteto situado en una esquina, retumbó en el estómago de Eva. Inspiró hondo, sintiéndose empapada por la sublime decadencia del ambiente. Aquel era el corazón del club Victoria y ella se encontraba en mitad de la vorágine.

Tom la introdujo de lleno entre las mesas. El olor a bebida, a tabaco, a sudor estuvo a punto de ahogarla. Intentó no fijarse demasiado en la gente, temiendo encontrar a alguien conocido, y se pegó a la espalda de Tom, pensando en su falta de ropa interior y en lo último que él le había dicho.

Jamás había sido tan consciente de su sexualidad como en ese momento. Estaba a la vista de todo el mundo, expuesta, como cuando bailaba. La coincidencia la abrumó.

—Voy a por algo de beber. Espérame aquí, no tardaré, preciosa.

Cuando Eva se quedó sola, se sentó y tiró de la falda para cubrirse las rodillas, removiéndose en la silla acolchada, ansiosa, luchando por no salir corriendo.

Miró hacia las otras mesas para comprobar que nadie se fijaba en ella. Observó a una hermosa mujer rubia sentada entre dos hombres elegantes. Parecían estar hablando de algo muy importante. Cuando uno de ellos acabó la conversación, se inclinó para besar a la mujer con una intensidad que obligó a Eva a apretar los muslos.

Quiso apartar la vista, pero no pudo: la ardiente respuesta de la mujer atrajo toda su atención. Contuvo la respiración cuando ella abandonó los labios de uno para perderse en los del que estaba a su lado. Eva se fijó en que los dos tenían las manos sobre los muslos de la mujer y se perdían bajo la falda.

Sabía que no debería estar mirándolos, era de mala educación, pero no podía dejar de hacerlo. Notó un hormigueo en los brazos y se lamió los labios. Cuando la mujer se recostó sobre el asiento, sumida en su propio placer, Eva abrió más los ojos para no perder detalle de lo que pasaba, notando que se le erizaba toda la piel.

—¿Te gusta lo que ves?

Eva ahogó un grito, Tom había regresado con unas copas. Se esforzó en olvidar lo que acababa de ver, cogió una bebida y bebió ansiosamente. El picante sabor del alcohol le bajó por la garganta, calentando aún más su cuerpo.

—¿Te gusta?

—Sabe a miel.

—Estoy deseando que empieces a sudar para chuparte los pechos y saborear esa miel que estás bebiendo.

Eva conocía sus límites físicos, sabía hasta qué ángulo podía retorcer la cadera antes de hacerse daño, pero, con respecto a todo lo demás, todo lo que tenía que ver con deseo, placer y estímulo sensual, no podía saberlo.

—¿Esto es un casino ilegal?

Tom no terminó de llevarse el vaso a los labios y la miró con los ojos ardientes, esbozando una divertida sonrisa que la dejó temblando.

—El Victoria tiene licencia de juego.

—¿Y qué más cosas tiene el Victoria?

—¿Te gustaría saberlo?



Su pregunta hizo subir aún más su temperatura corporal. Eva sujetó su vaso con fuerza; le temblaban tanto las manos que temía dejarlo caer.

—Esa mujer está besando a dos hombres —señaló.

—¿Te gustaría que otro hombre te besara mientras yo miro? ¿O preferirías que un hombre te mirara mientras yo te chupo el clitoris?

Fue horriblemente consciente de la falta de ropa interior cuando humedeció la falda. Miró a Tom, su cuerpo parecía tranquilo, pero un vistazo a su bragueta le hizo saber que estaba igual de ansioso que ella. No pudo evitar pasarse la lengua por los labios al observar el tenso bulto que tenía en el regazo.

Se llevó una mano a la frente para apartarse el flequillo, comprobando que tenía la piel sudorosa.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Este lugar es distinto a cualquier otro, Eva. Tú eres una mujer sofisticada y elitista, mereces un club de lujo en el que empapar tus labios con los mejores licores de Crownfield.

—Vaya a... —suspiró esbozando una tímida sonrisa—. Estaba convencida de que me ibas a decir que habíamos venido porque tenías descuento en copas.

Tom echó la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada.

—Me encanta cómo se te suelta la lengua cuando bebes.

—Er... no sé —balbuceó, mirando su vaso—. No he bebido nunca. ¿Estoy siendo grosera? Porque si es así...

Tom se aproximó para fundir sus labios con los de Eva. Saboreó la miel de su bebida con gusto, el deseo ardía en su garganta, en el pecho, en el estómago. A Eva se le aflojó la muñeca con la que sostenía el vaso y derramó sin querer líquido sobre la camiseta de Tom.

—Cuidado —exclamó él, enderezándole la bebida.

Con un estremecimiento se levantó la camiseta empapada. Eva contempló su abdomen húmedo y deseó lamer las pegajosas gotas de bebida que desaparecían por debajo de la cintura de sus pantalones. La sexualidad que manaba de su cuerpo era como un vapor narcótico que la drogaba, volviéndola idiota. Una señorita no fantaseaba con pasar la lengua por el cuerpo de un hombre, y mucho menos fantaseaba con bajarle la cremallera para lamer su erección.

—Buenas noches —los saludó una voz grave y seductora—. Siempre es un placer volver a verla, Evangeline.

Ella alzó la cabeza cuando Constantine se detuvo junto a ellos.

—Hola —murmuró ella sin aliento, notando calambres en las ingles.

Él le sonrió con amabilidad y miró a Tom, mostrándose debidamente serio y profesional.

—Sé que esto no te va a hacer gracia, pero necesito que cubras uno de los puestos de vigilancia. Walker te dará los detalles.

La expresión de Tom cambió por completo. La muchacha percibió que se ponía tenso, y la pícara sonrisa que había mantenido buena parte de la noche se esfumó de un plumazo.

—¿Es necesario? —preguntó, sin una pizca de esa ardiente arrogancia que siempre hacía gala frente a ella.

—No te lo pediría y menos sabiendo que has venido acompañado —aclaró mirando a Eva, con una sonrisa de disculpa.

A Tom le tembló un músculo de la cara.

—No puedo dejar sola a Eva.

—Yo me ocuparé de ella —ofreció Constantine.

«¡No!».

Eva abrió la boca para intentar arreglarlo, pero los dos hombres iniciaron un silencioso intercambio de miradas y supo que tenía que mantenerse al margen, porque a ella no le concernían los asuntos del club.

Constantine era el dueño, Tom un empleado, y ella estaba allí de rebote porque a Tom le había apetecido llevarla. Ni siquiera era socia, y dudaba que pudiera estar en aquella parte del club, que parecía de uso exclusivo para algunos miembros.

—Quieta.

Tom le lanzó una mirada de advertencia y ella no supo a qué se refería. ¿Quizá porque había iniciado el movimiento de ponerse en pie? Pero ¿era imposible que la hubiera visto! Estaba concentrado en taladrar a su jefe con los ojos.

—Puedo volver a casa en... —empezó a decir.

Él la cogió por los brazos, la levantó del asiento y estampó un apasionado beso en su boca que la dejó sin respiración.

—Quédate. Constantine cuidará de ti y yo me reuniré contigo más tarde, en la habitación.

—No quiero meterte en problemas.

—Ah, preciosa, eres tú la que se meterá en problemas si no estás desnuda en la cama cuando yo llegue.

Se atragantó con su propia saliva, ¿Cómo se atrevía a decirle eso cuando su jefe estaba delante?

—Está bien.

Volvió a besarla y, en esta ocasión, Eva percibió cierta desesperanza en su forma de hacerlo. Cuando se marchó, ella se retorció las manos sintiéndose desamparada. Fue demasiado consciente de su desnudez en mitad del casino, junto a un hombre cuya cercanía era mucho más asfixiante que la de Tom.

—Lamento muchísimo haber estropeado vuestra noche —se disculpó el dueño de inmediato—. Permite que te lo compense de algún modo.

—No es necesario. Solo estaba haciendo su trabajo —respondió, educada. No sabía si quería saber cómo quería compensarla él.

—Si quieres beber cualquier cosa, invita la casa. ¿Te apetece dar una vuelta por las mesas?

—Lo siento, pero no sé jugar.

El dueño del club esbozó una deslumbrante sonrisa.

—Eso no es ningún problema. —Acercó la mano hacia su oreja e hizo un extravagante gesto con los dedos, sacando de la nada una ficha. Ella se rio, complacida con aquel truco infantil—. Yo te enseñaré.

Constantine estaba siendo amable. Eva supuso que quería compensar el haberla apartado de Tom, así que aceptó su proposición.

—Una partida. Mañana tengo que trabajar.

—Me encargaré de llevarte personalmente a la habitación a una hora prudente.

Él le tendió la mano y se acercaron a una mesa en la que estaban jugando a los dados. Constantine le explicó el funcionamiento, que consistía en lanzar los cubos sobre el tapete. Eva se entretuvo tirándolos, emocionándose cuando ganaba y desanimándose cuando perdía. Pronto descubrió que apostar dinero no era para ella: demasiada tensión para tan poca recompensa.

—He reservado entradas para el estreno —comentó el dueño del club—. Estoy deseando ver cómo te desenvuelves sobre el escenario.

—Todavía no sé si voy a protagonizar la obra —señaló Eva.

—Sigues trabajando, ¿no? Eso es bueno. Tienes una elegancia envidiable, eres inteligente y encantadora.

—No hace falta inteligencia para ser primera bailarina.

Constantine se rio con humor.

—¿Lo dices por alguien en especial?

—No —sonrió ella—. Hacen falta sabiduría y fortaleza. Una persona demasiado inteligente tendería a racionalizarlo y sufriría más que una persona más sencilla.

El dueño del club la miró con expresión preocupada, acercándose a ella. Eva sintió un aura protectora, que provenía de él, envolviéndola.

—¿A caso sufres bailando?

—No. Pero a veces pienso demasiado las cosas que hago —dijo después de un largo silencio. No solo en el ballet, también con Tom. Por eso, aquel extraño acuerdo del control y los límites resultaba tan tentador—. Eso ha hecho que cometa más errores.

—Pero eres lista, sabes lo que quieres.

—Eso no es ser inteligente, es experiencia.

—Necesitas inteligencia para saber lo que quieres y corazón para saber lo que deseas.

—Lo que deseo es demasiado complicado...

Constantine esbozó una sonrisa y le tendió la mano.

—Acompáñame, por favor.

—¿Dónde?

Señaló hacia la entrada con un arco en la parte superior.

—¿Qué hay al otro lado?

—Una sala privada.

—No sé si debería...

—¿El qué? ¿Saciar tu curiosidad? —ronroneó él—. Esa es una de las reglas del club Victoria. Nunca dejes que la inseguridad ponga freno a tu curiosidad.

Le ofreció un brazo y, al posar la mano, Eva enseguida sintió el duro bíceps que había debajo. Atravesaron el pasillo y accedieron a una sala más pequeña con una iluminación tan suave que todo parecía de color gris. Hacía más calor allí, olía de un modo diferente y el ambiente estaba ligeramente más cargado. Constantine la condujo hacia un extremo donde había sillones y butacas repartidas sin orden por la estancia y pequeñas mesas sobre las que había bebidas.

También había un escenario iluminado con unos focos, en cuyo centro bailaba una mujer.

Vestía unas botas con un tacón tan fino que daba vértigo, un pequeño top que ceñía sus pechos y una especie de tanga de cuero. Nada más. Su cabello rojo revoloteó cuando echó la cabeza hacia atrás, sin dejar de contonearse al ritmo de la música, danzando alrededor de una barra plateada, frotándose contra ella con sensuales movimientos.

A Eva se le secó la boca. La melodía de los altavoces, grave, reverberó detrás de su ombligo. Cuando la mujer se tocó los senos, Eva contuvo la respiración. La canción se volvió más grave y contundente, como los latidos de un corazón, y sintió que aquella danza era demasiado íntima para ser mostrada ante el público allí reunido. Abstraída por el poder de las notas y la electricidad que brotaba de la mujer, observó que se quitaba el top y exponía sus perfectos pechos ante todo el mundo.

No pudo apartar los ojos. El brillo que desprendía su piel era fascinante, la sensualidad y el erotismo estaban presentes en cada uno de sus provocativos gestos. Tenía los ojos entrecerrados, la expresión concentrada, y sus músculos latían al ritmo de la música. Se acarició todo el cuerpo con las manos, disfrutando de sus propias caricias, como si estuviera en la intimidad. Las luces y sombras de los focos jugaron con la superficie de sus músculos, recorriéndola y bailando con ella, lamiendo su piel sudorosa por el esfuerzo. Eva deseó tocarla.

Ante aquel pensamiento tan turbulento, parpadeó y salió del trance en el que se había sumido. Recuperó la sensibilidad en el cuerpo y descubrió que Constantine le había colocado la mano en la parte baja de la espalda. Se puso tan tensa que él lo notó y se giró para mirarla.

—¿Te gusta lo que ves?

El corazón de Eva se aceleró de tal modo que parecía a punto de abrirle un boquete en el pecho. Empezaron a sudarle las palmas de las manos, y el calor acumulado en su vientre volvió a resurgir con fuerza.

Pensó en Tom. En su voz, en su abrumadora presencia, en su olor. En las gotas de miel resbalando por su duro abdomen, en su sexo atravesándola con férrea pasión. No deseaba estar allí con Constantine. Quería estar con Tom, él era su mentor, el tutor que le mostraba todos los placeres del cuerpo y le descubría cosas nuevas.

No quería avanzar un paso más sin contar con él.

—Me gustaría volver a... la habitación de Tom.

—¿Satisface Tom todas tus necesidades? —preguntó el dueño del club, con un tono que le erizó el vello de la nuca.

Ella levantó los ojos hacia Constantine, temblando.

—Sí.

—¿Sí, qué?

Un torrente de calor agitó su vientre; el tono de su pregunta era exactamente igual que el de Tom: autoritario, exigente y muy dominante. Se echó hacia atrás para alejarse de su influjo, de su poder.

—Sí, me satisface.

—¿En todos los aspectos? —insistió.

—No es asunto suyo —respondió con un hilo de voz.

—Si estuvieras conmigo, Eva, te mostraría todos los secretos de este club. ¿Deseas bailar sobre ese escenario igual que lo hace Cynthia? —preguntó señalando hacia el lugar en el que la bailarina se frotaba contra la barra fija, disfrutando como nunca—. ¿O tal vez prefieras acariciar su piel brillante?

Eva apartó la mirada de Constantine y cerró los puños. Se dio cuenta de que había un hombre entre las sombras, sentado en una de las butacas, que en lugar de observar a la mujer desnuda del escenario estaba mirándola a ella y acariciaba el borde de su copa con la punta del dedo, tocándolo como si se tratara de un amante.

Llevaba la corbata aflojada, algunos botones de la camisa desabrochados, el cabello ligeramente revuelto, dando como resultado un aspecto desaliñado sumamente atractivo. Eva se estremeció al ser objeto de su mirada penetrante. Cuando rompió el contacto visual, dirigió los ojos a un lado y ella siguió su dirección, descubriendo a una pareja recostada en el mismo diván, besándose de un modo muy íntimo.

Y al mirar un poco más a la derecha, descubrió a una mujer desnuda, sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas de un hombre que le acariciaba la cabeza como si fuera su mascota, con la mirada perdida y serena.

Repartidos en los sillones, cojines, divanes y alfombras, había grupos de hombres y mujeres. Las expresiones ausentes de sus rostros era prueba suficiente para saber que flotaban en un mar de fantasías, producidas por algún tipo de droga, de bebida o cualquier otra cosa.

Eva dio un paso hacia atrás y miró al dueño del club, alarmada.

—Me gustaría marcharme.

¿Qué sucedería si se negaba a dejarla marchar? ¿Y si la obligaba a hacer algo que no quería? Él no era Tom, no conocía su palabra segura, ¿y si la retenía contra su voluntad? Empezó a agobiarse y se dio la vuelta para salir corriendo. Constantine la cogió por el brazo.

—Tranquila —le dijo, acercándose a ella—. Te acompañaré.

El muy cabrón había decidido cobrarse el favor esa misma noche. Tom se sintió como un maldito imbécil, tendría que haber llevado a Eva directamente a la habitación y haberle pedido que hiciera un baile privado para él. Era lo que quería hacer, lo que llevaba deseando pedirle todo el día. No, pedirle no. Exigirle. Y si ella se resistía, le negaría el alivio durante horas.

Se pasó una mano por la cara; ni siquiera sabía si tenía la voluntad necesaria para hacer una cosa así. Todas las veces que ella suplicaba, a él se le partía el corazón, y no podía negarle nada. Era demasiado blando, tenía que ser más firme. Si se descuidaba, Eva acabaría controlando todas las situaciones y él comería de su mano.

Llegó a la sala de vigilancia. La pared del fondo era un enorme mosaico de pantallas planas a todo color en las que se mostraban a tiempo real todas las cámaras del club, desde el vestíbulo hasta el ático. Cuatro ordenadores, dos paneles de control y seis empleados mantenían el orden, comprobando que se cumplían las normas.

Demasiado frustrado para seguir de pie, Tom se dejó caer en la silla del rincón y se cruzó de brazos.

—Hoy no tienes turno —señaló Walker, el jefe de seguridad, de pie frente a los monitores y con un auricular en la oreja.

Era un afroamericano de cabeza rapada y acento horrible al que, como todos en aquel club, le gustaba tocar los cojones. Tom contestó con un gruñido y Walker volvió a centrarse en los monitores, dando órdenes por el pinganillo a los de seguridad.

—La verdad es que está todo muy tranquilo —comentó—. Apenas hay movimiento. Y es bastante tarde.

Volvió a gruñir. Se sentía como un niño castigado sin poder salir al recreo.

Tras cinco minutos de masticar rabia, Tom no pudo seguir quieto y conectó uno de los ordenadores que nadie estaba utilizando. Era eso, o comerse la cabeza pensando en todo lo que Constantine estaría haciendo con Eva. Abrió las cámaras del casino y buscó entre los clientes a la morena de piel pálida con el vestido rosa.

La encontró sentada en la mesa de los dados. Constantine estaba a su lado y tenía la mano sobre la base de la espalda femenina, un gesto de puro dominio que le tensó los nervios.

Ese hombre era lo que ella necesitaba de verdad. Poderoso, con dinero, dueño de un club de lujo; sin duda, un buen partido.

No tenía ningún puto sentido que se comportara con esa posesividad, ni que sintiera esos celos tan enfermizos. Eva no era suya, no era de nadie, y lo que había entre ellos solo era sexo. Pero Tom se vio capaz de arrancarle las manos a Constantine si las mantenía demasiado tiempo sobre el cuerpo de Eva y, de paso, los ojos si la miraban más de la cuenta.

No dudaba de la fidelidad de Eva. La bailarina sería demasiado prudente, demasiado educada y demasiado pura para dejarse convencer por Constantine. Alguien como ella tenía un arraigado sentido de la lealtad, no era de las que se iban acostando con cualquiera. En ese sentido, Tom se sentía muy afortunado. Pero Constantine, bajo su elegante fachada de joven empresario de éxito, era un cabrón de cuidado con un lado aún más perverso que el suyo.

Si se le metía entre alguna de esas pobladas cejas que le apetecía tirarse a Eva, Tom no tendría nada que hacer, salvo estrangularlo con sus propias manos si lo descubría.

Se pasó las manos por la cara mientras la veía sonreír y hablar con su jefe. Su angustia fue mayor cuando el dueño del club la acompañó fuera del salón de juego para conducirla a la sala privada de espectáculos. En ese momento, Cynthia hacía su aparición en el escenario llevando unas vertiginosas botas de tacón y la estrecha y apretada lencería de cuero.

Había visto su función muchas veces y siempre se le ponía dura, pero saber que Eva estaba viéndola hizo que su erección se engrosara hasta el punto del dolor. La cámara captó su expresión de sorpresa reaccionando al baile de la otra mujer y la mente de Tom se quedó en blanco.

Eva, sobre ese mismo escenario sin apenas ropa, frotándose a la barra fija y acariciándose el cuerpo sin poder contener la lujuria, era algo que tenía que suceder. Mostrarse ante los demás clientes, exponer su sensualidad, permitir que la música entrara en su organismo y perder la cabeza por el baile. Eso era lo que ella quería, lo que necesitaba de verdad.

Su vida eran el ballet y la disciplina. Ella tenía que saber que había cosas más allá de una coreografía ensayada.

Tras la función, vio que Eva estaba sonrojada y que respiraba con dificultad. Le habría encantado estar allí con ella, pero no podía. Dejarla con Constantine era parte del pago por tenerla en el Victoria.

La pantalla del ordenador se apagó y se puso nervioso.

—Ya has visto suficiente, Tom —le dijo Walker desde el panel de control—. Constantine me pidió que no te dejara mirar. Te lo he permitido porque me das pena, pero se acabó.

—¿Y qué coño voy a hacer mientras tanto? —masculló él.

—Eso no es asunto mío —respondió el vigilante.

—Podrías traernos café —sugirió Parker.

—También te lo podría tirar por encima.

Sus compañeros se rieron por lo bajo. Cerró los puños: tenía demasiadas ganas de estrangular a alguien. Llevaba más de veinte horas despierto y no estaba centrado. Le dolía la espalda, la cabeza; soñaba con darse una ducha y acostarse. Pero antes tenía que ocuparse de Eva y el orgasmo que le debía.

Qué adorable había estado en el restaurante, gimiendo y temblando mientras él se empapaba los dedos con la crema que brotaba de sus pliegues... Se había sentido muy emocionado al comprobar lo dócil que era, lo entregada que estaba al juego, la sencillez con la que aceptaba sus demandas. Sumisa de los pies a la cabeza.

—Vamos, hombre, no pongas esa cara —le dijo Simmons—. Sabes que el jefe no se tirará a tu chica.

—Eso no hará que el trago sea más fácil de pasar —comentó Walker.

—Si es que a quién se le ocurre hacer un trato con Constantine... Ya sabéis lo que le va.

—Lo mismo que a todos, imbécil —murmuró él.

—Ah, pero el jefe es más pervertido que todos nosotros juntos —señaló Parker.

—Cerrad la boca, joder.

—Tío, yo estaría subiéndome por las paredes —explicó Simmons—. Si me hubiera hecho lo mismo... Le habría puesto el culo rojo a Brenda.

—¿Y cuándo no ha tenido Brenda el culo rojo? —se burló Parker—. Tienes las manos muy grandes, tío. Deberías cortarte un poco, la pobre chica no se puede sentar.

—Claro que se puede sentar... sobre mi polla, que es lo que le gusta.

Tom puso los ojos en blanco y salió de la sala demasiado furioso para seguir escuchando las carcajadas de sus compañeros. No le importaba unirse a la fiesta si había que meterse con alguien, pero, dado su estado actual, no quería partirla la cara a nadie.

Constantine no tocaría a Eva si ella no quería. Solo la estaba interrogando, comprobando que era adecuada para el club. La muchacha sería socia de pleno derecho después de esa noche porque así lo había decidido Tom. Se había asegurado de darle un lugar en el que refugiarse si las cosas iban mal.

Cuando fuera el momento oportuno, le diría toda la verdad. Le contaría quién era, quién había sido y dónde había estado los últimos diez años de su vida. Ahora no podía hacerlo; tenía miedo de perder todos los progresos que había logrado.

Regresó a la habitación pasadas las tres de la mañana. No pudo evitar pensar que, en ese tiempo, el dueño del club habría hecho las delicias de Eva mientras Tom veía pasar las horas muertas bebiendo whisky.

Prefería pensar que llevaba varias horas dormida. Estaba ansioso por acariciar el cuerpo desnudo de Eva, tumbado junto a ella en la cama que había preparado. Cerró la puerta con cuidado para no despertarla. Ni siquiera encendió la luz. A tientas, empezó a quitarse la ropa, y tanteó hasta llegar a la cama.

Palpó el colchón; ese lado estaba vacío, así que ella debía de estar en el otro. Se metió dentro y alargó la mano para acariciarla. Tardó un buen rato en comprender que allí no había ningún cuerpo. Nervioso, encendió la luz de la mesilla y encontró la cama vacía.

«¡Constantine, hijo de puta!».

Lo primero que le vino a la mente fue una imagen de la muchacha en brazos del dueño del club, atada, corriéndose con un sonrojo.

Se levantó de un salto, algo así no podía estar pasando. Eva estaba aprendiendo a soportar sus caricias sin temblar, pero Constantine no era tan paciente ni tan tierno como él. Con toda su experiencia y su lado oscuro, era mucho más peligroso. Dominaría a Eva en la mitad de tiempo que Tom, domaría su cuerpo y su necesidad en apenas unas horas, y todo lo que él había tenido que esperar para conseguirlo quedaría en nada.

Pero Eva estaría encantada de estar con un hombre como Constantine. Rico, adecuado, y amante del ballet. Los dos reirían hablando de sus obras favoritas y luego follarían entre sábanas de algodón egipcio.

«Mierda».

Respiró hondo; hacía mucho tiempo que había logrado controlar los ataques de ira; años, desde la última vez que tuvo verdaderos deseos de hacer daño.

Tom era mejor observador que antes, así que eso hizo, observar.

La cama estaba tibia, lo que quería decir que Eva se había levantado no hacía mucho —¿después de follar con Constantine, quizá?—. Uno de los cajones del tocador estaba abierto; se aproximó a mirar y torció el gesto ante la colección de condones que tenía guardados allí. Volvió a mirar por toda la habitación, pensando.

Había algo que faltaba. La ropa de Eva. Su bolsa. Su abrigo.

Se había ido.

La muchacha era responsabilidad suya dentro del club; fuera de allí, podía pasar cualquier cosa. Más le valía encontrarla o se metería en problemas. Muchos.

Se colocó el teléfono móvil entre la oreja y el hombro mientras intentaba meter una pierna en el agujero correcto del pantalón.

—Parker. Revisa las grabaciones del pasillo de la habitación 214 —dijo sin perder el tiempo mientras se subía la cremallera. Se metió la camiseta por la cabeza y escuchó un crujido en las costuras—. Entre diez y quince minutos.

—¿Te ha dejado por Constantine? No me lo puedo creer.

—Vete a la mierda, gilipollas.

—No te pongas así...

—Me pongo como me sale de los cojones. Averigua si la chica ha salido o sigue dentro del edificio.

Abandonó la habitación y corrió por el pasillo. Eva no podía usar los ascensores, no tenía la llave, así que habría utilizado las escaleras de servicio.

—Ha salido por St. James, en dirección sur, por la puerta principal.

Tom llegó a la calle esperando ver el abrigo rojo de Eva en la lejanía. Eran las tres y media de la madrugada, en el pub quedaban cuatro gatos, pero fuera no había nadie y hacía mucho frío. Harrington Place era un laberinto de calles estrechas y Eva, una chica asustada que podía haber cogido cualquier dirección.

«Vamos, ¡piensa!».

Pero solo podía pensar que ella estaba sola, en la calle, con el peligro acechando en cada esquina. ¿Por qué había abandonado el club? Tenía que averiguarlo. ¿Constantine la había asustado? Seguro que la había llevado a las mazmorras.

Su mente conectó aquella zona del club con una zona segura para Eva. Tom le había enseñado dónde estaba la línea de autobús que pasaba frente a Winter Garden. Sin duda, Eva buscaría una zona de confort. Corrió hacia la parada y se detuvo a pocos metros de distancia a recuperar el aliento, cuando el alivio casi le arranca el corazón del pecho.

La bailarina estaba sentada bajo la marquesina, abrazando su bolsa de ballet, como si lo hubiera perdido todo y aquella fuera su última posesión. Parecía sola y desamparada.

La víctima perfecta.

El alivio dio paso a la angustia, luego al miedo; después, a la rabia.

Se merecía una zurra, y bien gorda. Se puso tan duro que gimíó cuando su miembro se apretó contra las costuras de los vaqueros. Le ardieron las manos al pensar en sentarse bajo la marquesina, bajarle los pantalones y darle una azotaina ahí mismo, en plena calle, para que dejara de comportarse de esa forma tan inmadura. ¿Salir del club de madrugada y correr por Harrington Place con ese abrigo, como una Caperucita Roja en mitad del bosque, a merced de los lobos?

Se llevó un puño a la boca y se mordió los nudillos.

Con esa actitud de gorila dominante solo la asustaría más. Ella necesitaba confiar en él para abrirse. Necesitaba sentirse segura, protegida y amada. Porque Evangeline Holmes era de las que amaba con todo su corazón, de las que anhelaba un romance de ensueño, de las que buscaba una historia de amor como la de los ballets que tanto le gustaban.

Ella quería a un príncipe azul. Tom no era nada de eso. Era un muchacho de mente sucia, joven y perverso. Uno detallista, eso sí. Puede que no fuera capaz de lanzar frases poéticas, ni hablar de forma educada, pero sabía que, a la larga, en el sexo, la plena satisfacción del cuerpo y el alma tenía más puntos de ganar que mil ramos de flores.

Y Tom era un caballero en ese aspecto. Nunca dejaría a Eva a medias, la respetaría, adoraría su cuerpo, abrumaría sus sentidos y la follaría todas las veces que ella lo necesitara hasta dejarla saciada.

Si tenía que convencerla a base de polvos salvajes de que era la chica más ardiente del país, que así fuera.

«Eres imbécil», se recriminó.

La furia que sentía no desaparecía, y no lograba tranquilizarse. Que Eva hubiera optado por huir en lugar de esperar para hablar con él lo asustaba de muerte. ¿Y si volvía a hacerlo? Se acercó a la parada.

Ella estaba llorando en silencio. No emitía ningún sollozo, pero, por la luz que provenía del cartel publicitario, pudo ver el brillo húmedo de unas lágrimas corriendo por sus mejillas. Su enfado aumentó. Su pene palpitó. Su deseo por ella se hizo más intenso.

—Eva...

Maldijo que su voz sonara tan áspera y ronca, una muestra fehaciente de la lujuria que trataba de tomar el control.

Ella alzó la cabeza para mirarlo con ojos acuosos.

—Tom... —sollozó ella.

Le tembló el labio inferior. Nunca pensó que una mujer pudiera estar sexy haciendo un puchero, pero ella estaba tan follable en ese momento que tuvo que apretar los puños para no abalanzarse sobre ella.

«¿Es que has perdido la cabeza? ¿Cómo se te ocurre salir del club? ¿No usas el cerebro para pensar?».

Aquellas preguntas desfilaban por su cabeza, pero señalar lo obvio no los ayudaría a ninguno de los dos. Al final, dijo:

—Ven.

Le tendió la mano, con la palma hacia arriba.

Ella se enjugó las lágrimas y salió de la marquesina con un elegante saltito.

—Yo...

—Cállate y ven conmigo —insistió.

Ella se mordió los labios, dio un paso hacia él y cogió su mano.

La atrajo bruscamente hacia su pecho y la abrazó. Cerró los ojos cuando el alivio y la excitación se mezclaron en su sangre formando un cóctel explosivo. Inspiró hondo para empaparse con el olor de Eva. Deseaba besarla, desnudarla y acariciarla. Llevaba toda la noche deseando hundirse entre sus muslos, sentirse ceñido por cada

uno de aquellos músculos de acero, estrangulado con sus orgasmos. Lo deseaba con la misma fuerza que deseaba hacerle pagar por todo lo que le había hecho pasar.

—Lo siento..., no debería...

—No digas nada —espetó con demasiada brusquedad—. Ahora mismo necesitas descansar, mañana tienes que trabajar. Los dos estamos agotados y es muy tarde. Hablaremos. Pero no ahora.

Vio en sus ojos que ella quería explicarse, pero él no quería escuchar sus excusas. En ese momento no. Quería dormir, llevar a Eva a un lugar seguro y mantenerla bajo vigilancia hasta el amanecer, para que no intentara escapar otra vez.

Regresaron al club en completo silencio. Tom la empujó al interior de la habitación y cerró de un portazo. Ella lo miró con ojos de ciervo asustado.

—Desnúdate —demandó—. Y métete en la cama.

Eva se quitó la ropa y se deslizó entre las sábanas rojas, temblorosa. Antes de que se cubriera con el edredón, Tom pudo ver la curva sonrosada de su trasero. Él se desnudó con gestos bruscos, se metió en la cama y cubrió la espalda de Eva con su torso. Ella lanzó un suspiro. Tom la rodeó con un brazo y se fundió con su piel, deslizando su erección entre los muslos de la muchacha para encajarse entre ellos.

Estaba muy mojada.

Hundió la cara en su cabello con un gruñido.

—Duerme —bufó.

—He tenido una pesadilla —murmuró ella, en mitad del silencio, angustiada.

—Te prometo que no volverás a tener ninguna. Duerme.

—Lo siento.

—Cierra los ojos.

—Está bien.

A pesar del deseo nervioso que lo recorría y de la hoguera que rugía entre los prietos muslos de Eva, a pesar de la dolorosa erección que tenía y del anhelo que le devoraba las entrañas, en cuanto Tom apoyó la cabeza en la almohada, se durmió.

Sintió una intensa quemazón subiendo por su entrepierna. Una dolorosa llamarada se concentró entre sus muslos: todas las demás sensaciones convergieron en un dolor imparable que lo obligó a despertar. Luchó contra las brumas de la inconsciencia, removiéndose para captar mejor aquella sensación, aguda y placentera. Intentó mover las manos, pero a su cuerpo le costaba reaccionar.

La cálida electricidad que chisporroteaba en la parte baja de su columna era devastadora.

Caricias.

El deseo se agudizó y creció como una tormenta arremolinándose a su alrededor. Gimió y trató de agarrarse a algo. Notó las sábanas bajo los dedos y se aferró a ellas, abandonándose al gozo con más seguridad que antes.

«¡Joder!».

Qué buena era. La sensación, esa atención dolorosamente perfecta a su miembro. El dolor se volvió voraz.

«¡Más!».

En alguna parte de su mente, envuelta en una densa niebla, sabía que estaba inmerso en una espectacular fantasía sexual. Unos dedos suaves como terciopelo recorrían su virilidad de un lado a otro, explorando, estimulando. El ritmo era lento, tan lánguido que, en lugar de adormecerlo, comenzaba a ponerlo muy nervioso. Pero era demasiado delicioso para despertarse; en cualquier momento, los dedos darían paso a una boca que lo cubriría de saliva caliente.

Saber que todo estaba en su cabeza hizo que se dejara llevar por aquel creciente placer, listo para alcanzar el paraíso. Sintió un roce en los muslos. Una pluma le hizo cosquillas en una cadera. Un toquecito sobre su glánde le cortó la respiración. Estaba casi al límite, a punto de explotar.

La excitación se agolpó en su miembro, absorbiendo toda la energía y toda la frustración que llevaba horas conteniendo. Necesitaba correrse. Era un sueño, pero era muy vívido, y anheló ver a su amante. Quería observar esas manos en movimiento, ordenarle con la mirada que abriera la boca y lo hundiera entre sus labios.

Abrió los ojos.

Eva se encontraba junto a él, arrodillada sobre el colchón, sujetando con las dos manos su amenazadora erección, tan concentrada en la tarea que la punta de su lengua asomaba por entre los labios.

No supo qué sentir. Los recuerdos de la noche anterior regresaron en rápidos fognazos a su memoria y recordó que estaba cabreado con ella. Un violento estremecimiento lo recorrió: Eva tenía la mirada clavada en su miembro. Acercó la punta del dedo a la cresta de su pene, como una bella durmiente acercando el dedo a la aguja de una rueca, y, mientras lo hacía, se relamía los labios.

Tom permaneció atrapado en aquel instante, observando cómo el contacto era cada vez más inminente. Cuando ella lo tocó y esparció la humedad que acababa de brotar por allí, emitió un hondo gruñido sintiendo que explotaba.

Ella lo miró a la cara, sorprendida al saberse descubierta, y apretó las manos con más firmeza, cubriéndole el glánde con la abrasadora palma de su mano.

Un deseo violento y primitivo inundó sus venas. Se impulsó hacia Eva, escuchó un chillido y vio la cortina de su cabello flotar en el aire mientras la giraba para tumbarla sobre el colchón, colocándose encima de ella. La miró a los ojos, perdiéndose en la fantasía y el placer que suponía aquella expresión mitad asombro mitad anhelo. Apoyó las rodillas y los codos sobre el colchón y se inclinó para besarla.

Oh, aquella boca caliente, húmeda y dulce... Ella gimió, haciendo que el sonido reverberara en cada una de sus terminaciones nerviosas, y luego llevó la lengua al interior de su boca para danzar con él. También movió las manos, recorriendo la dura longitud con avaricia.

La traviesa Eva.

—Acaríciate —murmuró Tom sobre sus labios. Ella se quedó paralizada un segundo y Tom le separó los muslos con las rodillas, apretándose contra ella—. Deslízame por tus pliegues, hazme saber lo mucho que me deseas. Quiero que me mojes.

Cuando acunó el miembro entre sus pliegues, cubriéndolo además con las palmas de las manos, pensó que moriría abrasado vivo como un condenado por la Inquisición. Piel contra piel. Movié las caderas, provocando una húmeda y resbaladiza caricia que la hizo sollozar, y ella presionó su clítoris con el glánde. Tom observó maravillado cómo su rostro se ruborizaba y su piel se cubría de sudor. Él sintió un agudo dolor en la parte baja de la espalda.

Comenzó a frotarse contra ella, hasta que la vio perder la razón. Se apartó entonces, utilizando para ello toda su fuerza de voluntad, y arrancó el cajón de la mesilla para sacar un preservativo. Ella lo miró medio aturrida y abrió la boca para decir algo, pero fue demasiado lenta, porque él ya se había cubierto con la funda. Cogió la mano de Eva y la deslizó por su abdomen, dirigiéndola hacia su erección.

—Llévame dentro de ti. Coge mi polla y métela por donde quieras.

Las bruscas palabras la hicieron temblar. Pensó que se amedrantaría, pero al final lo sujetó con firmeza y lo llevó al interior de su sexo. Ni siquiera le permitió apartar la mano, se clavó en ella con una firme estocada.

Eva se arqueó, abriendo la boca sin emitir ningún sonido, cuando la acometida la obligó a levantar la espalda del colchón. Sintió cómo el placer avivaba el cuerpo femenino, cómo despertaba y se ruborizaba, cómo sus músculos se tensaban bajo él. En torno a él. Le hormiguearon las puntas de los dedos, su respiración se tornó irregular y su corazón se aceleró. Eva aterrizó de nuevo sobre la cama y la sorpresa lo sacudió cuando ella le cubrió la cara con las manos y clavó sus ojos en los de él.

Se deslizó hacia fuera, contemplando la respuesta de aquella íntima caricia en la mirada femenina. Cuando empujó, lo hizo despacio, hundiéndose en ella con ardiente firmeza, hasta que Eva volvió a abrir la boca para gritar y sus ojos se nublaron por el gozo. La muchacha contuvo el aliento cuando se movió otra vez hacia fuera. Tom tensó la mandíbula y los hombros, cerniéndose encima de ella, encerrándola con su cuerpo para dejar fuera todo lo demás.

Clavó la mirada en su rostro mientras la penetraba con un gruñido, y ella se arqueó hacia su cuerpo para recibir la acometida.

Se aseguró de estar bien hundido dentro antes de quedarse quieto. Le debía una buena zurra por haber salido de la habitación, por haberle dado un susto de muerte. Y ahora, merecía otra azotaina por haberlo tocado mientras dormía.

Ignoró el dolor que hacía palpar su cuerpo. Ella jadeó, su frente se cubrió de sudor y sus mejillas se sonrojaron aún más, contrastando con su piel de porcelana. Deslizó la mirada por su cuello, hasta su escote, y clavó los ojos en sus pechos plenos. Tenía la piel ligeramente ruborizada y los pezones erguidos, redondos, apetitosos.

Eva presentaba una imagen erótica tan sublime y decadente que Tom odió sentirse como se sintió. Celoso. Débil. Excitado hasta rabiar. Odió que ella fuera tan preciosa, tan perfecta, tan condenadamente sexy. Odió que fuera bailarina y que un teatro repleto de gente la viera danzar emocionada y pletórica. Odió tener aquel pensamiento egoísta.

—Tom... —murmuró ella, cogiéndolo por la cara para clavar los ojos en los suyos.

Recordó la conversación en el restaurante.

«¿Crees que yo no me expongo cuando hacemos el amor?».

¿Estaría ella intentando ver lo que había debajo de todo ese desvergonzado y excitante comportamiento? Se sentiría muy decepcionada, no había nada. Solo fachada.

«Si supiera lo que eres en realidad...».

Apretó los dientes. La agarró de una muñeca y le colocó el brazo por encima de la cabeza. Hizo lo mismo con el otro. Entrelazó los dedos con los suyos, apretando sus palmas. Ella lanzó un suspiro tembloroso, entrecerrando los ojos, y movió una pierna, acariciándolo con la suave piel del interior de sus muslos.

Tom movió las caderas para salir y la penetró con un golpe tan firme que la hizo estremecer.

—Oh... Sí... —gimió ella, extasiada.

La acarició en profundidad, frotándose contra las paredes de su resbaladizo sexo, sin dejar un solo centímetro de su interior sin llenar. Se entregó al placer de tenerla otra vez bajo su cuerpo, bajo su control, y ella enloqueció, quizá demasiado pronto, porque empezó a jadear y frunció el ceño. Tom no cambió el ritmo, luchó contra el deseo de ir más deprisa, de acelerar el ritmo de sus embestidas para observar cómo Eva sucumbía al éxtasis más salvaje. Se recreó en los nervios que invadieron el cuerpo femenino mientras la penetraba de un modo lento y abrasador, con envites largos y profundos, hasta el fondo.

La oyó suplicar y vio que le temblaban los labios. Ella comenzó a retorcerse, buscando el roce que la impulsara hacia la liberación. Tom la encerró todavía más en el muro que formaban sus músculos, asfixiándose con su cercanía, empujando hacia ella con más fuerza cada vez. Eva se ahogaba igual que él, tiraba de sus manos intentando soltarse y apretaba los muslos contra sus caderas. Tom se esforzó por llevarla al climax mientras él retenía el suyo. Quería compartir el momento.

Apoyó la frente contra la de ella y embistió con más firmeza, notando que la muchacha perdía resistencia al tiempo que tensaba todos los músculos. Eva llegó al orgasmo con un largo y quejumbroso gemido, estremeciéndose. Su sexo comenzó a palpar en torno a él, impidiendo que pudiera moverse. Él se tensó y un violento orgasmo lo envolvió. El placer explotó entre ambos.

Tom clavó los ojos en ella mientras se vaciaba con tanta potencia que se mareó. La ansiedad se agudizó, apretó los dientes y esperó, suspendido durante un instante, hasta que la necesidad se suavizó, transformándose en un latido ardiente y dulce.

Cuando la neblina de placer se disipó, la miró, y ella también a él. En los ojos de Eva estaban de nuevo las conocidas lágrimas de emoción. Era muy sensible a los orgasmos. En realidad, era sensible a todo.

Se retiró con una lenta caricia y ella se estremeció cuando abandonó su interior, parpadeando varias veces mientras se recobraba. Tom reprimió el deseo de besarla y se levantó de la cama. Ella lo siguió con la mirada, cautelosa. Tom se esforzó por no volver al calor de las sábanas y apretarse contra su cuerpo.

Le dio la espalda y se metió en el baño, cerrando la puerta detrás de él. Apoyó la cabeza en la superficie y emitió un gruñido. Odiaba castigarla así, excluyéndola. ¿Por qué había huido del club? ¿Qué le había dicho Constantine? ¿Le habría contado quién era en realidad? No; de ser así, Eva no se habría acostado con él.

Lo averiguaría más tarde. Ahora, Eva tenía que ir a trabajar.

Se dio una ducha rápida y, cuando regresó, ella se había cubierto con las sábanas y miraba hacia la puerta del baño esperando verlo aparecer. Disimuló el alivio mientras caminaba hacia ella, asegurándose de que la toalla quedaba bien sujeta a sus caderas, y se plantó junto a la cama con los brazos en jarras.

—Anoche me diste un susto de muerte.

—Y tú no me escuchaste —murmuró ella, dolida—. Tuve una pesadilla horrible y cuando me desperté, tú no estabas. No sabía qué hacer.

Que ella no pensara en ir a buscarlo lo atormentó. Tom había estado en el club todo el tiempo, habría bastado que fuera a buscarlo. Pero en lugar de eso, había tenido la inteligente idea de exponerse al peligro. Dios, no quería pensar en todas las cosas horribles que le podrían haber ocurrido.

—No debiste salir del club —zanjó—. Eras mi responsabilidad y no confiaste en mí. Ve al baño y haz lo que tengas que hacer —le ordenó. Eva se arrastró por el colchón y se plantó delante de él.

Tom extendió el brazo para señalar la puerta.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer —dijo alzando la barbilla.

—¿Buscas pelea? Porque si la iniciamos, vas a llegar tarde y con el culo tan escocido que no podrás ni hacer sentadillas. Y créeme, voy a disfrutar dándote la zurra que te mereces.

Vio cómo se acaloraba y su respiración se volvía irregular.

—¡Eres un bruto! —exclamó.

—No te haces una idea. Al baño.

—No.

Dio un paso hacia ella. Eva retrocedió y chocó contra el borde de la cama. Tom continuó hasta que sus rodillas se rozaron y la muchacha cayó hacia atrás sobre el colchón, apoyando los brazos para intentar mantener el equilibrio, descubriendo así sus pechos. Él se inclinó y colocó las manos a ambos lados de sus hombros.

—¿Necesitas que te la meta otra vez para quedarte tranquila?

—Apártate —chilló colocando las manos sobre su pecho para empujarlo. Le ardían las palmas, y el contacto bajó directo hacia sus ingles.

—Sabes que no me costaría nada darte la vuelta y colocarte boca abajo ahora mismo para penetrarte por detrás. Te dejaría los muslos bien cerrados para que pudieras sentirte llena, como sé que te gusta —remarcó las palabras con tono grave. Ella lo empujó con más fuerza, pero Tom se inclinó aún más hasta apoyar los antebrazos a ambos lados de su cuerpo. Presionó el abdomen contra su vientre—. Me ha encantado sentir tus manos acariciarme la polla mientras tratabas de averiguar si estaba dormido o despierto. Me daban calambres cada vez que te movías encima de mí, lo único que podía pensar era cuando me la ibas a chupar, cuando me la comerías igual que yo te comí anoche...

—Eres un ordinario y un grosero —espetó ella, temblando.

—Y tú una estirada caprichosa. Ahora, ve al baño, a menos que quieras estar oliendo a sexo salvaje todo el día.

Se enderezó apartándose de Eva. Ella se levantó rápidamente, fulminándolo con la mirada. Tom enarcó una ceja y deslizó los ojos por todo su cuerpo, comprobando con satisfacción cómo apretaba los muslos.

—Eres... odioso.

—Lo sé.

Dejó salir una profunda bocanada de aire cuando ella cerró la puerta. Mierda, él solo quería cuidarla y protegerla, y no hacía más que fallar. Tenía que hacerlo mejor, esforzarse en ser mejor hombre para ella. Se vistió y la esperó sentado.

—¿Te has estado tocando? —le preguntó cuando salió del baño.

Eva se puso como un tomate.

—¡Claro que no!

—No soportaría saber que me escondes tus orgasmos —dijo acercándose—, mirarte cuando te corres es mi privilegio.

Ella se apretó la toalla al cuerpo. Se había duchado, tenía el cabello mojado y la piel suave y limpia. Quería tumbarla en la cama y disfrutar del frescor de su cuerpo, lamerla hasta dejarla cubierta de saliva para que tuviera que darse otra ducha.

Eva se acercó a su bolsa de ballet y comenzó a vestirse. Mientras se subía las bragas por las piernas, por debajo la toalla, Tom le vio el trasero. Lo imaginó enrojecido tras un ardiente castigo y se le hizo la boca agua. La cogió por el brazo para atraerla hacia él, le inclinó la cabeza y la besó. Ella correspondió al beso introduciendo la lengua entre sus labios, escandalosamente atrevida.

—Estas son las emociones fuertes que deseabas —murmuró él sobre sus labios—. ¿No te gusta cómo te toco, cómo te miro, cómo te hago sentir?

Antes de darle tiempo a responder, aflojó el nudo de la toalla y la prenda acarició sus curvas antes de caer al suelo como un charco a sus pies.

—No me gusta que me dejes sola.

Eso fue un golpe bajo. Se apartó de ella.

—Lo siento mucho, preciosa. Espero que puedas perdonar esa falta. Pero tú decidiste huir en lugar de hablar conmigo. Vístete, o llegaremos tarde.

El sol entraba a raudales por las ventanas del aula; era una mañana brillante y limpia. Sus compañeros charlaban y calentaban y pronto empezó a sentir los característicos calambres de la primera hora mientras estiraba.

—¡Buenos días! —Natalia le rodeó el cuello con los brazos y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

Eva se aferró a ella, devolviéndole el abrazo. Nunca pensó que necesitara recuperar el contacto con la realidad de esa manera, buscando algo tan conocido como el olor y el calor de su mejor amiga. Natalia se repuso del asombro y la estrechó contra ella.

—Eh, ¿te pasa algo?

—Estoy bien.

—Vale. Si tú lo dices...

Eva hundió la cara en su cuello, cerrando los ojos con fuerza, hasta que logró tranquilizarse. El ballet era su vida, su mundo era todo lo que estaba relacionado con el baile, la danza, las coreografías, la interpretación de la música. Tom era otro mundo. Uno escandaloso. Excitante, a veces. Pero también difícil de soportar, complejo, abrumador.

Sabía que podía ponerle fin en cualquier momento, pero no quería. Sabía que lo que había solo era sexo, pero empezaba a sentir que el final dolería demasiado para hacer una cosa así.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó su amiga una vez más—. ¿Quieres contarme algo?

Negó con la cabeza y se separó de Natalia para seguir calentando. Su amiga dejó la bolsa de baile en el suelo y se tumbó espatarrada cuan larga era, emitiendo un largo suspiro.

—Puf, ¿por qué tenemos que empezar tan pronto la clase? Tengo sueño, quiero dormir, estoy cansada... Despiértame cuando llegue el profesor —dijo haciéndose un ovillo, usando la mochila como almohada.

Eva la zarandó; ella tampoco había descansado lo suficiente, se sentía torpe y sin energía, a pesar del desayuno que había ingerido.

—No seas vaga —le dijo. Natalia lanzó un gruñido y le dio un manotazo para que la dejara tranquila.

—No soy vaga. Soy una persona madrugadora, especialmente cuando las mañanas ocurren a eso del mediodía...

—Yo no he pegado ojo en toda la noche.

Natalia se tumbó de espaldas y levantó las piernas para calentar los tobillos con unos giros.

—¿Y eso por qué? —ronroneó divertida.

—Una mala noche —se limitó a decir.

Su amiga se rio por lo bajo mientras se sentaba y la miraba a través del reflejo de los espejos.

—Catarina me dijo que ayer hiciste un paso a dos alucinante. Dice que te comiste a Gabriel y que hasta Zakharov flipó contigo.

—Me he pasado el último mes ensayando ese paso a dos seis horas al día. A la fuerza he tenido que progresar.

—Eva, sabes que te aprecio, y te lo digo de corazón, pero no eres de las que pierde la cabeza cuando baila—. Se acercó hasta ella, invadiendo su espacio vital, para susurrarle al oído—. Gabriel te propuso seguir ensayando a solas. ¿eh? ¿Lo viste sin mallas? ¿Cómo son esos musculitos que tiene en el estómago? ¿Y sus manos? ¿Son igual de fuertes que cuando te sujeta en los saltos? ¿La tiene tan grande como parece?

—¡Cállate! Claro que no me propuso seguir ensayando —jadeó. Su amiga empezó a reírse.

—¡Te has puesto roja! Cuéntame los detalles, quiero saberlo todo.

—No hay nada que contar.

—Dime, ¿dónde te tocó? ¿Lo hicisteis en su camerino?

—¡No!

Natalia siguió interrogándola y Eva la ignoró, escandalizada con las teorías que elaboraba su amiga sobre su ficticia aventura con el primer bailarín.

Cuando comenzaron la clase, Eva se sintió extenuada con rapidez. Empezó a dolerle la rodilla y la contractura del hombro dificultó el desarrollo. Estaba tan cansada que al finalizar la clase se derrumbó en una esquina, encogió las piernas y apoyó la frente sobre las rodillas. Ni siquiera tenía fuerzas para darse un masaje en los tobillos.

Natalia le colocó una toalla sobre los hombros y le ofreció algo para beber.

—¿De verdad que te encuentras bien?

—Estoy molida.

—Te pasas, tía. No deberías pegarte esas palizas en casa de tu abuela. —Natalia se agachó junto a ella y le apartó el flequillo de la frente—. Tienes mala cara, deberías descansar un poco.

—Tengo el ensayo con Zakharov en hora y media.

—Pues descansa hora y media. Come algo. Bebe. Estás muy tirada. ¿Quieres unas vitaminas? —le ofreció un bote de vitaminas en forma de gominola, que ella rechazó.

Al final de la clase, para evitar quedarse dormida, se dio una ducha y se acercó a la cafetería para comer. Justo en la puerta encontró a Anastasia hablando con Gabriel. La siempre fría y distante solista tenía la mano sobre el brazo del bailarín, que sonreía de la misma manera amable que sonreía a Eva, con ese «*bambina*» siempre en los labios.

El recuerdo de su pesadilla le revolvió las tripas. Había sido una escalofriante mezcla entre *Metamorfosis* y *El lago de los cisnes* donde Eva sufría una transformación en estatua de piedra, mientras una escultura de mármol negro con los rasgos de Anastasia retozaba por su salón de baile con Gabriel y con Tom. A la vez. Horroso.

Se dio la vuelta y regresó al vestuario. Se dejó caer en la silla frente al tocador y apoyó la cabeza entre las manos. Se estaba volviendo paranoica. Eva no recordaba nunca las cosas que soñaba: dormía profundamente y despertaba, como si un botón en su cabeza la apagara y la encendiera. Pero todavía temblaba cuando recordaba la piedra adueñándose de su cuerpo y la negrura que envolvía al hechicero que la convertía de nuevo en una estatua.

Jamás admitiría que Tom tenía razón: no había confiado en él. La pesadilla había sido espantosa, sí, pero abandonar el club de madrugada había sido una idea nefasta. Por la noche, Harrington Place era un lugar oscuro y tenebroso. Todo estaba en silencio, la quietud rota por sus pasos sobre los adoquines. Varios metros después de dejar la seguridad del Victoria, se adentró por calles estrechas que estaban tan oscuras que casi no se veía las manos. Un gato se cruzó por delante de ella, dándole un susto de muerte. Cuando quiso dar la vuelta y regresar, se dio cuenta de que estaba perdida en aquel laberinto de calles.

Avanzó, no podía quedarse quieta, y cuando apareció en una calle que olía mal, vio de refilón a un mendigo cubierto de cartones. Como si hubiera estado ciega hasta ese momento, empezaron a brotar bultos por todas partes. Mirase donde mirase, veía mendigos por cada esquina.

¿Cuántos de ellos serían drogadictos? ¿Cuántos estarían borrachos? ¿Y si había algún asesino entre ellos? Dios sabía cómo llegó a encontrar la parada sin perder la cabeza. Arrojada por la luz de la marquesina, se había abrazado a la bolsa, deseando volver a casa.

—¡Eva! Tía, despierta...

Natalia la zarandó, provocando que saliera del trance. No, trance no. ¡Se había dormido! Se levantó de un salto, aturdida.



—¿Qué hora es?

—Las doce y veinte...

—No puede ser... ¡No puede ser! —gritó saliendo del camerino a toda prisa.

—Espera, ¡te olvidas la bolsa!

Llegaba veinte minutos tarde al ensayo y Zakharov odiaba la impuntualidad. Saltó los escalones de dos en dos; al enfilar por el pasillo escuchó la música saliendo del aula y supo que habían comenzado sin ella.

Se detuvo en seco frente a la puerta, respiró hondo varias veces para recuperar el aliento y esperó a que el director hiciera una pausa para entrar en el aula. Trató de hacerlo con cuidado para no interrumpir demasiado, pero la puerta lanzó un chirrido y el grupo entero se giró hacia ella.

Hasta el pianista la miró por encima de la partitura.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Zakharov con brusquedad, haciendo que ella se quedara clavada junto a la puerta.

—Lo siento, me... —murmuró. No podía decir que se había quedado dormida—. Tarde. Se me ha hecho tarde.

—Vete.

Parpadeó, aturdida.

—¿Perdón?

—He dicho que te vayas. ¿De qué me sirve una bailarina que llega tarde? Máchate.

Una oleada de lágrimas se concentró en su garganta. Otra vez la estaban echando de un ensayo. Era la única vez en su vida que llegaba tarde, y perdió los nervios. Zakharov estaba haciendo un gesto al pianista cuando Eva dio un paso hacia adelante. La adrenalina sobrecargó sus sentidos, empezaron a pitarle los oídos y el corazón le retumbó en el pecho con tanta fuerza que pensó que sus compañeros lo escucharían rebotando por las paredes del aula con la misma claridad con la que escuchaban las notas del piano.

—No. He venido. Estoy aquí. No me voy a marchar hasta terminar con el ensayo.

El director se giró para mirarla con unos ojos tan negros como dos pozos sin fondo. Un escalofrío le recorrió la columna, pero Eva no quería callarse. Ya no. No podía permitir que otra se llevara el papel tan solo porque ella acababa de cometer un error en los diez años que llevaba trabajando como profesional en la compañía.

Sintió calambres por todo el cuerpo, causados por la tensión que surgía de Zakharov.

—No me voy a ir hasta haber bailado todo lo que tengo que bailar —añadió.

El director apretó los dientes.

—No estás en condiciones de bailar.

—Por supuesto que estoy en condiciones de bailar.

—Ten cuidado con cómo te diriges a mí —dijo endureciendo la mirada. Daba mucho miedo, pero Eva estaba totalmente fuera de sí—. No te conviene hacerme enfadar.

—Y a ti no te conviene perder a una Fontain.

No debería haber dicho aquello. Un destello de dolor cruzó por los ojos del director, pero fue tan rápido que tal vez solo lo había imaginado.

—No eres una Fontain —murmuró con una voz engañosamente suave—. No eres nada. Estás vacía, no hay nada dentro de ti que merezca la pena sacar. Eres cobarde, y la debilidad es para gente sin ambición. Vete de aquí.

Gabriel se acercó a Eva, colocando con suavidad una mano sobre su brazo. Ella se apartó como si le hubiera quemado.

Estaba cansada, agotada, ni siquiera tenía fuerzas para luchar contra su propio temperamento.

—Soy lo mejor que tienes en esta compañía y no quieres reconocerlo. Llevo tres años trabajando en el cuerpo de baile y ese no es mi sitio, no es el lugar al que pertenezco y lo sabes. —Cogió aire para seguir hablando; escuchaba gritos de advertencia en su cabeza, pero no podía parar—. Todavía no sé por qué me detestas, no haces más que darme largas y sacarte absurdas excusas para que no ensaye. ¡Joder, Zakharov, ya tengo veinte años y todavía no soy una puñetera solista cuando a estas alturas debería estar con los principales! Hace años que me conoces, te he dado lo mejor que tengo y para ti nunca es suficiente. Ninguna va a hacer tantas variaciones como yo, ninguna va a bailar tu coreografía mejor que yo. Mi abuela me enseñó, no encontrarás a otra con la misma técnica que pueda hacer el «*Adagio de la piedra*» como tú quieres. ¿Es porque no soy como mi abuela, porque no soy ella? Siento decírtelo, pero ella está muerta, y yo estoy aquí. ¡Tendrás que conformarte conmigo, te guste o no!

El silencio que se apoderó del aula provocó que la temperatura bajara unos cuantos grados. Eva escuchaba su propio corazón retumbando con violencia en su pecho. También podía escuchar la respiración agitada de Catarina, el roce de la ropa de Gabriel cuando la cogió por el codo y el silbido del viento que entraba por una de las ventanas del techo. El pianista se removió en el asiento, haciendo que rechinara la madera de las patas.

Nadie dijo nada durante un buen rato.

—¿Has terminado? —preguntó el director.

Su pregunta, totalmente desprovista de emociones, hizo temblar a Eva. Incapaz de seguir soportando aquel silencio, dijo:

—Sí.

—Bien. Ahora, por favor, sal de mi clase. Anastasia, el paso a dos con Gabriel. Maestro, desde el compás número cinco.

Sintió una profunda e infinita vergüenza. Estaba plantada en mitad del salón y no se atrevía a moverse, por si acaso hacía todavía más el ridículo. Gabriel le dio un suave apretón en el brazo, un recordatorio de que tenía que marcharse de allí y dejar de ponerse en evidencia de esa manera. No se atrevió a mirar a nadie, pero hubiera dado igual, todo estaba borroso.

Dio un paso atrás. Luego otro. Y así hasta completar el recorrido que la separaba de la puerta. Zakharov no dijo nada, y los demás tampoco, ignorándola, deliberadamente o no, para seguir con los ensayos.

Salió del aula en silencio.

¿De qué servía ser como Natalia, atrevida y apasionada, si cada vez que lo intentaba no la tomaban en serio? ¿De qué servía comportarse con educación y decoro, si no lograba avanzar en su carrera?

Nunca había estado tan perdida y desorientada en su vida.

Era culpa suya. Había puesto su mundo del revés por intentar cambiar su manera de ser, su manera de bailar. Lo había echado todo a perder por un arrebato, un único error acababa de tirar a la basura su futuro. Entumecida, se cogió de las manos y caminó sin rumbo por los pasillos.

Sus pies la llevaron hasta el vestuario. Guardó la bolsa en la taquilla, se desnudó y se dio una ducha de agua hirviendo, esperando así despegarse de la piel la angustiada sensación de fracaso.

Tenía los dedos como pasas cuando escuchó a sus compañeras entrar y salir de las duchas, señal de que los ensayos habían concluido. Ella se quedó dentro del cubículo, con la frente apoyada en la pared, dejando que el sonido del agua tapara cualquier conversación, hasta que reinó de nuevo el silencio.

Solo entonces se atrevió a salir de su escondite. Se puso el calmante en el hematoma en la cadera, se cubrió los brazos con maquillaje y se vistió con la ropa del ensayo del cuerpo de baile, guardando la falda de gasa en la correspondiente bolsa de cartón. Arrastrando los pies, caminó hasta las aulas con la esperanza de que, bailando, se le pasara el dolor de estómago.

Intentó ignorar el brusco silencio que se produjo tras su entrada. A esas alturas, todo Crownfield debía de conocer su numerito delante del director y pensarían que era imbécil. ¿Su madre publicaría también un reportaje sobre eso?

Apretó los dientes, se acercó a una esquina y comenzó a calentar. Las conversaciones regresaron y Eva trató de pensar en otra cosa que no fueran las murmuraciones y miradas que le echaba todo el mundo. Ninguna de sus amigas se acercó a preguntarle qué tal estaba, ni siquiera lo hizo Dominic, y eso le provocó un dolor aún más intenso.

Si pensaba que el día no podía ir a peor, se equivocaba. Apenas unos minutos antes del comienzo del ensayo, la maestra Olimpia se acercó a ella y la cogió de las

manos.

—Eva, cariño... —comenzó con amabilidad. Ella la miró con los ojos abiertos, sintiendo que se le abría un agujero en el pecho—. Voy a ser clara, el director me ha pedido que te diga que hoy no ensayarás con nosotros. Le ha asignado tu papel a Anna. Te diría que te quedaras, pero sé que eso te causará más dolor, así que, cielo, lo mejor que puedes hacer ahora es volver a casa y descansar. Mañana resolveremos todo este asunto. ¿Lo entiendes? —preguntó, y Eva se sintió como si la estuviera tratando de idiota.

—Está bien.

El silencio volvió a marcar el ritmo de sus pasos mientras abandonaba el aula y se preguntaba qué iba a ser de su vida a partir de ese momento. Había metido la pata hasta el fondo.

Nunca había usado su nombre de esa manera, jamás había intentado utilizar su influencia para abrirse puertas. Y mucho menos delante del director. Sus argumentos habían sido torpes, propios de una niña caprichosa y desesperada. Estaba cansada de que todos intentaran controlar su vida, y confundía las estúpidas sugerencias de su madre con las instrucciones de un superior en su lugar de trabajo.

Había sido una idiota.

Deambulando todavía por los pasillos, se dejó caer contra una pared, estrujando la falda de gasa contra su pecho. La danza era lo único que de verdad importaba en su vida, todo lo demás era irrelevante. No necesitaba amigos, no necesitaba compañeros, no necesitaba familia, no necesitaba nada. Solo necesitaba bailar. Y eso podía hacerlo en cualquier otro lugar que no fuera la puñetera Compañía de Ballet de Crownfield bajo la dirección del puñetero Zakharov.

Se pasó la mano por la frente y se revolvió el flequillo. Lloraría, sí, pero no en mitad del pasillo. Llamaría a Clancy, le pediría amablemente que la recogiera, iría a casa de Florence y allí pasaría la tarde, llorando y ahogando sus penas con helado de chocolate.

Sí, eso haría. En cuanto su teléfono tuviera batería. Sacó el cargador y lo enchufó en el pasillo.

—Holmes.

El aparato se le escurrió de las manos cuando marcaba el número del chófer y detuvo la caída sujetándolo del cable, mientras intentaba no morir de una taquicardia. Al levantar la mirada se encontró con los oscuros ojos de Zakharov.

—No se preocupe, señor director, ya me iba —murmuró—. No tiene que decirme las cosas dos veces.

—Ven conmigo.

Se dio la vuelta sin esperar a que ella lo siguiera. Eva tardó un poco reaccionar, pero no quiso preguntar si había escuchado bien, así que correteó detrás del director mientras por su cabeza bailaban mil y una teorías acerca de lo que iba a suceder. ¿Iba a despedirla?

—No necesito que me dé una charla —comentó ella en tono cansado—. Basta con que me diga que me marche. Ni siquiera le pediré una carta de recomendación...

Pero él no parecía escucharla; abrió la puerta de una solitaria sala de ensayos y le indicó que pasara. Zakharov podía ser terco como una mula: no diría nada a menos que tuviera algo que decirle, por lo que Eva tendría que esperar a saber qué era lo que pretendía.

Entró en el aula, una sala equipada con un sencillo reproductor y dos espejos. El resto de las paredes eran de papel pintado de color crema y en lo alto había un par de ventanas abiertas. Sencilla. Austeramente. Pequeña.

Sintió una opresión en el pecho.

—Muy bien, *Fontain* —dijo Zakharov tras un larguísimo silencio. Ella se puso tensa al oír el apellido de su abuela—. Bailas con el cerebro. No lo haces con el corazón. Desde que te conozco haces unos ejercicios perfectos, te mueves como si hubieras nacido con el código programado en tus genes, y quizá eso sea cosa de tu abuela. La técnica es muy importante para una bailarina, pero tanta perfección, ¿para qué? Ni lo disfrutas ni lo vives.

—No soy mi abuela...

—No, no lo eres —admitió él—. Cuando la conocí parecía una bailarina recién salida de la escuela, llena de sueños y entusiasmo. En realidad, tenía cuarenta y cinco años, y era una directora implacable. Ella no buscaba que el público se rindiera a sus pies, buscaba una pareja que estuviera a su nivel. En aquel entonces, muy pocos superaban su destreza. Era soberbia, magnífica y única. Y dudo que haya otra bailarina capaz de igualarla.

Tragó saliva, notando una punzada de dolor.

—Quiero ser como ella.

—No puedes ser como ella porque no hay dos bailarines iguales. Tú eres Evangeline. Florence fue Florence. Y aunque tienes su estilo, tu actitud no tiene nada que ver con la de tu abuela. Al centro.

Zakharov se agachó junto al reproductor de música para meter un CD. Eva se puso las zapatillas envolviéndose los dedos con pañuelos de papel y los protectores de silicona. Se despojó del abrigo y de la sudadera y empezó a calentar.

—Ser apasionada no significa ser indisciplinada, Evangeline. —El director se soltó los puños de la impoluta camisa, arremangándose hasta los codos. Tenía unas manos enormes, unos antebrazos robustos, poderosos, repletos de músculos y tendones definidos como en un dibujo—. Bailar no es saltar porque yo te lo diga, bailar es sentir lo que estás haciendo. Si saltas es porque eres feliz saltando, si giras es porque eres feliz bailando. Aunque eres una mujer adulta, en el fondo tienes que seguir siendo una niña y jugar. Desde el principio.

Eva comenzó a bailar, tres vueltas en *piqué*, dos *deboulé*, *arabesque*, preparación en cuarta, doble pirueta y *arabesque* con la cabeza a un lado, mirando hacia el suelo. En el mismo instante en que el director la agarró por el brazo, una descarga de energía restalló por todo el cuerpo de Eva. La fiereza con la que la miró, con los ojos negros clavados en sus pupilas, la asustó. Eva le devolvió la mirada con la cabeza alta y el pecho hinchado y se movieron por el aula ejecutando una compleja sucesión de movimientos elegantes y hermosos.

Unas horas después, el cuerpo de Eva pasó de estar cansado a estar completamente insensibilizado. El sudor bañaba su piel y tenía el flequillo pegado a la frente y algunos mechones sueltos adheridos al cuello.

Imbuida por una extraña determinación, no dejó de bailar ni un segundo. El director presentaba un aspecto igual que el suyo, con el cabello oscuro pegado a las sienes y la camisa empapada. Cada vez que se abrazaban, cada vez que entraban en contacto, el calor de su furia impulsaba su cuerpo.

Con cada paso que daban juntos, la admiración crecía al mismo ritmo que la frustración. Cada vez se rozaban más; sus pieles calientes y llenas de electricidad les provocaban calambres y sobrecargaban sus ropas. Eva había repetido los ejercicios tantas veces que ya no se sentía afectada. Había llegado a un punto en el cual, si el director le pidiera bailar sin ropa, lo haría.

Zakharov la recostó contra su pecho, rodeando la delicada cintura femenina con sus robustos brazos. Eva se abrasó, sensibilizada hasta el extremo, pero evitó dejarse llevar por la sensualidad del momento. Cuando el director colocó una mano sobre su estómago, con la palma abierta y los dedos extendidos, jadeó estremeciéndose y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Zakharov, entregándose a sus demandas como una sumisa Galatea. Él apoyó una áspera mejilla contra la de Eva, más suave, más delicada y sensible.

«Tom».

Sintió su piel caliente, su respiración acariciándole los labios. Y también percibió su arrogancia, como si la exudara a causa del esfuerzo, cuando la apretó contra su cuerpo.

La canción hacía tiempo que había terminado y ellos seguían allí, en mitad del salón, apretados el uno contra el otro como dos amantes. Eva miró a un lado, pero Zakharov le levantó la cabeza, deslizando los dedos desde el hueco de su garganta hasta su barbilla, marcando a fuego su piel. Sus pechos se agitaron, apretándose contra la tela del sujetador, y Eva temió que él lo viera.

Ella inspiró y expandió el torso. La mano que Zakharov tenía sobre su estómago comenzó a subir, y con el dorso de la mano le rozó un pecho y ella se arqueó. Así eran aquellas coreografías. Desgarradoras, crudas, íntimas.

Eva levantó los brazos, transformándose en una rígida estatua. Era la culminación de todo lo que Pigmalión deseaba, su mayor creación, su logro perfecto. Las manos del director acariciaron la parte baja de sus pechos, no había deseo en el hombre que bailaba, su tacto transmitía adoración. Eva se quedó inmóvil mientras el

director deslizaba las manos por la parte superior de sus senos, continuaba hacia sus brazos y los acariciaba con el mismo ardor hasta la punta de sus dedos.

Se apartó de ella con suavidad. Eva bajó los brazos y relajó los músculos, respirando de forma entrecortada, sintiendo todo el cuerpo erizado. Un picante placer la envolvía, y no tenía nada que ver con Zakharov, a pesar de que sus caricias la habían dejado dolorida.

Sentía las cosas como mujer y no como bailarina. Era una diferencia muy importante, crucial. Tom había despertado emociones en ella y Zakharov acababa de demostrarle dónde había estado equivocada todo el tiempo.

—Otra vez.

Con cada repetición, se mostró más atrevida y escandalosa, hasta que dejó de sentirse incómoda. Acarició el fuerte torso del director notando las vibraciones y la energía que desprendía aquel cuerpo perfecto, con años de experiencia, exudando virilidad por cada gota de sudor que empapaba su ropa.

Durante un paso se agarró a sus brazos. Irritada con sus estúpidas correcciones, le clavó las uñas en la espalda como una amante entregada al clímax absoluto. Él emitió un siseo de aprobación, sonriendo por primera vez desde que comenzaran el ensayo, y detuvo la sesión.

—Es suficiente.

—Quiero seguir —rogó ella, resollando.

Le picaban los ojos por el dolor que sentía en los pies, en las piernas, en todo el cuerpo. Con una tenacidad nunca vista, se colocó en posición dispuesta a repetir por enésima vez el paso a dos. El director apagó entonces el reproductor.

—¿Crees que esto es lo que espero de una bailarina? Ni siquiera puedes mantenerte erguida.

La cogió por la barbilla y la obligó a que lo mirara a la cara. Eva parpadeó cuando empezó a verlo todo borroso, perdiendo fuelle ante aquella pausa.

—Esta vez lo haré mejor.

—No quiero mártires, Evangeline. Quiero bailarinas orgullosas que estén dispuestas a arriesgar.

—He trabajado más que ninguna —contestó.

—Lo sé, veo los sacrificios que haces. Pero no me gustan las niñas estúpidas con pataletas de colegio. —Hizo un brusco gesto con la mano, soltando unas maldiciones en ruso mientras se pasaba las manos por el cabello húmedo. Luego la miró detenidamente, cruzándose de brazos—. Quiero adultas y profesionales capaces de ver cuándo están haciendo mal las cosas.

Eva se frotó la muñeca, clavándose los dedos en la piel.

—¿Lo estoy haciendo mal? ¿Va a echarme de la compañía? —preguntó con un nudo en la garganta.

—¿Te parezco un tipo estúpido?

—No, señor director.

—Por una vez estamos de acuerdo en algo —dijo con enojo—. Dado que no soy un estúpido, ¿por qué querría deshacerme de mi mejor bailarina?

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

—Todos estos años me he entregado al máximo. Por mí misma, por la danza y por mi abuela. Y nunca me había dicho algo como lo que acaba de decirme.

—Y no debería habértelo dicho, ¡maldita sea! —exclamó—. Les das demasiada importancia a las palabras, Evangeline.

Ella respiró hondo varias veces y se lanzó.

—Zakharov, sabes que este papel es muy importante para mí.

—Eso me da igual —le respondió haciendo chasquear los dedos—. Si te digo que bailes un cisne, entonces bailarás un cisne. Si te digo que seas una campesina, lo serás. No tienes voz ni voto en esto.

—Tengo derecho de elegir...

—Tienes derecho a irte o a quedarte en la compañía —concedió él—. Pero, si te quedas, harás lo que yo te diga.

—Lo he dado todo en estas pruebas —exclamó temblando de ansiedad—. Me he dedicado en cuerpo y alma, no puedo quedarme de brazos cruzados y permitir que ofrezcas este papel a otra persona. Porque entonces sí que eres un estúpido. ¡Ese papel tiene que ser mío!

—¿En serio? ¿Has olvidado quién compuso el ballet? ¿Quién hizo el resto de las coreografías? Voy a decirte una cosa: sean cuales sean mis planes y los repartos que tenga en mente, yo soy quien lo decide. —Le clavó una mirada llena de furia—. Es mi decisión, y solo mía. Yo decido quién interpretará a Galatea. Tu abuela era una dama, pero tú no representas la nobleza de su legado como bailarina. No te respetas, te sacrificas. ¡Joder! Ni siquiera sonríes, te ahogas en la pena y la melancolía mientras haces las coreografías.

A Eva le temblaron las rodillas de un modo tan violento que se escoró a un lado. Se mantuvo derecha tensando los músculos de las pantorrillas y apoyó todo el peso en los talones, equilibrándose. Parpadeó, pero ya era tarde, las lágrimas habían comenzado a deslizarse por sus mejillas.

Zakharov la miró. También había pena en su mirada, pero solo alguien que lo conociera como Eva lo conocía habría dicho eso sobre la oscura mirada del director.

—Eres una persona muy importante para mí, Eva, pero no quiero darte el papel solo porque la coreografía la compusiera Florence.

—Yo tampoco quiero que sea así...

—No quiero que ensayes con nosotros mañana. Y tampoco quiero que te presentes a la audición hasta que no estés preparada. ¿Está claro?

—Sí, señor —contestó—. Lo entiendo, pero necesito hacerlo. Necesito hacer esa audición por...

—¡No! No se te ocurra decir que lo haces por ella —gruñó. Se aproximó a Eva y le clavó el dedo en el pecho. Ella se tambaleó hacia atrás—. Hazlo por ti misma. No lo hagas por nadie, Evangeline. Esto es por ti, por nadie más.

Zakharov recogió sus cosas y salió del aula sin mirar atrás, dejando a su paso una calma similar a la que sucede a una tormenta. Eva se sentó en el suelo cuando las emociones se desbordaron, notando cómo le temblaban los músculos de las piernas.

Las lágrimas le salpicaron los muslos. Era capaz de abandonarse a la pena y llorar cuando sabía que nadie la estaba viendo, pero era incapaz de dejarse llevar en otros aspectos. Se contenía durante el baile, durante sus amadas y queridas coreografías. Se contenía con Tom, durante aquellas experiencias extrasensoriales que levantaban ampollas en todo su cuerpo. ¿Por qué?

La puerta del aula abriéndose rompió el silencio. Se secó las lágrimas de un manotazo y se levantó, poniéndose de espaldas hacia la entrada para evitar que quien fuese la viera llorar. Se puso la sudadera a toda prisa, se colgó la bolsa al hombro y caminó con la cabeza agachada.

Gabriel la detuvo.

—*Bambina...*

Aquella palabra, en otro momento, en otras circunstancias, la habría hecho sonreír. Pero, en lugar de eso, el llanto volvió con más fuerza.

—Ha sido muy duro —sollozó.

—Siempre lo es.

—Me duelen los pies.

Sin decir nada, el bailarín la cogió de la mano para sacarla del aula y Eva lo siguió cojeando. Usaron un ascensor para bajar a los vestuarios, y entraron en el camerino de Gabriel, un individual que le correspondía por su estatus de primer bailarín.

Eva se sintió incómoda mientras el italiano apartaba toda su ropa, esparcida por las sillas —camisetas, calcetines, mallas, zapatillas—, haciendo sitio para que ella pudiera sentarse. Le cogió la bolsa y se sentó en el suelo para quitarle las zapatillas con extremo cuidado. Tenía los pies doloridos y palpitantes; cuando le retiró los protectores, los pañuelos que llevaba en los dedos se habían pegado a las rozaduras.

Él le limpió las magulladuras con algodón y de un pequeño frigorífico que tenía escondido en el armario sacó unas bandas de gel frío para cubrirle los pies.

—Enseguida vuelvo. Voy a por algo de comer. No te muevas, ¿vale?

Eva se recostó contra la silla, notando cómo le palpitaban los dedos. Estaba demasiado agotada como para que le resultara extraño estar a solas en el camerino de su compañero. La mesa del tocador estaba llena de frascos, pinturas, cremas y cosas de maquillaje, y un mosaico de fotografías cubría el espejo: en su mayoría eran de Gabriel con importantes personalidades del mundo de la danza. Se distrajo observándolas.

Gabriel regresó con unas cuantas botellas de agua, unos bocadillos y unas chocolatinas metidos en un gran cubo de plástico de la enfermería. Vacío el cubo y lo llenó con agua e introdujo algunos hielos antes de dejarlo en el suelo frente a Eva. Cubrió los pies de la muchacha con una bolsa especial y los hundió en el interior para que el agua fría relajara la inflamación. Envolvió sus hombros con una manta de cuadros que tenía sobre su litera, le ofreció un bocadillo y le sirvió agua.

—Gracias —dijo ella al cabo de un rato, reconfortada después de llenarse el estómago—. ¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Suelo quedarme a ensayar más tarde que los demás. Antes de irme me gusta dar una vuelta para ver quién queda al final del día.

—¿Y qué hora es?

—Las seis. Habéis pasado cuatro horas ensayando —dijo al cabo de un rato—. Jamás había empleado tanto tiempo con nadie.

—¿Quieres decir...?

—¿Que si ha ensayado de esa forma con alguno de nosotros? —acabó su pregunta—. Estuve una vez y me dio una paliza. Para todos los que entramos, es el infierno. Zakharov expone tus pecados para guiarte hacia el purgatorio y, cuando sales, la mayoría estamos listos para entrar en el paraíso de la élite.

A Eva le temblaron los labios; sintió una nueva oleada de lágrimas.

—Habló de mi abuela...

Gabriel le acarició la rodilla, ofreciéndole unas chocolatinas.

—No lo conviertas en algo personal, Eva. No lo es. No estabas en condiciones de bailar, estabas cansada y te dio la oportunidad de volver con las fuerzas renovadas.

—Yo no lo vi así. Solo pensé que me echaba, que me arrebatara la oportunidad...

—No nos escuchas. Te dije que estuviste magnífica y no me creíste. No confías en tí. Hiciste un trabajo maravilloso, no deberías ser tan dura contigo, *bambina*.

Gabriel le tendió unos pañuelos y ella se limpió los ojos.

—Te pido disculpas por mi comportamiento de esta tarde —sollozó, más tranquila—. Ha sido vergonzoso.

—Estabas en tu derecho, a Zakharov le viene bien que alguien le lleve la contraria de vez en cuando.

—No me gusta montar escenitas —refunfuñó.

—Ah, pues a él le encanta. Zakharov es la reina del drama. Bueno, creo que esto ya está —dijo ayudándola a sacar los pies del cubo—. ¿Por qué no te das una ducha, te cambias de ropa y te curo esos pies?

—Gracias, Gabriel, pero...

—Eva, ya vale, no era una sugerencia —dijo el bailarín poniéndose serio—. No permites que nadie te ayude, no es bueno que te encierres tanto. Déjanos ayudarte. Deja que cuide de ti.

A ella le recorrió un escalofrío: Tom había empleado esas mismas palabras en otro contexto diferente y, sin embargo, encerraban el mismo significado.

—Está bien —accedió.

Se dio una ducha larga, caliente y espumosa. Se sentó en la litera de Gabriel y el bailarín secó sus pies con una toalla, dándole un masaje en las pantorrillas y los tobillos con un aceite calmante.

—Serás mi pareja de baile esta temporada, *bambina*.

—Todavía no está decidido.

—Lo serás. No hay mejor Galatea en esta compañía que tú. Mientras bailaba con las demás chicas esta mañana, estuve preguntándome si tendría la oportunidad de ver otra muestra de la pasión que demostraste tener. Hemos ensayado ese *pas de deux* docenas veces y hemos mejorado mucho. Los dos. Tú y yo. Y ayer alcanzamos nuestro máximo. Fue muy bonito compartir eso contigo.

—No hace falta que me halagues, Gabriel. Lo agradezco, pero no lo necesito.

—Oh, eres dura por fuera, Eva, pero todos los bailarines tenemos nuestro lado sensible. Deberías dejar que lo viéramos más a menudo. No tiene nada de malo.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó ella, mientras él le envolvía los pies con unas prietas tobilleras, unos calcetines térmicos y, por último, las botas acolchadas.

—Somos compañeros —dijo encogiéndose de hombros—. Si no nos ayudamos entre nosotros, ¿quién más lo va a hacer? Además, no puedes quedarte sola, los efectos secundarios tras una dosis triple de Zakharov se pasan mejor en compañía.

Cuando se puso en pie, Eva se sintió flotando por encima de algodonosas nubes. Sentía el corazón más ligero, con menos peso. Apenas recordaba el acalorado ensayo; los calmantes, el baño y el cuidado de Gabriel habían sido magníficos.

—Gracias.

Antes de que hubiera terminado de hablar, el bailarín acunó su rostro con ambas manos. Eva se enderezó y levantó los ojos para mirarlo, tensa.

—Esa expresión que acabas de poner es la mejor recompensa que un hombre puede obtener de ti —murmuró él.

Ella se ruborizó por la intensidad de sus palabras.

—Gabriel... —comenzó a decir, colocando las manos sobre el fuerte pecho de su compañero.

Iba a besarla. Esta vez sí que iba a besarla, y Eva descubrió que no tenía argumentos para rechazarlo. Él se inclinó sobre sus labios. Desprendía calor: sus manos, su cuerpo, su perfecta fisonomía... Sintió un cálido revoloteo en el estómago, inexplicable. Eva se tensó, expectante y asustada al mismo tiempo.

«¿Qué voy a sentir?».

La imagen de Tom se cruzó en su mente cuando la boca de Gabriel entraba en contacto con ella.

—No lo hagas —rogó en voz baja.

Gabriel frenó el avance, pero no la soltó.

—*Bambina*...

Sus rodillas se tocaban, sus cuerpos estaban muy cerca el uno del otro como cuando ensayaban. Las emociones de Eva estaban al borde del colapso, pero una parte de ella sabía que estaba haciendo mal, que, aunque lo deseara, aunque ese beso prometiera comodidad y placer, no podía aceptarlo.

Agachó la cabeza, rozando los labios de Gabriel con la frente. Él los posó sobre su piel, abrasándola. Después liberó su rostro y deslizó las manos por su espalda.

—Lo siento. No he sido nada profesional, estás prometida con ese chico.

—No lo estoy... —Sentía la necesidad de explicarse, pero no sabía si él la entendería—. ¿Sabes de alguna lavandería por aquí cerca? —preguntó alzando la cabeza para mirarlo—. No me queda ropa limpia —confesó avergonzada.

Por los ojos del bailarín desfilaron emociones que Eva no estaba segura de saber interpretar correctamente. Pero él empezó a reír y le dio un beso en la frente antes de apartarse.

Tom no estaba en el jardín de Mónica y tampoco la estaba esperando en el porche de la casa de Florence. Volvió a experimentar una angustiada sensación de decepción por no poder verlo. Inseguida rechazó aquella emoción, no podía darle tanta importancia. Nada de sentimientos.

Abrió la puerta de la casa de Florence muy despacio, esperando a que él apareciera por sorpresa. Como no lo hizo, se sintió molesta. Pero Tom era libre de ir a donde quisiera, no tenía la obligación de estar ahí siempre que ella deseara.

Hasta su nariz llegó un olor a limón que antes nunca la había recibido en el interior de la vivienda. Paseó la mirada por el salón, con la incómoda sensación de que algo no encajaba. Había más luz, las cortinas estaban descorridas y las ventanas, abiertas. Al observar los muebles, percibió que estaban brillantes y ordenados.

—Creía que nunca llegarías.

Eva se volvió y encontró a su madre cruzada de brazos bajo el marco de la entrada a la cocina. Tras ella estaba Adele, observándola a través de resplandor de los cristales de sus gafas.

—Hola —respondió un poco tensa—. ¿Qué haces aquí?

—Comprobar que cumples con tus horarios —dijo sin rodeos—. Tu comportamiento de estas semanas es un poco anárquico.

—Trabajo mucho —se defendió ella, buscando una silla para sentarse. Se quitó las botas acolchadas y movió los pies hasta que le crujieron los huesos. Se sintió un poco mejor cuando vio a su madre apretar los labios con disgusto; ese gesto la desquiciaba—. Sé cuándo entro, pero no puedo saber cuándo termino un ensayo. Hoy he trabajado con Zakharov personalmente.

Su madre la miró de una forma extraña durante un segundo entero. Eva estaba acostumbrada a su muro de frialdad, por eso aquel brillo le dio escalofríos. No supo cómo interpretarlo.

—En ese caso no te quedarán fuerzas para seguir ensayando.

—Ya me he tomado un descanso y ahora me pondré a trabajar.

No estaba segura de tener fuerza suficiente para seguir ensayando después de haber sido vapuleada por el director.

—¿Y después?

—Después, seguiré trabajando —respondió muy seria—. Luego, me iré a dormir. Y mañana, seguiré trabajando. Es lo que hago, mamá. Gracias por limpiar y llenar el frigorífico, pero no era necesario.

—Sí que lo era —dijo Flaviana con naturalidad—. No voy a enseñar la casa a los compradores tal y como estaba, oscura y sucia. Mañana vendrá un equipo a arreglar el jardín.

—¿Compradores? —Eva lamentó que su voz sonara demasiado aguda—. Hemos dejado claro que la casa era mía y que no estaba en venta.

—¿Qué vas a hacer tú con esta casa, Evangeline? Debes venderla, y, con el dinero que consigamos por ella, comprarte tu propia casa. En Londres, por ejemplo.

¿Hablaba su madre en serio? ¿Marcharse a Londres? Aquella sería una gran oportunidad para ella; no era tan mala idea la sugerencia de Flaviana si no fuera porque sonaba a despecho.

—Yo no quiero ir a Londres —murmuró, molesta.

—Aquí no haces nada. Necesitas salir de Crownfield. —Cualquiera podía pensar que su madre le estaba ofreciendo palabras de aliento para que diera un salto en su carrera y fuera a buscar trabajo a una compañía mucho más importante, pero Flaviana poseía la capacidad de convertir aquella motivación en un reproche—. Por mucho que te duela el hecho de que Florence ya no esté, esta casa no es para ti.

La forma en que su madre dijo aquello hizo que se sintiera desplazada. Cuando a Flaviana no le gustaba una cosa, simplemente la dejaba de lado. ¿Había llegado Eva a ese punto en el cual su madre la quería abandonar en cualquier parte, como cuando la había enviado a aquel horrible internado?

—Mamá, podemos hablar de esto en otro momento. Ahora... quiero trabajar.

Su madre lanzó un suspiro.

—No se puede hablar contigo.

—No voy a vender esta casa ni me voy a ir ningún sitio —aclaró.

—No vives aquí, Eva —refutó su madre—. Deja de comportarte como una niña rebelde y actúa de forma correcta. Vuelve a casa, al lugar que te corresponde. Aquí no haces nada.

Ya le habían tocado demasiado las narices por hoy. Estaba cansada de dar tumbos de un lado a otro, sacudida por las decisiones que los demás tomaban por ella. Se llevó las manos a las sienes.

—Mamá, me desestabilizas. No puedo estar contigo en la misma casa sin que dejes tus vibraciones negativas pegadas en las paredes.

Flaviana se echó hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe.

—¿Así que ese es el problema? ¿Te desestabilizo? —preguntó con una nota de dolor que, aunque era exagerada, consiguió que Eva se sintiera fatal.

—No quería decir eso...

—¡Intento inculcar un sentido práctico a tu vida! No te he exigido ni la mitad de lo que les he exigido a tus hermanos, intento que bajes la cabeza de las nubes, pero insistes en vivir en tu mundo. No todas las vidas de los artistas son tan brillantes como crees. No se vive del aire.

—Eso es porque tú nunca has querido ser artista, mamá.

—Elegí no seguir por ese camino. Mi madre no era un buen ejemplo, y no quiero que acabes como ella.

—Pues yo sí que quiero —se defendió—. No puedes elegir por mí. Es mi vida.

—¿Y tengo que ver cómo tiras tu vida por el retrete? ¿Tengo que ver cómo te destrozas el cuerpo? —exclamó, señalándola de arriba abajo.

Inquieta, Eva se dio cuenta de que Adele se había escabullido y que en la cocina solo estaban ellas dos. De un momento a otro, empezarían a cruzar acusaciones dolorosas, y no quería.

—Por favor, mamá. No quiero decir nada de lo que luego pueda arrepentirme. Vamos a calmarnos, te lo ruego. Podemos hablar de esto en otro momento...

—¿Cuándo, Evangeline? —preguntó su madre con actitud beligerante—. Nunca tienes tiempo para hablar. Siempre estás con los ensayos, las giras, las obras.

¿Cuándo vas a pensar en los demás? Todos tenemos que pensar en ti, en tu trabajo, en tu carrera. Gregory era el hombre perfecto, ¿por qué tuviste que estropearlo?

—Yo no estropeé nada. ¡Fue él!

—Siempre son los demás. Nunca eres tú.

—No es el hombre perfecto... No para mí.

—Sigues actuando igual que siempre, Eva.

—Mamá, por favor, no quiero discutir —rogó con la garganta cerrada. Gregory la había manoseado y tocado de forma sucia y su madre parecía culpable a ella de ese hecho—. Hablaremos el sábado, antes de la fiesta, después de la subasta, cuando sea. Pero ahora mismo no, te lo ruego.

—Hemos pospuesto esta conversación muchísimas veces, Eva. Demasiadas. ¿Quieres vivir una existencia lejos de tu familia? No puedes. Tu abuela intentó alejarte de nosotros y mira el resultado. Sigues estancada como hace dos años. Como los últimos diez años. Bien sabe dios que he intentado por activa y por pasiva advertírtelo, pero no hay forma de que aprendas.

—¿Advertirme qué? —murmuró—. ¿Que nunca llegaré a ser una estrella? ¿Y si no quiero serlo? ¿Y si solo quiero dedicarme a bailar?

—El fracaso no es una opción, Eva. Puede que ahora pienses que es suficiente con bailar, pero dentro de veinte años te darás cuenta de lo sola que te encontrarás, sin nadie que cuide de ti...

—Puedo cuidar de mí misma.

—¿En serio puedes? —preguntó escéptica—. Florence cuidaba de sí misma y murió sola.

—¡Basta! —exclamó ella levantándose de la silla.

—Incluso ella sabía que nunca llegarías a ser como ella —comentó su madre sin perder la compostura—. Permití que te criara porque deseaba que al menos uno de mis hijos hiciera lo que realmente le gustaba. Tu padre estaba disgustado, pero lo convencí de que sería bueno para todos. Ahora hemos llegado a esta situación en la que estás completamente fuera de lugar porque mi madre tuvo el detalle de morir dejándonos contigo.

A Eva se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Te estás oyendo?

—Sí, Eva. Sé perfectamente lo que digo —dijo Flaviana con voz gélida—. Florence no quería hijos. Siempre fui el recordatorio de un error, jamás me quiso, nunca creó vínculos conmigo porque no quería alejarse de su carrera. Y después quiso compensar esa falta cuidando de ti, haciendo de ti todo lo que no pudo hacer de mí.

—¿Contarme esto hace que te sientas mejor?

—No —reconoció—. Has idealizado a Florence y crees que amas el ballet por ti misma, cuando no es así. Eres una bailarina con toda su técnica y su disciplina, pero no tienes personalidad propia. Es lo que Zakharov te ha dicho, ¿me equivoco?

Eva sintió que se le enfriaba la sangre por la sorpresa.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó estúpidamente.

—Le pedí que te abriera los ojos, para que vieras cómo eres. Para ti no existe nada más que tu carrera, y harás lo que sea necesario. Como Florence. Y como has heredado la perseverancia de tu padre, no te detendrás ante nada. —Hizo una pausa para alisarse la falda—. No es necesario que vengas el sábado a la recaudación, sé cuánto detestas los eventos sociales. Haz lo que quieras, Eva. Si quieres quedarte en esta casa y seguir siendo la esclava de Florence, adelante. No puedo hacer más por ti.

Eva permaneció un buen rato de pie antes de dejarse caer en la silla, aturdida, sin poder dejar de temblar. Cuando llamaron a la puerta, abrió en modo automático, y en cuanto la enorme figura de Tom apareció en el umbral, sintió calor en las entrañas.

Y no se debía a la excitación, se alegraba de verlo. Era la persona a la que más deseaba ver en ese momento. Sin pensar en lo que hacía, lo cogió por la camiseta y lo metió en la casa para abrazarlo y besarlo. No quería estar con nadie más, solo con Tom. Esa decisión seguía siendo suya..., ¿verdad?

—Déjame adivinar, ¿un mal día? —bromeó él mientras le devolvía el beso.

—Sácame de aquí, por favor...

La angustia de su voz hizo que tensara todos los músculos del cuerpo. Si a eso le sumaba la palidez de su rostro, la certeza de que algo le había sucedido fue más contundente. Más tarde lo averiguaría, Eva lo necesitaba ahora.

—Quitate la ropa —fue lo primero que dijo cuando llegaron a la habitación del club. Ella lo miró. Él enarcó una ceja y se cruzó de brazos—. Desnúdate.

Eva comenzó a desvestirse en silencio. Con cada prenda que se quitaba, a Tom se le aceleraba el pulso y su miembro se endurecía un poco más. Cuando Eva deslizó el sujetador por los brazos, Tom clavó los ojos en sus pechos tensando la mandíbula. Ella se ruborizó, pero luego lanzó la prenda a un lado y permaneció frente a él mostrando su desnudez sin ocultarse, algo que no había hecho hasta entonces.

Sintió un agudo calambre entre las piernas. Ella se dio cuenta del efecto que había tenido y se inclinó para bajarse las bragas, lanzándolas hacia él con una elegante patadita.

Tom demoró la mirada en la prenda, rosada y delicada, antes de mirarla a ella. Tenía los pies cubiertos con unas tobilleras y en la pierna derecha llevaba una rodillera. En su cadera, el hematoma tenía un color oscuro. Su rostro mostraba signos de cansancio, pero lo que de verdad lo removió por dentro fue la mirada de desesperación que había en sus ojos.

Se acercó a ella. A medida que lo hacía, el aire se volvió más denso. Eva levantó la cabeza para mirarlo a la cara, conteniendo el aliento. Estaba expectante, pero a un paso de perder los nervios.

Detestaba el maltrato al que estaba siendo sometida en la compañía, pero no tenía ningún derecho a decirle lo que podía hacer o no con su vida. Aunque él quisiera hacerse responsable de ella, había decisiones que no podía tomar en su nombre. Lo único que podía hacer por Eva en ese momento era aliviar el peso que había sobre sus hombros.

—¿Te complace que obedezca?

Aquella tímida pregunta provocó que se le calentara la sangre.

—Me satisface que quieras complacerme —explicó, inclinándose sobre sus labios, ladeando la cabeza para acoplarse a su boca. Ella levantó los talones para llegar, pero Tom se mantuvo a un suspiro de entrar en contacto—. A mí me gusta estimularte, observar cómo tiembles cuando el deseo te inunda. Quiero averiguar lo que te gusta, para así ofrecértelo una y otra vez. Mi único objetivo es que disfrutes al máximo, que quedes satisfecha. Ese es mi deseo. Pero también me complace que tú quieras conocer lo que me gusta para dármele. ¿No has pensado en eso?

Se produjo un silencio el tiempo suficiente para que la respuesta se leyera en el aire. Vio que Eva vacilaba al caer en la cuenta del detalle. Tom se apiadó de ella y le acarició el brazo, erizándole la piel. Tenía mucho que aprender y él, mucho que enseñar.

—Cuando bailas, buscas complacer al público con tus representaciones. Buscas satisfacerles. Impresionarles. Y disfrutas con ello. En el sexo es lo mismo. No tienes que pensar que me excito viéndote desnuda solo porque te lo he pedido, a ti tiene que gustarte quitarte la ropa para mí. ¿No es eso lo que pensaste mientras me tocabas esta mañana?

—Sí.

—¿Sí, qué? Quiero una respuesta más extensa, preciosa. ¿Qué sentiste?

La vio pensar. Estaba nerviosa, sin duda impaciente por que él cerrara la boca y le diera placer. Pero él era quien estaba al mando: le daría lo que quería cuando lo considerara oportuno.

—Me sentí... bien —respondió al final Eva, como si exponerlo en voz alta hubiera sido una revelación para ella.

—Date la vuelta —le pidió.

—Quería agradarte —añadió con la voz estrangulada.

Parecía a punto de llorar. Él le deshizo el moño y colocó la palma de la mano en la base de su espalda, transmitiéndole seguridad y comodidad. No podía soportar verla sufrir por sus propias inseguridades.

—Habla de ello más tarde. Tumbate en la cama, preciosa. Tienes que descansar.

Ella lo miró por encima del hombro y capturó su mirada. No quería descansar, quería hacer todo lo que no había hecho hasta ahora. Tom percibió sus ansias por agradar, su anhelo por rendirse a sus demandas. Endureció la mirada. Por mucho que la deseara, Eva necesitaba descansar y relajarse, el agotamiento era visible en su rostro.

—Acuéstate.

—Está bien —susurró ella, aceptando la situación.

Se deslizó por las sábanas. Tom se quedó absorto en la contemplación de sus perfectas nalgas balanceándose mientras se situaba en el centro de la cama. Apreció sus elegantes curvas y se dio cuenta de que Eva se estaba contoneando, mostrándose más sensual que nunca. Cuando le lanzó una mirada por encima del hombro repleta de lujuria, Tom emitió un gruñido por lo bajo y tensó los hombros.

Estaba coqueteando con él.

—Túmbate —demandó afilando la voz.

Ella deslizó las manos por las sábanas y se rozó con todos y cada uno de los pliegues, recostándose después boca abajo.

La cremosidad de su piel contrastaba de un modo obsceno con el tono carmesí de las sábanas. Tom subió a la cama sin quitarse la ropa, la hizo girar y le besó los labios. Ella deslizó los dedos por su cabeza y se aferró a sus mechones.

Acarició la lengua de Eva con perezosa sensualidad y succionó su labio inferior. Continuó con una serie de besos por su garganta y acogió un pezón en la boca. Ella se arqueó con un gemido, tirándole del pelo. Siguió con los besos por su vientre, cada vez más cerca de la hoguera que formaba su entrepierna, pero antes de llegar, se apartó y la miró a la cara.

Una niebla de placer velaba sus ojos. Cogió una mano de Eva y se llevó dos de sus dedos a la boca para chuparlos, humedeciéndolos. Después la guio hacia el sexo femenino.

—Quiero ver cómo te das placer.

Ella se ruborizó, su respiración se agitó y en sus ojos apareció el fulgor del deseo. Con un temblor, deslizó los dedos por el monte de Venus y separó los muslos para acariciarse con comodidad.

Él observó sus movimientos con el corazón acelerado. Eva desplegó toda la belleza que guardaba en exclusiva para sus bailes y, mirándolo con los ojos entrecerrados, comenzó a tocarse. Tom la miró a la cara para comprobar que estaba totalmente rendida y luego dirigió la vista hacia los exquisitos dedos que ella hacía desaparecer entre sus pliegues.

Arrebatadora.

Escuchó el cambio de ritmo de sus entrecortados jadeos y vio que el cansancio había dado paso a un estado de placentero equilibrio. Tom se arrodilló entre sus piernas separadas y comenzó a seguir el brazo de Eva hasta llegar a la muñeca. Se estremeció cuando le rozó los nudillos y ahogó un ronco gemido cuando le tocó los dedos que ella movía sobre su sexo.

Vio que se aferraba a las sábanas con la otra mano. Tom le tocó los dedos, humedeciéndose con los jugos que ella misma esparcía.

—Ve más despacio —demandó.

—No puedo ir más despacio —musitó ella.

—Puedes. Y lo harás.

Eva soltó las sábanas para apretarse el vientre y su piel se cubrió de rubor, brillando con una exquisita tonalidad sonrosada.

Sus ojos se oscurecieron cuando Tom deslizó un dedo hacia la entrada de su sexo y lo atravesó. Eva se mordió los labios recibiendo la penetración, manteniéndole la mirada y ahogando un jadeo para no romper el silencio.

—No he dicho que dejes de acariciarte —amenazó.

Ella tembló y volvió a frotarse el clitoris. Tom comenzó a salir y a entrar de su sexo. Una vez, dos, tres; contó las penetraciones recreándose en la sensación de sus paredes ardientes. Ella respiró de forma más pesada y Tom retiró el dedo hacia fuera para acariciar la estrecha franja que había de camino hacia su otro orificio.

Las pupilas de Eva se dilataron al máximo cuando adivinó sus intenciones. Tom la aprisionó con una mirada cargada de demanda y severidad y ella se puso a temblar cuando él estimuló aquella entrada, empapándola con el néctar femenino.

Eva se arqueó, cada vez más tensa. Tom se movió entonces para tumbarse a su lado, le apartó la mano y se encargó de atender debidamente su sensible clitoris. Ella lo agarró del brazo clavándole las uñas, con el pulso desbocado.

—Cierra los ojos —solicitó con voz calmada, sin dejar de excitarla—. Quiero que cierres los ojos y te olvides de todo lo que ha pasado hoy. No pienses en nada, excepto en la sensación de mis dedos sobre ti.

Ella lanzó un suspiro, obedeció y a Tom no le llevó demasiado tiempo conseguir que se corriera. No fue nada escandaloso, al contrario, sintió el lento palpitante de su orgasmo en los dedos y lo prolongó durante unos segundos, hasta que el cuerpo femenino quedó laxo a su lado.

Sin decir nada, la cubrió con las sábanas, ahuecó la almohada bajo su cabeza, le dio un beso en la frente y se levantó. Eva se removió sin abrir los ojos y luego se quedó dormida, con una expresión relajada y satisfecha pintada en el rostro.

No era el plan perfecto para esa tarde, pero no le importó. Ya habría tiempo de poner remedio a su propio placer, cuando ella estuviera en condiciones de resistir otra de sus sesiones. La observó dormir.

Eva estaba tranquila, se sentía segura allí, con él, y eso hizo que se sintiera muy contento. Ayer por la noche había tenido tanto miedo que había huido. Bien, se iba a asegurar de que jamás volviera a hacerlo. Dentro del Victoria, ella era suya. Fuera de esas cuatro paredes, podía hacer lo que le diera la gana, pero mientras estuviera con él, estaría bajo su protección.

Cuando despertó, Tom comprobó que se había pasado dos horas mirándola como un tonto. Ella se removió bajo las sábanas, desperezándose con un entrañable suspiro que reavivó su excitación. Tom se acercó un poco a la cama sin imponer su presencia, solo para ver lo que ella hacía. Después de frotarse los ojos, Eva se sentó sobre el colchón y paseó la mirada por la habitación hasta dar con él. Sus ojos se agrandaron al encontrarlo tan cerca. Primero hubo alivio y, luego, una sonrisa que a él le aceleró el pulso.

Estaba preciosa con la mirada adormilada y el pelo revuelto.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo? —fue lo primero que preguntó él.

—Puedo esperar —respondió ella.

—¿Puedes esperar? ¿A qué quieres esperar? —Alzó una ceja, extrañado con su comentario, y Eva se sonrojó.

—Me he quedado dormida —murmuró.

—¿Y te ha sentado bien la siesta?

—Sí, me siento mucho mejor. Es solo que..., bueno, me he quedado dormida mientras tú me acariciabas —reconoció avergonzada.

—Era lo que necesitabas, Eva. Un descanso —dijo sentándose en el borde de la cama. Le apartó el pelo de las mejillas y le acarició los labios—. No puedo pretender que vengas a mí después de una jornada de ocho horas para tener sexo. Prefiero que estés fresca y descansada.

Observó emocionado cómo a ella le brillaban los ojos e inclinaba la cabeza para apretarse contra la palma de su mano.

—Gracias.

—Cuidar de ti es un placer, Eva. Toma. Come.

Le dio un vaso de agua y un Ibuprofeno. Después le ofreció un par de sándwiches calientes y un plátano, que ella devoró con entusiasmo.

—Menos mal que no tenías hambre —bromeó.

—Desde que estoy contigo, no como lo que debería —comentó—. Y jamás había comido desnuda en la cama, lo estoy llenando todo de migas...

—No te preocupes por eso. Así estás tan sexy que tengo ganas de comerte yo mismo. Y también eres muy sexy cuando estás durmiendo.

—¿No soy sexy cuando estoy despierta? —bromeó ella.

No se había equivocado. Dentro de Eva había una ninfa traviesa ansiosa por jugar, por descubrir cosas nuevas. Se tranquilizó al comprobar que todavía tenía salvación, que no era demasiado tarde.

Se había pasado el día entero pensando en ella, como si no tuviera otra cosa que hacer. Y eso no le había ocurrido nunca. Si le sucedía ahora, es que aquella relación que había establecido empezaba a ser demasiado personal.

—Cuando estás despierta eres jodida y tremendamente sexy. Y cuando duermes, eres una diosa sumida en un letargo postorgásmico que sueña con Toms

desnudos que le hacen el amor.

—¡No sueño con eso!

—Claro que sí. Gemías mi nombre en sueños, te he oído —la provocó—. Debía de estar haciéndote algo alucinante.

—No es verdad.

—Oh, Eva, ¿dudas de mi palabra? —exclamó él fingiendo ofensa mientras se llevaba las manos al pecho, como si hubiera recibido un flechazo.

—No he soñado contigo —sentenció Eva, riéndose—. No he soñado nada, he dormido como un tronco.

—Entonces, ¿te encuentras mejor?

—Sí.

—¿Sí, qué?

Ella sonrió con coquetería.

—Me encuentro mejor.

Tom dejó salir el aire por la nariz y buscó dentro de sí la fuerza necesaria para tranquilizarse. Una vez estuvo seguro de estar lúcido y calmado, apartó las sábanas con brusquedad, cogió a Eva en brazos y la tumbó sobre sus rodillas mientras él se acomodaba al borde de la cama.

Ella no tuvo tiempo de protestar.

Tom la colocó sobre su muslo, notando los temblores de su vientre en la pierna. Eva se tensó para recuperar el equilibrio y él la inmovilizó apresando su muñeca derecha contra la espalda.

—¿Qué haces? —preguntó ella con la voz entrecortada.

Tom enderezó el muslo sobre el que ella descansaba, alzando las caderas de Eva en un ángulo tan preciso que el trasero femenino se elevó y su torso quedó colgando boca abajo. Le sujetó las piernas y comprobó que se estremecía. Su cabello, por efecto de la gravedad, cayó hasta el suelo formando una cortina que le ocultó la cara.

—Esta mañana dejamos una conversación pendiente —anunció pasando la mano por la parte trasera de sus piernas.

Al sentir su piel suave bajo la palma, deseó follarla. Notó que Eva se estremecía y la lujuria amenazó con romper su concentración, pero se mantuvo firme; no así su pene, que se alzó desesperado hacia ella, buscando su calidez.

Dentro de muy poco tiempo, acabaría con el culo escocido a base de palmadas. Apenas podía esperar para verlo, para sentirlo. No quería hacerle daño, jamás lo haría con esa intención. Nunca sería el hombre romántico que ella merecía, pero podía ser el hombre que necesitaba.

Deslizó los dedos por la piel interior del muslo, trazando una ardiente caricia que dejó un rastro visible sobre la piel de Eva. Deshizo el camino hasta la parte posterior de las rodillas antes de volver a subir. Repitió la caricia de vuelta hasta sus rodillas. Con cada nuevo recorrido, sus yemas se detenían cada vez más cerca de los empapados pliegues de Eva.

Supo que estaba lista cuando la escuchó emitir un ronroneo de placer. Colocó la palma de una mano sobre uno de los glúteos.

—¿Recuerdas tu palabra, Eva? ¿Cuál es?

—*Adagio*...

—Voy a darte diez azotes.

—¿Que vas a hacer qué...? —preguntó ella, jadeando.

—Quiero que cuentes, preciosa, cada vez que mi mano entre en contacto con tu piel.

Ella se estremeció de pies a cabeza.

—No lo hagas... —suplicó con la respiración entrecortada—. Por favor, no...

—Shh... —susurró él, acariciándola de un modo dulce. Sintió cómo el cuerpo de Eva se tensaba y comenzaba a temblar—. Todavía me siento muy dolido por lo que hiciste anoche: mientras creía que estabas durmiendo tranquila en mi cama, estabas en la calle exponiéndote al peligro. Necesito que lo entiendas. Necesito que entiendas que estoy aquí para ti.

—Lo entiendo, Tom..., confío en ti..., confío en ti. ¡Confío en ti! —musitó ella muy deprisa, temblando.

—¿Crees que estoy exagerando? —preguntó con suavidad.

Incluso él mismo se daba cuenta de que sí, pero no podía contenerse lo más mínimo. Tom conocía de primera mano lo que era la violencia y la maldad del alma humana. Eva no, y ojalá nunca supiera lo que él había sido capaz de hacer años atrás. Aquella parte de su vida era algo que recordaba siempre, solo para asegurarse de que jamás sucedería en el futuro.

—Sí...

—¿Sí, qué?

—Estás... exagerando —murmuró Eva.

—No sabes lo que hay ahí fuera. Vives en tu mundo de color de rosa, pero no tienes ni idea. Mírate, tumbada sobre mis rodillas a merced de lo que se me pase por la cabeza hacerte. —Ella se puso rígida—. Ah, ¿ahora te das cuenta de quién tiene el control? Me da igual que implores, recibirás el castigo que mereces. Cuéntalos en voz alta. Si te equivocas, volveré a empezar.

Tom descargó una palmada que resonó en mitad del silencio, como el chasquido de un látigo. Sintió la vibración de su carne penetrar en la piel, provocarle un calambre en el pescuezo y bajar por su columna hasta explotar en sus ingles. Eva se retorció con un chillido. Cuando Tom alzó la mano, vio cómo la zona empezaba a ponerse roja. Al colocar la palma de una mano sobre el golpe, Eva se retorció.

—Cuenta, por favor.

—No...

Tom la sujetó con más firmeza, apretándola contra su cuerpo.

—Cuenta desde el principio.

—No me hagas esto —imploró.

—¡Cuenta!

En lo más hondo, le dolía ser tan duro con ella. Para Eva, que apenas empezaba a descubrir el placer que provocaba un poco de dolor, era un castigo demasiado severo.

—Uno... —aventuró ella con la respiración entrecortada.

Alzó la mano para golpear la parte más carnosa, justo donde la nalga se unía con el muslo. Eva gritó y se removió cuando le frotó la palma sobre la enrojecida zona de su glúteo. La fricción le provocó un chisporroteo que se extendió por la piel de Eva y comprobó que se movía, jadeando más fuerte.

—Eva, cuenta. ¿Quieres que vuelva a empezar?

—¡No!

—¿No, qué?

—¡No quiero volver a empezar! Por favor...

Le dio una palmada y ella se arqueó con un grito. Tom se estremeció. Le picaba la mano, pero a Eva debía de picarle la piel mucho más. Tragándose la culpabilidad, preguntó:

—¿Qué números son esos?

—El dos... y el... tres.

Tom alzó la mano y Eva se puso tensa, preparándose para recibir la palmada alzando el trasero. Seguro que ni siquiera era consciente de estar haciéndolo, pero a él le gustó y le dio lo que buscaba, un firme manotazo que fue como una llamada.



—¡Cuatro!

No pudo apartar los ojos del enrojecido trasero de Eva. Sentía un extraño orgullo al saber que llevaba un recuerdo suyo grabado de forma permanente sobre la piel.

—Este es mi tiempo —le dijo poniendo la palma de una mano sobre la nalga más roja, apreciando lo caliente que estaba—. Necesito quedarme tranquilo, asegurarme de que estás aquí, conmigo, y que no volverás a escaparte. Cuenta, preciosa. Cinco azotes más.

La deseaba como no había deseado a nadie. Eva sufría, él estaba deseando abrazarla, pero antes tenía que disciplinarla. Contuvo la respiración, alzó la mano y la dejó caer sobre sus nalgas, marcando un ritmo lento, intenso y medido. Cada palmada era un recordatorio, y se sintió cómodo con el control, con la seguridad que le proporcionaba tener a Eva sobre sus piernas.

—Seis, siete... ocho —sollozó—. Nueve...

Tom liberó la muñeca que le retenía contra la espalda para cogerle la mano y entrelazar sus dedos con los de ella, apretándole la palma. Ella lo cogió con tanta fuerza que le estrujó los dedos de pura ansiedad.

Alzó la mano y la azotó.

—Diez...

Eva flotaba laxa sobre su pierna. Sus nalgas estaban rojas, hermosas, tiernas. El deseo de perderse entre sus muslos calientes se hizo más doloroso.

Aflojó el agarre de la mano que le sujetaba. Eva se aferró a sus dedos como si le fuera la vida en ello.

—Suéltame —exigió.

No lo hizo. Sabía exactamente lo que sentía. Eva tenía miedo, prefería seguir tumbada sobre sus piernas, recibiendo una ardiente paliza, antes que enfrentarse a las punzantes emociones que conllevaba. Ella prefería siempre la parte física, pero no podía permitir que se quedara solo con eso y se saltara lo más importante. Lo emocional.

Introdujo la mano entre sus piernas y deslizó los dedos entre sus resbaladizos pliegues, hasta rozar su empapado clítoris. Su erección palpó al sentir el ardiente contacto. Eva comenzó a respirar más fuerte cuando trazó unos tórridos círculos alrededor de su sexo y se removió, gimiendo.

Murmuró una súplica y soltó su mano.

Tom la levantó para sentarla sobre sus muslos y la estrechó contra su pecho de modo brusco. Le puso la palma de una mano —la misma con la que le había golpeado— en el vientre. Ella dejó caer la cabeza en su hombro emitiendo un quedo sollozo. Sintiendo una dura opresión en el pecho, la rodeó con un brazo y le besó la cabeza, disfrutando de su hermosa cercanía.

¿En qué momento de los últimos tres días ella se había vuelto tan importante para él?

Solo un polvo. Eso era lo que llevaba pensando todo el tiempo, que quería follarse a Eva solo para su propio placer. Era lo que había hecho siempre, follar con mujeres encantadoras porque tenía un don especial para hacerlas gozar.

Pero ella era diferente a todas. Inocente, sensible y perdida en un mundo al que no pertenecía. La élite no era su lugar, él lo sabía bien. Eva deseaba vivir sobre un escenario, no envuelta en joyas y vestidos caros. Prefería el sudor al perfume, la pasión frente a la contención.

Tom estaba tan seguro de eso como que el día sucedía a la noche.

Le alzó la cabeza poniéndole un dedo bajo la barbilla. Vio que sus emociones florecían y sus ojos se inundaban de lágrimas. La alentó con un beso, en silencio, y Eva se dejó arrastrar.

—Lo siento —murmuró ella entre hipos—. Todo es culpa mía. No soy lo que buscas...

—Solo tienes que aprender a permitir que me encargue de ti. No es fácil, pero soy un hombre paciente y tú eres exactamente lo que quiero.

—Me has hecho daño...

—Podrías haberme pedido que te detuviera.

—Te lo pedí —contestó, temblando.

—No. Te pusiste a contar —señaló él, esperando que captara la lógica de sus palabras—. No me lo pediste.

—Te supliqué...

—Te acomodaste y aceptaste el castigo. —Sabía que sus palabras levantaban ampollas en su piel, podía notar el calor que flotaba sobre ella—. Sabes que podrías haberme frenado con tu palabra, pero no lo hiciste. ¿Por qué?

—Porque soy una estúpida y una egoísta —murmuró.

Se enfureció. Eva necesitaba que la guiaran con ternura, y era obvio que estaba haciéndolo mal. Tom tenía que protegerla, y ver aquella culpabilidad, esa autocompasión en sus ojos mientras apretaba su frágil cuerpo contra el suyo, era demasiado.

—No, no quiero que te sientas así —demandó con la boca tensa—. Quiero que te sientas segura de ti misma, quiero que seas valiente, que no te dejes vencer por la resignación. Quiero que me desafíes. —Tom apoyó su frente sobre la de Eva y ella se agarró de su camiseta conteniendo la respiración—. Me diste un susto de muerte. Lamento que tuvieras que estar sola, lamento no haber estado ahí para evitar que te asustaras. —«Lamento haber tenido que dejarte con Constantine unas horas para poder tenerte conmigo el resto del tiempo»—. No volverá a suceder.

—Soy una estúpida.

—No digas eso —gruñó—. No repitas esa palabra o te azotaré hasta convencerte de lo contrario.

Ella lo miró con la confusión pintada en la cara. Para él resultó demasiado obvio lo que pensaba: la amenaza debería haberla asustado y, en cambio, provocaba que se le humedecieran los muslos.

—No, por favor...

—No me gusta provocarte dolor, pero me gusta ver cómo tu piel se enrojece maravillosamente bajo mi mano y tú te sumerges en un estado de placentera tranquilidad. Saber que eres consciente de tu cuerpo y de que yo tengo el control es lo que más placer me causa.

Cubrió un seno con la palma de una mano: era tenso, pesado, tan sensible que el duro pezón comenzó a latir. Maravillado por su reacción, deslizó el pulgar por la endurecida cresta. Eva echó la cabeza hacia atrás emitiendo un largo y profundo gemido. Natural. Inesperado. Intenso.

—Eva, ¿por qué te contienes?

—Tenía miedo de perder el control...

Había desaparecido cualquier muestra de contención, Eva estaba totalmente entregada a él y había abierto las puertas de su alma. Tom se emocionó al ser consciente del poder que tenía sobre ella y la deseó más que nunca.

—¿Tenías miedo de que te viera cómo eres en realidad? —indagó. Ella movió la cabeza para afirmar—. Tu cuerpo es tu herramienta, Eva —le dijo mirándola a los ojos—. No permitas que nadie te diga cómo utilizarlo. Eres femenina, tus pechos son perfectos, eres exuberante y hermosa. Me encanta cómo eres. Cuando estés cómoda contigo, y créeme cuando te digo que haré que te sientas así, no importará lo que digan. Tú estarás bien, y eso es lo único que importa.

Ella le dio un abrazo y lloró sobre su hombro. Tom la estrechó con fuerza, permitiendo que se liberara de todo ese peso que la atormentaba.

—Soy tu compañero de baile en esta coreografía, Eva —prometió.

La comparación no podía ser más precisa. Sí, era su compañero de baile, aunque la danza que practicaban era mucho más intensa y rozaba un límite perturbadoramente personal. Igual que bailar en privado con Zakharov.

Los dos la frustraban, la llevaban al límite, la hacían llorar. De dolor. De placer. Y había satisfacción absoluta en ambos casos, una satisfacción profunda, incomprensible, a la que deseaba abandonarse sin medida y que no podía evitar correr a buscar.

Cuando se calmó, se secó las lágrimas con las palmas de las manos y respiró hondo. Se sentía más liberada ahora que le había dicho aquello. De hecho, tenía ganas de contárselo todo.

—Gracias —murmuró.

—Gracias a ti, preciosa. Cuando confías en mí, me siento muy honrado. Mi único deseo es que estés bien.

Él le acarició el muslo, y en aquel preciso momento quiso expresar el anhelo que Tom despertaba en ella, un deseo que nacía desde lo más profundo de su ser y que era parecido al irrefrenable deseo que sentía a la hora de bailar.

Quería transmitir emociones electrizantes cuando danzaba, expresar con su cuerpo la alegría, la tristeza, el dolor o la desesperación. El deseo, la libertad y el amor.

Podía rendirse una y otra vez al placer de Tom, podía dejar que él le proporcionara mil y un orgasmos durante meses, semanas. Podía, incluso, tumbarse a recibir sus azotes hasta que le provocara un dolor insoportable.

Pero si no liberaba nunca el deseo, si no mostraba las ganas que tenía de complacerle a él, jamás podría expresar nada. Si no lo desafiaba, nunca sería capaz de saber hasta dónde podía llegar. Si no lo complacía, se sentiría como la sucia egoísta que solo pensaba en su carrera.

Se equilibró sobre él y con un movimiento fluido, propio de su profesión, se sentó sobre sus muslos a horcajadas. Tom se echó para atrás, sorprendido, y la agarró por la cintura. Esbozó una sonrisa calmada, seductora, que avivó las llamas de su sexo. El hormigueo que sentía en la piel del trasero se incrementó.

—Quiero complacerte. Necesito tocarte. Quiero... —iba tan acelerada que apenas podía hablar.

El cuerpo de Tom exudaba una abrasadora energía que sobrecargaba sus sentidos. Se acomodó un poco mejor y se balanceó hacia delante hasta que notó la dureza de su erección entre los muslos. Él se tensó. Ella se ahogó.

Le dolían los pechos. El sexo. Estaba desnuda en cuerpo y alma. Durante un instante, cuando lo miró a los ojos, estuvo a punto de ceder y rogarle que la atara. El pensamiento disparó el recuerdo de sus manos sobre su cuerpo, cómo la volvía loca con sus dedos y sus palmas. Placer y dolor. Suavidad frente a firmeza.

Ella quería aprender a dejarse llevar. Quería ser apasionada, quería expresar sin vergüenza. Y también quería complacer a Tom. No era egoísta. Quería devolverle una mínima parte de todo el placer que le debía, quería ser esa chica que él le pedía ser, quería estimularle y complacerle. Quería arrancarle gemidos de placer como él hacía con ella. Observar cómo se retorció igual que aquella mañana en la que había buscado ansiosa su erección bajo las sábanas para agradecerle.

—Quiero tocarte.

Le alzó la camiseta y colocó las palmas de las manos sobre sus pectorales. Él le clavó los dedos en los muslos y ella curvó los suyos para hundirle las uñas en la dura piel. Moviéndolo hacia abajo, dejando surcos rojizos sobre su abdomen, arrancándole un gemido.

—Quiero hacer lo que tú me haces —prosiguió ella—. Quiero que ahora tú seas yo y me dejes a mí ser tú. Quiero que te relajes, que pienses en mis manos, en mi cuerpo... y... —Tragó saliva.

—¿Qué quieres hacerme, Eva?

Envidaba la naturalidad con la que él decía las cosas, esa facilidad con la que le indicaba qué zonas de su cuerpo quería estimular, besar, saborear y penetrar.

—Besarte —gimió con mucho esfuerzo.

—Entonces, bésame.

Eva lo cogió por la cara con firmeza y se introdujo dentro de su boca, llevando la lengua hacia zonas muy profundas. Mordió su labio inferior, succionó, lamió, y rodeó su cuerpo con brazos y piernas para que se asfixiara con ella. Tom la rodeó con los brazos, apretándola contra él. Eva notó su erección justo bajo el palpitable núcleo de placer y comenzó a balancearse sobre él.

Pero no era eso lo que ella deseaba hacer. ¡No! Aunque ansiaba sentir ese roce fogoso y escandaloso, no era el momento de hacerlo. Ahora quería demostrarle que podía...

Cuando deslizó las manos por su torso, sus dedos rozaron una franja de piel entre dos costillas. Eva deslizó las yemas de los dedos por una línea de piel suave. Comenzaba bajo el pectoral derecho, continuaba por el costado y terminaba casi debajo del omóplato.

Era una cicatriz enorme. Contuvo el aliento y enfocó a Tom con la mirada.

—¿Quién te hizo esto?

Lo vio tensar la boca y apareció en sus ojos un fulgor estremecedor.

—Fue hace mucho tiempo —respondió, acariciándole la mejilla.

El miedo y la compasión se instalaron en su pecho, se estremeció con violencia ante la idea de un dolor insoportable y un espantoso sufrimiento.

—Ponte de rodillas —dijo él de pronto.

Ella se deslizó entre sus muslos con elegancia, hacia el suelo. Tom separó las piernas para dejarle espacio y ella se apretó a su cuerpo, rodeándole la cintura con los brazos. Deseaba consolarlo, aunque no tenía ningún sentido que lo hiciera, y menos después de lo sucedido. Pero quería hacerlo porque ella no era egoísta.

—Tom, apenas sé nada sobre ti. Y tú lo sabes todo de mí...

Su sonrisa fue tan triste que se le paró el corazón.

—Yo no soy importante, preciosa. Tú sí. Te contaré todo lo que quieras saber, pero no será hoy. Ni mañana.

Hundió la cara en su pecho, respirando su calor. Besó los duros músculos del abdomen saboreando su piel, degustando el calor, notando las vibraciones de sus músculos en los labios. Mordió su costado con un gruñido y pasó la lengua para aliviar el enrojecimiento que acababa de provocar. Lamió esa cicatriz tan horrible con el corazón retumbándole en la cabeza, pensando en mil atrocidades posibles.

Podía no ser la mejor de las amantes, pero quería devolverle al menos una parte de todo ese placer que él tan apasionadamente le entregaba. Cubrió de besos toda la piel deliciosa que se tensaba sobre unos huesos firmes. Apoyó la mejilla contra su estómago y deslizó la palma de la mano por la abultada superficie de los vaqueros.

Notó su erección creciendo bajo la palma de una de sus manos. De repente no pudo esperar para verla; le temblaban tanto las manos que no lograba sacar la cinta de la hebilla del cinturón. Los nervios ganaron: tiró con tanta brusquedad que, sin quererlo, le arrancó el botón de los vaqueros. Cuando cogió la pestaña de la cremallera, Tom la detuvo.

—Eva, despacio. No me voy a ir ninguna parte.

Había tensión en su voz. ¿Quería que fuera despacio? Él nunca había ido despacio.

Le besó el estómago para aplacar la impaciencia y empezó a tirar de la cremallera, el sonido acompañó el momento. Tom emitió un gemido, la presión se alivió a medida que abría la prenda. Unos centímetros de cremallera se rozaron contra su erección y los últimos milímetros fueron una tortura para ambos.

Observó la erección tensando la tela de su ropa interior. Eva se pasó la lengua por los labios, notando la garganta seca. Alzó la mirada hacia el rostro de Tom. Tal

y como se temía, la intensidad que transmitían sus ojos hizo que se sintiera pequeña. Sus pupilas brillaban con un fuego abrasador, su frente estaba cubierta de sudor y su sonrisa era una mueca rígida. Los músculos del cuello y de los hombros estaban hinchados y su pecho se hinchaba con su respiración agitada.

Volvió mirar su erección. No sabía por dónde empezar.

Tom le puso un dedo bajo la barbilla y levantó su cabeza. Deslizó el pulgar por su labio superior y luego por el labio inferior, una eléctrica caricia que sintió sobre los pechos. Luego introdujo el dedo entre los labios de Eva y acarició su lengua. Ella le dio un suave mordisco, notando una oleada de deseo ante aquella inocente acción.

Entendió el mensaje al instante, entornó los ojos y succionó el pulgar masculino, descubriendo una primitiva e instintiva parte de sí misma que no sabía que existía.

—Quieres sentirme dentro de la boca. —No fue una pregunta. Eva se tensó dolorosamente lamiendo su dedo como si fuese el más sabroso de los caramelos. —Quieres apretar los labios alrededor de mi polla y saborearla con la lengua.

—Sí...

—¿Sí, qué? —Adoraba que le hiciera esa pregunta tanto como la temía—. Palabra por palabra, preciosa. Quiero escucharte.

—Quiero saborearte... con la lengua —murmuró ella sonriendo.

Los ojos de Tom se encendieron, mezcla de lujuria y diversión.

Acarició su estómago con avaricia y metió las manos por debajo del elástico para buscarlo. Observó complacida cómo se estremeció cuando acarició la tensa longitud. Estaba tan caliente que le costaba mantener el contacto. Apartó la tela y rodeó el tronco con ambas manos, con una decisión que ni ella misma pensó que tendría. Tom se removió, nervioso.

Observó a placer su firme erección, experimentando necesidades y anhelos hasta ahora desconocidos. Hasta ahora se había deleitado con el roce de su tensa superficie en las paredes de su interior, entre sus pliegues, entre sus muslos. Eva se estremeció al recordar la rigidez, la suavidad y el calor que su miembro dejaba en ella cuando se sumergía hasta dejarla sin respiración.

Acarició la corona y brotó una gota de la punta, blanca y sedosa. La esparció por la piel con una suave caricia.

—Joder —masculló él de repente. Tom la cogió por la cara y la besó con frenesí—. Me vas a destrozarte, preciosa.

Una corriente descendió por su garganta, tensándole aún más los pechos, al sentir el envite ansioso de su lengua. Comenzó a recorrer la erección con energía, buscando el placer de Tom, primero con una mano, luego con las dos. Tom detuvo sus caricias y ella le mordió los labios, gruñendo.

—No quiero que me ates... Quiero tocarte...

—Lo sé...

Guio sus manos, mostrándole cómo tenía que hacerlo. Sintió cosquillas en el clítoris, dándole placer a él. Eva sentía los muslos cada vez más empapados.

Lo besó sin dejar de complacerle. Él se aferró a su cabello, acariciándole la cabeza, las orejas, el cuello. Ella le besaba la cara, el cuello, los hombros, la camiseta caliente que le cubría el pecho, el vientre tenso. Estaba a un paso de subirse a sus muslos para deslizarse por la sublime erección hasta sentirse completamente llena y recrearse en la dolorosa sensación de plenitud que la invadía cuando la penetraba hasta el fondo.

Controló los alocados impulsos. Había tiempo de sobra para eso.

Besó su estómago y escuchó que Tom respiraba con más dificultad. Un ritmo superficial que punteaba bajo su vientre como las cuerdas de un piano. Sintió una arrolladora necesidad de bailar aquel tempo. Alzó la cabeza para mirarlo, sostuvo su miembro en las palmas de ambas manos y depositó un tierno beso en la punta antes de cubrir la corona con la lengua para lamer.

Tom jadeó con fuerza lanzando una sonora maldición. Eva besó todo el tronco, primero con los labios y después con la lengua. Su sabor intenso y picante era embriagador, y podía notar sus latidos justo en las venas que lo recorrían. Asombroso.

Cuando alcanzó la base, deshizo el camino y lo llevó al interior de su boca, deslizándolo sobre su lengua con una caricia intensa y húmeda. Un largo gruñido acompañó la entrada. Eva introdujo tan solo el glande entre sus labios y comenzó a succionar, mordiendo con suavidad. Tom la sujetó por los hombros con unas manos tensas como garrotes. Ella no se detuvo, lamió la sedosa superficie con gusto.

Liberó la erección solo para comprobar cómo Tom temblaba y se retorcia. Agarró la camiseta para arrancársela por la cabeza y besarle el pecho, el estómago y la erección. Apretó los labios contra la tensa carne y Tom se arqueó hacia ella. El deseo que le llenaba el pecho era insoportable para Eva. Devoró su pene, sin dejar un solo centímetro sin lamer, sin besar, sin morder. Casi no podía respirar. Jadeó sobre su piel, luchando por conseguir su orgasmo.

No quería nada a cambio, no quería placer, solo quería sentir sus potentes latidos en la boca y escuchar cómo los jadeos se transformaban en gemidos. Deslizó los labios por su tronco, de arriba abajo, de abajo arriba; pasó la lengua por la sedosa corona y levantó la mirada hacia su rostro para comprobar que lo estaba haciendo bien. Que lo estaba volviendo tan loco como él la volvía a ella.

Sus ojos se le clavaron como puñales en el cerebro. Tom puso una expresión que sacudió su cuerpo con una dolorosa convulsión. Eva suspiró sobre su miembro, notando cómo la humedad resbalaba, copiosa, entre sus muslos. Él, recostado sobre la cama, agarraba las sábanas con un puño, como si luchara para mantener el control. La postura no podía haber sido más excitante ni más erótica.

Era una imagen lujuriosa que Eva no podía dejar de contemplar. Su cuerpo estaba entregado a ella, los músculos marcados sobre la piel brillante y sudorosa, los tendones rígidos como cables de acero... Virilidad en estado puro.

—Eva, nena... —susurró él mirándola con un brillo demoledor en las pupilas. Su nombre envuelto en aquel timbre de nervioso placer logró que la emoción le empañara la vista—. Tu boca, joder... Me vas a matar... No pares, lo estás haciendo genial.

Espoleada por sus palabras, deslizó la maravillosa erección dentro de su boca, hasta que notó el roce de la corona en la garganta. Estaba tan dentro de ella que se vio obligada a retirarse para coger aire. Volvió a tragárselo, a sentir su roce en el velo de la garganta, y él se agitó.

Buceó con enconada pasión entre sus piernas. Su olor y su calor la envolvieron hasta que todo el cuerpo empezó a dolerle. Mordió, apretó y tiró, con la boca y con las manos. Él se entregó a ella, jadeó y aulló. Eva se esforzó al máximo, lo dio todo y de forma instintiva. Levantó la mirada hacia él.

El calor que surgió de Tom le nubló los sentidos; de forma inesperada todo su cuerpo se puso tan duro que su piel parecía de piedra. El orgasmo fue tremendo para ambos. Sintió cómo explotaba dentro de su boca y el inesperado brote de semen se derramó hirviendo sobre su lengua. Conmovida por aquel inesperado logro, acarició su miembro sin dejar de besarlo, llenándose la boca con él, con su sabor, con su esencia, adorando cada centímetro de tensa erección. Él se estremeció; escucharlo y sentirlo al mismo tiempo fue contagioso, y Eva tembló de satisfacción.

Fue suavizando sus atenciones sin dejar de observar las contracciones de su abdomen y el hipnótico movimiento de su pecho, que subía y bajaba con sus poderosas bocanadas. Lamió con abandono su pene; su semilla estaba ahora mezclada con su saliva y amenazaba con desbordarse. No sabía qué hacer y se apartó, dejando al descubierto una erección brillante y húmeda. Aunque había perdido parte de la tensión, seguía siendo igual de hermosa.

Miró a Tom con los ojos muy abiertos y se cubrió los labios con una mano. Él, con expresión adormecida, alargó una mano para acariciarle las mejillas.

—Trátame —dijo. Eva consideró lo que acababa de decirle. Tom se puso derecho y le cubrió la cara con ambas manos, acercando la boca hacia sus labios apretados—. Esgaborealo como yo y hago contigo —susurró.

Notó una calidez abrasadora en la garganta cuando se lo tragó; tampoco era tan malo. Tom observó el movimiento de los músculos de su cuello, con una expresión de admiración y asombro. Eva inspiró por la nariz y separó los labios para mostrarle que todo lo que había en su boca ya no estaba.

—Preciosa —exclamó él, con voz temblorosa—. Dios, me pasaría el día entero con la polla metida dentro de ti.

Tom la levantó para lanzarla sobre la cama y se tumbó encima con todo su peso. Le besó la cara, la boca, el cuello, dejando un rastro de rojas magulladuras en la piel, causado por la aspereza de su barba. Se llevó un pecho a la boca y tiró del pezón con los dientes, alzando los ojos hacia Eva. Ella se arqueó de asombro, el placer se concentró en el pico y se derramó sobre la lengua de Tom.

Se hundió en una dimensión en la que solo existía un placer mojado de sudor y saliva, piel tirante y músculos tensos. Sus zonas sensibles eran puntos calientes, rojos, cuyo roce directo le provocaba calambres por todo el cuerpo. Toda la vergüenza se desvaneció y solo quedó la intimidad, la conexión entre sus cuerpos, un

vínculo reforzado con besos y caricias cómplices, jadeos y suspiros, temblores y latidos, respiraciones entrecortadas y corazones palpitantes.

—¡Tom! —susurró acalorada cuando él deslizó un dedo por su resbaladizo interior.

El corazón retumbaba dentro de su cabeza; apenas podía respirar. Ensoberdecida por la emoción, sintió una trémula contracción en el vientre ante la íntima caricia masculina. No sabía que la necesitara tanto hasta que él introdujo un segundo dedo, poniendo su mundo del revés.

Estaba al borde. Palpitaba por aquellos dedos. Tenía la mente puesta en satisfacer a Tom y ahora solo deseaba lo que él le estaba dando.

—Cada segundo que pasa eres más apetecible —murmuró él con un ardiente susurro.

—¿Antes no lo era? —preguntó ella con un lamento, moviéndose contra su mano, buscando que él aplacara la dolorosa necesidad de alivio.

—He aguantado las ganas de meterte la polla en la boca por si te asustabas... —confesó con una deslumbrante sonrisa, moviendo los dedos dentro de ella, resbalando por su carne con asombrosa facilidad—. Ahora que sé lo mucho que te gusta, te la voy a meter a todas horas por donde se me ocurra. ¿Dónde quieres sentirme ahora? —preguntó mordiendo el labio inferior. Eva se arqueó ansiosa, sujetándose a sus brazos—. ¿En tu boca? ¿En tu sexo? ¿O prefieres que lo haga por aquí?

Acarició su sexo mientras retiraba los dedos y los llevó hacia atrás, hacia el apretado orificio que había entre sus nalgas. Ella ahogó un gemido de sorpresa, tensándose, su piel abriéndose para recibir gozosa toda la energía que desprendía Tom. Una poderosa excitación flotaba en el aire, el calor empañó la piel de su espalda, empapando las sábanas rojas.

—¿Te gustaría que me hundiera aquí? —preguntó él.

—Sí, me gustaría —confesó acalorada. Fue lo único que pudo decir ante aquella caricia, demasiado consciente de las sensaciones que le provocaba.

—Te dilataría durante horas, te lubricaría para que pudieras albergarme. —Tom acompañó sus palabras introduciendo el pulgar en su sexo mientras la acariciaba por el otro lado—. Te provocaré unos cuantos orgasmos antes, te dejaré tan satisfecha que me suplicarás que me detenga... y que no lo haga. Cuando no seas capaz de sentir y tengas el cuerpo entumecido, te penetraré por aquí para seguir provocándote un orgasmo tras otro...

Eva se agarró a las sábanas notando que se estremecía. Sus palabras eran más peligrosas que sus dedos.

—Por favor, Tom —murmuró—. Cállate, no puedo soportar..., por favor...

Pero ni siquiera sabía lo que le estaba pidiendo. ¿Un orgasmo? ¿Que la penetrara? Él llevó los dedos un poco más dentro y atravesó los músculos de su ano. Eva no esperaba aquel aluvión de calientes sensaciones y gritó.

—Me follaría ese culito tan sabroso que tienes hasta que no pudieras pensar en nada más, hasta que no pudieras soportarlo..., e incluso aunque me rogaras que te diese un respiro, no pararía hasta dejarte completamente inservible para cualquier otro hombre que no sea yo...

Sus últimas palabras rompieron todas sus defensas. Eva se apretó el estómago con una mano y comenzó a temblar sin control.

—No, Eva... —demandó él—. No te corras aún...

Echó la cabeza hacia atrás y gimió, no podía estar hablando en serio.

—Tom..., por favor...

—Concéntrate...

El movimiento de sus dedos la empujó hacia el precipicio de un orgasmo de proporciones épicas. Se clavó los dedos en la piel, sollozando, mientras Tom la estimulaba sin compasión, llenándola de placer asfixiante. Se puso rígida, lanzó un grito y palpitéo alrededor de sus dedos.

—Córrete, Eva.

Derramó un vergonzoso y prolongado orgasmo sobre su mano. Cerró los ojos para contener las emociones, pero ya era tarde: las lágrimas hacía tiempo que le mojaban las mejillas y su cuerpo se había rendido a Tom.

Todavía temblaba cuando él terminó de desnudarse, se enfundó un preservativo y se tumbó sobre ella, sosteniéndose con los antebrazos sobre la cama.

Despacio, la besó. Fue lento, pero había tanta profundidad en su forma de acariciarla que el corazón se le desbocó. Ternura. Pasión. Sensualidad. Tom le acarició los labios de un modo ardiente, besó sus mejillas, sus ojos y le acarició la curva del cuello con la nariz.

—La vida es follarte contigo —dijo con la respiración nerviosa—. Todo lo demás es esperar a que eso pase.

Cuando la penetró, Eva se recreó en el roce que dejaba en sus pliegues. Sintió a Tom envolverla en cada bocanada de aire que respiraban, en cada centímetro de piel sudorosa que entraba en contacto con su cuerpo y en cada centímetro que avanzaba. Se aferró a sus hombros y separó los muslos, dándole espacio.

Él empujó, llenándola hasta el fondo, apriionándola contra el colchón.

—Tú también estás hecha para que te folle y me vuelva loco —dijo él apretando los dientes. Se retiró para ganar distancia y penetrarla con más vigor. Eva abrió los ojos por la sorpresa y sus miradas se encontraron. Tom alargó el siguiente movimiento y Eva gimió hondo—. Estás ardiendo... Eres tan prieta que tengo la sensación de que me la vas a arrancar...

—Eres inmenso —resopló ella, retorciéndose. Movié las caderas en círculos, encontrando un roce lujurioso al que se abandonó al instante, para deleite de ambos, pues Tom se ajustó a ella.

—Lo soy. Inmenso. Y soy todo para ti. Cada centímetro... es tuyo.

Una áspera fricción en el interior de su cuerpo fue la perdición de Eva. Clavó las uñas en los hombros de Tom, arqueándose de pura necesidad, con los pulmones ardiendo.

—Dios... —maldijo absolutamente rendida al acto.

—¿Qué pasa, preciosa? —preguntó él clavándose dentro de ella. Volvió a friccionar ese punto antes de retirarse. Ella apretó los muslos para que no saliera.

—Vuelve —pidió. Tom embistió y ella chilló de puro éxtasis.

—¿Otra vez? —preguntó Tom sobre sus labios, con todo el cuerpo rígido.

—Sí, por favor..., más...

Tom le dio lo que pedía, chocando contra un lugar de su interior del que brotaban chispas de colores con cada golpe. Pero pronto ese roce se hizo insuficiente y comenzó a gemir de angustia.

—¿Te gusta, Eva?

—Mucho. Por favor, más... más rápido.

—¿Quieres que te folle más fuerte? —sugirió él, jadeando sobre su mejilla.

—Sí...

—¿Sí, qué? Dímelo. Dime que quieres que te folle fuerte.

—Fóllame fuerte, Tom... Por favor.

—Si me lo ruegas así...

Tom se inclinó sobre ella, reduciendo el campo de visión de Eva a su mirada, aislándola del entorno. Su torso se aplastó contra sus pechos, su estómago se frotó contra el vientre femenino y sus fornidos muslos se afianzaron bajo Eva. Apoyó la frente sobre la de la muchacha y la penetró con una vigorosa embestida, alcanzando lugares profundos. Pero no era suficiente para ninguno, así que Tom lo volvió a intentar, repitió el movimiento y la clavó contra la cama. En la siguiente acometida se sumergió un poco más.

Eva enloqueció. La piel de Tom resbalaba, el sudor facilitaba su movimiento, igual que el néctar que brotaba como un manantial entre sus muslos. El aroma del hombre, del esfuerzo, del sexo, llegó hasta su cerebro y comenzó a gemir en respuesta a aquella nueva manera de hacer el amor.

—Tom, no pares..., ahora no, por favor...

—Ojalá pudieras verte como yo te veo, mojada y sonriente... Tengo un espejo en la puerta del armario... Te follaré delante del espejo... Para que veas cómo engulles mi polla... Verás lo jodidamente buena que estás y también verás lo jodidamente loco que me vuelves...

Eva alargó las manos para sujetarse a la espalda de Tom cuando sintió que el orgasmo llegaba. No, no lo quería todavía. ¡No!

«Un poco más. ¡Un poco más!»

—Eso es, eso es..., contente por mí, Eva. ¿Lo harás?

—Sí..., por ti, sí. Lo que sea...

No quería que terminara. Era demasiado bueno. Boqueó para refrenar la oleada, amenazaba con romperla, con destrozarla por completo, con cambiarla. Tom lo vio venir, Eva no tenía forma de esconderse, estaba expuesta frente a él, indefensa. La sujetó por las caderas y comenzó a empujar con tanto ímpetu que aceleró la caída de Eva.

—Aguanta, Eva...

—No puedo..., lo quiero..., lo necesito.

—Yo te necesito a ti..., aguanta... un... poco... más —murmuró, cada palabra acompañada de una embestida. Los gritos femeninos retumbaron por toda la habitación, provocando que Tom perdiera los últimos resquicios de su propio control—. ¡Sí! Ahora, Eva...

El mundo empezó a dar vueltas, Eva tembló rompiéndose en pedazos y sus muslos comenzaron a estremecerse mientras el orgasmo tomaba posesión de cada uno de sus músculos. Tom lanzó un rugido mientras se hundía profundamente en ella, buscando el orgasmo con una maldición furiosa.

Alcanzó la liberación acompañando el eterno orgasmo femenino con un gruñido desgarrador. Su cuerpo tembló con violencia por la fuerza de su eyaculación.

Aquello fue demasiado y Eva intentó alejarse instintivamente de la riada de emociones que se apoderaron de ella. Todo lo que conocía, su percepción, la magia con la que envolvía las cosas, dejó de ser la misma. Y aquella ardiente caricia dentro de su cuerpo no tenía nada que ver con el conocimiento, y sí mucho con una emoción que no había sentido jamás, que amenazaba los cimientos de su misma esencia.

—Levanta un poco más el brazo, y separa el pie, justo así.

El cuerpo de Gabriel se alineó con el de Eva. La joven se estremeció, captando la caprichosa elegancia de la escena, tan íntima y a la vez, tan apasionada.

—Mira a un lado —sugirió el bailarín sobre su oreja, provocando un estremecimiento en su cuerpo—. Baja la pestañas, como si te ruborizaras. El público lo notará.

El ensayo con el director había sido impetuoso, brusco, crudo; en cambio, Gabriel transmitía sensualidad y equilibrio.

—¿Lo notas? —preguntó al final de un movimiento, acariciándole el brazo con un dedo. Continuó subiendo por el codo, la muñeca y luego hacia la palma de una de sus manos, para después finalizar con una caricia en la punta de su dedo corazón.

La energía fluyó por la extremidad de Eva y chisporroteó en todo su cuerpo.

—Sí, lo noto —exclamó ella, sorprendida.

Rompieron la línea y relajaron la tensión cuando la canción llegó a su fin. Gabriel volvió a la segunda posición y estiró los brazos. Eva se frotó el antebrazo, notando una incómoda quemazón en los músculos que él había tocado.

Había decidido aceptar su ayuda para ensayar juntos. Aquella mañana solo había asistido a clase para no perder la costumbre, pero no fue al ensayo con Zakharov, ni al ensayo con el cuerpo de baile. Era lo que el director le había pedido hacer y Eva obedeció, porque estaba demasiado cansada y ya no podía hacer nada más.

Miró al bailarín y Gabriel le sonrió mientras se secaba el sudor del cuello. La camiseta mostraba más piel de la que debería, y Eva se quedó mirando los músculos de sus hombros y las firmes clavículas, prendada por el vigor que desprendían aquellos huesos. Tom también tenía unas clavículas preciosas, unos tendones gruesos y unos bíceps fornidos.

Se preguntó qué estaría haciendo ahora, mientras ella trabajaba.

—Tienes la cabeza en las nubes... ¿Qué te preocupa? ¿No te sientes cómoda conmigo, con el ensayo?

Lo cierto es que tener al italiano en el salón de Florence no resultó ser tan incómodo como había pensado al principio. Ya se había acostumbrado a su tacto.

—Estoy bien. Solo... hacia planes para mañana.

Se reuniría con Tom por la noche, así se lo había hecho saber. Ahora solo tenía que pensar en bailar, en disfrutar de la habilidad y la destreza de Gabriel para aprender. Se pasó la mano por el vientre, notando un agradable calor en las entrañas.

No quería seguir siendo egoísta, quería complacer a Tom. Las sensaciones que comenzaba a despertar en ella eran... maravillosas.

—Envidio esa sonrisa —comentó su compañero—. ¿Quién es el afortunado? ¿Ese muchacho con el que estás prometida?

Sacudió la cabeza para apartar la ardiente sensación del recuerdo. Estaba conmocionada por todo lo que Tom provocaba. Le daba placer, la cuidaba, le demostraba su pasión a cada momento. Era demasiado.

—Será mejor que continuemos.

Veinte minutos después, todo su cuerpo parecía a punto de arder. Gabriel acarició, frotó y friccionó todas sus curvas, todos sus músculos, las zonas desnudas del cuello y las muñecas. Cuando Eva se fundía con su torso, pensaba en Tom y en el calor que perduraba cuando lo sentía apretado contra sus pechos. No podía dejar de pensar en sus manos cuando Gabriel la sujetaba por la cintura. Ni en el tacto de Tom cuando el bailarín trazaba caricias por sus caderas y sus brazos cada vez que realizaban un paso combinado.

—Tócame, Eva —le pidió cuando iniciaron el paso a dos—. Me amas, tócame con ardor. Con pasión. Así.

Ella le acarició los brazos. No debería disfrutar con ello, pero sus músculos eran duros, aterciopelados y vibrantes. El placer causó un dulce hormigueo en sus dedos. Encontraba las mismas razones para tocarlo que para no hacerlo, y se sintió culpable.

Era ardiente, atractivo y apasionado. Como Tom.

Notó un cosquilleo en la piel de las nalgas al recordar el ardiente castigo y el sexo íntimo y cercano que tuvieron después. Había deseado complacer a Tom, había anhelado acariciar cada centímetro de su cuerpo, dejándose llevar por una incontrolable lujuria.

El bailarín deslizó las manos por sus costados con la firmeza de un amante y Eva se dejó envolver por su pasión, absorbiendo la energía. A medida que ganaba confianza, recorría con más ganas la poderosa anatomía de Gabriel. Cada músculo se estiraba en el momento adecuado con la tensión adecuada, y Eva no podía refrenar ni un poco su curiosidad.

En el momento en que Gabriel le rodeó el cuello con los dedos, las palmas de sus manos le abrasaron la piel de la garganta, y notó que sus pechos se erizaban. No pudo contener un suspiro, y se aferró a los brazos de su compañero tensando todos los músculos mientras la tumbaba en el suelo.

Gabriel se acomodó sobre ella encerrándole las piernas entre sus enormes muslos y descansó parte de su peso encima. Se estremeció al sentir el fuego que desprendía su compañero. Su cuerpo reaccionó traicioneramente a su cercanía creyendo que se trataba de Tom y contuvo el aliento.

La música cesó. Eva resopló antes de abrir los ojos y encontrarse con el rostro de Gabriel muy cerca del suyo. Se removió nerviosa, frotándose sin querer contra la dura anatomía de Gabriel y contra una dureza ligeramente abultada.

Exhaló un suspiro. Cuando él se inclinó para rozar sus labios, ella le puso las manos en el pecho para detenerlo.

—No —pidió.

Había logrado frenarlo una vez, ¿sería capaz de rechazarlo de nuevo? No quería herir sus sentimientos, era su compañero y trabajaban juntos. ¿Cómo trataría con eso todos los días?

—Eva. —El susurro fue directo hacia su vientre—. Si no te dejas llevar...

—Das por hecho demasiadas cosas. —Sus rostros estaban tan cerca que el cálido aliento de su compañero le acarició los labios. Olía muy bien. A pesar del sudor y el esfuerzo, el aroma de Gabriel era delicioso, tan seductor como resultaba el de Tom—. No quiero esto —murmuró alzando los ojos hacia el bailarín.

Gabriel sí quería, lo vio en su mirada.

—Siente el personaje, Eva —La voz de Gabriel se derramó sobre su boca y cubrió su piel con un dulce chisporroteo—. Eres la creación de un hombre que te desea como no ha deseado nada en la vida.

—Tonterías —dijo ella, parpadeando—. No necesito... besarte para sentir al personaje.

—¿Y no te gustaría probar?

Sus labios sobrevolaban los de Eva y ella apenas podía pensar en otra cosa que sumergirse en su boca y descubrir si su lengua era tan rugosa como la de Tom.

—¿Probar qué?

—Un beso.

La mente tenía formas muy graciosas de atormentarla. Eva recordó con asombrosa claridad el sabor de Tom mientras acariciaba su erección con la lengua y los efectos que sus caricias causaron en el cuerpo de su amante.

No era el momento más idóneo para pensar una cosa así, pero recordararlo trajo consigo un devastador efecto sobre su cuerpo, y una corriente subió desde sus rodillas hasta su pecho, donde explotó con una intensa oleada de placer. La impresión hizo que inspirara hondo y, atraído por su suspiro, Gabriel aprovechó para estrechar la distancia y se fundió con los labios de Eva más deprisa de lo que ella había esperado.

Cuando entraron en contacto, el calor irradió en todas direcciones, y Eva no tuvo más remedio que dejarse llevar.

En el fondo, esta situación la tenía intrigada desde el primer instante, y deseaba saciar su curiosidad. Movi6 los labios para apreciar cada uno de los matices de la boca de Gabriel, y si algo tuvo claro, era que antes de Tom no había sabido disfrutar de un beso.

Cualquier hombre que hubiera existido antes que él fue relegado al olvido, Eva apenas podía contener el entusiasmo que suponía besar con ganas. Sin miedo, sin inseguridad, solo disfrutando de un contacto íntimo y personal.

La lengua de Gabriel se sumergió dentro de su boca. Sabía cómo besarla. ¡Todo el mundo sabía besar menos ella! Aquel frustrante pensamiento hizo que deslizara las manos por el torso del bailarín y rodeó su cuello con los brazos para estrecharse a su torso. Se aferró a su cabello y enroscó la lengua con la de él, jugando a buscar las diferencias que existían con la boca de Tom. Él se apretó a su cuerpo, provocando que la cabeza de Eva se quedara en blanco.

Era una locura, pero era excitante y nuevo y no podía contener las ganas ni siquiera un poco. Tom y Gabriel eran apasionados, sensuales, masculinos. Le encantaba. Los dos eran tan diferentes que la abrumaba ser capaz de desearlos a los dos.

Maldita fuera su estampa. Se había equivocado por completo con Tom. En cuatro días, ese escocés arrogante y manipulador había cambiado su forma de pensar, había logrado que deseara una cosa que nunca pensó que necesitaría. Eva siempre había estado segura de que en su vida, única y exclusivamente habría baile, y eso sería suficiente. Pero ahora se daba cuenta de que no lo era, y había perdido muchos años negándose a experimentar algo tan fundamental como el deseo, el placer y el disfrutar del contacto con otra persona.

Finalizaron aquel beso como si todo hubiera formado parte de la coreografía. Eva vio que Gabriel recuperaba el control, que sus ojos ya no eran tan vehementes como antes de besarla. No dejó de abrazarla en ningún momento, tumbado sobre ella, acariciando su cintura, sus piernas.

—Esto no ha estado nada bien —murmuró Eva. Uno de los dos tenía que mantener la dignidad.

—Me gustaría ser un buen hombre y pedirte disculpas por lo que acabo de hacer. Pero la verdad es que no quiero, no me arrepiento de haberte besado.

Ella cerró los puños, como si así fuera más fácil convencer a su cuerpo de que sobre ella estaba Gabriel y no Tom. Estaba sudorosa, caliente y apretada contra el pecho de su compañero.

Él sería un hombre adecuado para su posición. Su madre, la sociedad entera, vería con buenos ojos que Eva tuviera una relación con un bailarín de la categoría de Gabriel. Pero aunque lo apreciaba mucho, aunque fuese amable y caballeroso, ella prefería a otro.

Un hombre con el que, al final, no habría más que un profundo vínculo sexual.

—No sé cómo voy a mirarte a partir de ahora —comentó ella.

Con una risa grave y muy masculina, Gabriel se alzó y se sentó en el suelo, ayudando a Eva a incorporarse. Tenía las mejillas sonrojadas y el cabello despeinado, pero se mostraba igual de calmado que siempre, como si ese beso no fuera más que una parte del ensayo.

—Mírame con buenos ojos, *bambina*. ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

Eva se revolvió el flequillo.

—He conocido a... alguien hace poco.

—¿A Gregory?

—No —respondió sombría—. Esa persona ya no forma parte de mi vida. Hablo de Tom. —Encogió las piernas y se rodeó con los brazos. ¿Qué puñetas hacía hablando de Tom con Gabriel justo después de besarlo?—. No tenemos ninguna clase de relación, solo... nos hemos acostado un par de veces.

«Eso es lo que tú te crees».

Habían sido más que un par de veces. Habían sido varias, y la intensidad de sus relaciones tenía mucho más de sentimiento que de físico. Había una diferencia entre la pasión y la técnica, la misma diferencia que había entre una relación sexual y las emociones a flor de piel que Tom despertaba en ella. Él era puro fuego y no se comportaba con Eva como para satisfacer un simple desahogo.

—No soy una chica muy emocionante —comentó, con el corazón acelerado. Levantó la cabeza para mirar a los ojos de su compañero sintiendo que necesitaba explicarse; no podía seguir guardando más tiempo aquel secreto, necesitaba poner en voz alta sus pensamientos—. Solo soy técnica, siempre he sido técnica, y necesitaba sentir pasión para bailar. Por eso me relacioné con Tom, para encontrarla. Solo estuve con él para conocer la pasión —murmuró—. Y ahora, no sé cómo llevar esta situación.

—¿A qué te refieres?

—A que cuando haga la prueba, esa relación dejará de tener sentido. Busqué experiencia en él y, mañana, todo habrá concluido.

Acababa de poner en voz alta uno de sus miedos más profundos y había sonado fatal. Gabriel se quedó callado, y no era para menos. Eva sintió frío y se abrazó las rodillas con más fuerza.

—Te gusta —dijo él, sentenciándolo más que preguntándolo.

Ella lo miró a los ojos.

«¡Sí!».

—No he dicho eso.

Gabriel sonrió.

—No hace falta. Quieres seguir viéndolo.

Sí quería. Le dolía solo con pensar en no volver a hacerlo.

—Es complicado... En el fondo, Tom me ha ayudado mucho. No creo que se haya dado cuenta, pero gracias a él he podido encontrar una parte física que antes no tenía. Me ha ayudado a desinhibirme, a sentir. Eso era lo que yo buscaba con él y lo he encontrado. Y quiero quedarme con eso. No quiero que... —«no quiero que descubra que lo he usado como un pañuelo»— me haga daño. El es emocionante, es aventura. Es todo lo que no he tenido hasta ahora. Sin él, no habría montado en moto, no habría ido a la feria... Y tampoco me habría atrevido a besarte.

Gabriel no dijo nada hasta después de un largo silencio.

—¿Sientes que Tom te interesa más que el ballet?

Pensó en la respuesta.

—No lo sé... ¿Y si él no quiere nada más? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Y si ya le he dado todo lo que tengo y no tengo nada más que ofrecerle?

El bailarín lanzó un suspiro y le pasó un brazo por encima para estrecharla hacia él. Ella recostó la cabeza sobre su hombro.

—Eso es algo que tienes que explorar con él. Tendrás que arriesgarte, *bambina*. El amor es como bailar. Sientes que puedes con todo, te emocionas, ríes, lloras, gritas... Tienes que exponerte y esperar a que a la otra persona le guste lo bueno y lo malo que hay en ti —explicó con la mirada perdida en los reflejos del salón—. Podemos hacer un baile perfecto, pero sabes que no a todo el mundo le puede gustar. Pero nos apasiona bailar, nos arriesgamos y nos exponemos. Somos vulnerables. El amor es algo parecido.

—¿Tú estás enamorado?

No debería preguntarle algo así, pero no podía evitar sentir curiosidad. Gabriel lanzó una suave carcajada.

—Lo he estado, sí. Pero no, ahora no lo estoy.

—¿Y por qué?

El bailarín suspiró.

—Porque no he encontrado a la chica adecuada.

—¿Y cómo sabes quién es la adecuada?

—Pues no lo sé —dijo riéndose—. Pero si lo averiguo, te lo haré saber, ¿vale?

Cuando Gabriel se marchó, Eva se quedó pensando en lo mucho que le preocupaba perder a Tom. Ya era bastante complicado manejar las emociones que sentía. No estaba segura de qué era lo que había entre ellos y no quería preguntarle; no quería hacer el ridículo y que él le dijera que solo era sexo.

¿Qué sucedería si él decidía poner fin a su relación si Eva no se entregaba como pedía? ¿De qué habría servido entonces el enorme esfuerzo que había hecho para confiar y entregarse a un hombre del que no estaba enamorada?

Porque no lo estaba.

¿Verdad?

«¿Seguro que no?».

Sacudió la cabeza para espantar aquellos pensamientos. No era amor, solo se sentía culpable por no haber sido del todo sincera.

Se dio una ducha y en el reloj de la cocina vio que eran más de las nueve de la noche, la hora a la que había quedado con Tom. Se acercó a la puerta para ver si llegaba, pero después de un rato empezó a inquietarse. Salió para comprobar que no estuviera esperándola fuera, con la moto aparcada en la acera. No lo vio, y decidió acercarse a la casa de la vecina.

Las herramientas del jardín estaban recogidas y todo parecía estar en orden. La luz del porche se encendió. Eva miró hacia la puerta con ansiedad y vio aparecer a Mónica. Se sintió muy decepcionada.

La señora Lansbury parecía preparada para salir: llevaba un elegante abrigo de visón, unos tacones de aguja que daban vértigo para una persona de su edad y un exquisito peinado de diva de los años cincuenta.

—Buenas noches, querida Eva —la saludó la mujer.

—Buenas noches. ¿Ha quedado con alguien?

La señora Lansbury cerró la puerta y guardó las llaves en un pequeño bolso de mano. Justo en ese momento, un taxi aparcó junto a la acera detrás de Eva.

—Es el cumpleaños de una de mis clientas y nos ha invitado a un italiano estupendo. El Firenze. ¿Lo conoces?

—Me suena, pero creo que no.

—¿Seguro? —preguntó ella alzando una ceja—. Porque me ha parecido que el hermano del chef Montanari ha pasado la tarde contigo.

El restaurante del hermano de Gabriel... Eva empezó a reírse con las mejillas coloradas.

—Ya sé a qué restaurante se refiere. No he ido nunca.

—Es espléndido. El chef es una belleza. Su familia es muy numerosa, deberías aprovechar tu juventud con un atractivo italiano, son extremadamente apasionados. —La señora Lansbury lo dijo con tanta convicción que Evaladeó la cabeza, confundida—. Y ese fuego, oh, cariño, no sabes lo que esconden bajo toda esa elegancia y ese refinamiento. Tienen un temperamento salvaje, y cuanto más edad tienen, son como un buen vino.

La muchacha se ruborizó.

—Lo... tendré en cuenta —contestó, incómoda—. ¿Y cómo va el trabajo? —Eva abarcó todo el jardín con la mano fingiendo estar interesada en lugar de ansiosa por saber de Tom.

—De maravilla, ya está todo acabado. Tom vendrá dentro de tres semanas a plantar las flores que faltan. Ya no tendrás que preocuparte por él, cariño, su trabajo terminaba hoy. —Eva abrió los ojos por la sorpresa—. Me encantaría quedarme a charlar, Eva. ¿Te apetece quedar el lunes a tomar el té? ¿A las cinco?

—Claro —murmuró ella, viendo a la vecina subir al coche.

—Buenas noches, cielo.

Cuando se marchó, Eva se quedó mirando el jardín durante un buen rato.

¿Ya estaba acabado? ¿Tom había terminado su trabajo en casa de la señora Lansbury y por eso no había aparecido en toda la tarde? Se llevó una mano al pecho y se masajó el lado del corazón para aliviar el dolor punzante que comenzó a latirle justo ahí.

¿Tom se había ido?

Faltaban veinte minutos para las diez de la noche y él todavía no había aparecido. Eva empezó a sospechar que no vendría, y tuvo la alocada idea de que tal vez Tom la estaba poniendo a prueba. Quizá quería darle una lección sobre confianza y esperaba que, por una vez, fuese ella la que tomase la iniciativa. La alternativa era pensar que le había dado plantón...

Se vistió con lo más elegante que tenía en su bolsa de baile, se maquilló un poco y cogió el autobús para ir a Harrington Place y buscar a Tom en el club.

El pub estaba abierto al público. Vio a algunos vigilantes estratégicamente colocados, pero Tom no era ninguno de ellos, y después de deambular un rato concluyó que así no iba a encontrarlo. Si quería dar con él, necesitaba llegar hasta las habitaciones. Tras mucho pensarlo, porque le daba demasiada vergüenza hacer una cosa así, sacó una tarjeta que guardaba en el monedero y llamó por teléfono.

—Buenas noches, señor Constantine. Soy Eva...

—Señorita Holmes, qué placer volver a escucharla. —La voz del dueño pasó del tono profesional a la intimidación en tan poco tiempo que Eva se estremeció—. ¿Quieres ir a Londres este fin de semana? —preguntó él, seductor—. Es un poco precipitado, pero puedo arreglarlo para ir a la primera sesión.

—Gracias, pero... no lo llamaba para eso. Me encuentro en el bar y, bueno, me preguntaba... ¿Ha ido Tom a trabajar hoy?

—Eva, querida, has herido mi orgullo —dijo riendo—. Estaba seguro de que me llamabas para salir.

—Lo siento.

—No te disculpes. No tiene nada de malo que lo prefieras a él. Hoy tenía el día libre, me lo pidió expresamente para compensar lo de la otra noche. De nuevo, lamento mucho si aquello os causó alguna molestia.

Más que una molestia, había provocado una enorme crisis de confianza entre ellos. Pero estaba superada y había salido reforzada.

—¿Lo ha visto esta tarde? —murmuró.

—He hablado con él esta mañana. ¿Por qué lo preguntas?

—No ha venido a verme. —En cuanto lo dijo se arrepintió de haber sonado tan puñeteramente infantil—. He pensado que lo encontraría aquí, pero no puedo pasar del bar. Quería ir a su habitación. A esperarlo.

«Como tendría que haber hecho la otra noche».

—Dame diez minutos, enseguida estoy contigo.

Cuando colgó, Eva percibió que tenía el corazón acelerado. No sabía si por la tensa conversación con el dueño del club o porque no encontraba a Tom por ningún lado. ¿Dónde se había metido?

Vio aparecer a Constantine vestido con un impecable traje gris. Se acercó a Eva destilando confianza y seguridad y la saludó cogiéndole la mano para besarle los nudillos. Luego le dio un beso en la mejilla y pidió dos copas. Apenas tardaron diez segundos en servir las y le tendió una a Eva.

—Invita la casa.

—Gracias, pero ya tengo bebida —respondió ella.

—Se han deshecho los hielos. Prueba esta, seguro que te gusta más. El martini es de primera calidad. —Eva dio un tímido sorbo al combinado de arándanos. Notó la diferencia: la bebida de antes parecía un brebaje comparado con aquello—. Estás estupenda. ¿Cómo van tus ensayos? ¿Es tuyo ese papel?

—Todavía no, la prueba es mañana.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. Así que el idiota de Tom no ha ido a verte... Le daré una paliza por haberte dado plantón, detesto ver a una mujer sola. ¿Sabes que una de nuestras normas es que ninguna chica puede quedarse desatendida en el club?

—Algo me comentó Tom, sí —respondió ella, nerviosa.

—¿Y también te comentó que eres socia del Victoria?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. El dueño del club sacó una tarjeta dorada, la dejó sobre la barra y la deslizó hacia ella. Era igual que la de Tom, solo que esta llevaba su nombre.

—¿Cómo? ¿Qué es esto? —preguntó sin tocarla.

—El se encargó de todo —explicó—. Esa tarjeta te da acceso a todas las instalaciones del Victoria. Tienes tu propia habitación.



—Es... demasiado.

Fue lo único que se le ocurrió decir.

—¿Quieres que busquemos juntos a Tom? Así podrás pedirle todas las explicaciones que desees.

El dueño del club la guio por los pasillos, dando un rodeo deliberado por todas las estancias. El lujo estaba presente en cada ángulo, en cada centímetro de pared cubierta de seda. El ambiente tenía algo oscuro y no era solo por su iluminación, sino porque notaba el aire cargado de algo que no podía definir.

Tenía cada vez más calor. La temperatura era agradable y, sin embargo, se sentía muy sofocada. ¿La bebida? Apenas había tomado un trago. ¿La cercanía de Constantine? No se sentía atraída por él. Acarició la tarjeta, tocando las letras grabadas en la superficie.

Deseaba encontrar a Tom. Quería algo más. Y tenía que decírselo. Una tarjeta dorada del club Victoria lo cambiaba todo.

«¿Dónde estás?».

La incertidumbre empezó a agobiarla. Estaba convencida de que Tom la esperaba en la habitación, la estaba poniendo a prueba. En cuanto la viera aparecer se sentiría complacido y ella, feliz de corresponderle.

—¿Has cenado? —le preguntó Constantine.

—Todavía no.

—En ese caso, permite que te invite a cenar. No creo que Tom tarde mucho en aparecer.

—Seguro que tienes mucho trabajo que hacer. No quiero ser una molestia...

Entonces lo vio.

Fue un movimiento por el rabillo del ojo y se giró. Al principio pensó que los nervios le estaban haciendo ver cosas que no eran, pero sus botas, su cazadora de cuero y el color de su pelo castaño eran inconfundibles.

Eva dio un paso hacia él y se detuvo en seco como si se hubiera golpeado contra una pared invisible.

Sí, era Tom. Y no estaba solo.

Caminaba de la mano de una chica. Alta, atractiva, con un vestido de noche que dejaba poco a la imaginación. Unas piernas elegantes, de piel bronceada, caderas anchas y hombros delicados. Melena rubia, brillante, ondulada hasta la cintura estrecha. Eva sintió que el vestíbulo empezaba a congelarse cuando vio cómo él sacaba su tarjeta dorada y hacía pasar a la chica al interior del ascensor. Escuchó la risa femenina desde donde se encontraba. Tom entró detrás de ella y el ascensor subió.

Tardó un poco en procesar lo que acababa de ver. Cuando lo hizo, escuchó un agudo chillido dentro de su cabeza que la obligó a cerrar los ojos y taparse un oído. Después notó que el corazón le golpeaba el pecho y se llevó la mano a la zona. Tardó un buen rato en recuperarse. Se olvidó de que Constantine estaba con ella y que había visto lo mismo. Hasta que el dueño del club no le puso una mano en la espalda, Eva no reaccionó.

Y todo encajó de un modo doloroso.

¿Había quedado con ella de verdad? ¿O solo lo había hecho sabiendo que ella jamás aparecería, sabiendo que lo más importante para ella era su carrera?

Tuvo ganas de llorar. Y no lo hizo porque no merecía la pena. Incluso podía decir que se sentía aliviada: la búsqueda de conocimiento había llegado a su fin. Más pronto de lo que le hubiera gustado, pero había llegado.

Años de disciplina le permitieron sobreponerse a la impresión. Se enderezó y buscó la salida del club con la mirada.

—¿Eva? —preguntó Constantine.

Ella se volvió hacia él. Ahora era un desconocido más. Había perdido el brillo que, dada su tendencia al romanticismo, había otorgado a todo lo relacionado con el club.

—Creo que es hora de que me vaya —comentó, devolviéndole la tarjeta dorada.

—Estábamos a punto de cenar juntos.

—No tengo apetito. Y estoy cansada. Mañana tengo una audición muy importante —pronunció en automático.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

«Estrangular a Tom». Apartó aquel pensamiento, no quería pensar en él de ninguna forma, ni buena ni mala.

—No. Buenas noches, señor Constantine.

Se dio cuenta de que le temblaban las rodillas, apretó los dientes y caminó erguida tensando los músculos como cuando bailaba. Notó calor en la espalda por las miradas que todo el mundo le dirigía, burlándose de ella en silencio. Era patética.

Constantine la cogió por el brazo.

—No puedo permitir que estés sola en un momento así.

—¿A qué momento se refiere? —respondió ella con frialdad—. Quiero irme a casa. Suéltame el brazo.

—No.

—¿No, qué? —Sintió la energía del dueño del club buscando imponerse sobre ella, pero lo combatió—. *Adagio*.

Ni siquiera supo por qué lo dijo, pero lo hizo, y al instante Constantine le soltó el brazo y endureció la mirada.

—¿Es tu palabra de seguridad?

—Gracias por todo —respondió ella.

Tuvo que aislarse para que aquella situación tan humillante no la afectara antes de haber salido del Victoria. Cruzó a duras penas el pub, que empezaba a llenarse de gente bebiendo y disfrutando. La energía que brotaba del suelo habría sido contagiosa en otro momento, pero ahora solo le encrespaba los nervios y minaba sus esfuerzos por mantenerse al margen de todo.

Una vez en la calle, inspiró hondo una fría bocanada de aire que le provocó un agudo pinchazo en la cabeza. Un trueno rasgó el ambiente y segundos más tarde comenzó a llover. Eva corrió para alejarse todo lo posible del club y se refugió bajo el portal de un edificio cuando la lluvia le dejó claro que no podía continuar hasta la parada del autobús.

Desorientada y mojada, esperó a que la tormenta amainara. Pero empezaba a enfriarse, el nivel del agua subía y acabaría con los pies mojados. Si se resfriaba no podría hacer la prueba. Y además tenía hambre.

¿Iban a sucederle más desgracias hoy?

«Todavía hay tiempo», pensó con ironía.

Llamó a Clancy. El chófer apenas tardó cinco minutos en aparecer frente a ella. Bajó del coche con un paraguas y la acompañó hasta el asiento trasero, donde ya había preparado unas mantas, además de tener la calefacción al máximo. Eva se envolvió hasta la cabeza y se tumbó en los asientos.

«No voy a llorar».

No tenía ningún sentido que lo hiciera. Solo se estaba muriendo de celos, le dolía el corazón y se le habían quitado las ganas de vivir. Por lo demás, estaba estupidamente.

No iba a llorar. Mañana tenía que hacer una prueba muy importante para su carrera. Solo tenía que pensar en eso. Todo lo demás, el sentimiento de traición, la decepción, la tristeza, tenía que desaparecer.

Ella era Evangeline Holmes, la futura primera bailarina de Crownfield.

El sexo con Rose era extremo y acalorado. La muchacha anhelaba que la llevaran al límite, explorar los difusos límites entre el placer y del dolor. A Tom le encantaba escuchar cómo suplicaba por un orgasmo mientras él la dominaba mental y físicamente, observando su entrega total y absoluta.

—Desnúdate.

Ella lo hizo, se quitó el vestido temblando de anticipación; en sus ojos refulgía el anhelo de la sumisión.

Su melena rubia le cubrió el rostro cuando se arrodilló y agachó la cabeza. Colocó las manos sobre los muslos, con las palmas hacia arriba.

Tom se pasó la mano por el pelo, nervioso. Aquellos gestos eran naturales en Rose tanto como respirar, estaban en su memoria física igual que los movimientos de Eva cuando caminaba o alzaba las manos. Sacudió la cabeza y apretó los dientes.

—He dicho que te desnudes, no que te arrodilles —espetó con brusquedad.

—Lo siento, señor —murmuró poniéndose en pie.

—Levanta la cabeza y mírame.

Era preciosa. Tenía un cuerpo voluptuoso, unos pechos pequeños y unos muslos bien torneados. Tom la recorrió de arriba abajo observando cada centímetro de deliciosa piel bronceada. Sabía que a pesar del tono oscuro se enrojecería a la primera palmada y las marcas de las cuerdas permanecían grabadas durante varios días. Observó que no tenía marcas recientes, ni de ataduras ni de azotes.

«No es Eva».

Apartó el oportuno pensamiento sintiendo un tirón en el vientre. Quería estar con una mujer que lo deseara de verdad, que deseara complacerle, que deseara ponerse en sus manos y le entregara su confianza.

—¿Cuándo fue la última vez que te sometiste, Rose?

—Hace una semana, señor.

—¿No has tenido relaciones desde entonces?

—No, señor.

—¿Por qué? —No debería estar haciéndole aquellas preguntas personales, no eran necesarias. Pero Rose era generosa y entregaba hasta sus más íntimos pensamientos.

—No encontraba al Amo adecuado, señor. Hoy, en cambio, estoy deseosa de complacerle.

Se acercó a ella y le cubrió el rostro con las manos. Tenía las mejillas calientes y ruborizadas, pero se dio cuenta de que no eran de la tonalidad que a él le hubiese gustado que fueran. Tenían que ser más rosadas, de un tono más intenso.

«No es Eva».

—¿Señor? —preguntó Rose después de que Tom pasara un buen rato sin hacer nada más que mirarla. ¿Cómo sonaría esa palabra si la decía Eva? La bailarina sollozaba su nombre cuando sucumbía al orgasmo, una prueba irrefutable de la entrega absoluta. Apretó los dientes.

—No digas una palabra.

La besó. Rose se estremeció. Lo sintió en las palmas de las manos, en las vibraciones que brotaron de su piel cálida. No había rastro de vacilación cuando aceptó las caricias de su lengua, ningún temblor, ni un solo suspiro de sorpresa. Solo erotismo, pura complacencia y sumisión. Su olor inundó la habitación, fresco y picante. Rose era una amante deliciosa y el hombre que la dominara para siempre sería muy afortunado.

«No es Eva».

«¡A la mierda Eva».

Cortó el beso y clavó los ojos en Rose. Ella parpadeó antes de enfocarlo y en su mirada apareció una expresión de anticipación, de deseo, de anhelo. Ella esperaba algo de él. Tom vaciló. No se sintió cómodo, ni siquiera sentía la característica presión en sus ingles. Tenía toda la sangre en la cabeza y no había forma de que bajara hacia donde debía.

«Porque no es Eva».

Furioso, cogió a Rose por el pelo y la besó otra vez. Ella se aferró a su camiseta emitiendo un gemido que debería excitarlo, pero que solo lo irritó más. La tiró contra la cama. Rose aterrizó de bruces sobre el colchón y se quedó muy quieta.

—Separa las piernas.

La joven alzó las nalgas para ofrecerle la mejor de sus vistas. Tom contempló su sexo, ligeramente húmedo, inflamado, perfecto. Pensó que podría utilizar sobre Rose cualquiera de los artilugios que no había utilizado con Eva.

—No te muevas.

Abrió la puerta del armario. Allí estaban todos esos objetos con los que alguna vez había fantaseado utilizar sobre el cuerpo y en el sexo de Eva. Instrumentos de placer con los que alargar su orgasmo o retrasarlo, penetrar un orificio u otro, estimular sus zonas más sensibles, dilatarla, estirar, retorcer...

Había pasado toda la tarde preparándolos para el momento en que Eva entrase por la puerta. La encerraría y, para que no pudiera escapar, la ataría a los cuatro postes de la cama con unas delicadas argollas de cuero acolchado —para que estuviera cómoda— y no la liberaría hasta haber usado al menos la mitad de todos los juguetes del armario o hasta que ella gritara su palabra de seguridad para detener la locura que quería desatar sobre su cuerpo.

Cogió un juguete al azar. Rose sí estaba dispuesta a someterse a él, a ponerse en sus manos para explorar juntos los límites del placer y el control, sin miedo y sin inseguridades.

Al mirar de nuevo las hermosas y respingonas nalgas de la muchacha, Tom sintió un revoltijo en el estómago. Tenía un precioso coño dispuesto sobre la cama, depilado, empapado. Y no lo quería.

«No es el coño de Eva».

Se quitó la cazadora y la arrojó al suelo. Se desnudó de forma torpe y apresurada, se acercó a la cama y se colocó detrás de Rose.

Estaba allí para follar. Para olvidar con Rose el dolor que se había instalado en su pecho, para no sentirse humillado y utilizado, para disfrutar de una muchacha sensual y amistosa que no lo desecharía como un pañuelo.

«Una vez termine con las pruebas para el papel, esa relación dejará de tener sentido para mí».

Gruñó cuando la erección que casi había conseguido se le bajó por completo. Estaba molesto por seguir pensando en Eva cuando lo que quería hacer era olvidarla. Y lo que más le molestaba era darse cuenta de que no sería capaz de cubrir las necesidades de Rose. No rendiría con ella como la muchacha merecía, no estaba a la altura de la situación. Y eso fue un duro golpe para su orgullo. Tom podía ser un cabrón, pero no le haría daño a Rose, y sabía que si se forzaba a intentarlo, la noche sería un completo desastre.

Se apartó del trasero femenino.

—Vete.

Ella lo miró por encima del hombro, confundida. Se levantó de la cama y se aproximó a él.

—¿Quieres que haga algo para ti, señor?

Le puso las manos en el pecho. Tom apretó los dientes y controló el deseo de apartárselas. Rose era demasiado buena para sufrir por algo que no era culpa

suya.

—Sí, quiero que te vayas. Lo siento.

La expresión de su amiga cambió a una de preocupación, saliéndose del juego.

—¿He hecho algo mal, Tom? —preguntó, dejando a un lado las formalidades que habían establecido al inicio. Se cabreó por haber conseguido que diera lástima.

—No —le aseguró. ¿Cómo podía pensar Rose que había hecho algo mal?—. Necesito estar solo.

—Podría...

—Va en serio —gruñó él—. Vete. No hagas que pierda la paciencia.

Rose consideró el tono de su amenaza y no pudo evitar observar con deseo el cuerpo de Tom. Estaba en su naturaleza excitarse en situaciones de peligro. Él apretó los dientes sin dejar de mirarla. Todo su cuerpo exudaba rabia y Rose percibió por fin su falta de control. Tras un tenso momento, relajó los hombros y recogió su vestido. Antes de marcharse, depositó un tierno beso en la mejilla de Tom.

—En otro momento, supongo.

Deseó pedirle que se quedara y levantó las manos para retenerla aunque solo fuera unos minutos. No quería estar solo. Estar solo lo obligaría a pensar, y no quería hacerlo. El olor femenino lo ayudaría a apaciguarse, un abrazo de la mujer sería suficiente para calmar su rabia. Pero Rose no tenía por qué aguantar sus chorradas y él tampoco quería su compasión. Se sentía demasiado patético, así que la dejó marchar.

En el momento en que la presencia de Rose desapareció, la habitación se llenó de oscuros demonios. Inspiró hondo. Lo único que tenía que hacer era mantener la calma. Se quedó mirando el lugar en el que había estado tumbada la chica apenas unos segundos atrás y cuando tocó el edredón lo sintió caliente.

Eva había ardidido sobre ese mismo edredón, rojo pasión. Sus fluidos habían empapado las sábanas, sus lágrimas, su saliva, el néctar que manaba de sus pliegues mientras usaba las manos para darse placer como él le había pedido que hiciera. Y en esa misma cama él se había corrido mientras Eva se la chupaba incansable, tirando de él y sorbiendo cada gota que rezumaba de su dolorida polla.

La habitación seguía oliendo a ella.

Su mirada recayó en uno de los postes donde había trenzado unas correas especialmente para ella, para atarla y poseerla de pie, con pasión. Había despejado una zona de la habitación para ordenarle que bailara y se tocara para él. Se puso a temblar. Cada rincón de aquella habitación, de su refugio, tenía grabada la presencia de Eva.

Rose era adorable y preciosa, y la quería lo suficiente como para no hacerle daño de forma intencionada. Pero a Eva deseaba estrangularla. Y además, con el mismo anhelo con el que deseaba follarla. Quería hacerle pagar el dolor que le había causado y, al mismo tiempo, hundirse en ella hasta grabarse su esencia en la piel. Estaba loco por Eva.

«Eres gilipollas».

Se había enamorado de la piel suave y pálida que se ruborizaba con la excitación. Del olor limpio y fresco, de los músculos flexibles, de la etérea elegancia que ni siquiera perdía mientras se retorció presa del éxtasis. De su sensibilidad. No pensaba que ella fuese débil por llorar después de los orgasmos. Esas lágrimas eran la prueba real de que sentía las cosas con una profundidad que ni él mismo lograría experimentar jamás. Las emociones de Eva estaban siempre a flor de piel, y a él le encantaba. Igual que sus gemidos, sus miradas y sus gestos cuando se corría. Era jodidamente espectacular.

Y todo había sido una puta y sucia mentira.

Cogió una silla y la lanzó contra la pared. Esa rabia que había aprendido a canalizar salía ahora a borbotones y no tenía puñeteras ganas de controlarla. Quería golpear algo, destrozarse algo, retorcer algo. Habían pasado muchos años desde la última vez que había sentido ese impulso homicida, ese dolor que lo hacía temblar, que le oprimía el pecho y no lo dejaba respirar.

Resopló por la nariz. No quería sentir pánico, dolor ni rabia. Se puso de rodillas, colocó las manos en el suelo y respiró hondo. La rabia no conducía a nada, tenía que ser racional, no perder el control. Pero se le hacía imposible mantener la cabeza fría cuando cada esquina de su habitación, de su lugar seguro, tenía grabada la presencia de Eva.

Sabía que se podía recuperar de un corazón roto y que saldría de esta. Era lo que había hecho toda su vida, superar las cosas, pasar página. Sobrevivir. Pero la muchacha había dejado una herida muy profunda; no solo había roto su confianza, había despreciado todos sus esfuerzos, rebajándolo a un simple ensayo. ¡Joder! Todo el sexo había sido un puñetero experimento, y Tom se había caído con todo el equipo. Quería salvarla y se había dejado engatusar por su inocencia.

Eva era como todas las de su clase, una zorra egoísta. De todas las mujeres de las que se podía haber colgado, tenía que hacerlo de la única que ni siquiera consideraría la posibilidad de corresponderle porque no pertenecía a su mundo.

Unos golpes en la puerta de la habitación lo sacaron de su lastimoso estado. Pensó que se trataba de Rose, pero los golpes habían sido fuertes y firmes. Masculinos. Tom se colocó los pantalones y abrió la puerta. No le extrañó encontrar al otro lado a su jefe con una expresión imperturbable en el rostro.

—Buenas noches, Tom.

—Hola, Constantine —respondió en tono cortante—. Hoy no trabajo. Es mi noche libre.

—Lo sé —respondió el otro. A Tom no le pasó inadvertido que tenía los pies separados y las manos detrás de la espalda. Una pose con la que ejercía un dominio absoluto sobre la situación. Hizo que le rechinaran los dientes.

—¿Qué quieres?

—Me preguntaba por qué has dejado a Rose sola y desatendida en el pasillo.

—No la he...

Constantine lo miró con dureza y levantó una ceja, amonestándolo sin decir palabra. Se enfadó al notar cómo su jefe ponía cara de Amo cabreado con él. Daba un miedo de cojones, por eso las mujeres caían de rodillas frente a él con esa facilidad.

«De mayor quiero ser como él».

—Me he encargado de ella como era debido, cosa que tenías que haber hecho tú —dijo Constantine—. Conoces perfectamente las reglas, Tom.

—Sí. —¿Qué más iba a hacer? ¿Pedir perdón? Pues sí. Por mucho que sintiera bilis en la garganta, a él tampoco le gustaba cuando alguien no seguía las reglas—. He sido descuidado. No volverá a ocurrir.

—Eso espero. Ahora dime por qué Rose estaba en tu habitación.

No se andaba por las ramas. ¿Para qué?

Tom soltó el marco de la puerta —lo tenía agarrado con tanta fuerza que se le habían agarrotado los dedos— y regresó al interior de la habitación para sentarse en la cama y cruzar los brazos sobre el pecho. Constantine entró, cerró la puerta, cogió la silla volcada y la colocó delante de Tom. Apartó una pelusilla y se sentó cruzándose de piernas, entrelazando las manos sobre el regazo.

No le apetecía hablar con su jefe, pero Constantine estaba allí como mentor, no como superior, y no lo dejaría en paz hasta haberle sacado toda la información. Y si algo había aprendido del otro hombre es que siempre conseguía lo que se proponía. Así que a menos que Tom quisiera acabar atado a un banco con el culo azotado —se estremeció al pensar una cosa así—, se tragó la amargura.

—Iba a follar con ella —reconoció encogiéndose de hombros, como si Constantine lo hubiera interrumpido en mitad de la faena y estuviera molesto.

—¿Por qué?

Percibió el tono exigente del otro hombre y se enfadó.

—Soy mayorcito para decidir con quién follo —espetó con una risa sarcástica—. ¿O también tengo que pedirte permiso para eso?

—No descarto esa posibilidad, por cómo te estás comportando ahora. —Tom sabía que era capaz de eso—. ¿Qué ha sucedido con Evangeline Holmes?

Escuchar su nombre fue como si le hubieran clavado un puñal. La furia tensó todos los músculos de su cuerpo. Constantine lo notó, pero no se movió. Estaba esperando la respuesta.

—Nada —contestó al final—. No estamos juntos. Eso es todo.

Su jefe ledeó la cabeza.

—Bien. ¿En qué momento pensaste decirle a Eva que no estabais juntos y teniais libertad para tener otros amantes? —Tom abrió la boca para hablar, pero Constantine prosiguió—. Tampoco sabía que era socia del Victoria hasta esta noche. Desde que me hablaste de esa chica, no has dejado de planear cosas para ella. La has traído al club, la has metido en tu habitación y habéis follado aquí durante tres noches. Has pagado su inscripción para que tuviera libertad para moverse por las mazmorras, la has llevado al casino, estás saliendo con ella a cenar a sitios caros. La has atado, azotado y sometido. Dime, entonces, si no estáis juntos, qué hacía ella esperándote en el pub mientras tú follabas con Rose.

Un aleteo de esperanza le acarició el pecho al descubrir que Eva había venido a buscarlo. ¿Había ido hasta allí para entregarse completamente a él?

No, probablemente venía a decirle que lo dejaba, que tenía que ensayar, triunfar y actuar y que no quería más distracciones.

Conmocionado, furioso y dolido, respondió lo único que se le ocurrió:

—No he follado con Rose.

—Es evidente que no —se compadeció Constantine con un tono tan gélido que le provocó escalofríos a Tom. Esa frase había sido un ataque—. Pero Eva cree que sí. Esta noche no solo has dejado a una mujer sin atender, le has roto el corazón a otra y, en ambos casos, yo he tenido que recoger los pedazos. Y ya sabes cuánto detesto el maltrato.

Tom se clavó los dedos en los brazos. Con semejante relato de los hechos, Tom parecía un cabrón sin escrúpulos cuando él no tenía la culpa de que lo hubieran jodido. Eva lo había utilizado, engañado y destrozado. Antes se tragaría un puñado de cal que confesar que se había dejado engañar.

—Eva es una chica vulnerable. Está en un momento muy importante de su carrera...

Tom quiso pegar un puñetazo en la cara. Todo el puto mundo estaba preocupado por Eva, por si había salido mal parada de aquella alocada aventura de sexo. ¿Y él? Se tragó otro nudo de amargura, ¿a quién le importaba él? Era un puto perdedor y Eva sería siempre la víctima. Ella era la joven ingenua y Tom el canalla.

Sí, eso es lo que pensaría todo el puñetero club de él. Muy bien, que lo pensarán, se la traía floja.

—Reflexiona sobre lo que has hecho, Tom —continuó hablando Constantine con dureza—. Has sido un egoísta, tus acciones de esta noche habrán afectado negativamente sus emociones. Un impacto emocional de esa magnitud la ha dejado destrozada. Quién sabe si, después de tanto esfuerzo, no pasa esa prueba tan importante por tu culpa.

Tom se abalanzó sobre Constantine, lo agarró de las solapas y levantó un puño dispuesto a destrozar sus armoniosas facciones. Su jefe le lanzó una mirada de advertencia. Ni siquiera tuvo que hablar: sus ojos grises se adentraron en su psique, y le bastó con un segundo para leer todas las emociones que sacudían la mente de Tom. Lo leyó todo: el dolor, la vergüenza, la traición. Tom se sintió expuesto de una forma visceral. El miedo bombeó la adrenalina que recorría su torrente sanguíneo y sin poder evitarlo descargó un puñetazo contra la cara de su jefe.

Pero Constantine era jodidamente perfecto en todos los aspectos, incluso en cosas tan vulgares como una pelea con puños. Aprovechando la fuerza de Tom, impulsó la silla hacia atrás y los dos cayeron al suelo. Constantine le hundió la rodilla en el estómago, y mientras Tom intentaba recuperar el aliento, el dueño del club se puso en pie con elegancia y se arregló los puños de la camisa para que sobresalieran por las mangas de la chaqueta.

—Bien, ya que has destrozado el corazón y el honor de la joven Holmes, pelearé contigo para hacértelo pagar.

Recobrándose, Tom se abalanzó otra vez contra él. Se le escurrió en el último segundo y recibió un puñetazo en el costado que le cortó la respiración. Cuando alzó la mirada hacia el dueño del club, lo vio relajado y tranquilo. Constantine se pasó la mano por el pelo, se soltó los botones de la chaqueta y levantó los puños también.

—Adelante, Tom. Estoy esperando.

Él no era culpable de nada, salvo de colgarse por ella. ¿Su jefe seguía pensando que era un cabrón? Si había algún honor que limpiar, era el suyo. Se lanzó otra vez hacia él y recibió una paliza. Constantine lo vapuleó; era rápido y escurridizo, y sus puños tenían la potencia de un martillo neumático. Por cada golpe que lograba acertar, su jefe le propinaba cuatro.

—¿Tienes algo que decir? No te oigo bien —se mofó.

—No es culpa mía —graznó Tom, escupiendo sangre. Le ardía un lado de la cara, los costados y los nudillos y estaba muy furioso—. No soy yo quien ha engañado a Eva. Es ella la que me ha engañado a mí.

—¿Quieres hacerme creer que una muchacha inocente como ella ha sido capaz de engañarte? —se burló Constantine, alimentando la rabia de Tom. Él perdió otra vez los papeles y acabó en el suelo convulsionándose después de un gancho directo a su pecho.

—Me ha utilizado —dijo Tom. Sangraba por la nariz, ni siquiera se había dado cuenta de eso hasta que se pasó la mano por los labios. Su estado era lamentable, se sentía indefenso como un niño estúpido—. Solo me quería para el sexo.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó extrañado el dueño del club—. Solo estabais aquí para follar, ¿no es así?

Era la verdad, pero no por eso dejaba de doler.

—Cállate...

—Lo vuestro era solo sexo —continuó—. No te gustan las relaciones, ella está fuera de tu alcance, no entiendo cómo puedes sentirte molesto. Es lo que tú buscabas de ella, ¿te extraña que hiciera lo mismo? Nunca has querido tener una relación duradera, tú mismo me lo dijiste. No quieres comprometerte, temes que, si descubren quién eres, se alejen de ti.

Constantine lo estaba presionando. Tom sabía que sus palabras eran provocaciones, había jugado a ese juego antes, y se creía lo bastante fuerte como para no caer en las redes de su mentor. Pero no podía evitarlo, nunca había estado en una situación como esa.

—La vi besar a otro hombre. —Pero, en cuanto lo dijo, oyó lo infantil que sonaba y se sintió avergonzado. Su jefe lo estaba poniendo en evidencia.

—¿Le dejaste claro que vuestra relación era exclusiva? ¿Le pusiste un collar y la reclamaste?

—No —reconoció con pesar. Se sentó en el suelo para limpiarse la boca con la esquina de una sábana. Le ardían los ojos.

—¿Entonces de qué te quejas? —exclamó Constantine. Su voz fue demasiado autoritaria y Tom se amedrentó como un niño escuchando la voz de su padre—. En lugar de hablar con ella, vienes aquí a acostarte con otra mujer. Por despecho.

—¿Qué habrías hecho tú? —rezongó.

—Castigarla con dureza —aseguró el dueño del club—. Hablar con ella como estoy hablando contigo. Pero huir, jamás, y mucho menos buscar compensación con otra mujer, porque no hieres a una, hieres la dignidad de las dos.

Constantine se agachó junto a él sin perder dureza en su mirada. Tom se sentía derrotado y humillado.

—Dijo que no tenía ningún sentido acostarse conmigo.

—Y perdiste el control. No le preguntaste, diste por hecho que su comportamiento no fue el correcto. El tuyo tampoco lo ha sido. No te he enseñado todo lo que sé para que te comportes como un adolescente psicótico. Eres un hombre, Tom. Y los hombres enfrentan sus problemas. Estás enamorado de ella. Haz que lo tengas que hacer, pero esconderse no es la solución.

Le tendió la mano con la palma hacia arriba. Tom lo miró, aceptó la ayuda y ambos se pusieron de pie. Antes de que Constantine pudiera hacer o decir nada más, Tom le hundió el puño en el estómago, cortándole la respiración. Constantine se llevó las manos al abdomen, resoplando un insulto, mientras Tom lo sostenía por los hombros.

—Esa no te la esperabas, ¿a que no? —se burló.

Su jefe se enderezó para limpiarse los labios con el dorso de la mano y lo miró con una sonrisa.

—Lo reconozco, no me lo esperaba —murmuró con voz ronca.

«No has llegado hasta aquí para rendirte ahora».

Eva se sentó en un banco del pasillo, agitando las piernas sin parar y golpeando el suelo con la punta rígida de las zapatillas. Sudaba, temblaba y tenía el estómago tan revuelto que quería vomitar.

Se aseguró de que llevaba la ropa bien puesta y que las zapatillas estaban correctamente ajustadas. Limpió las puntas con la manga para sacarles el máximo brillo posible, aunque ya estaban relucientes. Unas *Gaynor* rosa, le sentaban de maravilla, no solo por el color, sino por la forma. Toda la ropa que llevaba era nueva también: medias de color blanco, *body* de color burdeos, falda de gasa de un tono intermedio y un suéter blanco para cubrirse los hombros.

—Buenos días, *bambina*. ¿Estás lista?

Gabriel le rodeó los hombros con un brazo. Eva forzó una sonrisa para aparentar tranquilidad, pero lo cierto es que no se sentía en absoluto preparada. No después de lo de anoche.

«Calla».

—Relájate, lo vas a hacer genial —la alentó el bailarín—. Eres la primera, empezaremos cuando estés lista.

—¿Empezaremos? ¿Vas a bailar conmigo...?

—No —comentó sonriendo—. Yo también te evaluaré. Una de vosotras será mi pareja de baile, mi opinión también es importante.

Eso cambiaba por completo las cosas. Gabriel tenía voz en la evaluación. Él sabía cómo bailaba, habían ensayado juntos la tarde anterior. Se habían tocado, se habían besado.

«Tom».

Eva se llevó la mano al pecho para ahogar un sollozo y se frotó el corazón. Había luchado toda la noche por mantenerlo alejado de sus pensamientos, pero su imagen regresaba una y otra vez.

—¿Estás bien?

—Empecemos cuanto antes.

Se quitó el suéter y dejó la bolsa junto al piano. Hizo unos estiramientos para calentar y cuando estuvo preparada, se acercó al centro para que Zakharov le indicara los ejercicios que tenía que hacer.

Al principio fueron variaciones muy sencillas, supuso que para entrar en calor. Vio a los profesores anotar cosas en sus libretas. Le dolían las tripas y el corazón, y no podía dejar de temblar. Cuando el director le pidió una interpretación del primer solo, permitió que Galatea entrara dentro de su cuerpo.

El calor de la sangre del personaje ardió dentro de sus venas y la intensidad de sus emociones invadió cada fibra de su ser. El rey sufría en soledad y necesitaba la fortaleza de su amada para sobrevivir. La presencia de Galatea fue lo que causó que el hombre se enamorara de ella. La idea que el rey tenía de ella. Galatea solo era una estatua, pura y bella, pero nada más. Y eso había consumido a Pigmalión. Era su ideal de perfección porque lo había hecho él mismo con sus propias manos, y por eso ella era perfecta. No por sí misma, sino por la mano de otro.

Era muy triste.

Detuvo el baile porque se estaba ahogando. Dio la espalda a los profesores y se apretó las manos contra el corazón.

«¿Eres idiota o qué?».

Ella se había enamorado también de una idea. De la idea de Tom. No conocía nada de él, salvo que era un descarado con una sonrisa que le robaba el aliento. Él le había enseñado a disfrutar de cada instante, de cada detalle, y Eva se había entregado con desenfadada pasión. Todo se sostenía gracias a Tom, su equilibrio y sus límites. Él había prometido protegerla cuando las cosas se descontrolaran y por fin había decidido confiar en él. ¿Y para qué?

«¡No es momento de pensar una cosa así!».

—Eva, ¿va todo bien? ¿Necesitas parar?

Gabriel le puso las manos en los hombros y apretó el pecho a su espalda, dándole calor. Eva se sintió reconfortada.

—Tómame un par de minutos.

—¡No! —exclamó—. Quiero seguir.

—En ese caso, muéstranos tu *adagio* —solicitó Zakharov.

Durante todo ese tiempo había bailado los pasos, ejecutando la coreografía exactamente como Zakharov quería; lo que en realidad tenía que hacer era darle vida al personaje, transmitir su infelicidad y su confusión. Darle sentimientos. Galatea ya no era una estatua, era una persona real. Y, como cualquier humano, sentía pena, dolor, alegría y tristeza. Tenía un corazón lleno de sentimientos, y el público necesitaba ver eso, necesitaba ver un baile de una persona real.

Eva no quería bailar para demostrar que era la mejor, sino para demostrarse a sí misma que no había nada que no pudiera conseguir. Nadie podía arrebatarle sus sentimientos al danzar, eran suyos, de nadie más. Las personas podían presionarla, romperle el corazón, traicionarla; pero el baile no, el ballet jamás le haría eso, jamás le haría daño.

Suspiró al sentir la música, cerró los ojos y se transformó.

No se trataba de pasión, se trataba de emociones, las que ella siempre había mantenido bajo control. Los sentimientos explotaron en su interior y escuchó los fragmentos de su corazón roto golpeando la madera sobre la que bailaba. Le dolían los brazos, las piernas, el cuerpo entero. Pero ese dolor no era ningún impedimento para bailar, ni siquiera lo era el cansancio.

Se estiró hasta que su cuerpo se convirtió en una línea perfecta y abrió los brazos para recibir las notas de piano. Levantó la cabeza y expandió el pecho.

Galatea, llena de vida. Eva se deslizó por el salón con un repiqueteo de zapatillas, girando y abriendo los brazos con cada vuelta, sintiendo cómo fluía la energía desde la punta de sus pies hasta los dedos de sus manos. Rebajó la intensidad de los movimientos, preparándose para la apoteosis final. Corriendo hacia el centro, miró de frente al público. Desde la primera posición elevó una pierna para impulsar un giro y comenzó a dar vueltas.

Sintió que volaba; la sensación de libertad fue abrumadora y le ardió el pecho de emoción. Detuvo los giros y elevó las manos, deteniéndose un instante para alzar la cabeza con orgullo. Con la adrenalina quemándole las entrañas, ejecutó el *arabesque* final. La nota quedó sostenida una eternidad y ella permaneció en la posición esperando a que la cuerda dejara de vibrar, hasta que el pianista levantase el pie del pedal que alargaba la nota. Semanas de ensayos, frustraciones y prácticas para unos intensos y escasos minutos de baile. Así era la danza, efímera; años de esfuerzo para un breve instante de felicidad.

Valía la pena.

Eva regresó a la primera posición. Tenía el rostro ruborizado y su expresión estaba a medio camino entre una desoladora tristeza y una euforia infinita. ¿Lo había hecho mal? ¿Lo había hecho bien? Ninguno de los profesores dijo nada. Zakharov alzó la mano y la agitó en el aire. Eva escuchó un suave crujido a su derecha y miró hacia un lado.

El pianista cambió de partituras y comenzó a tocar el «*Gran paso a dos*». Gabriel, que se había quitado la sudadera, inició su entrada con lentitud. Eva agachó la mirada hasta rozarse los pómulos con las pestañas y comenzó a bailar.

En mitad del salón ambos se encontraron. Gabriel cogió su mano y sus cuerpos se entrelazaron, haciéndose uno. Eva se fundió con el bailarín, acarició su rostro y sus labios y sus labios se rozaron durante un instante antes de separarse. Se acomodó a la intimidad de Gabriel, al cálido refugio de sus brazos, a la ardiente pasión que ofrecía su poderoso pecho. Sus manos la tocaron con desenfadada urgencia y, al instante siguiente, Eva se encontró flotando sobre su cabeza tras un gran salto.

Aterrizó con suavidad entre sus brazos. Gabriel la sostuvo tan fuerte que sus dedos se hundieron en la carne de sus muslos y su espalda. Los movimientos se tornaron bruscos, apasionados; Eva notaba los músculos tensos y vibrantes de él y no podía no desearlos. Por mucho pudor que sintiera, disfrutaba tocando al bailarín, bailando con él, del mismo modo que él disfrutaba con ella.

Gabriel la sostuvo por detrás de la cabeza, y, esta vez sin vacilación, cubrió su boca con los labios para besarla. No formaba parte de la coreografía, pero Eva sintió que sería el mejor de los finales y le devolvió el beso. Fue breve, pero muy apasionado. Cuando se separaron, Gabriel le regaló una deslumbrante sonrisa y la abrazó con fuerza.

—Has estado fantástica —le susurró al oído.

Ella escondió la cara en su hombro y sollozó. El aula se quedó en silencio durante el tiempo que permanecieron abrazados. Gabriel acarició la espalda de Eva para tranquilizarla, y cuando ella logró calmarse, le limpió las lágrimas de los ojos y le dio un beso en la frente.

—Eva, no estás así por la prueba, ¿verdad? —preguntó el bailarín en voz baja. Ella gimió y negó con la cabeza.

—Prefiero que crean que ha sido por la prueba —respondió.

Se volvió para mirar a Zakharov.

—Por fin he visto algo de ti, Evangeline Holmes. Hoy me has emocionado. Enhorabuena.

No escuchó las palabras del resto de los maestros. Para ella, aquella frase fue suficiente. Después de dos semanas de intensas peleas y ensayos, todo había llegado a su fin y se sentía aliviada, se había quitado un enorme peso de encima.

—Gracias —murmuró.

Casi no podía mantenerse en pie. Cuando salió del aula se cruzó con Anastasia, que entraba para hacer la prueba.

—Suerte —le dijo al pasar. Fue obvio que aquello molestó a la solista, porque apretó los labios y levantó la barbilla.

—No la necesito —respondió.

Eva se encogió de hombros y se reunió con Natalia, que estaba en el pasillo con cara de estar esperando el resultado de un parto.

—¿Y? —fue lo único que preguntó.

—El lunes.

Su amiga se tiró del pelo.

—¿Te va a dejar así todo el fin de semana? —exclamó, a punto de subirse por las paredes.

—Si he esperado dos semanas, podré esperar un par de días más.

¿Qué importaba ahora la prueba? La suerte estaba echada. El desenlace de aquella historia ya no estaba en sus manos.

Apenas había tenido tiempo de recuperarse de las agitadas emociones que se retorcián dentro de su pecho y que ella calmaba con un masaje cada vez que sentía que se le escapaba un sollozo. Usaba todos sus esfuerzos para fingir que todo iba bien, que solo estaba nerviosa por el resultado de la prueba. Gabriel era el único que se había dado cuenta de lo que le pasaba de verdad. Al bailarín no podía ocultarle nada; había estado tan cerca de ella que había sido imposible disimular. No había hablado con él de nuevo, aunque le había dejado unos mensajes en el teléfono para animarla.

Natalia, en cambio, no se había separado de ella ni un segundo. Desde que saliera del teatro hasta ese momento, le había contado muchas cosas que Eva ya no recordaba. Ni siquiera mientras la ayudaba a vestirse y maquillarse se había callado, y Eva solo quería cerrarle la boca. Ahora que estaba sola, la echaba de menos, sus excitados monólogos la habían distraído de los asuntos que de verdad la atormentaban.

«¿Cómo ha sido capaz de enrollarse con otra chica?».

Si no hubiera ido al club, jamás se habría enterado. Habría vivido feliz. Habría quedado con él para decirle que tenía que centrarse en su carrera profesional y que era mejor acabar con su relación actual. Habría sido fácil decírselo si no le hubiera importado tanto.

Apenas podía llevar con dignidad los sentimientos que la ahogaban cada vez que pensaba en separarse de él. Anhelaba complacerle. Amarlo. Acariciarlo cada vez que él se encontrara molesto por algo, cuidar sus cicatrices, hacerlo olvidar todas las cosas horribles que le hubieran sucedido en el pasado. Se había enamorado de él y ni siquiera se había percatado hasta ese momento. Justo cuando lo vio cogido de la mano de otra chica, se dio cuenta de que no podría amar a nadie más que a Tom.

¿Cómo no hacerlo? Le había entregado todo lo que tenía... ¿Acaso esperaba que, rindiendo su cuerpo, no rindiera también su corazón? Había sucedido lo que temía que sucediera.

Frustrada, se bebió una copa de champán de un trago y la dejó sobre la bandeja con tanta fuerza que hizo que temblaran las demás.

—Eva, ¿te apetece dar una vuelta por el jardín?

Valeria se acercó a ella. Estaba preciosa, con un vestido de noche rojo. Se había recogido el cabello en un peinado exquisito para mostrar su esbelto cuello, y la joyería, brillantes perlas, destacaba sobre su piel ligeramente ruborizada por el tono de su traje.

Eva sintió una punzada de envidia ante la hermosura de su hermana mayor, la misma envidia que sentía cuando la veía tan enamorada de su marido.

¿Por qué ella no podía tener lo mismo? ¿Por qué nadie le amaba a ella?

«Porque eres una aburrida bailarina de ballet sin personalidad».

Suspiró con pesar. Parecía como si estuviera metida en su propia historia de ballet, un drama que terminaría en tragedia si no hablaba cuanto antes con Tom. Por mucho que se le revolvieran las tripas imaginando que le había hecho a otra chica lo mismo que a ella durante toda la semana, debía afrontarlo.

—Tienes que atender a tus invitados —respondió cogiendo otra copa de champán. ¿Cuántas copas hacían falta para entumecerse y dejar de pensar?

—Mamá se encargará de eso —aseguró su hermana.

—Hace frío —señaló Eva. No quería moverse de donde estaba, le dolía todo el cuerpo; dar un paso suponía un gran esfuerzo. No sabía cómo había podido bailar sin derrumbarse delante del director.

—Bueno, pues acompáñame a la terraza, al menos.

Valeria la cogió por el brazo, y a Eva no le quedó más opción que seguirla.

Fuera parecía a punto de llover. Se quedaron a resguardo, observando la brisa que mecía los árboles del jardín y la negrura de las nubes. No se veían ni la luna ni las estrellas. El interior era cálido; predominaba el aroma de la madera chisporroteando en el fuego y del ambientador de limón que le gustaba utilizar a Flaviana.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó su hermana, acariciándole la mano.

—Cansada. Han sido unas semanas muy duras.

—¿Y qué tal han ido las pruebas?

—Bien, supongo.

Valeria le pasó un brazo por los hombros y la abrazó. Eva se apoyó en su hermana justo cuando arreció una inoportuna oleada de tristeza.

Ella, que llevaba años sin llorar, había derramado más lágrimas en los últimos días que en toda su vida. Había llorado delante de Tom y por culpa de Tom; por culpa del placer y por culpa del dolor. Era tan ridículo que le daban más ganas de llorar.

También lloraba por el director, por su carácter intratable, por sus exigencias. Y por las palabras tan bonitas que le había dedicado al terminar la prueba. Y lloraba porque era su culpa, por haberse arriesgado a presentarse a unas pruebas para las que no estaba preparada, por haber tenido la absurda idea de entregarse a un hombre para que este le mostrara la pasión a cambio de sexo.

Cuando se le pasó el ataque, se separó de Valeria muy avergonzada. Ella no dijo nada, la cogió de la mano y la acompañó hasta el primer piso esquivando a todos los invitados.

—Es tu fiesta. No hace falta que estés pendiente de mí —dijo cuando entraron en la habitación de Eva. Valeria cerró la puerta y sacó una caja de pañuelos del baño.

—Tú eres mi hermana pequeña y ahora mismo me necesitas. —Se sentaron a los pies de la cama y Valeria la cogió de las manos, apretándolas para reconfortarla—. ¿Qué te pasa, Eva? No me digas que nada. Cielo, no voy a juzgarte ni te voy a decir lo que debes hacer. Pareces a punto de derrumbarte, no es bueno que te guardes las cosas, desahógate conmigo.

—Es demasiado complicado —respondió con un hilo de voz.

—¿Es por el trabajo? —Eva negó, sin poder hablar—. ¿Es por ese chico?

Alarmada, Eva levantó la cabeza, delatándose sin querer. Valeria le sonrió de forma comprensiva y le apretó de nuevo las manos.

—¿Qué chico...? —Ni siquiera podía formular la pregunta sin que le fallara la voz—. ¿De qué hablas?

—Conrad te vio en el club Victoria hace tres noches, con un hombre.

Empezaron a pitarle los oídos. Se levantó la cama, pensando si esconderse en el armario o debajo del colchón. Valeria la cogió por los brazos para frenar su desesperado deambular.

—¿Quién más lo sabe? ¿Se lo has dicho a mamá? —preguntó muy nerviosa.

—Solo lo sabemos nosotros. Y no, no se lo he dicho.

—¿Qué hacia Conrad allí?

—Es socio. Igual que yo.

Aturdida, Eva enfrentó la mirada de su hermana para asimilar aquella inesperada información. Percibió que las mejillas de Valeria se ruborizaban bajo el maquillaje.

—No quiso decirte nada, y me pidió que yo tampoco lo hiciera. Y aunque necesitas experimentar con la vida, eres demasiado joven para estar en un sitio así. ¿Sabes lo que es realmente el club Victoria?

—¿Un club privado? —aventuró con la voz demasiado aguda.

Valeria apretó los labios mirándola con preocupación.

—Dios mío... Será mejor que te sientes. —Era incapaz de quedarse quieta, pero por el tono de su hermana, lo hizo—. El Victoria no es un club convencional

—le dije con un tono cargado de compasión—. Los socios son personas muy selectas y el acceso es privado porque es un club de sexo. Y no se trata de sexo convencional...

La forma en que Tom le hacía el amor, sus exigencias o su destreza... Todo cobró sentido. Recordó su vagar por los pasillos la noche de la pesadilla, el sonido de los gemidos, el cargado ambiente, a la mujer que era besada por dos hombres, a la chica desnuda arrodillada junto a un hombre... Las cuerdas, el castigo... La mujer bailando desnuda y al dueño del club...

Valeria permaneció en silencio dejando que Eva asimilara toda la información. Eva sintió que le acariciaba la muñeca y apartó la mano de forma inconsciente. A su hermana no se le pasó por alto el gesto, y la miró a los ojos para preguntar:

—¿Te han atado?

No quiso responder, pero no hizo falta. Eva se sintió transparente, desnuda, y no supo dónde detener la mirada sin venirse abajo. Para su sorpresa, Valeria le acarició la mejilla y le alzó la cara cogiéndola por la barbilla con firmeza.

—No te voy a juzgar por eso. Sé lo que se siente —la tranquilizó—. Conrad y yo tenemos una relación... poco convencional.

—No necesito que me cuentes esas cosas, Valeria —exclamó abochornada.

—Pero debes hablar de ello. No voy a pedirte los detalles, yo tampoco te contaré los míos. Nosotros vivimos un estilo de vida que llevamos en privado y el club forma parte de ello. Si ese chico con el que sales pertenece al Victoria, puedo imaginar las cosas que habrá hecho contigo. Así que te voy a hacer una pregunta muy directa y quiero que me contestes. ¿Te has enamorado de él?

—No... —dijo, casi ahogándose.

—Eso es que sí —suspiró Valeria—. Cuéntame qué sucedió.

—No pasó nada.

—Eso es mentira —aseguró Valeria—. El tipo de relación que has mantenido es compleja y abrumadora. Tan intensa que a veces duele. Lo sé, porque lo he vivido.

En los ojos de su hermana había fuego; era un brillo de amor y orgullo hacia esas experiencias intensas. Eva pensó en Conrad, siempre le había resultado difícil estar cerca de él por la poderosa energía que lo rodeaba.

—Te sientes atraída por sus promesas de placer —prosiguió Valeria—. Sientes que te va a llevar más allá de tu propio límite y no puedes evitar desear que lo haga. Por mucho que te lo niegues a ti misma, él siempre encontrará la manera de que te rindas. Y quieres someterte, te sientes completa y segura cuando es él quien tiene el mando.

—Decirlo en voz alta suena horrible —murmuró, contrita.

—Eva, no es nada malo —aseguró—. Pero sí algo mucho más profundo de lo que parece al principio. Rendirse a otra persona requiere valor y confianza. Él debe demostrarte que puede protegerte en todo momento. ¿Te exigió demasiado? ¿No estabas preparada para entregarte?

—Oh, ese es el problema... Se lo entregué todo. Se ocupó de mí en todo momento, me cuidó, hizo que me sintiera bien conmigo misma. Se esforzó en complacerme, en... en hacer que conectara con una parte de mí que no sabía que estaba ahí. No puedo creer que te esté contando esto... —susurró avergonzada—. Era arrogante e insufrible y solo estaba interesado en acostarse conmigo, no dejaba de decírmelo, era rudo y brusco, maleducado... Pero quería ser apasionada... —explicó con los ojos llenos de lágrimas— para superar la puñetera prueba de ballet. Nunca había tenido una relación, y me acosté con él para bailar mejor —graznó—. Estaba convencida de que él solo quería sexo, jamás dijimos que fuera algo serio, y he permitido que esta relación signifique para mí más de lo que en realidad significa.

Tuvo que hacer una pausa, apenas podía hablar.

—Quería tener un amante... Quería sentir todo eso que sienten los demás. Lo que sientes tú. Quería tener experiencias emocionantes, hacer algo más que bailar. Toda mi vida he estado centrada en el ballet... y... mientras ensayaba me daba cuenta de que me faltaba algo muy importante...

—Cielo, no has disfrutado de las relaciones fugaces que tienen otras chicas porque no eres así —dijo Valeria con dulzura, acariciándole el pelo—. Tu trabajo requiere mucha disciplina, eres una persona muy fuerte, valiente y entregada. Pero... eres como una adolescente que se ha lanzado a vivir todas las cosas de golpe. Debes de sentirte abrumada.

Lo que estaba era muy dolida y confusa. Su vida tenía que ser sencilla: bailar y enamorarse de un bailarín, un hombre que conociera el mundo en el que quería trabajar y que la llenara en todos los demás aspectos. Cariñoso, amable y responsable, una persona que no tuviera en cuenta sus largos ensayos ni sus constantes actuaciones.

—Anoche fui al club para verlo —susurró. «¡No se lo cuentes!»—. Habíamos quedado, pero se hizo tarde, y fui a buscarlo porque pensaba que me estaba poniendo a prueba.

—¿Y qué sucedió?

Eva se acarició el corazón otra vez. Era muy doloroso descubrir que se había pasado la vida evitando una situación así y que había caído en el primer agujero en el que había tropezado.

—Lo vi con una mujer.

Para su sorpresa, su hermana no comentó nada. Eva pensó que no la había escuchado y levantó la cabeza para mirarla.

—¿Cómo lo viste?

—Con una mujer. De la mano —explicó con mucho esfuerzo—. Se reían. Y subieron juntos en el ascensor. El mismo puñetero ascensor que usaba conmigo para ir a su habitación.

—Muchos hombres acompañan a las mujeres a las habitaciones, pero no tienen por qué estar con ellas.

—No estaba trabajando —pronunció con voz aguda—. No llevaba ropa de trabajo, ni parecía una amiga a la que solo estuviera acompañando. —Eva se llevó las manos al pecho y empezó a sollozar otra vez—. Se les veía bien juntos. Hacían buena pareja. Y ella era preciosa...

Valeria la cogió por los hombros para darle una sacudida.

—¿Has hablado con él?

—¿Para qué?

—Para que dejes de lamentarte por algo que no sabes lo que es. Eres una mujer adulta, Eva. Habla con él. Pregúntale. Averigua por qué estaba con esa chica.

—No me atrevo a hacerlo...

—Hay muchas cosas que dan miedo, cielo. Pero es mejor que sepas la verdad. ¿No te das cuenta del daño que te está causando no saber nada?

Sí, claro que se daba cuenta. No había dejado de darle vueltas al asunto desde anoche.

—La subasta va a comenzar —dijo Eva tras un larguísimo silencio.

—No me importa eso, ahora me necesitas.

—Estaré bien. Quiero estar sola un rato. Por favor.

Valeria no parecía dispuesta a dejarla, pero al final cedió y se marchó. Eva se lavó la cara para borrar las lágrimas, volvió a maquillarse y regresó al salón.

Mientras bajaba la escalera con la mano apoyada en la barandilla de mármol, se armó de valor para afrontar la velada en Holmes West Manor. Su madre no había dicho nada al verla y Eva tampoco le había dado ninguna explicación. De hecho, llevaban sin hablarse desde la brutal discusión que tuvieron.

Se acercó al salón y, antes de llegar, vio a un hombre en el pasillo que le resultó muy familiar. Lo miró durante un rato, intentando averiguar quién era; estaba hablando con otros invitados. Él pareció notar que lo observaban y se volvió hacia ella.

«¿Constantine?».

El dueño del club Victoria le dedicó una sonrisa a modo de saludo y volvió a sumergirse en su conversación... con Conrad, que la saludó también. El corazón se le aceleró de un modo salvaje. Se giró para alejarse de ellos y, junto a una ventana, se dio de bruces con un hombre.

Los ojos de Gregory se agrandaron por el alivio y Eva sintió que se le revolvían las tripas. ¿Su madre había invitado a Spencer a pesar de todo lo que le había



hecho a Eva? No sabía de qué se extrañaba. Flaviana lo había invitado a la fiesta porque para ella no había pasado nada.

—Eva... —dijo acercándose a ella con mucha decisión. Eva retrocedió—. ¡Espera, por favor, quiero pedirte disculpas...! —explicó, muy pálido.

—Ni siquiera deberías estar aquí —murmuró ella.

—Tu madre me invitó —defendió el joven—. Ella me considera el hombre adecuado para ti.

¿En serio Flaviana pensaba eso?

—Deberías irte...

Gregory la cogió por el brazo y ella se estremeció. ¿Dónde estaba Clancy ahora?

—Que tú no me veas adecuado no significa que los demás no se den cuenta del buen partido que soy.

—Eva, cariño, ¿está el señor Spencer molestándote?

Eva se estremeció cuando escuchó el tono de Conrad, y a Gregory le faltó poco para desmayarse. Su cuñado le pasó una mano por la cintura y la envolvió bajo un aura protectora. Eva sintió su calor y, al instante, se tranquilizó.

—¡Eva! Solo quiero hablar...

—Pero ella no quiere saber nada de ti —comentó Constantine, poniendo una mano en el hombro de Gregory.

Él se revolvió, pero el dueño del club apretó el agarre y lo obligó a caminar sin apenas esfuerzo. Se alejaron por el pasillo, y Eva se sintió tan aliviada que se mareó. Conrad le puso un dedo bajo la barbilla y levantó su rostro.

—¿Te ha hecho daño? —Ella asintió—. En ese caso, nos ocuparemos de él. ¿Y Valeria? ¿No estabas con ella?

—Sí..., he hablado con Valeria —respondió, antes de que él le preguntara «¿Sí, qué?»—. Pero... necesitaba estar sola.

—No debería haberte dejado sola.

—Yo se lo pedí... Necesitaba pensar.

—¿En Tom?

A Eva le dio vueltas la cabeza y tuvo que esforzarse por mantener la cordura. Dio un paso para apartarse de Conrad, le costaba mucho respirar.

—No necesitas pensar, Eva. Necesitas hablar con él.

—No sé si quiero...

—Debes hacerlo, pequeña. Dejar las cosas a medias os provocará mucho dolor.

Él la cogió de la mano y le dio un suave apretón, transmitiéndole ánimos en completo silencio. Ella asintió, estremeciéndose, y se separó de su cuñado.

Salió al patio para respirar un poco de aire fresco. El frío de septiembre se le metió bajo la piel: su vestido de noche era demasiado fino, y se frotó los brazos para entrar en calor. Miró hacia el cielo, pero las nubes ocultaban la luna y las estrellas y la única fuente de luz eran las farolas de la fachada.

Estaba a punto de entrar cuando descubrió a un hombre recostado contra la pared, a dos metros de ella, fumando. La luz fue suficiente para ver su cuerpo, pero no su rostro. Lo habría pasado por alto, pero su postura le resultaba familiar. No era uno de los empleados del servicio de *catering*: llevaba un caro traje a medida que envolvía su robusta musculatura.

Se le secó la boca en cuanto se fijó en sus manos. Él se llevó el cigarro a los labios y Eva observó el punto brillante de la brasa iluminarse con intensidad cuando aspiró el humo. Luego se apagó y él se movió hasta quedar bajo el foco.

Estaba guapísimo y muy elegante. Se había peinado el cabello hacia atrás, despejándose la frente, y tenía la barba un poco más corta y cerrada. Vestía un traje oscuro, camisa blanca, corbata y la chaqueta ceñida al torso. Tragó saliva notando que se acaloraba. Un trueno rasgó el aire a lo lejos y Eva se agarró del vestido para controlar los temblores.

Reaccionó a toda prisa. Se suponía que ella no había visto a Tom en el club y que todo seguía igual desde la última vez que habían estado juntos... dos días atrás, mientras se confesaban sin palabras lo mucho que se adoraban. Luchó contra la pena y la rabia mientras caminaba hacia él, fingiendo que no pasaba nada.

—¿Vas a decirme que estás en la lista de invitados? —bromeó.

Él la miró con una expresión totalmente desprovista de emociones. Eva se estremeció: Tom jamás ocultaba sus estados de ánimo. La ausencia de una sonrisa o la mirada ceñuda disparaban todas sus alarmas.

—De hecho, lo estoy —respondió él con desgana.

Eva se puso nerviosa. Era ella la que se sentía traicionada, la que lo había visto a él con otra mujer, la que sufría por dentro mientras por fuera fingía alegrarse de su presencia.

—Me he cruzado con Constantine —comentó. Tom no dijo nada; se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Eva disimuló su irritación arreglándose una arruga del vestido—. Ayer te estuve esperando hasta muy tarde y... fui al club, a buscarte.

—¿Y me encontraste? —preguntó con brusquedad.

Deseó ponerse a gritar y a increparle que había presenciado cómo se revolcaba con otra, mientras ella se moría de anhelo esperándolo. Pero era una persona educada, y el dolor que sentía en el corazón la obligó a mantener la calma. Inspiró hondo y lo miró a los ojos.

—Tom, tenemos que hablar.

Incluso a ella esa frase le sonó tan sombría que quiso volver atrás en el tiempo para reformularla. Él reaccionó con una risa seca y sacudió la cabeza.

—¿Hablar? ¿Para qué quieres hablar? —replicó. Su tono le puso los pelos de punta—. Lo único que quieres de mí es follar para ver si espabilas. Que conste que aquí fuera hace un frío de cojones, pero si es lo que quieres...

Empezó a desabrocharse el cinturón.

—Pero... ¿qué haces? —exclamó ella, aturdida.

—¡No querrás que follemos con la ropa puesta! —dijo él bajándose la cremallera.

—No estoy aquí para eso —balbuceó—. Además, ¡estás en mi casa!

Tom se abrió los pantalones y le mostró la curva de su tensa erección dibujada sobre la tela del bóxer. Eva no sabía si taparse los ojos o salir corriendo.

—Sé lo mucho que te pone hacerlo en lugares públicos. Hacerlo en tu casa seguro que te quita toda la vergüenza de golpe.

—Estás siendo grosero.

—Y tú una estirada, pero ya sé lo que te pone cachonda. Date la vuelta y te daré los azotes que te mereces.

—¡Eres idiota! —estalló ella.

Tom apretó los labios y, en lugar de responderle, se giró, dejándola plantada. Ella deseó haber sido más inteligente, haber tenido la habilidad para formular alguna frase ingeniosa que lo pusiera en su sitio en lugar de recurrir al insulto fácil. Una corriente de indignación le subió por la garganta: el comportamiento de Tom había sido ofensivo en todos los aspectos, y estaba harta de que él se saliera siempre con la suya.

—¿A dónde crees que vas? —gruñó corriendo tras él. Lo agarró por el brazo para detenerlo.

Eva notó la tensión que ejercía sobre la tela del traje y una chispazo en el cuerpo, como si su contacto le hubiera dado una corriente. Él la miró por encima del hombro con una ceja levantada, primero a la mano con la que lo sujetaba y luego a la cara.

—O me quitas las manos de encima o te quito la ropa —amenazó.

Un escalofrío le bajó por el espinazo. Levantó la barbilla, ignorando el fuego que empezaba a arder entre sus piernas.

—¿Crees que tus amenazas me asustan? —replicó.

—Mis amenazas hacen que mojes las bragas.

—Eso no lo puedes saber —defendió.

—¿Quieres que lo compruebe?

Eva estaba perdiendo los nervios; odiaba discutir, y odiaba discutir con él. Nunca se había enfrentado a alguien como Tom, y, dijera ella lo que dijera, él siempre

encontraría una réplica y ganaría cualquier batalla dialéctica en la que se metiera.

Intentó mantener la calma para protegerse de lo que, estaba segura, sería la pelea más dura de su vida.

—Vamos a ser civilizados, Tom. ¿Podemos hablar de todo esto en un sitio más privado?

Él puso los ojos en blanco y sacudió el brazo para soltarse del agarre de Eva. Se arregló la chaqueta y se dirigió hacia la puerta del patio para entrar en la mansión. Ella se echó a temblar, sintiendo que la rabia se le acumulaba en la boca en forma de espuma. Sin poder reprimirse ni un segundo más, le gritó:

—¡Te vi con otra mujer!

Tom se detuvo. Su cuerpo estaba tenso y tenía los puños cerrados. Eva sintió un nudo en el estómago y deseó retirar sus palabras, pero ya era tarde, ya lo había dicho.

«Ja, ¿qué tienes que decir a eso ahora, eh?».

—En el club —añadió, por si acaso él no entendía a qué se refería—. Fui a buscarte al club y te vi con otra mujer.

Él se volvió.

—Eva, ¿no has dicho que querías discutir en otro sitio más privado? Aunque si lo prefieres..., podemos montar el espectáculo en el salón, delante de todos.

Ella enrojeció de ira y vergüenza.

—Deja de tocarme las narices.

—¿Y qué quieres que te toque? —preguntó él curvando los labios con una sonrisa siniestra—. ¿Por eso quieres discutir en privado? ¿Quieres usarme a escondidas para que te saque el palo del culo y te meta esto? —dijo agarrándose la erección mientras se lamía los labios.

Le picaban tanto los ojos que tuvo que parpadear, y se le escaparon unas inoportunas lágrimas. No quería rendirse, no de esa manera, siendo humillada por la persona de la que estaba enamorada. Le estaba haciendo mucho daño, y parecía disfrutarlo. ¿Por qué estaba siendo tan cruel cuando era él el que se había ido con otra mujer mientras ella lo esperaba llena de dudas?

—No sé qué mosca te ha picado... —murmuró. A su pesar, la voz le salió ligeramente tocada por la angustia en lugar de sonar firme. Siempre sería así, por mucho que se esforzara, Eva siempre sería así de débil. ¡Cuánto detestaba ser tan blanda! Quería ser fuerte, como Natalia, y poder devolverle a Tom los golpes con la misma fuerza. Pero era tan patética que ni siquiera era capaz de defenderse con dignidad—. Solo quería hablar contigo, quería averiguar qué hice mal para que tuvieras que buscar a otra mujer en el club. Pero ¿qué más da eso ahora?

—Oh, no me jodas —gruñó él—. No te pongas a llorar para darme lástima.

Eva inspiró hondo notando que se ahogaba. Apretó los dientes y se secó las lágrimas con los puños.

—No estaba dándote lástima, idiota... —susurró furiosa—. No mereces que llore por ti. No merecías ninguna de mis lágrimas. Lamento haber dejado que las vieras.

Esta vez fue ella quien inició una retirada. Lo había intentado y había fallado. Había intentado no llorar, ser fuerte y afrontar la situación poniéndose a la altura de las circunstancias. Pero no entendía el comportamiento de Tom, no entendía por qué le hacía eso.

—Yo también te vi a ti —le dijo entonces él. Eva cerró los ojos luchando por mover los pies y seguir caminando, no quería detenerse. Si escuchaba de Tom cualquier explicación, volvería a rendirse a él. Y no quería hacerlo después de todo lo que le había dicho y lo mal que se había portado—. Te vi con otro hombre.

Un trueno rugió de nuevo en la lejanía. Eva se estremeció, sintiendo pequeñas gotas de lluvia en los brazos. Lo último que quería era acabar bajo la lluvia como la primera vez que se besaron.

—No sé de qué quieres hablar, Eva —siguió Tom—. Me has engañado todo el tiempo, no has sido sincera conmigo ni una sola vez. ¿Qué sentido tiene que converse contigo? No pienso escuchar cómo me dices que tienes mucho trabajo que hacer y que no te queda tiempo para mí, cuando sé que es mentira.

Se volvió hacia él.

—¿Qué es lo que viste? —preguntó, temblando—. ¿Oíste algo de lo que dije?

—¿Importa? —replicó con dureza.

—Claro que importa —dijo con voz aguda—. Me atacas por algo que no sé lo que es. Dime qué viste y qué oíste para que me acuses de ser una mentirosa.

—¿Y qué viste tú de mí para creer que te estaba sustituyendo?

Eva levantó los brazos, frustrada.

—Tom, eres imposible.

—No follé con ella.

Su repentina confesión la pilló de sorpresa. Notó un fuerte dolor en el pecho y se llevó las manos al corazón. Debería sentirse aliviada de oírlo. Tom no se había acostado con esa chica. Pero —siempre había un pero— que no lo hubiera hecho con «esa» chica no quería decir que no lo hubiera hecho con otra.

—Podría decirte que solo la acompañé hasta su habitación, pero te mentiría —prosiguió él dando un paso hacia delante—. Iba a follar con ella y no lo hice.

Un intenso zumbido se instaló en sus oídos. Tom estaba admitiendo más de lo que ella quería escuchar. Le hubiera bastado con saber que no le había puesto una mano encima, pero había una intención, y eso dolía.

—¿Por qué? —murmuró con los ojos empañados.

—¿Por qué no me la follé o por qué iba a hacerlo? —preguntó con una mueca.

—Las dos cosas —bufó.

Quería golpearle. Hacerle daño. Él se lo estaba haciendo y Eva era incapaz de devolverle los golpes. No estaba en su naturaleza herir a nadie, ni siquiera para defenderse.

—Ya lo he admitido. Ahora es tu turno de decirme por qué me engañaste.

—Yo no te engañé...

—Solo no fuiste sincera, ¿es eso lo que me vas a vender?

Respiró por la boca para poder hablar; se ahogaba con la congestión acumulada en la nariz. No llevaba ningún pañuelo y se sentía ridícula. Sollozó, pero no para darle lástima, como él creía, sino porque no podía controlar el acceso de tristeza. Tom estaba muy enfadado y por eso la atacaba. Eva no soportaba que se enfadara con ella, tenía mucho poder, podía hacerle muchísimo daño.

—No fui sincera, es cierto —reconoció con mucho pesar—. Y lo lamento, no quería herirte ni quería que tú me hirieras a mí.

—Yo jamás lo habría hecho.

—Tom..., nunca he tenido una relación tan profunda como contigo —dijo con los labios temblando—. Y tampoco la buscaba. He visto a mi mejor amiga sufrir cuando rompía con alguien con quien tenía una relación basada en el sexo y no quería pasar por ahí. Lo he estado evitando todo el tiempo. Lo que hice fue... una estupidez.

—Sí, lo fue —murmuró él, masticando una enorme bola de rabia.

Eva se estremeció.

—Toda mi vida he sido un modelo de buena conducta. Una hija modelo, una bailarina modelo, una chica modelo. Y es horrible. Quería evolucionar como persona, y recurrí a ti en un momento de debilidad. —Admitir una cosa así delante de Tom la estaba matando, pero a estas alturas le daba igual—. Busqué en ti lo que no encontraría en otro lugar. Pensé que, como eras tan atractivo y descarado, y eres como eres, lo único que querías de mí era sexo. Así que te lo di.

—¡Qué generosa! —exclamó con hiriente sarcasmo. Eva se encogió; estaba confesándose, dándole más poder sobre ella. ¿Sería Tom capaz de destruirla hasta no dejar nada de ella? Ya no tenía sentido seguir ocultándole nada: él quería sinceridad, quería saber la verdad.

—Lo fui —sollozó—. Lo que te di no se lo he dado a nadie más. Nadie me ha visto como me has visto tú, ni siquiera sobre un escenario. —«Ni siquiera en la audición de esta mañana»—. Te he entregado todo lo que había, y no me arrepiento de haberme enamorado de ti. Lo que de verdad me duele es que tienes razón: te engañé, no puedo seguir negándolo. Enfádate. Gritame si así te sientes mejor. Lo merezco.

—Cállate —gruñó Tom, cogiéndola por los hombros. Eva se echó a temblar y cerró los ojos, incapaz de seguir enfrentándose a él. Se sentía demasiado avergonzada para hacerlo—. Vi cómo besabas a tu compañero, y cuando escuché que nuestra relación no tenía sentido..., la rabia me cegó.

—Tú y tu manía de espiarme... —murmuró ella con amargura—. Ni siquiera lo escuchaste todo...

—Te proporcioné lo que necesitabas —continuó Tom, respirando de forma más profunda—. Desde el principio quería follarte contigo, y no había más que verte para saber que no te conformarías con un polvo de una noche. Me dijiste que nunca habías sentido pasión y te la ofrecí. Me esforcé por ser un buen amante cuando no tenía por qué haberlo hecho. Y cuando te escuché decir aquello..., quise que te tragaras tus palabras.

Eva sintió que se le desgarraba aún más el corazón.

—No debías enterarte de nada —le respondió ella sin mirarlo—. Mis motivaciones no eran asunto tuyo.

—Lo eran, joder —gritó, sacudiéndola más fuerte—. Me juzgaste antes de conocerme y pensaste que te haría daño.

—No lo pensé, ¡lo sabía! —contestó abriendo los ojos, solo para encontrarse frente a la expresión atormentada de Tom. Sus ojos estaban tristes, su mandíbula tensa, había dolor en sus facciones—. Sabía que si me acostaba contigo acabaría enamorándome porque soy así de débil. Y no quería pasar por ahí. Me aseguré una y mil veces que solo buscaba conocimiento, pero no me diste ninguna oportunidad. Te metiste en mi cabeza y luego aquí —dijo señalándose el pecho, en el agujero que ahora había—. Si lo que te jode es que te haya utilizado, tú hiciste lo mismo conmigo. No tienes derecho a cabrearte así, era asunto mío lo que yo sintiera por ti...

—Por supuesto que tengo derecho a cabrearme —murmuró cubriéndole la cara con las dos manos.

Eva se agarró a la falda del vestido; el anhelo por abrazarse a él fue insoportable.

Deseaba que todo fuera como antes, deseaba sus bromas estúpidas, su escandalosa mirada de deseo, sus firmes brazos alrededor de su cuerpo. Deseaba su boca, su lengua, sus dedos. Deseaba, incluso, sus castigos.

—Yo también estoy enamorado de ti.

Se le doblaron las rodillas, y se agarró a sus hombros. Tom le rozó los labios y el cuerpo de Eva gritó, reclamando un contacto mucho más íntimo.

—No deberías —respondió con la voz entrecortada.

—Tú tampoco —resopló Tom, a un suspiro de besarla—. Solo quiero ponerte sobre mis rodillas y darte una zurra.

—Hazlo —suplicó Eva.

Él rodeó su nuca con la mano.

—A su debido momento... Ahora solo quiero estar en un lugar cómodo, privado y oscuro para resarcirme con tu cuerpo y hacerte pagar por todo. Si follamos, Eva, quiero que sea porque me deseas y no porque busques aprender a bailar mejor.

—Pues yo no quiero que corras en busca de otras porque no te doy lo que quieres...

—Eso jamás ocurrirá.

Eva cerró un momento los ojos para soportar el aluvión de dolor y euforia que se mezclaba en su interior.

—No más mentiras, Tom. Quiero que me dejes demostrarte que te amo.

Tom se hundió en su boca, desesperado por saborearla, atormentado por el dolor y la rabia. Estaba furioso. La tormenta de emociones que asolaban a Eva lo ponía de muy mal humor y, al mismo tiempo, lo volvían loco de deseo. Si la muchacha le hubiera importado menos, no habría tenido escrúpulos en destrozarle la vida solo como venganza por su traición. Pero Eva había sido víctima de su propia inseguridad y no podía culparla de querer protegerse de un tipo como él.

Eva lo agarró de las solapas y acarició su lengua entregándose a la pasión. Todavía temblaba, y Tom se sentía responsable de su desazón. La abrazó, angustiada, deseando que comprendiera que en esto se habían equivocado los dos. La falta de comunicación, la lujuria ciega y una sucesión de desdichados encuentros habían propiciado que su relación estuviera llena de sobresaltos.

Pero lo superarían. Tom quería superarlo para darle a Eva lo que necesitaba y para seguir disfrutando de su cuerpo, su compañía y su ternura. Aunque se hubiera comportado como una zorra sin escrúpulos, seguía loco por ella.

La castigaría. Le hormigearon las palmas de las manos solo de imaginarla tumbada sobre sus rodillas con el trasero al rojo vivo, suplicando perdón. Se apartó de su boca para recuperar el aliento. Eva le cubrió la cara con las manos emitiendo un sollozo tembloroso.

—Ojalá pudieras perdonarme —murmuró ella.

Mierda, hacía diez minutos que lo había hecho, en cuanto ella lo confesó todo.

—Lo haré, preciosa —Tenía que hacerse el duro. Amoldarse a sus caprichos y mostrarse siempre complaciente solo provocaría que Eva se acomodara en una zona segura. Ella necesitaba perderse en el caos; cuando Tom le imponía unos límites, ella se dejaba llevar por su lado más salvaje y se liberaba—. Cuando llegemos a ese sitio oscuro y privado al que me querías llevar. Pero si eres partidaria de que te desnude aquí mismo, puedo empezar ya.

Le bajó un tirante del vestido. Eva se mordió los labios y, tras exhalar un suave gemido, lo cogió de la mano y tiró de él hacia el interior de la casa. Tom se dejó arrastrar por ella, por su arrolladora necesidad de ser perdonada.

—¿Estás segura? —le preguntó cuando entraron por una puerta de servicio—. Me tomaré mi tiempo. No seré rápido. Quiero castigarte.

—Y yo a ti —contestó ella mirándolo. El pasillo estaba muy oscuro, pero adivinó que se había girado hacia él por el tembloroso sonido de su voz. Su tono había sido áspero, lleno de deseo. Tom levantó la mano hacia su rostro y tanteó hasta dar con sus labios para beber de ellos.

—¿Por qué quieres castigarme?

—Por tocar a otra mujer —susurró ella.

—Entonces yo te castigaré por besar a otro hombre.

Eva tiró de él y subieron por una escalera. La mansión de los Holmes estaba llena de gente y era obvio que Eva no deseaba que nadie los viera. La muchacha lo condujo por un laberinto de elegantes y ornamentados pasillos que en nada tenían que envidiar a las estancias del club Victoria. Cuando llegaron a una habitación, Tom ni siquiera se molestó en encender la luz; rodeó el rostro femenino con las manos y comenzó a besar a Eva con apasionada entrega, cerrando la puerta de una patada.

Ella se rindió de inmediato, como si hubiera estado deseándolo todo ese tiempo. Y seguramente había sido así, seguramente Eva había intentado hablar con él para decirle que estaba llena de dudas y que lo amaba. O tal vez su intención había sido hacer el amor una última vez antes de despedirse de él. No lo sabía nunca. Lo que sí sabía era que no quería dejarla escapar.

Comenzó a desabrocharle el vestido, una larga hilera de botones que descendía por la línea de su espalda. Deslizó los tirantes por sus brazos y la tela quedó desparramada por el suelo como espuma de mar a sus pies. Tom observó los contornos de los muebles en cuanto su vista se acostumbró a la oscuridad y empujó a Eva hacia la cama.

Escuchó su jadeo cuando aterrizó sobre el colchón. Tom acarició sus piernas envueltas en finas medias; la textura le provocó cosquillas en los dedos y todo su cuerpo rugió de deseo. Cuando alcanzó el encaje en la parte superior de sus muslos y tocó una ardiente franja de piel, Eva emitió un dulce gemido que lo volvió loco.

Metió las manos por debajo de su cuerpo y soltó los corchetes del sujetador. Ella lo agarró de los brazos, clavándole las uñas. El silencio en el que estaban envueltos era tan denso que se podía cortar.

Se inclinó para besar sus pechos. La piel de Eva ardía, desprendía un aroma azucarado y fresco. Podía imaginar lo ruborizada que estaba por el temblor de su respiración y la dureza de sus pezones. Se llevó uno a la boca y lo succionó con fuerza, haciendo que la muchacha se estremeciera y gimiera. Después de humedecerlo, hizo lo mismo con el otro y apretó el brote entre sus dientes. Eva le rodeó la cabeza con los brazos para apretarlo a su cuerpo, moviendo las piernas para envolverle la cintura y atrapararlo entre sus voluptuosas curvas.

El calor que exudaba estuvo a punto de hacerle perder el control. La besó en los labios para aplacar el fuego que rugía en sus entrañas. No deseaba nada más en ese momento que hundirse en ella hasta escucharla gritar de placer y sentir su cuerpo convulsionándose por el éxtasis. Pero todo había cambiado entre ellos: un polvo rápido no aliviaría el dolor, necesitaba amarla con paciencia para demostrarle que nadie más que él podía darle lo que quería.

—Me encanta tu piel —susurró sobre su boca húmeda y ardiente. Poniéndole una mano en la parte baja de la espalda, la atrajo hacia el borde de la cama para encajarse entre sus muslos. Apretó la dura curva de su erección sobre su sexo y enseguida notó lo empapada que estaba—. Y me encanta cómo respondes a mí. ¿De verdad pensabas que no querría tener esto para siempre?

Ella respondió con un entrecortado sollozo. Le desabrochó el zapato derecho, deslizó la media por su suave y firme muslo y, una vez la tuvo entre las manos, cogió una de las muñecas de Eva para rodearla con ella.

—¿Vas a atarme?

—Sí. ¿Quieres que me detenga? —preguntó en mitad de la oscuridad.

—No.

Le envolvió las muñecas con la media y se apartó de ella para rodear la cama. Tiró de la improvisada correa y Eva se estiró boca arriba sobre el colchón, con los brazos por encima de la cabeza. Tom ató el otro extremo bajo la estructura. Regresó a donde Eva tenía las piernas y se quitó la corbata, escuchando cómo ella respiraba de forma más agitada. Con un extremo, envolvió su tobillo y anudó el otro lado a una pata. Oyó que jadeaba, pero no protestó. Que no lo hiciera lo puso más duro todavía, y sintió que ardía de pies a cabeza al constatar que Eva deseaba aquello tanto como él.

Le acarició el muslo desnudo con los nudillos, disfrutando de la vibración de su piel y el chisporroteo que brotaba de ella.

—¿Eva?

—¿Qué? —murmuró ella con un hilo de voz.

—Estoy aquí —le dijo—. No me voy a ir ningún sitio.

La muchacha suspiró y se relajó. Tom cerró los ojos un momento, luchando contra el irrefrenable deseo que lo consumía. Ella quería entregarse, quería su perdón.

Cuando se sintió capaz de mantener el control, se desabrochó el cinturón y rodeó el tobillo libre de la muchacha. Separó sus muslos e inmovilizó su otra pierna a la cama. Luego se puso de pie y encendió la luz de la mesilla.

Eva parpadeó y comenzó a jadear con más fuerza. El impacto de su imagen, su cuerpo ruborizado sobre el edredón blanco, le provocó un doloroso escalofrío.

Abierta, indefensa, sometida.

Cerró los puños para aplacar la bola de lujuria acumulada en las ingles. Eva enrojeció un poco más al saberse observada y se removió tirando de las ataduras. Quizá el inicio de su relación estaba basado en un engaño, pero ahora no se entregaba por conocimiento: lo hacía porque lo deseaba.

Manteniendo una calma que estaba lejos de sentir, Tom alargó las manos para coger sus bragas y romperlas con dos tirones que sonaron como un estruendo. Ella se mordió los labios para no gritar por la impresión, su cuerpo se cubrió de sudor con rapidez y el aroma de su deseo inundó la habitación. A Tom se le hizo la boca agua.

Con movimientos revestidos de solemnidad, Tom se quitó la chaqueta del traje. Cogió una silla y la encajó bajo el pomo de la puerta de la habitación, después dobló la prenda y la colocó encima. Se desabrochó los puños de la camisa y se arremangó muy despacio. Luego se desabrochó los botones del chaleco y se sacó los faldones del pantalón. Eva no perdió detalle de lo que hacía, mirándolo con un brillo que mezclaba admiración y lujuria a partes iguales, mojándose cada vez más deprisa.

Tom observó su sexo, tentador, hinchado, brillante. Nunca había estado tan entregada ni tan hermosa. Se agachó frente a ella. Eva no dejó de mirarlo ni un instante, y la oyó contener la respiración cuando su boca quedó a un suspiro de sus anegados pliegues.

Notó que se ponía tensa cuando la cogió por una cadera con una mano. Ya estaba lo bastante inmovilizada como para no poder hacer nada, pero a él le gustaba ser consciente de tenerla bajo su control. Lo más excitante de la situación era que no había comenzado a tocarla y ella ya estaba flotando.

—Despertaste mi interés la primera vez que nos vimos, pero pensé que eras un sueño y no le di más importancia —susurró, dejando que su aliento enfriara la humedad acumulada en su sexo—. Hasta que volvimos a vernos aquella tarde en Winter Garden.

Mientras dejaba que la evocadora frase surtiera efecto, puso la boca sobre su sexo y comenzó a saborear tanta esencia de Eva como le fue posible. Había pasado un día sin probarla, sin tocarla, y había sido un auténtico infierno para él. En el momento en que la sintió sobre la lengua, su sabor le recordó el tormento por el que habían pasado y lo que podían haber perdido. Su sabor dulce, amargo, aterciopelado, se derramó por todo su cuerpo llenándolo de calor.

El jadeo que ella emitió fue directo a su miembro. Se apartó y deslizó los dedos por su suave hendidura hasta encontrar el clitoris hinchado. Comenzó a frotarlo con lentitud y oyó cómo la cama crujía cuando Eva se convulsionó.

—Quise follarte todas las veces, Eva —le dijo con dulzura—. Cada vez que te veía, quería bajarte las medias y hundir mi polla muy dentro de ti. Quería hacerte gritar y que te corrieras sin control. Pervertirte hasta que perdieras la compostura. Tu recato y buena educación me la ponían tan dura que por la noche no podía dormir si no me masturbaba fantaseando contigo.

Ella se arqueó agitando las caderas y Tom dejó de estimularla. Mordisqueó la cara interna de sus muslos hasta que la vio relajarse. Entonces separó sus pliegues con los pulgares y atacó su clitoris con la lengua, con duros golpecitos siguiendo un ritmo suave que fue creciendo a medida que el deseo la inundaba.

—¿Te gusta, preciosa?

—Sí —jadeó ella.

La excitó más deprisa hasta que la notó muy inflamada y se apartó.

—No —sollozó Eva, un sonido que hizo palpar su erección con más fuerza—. Tom...

—¿No, qué?

—No te apartes..., por favor.

—Diría que me enamoré de ti poco a poco, pero mentiría —comentó él con una risa grave—. En el momento en que te vi arrodillada delante de mí, llenándote la boca con mi polla, supe que eras la mujer de mi vida. Me la chupaste tan bien, Eva, que todavía tengo calambres. Me apretabas con el puño, me tirabas, y encima me mirabas mientras te la tragabas entera.

Notó que se estremecía con violencia, y al mirar hacia su rostro vio que ella lo estaba mirando a él. El suave color rosado que apareció en sus mejillas hizo que la deseara como nunca antes la había deseado. Tom se perdió en aquellos prados tormentosos que eran sus ojos, preciosos, inocentes, apasionados. Sin romper el contacto visual, introdujo dos dedos en su interior y se recreó en la expresión de placer que apareció en el rostro femenino.

—Oh, dios... —exclamó ella, ruborizada—. Por favor..., más...

Apretó los dientes; no estaba dispuesto a permitir que Eva se corriera. No había sufrido lo suficiente. Encontró el lugar suave y sensible de su interior y comenzó a frotarlo sin prisa y sin piedad. Cuando ella encogió los dedos de los pies, detuvo la estimulación. Ella se ahogó.

—¿Qué haces? —preguntó angustiada—. ¿Por qué...?

—Estoy deseando que me la chupes otra vez, Eva. Cuando lo haces dejo de pensar, toda la mierda del día a día desaparece y solo me queda la sensación de tu lengua y tu saliva caliente mojándome la piel. No quiero que otro hombre tenga eso —pronunció con la voz rota—. No quiero que otro hombre tenga lo que yo tengo contigo.

—¿Y qué es lo que tenemos?

Su tono agudo fue como un latigazo para sus sentidos. Se inclinó de nuevo para pasar la lengua por sus ardientes pliegues y esta vez no se molestó en seducir su carne poco a poco: apresó su clitoris con los labios y comenzó a succionarlo sin compasión, proporcionándole un placer rápido y demasiado intenso. Eva tensó los muslos bajo sus manos y se puso rígida de pies a cabeza al tiempo que tiraba de las ataduras hasta hacer crujir la cama. Él se estremeció sin control. Colocó la mano sobre su vientre y sintió sus contracciones.

Luchó contra el deseo de complacerla; quería castigarla. Se apartó de su sexo y escuchó cómo se ahogaba con un profundo lamento.

—Tom..., por favor —suplicó. Por su tono supo que se le habían saltado las lágrimas.

—No te haces una idea de lo que disfruto escuchando cómo imploras...

Deslizó dos dedos en su interior otra vez, colocó la boca sobre su clitoris y comenzó a degustarla en serio, a saborearla como un jugoso trozo de fruta mientras la follaba a fondo con los dedos.

—¡Tom!

—Me encanta cómo gimes y te retuerces —murmuró él con aspereza, un sonido nada agradable que puso a Eva más tensa aún—. La pasión que te consume me alimenta. Por tus dulces súplicas, sé bien cuánto te gusta lo que hago, te gusta que te folle y te gusta follarme. ¿Verdad?

—¡Por favor!

—¿Verdad? —insistió con dureza.

—Sí —reconoció ella temblando.

—¿Sí, qué?

—Me gusta follarte contigo...

Estaba al borde. Lo notó en su voz. En su sexo hinchado. En la fuerza con que tiraba de las ataduras. En sus rodillas, que no dejaban de temblar a ambos lados de su cuerpo.

«¡Joder, sí!». No deseaba otra cosa que verla estallar en mil pedazos.

—¿Te gusta esto? —le preguntó.

—¡Sí!

Mantuvo los dedos en su interior mientras recorría su cuerpo con la boca, besando y mordisqueando los duros músculos de su estómago, la suave curva de sus pechos, los pezones, el cuello y, por fin, su exuberante boca. Sintió que hacía siglos que no la besaba, y lo había echado de menos. Ella curvó su lengua alrededor de él: Tom le mordisqueó los labios hinchados y saboreó cada suspiro que provocaba con sus caricias.

—Te necesito, Eva —susurró sobre su boca—. Y tú me necesitas a mí.

—Sí..., sí..., por favor... Lo siento..., te necesito.

Sus enternecedoras súplicas lo endurecieron aún más. Retiró los dedos de su apretado interior para colocarlos sobre su clitoris y comenzó a acariciarla con devastadora destreza. Vio cómo ponía los ojos en blanco y echaba la cabeza hacia atrás, sin voz para gemir. Le besó las mejillas, lamio sus lágrimas y, demasiado afectado para seguir haciéndola sufrir, le susurró al oído:

—Córrete.

Ella gritó y Tom le cubrió la boca con los labios, antes de que el sonido hiciera eco en las paredes y en el pasillo. Sus gemidos reverberaron en sus oídos, respiró su entrecortado aliento y se recreó en las convulsiones de su cuerpo. Su clitoris se transformó en una piedra bajo su contacto, latiendo una y otra vez, y se empapó la mano con los apasionados fluidos que brotaron de ella.

Permaneció en su boca normalizando su respiración y dejando que ella se tranquilizara. Luego se levantó para deshacer las ataduras. Le acarició las muñecas irritadas, lamio la piel enrojecida y, cogiéndola por las caderas, puso su cuerpo boca abajo, atrayéndola hacia el borde para que pusiera los pies en el suelo.

Ella se sujetó al edredón con los puños sin dejar de temblar y lo miró por encima del hombro con expresión embelesada.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó.

Tom respiró hondo y apoyó las palmas de las manos en sus nalgas.

—¿Qué crees tú que estamos haciendo, preciosa? —contestó besándole la base de la espalda, con los ojos clavados en los de ella.

Fue subiendo por su columna, lamando cada vértebra, saboreando el sudor salado, aspirando el intenso aroma de su piel. Apartó algunos mechones que se habían soltado de su peinado para mordisquear y besar su tenso pescuezo y notó que se estremecía.

—Nunca había sentido algo así —escuchó que decía.

—¿Nunca habías estado enamorada?

—Creía que el sexo solo era sexo... —divagó—. Que si me dejaba llevar pasaríamos un rato agradable. Tú eres agradable y tierno, eres guapo y cariñoso. Yo... yo soy estúpida... y no te doy lo que quieres.

—Te dije que si repetías esa palabra, te castigaría.

Descargó una palmada en su nalga con la fuerza suficiente para hacer que su piel crepitara. Antes de que tuviera tiempo de emitir una queja, le azotó la otra nalga. Al ver cómo bajaba la cabeza y alzaba el trasero, toda la sangre de su cuerpo se precipitó hacia su pene, haciendo que se sintiera mareado.

—Tom, no quiero que otra mujer tenga lo que yo tengo contigo —confesó ella con la voz ronca.

Puso la mano sobre su sexo y se sintió satisfecho al notar su caliente humedad en los dedos.

—Aquí no hay ninguna otra mujer, Eva. Aquí solo estás tú, y para mí no existe nadie más.

La penetró con apasionado vigor, dándole exactamente lo que necesitaba y como lo necesitaba, hasta que la tuvo jadeando, sudando y suplicando. Con un dedo cubierto de jugosa crema, subió hasta bordear su ano y presionó suavemente hacia dentro.

Ella alzó la cabeza con un agudo chillido.

—Tom..., eso...

—No pienses si debe gustarte. Disfruta. Solo disfruta.

Y lo hizo. Reticente al principio, pero totalmente entregada después. A pesar de todo, Eva siempre había deseado dejarse llevar por el lado más oscuro de su naturaleza, y Tom supo que alcanzaría un punto en el cual acabaría pidiéndole más. La idea era devastadora para su autocontrol.

—¿Te gusta? —preguntó, solo para escucharla gemir.

—Sí..., me gusta.

Tom exhaló un suspiro lleno de fuego. Tenía la camisa pegada al cuerpo, y su erección estaba punto de desgarrar los pantalones. Sin dejar de estimular su estrecho orificio, se desabrochó la bragueta y se bajó los calzoncillos lo justo para liberar su miembro. Dejó de acariciarla. Ella levantó la cabeza para mirarlo y Tom se estrelló contra su mirada. La cogió por las caderas, la acercó hacia su regazo y cogió aire antes de zambullirse en el ardiente interior de su sexo. Notó que se tensaba alrededor de él, clavó los dedos en su carne y se introdujo centímetro a centímetro notando que se rompía en dos.

«No te la mereces».

Comenzó a deslizarse en su interior con un ritmo fuerte y constante. Su glande fue abriéndose paso en sus entrañas. Ella estaba tan apretada como de costumbre, y el calor de su cuerpo amenazó con hacerlo explotar.

—Eva...

Ella respiró temblorosamente y separó un poco las rodillas, ofreciéndole espacio. ¡Oh, sí! Se deslizó hasta el fondo. Ella soltó un grito agudo. Una eternidad después, se encontró enterrado hasta la empuñadura. Se agarró a la curva de sus caderas y dejó caer la cabeza hacia atrás con un gemido.

Se dio cuenta de que ella no había dejado de mirarlo en ningún momento. Antes de perder definitivamente la cabeza, se inclinó sobre la cama y cubrió la espalda de Eva con su pecho. Ella alzó la cabeza un poco más y Tom se lanzó sobre su boca, ansiando fundirse con ella en todos los aspectos. Se le contrajo el vientre al sentir su carne rodeándolo por todas partes. Comenzó a sudar. Agobiado por el calor que desprendía el cuerpo de Eva, apoyó las manos sobre la cama para aguantar su peso e impulsó las caderas hacia ella, inmovilizándola contra el borde del colchón. Ella gimió, hundiendo la cara en el edredón.

Se inclinó un poco más, hasta colocar los codos a cada lado de sus hombros. Buscó su boca y se pegó a su mejilla húmeda.

—Estás tan mojada que me resbalo, nena —murmuró apretándose a su cuerpo. Estaba sumergido en ella, un mar de aguas ardientes—. Me empapas las piernas, noto cómo tus jugos me bajan por los muslos.

—Por favor..., cállate y muévete —suplicó ella.

—No —contestó más rígido cada vez—. Me gusta tenerte así, debajo de mí mientras tiembles sin parar.

Ella empujó las caderas contra él y Tom se estremeció. La sujetó con una mano en la cintura para impedir que se moviera y metió la otra entre su cuerpo y el colchón para tocarle el clitoris. Ella comenzó a temblar, balbuceando dulces incoherencias. ¡Joder! Era increíble, deseaba quedarse allí para siempre.

Eva retorció las caderas de un modo enloquecedor. Tom le clavó los dientes en el hombro sin dejar de frotar sus empapados pliegues y se retiró por completo, con tortuosa lentitud. Notó cómo estaba a punto de salir de ella y embistió con fuerza, acompañando su acometida con un furioso gruñido.

Ella se curvó debajo, gritando. Tom le cubrió la boca con una mano y comenzó a moverse. Eva se entregó por completo, gimiendo y temblando. Su sexo, inflamado y rebosante, se ceñía dolorosamente alrededor de su erección cuando la penetraba. Se volvió loco de amor, sumergiéndose en ella una y otra vez. El ardor del deseo lo aniquiló.

Los dos se habían equivocado, los dos habían juzgado sin saber, los dos se habían hecho daño mutuamente. Pero ese momento era suyo, en ese instante no importaba nada salvo sus cuerpos y la ardiente necesidad de demostrar sin palabras lo mucho que se amaban.

Quería mirarla, perderse en sus ojos. Detuvo las acometidas sintiendo que todos sus músculos gritaban y se retorcían. Salió de ella. Eva se estremeció de horror, como si temiera ser abandonada en un momento así. Tom la cogió por la cara para besarla con todo el amor que sentía, asegurándole que todo iba bien, que seguían juntos en esto. La tumbó de espaldas sobre la cama y la abrazó. Ella le echó los brazos al cuello y respiró con fuerza, rodeándole las caderas con sus habilidosos muslos, apretándose contra su cuerpo sin dejar de temblar.

—Eva... Mírame.

Ella clavó unas pupilas grandes y oscuras en él. Y también le clavó las uñas en la espalda, arañándolo de desesperación.

—Te amo —le dijo ella con ardiente convicción, como si temiera que no la creyera.

Sintió que el mundo se salía de su eje. ¿Cómo había sido capaz de hacerle daño? ¿Cómo podía siquiera pensar en hacerla sufrir cuando ella estaba hecha para amar y ser amada?

«¿Amada por ti?».

—Joder... —murmuró él sobre su boca, con el alma tan desnuda como la de ella—. Yo también te amo, nena. Me vuelves loco. Necesito que te corras, quiero sentirte... y no llevo preservativo...

—En la mesilla... —sollozó ella.

No supo cómo, pero dio con un pequeño paquete, y se enfundó uno tan deprisa que se murió de alivio cuando se sumergió en ella. Jadeando sin control, Tom la cogió por las caderas y comenzó a amarla como ella merecía, con pasión, observando su expresión extasiada mientras movía las caderas con desesperación. Eva gimió sujetándose a su espalda. Tom la embistió con fuerza, entrando y saliendo de ella con abrasadora intensidad, resbalando dulcemente por su interior. Notaba cada

centímetro de piel palpitante rozarse contra las paredes de su sexo, su cuerpo se agitaba con el brio de siempre y la boca impaciente de Eva reclamaba un millón de besos que se apresuró a ofrecerle.

—Tom —jadeó mirándolo con un brillo demoledor en las pupilas.

—Eres maravillosa —exclamó—. Tú... eres tan buena... ¿Te das cuenta de lo que tenemos? ¿Lo sientes? —preguntó sin dejar de hundirse en su interior, sumergiéndose en ese remanso de placer que tanto gustaba a los dos. Hundió la cara en su cuello húmedo y jadeó en su oreja, apoyando una mano en el cabecero para empujarla con más fuerza—. ¿Sientes lo bueno que es esto...?

—Sí..., claro que lo siento... —respondió resoplando, enloquecida—. Es bueno —dijo con la voz quebrada.

—Prométeme que lo recordarás. Que no olvidarás lo bueno que es. Cuando las cosas se pongan feas, recuerda esto. ¡Promételo!

—Lo juro —exclamó.

—¿Qué juras?

—¡Que lo recordaré!

El acto se convirtió en una sinfonía de jadeos, gemidos y muelles crujiendo. El sudor le cubría el pecho y la espalda; fuera estaba cayendo una tormenta del demonio y él se abrasaba de tal manera que estaba casi debilitado. Su sistema estaba sobrecargado por la necesidad y el placer y por un amor demasiado intenso. Así es como debía de sentirse Eva cada vez que él la llevaba al orgasmo, aterrada de lo que sentía.

Como si fueran un solo cuerpo, siguieron el ritmo hasta fusionarse en un baile perfecto. La sensación se magnificó cuando el orgasmo comenzó a asomarse y Tom se sintió impotente al notar que el control se escapaba de entre sus dedos. El corazón rugió, sus músculos se tensaron. Incluso se le erizó el vello de los brazos.

Iba a resultar demoledor.

Se sujetó a ella y la besó de nuevo, sin dejar de mirarla.

—Por favor... —suplicó—. Tom, te necesito...

—Sí —rugió—. Córrete, Eva.

Incluso antes de que terminara de decir su nombre, ella emitió un grito profundo y primitivo. Tom la acalló con un beso, saboreando la inmensa satisfacción que hacía que se sacudiera. Con un rugido aceleró sus embestidas para impulsarse hacia un devastador orgasmo. Eva empezó a temblar, a ceñirse en torno a él. Observó sus hermosas facciones contraerse por el placer, sus ojos empañados por la fuerza con la que se corría y el dolor que siempre la acompañaba al encontrarse de repente desprotegida, desnuda y expuesta. El éxtasis los cegó y se derramó en ella en cuerpo y alma con tanta fuerza que, sin poder seguir embistiendo, se derrumbó sobre su cuerpo con una firme acometida que la levantó del colchón.

Mareado, escuchó que sollozaba y la abrazó, consciente de todo lo que la hacía única. Las exuberantes curvas de su elegante figura, sus músculos desarrollados, su destreza y flexibilidad. La suavidad de su piel, la generosidad de sus pechos, el color de sus mejillas cuando se escandalizaba. Su buena educación, su gran corazón, su sensibilidad.

—Deja que te demuestre lo mucho que te amo —acabó diciendo, incapaz de seguir callado.

—Ya lo estás haciendo —susurró ella.

—Ven conmigo al Victoria, Eva. Ahora. —Fue una súplica, pero no le importó. Podía follarla cuantas veces quisiera en esta cama, pero si no le demostraba su dominio y su control, no se quedaría tranquilo—. Quiero grabar mi presencia en cada rincón de tu cuerpo para que no vuelvas a dudar ni un instante de la delicia que supone tenerte conmigo. Te follaré durante horas, no saldré de tu cuerpo ni un solo segundo, hasta que el roce me desuelle la polla...

Ella le cubrió la cara con las manos; la luz de la mesilla le permitía ver su expresión de amor y cariño. Nadie lo había mirado así, nunca.

—Toda mi vida he hecho lo que me han dicho —empezó a decir ella—. Creía que ser responsable era que mis padres se sintieran orgullosos cuando me comportaba de la manera correcta. Tenía que ser educada y amable, y no dejar que las emociones me nublaran. Pero tú has cambiado por completo mi percepción. Contigo me siento igual de bien que cuando estoy bailando. Me siento bien. Me siento útil.

Tom notó que su erección revivía.

—Lo que hagas en tu vida privada es cosa tuya, Eva. Tú eliges cómo vivirla...

—Quiero que sea contigo —murmuró acariciándole el pelo. Tom cerró los ojos y se apretó contra la palma de su mano.

Su corazón latía a mil por hora. Estaba nerviosa, aliviada, eufórica: por primera vez sentía lo que era la felicidad. No podía dejar de mirar a Tom, tan guapo y tan excitante, con la mirada relajada después del orgasmo. Le había dicho todo lo que podía decirle, se había expuesto, le había entregado su cuerpo y su corazón, y no quería entregárselo a otro que no fuera él.

Le acarició las cejas y Tom se inclinó para besarla. Todavía estaba vestido, lo que era perturbadoramente excitante. Y todavía estaba dentro de ella, colmándola por todas partes. Deslizó las manos por la enorme espalda, buscando los bordes de la camisa para tocar su piel caliente y húmeda. Quería disfrutar al máximo las sensaciones del cuerpo de Tom, explorar cada centímetro y descubrir qué cosas lo volvían loco.

En mitad de aquel apacible silencio, escucharon unos golpes en la puerta de la habitación. Tom miró hacia allí frunciendo el ceño. Durante unos tensos segundos, no dijeron nada, ni siquiera respiraban.

Sonaron tres golpes más.

—Eva, sé que estás dentro. Abre la puerta, por favor.

«¡No puede ser!».

Tragó saliva mientras los oídos le pitaban. Tom apretó la mandíbula y la miró fijamente, llevándose un dedo a los labios para indicarle que estuviera callada. Se mordió los labios cuando él se retiró de su interior, levantándose de la cama evitando hacer demasiado ruido.

—¡Eva! Quiero que abras la puerta. Ahora.

Se levantó de la cama y cogió una bata del cajón. Dios mío, ¿qué podía hacer? ¿Esconderse dentro del vestidor? Miró a Tom, que se arreglaba la ropa lo mejor que podía, aunque nada podía hacer para disimular el rubor de sus mejillas ni su cabello despeinado. Pensó que si se quedaba callada y quieta, se cansarían de llamar.

Los golpes se hicieron más fuertes.

—Eva, sé que estás dentro. Y sé que hay alguien contigo. Abre la puerta, por favor —aunque la voz sonaba autoritaria, estaba llena de calma.

Se echó a temblar. No quería abrir la puerta. Podía adivinar lo que sucedería si encontraban a Tom dentro de su habitación. Tenía que afrontar la situación como una adulta, pero no quería. Quería seguir dentro de su fantasía, de su sueño cálido de amor. Quizá si cerraba los ojos...

Golpearon la puerta de nuevo. Se fijó en que Tom había puesto una silla para bloquearla cuando él se acercó para coger la chaqueta que había dejado doblada encima. Cuando agarró el respaldo para retirar el mueble, ella negó con la cabeza y lo detuvo. Sabía que se estaba comportando como una niña pequeña, pero el miedo y el dolor ante la pérdida que estaba a punto de sufrir la tenían paralizada. No había llegado hasta aquí para perderlo todo.

Tom le dio un beso en los labios y ella lo abrazó. Si ignoraban los golpes en la puerta, se cansarían y se marcharían.

—Abre la puerta, preciosa —le susurró él.

—No quiero...

—Me amas. Y yo te amo a ti. No va a pasar nada malo. Solo tienes que decirlo en voz alta. Todo saldrá bien, confía en mí.

Sí, confiaba en él. En quien no confiaba era en su padre. Tom no sabía lo que decía, y no podía detenerse a explicarle por qué no quería abrir la puerta. Dios, todo se estaba desmoronando y ella había estado tan feliz que no estaba lista para enfrentarse a la realidad.

—Evangeline, abre la puerta. No quiero tener que echarla abajo —dijeron desde el otro lado.

Miró una última vez a Tom. Tenía que ser fuerte, tenía que enfrentarse a sus padres, ese momento tenía que llegar tarde o temprano, así que mejor ahora, cuando el amor rebosaba de su pecho. Besó las manos de Tom para grabarse su tacto en los labios y abrió la puerta.

El pánico y la mortificación abrieron un agujero en su pecho. La figura del coronel Nicholas Holmes ocupaba todo el ancho del pasillo y la miraba con decepción y censura. Jamás la había mirado de esa forma. Su padre tenía los ojos verdes como ella, el color de un bosque encantado que a ella siempre le había parecido cariñoso. Ahora estaban cubiertos por un velo de autoridad, y el uniforme que se había puesto para la ocasión le confería un aire más autoritario y amenazador que de costumbre.

Quiso decir algo para defenderse. Algo estúpido como «No es lo que parece», pero tenía la seguridad de que hablar solo empeoraría las cosas. Todo lo que dijera podía ser usado en su contra, y ahora mismo no sabía lo que podía pasar.

Deseó que el suelo se abriera bajo sus pies cuando su padre miró por encima de su hombro hacia el interior de la habitación. Dentro olía a sexo y a sudor. Eva no quiso mirar, pero podía formarse una idea del aspecto de su cama con las mantas revueltas, los cojines por el suelo y las ataduras de Tom colgando de los bordes. Por no hablar de su vestido tirado en el suelo, el sujetador o las bragas rotas.

Su palidez se transformó en bochorno, después en vergüenza y por último en culpa. Se sintió como una niña que jugaba feliz a saltar los charcos y de pronto se hundía en uno demasiado profundo, enfangándose hasta el cuello, manchándose el caro vestidito de barro.

Pero no había llegado hasta ahí para dejar que todo se fuera a la mierda. No había superado parte de su inseguridad para no afrontar la situación en ese momento.

—Papá... Todo tiene una explicación —dijo. Se felicitó por sonar tan firme.

Antes de que pudiera añadir nada más, su padre la sacó al pasillo. De reojo vio cómo Clancy y otro hombre del personal de seguridad entraban en su habitación.

—Calma, compañeros, no es necesario ser bruscos...

Se abalanzaron sobre Tom, lo tiraron al suelo y amarraron sus manos a la espalda con bridas. Eva tardó un poco en asimilar lo que estaba pasando, no esperaba que se echaran sobre él como perros de presa, había esperado mantener una conversación civilizada con su padre. Saltó hacia él, pero el coronel la retuvo agarrándola tan fuerte de los brazos que le hizo daño.

—¿Qué hacéis? Eso es innecesario —exclamó mirando a su padre. Él no dijo nada.

—Lo estáis dejando muy flojo —dijo Tom con una sonrisa sombría. Lo pusieron en pie y lo arrastraron fuera de la habitación. No se resistió.

—¿Estáis locos? —gritó Eva, viendo cómo se lo llevaban como si fuera un delincuente. Intentó seguirlo, pero su padre volvió a retenerla—. Dejadlo en paz, ¿qué os pasa? ¿Qué hacéis?

Tom volvió la cabeza hacia ella, pero Clancy lo obligó a mirar al suelo con demasiada brusquedad.

—Papá, no es lo que piensas —le dijo al coronel. La frase sonó peor de lo que esperaba en voz alta, pero el deseo de proteger a Tom y de evitar que le hicieran daño era más fuerte que su pudor—. No sé qué crees que hemos hecho, pero no es lo que piensas... Soltadlo, por favor...

Desaparecieron al final del pasillo. A Eva no le pasó inadvertido que se dirigieran a las escaleras de la parte de atrás. Su padre quería que aquello se llevara con discreción, no buscaba un escándalo.

—No digas ni una palabra, Eva. Vamos a mi despacho.

—¡No! —chilló ella, incapaz de entender aquel sinsentido—. No sé qué estás haciendo, pero no me voy a callar. Estás siendo exagerado...

—Eva, no quiero que tu madre se entere de esto. Hablaremos en mi despacho, no en mitad del pasillo. Vamos.

Cuando la soltó, pensó en correr detrás de Tom, pero sabía que sería inútil. Volvió a ser la Eva de siempre. Mantuvo la calma y la compostura, sin perder los nervios. Los Holmes funcionaban así; Eva sabía que, por mucho que llorara y pateara, solo haría el ridículo y gastaría unas energías que necesitaba para hacer otras cosas, como salvar a Tom del peligro en el que estuviera.

Siguió a su padre hasta su enorme despacho, una habitación que a ella siempre le provocaba escalofríos. No había ni una nota de calidez en los muebles, en las fotografías colgadas en las paredes ni en las vitrinas donde el coronel guardaba su colección de figuras de guerra. En la pared que se alzaba tras el escritorio había un plano gigantesco del destructor HMS Chatham, el primer buque de guerra del que fue capitán.



—Siéntate.

Eva se quedó de pie. Con las manos temblorosas, tiró de la bata para cubrirse el cuello y el pecho. Estaba desnuda debajo y se sentía totalmente indefensa.

—Lo amo, papá. No me importa lo que pienses o lo que diga mamá. Lo quiero y quiero estar con él.

Eva siempre había querido tener un romance como los de sus ballets. Un amor ardiente capaz de vencer cualquier obstáculo. Pero no había tenido en cuenta que en *Romeo y Julieta* los personajes acababan muriendo, que *Giselle* moría de pena tras haber sido engañada y que las *willis* eran espíritus vengativos con forma de mujer que engañaban y asesinaban a los hombres según sus caprichos. Dependiendo de la versión, Odette moría después de ser abandonada por Sigfried. Y, en el ballet original de *Metamorfosis*, Pígalión asesinaba a Galatea, descubriendo después su identidad.

Las historias de amor del ballet no siempre terminan bien. Se apretó las manos contra el pecho; acababa de confesarle a su padre que amaba a un hombre. ¿Por qué parecía que hubiera hecho algo horrible?

—Tom no ha hecho nada malo para que lo trates así. Él también me quiere...

—Tu madre estaba preocupada por ti —comenzó su padre sentándose detrás del escritorio—. Estaba muy alterada porque preferías estar en casa de tu abuela en lugar de estar con nosotros. Dice que te comportabas de forma inadecuada, que le contestabas con malos modos, que no respondías a sus llamadas y que te peleaste sin una razón con Gregory Spencer.

—¿Sin razón? Me dio una bofetada, papá —murmuró al borde de la histeria—. Estaba siendo egoísta, me agobiaba y me esperaba a la salida del teatro para decirles a mis compañeros que nos íbamos a casar. Le dije dos veces que no quería nada con él, que quería dejarlo. Se enfadó, se puso violento, me empujó a un callejón y me manoseó, me besó, intentó forzarme... ¿Es eso culpa mía?

Fue obvio que aquella información no había llegado hasta él, porque al señor Holmes le tembló un músculo de la mejilla.

—Permites que Spencer entre en Holmes West Manor y te llevas a Tom como si fuera un criminal. ¡Él no estaba haciendo nada malo! —insistió.

El coronel resopló por la nariz, como hacía cuando estaba furioso.

—Eres demasiado joven, Evangeline.

Aquel argumento era tan absurdo que no estaba segura de haber escuchado bien. Antes de venirse abajo y ponerse a gritar sin control, recuperó a la Eva que había en su interior y que nunca perdía los nervios.

—¿Demasiado joven? Soy adulta y tengo un trabajo.

—Sigues viviendo en nuestra casa —dijo el coronel—. Estás bajo mi cuidado, yo pongo las normas, te gusten o no te gusten. Si tu madre me dice que está preocupada por ti, tengo que saber si te sucede algo malo.

Un nudo de amargura le oprimió la garganta.

—No me has preguntado. Es mi vida de la que estás hablando, papá. En lugar de preocuparte por mí, me impones unas normas y esperas que las cumpla. Y cuando no lo hago, me lo recrimináis. No soy una mascota, soy tu hija.

—Precisamente porque eres mi hija, estoy hablando ahora contigo. Siéntate —demandó con más autoridad.

Eva clavó los pies en el suelo y no se movió.

—Solo os importa que me comporte como queréis, que haga lo que vosotros queréis y que me enamore de quien vosotros digáis. No os gusta que baile, que llegue tarde de ensayar o que hable con alguien que no sea de nuestro círculo social... No quiero seguir así.

—Evangeline —dijo su padre levantando la mano—. Siempre has sido una muchacha racional. Ahora no lo estás siendo.

—Estoy siendo muy racional —respondió con frialdad—. No quiero seguir viviendo con vosotros. Y no quiero que mamá vuelva a dirigirme la palabra. Quiero bailar y quiero estar con Tom. Dime qué has hecho con él.

—Siéntate.

—Voy a quedarme de pie.

El señor Holmes podía ser un brillante y autoritario militar, pero Eva era su hija y la disciplina la llevaba en la sangre. No se sentaría porque él se lo ordenara.

—Tu madre estaba preocupada por ti. Y yo también. Y tengo mis razones. Será mejor que te sientes.

—No.

—Muy bien.

Abrió un cajón del escritorio y sacó una carpeta con un generoso volumen de contenido. Lo dejó caer frente a ella y esperó.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, recelosa.

—Ábrelo.

—A menos que sean las escrituras de la casa de Winter Garden, no lo voy a mirar.

—Es algo que te afecta directamente, y tiene que ver con ese hombre al que llamas Tom.

Eva miró a su padre como si le acabara de salir una segunda cabeza y notó que se le aflojaban las rodillas. Tuvo un mal presentimiento, y empezaron a zumbarle los oídos.

—¿Lo has... investigado? —preguntó, odiando que su voz sonara igual de sumisa que de costumbre.

El señor Holmes asintió. Por supuesto que lo había hecho, era su responsabilidad como padre controlar con quién estaba su hija. Si lo había investigado había sido porque estaba con ella, y su padre sabía que los encontraría juntos en la habitación. Se mordió la boca para mantener la calma.

—Eres Evangeline Holmes, mi hija menor, con todo lo que eso conlleva. Tengo que saber dónde estás a todas horas, es mi deber protegerte.

—¿Me has estado espiando? —Su garganta empezó a arder con lágrimas de frustración no derramadas—. Clancy... Se lo pediste, ¿verdad? Le ordenaste que me siguiera.

—Nos centraremos en eso después. Ahora, abre la carpeta, Eva. Y lee.

—No. —Empujó la carpeta hacia su padre con convicción—. Sé dónde trabaja. Si son fotografías de relaciones que haya podido tener antes de conocerme, no quiero verlas. Quiero verlo a él.

El señor Holmes deslizó la carpeta otra vez hacia ella.

—Lee. Después reconsiderarás la idea de volver a verlo.

Eva no quería ceder. Esa carpeta estaba ahí para romperle el corazón, un corazón que acababa de recomponer y todavía estaba muy frágil y tierno. Confiaba en Tom. Confiaba en su palabra, había sido sincero con ella en todo momento. Jamás le había mentado.

Pero las dudas estaban ahí, sobre la mesa. Eva no conocía nada de Tom. Se dio cuenta de que solo conocía su nombre, que era escocés por su acento y que trabajaba como jardinero además de como vigilante. Si la señora Lansbury confiaba en él, no podía ser un mal hombre. Y Constantine parecía un tipo legal. Tenía que aferrarse a eso.

—No lo voy a leer.

—En ese caso, permite que te haga un breve resumen.

El señor Holmes abrió la carpeta y extendió una serie de informes y fotografías sobre la mesa. Eva cerró los ojos con fuerza. Si no miraba, no lo leería.

—Alistair Thomas Campbel Macbay, de Edimburgo. Segundo hijo de la familia Macbay. Estudió en Eton hasta los diecisiete años. Un mes después de cumplir la mayoría de edad, fue condenado a diez años de cárcel por un delito de robo con violencia. Actualmente se encuentra en régimen de libertad condicional.

Eva se sentó en la silla que tenía más cerca. No porque quisiera estar sentada, sino para no caerse al suelo. Su padre comenzó a enumerar los delitos de Tom, cada cual más horrible que el anterior, y Eva pensó que se trataba de una broma. Robo, violencia, peleas y tumultos en prisión, lesiones graves a otros reclusos y funcionarios.

Sintió ganas de vomitar cuando su padre terminó de enumerar todas las cosas espantosas que había hecho Tom fuera y dentro de prisión.

Él no era violento. No era cruel. No era un delincuente. Tom era socarrón, amable, tenía unas manos preciosas y unos labios de ensueño. Cuidaba de las flores en

casa de la señora Lansbury y trabajaba en el club Victoria como vigilante de seguridad. Era un hombre protector, no había ni un gramo de maldad en él.

—Personas como él deben mantenerse lejos de personas como nosotros. Es un criminal muy peligroso que...

—Jamás ha sido peligroso —balbuceó. Su mirada recayó entonces en una fotografía que había sobre el escritorio. Era un Tom mucho más joven, con el pelo más corto, sin barba y una mirada de profundo odio hacia el mundo. El castaño de su cabello era más brillante—. No sabes nada sobre él —susurró Eva, aferrándose al recuerdo de sus besos. Todavía tenía el cuerpo caliente, todavía olía a él. Todavía lo sentía dentro de ella.

El señor Holmes deslizó una fotografía sobre el escritorio en la que aparecía una mujer con el rostro y el cuerpo golpeados. Se llevó las manos al vientre para controlar las arcadas. Su cordura pendía de un hilo en este momento; tuvo que apartar la mirada y ocupar la mente en pasos de baile para tapar la imagen que acababa de ver.

—Soy tu padre. Tengo la responsabilidad y la obligación de protegerte. No he llegado a tiempo de evitar que te sedujera, pero es comprensible. Todavía eres joven, siempre has sido demasiado romántica y un poco ingenua.

—¡Soy adulta! —insistió ella, pero ya no creía en sus propias palabras, y su convicción flaqueaba—. No me ha engañado ni me ha mentado, ni soy una idiota ingenua que se deja seducir por cualquiera.

«Lo eres».

—No vamos a discutir eso ahora —zanjó agitando la mano para restar importancia a su enfado—. Ahora leerás toda esta documentación para que sepas con quién has estado todo este tiempo. No te va a gustar. Cuando te calmes, hablaremos sobre tu repentino interés en el club Victoria y tus aventuras nocturnas por Harrington Place.

—¿Espiar a tu hija adulta? Eso es acoso, papá. ¡Acoso! ¿No te das cuenta? —exclamó.

—Te hemos educado para que fueses responsable, y faltar a los ensayos para estar con un hombre, que además es un delincuente reconocido, no es lo correcto.

—¿Cuándo he faltado a un ensayo? Dios mío, estáis chiflados. Tom no ha hecho nada malo, todo fue consentido. No me ha forzado a hacer nada que yo no quisiera.

La otra Eva se habría muerto de vergüenza confesando una cosa así. Ahora lo dijo con toda la dignidad que podía en una situación como esa. El coronel endureció la mirada.

—Veo que no me estás entendiendo. Ese hombre es peligroso y quiero que te mantengas alejada de él.

—No quiero.

—Te guste o no, es algo que va a pasar. Si vuelves a relacionarte con él, me encargaré de que aparezca una denuncia en su expediente por lesiones graves. Dada tu profesión, sé que tienes muchas, y no será necesario que declares nada.

Habían superado una dura pelea, habían confesado que se amaba, se habían entregado el uno al otro.

Todavía no se lo podía creer.

—Trabaja como vigilante de seguridad —dijo ella.

«¿Quién contrata a un criminal como vigilante de seguridad?».

—No lo será dentro de poco.

—No puedes hacerle esto, papá —susurró ella, con los ojos llenos de lágrimas—. No puedes... —Notó que se ahogaba, que no podía respirar ni pronunciar ninguna palabra—. No puedes hacerme esto...

Había confiado en Tom, se había puesto en sus manos. Le había entregado su vida, su bienestar, su felicidad. Una malsana sensación le cubrió la piel, la sensación de haberse entregado a la lujuria sin medida. Lo que antes parecía maravillosamente liberador, ahora resulta decadente y perturbador.

¿Cuál había sido el crimen de Tom? ¿Acaso las mismas manos que le causaban placer hicieron daño a alguien alguna vez? La piel de sus nalgas crepitó en cuanto recordó la firmeza de sus azotes. Se negaba a creer lo que le decía su padre.

—Si sabías que era un criminal, ¿por qué lo invitaste a venir? —preguntó ella con amargura—. Estaba en la lista de invitados. Y la primera vez que lo vi estaba aquí, en nuestra casa. Si es tan peligroso, ¿qué hacía en Holmes West Manor?

El coronel recogió las fotografías para guardarlas en la carpeta y se la entregó a Eva.

—Ve a tu habitación y lee detenidamente todo lo que hay en este informe. Eso servirá para que te hagas una idea del peligro al que te has expuesto.

—Nunca me he sentido en peligro —aseguró ella. Le temblaba demasiado el labio inferior para que su frase hubiera sonado seria.

—Entiendo que un hombre de su clase pueda haberte parecido atractivo, todos nos sentimos atraídos por las cosas que son diferentes a lo que conocemos, y muchas veces esas cosas no son buenas. Ese hombre solo se acercó a ti por el dinero que posees, porque eres joven y, a pesar de las continuas advertencias de tu madre, porque no te has casado ni has formalizado ningún compromiso. Eras un blanco fácil.

Sabía que su padre solo se estaba inventando aquello, pero Eva estaba demasiado afectada. La semilla de la duda comenzó a germinar y sintió que se mareaba, que su estómago no sería capaz de retener el contenido. Se levantó de la silla y salió del despacho del señor Holmes con el cuerpo entumecido, sin saber muy bien a dónde se dirigía.

Unos brazos suaves y familiares la envolvieron en algún momento.

—Eva, cielo...

Ella miró a su hermana y se echó a llorar.

Se despertó temblando. Había tenido otra pesadilla y no recordaba muy bien los detalles, pero la sensación de parálisis y entumecimiento tardó un buen rato en desaparecer. Se cubrió con el edredón y lloró un poco más.

Había tocado la felicidad con los dedos. Había sentido su calidez envolviéndole el corazón y ahora solo era un recuerdo agradable revestido de nostalgia.

Llamaron suavemente a la puerta de su habitación.

—Señorita, su desayuno está listo. Clancy está esperándola abajo.

A ella le encantaban los lunes. Después de un aburrido domingo sin bailar, sin ver a sus compañeros y sin sentir la música acariciando su piel, estaba ansiosa por empezar la jornada en la compañía. Pero ese lunes no quería ni siquiera levantarse de la cama. Apenas podía sentir otra cosa que pesar.

Estrechó con fuerza la corbata de Tom entre los dedos. La había encontrado anudada a la cama cuando regresó de hablar con su padre, llevando en brazos la carpeta que contenía todos los antecedentes del hombre al que amaba.

No la había tocado desde que la dejara sobre la silla. No quería leer lo que había dentro; si lo hacía, todos los recuerdos de Tom quedarían envenenados. Tampoco quería esconderla, prefería mantenerla a la vista para tenerla bajo control, como si así pudiera evitar la tentación de abrirla.

Se lavó la cara, se maquilló para disimular las ojeras y se recogió el pelo. Se vistió y guardó todas sus cosas en la bolsa de ballet. Todo excepto el teléfono móvil, ya que su padre se lo había quitado para evitar que se comunicara con Tom. Bajó por las escaleras del patio para evitar cruzarse con sus padres y salió por la puerta de atrás. Cuando llegó a donde estaba aparcado el Jaguar, no dijo ni una palabra. No saludó a Clancy como de costumbre; de hecho, ni siquiera lo miró. Se metió en el interior y esperó a que él pusiera en marcha el motor.

El trayecto hasta la compañía fue un infierno. Eva derramó lágrimas en completo silencio; ni siquiera el calor de los asientos o las melodías de Chopin la tranquilizaban. Al contrario, la ponían más triste. Cuando llegó a la compañía, ni Clancy ni ella dijeron nada. Eva sabía que, aunque le preguntara por Tom, el chófer no le respondería. Había sido él quien lo había sacado de su habitación como a un delincuente, y a Eva se le revolvían las tripas de preocupación.

Desayunó en la cafetería. A pesar de no tener apetito, necesitaba energía para los ensayos y las clases, así que comió sin saborear nada. Entró en el aula cuando todos estaban en pleno calentamiento, dejó caer la mochila y comenzó a estirar.

—Estás muy tensa. Relaja los brazos —dijo el señor Maloney cuando pasó junto a ella. Cubrió su hombro con una mano y colocó la palma de la otra sobre su vientre, sin llegar a tocarla, dejando un espacio por el que fluyó una chisporroteante energía—. Inspira hondo, desde el estómago, hacia arriba...

Eva se dejó envolver por su voz sedante. El maestro la guio con suaves inspiraciones, y, a medida que estiraba los músculos, estos se despertaron trayendo a su memoria los cálidos recuerdos de Tom. Se le humedecieron los ojos.

—Eva, quizá quieras tomarte un descanso —susurró el profesor.

—No, no —negó con la voz quebrada—. Quiero dar la clase. Por favor.

El maestro se mantuvo a su lado unos minutos antes de comenzar con los ejercicios. Le advirtió un par de veces que tenía que hacerlos más despacio, llenando su espíritu con los pasos de ballet.

A medida que su cuerpo entraba en calor, su corazón se fue llenando de paz. Echó un vistazo al resto de la clase cuando se cambiaron las zapatillas y descubrió a Gabriel en el centro charlando con sus compañeros. Él se dio cuenta de que lo estaba observando y le dedicó una de sus cálidas sonrisas. Quiso acercarse a él para abrazarlo y protegerse entre sus fuertes brazos. El bailarín no le pediría explicaciones, le daría un abrazo, porque eso era justo lo que necesitaba.

Se sintió muy extraña cuando comenzaron con los ejercicios de centro, los saltos y las piruetas. Su cuerpo había estado repleto de amor y satisfacción, rebosante de alegría. Ahora era una cáscara vacía, se movía como si nunca hubiera sabido hacer un *grand jeté*, sin alma, sin pasión. Apretó los músculos de las pantorrillas cuando se dio cuenta de que se había puesto en modo automático. No podía ser tan patética como para tirar por la borda todos los esfuerzos que Tom había hecho por y para ella.

Se estremeció al recordar los azotes, las firmes y poderosas palmadas sobre sus nalgas. Precisas, picantes, excitantes. No había violencia en esos gestos, Tom había estado muy tranquilo mientras la disciplinaba, dominando su mente y su cuerpo hasta sumergir a Eva en un espacio en el que flotaba relajada. Le había preguntado varias veces si se sentía maltratada y ella le había contestado que no, porque así lo había sentido.

Salió de la clase con espantosos dolores causados por la rigidez muscular. Había ejecutado los pasos con demasiada fuerza, y no lograría hacerlo relajada hasta que no escuchara la voz de Tom diciéndole que todas las acusaciones que había dicho su padre eran falsas.

—¿Eva? —Natalia se puso a su altura mientras caminaban por el pasillo—. Oye, sé que pasó algo chungo en tu casa la otra noche, tu hermana me dijo que habías tenido una discusión con tu padre...

—No quiero hablar —la cortó ella. Natalia la miró un poco dolida.

—Nena, solo quiero que sepas que, sea lo que sea lo que te haya pasado esta última semana, estoy de tu parte. Si necesitas cualquier cosa...

Estuvo a punto de pedirle que fuera en busca de Tom al club Victoria, pero enseguida se dio cuenta de lo ridículo que era eso.

—¿Por qué piensas que me ha pasado algo?

—Bueno... —Natalia carraspeó, visiblemente incómoda—. Te has comportado de una manera muy rara. Por lo que sea, hay algo que no quieres contarme, y debe de ser muy feo o muy comprometido para ti. Te conozco como si te hubiera parido, cariño. —Le pasó una mano por la espalda para reconfortarla y Eva sintió ganas de llorar—. ¿Te han dicho ya el resultado de la prueba? —le preguntó a continuación.

Se había olvidado por completo de la prueba y de si estaba dentro o no. Abrió la boca para responder, y Zakharov apareció de repente frente a ellas. Natalia retrocedió por el susto y Eva notó que se le disparaba el pulso.

—Eva, a mi despacho.

Las dos amigas intercambiaron una mirada de nervios, aunque Natalia estaba mucho más emocionada que ella y le plantó un beso en la mejilla sin dejar de dar saltitos. Eva, en cambio, refrenó su entusiasmo; no sabía lo que el director quería decirle. Quizá que no estaba dentro y que volvía al cuerpo de baile.

El camino hasta el despacho fue demasiado tenso para ella. Notaba un tirón en la pantorrilla, y, por más que sacudía la pierna, no se desembarazaba de la sensación. Cuando entraron, Zakharov se quedó en la puerta y le indicó que pasara.

—Tienes una llamada. —Señaló el teléfono descolgado sobre su escritorio—. Cuando termines, ve al aula en la que estuvimos ensayando el jueves. Procura no tardar demasiado.

Cerró la puerta y Eva tardó unos segundos en reaccionar. Con mucha cautela cogió el auricular con las dos manos, como si temiera romperlo —estaba sola en el despacho de Zakharov, después de todo—, y se lo llevó a la oreja notando que temblaba de pies a cabeza.

—¿Sí? ¿Diga?

—Buenos días, Eva. ¿Cómo te encuentras?

Era Constantine. Se le aceleraron bruscamente el pulso y la respiración y se sentó en la silla del director sin ser consciente de hacerlo.

—B-buenos días... Me encuentro bien, gracias por preguntar. ¿Por qué ha llamado al director?

—Quería hablar contigo sobre Tom.

—¿Cómo está? ¿Dónde está? —preguntó de forma atropellada.

Empezó a temblarle el cuerpo entero.

—Se encuentra bien. ¿Quieres hablar con él?

La Eva apasionada que deseaba ser chocó de lleno contra la Eva prudente que siempre había sido. Empezó a dolerle el cuerpo de puro anhelo. Tenía muy presente la amenaza de su padre: cualquier tipo de contacto con él podría hacer que volviera a la cárcel. Pero ¿y si todo era un farol? ¿Y si todo lo que había en esa carpeta era una mentira para asustarla? Tenía que saberlo.

Con toda la calma que podía mantener en un momento tan tenso como ese, tomó aire antes de responder.

—Sí, por favor.

Escuchó un murmullo al otro lado de la línea cuando Constantine pasó el teléfono y el corazón de Eva se saltó un latido, antes de comenzar a retumbar en su pecho y en sus sienes.

—Hola, preciosa.

Eva se sujetó a la silla al sentir cómo su cuerpo reaccionaba a sus palabras, transportando su mente al instante en que se abrazaban y se miraban el uno al otro, susurrando entrecortadamente que se amaban, mientras creían que el mundo existía solo para ellos dos. Respondió al ronco sonido de su voz de modo vergonzosamente primario, apretó los muslos al sentir una cálida humedad brotando de ellos y cerró el puño varias veces con el anhelo de tocar su piel caliente y vibrante.

—Tom... —murmuró con un gemido lastimero. No pudo evitar preguntarse si él había sentido lo mismo que ella en el momento de su separación y si había pasado por un infierno similar. Se enjugó con brusquedad la lágrima que le rodó por la mejilla. Ahora que estaba escuchándolo, no sabía qué decir ni por dónde empezar a preguntar—. Lamento que te echaran de casa, mi padre... se pasó de la raya —sollozó.

—No tienes que pedirme perdón —dijo con voz suave—. No has hecho nada malo. ¿Por qué lloras?

—Por nada, solo quería escucharte —respondió con el corazón en un puño.

—No se acaba el mundo porque nos hayan pillado —comentó él con diversión—. Es un poco embarazoso, pero lo superarás. ¿Qué está rondando por esa cabecita tuya? —ronroneó él—. Puedo escuchar cómo piensas desde aquí.

—Tom, esto es muy difícil para mí...

—Eva... —suspiró él. Hubo un silencio muy largo antes de que volviera a hablar, esta vez mucho más serio que antes, sin el tono burlón de siempre—. Te quiero. Y sé lo que sientes por mí. Pude verlo mientras te estremecías debajo de mí.

Tuvo que apretarse el vientre cuando sintió un calambrazo por todo el cuerpo.

«Eso duele».

—Mi padre me ha espiado —dijo para atajar la conversación y arrancarse de cuajo la incertidumbre—. Sabía dónde estaba a cada momento y que he pasado varias noches en el Victoria. No sé cuándo supo exactamente que estaba contigo, porque traté por todos los medios de ocultárselo a todo el mundo.

—Continúa —murmuró sombrío cuando Eva guardó silencio—. Puedo imaginar lo que me vas a decir, pero quiero oírlo de tus labios.

—Sabía cosas de las que yo no tenía ni idea. Tengo... una carpeta en mi habitación con todos tus antecedentes penales.

—¿Lo has leído?

—No. No quiero leerlo.

—Hazlo. Que lo leas no va a cambiar lo que siento por ti —aseguró—. Soy un hombre peligroso, tú eres una chica inocente que ha tenido la mala suerte de cruzarse conmigo. ¿Te doy miedo?

Tenía que afrontar la situación como una adulta, no como una niña torpe. Tenía que ser fuerte, aunque estuviera cansada de ser siempre de piedra para evitar disgustar a los demás.

—No, Tom, no es miedo lo que siento hacia ti —contestó sin perder la calma—. No eres tú quien me da miedo, lo que me asusta es lo que me haces sentir.

—¿Te sientes insegura con respecto a mí?

Eva tenía miedo. Anhelaba abrazarse a Tom y perderse bajo el calor de sus músculos. Cuando él la llenaba con su erección hasta un punto en el que tenía que luchar por seguir respirando, se acababan todas las preocupaciones. Su único pensamiento era ofrecerle un orgasmo que lo hiciera sentir tan bien como a ella.

—Te quiero. Pero hay cosas que necesito saber.

—¿Eres consciente de que lo que hiciera antes de conocerte no cambia lo que siento ahora por ti?

—Sí.

—¿Sí, qué?

Cómo había echado de menos esa pregunta...

—Lo que hicieras antes no cambia lo que sentimos el uno por el otro. Pero... me prometiste que me lo contarías.

—Y se han adelantado. ¿Te sientes mal por que no te lo dijera? —indagó. Eva emitió un suspiro de pesar—. ¿Hubieras preferido que te lo dijera nada más conocernos? Porque yo esperaba no tener que decírtelo nunca.

—¿Por qué?

—Tú eres importante. Yo no. Cuando me miraste la primera vez, no me juzgaste, y ahora lo estás haciendo.

Cogió la bolsa de ballet y la apretó contra su pecho. Tom era perturbadoramente preciso cuando hablaba de ella. La conocía demasiado bien, y eso asustaba mucho.

—Te lo he dado todo. No me queda nada que ahora no sea tuyo, y ahora tienes un poder inmenso sobre mí —explicó ella—. De eso es de lo que tengo miedo. Tú lo sabes todo sobre mí y yo solo sabía tu nombre.

—Yo era como tú, preciosa. El hijo de una familia importante con una responsabilidad que no deseaba. Estudié en Eton, me formé para pertenecer a la élite algún día porque era un MacBay, y, como tal, tenía que continuar con el legado familiar. Mi padre era el dueño de una gran empresa y estaba escrito que yo me encargaría de todo cuando él no estuviera. A mí me gustaban las chicas y tocar el violín, esas dos cosas eran lo único que le daba sentido a mi asquerosa vida. Estaba encabronado con mi padre, porque engañaba a mi madre con cuanta mujer se le cruzaba. Ella se entregó mucho a las causas sociales e hizo oídos sordos a las infidelidades de su marido. Y cuando le detectaron un cáncer, mi padre decidió fugarse con su amante...

Eva estaba temblando, y tuvo que colocarse mejor el teléfono para que no se le cayera y pudiera escuchar todo lo que Tom le estaba diciendo. Deseaba tenerlo delante para tocarlo, acariciarlo y borrar de su cabeza todos los horribles recuerdos.

—Una semana después de su muerte, le hice una visita a mi padre. Iba puesto hasta las cejas de alcohol y cocaína. No estaba en casa, sino en casa de su amante. Como te puedes imaginar, discutimos... Le eché en cara todo lo que me había guardado durante años, estaba muy furioso y transformé el dolor en rabia. Llegamos a las manos y le rompí una botella en la cabeza. Su amante empezó a gritar, me insultó y yo... le di un empujón.

A Eva se le revolvió el estómago y se llevó una mano a la boca para refrenar las arcadas.

—En la casa había un collar; era de mi madre, y me lo llevé cuando me fui —prosiguió Tom—. Seguro que en la documentación que tienes está mi hoja de delitos, llena de cargos, entre los que figura el robo de joyas.

—Ya te he dicho que no lo he leído...

—Hazlo. Esta es mi versión de los hechos, pero no la encontrarás por escrito. Mi padre me denunció. Como ya había cumplido los dieciocho, fui directo a prisión. Cuando me encerraron, me pegué con todos los reclusos que me tocaban los cojones. De ahí las cicatrices...

—Tom, por favor, no me lo cuentes si no quieres...

—Cuando me di cuenta, había perdido cinco años de mi vida pagando la culpa mi estupidez con quien no debía. Mi abogado dijo que con mi comportamiento no podían concederme el tercer grado. No lo acepté y volví a meterme en problemas. Mi terapeuta me sugirió que me pusieran a trabajar en la conservación de los jardines. Mi madre tenía un invernadero y sabía algo de flores. Me fui calmando. Durante mi primer permiso de fin de semana, fui a ver a Constantine, estudiamos juntos en Eton. Me ayudó a que me concedieran la libertad condicional, me ofreció un trabajo y me enseñó a dominar la ira que me atormentaba. Hizo que desapareciera todo el dolor y me mostró una forma de vida que me ayudó a salir adelante...

—Me alegro de que lo hiciera —comentó.

—La chica con la que salía en aquellos días, con la que iba a casarme, se prometió con mi hermano. Él era perfecto, ¿sabes? Seguro que, si lo hubieras conocido, te habrías enamorado de él —se burló. Eva se sintió un poco aliviada al escuchar su broma, aunque enseguida volvió a sentir tristeza. No le gustaba escuchar ese tono resignado en él, no encajaba—. Sé que tienen dos niñas porque lo leí en una revista de esas de cotilleos. No las conozco. No llores —gruñó—. No me gusta que llores, Eva.

No se dio cuenta de que tenía las mejillas empapadas.

—Sí que te gusta —trató de bromear ella, notando que se ahogaba en un mar de pena y dolor—. Te gusta cuando lloro de placer. Dios..., estaba frustrada porque no sabía bailar de forma apasionada —pronunció ella con la voz rota—. Mientras yo me preocupaba por tonterías como esas, tú estabas sufriendo.

—No pienses eso.

—Te he entregado cada orgasmo que me has pedido. Cada baile, cada paso y cada nota de música que ahora interpreto son gracias a ti —sollozó—. Te debo mucho. Eres una persona muy especial para mí y no tengo manera de demostrártelo. Me da rabia que hayas sufrido así, y quiero consolarte.

Oyó que suspiraba de forma pesada.

—Tú también has hecho muchas cosas por mí, y prefiero que te preocupes por tus pasos de baile a que lo hagas por mí.

—¿Qué va a pasar ahora?

Tom emitió un gruñido y tomó aire.

—¿Confías en mí, Eva?

—Sí, confío en ti.

—Entonces, no quiero escuchar cómo me lo dices, así que te lo diré yo: lo mejor para ti, ahora mismo, es que dejemos de vernos durante un tiempo.

—¡No! ¿Qué? ¿Por qué? —Se levantó de la silla y agarró el teléfono.

—Porque soy una mala influencia para ti en este momento.

—No, Tom..., por favor...

No podía decirlo en serio.

—Quiero que sepas que eres lo mejor que me ha pasado en la vida y, si no fueras tan importante para mí, no me alejaría de ti jamás. Pero no puedo comprometerte, tienes que centrarte en tu carrera, y yo seré una distracción. Mi intención siempre fue salvarte de la influencia de tu familia, y no he sabido hacerlo bien. ¿Lo entiendes? —preguntó tras una larga pausa.

—Lo entiendo. Pero...

—La vida es acostarme contigo, Eva. El resto del tiempo es espera.

Colgó.

Eva se quedó escuchando el pitido al otro lado de la línea, demasiado aturdida para entender lo que pasaba. Acababa de romper con ella por teléfono y no terminaba de creérselo. La Eva apasionada que habitaba en ella se removió furiosa, pero la Eva racional le acarició el pelo con suavidad y le dijo:

«Tienes que ir a trabajar».

Porque eso era su vida, trabajar. Bailar. Y hacer que los demás disfrutaran de su espectáculo, hacerlos olvidar durante un momento sus tristezas y ofrecerles el sueño de una bailarina.

Colgó el teléfono y se dirigió al aula. Cuando Gabriel le puso una mano en el hombro, todavía sentía calor en la oreja, el recuerdo de la voz de Tom.

—Hora de trabajar, Galatea. Enhorabuena.

Diez minutos después, Tom todavía miraba el teléfono que acababa de colgar, sintiendo que se le abrían todas las heridas de sus años en prisión que ya habían cicatrizado.

—¿Y bien?

Constantine tamborileó en la mesa con los dedos, impaciente. Se encontraban en su despacio del club Victoria. Tom había pasado las horas más largas de su vida en una sala de interrogatorio mientras el jefe de seguridad de los Holmes, el gorila que llevaba a Eva siempre en el coche, le hacía preguntas estúpidas y él se veía con un pie dentro de la cárcel otra vez.

—¿Vas a decirme por qué acabas de tirar por tierra tu oportunidad para ser feliz con Eva?

Se repitió que aquello era lo mejor que podía hacer por ella. La amaba, pero por nada del mundo pondría en peligro su carrera. Le quedaban unos meses de libertad condicional, muy poco, y acercarse a la muchacha complicaría mucho su situación. Si terminaba sus días en prisión, Eva quedaría devastada, su trabajo podría verse comprometido, y ella no necesitaba más problemas. Ella no necesitaba preocuparse por él, ni sufrir de esa manera ni mucho menos visitarlo en la cárcel.

Lo mejor que podía hacer por ella era alejarse.

Lanzó un suspiro.

—En realidad, he pospuesto el momento —confesó, echándose hacia atrás en la silla—. Ella confía en mí y yo confío en ella. Como te dije, quiero protegerla.

Quiero que sea feliz. Quiero ofrecerle un futuro estable, un futuro juntos.

El dueño del club alzó una ceja.

—¿Más estable que trabajar para mí?

—Tengo algo de dinero ahorrado, siempre he pensado en montar mi propio negocio de jardinería. —Se quedó pensativo y Constantine no dijo nada—. También podría viajar una larga temporada, lejos de aquí, hasta que todo esto pase. Hasta que mi presencia no sea una amenaza para Eva. Así le daría el espacio que ella necesita.

—También podrías abrir un nuevo Victoria en Londres —sugirió el dueño del club. Tom se enderezó para mirar a su amigo.

—¿De qué hablas?

Constantine se hizo el misterioso durante tanto tiempo que Tom deseó romperle su perfecta nariz.

—Tengo pensado expandirme desde hace algún tiempo. Hay muchos clubs en Londres, pero ninguno como el nuestro, y me consta que será muy bien recibido.

—¿Y quieres que sea tu jefe de seguridad? Pensaba que no me lo ibas a pedir nunca, joder.

Los dos se rieron.

—No, esa no era mi idea. ¿Qué te parece ser mi socio al setenta y cinco por ciento?

Ser dueño de un club privado para miembros de la élite que no encajaban en sus respectivos hogares era una idea fantástica. El Victoria era para Tom un hogar al que regresar, así se lo había mostrado a Eva. Ella tenía su propia carrera, y él podría ocuparse de su bienestar siendo un hombre con una buena posición social.

—Al cincuenta.

—Con todos mis respetos, Tom, ¿crees que me voy a asociar con un delincuente? —se burló Constantine—. El sesenta por ciento me parece más que justo, y estoy siendo generoso.

—El cincuenta. Sigo siendo un MacBay, y una parte de la herencia de mi madre me corresponde. Además, me necesitas para conseguir ese licor que hace las delicias de las socias y que tanto te gusta verter entre sus muslos.

Constantine sacudió la cabeza, riéndose.

—Está bien —accedió, y alargó la mano hacia Tom.

Él se la estrechó con firmeza, sintiendo una extraña emoción en el estómago, y se levantó, dispuesto a hacer las maletas y comenzar cuanto antes a forjar el

futuro que quería entregarle a Eva. Nunca había tenido tantas ganas de comenzar con algo.

—No tan de prisa —le dijo Constantine. Sacó una carpeta del escritorio y se la tendió—. Esto va para largo, campeón. Ahí tienes los edificios que están en venta. Pensaba ir a verlos la semana que viene, pero seguro que tú tienes más ganas que yo de hacer una cosa así. Ya que vas al cincuenta, te vas a encargar de la parte sucia. Ya sabes, licencias y contratos.

—Eso me llevará meses.

—¿No has dicho que querías tiempo? Ahí lo tienes.

—Eres un capullo...

Con una carcajada, salió del despacho de Constantine, rumbo a su nueva vida.

# Epílogo

*Seis semanas después...*

Deslizó una esponjita por sus mejillas para cubrirse la piel del rostro con una base de maquillaje de color blanco. Con el lápiz negro resaltó los ojos, embadurnó de rímel sus pequeñas pestañas y terminó de aplicar las sombras sobre sus párpados.

Se miró en el espejo para comprobar que todo estaba correcto, buscando alguna imperfección en el esquema de colores. Destacó con unos tonos más oscuros los pómulos y las líneas de expresión. Por último, con mucha delicadeza, se colocó la tiara de laureles dorados en la cabeza; el trenzado de estilo griego estaba compuesto de vaporosos rizos, y no quería chafarlos ciñéndose demasiado fuerte.

Observó su reflejo. Los mechones le acariciaban la nuca y el cuello, en ligeras ondulaciones que en movimiento resultaban bellamente espectaculares. Acarició un rizo de cabello mientras esperaba que la laca de la parte superior terminara de secarse y se puso el vestido, un maillot fino de color piel y una túnica blanca. Se ajustó el vestuario con alfileres y comprobó que el velcro no estuviera demasiado apretado para cuando Gabriel tuviera que arrancárselo en mitad de la escena.

—Holmes, ¿cómo vas? —le preguntó el director de escena desde el otro lado de la puerta, mientras terminaba de maquillarse el resto del cuerpo.

—Ya estoy vestida.

—Veinte minutos y subes, ¿oído?

—Oído.

Se dio un último retoque en la cara, se pintó los labios de suave rojo y se echó un último vistazo. Rellenó las puntas con lana de oveja, cubrió cada uno de sus dedos con esparadrapo, se puso los protectores y se colocó las zapatillas. Ajustó las cintas y dio un poco de brillo a la superficie. Cuando se elevó sobre las puntas para terminar de encajarlas en sus pies, escuchó cómo crujían, y se estremeció de placer mientras se acercaba al armario para recoger el vestuario.

Se tropezó con un osito de peluche y pisó sin querer un ramo de flores. Recogió los pétalos un poco dolida por haberlo estropeado y lo puso sobre el tocador, entre los botes de maquillaje. En su camerino había tantos ramos, tarjetas y regalos de admiradores que ya no sabía dónde poner las cosas.

Tras la primera función había recibido muchísimas felicitaciones y halagos por su actuación. Leer todas las tarjetas le llevó toda una noche y dos cajas de pañuelos de papel. Desde aquel día, cada noche recibía más de una docena de ramos, felicitaciones y palabras de elogio, y no dejaba de sorprenderse de la cantidad de personas que agradecían su actuación. Era muy emocionante.

Las semanas previas al estreno de *Metamorfosis* fueron agotadoras; todo el peso de la función recaía en su interpretación, y tenía que trabajar al máximo rendimiento. Apenas tenía tiempo libre, la tensión y el agotamiento a veces amenazaban con vencerla y en medio de aquel caos su cabeza, a veces, se sumergía en una laguna de dulces recuerdos.

Era difícil no pensar en Tom cuando las manos de Gabriel tocaban su cuerpo del modo en que Pigmalión tocaba a Galatea.

Desde su última conversación no había vuelto a saber nada de Tom. Había regresado varias veces a Winter Garden con la esperanza de verlo trabajar en el jardín de la vecina. Aunque su padre se lo había prohibido tajantemente, no podía evitarlo, y la amenaza de una denuncia sobre Tom impedía que se atreviera a pisar el Victoria. Había deseado llamarlo todas las noches, cuando se despertaba en mitad de la oscuridad con el corazón en la garganta. Pero siempre recordaba que no podía hacerlo sin amenazar su libertad, así que se daba la vuelta para seguir durmiendo.

Si no enloqueció fue gracias al apoyo de Gabriel. Como primer bailarín, conocía la dureza del trabajo, y estuvo con ella todo momento, animándola, enseñándole, guiándola durante los ensayos. Eva no sabía cómo devolverle al italiano tanta amabilidad, pero él le aseguraba que verla brillar era la única recompensa que deseaba. Tenían una compenetración fantástica en los ensayos, y eso se transmitió en directo la noche del estreno.

Su primera actuación como solista fue espectacular. El Pigmalión de Gabriel fue todavía más temperamental que en los ensayos. Las grandes manos del bailarín apretaban muy fuerte detrás de sus rodillas cuando la alzaba sobre su cabeza. Se movía rápido, con una elegancia y una bravura sin igual. Su perfección hizo que buscara la suya propia. La Galatea de Eva fue exactamente lo que todos esperaban que fuera: una emocionante y dramática representación que cerró muchas bocas y causó admiración general.

Al final de la función Eva tenía los ojos tan empañados que el teatro era una mancha borrosa multicolor y apenas recordaba las manos que había estrechado ni a cuántas personas había saludado. Gabriel y ella salieron a escena tres veces; la gente les aplaudía con tanto entusiasmo que parecía que las paredes del teatro se fueran a derrumbar. Estaba feliz porque todo había salido como deseaba, y Zakharov se había deshecho en elogios con ella. Lo había visto incluso llorar, orgulloso como un padre, mientras le decía que el legado de Florence vivía en ella.

No podía estar más contenta.

Y su felicidad habría sido completa de haber tenido al canalla de Tom con ella. Le habría gustado tenerlo a su lado para que le dijera que tenía los pies hacia fuera o que se le había deshecho el moño. O que estaba muy guapa con las mejillas sonrojadas y que quería hacerle el amor aunque no pudiera moverse por el cansancio.

Pero no había sido así, y cada vez que salía al escenario, interpretaba su *«Adagio de la Piedra»* pensando en él, en el dolor que había sentido tras su pérdida.

Aquella noche tendría lugar la última representación de *Metamorfosis*. Se vestiría por última vez de Galatea, un personaje que ya había interpretado once veces.

Escuchó unos golpes en la puerta y no había terminado de arreglarse: se le habían olvidado las flores blancas del pelo.

—¡Voy! ¡Un minuto! —gritó mientras se clavaba las horquillas en la cabeza. Tocaron otra vez a la puerta—. ¡Ya salgo! —chilló. Insistieron por tercera vez y corrió a abrir la puerta—. ¡Jolín! He dicho que me...

Dio un corto paso atrás. Con una mirada lenta y abrasadora, Tom la recorrió de los pies a la cabeza de un modo que consiguió hacerla estremecer. Se le tensó un músculo de la mandíbula cuando la miró directamente a la cara, con unos ojos tan oscuros que eran casi negros. Un impecable traje envolvía su alto y musculoso cuerpo. La miró como si fuese la primera vez que la viera, con sorpresa. Sus pupilas se hundieron en el cerebro de Eva hasta el fondo y el cuerpo de ella recordó el de él al instante. Recordó sus caricias, su olor, el roce de su piel...

Por la manera en que la contemplaba, esos recuerdos también estaban haciendo arder la sangre de Tom.

—Hola... —dijo al fin con una voz demasiado áspera. Carraspeó para aclararse la garganta—. Eva, estás... preciosa.

Ella se cubrió el cuerpo con los brazos, temblando. Tratando de asimilar su presencia.

—¿Qué..., cómo..., haces aquí? —acertó a preguntar después de varios intentos—. ¿Cómo has entrado?

Un revoltijo se enroscó en su estómago, aumentando la intensidad de los nervios que siempre aparecían cuando estaba a punto de salir a escena, haciendo que la espera se volviera todavía más angustiosa. Eva observó que tenía el primer botón de la camisa suelto y la corbata aflojada, mostrando el hermoso hueco de su tortuosa garganta.

Nunca lo había visto tan formal, tan elegante, tan... irresistible. Ni siquiera aquella noche en su casa, antes de que discutieran. Ni siquiera la primera vez, con su disfraz de escocés.

—He entrado por la puerta... —respondió él tras una larga pausa, tratando de bromear. Suspiró hondo sin dejar de mirarla de manera abrasadora. Sus ojos eran del color del chocolate caliente, y se sintió cubierta por él—. He venido para dar ánimos a la bailarina.

Estaba arrebataador con ese traje. Le había crecido el cabello y también la barba, de un color castaño oscuro a juego con sus ojos, dándole un atractivo mucho más potente que antes.

Tragó saliva, ansiosa. Tenía la garganta tan seca que no podía pronunciar palabra. No solo le costaba asimilar su presencia, sino el impactante magnetismo que desprendía. Estaba tan guapo que un enorme anhelo se apoderó de todo su ser. Deseó tocarlo como lo había hecho en el pasado, con la misma naturalidad y confianza de

antaño. El traje se le apretaba al pecho, llenándolo con toda su anchura, y se le marcaron los brazos cuando levantó una mano para frotarse la barbilla cubierta por la barba. El gesto la hizo suspirar, y deseó quitarle la camisa para posar los labios sobre la piel de su estómago y después bajar poco a poco hacia su erección.

—Me enteré de que conseguiste el puesto que querías —comentó Tom.

—Ajá... —balbuceó.

—Me alegro mucho por ti. —Sonrió otra vez, mirándola de arriba abajo como si quisiera grabar cada detalle de su imagen—. Estás preciosa. *Eres preciosa.*

Deseó besarlo. Su cuerpo, su carne, sus músculos, sus huesos, todo la urgía a posar los labios sobre su boca y coger todo lo que deseaba. Quería tocarlo, recordar la tensión que se apoderaba de sus músculos cuando ponía las manos sobre su piel dura y caliente.

—Gracias —contestó.

Permanecieron en silencio. Eva no dejó de pensar en ellos, en lo que habían tenido, en esas miradas ardientes que los abrasaban mutuamente. Muchas noches había despertado pensando en su tormentoso pasado, sabiendo que en su presente él era un chico maravilloso que la había hecho cambiar para mejor. No importaba lo que hubiese hecho antes de conocerse: aquel era un hombre diferente al que conocía en ese momento.

—Bueno —comenzó a decir Tom—, me voy para que puedas terminar de prepararte.

—Vale.

—Lo harás genial. Todo lo que haces es genial. Nos vemos.

—Adiós —dijo ella.

—Adiós.

Se giró para enfilar el pasillo. Eva abrió la boca para decirle que no se marchara, alargando la mano para sujetarlo y que no se alejara de ella. Pero enseguida retrocedió, controlando los alocados impulsos de correr hacia él y colgarse de su cuello para besarlo con el apasionado ardor del amor.

Cerró los ojos sintiendo un terrible dolor en el pecho. Se llevó la mano al corazón; casi había olvidado lo mucho que dolía, había mantenido la infelicidad en un segundo plano mientras bailaba, ensayaba e interpretaba a Galatea, dejándose llevar únicamente cuando salía al escenario. En esos momentos podía expresar el vacío que le producía no estar con él, y nadie la juzgaba por eso.

La Eva racional de siempre aseguraba que Tom no era el hombre adecuado. Por la posición que Eva ocupaba dentro de su familia, por el pasado de Tom, porque no pertenecía a su mundo, porque no le gustaba el ballet. Porque le había ocultado la verdad, porque para hacer el amor la ataba a la cama y le daba azotes para sacar de dentro de ella lo que Eva se negaba de sí misma. Además, estaba la amenaza de una denuncia que podía privarlo de libertad y de una jugosa exclusiva que la prensa no dudaría en sacar a la luz, destrozándola a ella en el proceso y salpicando después a la compañía. Todo su trabajo quedaría en entredicho. Y su hermano Archibald, en plena campaña por las elecciones a primer ministro, era lo bastante ambicioso como para dejar caer a Eva si su historia con Tom se hiciera pública.

Lo tenía todo en contra.

Pero la nueva Eva aullaba furiosa desde el fondo de su mente que no habría otro hombre que fuera a darle todo por ella como Tom. No encontraría a otra persona que se entregara más de lo que él ya se había entregado, que nadie iba a amarla como ese hombre que se había abierto a ella, exponiéndole sus miedos. Que se había sentido dolido al saberse utilizado, que por despecho había corrido a ahogar sus penas en otra mujer y no había sido capaz de hacerlo por ella.

Se le empañaron los ojos. Parpadeó para que no brotaran las lágrimas, no quería emborronarse el maquillaje. Debían de quedar menos de diez minutos para subir al escenario y prepararse para entrar. Se alegraba mucho de verlo, de saber que estaba bien, tenía que aferrarse a eso.

Cerró la puerta.

Antes de que lo hubiera hecho del todo, Tom la empujó desde fuera abriéndola de golpe y entró como un vendaval en el camerino.

—A la mierda... No puedo pasar ni un minuto más sin tocarte.

Eva intentó retroceder, pero sus pies no respondieron, ni siquiera sus piernas, que se habían puesto a temblar. Los ojos del hombre, dos abrasadoras llamas, rugieron como un trueno cuando recorrieron el cuerpo femenino. Cubriéndole el rostro con las manos, alzó su cabeza y sus labios se fundieron con los de ella con una febril caricia.

La besó como solo él podía hacerlo, con esa vehemencia tan asfixiante que la hizo jadear desde el primer segundo. Su maravillosa lengua se abrió paso en el interior de su boca; el sabor de Tom inundó rápidamente sus sentidos, provocando calambres en su cuerpo, despertándolo del prolongado y doloroso letargo en el que se encontraba.

El corazón de Eva remontó el vuelo. Tom la devoró hasta dejarla sin aliento, acariciándole el rostro y el cuello con la aspereza de un tacto que echaba de menos. Eva respondió a su escandalosa llamada con la misma voracidad, enroscándose a su lengua para que no pudiera sacarla de su boca. Rodeó su cuello con los brazos para apretarse contra su torso, notando el crepitar que emanaba de su piel como los vapores de un géiser. Gimió aliviada, frustrada, dolida, arrepentida, buscando algo que decir con palabras para expresar su alegría.

Pero no tenía nada que decirle, salvo que quería devorarlo entero y no dejar ni los huesos.

Tom la empujó hacia el interior del habitáculo cerrando con un sonoro portazo y pateó sin consideración todas las flores que se interponían en su camino mientras avanzaba. Eva retrocedió sin separarse de sus labios, tocándole los brazos, el pecho, los hombros, acariciándolo ávida, muerta de necesidad. Cuando colocó la mano sobre su robusta erección. Tom jadeó, separándose de su boca. La miró a los ojos, una mirada intensa en la que se reflejaba dolor, desesperación, anhelo y tormento.

Tenía que salir a escena. Era su última representación, todo el mundo estaba allí para verla bailar, y en lo único que podía pensar era en desnudar al hombre del que no había sabido nada durante semanas para sumergirlo entre sus muslos. El mismo hombre con el que había compartido las experiencias más intensas de toda su vida, las más dolorosas y desgarradoras.

Le desabrochó los pantalones.

—Eva... —gimió cuando ella metió la mano por debajo de los calzoncillos.

—¿Por qué nunca viniste a verme? Te esperé... durante mucho tiempo.

—No quería ser un estorbo, no quería que perdieras tu oportunidad...

—Me hubiera gustado estar contigo...

Tocó la piel ardiente de su erección y se aferró al tronco. Lo quería dentro de ella. Ya.

—Eva, no hagas eso, cielo. Ahora no —demandó apartándole las manos.

—Te necesito, Tom. Por favor...

—Adoro cuando suplicas. Te quiero —susurró él con aspereza—. No he podido dejar de pensar en ti. No sabes cómo te he echado de menos... —Respiró con fuerza y cerró los ojos, emitiendo un suspiro de angustia—. Joder, eres maravillosa, me muero por follarte, pero ahora no...

Él la miró y en sus ojos pudo ver reflejado un terrible y doloroso tormento.

—Ven conmigo —dijo Eva sin pensar.

—¿A dónde?

—A Londres. Me han llamado para ofrecirme un puesto en Covent Garden. En el Royal Ballet. Les he dicho que sí. Ven conmigo, Tom. Por favor. Te necesito.

Tom unió su boca a la de ella.

—Nena, ahora mismo estoy arriesgando mucho viniendo a verte, lo sabes, ¿verdad?

Claro que lo sabía.

—Huyamos de Crownfield, mi familia no podrá hacerte nada allí, Conrad se puede encargar de tu caso, me lo ha prometido. Por favor..., no puedo seguir lejos de ti...

—Unos meses, Eva. Dame dos meses y podremos estar juntos. Seré el hombre que necesitas.

—Ya eres el hombre que necesito...



De repente el director de escena entró en el camerino y los dos se quedaron quietos mirando hacia la puerta.

—¡Eva! ¿Qué haces todavía así? ¡Sube ya! ¡Tres minutos! ¡No! Abrid el telón cuando yo lo diga, falta la principal —gritó por el *walkie* mientras se marchaba por el pasillo a toda prisa mascullando maldiciones.

Tras un largo silencio, Tom se apartó de ella.

—No se te ocurra desaparecer otra vez —le chilló sujetándose a su chaqueta—. ¿No podrías haber venido una noche para hablar de todo esto?

—No habíamos hablado de nada, y lo sabes.

Se estremeció de puro deseo. Con un grito furioso, salió corriendo del camerino. Tom la sujetó por la muñeca y la atrajo hacia su cuerpo para besarla con pasión, llevando cuidado para no estropear demasiado el maquillaje.

—Estoy muy orgulloso de ti, Eva —susurró sobre su boca—. Eres la Galatea perfecta.

—Tom, no puedo tener esta conversación ahora... —murmuró ella, temblando, incapaz de apartarse de él—. La escena..., la obra..., la última...

—¿Te he dicho ya que no puedo sacarte de mi cabeza? ¿Que no dejo de pensar en tu boca y tus manos, en tu sexo resbaladizo y en tus muslos calientes? ¿Sabes cuánto tiempo he deseado hundirme en ti de nuevo? Ahora mismo estoy tan duro que me duele.

—Eres... un... imbécil —soltó ella, estremeciéndose de pies a cabeza—. Oh, dios, ¿por qué me dices esto ahora?

—Es que no podía seguir sin decírtelo.

—Te voy a matar, cuando acabe la función vendré para retorcerte el pescuezo...

—¡Holmes! ¡Sube de una vez! —aulló el director de escena desde las escaleras.

Él volvió a retenerla.

—¿Quieres que vaya a Londres contigo?

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Quiero que vengas a Londres conmigo.

—Iré —susurró antes de soltarla.

Eva salió impulsada hacia las escaleras. Su cuerpo estaba lleno de vigor, rebosaba energía por todos sus poros.

Cuando llegó al escenario, pisoteó con torpeza el cajón de resina mientras el grupo del cuerpo de baile terminaba su variación y se colocaba detrás de las cortinas. El director de escena hizo exagerados aspavientos para apartarlos de en medio mientras corría hacia el otro lado. Eva realizó unos rápidos y precisos estiramientos y Zakharov pasó por su lado, colocándole una mano en el hombro.

—Eres brillante, Evangeline. Pero no lo estropees en la última función.

Ella lo miró con determinación.

—No lo haré. No te decepcionaré.

El equipo del teatro retiró los decorados para colocar los siguientes. Gabriel se levantó de una banqueta mientras una muchacha le retocaba el maquillaje, y empezó a hacer unos giros con los pies. Estaba impresionante con su vestido de Pígalión, atractivo y arrebatador. La pintura negra alrededor de sus ojos intensificaba su mirada, y Eva se sintió tan feliz que pensó que explotaría.

Hoy era su última función, e iba a disfrutarla al máximo.

Iba a ser inolvidable.

### *Londres, tres meses más tarde, en una habitación del Nuevo Victoria*

El sexo nunca había sido tan bueno como con ella. Sentía la polla palpar dentro de la cálida boca de Eva. Si seguía chupándose con esa dulzura, no tardaría ni dos minutos en correrse. Era sublime el entusiasmo con el que humedecía toda la superficie de su miembro con exquisitos lametazos, empapándolo de saliva con el único fin de complacerle.

Solo habían pasado tres noches desde que habían comenzado a vivir juntos, y él le había demostrado lo mucho que la amaba llevándola al límite una y otra vez. Se habían visto de forma clandestina una vez por semana, pero, por el momento, el peso de la justicia no podía caer sobre él. Por fin era libre, igual que Eva.

Adoraba cuando ella se desinhibía, cuando se entregaba sin vacilar, confiando en él. En esos momentos, se sentía completo y feliz, no solo de dar rienda suelta a sus deseos, sino de ser partícipe de su entrega absoluta.

Durante el día, Eva pasaba ocho horas entregándose a la frenética rutina de la nueva compañía, y él a duras penas soportaba estar separado de ella. Pero al final del día, después de que ella encandilase al público con su actuación, en privado disfrutaba de su ardiente elasticidad. Amaba la intimidad y el contacto con ella, la lujuria visceral y primitiva cuando se entregaban al desenfreno. Amaba a Eva como no había amado a nada en su vida.

Perdió la concentración cuando sintió la juguetona lengua de Eva tantear su dureza. La poca sangre que le quedaba en el resto del cuerpo bajó a raudales hacia su pene, que se hinchó hasta el punto del dolor. Animada por la respuesta, Eva deslizó los dedos por todo el tronco, frotando suavemente la corona con la yema de los dedos, y Tom se ahogó.

El placer que ella le entregó de forma generosa fue tan delicioso que temió rogar por más. Sus movimientos eran cariñosos; la manera en que acunaba su pene y frotaba cada centímetro del rígido músculo buscaba el máximo placer para él. Le daba lo que quería, igual que Tom le había dado siempre lo que deseaba. Eva tenía unas manos divinas, las movía con gracia sobre el escenario, cuando ensayaba, cuando estaba distraída o cuando escuchaba música. Y cuando Tom la veía hacer eso, no podía evitar correr hacia ella y besarla para aplacar la quemazón del deseo carnal.

Una gota brotó de su miembro. Se estremeció cuando Eva lo recogió con la lengua, gimiendo complacida. Tom estaba al borde del éxtasis, tenía hambre, pero no de comida, sino de algo más profundo.

—Lo estás haciendo divinamente, cariño... Sigue así...

Ella asintió, se aferró a sus muslos y, muy despacio, fue introduciéndolo poco a poco en el interior de su boca. Tom se retorció, sudando y gimiendo, y Eva succionó con fuerza. De no haber estado tumbado, se habría desplomado patéticamente a los pies de Eva para suplicar una tregua. La sangre le hirvió bajo la piel, sintió escalofríos y la vista empezó a nublarse. Su cuerpo estaba tan rígido que se le adormecieron los brazos.

Eva se retiró, seguro que para relamerse los labios, porque la escuchó reír. Más tarde se encargaría de castigarla por ser tan perversa, en ese momento era tiempo de disfrutar, de devolverle al menos una parte de ese placer que ella le daba. Quería dárselo todo, entregarle hasta la última gota. La necesidad que brotaba del cuerpo femenino invitaba a olvidarse de todo lo que no tuviera que ver con el placer, con sentir cómo reaccionaba a cada roce, a cada beso, a cada caricia.

Tom la cogió por las caderas para alzarle el trasero, se inclinó y comenzó a besarla entre las piernas. Ella se estremeció con un suspiro, la expresión máxima del gozo, y lo amó con apasionada entrega usando su exuberante boca.

El placer creció. Tom sintió en su propia erección los sonidos que Eva emitía, causados por las atenciones que él le estaba dando a su adorable clitoris. Aceleró el ritmo de sus besos, lamió, succionó y devoró en profundidad y Eva luchó por seguirlo, pero se ahogaba. Cada beso y cada lametazo hacían que le temblasen hasta los huesos. La fuerza con la que apretaba y tiraba de su erección lo dejaban tiritando, reduciéndolo a un ridículo estado tembloroso.

Tom ardió por dentro, con las pulsaciones disparadas y la sangre agolpada en un único punto que Eva anhelaba exprimir. Escuchó y sintió su grito cuando el rugido del orgasmo la atravesó. Un súbito latigazo le bajó por la espalda y crepité en su pene. Quedó ciego durante un momento, se tensó y, luego, explotó. Su cuerpo

comenzó a temblar cuando el orgasmo barrió todos sus pensamientos y su miembro se contrajo un segundo antes de empezar a palpar. La abrazó sin dejar de besarla y se derramó con un largo gruñido dentro de la boca de Eva, anhelando que ella pudiera saborear lo mucho que la amaba.

Saciada, se levantó, y Tom se quedó tiritando donde estaba, incapaz de moverse. Ella se deslizó con elegancia por encima de su cuerpo para tumbarse junto a él.

—Dios santo, Eva... —jadeó, cubriéndose la cara con el brazo, casi avergonzado por el tremendo orgasmo—. Ha sido espectacular.

—Exagerado... —murmuró ella con una risita.

Tom parpadeó para enfocarla y ella lo miró con los ojos repletos de amor, las mejillas ruborizadas por la sensualidad y los labios brillantes. Estaba jodidamente preciosa; era tan guapa que dolía mirarla. Casi no podía creer que hubiera estado a punto de perderla. No concebía un mundo en el que ella no estuviera con él.

—Me ha parecido escuchar que me decías «Te quiero» mientras tenías la boca llena.

—¿Yo? —respondió ella, coqueta—. ¿A ti? Imposible, en todo caso se lo habría dicho a ella... —comentó acariciándole el pene.

—Ay, Eva..., la vida es amarte y el resto del tiempo esperar para demostrártelo... —murmuró. Ella comenzó a reírse y él se sintió como si no hubiera entendido un chiste—. ¿He dicho algo gracioso?

—No —dijo sin perder la sonrisa—. Es solo que estaba pensando...

—No pienses, por favor. Me aterra cuando lo haces.

—Para mí, la vida es bailar contigo... y nada más.

Temblando, se tumbó encima de ella y le apartó el pelo de la cara.

—Te quiero, preciosa.

# Agradecimientos

Son muchas las personas que han contribuido a que esta historia haya visto por fin la luz, después de dos años de largo trabajo y documentación.

Gracias a Silvia por su constancia, por aguantar mis largos periodos de incertidumbre y por llevar tan bien todas mis inseguridades, por asesorarme y por ayudarme a aprender muchas cosas que creía saber. Por enseñarme trucos y por aportar sentido común a la historia. Gracias por todo, me has enseñado mucho y estoy deseando conocerte en persona para darte un abrazo.

También quiero agradecer su labor como lectora cero a Rosana, porque sin sus consejos y su guía, tampoco habría podido acabar el laborioso trabajo de corrección. Gracias, de verdad, por esas largas lecturas y por darme tanta caña, ahora puedo decir que gracias a ti me he curtido y adquirido la experiencia que necesito para mejorar. Gracias por tu paciencia.

Gracias a Mariajo, por todo lo que has hecho por mí. A Loli, por esa charla tan larga que me alegró la tarde, porque tus consejos me ayudaron a continuar con el trabajo, porque necesitaba unas risas y tú me las diste. Gracias a Mimmi por sus ánimos, por sus comentarios de lectura, por esos matices que me ayudaron a corregir algunos aspectos. Gracias, Noemí, por tu constancia y por tu apoyo, por ser la mejor fan que tengo. A Trini, por ser la primera lectora. A MC, por hacerme ver que lo mejor de esta historia era que merecía convertirse definitivamente en una novela. A Feli, por levantarme el ánimo cuando todo se venía abajo. A Carola, porque tu sinceridad y apoyo es lo que más me ha marcado a la hora de abordar los personajes. También necesito agradecerle a Carlos la oportunidad que me ha dado, a Conchi, por su amabilidad, y a Phoebe, por confiar en mi historia.

Por último, gracias a Marian de Castro y a Clara Pérez, directora y jefa de estudios, respectivamente, del Conservatorio de Danza de Novelda, por corregir el apartado de ballet y por explicarme el funcionamiento interno de una compañía de primer nivel. Gracias a la tienda Coppélia por dejarme ver y tocar unas zapatillas de ballet. A las maestras y alumnas del conservatorio, cuya experiencia me ha permitido entender este complejo mundo de la danza.

Gracias a todos los lectores de Cuentos íntimos por seguir ahí, a pesar de los largos periodos de ausencia.

Y gracias a ti, lector, por adquirir este libro, y leerlo. Espero que te haya gustado la historia de Eva y Tom.